



JAVIER NEGRETE

LA HIJA DEL
NILO

Ⲡⲓⲛⲓⲛⲓ ⲛⲉⲓⲣⲉⲧⲉⲧⲉ ⲛⲉⲓⲣⲉⲧⲉⲧⲉ ⲛⲉⲓⲣⲉⲧⲉⲧⲉ ⲛⲉⲓⲣⲉⲧⲉⲧⲉ



Para Jorge y Yolanda.
Espero que este segundo viaje
al Nilo os guste tanto como
el que hicisteis juntos.

I

Año 699 de la fundación de Roma, en el consulado de Marco Licinio Craso y Gneo Pompeyo el Grande^[1].

Roma es cada vez más poderosa, y sin embargo la República se desangra desde hace décadas en conflictos civiles. Tras el encarnizado enfrentamiento entre Mario, Sila y sus respectivos partidarios, se han vivido tiempos de relativa calma; pero la hostilidad se empieza a acumular de nuevo entre las clases sociales y, sobre todo, entre los miembros de la élite, educados en una ética de competencia despiadada.

Hace cuatrocientos cincuenta años que los romanos expulsaron a los reyes e instauraron un régimen de equilibrios de poder. Ahora, esos equilibrios que sirvieron para gobernar una ciudad se están demostrando inútiles para administrar un imperio que se extiende desde las Columnas de Hércules hasta Siria. El poder de los grandes generales, hombres capaces de alistar y mantener ejércitos más leales a ellos que a la República, no deja de acrecentarse. La pregunta es cuál de esos caudillos militares se convertirá en amo y señor de Roma. El más prestigioso entre ellos es Pompeyo el Grande, el hombre que barrió a los piratas de todo el Mediterráneo, conquistó Oriente y trajo a Roma un botín que desafía toda imaginación.

Pero una nueva estrella se empieza a alzar en el oeste. El procónsul Gayo Julio César lleva tres años de conquistas sin interrupción en la Galia. En el verano del año 699 de Roma tiende un puente sobre el Rin y lo cruza

para advertir a los germanos de que en cualquier momento puede invadir su país. Al mismo tiempo, está emprendiendo preparativos para atravesar el canal de la Mancha y llevar los estandartes romanos por primera vez a la brumosa isla de Britania.

Gracias a las victorias y al botín obtenido, César se hace cada vez más poderoso y amenaza con eclipsar la gloria de Pompeyo el Grande. Por el momento, las relaciones entre ambos se mantienen cordiales, ya que Pompeyo está casado con Julia, la hija de César. Pero entre la nobleza romana hay muchos enemigos de César que, temiendo que se convierta en tirano, intentan malquistarlo con su actual aliado. Es solo cuestión de tiempo que la violencia estalle de nuevo, rompa todos los diques y salpique de sangre Roma y sus dominios.

Prácticamente todas las orillas del Mediterráneo son dominio de los romanos, que con razón lo denominan Mare Nostrum. Una de las pocas excepciones se encuentra en Egipto; reino que, sin embargo, mantiene un pacto de alianza y amistad con el pueblo romano.

En Egipto corre el año 3 del reinado de Berenice Epifania. La joven reina usurpó el trono a su padre Ptolomeo Auletes, aprovechando que este había abandonado el país para viajar a Chipre y reclamar a los romanos la devolución de la isla. Ahora la joven soberana gobierna Egipto como han hecho todos los Ptolomeos desde hace casi tres siglos, sin apenas moverse de Alejandría ni molestarse en aprender la antiquísima lengua de los faraones.

Por su parte, el derrocado Ptolomeo Auletes se ha instalado en Roma, gastando dinero a manos llenas y endeudándose allí donde no alcanzan sus fondos, todo ello para sobornar a los políticos más influyentes y conseguir que le devuelvan el trono de Egipto.

Pero Berenice no es la única hija de Auletes. En la ciudad de Menfis se encuentran los cuatro hijos de su segunda esposa. Dos de ellos son varones de siete y cuatro años, y ambos se llaman Ptolomeo. También está allí Arsínoe, de trece años.

Y la mayor de los cuatro, una joven portadora del nombre más prestigioso entre los herederos de la vieja Macedonia, el mismo que llevó la hermana del legendario Alejandro Magno.

Cleopatra...

metros, la corriente de aire se enfrió, y al hacerlo ya no pudo seguir reteniendo en su seno todo el líquido que le había robado al Índico.

El agua empezó a condensarse en gotitas. Aunque minúsculas, eran tan numerosas que pronto formaron nubes altas y negras, monstruosos cumulonimbos cuyas cimas se elevaban varios kilómetros, alcanzando las alturas donde ni las águilas sueñan con volar. Las nubes se hincharon hasta convertirse en yunques colosales robados de la fragua de Hefesto. Por fin, sus costuras reventaron y soltaron el agua en espectaculares trombas, acompañadas de rayos que rasgaban el cielo y de truenos que hacían retemblar las Tierras Altas de este a oeste. Mil aguaceros confluyeron en el gran cuenco del lago Tana, cuya superficie hervía acribillada por la violencia de la lluvia.

Otro lago habría subido de nivel hasta desbordar sus orillas. Pero el Tana no, pues miles de años antes sus aguas habían excavado una salida en su parte sureste. Aquel drenaje, el nacimiento del Nilo Azul, fluía plácidamente el resto del año. Mas ahora la corriente se encabritó como una manada de caballos furiosos y se abrió paso bramando entre las angostas rocas.

En el gran ciclo de ciclos que es el tiempo, todo trata de retornar a su origen, y por eso los ríos siempre buscan el mar. Pero el Nilo, renacido cada año como el dios Osiris, no regresaría jamás al Índico, sino que emprendería un fantástico y tortuoso viaje.

El río, conocido como Azul pese a que sus aguas corrían pardas, se dirigió primero hacia el sureste. Tras precipitarse por unas rugientes cataratas de cincuenta metros de altura, levantando cortinas de espuma que los lugareños llamaban «el humo sin fuego», trazó un rodeo hacia el sur primero y después el oeste. Mientras viajaba, la corriente abrió su propio sendero, una larga cicatriz excavada entre rocas y montañas, un profundo cañón cuyas paredes se alzaban en muchos lugares más de mil metros sobre el agua.

Todas aquellas montañas y planicies habían nacido millones de años atrás, en un tiempo anterior a los humanos y a los mismos dioses, cuando las convulsiones de Gea crearon el mar Rojo y separaron Arabia de África. Debido a esos movimientos telúricos, las Tierras Altas de Etiopía estaban formadas de rocas volcánicas, muy nutritivas para las plantas y relativamente blandas. Las lluvias y los torrentes arañaban aquellos basaltos, los lijaban

como una incansable escofina y arrastraban ingentes cantidades de limo oscuro que teñían de marrón las aguas del Nilo.

Cargada con todo aquel abono, la crecida describió una audaz curva hacia el norte. Después de abandonar las Tierras Altas, a mil quinientos kilómetros de las Fuentes del Sol donde había nacido, se encontró con el Nilo Blanco.

Este, a su vez, había realizado ya un larguísimo viaje desde los grandes lagos situados en las Montañas de la Luna, en el mismo corazón de África. Pero venía muy debilitado tras atravesar el laberinto pantanoso del Sudd, una trampa donde sus aguas se enfangaban y estancaban y donde los rayos del sol le arrebatában más de la mitad de su caudal. Para el Nilo Blanco, la llegada de su hermano Azul resultaba providencial: de no ser por su aporte, no habría sido capaz de atravesar las candentes arenas del Sahara y habría desfallecido de sed entre las dunas para terminar muriendo en alguna depresión de aguas estancadas.

Al unirse ambas corrientes, las aguas pardas del Azul se rizaban sobre las del Blanco, que se hundían bajo ellas en señal de sumisión. Juntos, y tras recibir el abrazo de otro gran afluente, el Astaboras, prosiguieron hacia el norte ya como un solo Nilo, atravesando el desierto de Nubia. Después de cruzar una zona de rápidos y escollos conocida como «catarata», el gran río bañó las orillas anaranjadas de Meroe. Las aguzadas pirámides de arenisca de su capital, Kush, presenciaron su paso con la apática serenidad de la piedra.

Sin detenerse a descansar, el Nilo describió otro gigantesco meandro, una inesperada curva hacia el suroeste que lo internó en el desierto más de trescientos kilómetros antes de reanudar su viaje hacia el norte. Mientras tanto, seguía precipitándose por más rápidos sembrados de rompientes que reducían a astillas las escasas embarcaciones de los audaces que se aventuraban a intentar sortearlos.

Por fin, después de acelerarse por última vez en la sexta catarata, el gran río entró en el país de los faraones. Allí se separó en dos durante un par de kilómetros para rodear la isla de Elefantina. En esta se encontraba el primer nilómetro, unas escaleras talladas en piedra que descendían hacia el lecho del río. Hinchadas por la crecida, las aguas subieron y fueron cubriendo las marcas grabadas desde hacía miles de años en las paredes de la escalera. Había muchos más nilómetros a lo largo del río; pero el de Elefantina ofrecía

un indicio de cómo sería la inundación, si escasa, generosa o destructora.

A partir de Elefantina, la corriente ya no perdió de vista su destino final, el Mediterráneo. Durante cientos de kilómetros atravesó el Alto Egipto, un país superpoblado y al mismo tiempo el más angosto del mundo, pues el valle apenas llegaba a los quince kilómetros de anchura. Se trataba de un paraje asombroso, creado por el propio río. Si este desapareciera, las arenas no tardarían en adueñarse del lugar, ya que allí podían pasar años enteros sin que cayera una sola gota de lluvia.

El paso del fértil valle del Nilo al desierto que lo rodeaba por ambos lados era abrupto, repentino. Sin transición. Uno podía plantar el pie derecho en Kemet, la nutricia Tierra Negra, y el izquierdo en Deshret, la estéril Tierra Roja, dominio de Seth, señor del Caos.

En el remoto pasado, la crecida arrancaba grandes trozos de ribera, borraba las lindes de los campos y modificaba el propio cauce del río. Pero desde hacía miles de años los egipcios habían excavado una intrincada red de canales, acequias y diques que domesticaban la riada y pastoreaban las aguas hasta parcelas que se convertían en extensos lagos rectangulares. Sobre ellos, las ciudades y los poblados se alzaban como islas desperdigadas sobre un nuevo mar, y los caminos construidos sobre terraplenes se convertían en puentes.

Las aguas siguieron subiendo más allá de Tebas la de las Cien Puertas, discurriendo entre los dos desiertos, el de Libia y el de Arabia. Tras bañar decenas de ciudades y cientos de aldeas, poco antes de llegar al Bajo Egipto, donde el río se dividía en siete bocas y creaba la región del Delta, el Nilo se acercó por fin a Menfis.

Menfis, Mennefer, «la hermosa y duradera», antigua capital del reino. Allí se alzaba el templo del dios Ptah, Hikuptah, que los griegos habían transcrito de oídas como Aígyptos, «Egipto», para dar nombre al país entero.

Y en el templo de Ptah se encontraba Cleopatra la víspera de su cumpleaños, horas antes de que Sopdet, la estrella Esplendente, volviera a levantarse tras setenta días sumergida en el inframundo del Duat y marcara el inicio de la inundación y del Año Nuevo.

que mañana puedan estar en Alejandría, mi señora Berenice.

—Dejé de responder por ese nombre hace mucho. Has de llamarme Neferptah.

—Como tú prefieras, señora —repuso Teócrito, despachando la objeción con un gesto displicente.

Cierto era que Neferptah había nacido como Berenice, y por sus venas corría la sangre de los Ptolomeos que gobernaban Egipto. Pero ese nombre, que compartía con la reina usurpadora, no significaba nada para ella desde hacía mucho tiempo. Ni siquiera se consideraba ya griega.

Por supuesto, seguía siendo perfectamente capaz de expresarse en koiné, la lengua común de los helenos, y ahora la estaba utilizando con aquel chacal hambriento de guerra. Pero cuando lo hacía, Neferptah se descubría a sí misma traduciendo mentalmente las frases que primero había pensado en egipcio. Incluso había dejado de soñar en griego; el día en que se dio cuenta de ello comprendió que su transformación se había consumado. Y aquello había ocurrido muchas décadas atrás.

Pero ahora los recuerdos de su pasado más remoto volvían por culpa de aquel mercenario.

Neferptah, otrora Berenice, era hija del rey Ptolomeo, octavo de tal nombre, que en vida se había hecho llamar a sí mismo Evergetes, «Benefactor». Sus súbditos, más maliciosos, se referían a él como Fiscón, «el Panzudo», y con tal apodo había pasado a las crónicas.

Durante mucho tiempo, Neferptah había guardado una imagen neblinosa de su padre. No obstante, conforme envejecía contemplaba cada vez con más nitidez las memorias más antiguas, del mismo modo que las recientes —lo que había desayunado esa mañana, sin remontarse más lejos— se le escabullían como carpas en un estanque.

Incluso después de tanto tiempo, el recuerdo que evocaba de él la hacía ruborizarse.

Tradicionalmente, los egipcios más pudientes se enorgullecían de comer mucho mejor que los costilludos y fibrosos campesinos; por eso, las estatuas de escribas y funcionarios los representaban con vientres orondos y pechos carnosos, casi femeninos. Pero la obscena exhibición de la gordura del padre de Neferptah provocaba en los demás la vergüenza que él parecía incapaz de

experimentar. Obeso como un hipopótamo, Fiscón alardeaba de ello vistiéndose con túnicas de lino transparente a través de las cuales se contaban perfectamente los surcos que separaban sus mantecosas lorzas y se veía cómo se sacudían sus rollos de carne cada vez que se reía, tosía o soltaba alguna ventosidad sonora como un trueno y maloliente como una ciénaga mefítica.

La vida de Fiscón, epítome de los defectos de los Ptolomeos, había sido sangrienta como una tragedia y grotesca como una comedia de enredos y raptos. Siguiendo el ejemplo de sus antecesores, se casó con su hermana Cleopatra; pero al mismo tiempo lo hizo con la hija de esta, que también se llamaba Cleopatra y que era su propia sobrina. «Así no se confunde de nombre en la cama», comentaban los maliciosos, que añadían cábalas sobre si el miembro real conseguiría asomar entre las adiposidades de su vientre al menos lo suficiente para insertar su semilla en alguna de sus esposas.

La primera Cleopatra, que era una mujer de armas tomar —como tantas de aquella temperamental dinastía—, incitó al pueblo de Alejandría contra el rey y contra su joven esposa. Los alejandrinos, aficionados desde hacía varias generaciones a las algaradas violentas, se dejaron convencer por ella, asaltaron el sector real de la ciudad, saquearon lo que pudieron e incendiaron varias dependencias. Mientras tanto, Fiscón huyó hasta el puerto privado de los Ptolomeos, transportado en una litera por diez nubios que no dejaban de jadear bajo aquella carga pese a que exhibían unos músculos dignos de Heracles. Neferptah, que tendría tres o cuatro años, lo recordaba perfectamente, pues ella, hija de una concubina real, había participado en la fuga en brazos de su madre.

Los exiliados se habían refugiado en Chipre. Allí gobernaba un hijo adolescente de Fiscón y su hermana Cleopatra, llamado Ptolomeo como todos los varones de la familia y conocido, para distinguirlo de otros, como Menfita. Fiscón no se anduvo con reparos y ordenó matar a su propio vástago, despedazarlo y enviar sus trozos a Alejandría en un cofre de cedro etiquetado con un papiro que rezaba: «Para mi amada esposa y hermana». Ni siquiera tuvo la decencia de embalsamar los despojos.

No era el primer hijo de Cleopatra al que eliminaba: ella había estado casada antes con otro de sus hermanos, Ptolomeo Filométor, del cual había engendrado a Ptolomeo Neo Filopátor. Cuando Cleopatra enviudó de un

hermano y se casó con el otro, con Fiscón, este no había esperado demasiado tiempo para librarse del potencial rival. De hecho, hizo que asesinaran a Neo Filopátor en el mismo festín de bodas. ¿Qué mejor ocasión? Al menos, en este caso podría alegarse a favor de Fiscón que solo había matado a un sobrino, no a un hijo.

Según un mito griego que Neferptah había escuchado de niña, en el origen de los tiempos el titán Cronos castró a su padre Urano con una hoz y luego arrojó los genitales al mar. Durante aquella larga parábola, un reguero de sangre del miembro mutilado cayó sobre la tierra, y de dicha sangre nacieron las Erinias. Desde entonces, las tres criaturas de cabellos serpentinos se aparecían a todos aquellos que cometían crímenes contra sus padres, hijos o hermanos y los hacían enloquecer con la mirada de sus ojos rojos y candentes como brasas.

A pesar de ello, en opinión de Neferptah, los Ptolomeos, tanto los varones como las hembras, debían de ser inmunes al espanto de las Erinias, ya que asumían sus crímenes con total desparpajo y sin una pizca de remordimiento. Pese a toda la sangre que había corrido entre ambos, Fiscón y su hermana Cleopatra se reconciliaron y gobernaron juntos en Alejandría durante nada menos que ocho años.

Al menos, de las postrimerías de aquel violento reinado, Neferptah solo sabía de oídas, pues para entonces ya no se encontraba en Alejandría, sino en Menfis.

La razón de su mudanza era que Fiscón podía ser un tirano cruel y grotesco, pero no del todo estúpido. Sabía de sobra que para gobernar Egipto desde Alejandría necesitaba congraciarse con la poderosa casta sacerdotal. Al igual que hicieron sus antecesores, había elegido como aliado al clero de Ptah, patrón de Menfis. Por eso la ciudad y el santuario recibían las mejores donaciones y privilegios. Y por eso Fiscón había casado a la menor de sus hijas, Berenice, con el sumo sacerdote Pasheremptah, segundo de tal nombre.

Cuando se la llevaron Nilo arriba en un trirreme con destino a Menfis, Berenice era tan joven que ni siquiera había tenido la primera menstruación. En aquel momento, se sentía tan asustada por el futuro que no paraba de llorar. Su última imagen del Faro la recordaba deformada a través de una cortina de lágrimas, hasta que la enorme luminaria se perdió, tapada por las

espesuras de papiros que poblaban el Delta.

¡Qué joven y tonta era! En Menfis, con su nuevo nombre, había encontrado la tranquilidad, lejos de aquella familia de locos parricidas en la que había nacido. Ptah era un dios sabio, y su templo un remanso de paz, una fortaleza dividida en cuadrantes simétricos, sembrada de bellos jardines que representaban el orden y la belleza.

En realidad, aquel templo constituía una imagen a pequeña escala del propio Egipto, un país hermoso, fértil y civilizado rodeado por todas partes de desiertos, enemigos y barbarie. El templo de Ptah no se limitaba a ser un santuario donde la divinidad tenía su casa: era también un manantial de pureza y orden, un venero del que brotaba maat para contrarrestar el poder de las fuerzas del caos acaudilladas por Seth.

Allí había pasado Neferptah setenta años. Primero como esposa del sumo sacerdote Pasheremtah; después como madre viuda de su sucesor Pedubastes; ahora como anciana abuela del tercer Pasheremtah. Y, pese a algunos sinsabores y momentos de dolor, no era una vida de la que se pudiese quejar.

Pero, aunque quisiera, resultaba imposible romper del todo los lazos con la familia real. Cuando el rey Ptolomeo Auletes, nieto del obeso Fiscón, enviudó de su primera mujer, Cleopatra Trifena —que al mismo tiempo era su hermana—, buscó una nueva esposa con la que tuviera algún vínculo familiar y que de paso le sirviera para reforzar su alianza con el clero de Menfis.

La elección parecía obvia: su prima Sepuntepet, la única hija de Neferptah y su difunto esposo. La joven partió hacia Alejandría, invirtiendo el sendero y el destino de su madre, y se casó con Auletes con el nombre de Cleopatra.

«¡Por el cálamo de Tot! —solía pensar Neferptah—. Si los cronistas del futuro quieren escribir la historia de esta familia se van a volver locos».

De esa unión fueron engendrados dos hembras y dos varones. Cuando nació la segunda hija, Arsínoe, Sepuntepet estuvo a punto de morir desangrada. Para aliviarla de las cargas de la maternidad, Neferptah hizo que le trajeran a Menfis a la mayor, Cleopatra. De este modo había podido educarla a su manera hasta los siete años y enseñarle la verdadera lengua, el

egipcio.

Después, Cleopatra regresó a Alejandría con su familia. Pero todos los años visitaba Menfis al menos unas semanas, que su abuela aprovechaba para instruirla en los secretos del país cuyos legítimos habitantes no llamaban Egipto, sino Kemet, «la Tierra Negra».

Así habían pasado unos años. Por las noticias que llegaban a Menfis, la conducta de Auletes escandalizaba a los alejandrinos. Bebía y comía tanto que, según las malas lenguas, pronto dejaría de valerle la ropa y no tendría más remedio que desenterrar a Fiscón para robarle la túnica mortuoria. Como se consideraba una especie de reencarnación de Dioniso, participaba con entusiasmo en todos los rituales del dios, orgías incluidas. Pero lo que resultaba más vergonzoso para las clases altas griegas era que se complacía en tocar la flauta en persona, como si fuese una de aquellas jóvenes ligeras de ropa y de cascos que amenizaban los banquetes de los varones, y por eso precisamente lo habían apodado Auletes, «el flautista». Para los helenos, la flauta era un instrumento plebeyo, indigno de un rey. ¡Si al menos se hubiese aficionado a la aristocrática lira, como el noble Apolo!

A Neferptah no le asustaban los supuestos excesos de Auletes, pues se quedaban muy cortos comparados con lo que había presenciado de niña en el palacio real. Sin embargo, no dejaba de mantener agentes en Alejandría que la informaban de todo lo que allí acontecía; sobre todo alrededor de Cleopatra, en quien había depositado muchas esperanzas y por cuyo futuro procuraba velar.

Gracias a esos espías, Neferptah se enteró de que Berenice, la hija mayor de Auletes, planeaba un golpe contra su padre aprovechando el viaje de este a Chipre para reclamar la isla a los romanos. Sospechando que cuando Berenice consiguiera el poder intentaría eliminar la posible competencia, la anciana envió una nave para buscar a sus cuatro nietos y traerlos consigo a Menfis.

Cuando la joven asaltó el trono, tal como estaba previsto, sus hermanastros ya no se hallaban al alcance de sus garras. Tras las paredes de adobe del templo de Ptah, rodeadas a su vez por la gruesa muralla de sillares blancos que protegía Menfis tanto de los enemigos como de la crecida del río, Cleopatra, Arsínoe y los dos pequeños Ptolomeos se encontraban a salvo de

las insidias de la usurpadora.

La nueva reina había invitado a sus hermanastros a visitarla dos veces. La primera, cuando se casó con un tal Seleuco; un matrimonio efímero, pues apenas habían transcurrido dos semanas cuando ella misma ordenó que lo estrangularan con un dogal en su presencia. La segunda, en sus nuevas nupcias con Arquelao del Ponto. Neferptah declinó ambas invitaciones en nombre de sus nietos, y Berenice no objetó nada, como si se conformara por el momento con tal arreglo.

Ahora, la situación había cambiado. Para exigir que le entregaran a sus hermanastros, la usurpadora había enviado a uno de sus oficiales, Teócrito, un mercenario de origen arcadio y reputación de asesino implacable.

Aun siendo mujer, Berenice siempre se había mostrado tan directa y brutal como el más tosco de los varones. Por eso recurría a tipos como Teócrito y no se molestaba en disimular la razón de su exigencia.

tallaba sus pómulos, haciendo más descarnadas aún sus mejillas, y arrancaba reflejos aceitados de su cráneo, liso salvo por la trenza que le colgaba sobre la oreja derecha y lo señalaba como sumo sacerdote del templo. Alto y nervudo, el nieto de Neferptah poseía un físico y un temperamento más propios de un guerrero que de un religioso.

A su lado, su tío Horemhotep, único de los hijos de Neferptah que sobrevivía, lo agarró suavemente del codo para calmarlo.

—Mi querido sobrino, no creo que el noble Teócrito haya venido a este recinto sagrado a amenazarnos. Seguramente lo hemos malinterpretado.

Horemhotep habló en tono suave y sin perder esa perpetua sonrisa que lo relativizaba todo. El escriba y jefe de secretos de Ptah siempre parecía estar de buen humor. Sin embargo, Neferptah, como madre suya que era, sabía que en el fondo de su alma se hallaba resentido, ya que se consideraba más apto para el puesto que su sobrino. Ser sumo sacerdote de Ptah no era cuestión baladí: en la práctica, gobernaba como jefe espiritual a los súbditos egipcios del rey y era el segundo hombre más poderoso del país.

—No, noble Horemhotep, no me habéis malinterpretado —respondió Teócrito con sarcasmo—. Tu sobrino está en lo cierto: mis palabras son una amenaza en toda regla.

—Tch, tch —dijo Horemhotep—. Me sorprende que ignores que la sutileza es la clave del arte de la negociación.

—No me he educado en un templo ni una cancillería como vosotros. No estoy acostumbrado a negociar. Solo a ganar batallas. ¿Queréis veros en una batalla?

Teócrito hizo una pausa y miró a su alrededor, evaluando la altura de las paredes que los rodeaban en aquel patio semiescondido entre la muralla principal y la puerta norte del templo.

—Estos sillares parecen sólidos —concluyó—. Pero no hay nada que mis catapultas y arietes no puedan derribar.

—Qué propio de la usurpadora es enviar a un perro de presa para hacer el trabajo que se debería confiar a un zorro —dijo Neferptah en egipcio. Horemhotep soltó una carcajada seca, carente de alegría.

—Dejad de hablar en el idioma de la chusma, contestadme ya y no me hagáis perder más tiempo —repuso Teócrito.

Horemhotep y Pasheremptah cruzaron una mirada entre sí y luego volvieron los ojos a la anciana. Ella no poseía cargo oficial en el templo. A pesar de todo, era el alma y la voluntad de aquel lugar desde hacía muchos años.

—El tiempo lo pierdes porque quieres tú, griego —respondió Neferptah—. Te dijimos antes que no, y la respuesta sigue siendo no y lo seguirá siendo mientras las estrellas brillen en el cielo y el Nilo siga su curso.

—Puede que el Nilo siga su curso, anciana, ¡pero será sobre las ruinas humeantes de esta ciudad!

—Sí que ladra claro el perro de presa —comentó Horemhotep en egipcio.

Teócrito lo miró de reojo y acarició el pomo de la espada que colgaba del tahalí cruzado en bandolera sobre su coraza.

—No sé qué has dicho, sacerdote, pero si es una maldición, cuida que no rebote sobre ti.

—¡Basta! —exclamó Pasheremptah, golpeando las losas con la contera de su bastón, el largo cetro de Ptah—. No consentiré más irreverencias en la ciudad sagrada. ¡Márchate ahora mismo de Menfis o aprenderás por las malas el respeto debido al sabio creador de todo!

Teócrito miró a su alrededor. Detrás de él, junto a la puerta de la muralla y sin llegar a entrar al patio, aguardaban diez soldados de su escolta. Pero sobre el adarve se habían apostado más de veinte arqueros egipcios, y detrás de Neferptah y los dos sacerdotes formaba un grupo de servidores del templo, jóvenes musculosos vestidos con faldellines verdes y adiestrados en el arte ancestral del combate con bastón.

—Está bien —dijo el mercenario tras sopesar fuerzas—. Pero volveré con naves de guerra y con cinco mil soldados. Entonces veremos si tus palabras siguen siendo tan resonantes, sumo sacerdote.

—Trae todos los barcos y soldados que quieras —respondió Pasheremptah—. El propio Ptah, señor de los ingenieros, levantó estas murallas. Nadie las ha expugnado jamás. ¡Y nadie las expugnará!

La anciana meneó la barbilla de forma casi imperceptible. Nunca le habían gustado las baladronadas, y menos las que no se podían mantener. Sólidos eran en verdad los muros blancos de Menfis, ya que cada año los ingenieros y albañiles los reforzaban para que aguantaran el embate de la

inundación. Pero en el pasado ya habían caído asaltados por los crueles asirios. Y no una vez, sino dos. Un hecho que Pasheremtah, como tantos otros patriotas que ensoñaban un pasado glorioso en lugar de estudiarlo, prefería ignorar.

Sin añadir nada más, Teócrito se despidió con un saludo marcial, exagerando el gesto para que las placas de bronce cosidas a su coraza de lino emitieran un sonido metálico. Un recordatorio tosco del poder militar que podía desencadenar sobre Menfis. Después se dio la vuelta y salió del patio. Tras él, las puertas de acacia chapadas de cobre se cerraron con un largo y gimiente chirrido.

Durante unos segundos reinó el silencio, mientras la anciana, su hijo y su nieto se miraban. Un caprichoso golpe de viento se coló sobre la muralla y sacudió las hojas de las palmeras, que se rozaron entre sí con un áspero frufú. Agitadas por el aire, las llamas de las antorchas proyectaron sombras que bailaron huidizas entre las estrías de las columnas, labradas a modo de gruesos troncos de papiro.

Por fin, Pasheremtah tomó la palabra, ya que, pese a ser el más joven, también era el superior jerárquico.

—Menfis siempre ha procurado mantenerse neutral en las rencillas dinásticas de Alejandría. Pero esta vez no es posible. ¿Es que la insolencia de la usurpadora no conoce límites?

—Tal vez podrías haberte mostrado más sutil en tu negativa —dijo Horemhotep—. Un tono más conciliador nos habría ganado tiempo.

—Tiempo, ¿para qué?

—Rumores. ¿No escuchas los rumores?

—¿Los de la invasión? —preguntó Pasheremtah.

—Así es.

—¡Saltaremos de la cazuela para caer en las brasas!

Nefertah asintió lentamente. Hacía varios días había llegado a Menfis una noticia que, por el momento, no se había confirmado. Al parecer, un ejército invasor se acercaba desde el nordeste, atravesando el desierto entre Siria y Egipto. Supuestamente, ese ejército pretendía reinstaurar a Auletes en el trono. En él formaban miles de soldados sirios.

Y legionarios romanos.

Al pensar en ello, Neferptah rechinó sus desgastados dientes.

Romanos.

Bárbaros.

Sanguinarios.

¡Codiciosos!

La anciana estaba convencida de que, si en verdad los romanos querían devolver el trono a Auletes, no se debía a que respetaran la legitimidad o a que comprendieran que la joven Berenice era una tirana incapaz. Llevaba décadas oyendo hablar de sus tropelías, y ahora habría metido la mano entre las ascuas de un altar para jurar que habían recibido un soborno de proporciones astronómicas.

Lo cual significaba que el pueblo egipcio tendría que pagar aún más impuestos. Neferptah no era ninguna revolucionaria partidaria de entregar la tierra a los campesinos que la trabajaban; pero sabía que, si uno carga y sigue cargando el lomo de un camello, puede llegar un momento en que baste un solo grano de cebada más en las alforjas para derribarlo. Alejandría ya exprimía suficientes recursos a los campesinos egipcios como para que además estos se vieran obligados a sustentar a Roma, otra urbe gigantesca.

Al menos, las noticias sobre la inundación parecían alentadoras. Pocos días antes había llegado un barco de la isla Elefantina, remando corriente abajo para anticiparse como mensajero de la crecida. En el primer nilómetro las aguas habían subido veintisiete codos. Eso significaba que, si los dioses no disponían lo contrario, al llegar a Menfis marcarían dieciséis. Una cifra óptima, por encima de lo que se consideraba bueno, pero sin llegar a los veinte codos que acarrearían una riada destructiva. Ese año obtendrían excelentes cosechas que servirían para mantener al país otro año, aunque la siguiente inundación fuese mala.

No obstante, Neferptah no se confiaría hasta que viera con sus propios ojos la inundación lamiendo las murallas de Menfis. Mientras no llegara ese momento, las divinidades podían decidir cualquier cosa: absorber las aguas bajo tierra, acrecentarlas mágicamente para arrasarse la ciudad o incluso secuestrar en el inframundo a la estrella Sopdet, la Esplendente, para evitar que su salida señalase la subida del río.

Neferptah, que sabía mucho más por anciana que por todos los papiros

que hubiera podido leer, estaba convencida de que nada había inmutable en este mundo salvo un hecho: los inmortales eran caprichosos y volubles. La única forma de que conservaran la maat, el orden del universo, era contentarlos con plegarias y sacrificios y aplacarlos con rituales de purificación. Y a veces, ni así se conseguía.

Además, estaban entrando en liza nuevos factores. Los dioses de los romanos, obviamente, eran violentos y sanguinarios. Y, por el éxito que habían tenido sus hijos hasta ahora, Neferptah empezaba a temer que esos dioses fueran más poderosos que los egipcios.

muerte —arguyó Cleopatra, reacia a dar su brazo a torcer—. Las horas que dormimos son horas que no vivimos.

—Para vivir con este sueño —dijo Arsínoe—, preferiría estar muerta.

Cleopatra esbozó una sonrisa. Su hermana era bastante quejica, pero expresaba sus protestas con mohínes infantiles que despertaban en los demás instintos protectores. Contribuían a infantilizarla una frente amplia y abombada y unos ojos enormes que apenas parpadeaban, de un azul tan claro como el mar sobre las playas blancas al este de Alejandría. Aunque, por otra parte, aquellos labios carnosos, siempre entreabiertos y levemente húmedos, avivaban en los varones pensamientos no tan paternales de los que Arsínoe, a sus trece años, fingía no darse cuenta.

Pensando en el carácter de Arsínoe, Cleopatra no pudo evitar acordarse de su hermano Ptolomeo, el mayor, a quien estarían lavando en otro baño junto con el pequeño, al que llamaban Maidión^[3] para diferenciarlos a ambos. Él también protestaba por todo, y más desde que la abuela los había hecho venir de Alejandría. Unas veces gruñía porque hacía mucho calor, otras porque el agua sabía rara, y siempre refunfuñaba porque el pan y la comida estaban llenos de arena del desierto que crujía entre los dientes por más que los esclavos se afanaran en limpiarla.

La diferencia era que el crío se quejaba con la amargura de un viejo y la altivez de un monarca. A sus siete años, parecía sentirse tan dios como sus ancestros deificados, y consideraba que el calor o el frío excesivos, así como el bochorno, los vendavales o cualquier otra molestia producida por el clima constituían ofensas personales de la naturaleza contra él.

Como hermana mayor, Cleopatra intentaba enderezarlo. Pero corregir el temperamento de Ptolomeo se antojaba tarea tan imposible como domesticar a un cocodrilo. Lo que más preocupaba a la joven era que, si su padre conseguía convencer a los romanos para que le devolvieran el trono, Ptolomeo se convertiría en su heredero, lo que significaba que a no mucho tardar tendrían que buscarle una esposa adecuada.

Conociendo los antecedentes y las costumbres de su familia, la candidata idónea era ella. La idea de compartir el lecho con aquel tiranuelo de ojos saltones le revolvió el estómago.

—¿Qué estás pensando? —preguntó Arsínoe.

—Nada —respondió Cleopatra.

—No mientas. Algo te molesta.

—No.

—Que sí.

—Vale. ¿Por qué lo sabes?

—Cuando algo te enfada, mueves los labios como si discutieras contigo misma y acabas meneando la cabeza a los lados y chasqueando la lengua.

«Tomaré nota de eso», se dijo Cleopatra. Como princesa y como miembro de aquella extraña familia, más le convenía aprender a disimular sus emociones y pensamientos tras una máscara.

Atravesaron una galería decorada con pinturas que representaban al divino ingeniero Ptah soñando el mundo en su corazón y abriendo la boca para expresar su sueño en palabras y convertirlo en realidad. De día, aquellos frescos relucían con colores muy vivos, pero de noche la luz temblona de las lámparas arrojaba sombras que se deslizaban sobre las imágenes como siniestras presencias del Duat. A lo lejos se oía el monótono runrún de los rezos y coros que preparaban el ritual del Año Nuevo.

Entraron en la sala de baños. Carmión y Téano las ayudaron a despojarse de las túnicas de dormir, mientras otras dos criadas las tomaban de la mano para que no resbalaran. Desnudas, las dos jóvenes se sentaron en la gran tina llena de agua humeante. Cleopatra observó de reojo el cuerpo de su hermana. Con dos años menos, era tan alta como ella y tenía los pechos más llenos y puntiagudos y las caderas más redondas.

—No te preocupes por eso, señora —le solía decir Carmión—. Las muchachas que se desarrollan antes crecen menos, y los senos se les caen antes. A ti todavía te falta un último estirón.

El estirón no había llegado todavía, pero sí la menstruación, al mismo tiempo que la de su hermana. Con aquella primera sangre, la habían invadido unas sensaciones que la desconcertaban y que a ratos la convertían en otra persona que ni ella misma reconocía. Algunas mañanas Cleopatra se despertaba tan alegre y parlanchina que su conversación incesante llegaba a aturdira a ella misma, y otros días se encontraba tan triste que lloraba con congoja por ver cómo un inocente saltamontes quedaba atrapado en la red de una pérfida araña.

Lo que más perplejidad le causaba era la transformación interior de su cuerpo. Ahora, al sentarse en el agua caliente, volvió a ser consciente de esa metamorfosis. Siendo una princesa, estaba acostumbrada desde niña a que la bañaran, la ungieran de aceite y, en general, se ocuparan de su persona como si ella misma careciese de manos. Siempre había sentido placer cuando le frotaban la espalda con la esponja. Pero se trataba de un goce inocente, igual que el que podía experimentar Rom, su gato, cuando ella le pasaba la mano por el lomo.

De un tiempo a esta parte todo había cambiado. Ahora, las rugosidades de la esponja y los dedos de la joven criada despertaban sensaciones distintas en su piel, sobre todo cuando se acercaban a sus senos y a sus ingles. Era como si su cuerpo hubiese sido hasta ahora una lira de cinco cuerdas y de pronto se hubiera convertido en un arpa alejandrina de veintiuna, mucho más sensible y afinada a tonos y armonías cuya existencia Cleopatra ignoraba hasta entonces. Y todas esas notas y vibraciones parecían confluír en su vientre, inundándolo de un calor que al mismo tiempo era agradable y molesto, una blanda tensión que pedía ser liberada de alguna forma.

Para mortificación de Cleopatra, su cuerpo parecía pensar por ella la mayor parte del día. Algo desacostumbrado y frustrante en alguien que desde niña se había dedicado con afán a las tareas del intelecto. Con tanto afán, de hecho, que su difunto preceptor Policino presumía de ella porque a los diez años ya le planteaba cuestiones más agudas que cualquiera de sus alumnos adultos del Museo.

Por eso, la joven se preguntaba ahora si el plan que había maquinado para la noche siguiente lo habría concebido su mente o sería simple impulso de su cuerpo. Aprovechando que todos estarían enfrascados en los rituales y la tendrían menos vigilada, pensaba salir a hurtadillas del templo y de la ciudad —algo que no había hecho desde su llegada de Alejandría— para asistir al festival de Año Nuevo que celebraban en la aldea cercana de Tiebu. Su intención era unirse a los lugareños como una más, bañarse en el Nilo y beber las aguas de la crecida. Coincidirían esa noche la luna llena, la inundación y la fecha en que había nacido hacía ya quince años. ¿Cómo desaprovechar una ocasión tan mágica para unirse místicamente al río que era el alma de aquel país?

Según contaban, en aquellas fiestas solían ocurrir más cosas aparte de cánticos y abluciones. Nueve meses después nacían más bebés de lo habitual, niños a los que llamaban «hijos de la inundación».

Cleopatra pensó un instante en ello, pero solo de refilón, asomándose de soslayo a su propio pensamiento. Era una princesa de la casa de los Lágidas. Como le había explicado su padre en una ocasión, con la voz pastosa de vino, su virginidad era «asunto de estado» que se reservaba para su propia familia o para futuras alianzas políticas.

Carmión y Téano se ausentaron de la estancia para buscar a las criadas encargadas de traer las ropas y joyas de las princesas. Aprovechando que las jóvenes sirvientas que atendían el baño apenas chapurreaban el griego, Arsínoe se inclinó hacia su hermana y le susurró al oído:

—Si no me llevas contigo, me chivaré a la abuela.

Entre ellas no habrían podido hablar en otra lengua que no fuese la helena, pues era la única que conocía Arsínoe. Aunque no tenía un pelo de tonta, su hermana despreciaba por aburrido todo estudio que le supusiera el mínimo esfuerzo. «¿Por qué se empeña la abuela en que aprendamos el idioma de la plebe? ¡Que aprendan los egipcios el nuestro, que para eso somos los conquistadores!», solía decir. Al oírla, Ptolomeo asentía con vigor y el pequeño Maidión cabeceaba en armonía con su hermano, al que procuraba imitar en todo.

—No vas a venir —contestó Cleopatra—. Si nos pillan, me la cargaré yo por mí y también por ti.

—¿Qué más te da? Lo único que hará la abuela será echarte una regañina. Nunca la he visto ponerte la mano encima.

—Porque no le gusta castigarnos delante de la gente, pero lo ha hecho —respondió Cleopatra. La verdad era que su abuela no le había pegado nunca. En cambio, sí usaba más de una vez sus sandalias de papiro para azotar los traseros principescos de sus hermanos e incluso de Arsínoe. «Eso es porque ellos se lo buscan, y yo no», se justificó.

—Me da igual —insistió Arsínoe—. Si no me llevas, se lo diré y te encerrará en el dormitorio.

Cleopatra volvió a menear la cabeza, pero cuando iba a chasquear la lengua como le había contado antes su hermana, se reprimió: aprendía rápido.

«No tenía que habérselo dicho a Arsínoe», se lamentó. Solía guardarse para sí las cosas. Sobre todo, porque había descubierto que los demás no compartían su afición por los conocimientos que la apasionaban a ella: los idiomas, los relatos del pasado, las estrellas y los planetas, los nombres y usos de las plantas, el arte de la navegación, las costumbres, leyes y tácticas militares de otros pueblos. El universo entero.

Pero esa maldita efervescencia que se había adueñado de su cuerpo tomaba el control de su lengua a veces y la hacía hablar de más. Aunque con Arsínoe no se podía conversar de nada intelectual, cuando Cleopatra le confesaba anhelos e inquietudes más mundanos su hermana se convertía en una oyente comprensiva y atenta.

«Una vez que las palabras salen del cerco de los dientes, ya no hay quien las vuelva a encerrar», se dijo, recordando un dicho de su abuela.

—De acuerdo. Te llevaré.

—¡Bien! —Arsínoe palmoteó en el baño, y una minúscula ola le salpicó la cara.

—Pero tendrás que aguantar despierta. Si me toca pelear contigo para arrancarte de la cama, te quedas.

—Dormiré una buena siesta por la tarde.

—Sabes que el río es peligroso.

—Si es tan peligroso, ¿por qué quieres hacerlo tú?

—Porque he soñado que tenía que hacerlo.

—¿Que lo has soñado?

Cleopatra asintió. Se trataba de una verdad o una mentira a medias, según lo mirase. Era cierto que dos noches antes había soñado que se bañaba en el río. Pero su visión se había limitado a eso, sin recibir señal alguna de que forzosamente tuviera que sumergirse en el Nilo.

Al día siguiente, Cleopatra había consultado una monografía sobre interpretación de los sueños. No sabía qué pensar. Por una parte, el libro aseguraba que soñar con un baño en un manantial o un río de aguas claras indicaba beneficios para la salud; pero si el soñante nadaba, eso significaba que podía sufrir peligros extremos.

«Seguro que no nadé en el sueño», pensó. En realidad, no se acordaba bien de si lo había hecho o no. Todo el mundo sabe que las imágenes oníricas

se desvanecen enseguida de la memoria, como un dibujo trazado con un palo en la arena del desierto durante un vendaval.

—¿Y qué soñaste exactamente? —preguntó Arsínoe.

Cleopatra apoyó la espalda en la pared de la bañera y miró hacia el techo, buscando inspiración entre los trenzados dorados del artesanado.

—Isis. Fue nuestra señora Isis quien se me apareció.

Arsínoe abrió mucho los ojos.

—¿Cómo era?

—Mucho más bella de lo que te puedas imaginar. —Puesta a inventar, Cleopatra decidió añadir detalles concretos a su descripción—. Me sacaba tres cabezas. Vestía una túnica muy ceñida de color azafrán, llevaba un cetro y la gran corona con los cuernos de Hathor. Tenía los ojos aún más grandes que los tuyos, de color violeta como la amatista.

Aunque Arsínoe no mostraba ningún interés por la sabiduría egipcia, Isis era otra cosa bien distinta; tanto los griegos como incluso los bárbaros romanos la veneraban como si fuese suya.

—¿Y qué te dijo la diosa?

—Me dijo —la joven ahuecó la voz y pronunció en tono solemne—: «Cleopatra, hija de Ptolomeo. Si quieres ser reina de Egipto, has de recordar que Egipto es un don del Nilo, y que el Nilo es un don mío, pues fluye de mis lágrimas».

—¿Es que quieres ser reina? Siempre has dicho que no.

«Siempre lo había dicho», corrigió Cleopatra mentalmente. Hasta que se dio cuenta de que, si la usurpadora Berenice seguía reinando, Arsínoe y ella no llegarían a cumplir ni siquiera los dieciocho años. Pero prefería no ensombrecer el ánimo de su hermana con esos temores.

—Escucha, que no he terminado. La diosa continuó: «Pues el río fluye de mis lágrimas, las lágrimas de Isis. Para ser reina en mi nombre, tienes que convertirte en hija del Nilo. Y solo conseguirás eso si renaces bañándote en sus aguas».

Arsínoe chapoteó con la mano y salpicó a Cleopatra.

—Esta agua la han sacado del Nilo, así que ya te estás bañando en él.

—Pero así no vale. La diosa me lo dejó muy claro. Tengo que bañarme en el mismo Nilo.

A fuerza de expresarlo en palabras, Cleopatra se creía cada vez más su propio relato. Su convicción debió de contagiar a Arsínoe, que dijo:

—Pues por eso mismo tengo que ir contigo. Yo también quiero ser hija del Nilo.

—¿Ya me quieres derrocar, si todavía no soy reina?

—¡No digas tonterías, Cleo! —respondió Arsínoe. Se acercó a Cleopatra, la rodeó con el brazo derecho aplastando sus senos contra el hombro de su hermana y le dio un beso en la mejilla, tan cerca de la comisura del labio que le hizo cosquillas—. Yo sí que no quiero ser reina. Hay que pensar y madrugar mucho, y para eso estás tú.

—Entonces, ¿por qué quieres hacer lo mismo que yo y bañarte en el Nilo?

Arsínoe se encogió de hombros.

—Porque va a ser divertido. ¡Estoy harta de pasar el día encerrada en este templo!

En ese momento volvieron Carmión y Téano, acompañadas por cuatro criadas que llevaban sus ropas y otras dos que cargaban con sendos joyeros tallados en ébano de Ceilán. Las dos hermanas salieron del agua con las yemas de los dedos arrugadas como dátiles pasos. Las mismas jóvenes que las habían bañado las secaron y frotaron sus cuerpos con gruesas toallas tejidas en algodón traído de la India, un lujo para princesas. Después, Cleopatra y Arsínoe se sentaron en dos sillas tan recargadas de adornos que parecían tronos.

—¿Rizos o trenzas? —preguntó Carmión, acercando un peine de marfil a los cabellos de Cleopatra.

—¡No! Una coleta nada más, como siempre.

Carmión rezongó entre dientes, pero obedeció. Cleopatra no soportaba que le tironearan del pelo y tenía muy poca paciencia para que la peinaran. Además, se había estudiado lo bastante en el espejo para saber que la coleta la favorecía, pues tenía el óvalo del rostro fino, el cuello más largo de lo que correspondía a su estatura y las orejas pequeñas y de lóbulos bien dibujados.

Al mismo tiempo, dos criadas les hacían la pedicura y otras dos las depilaban. No solo les afeitaron las pantorrillas y las axilas, sino también el pubis: los egipcios eran incluso más mirados que los griegos con el vello

corporal, que consideraban una impureza.

Al notar el frío de la cuchilla de cobre entre las ingles, a Cleopatra se le encogió el estómago y volvió a notar aquella tensión dulce y torturante al mismo tiempo. Arsínoe, que era muy cosquillosa, dio un respingo en su asiento, y la sirvienta le hizo un pequeño corte.

—¡Ten cuidado, que no me estás desplumando como a un pollo! — protestó, sacudiendo el pie. La criada, acostumbrada a esos prontos, apartó la cabeza y esquivó la patada.

A Cleopatra no le parecía ni correcto ni necesario usar la violencia con los sirvientes cuando bastaba con reconvenirlos, pero se calló. Una de las primeras máximas que le había inculcado su padre era: «Nunca debes desautorizar en público a los miembros de la familia».

—Perdona, señora —dijo la criada. Era de lo poco que sabía articular en griego. Después, siguió afeitando a Arsínoe con mucho más cuidado.

Solucionada ya la cuestión del pelo, tanto el de la cabeza como el del cuerpo, ambas hermanas se pusieron en pie y se dejaron untar en axilas e ingles con un unguento desodorante fabricado con polvo de concha de tortuga, cáscara de huevo de avestruz y agalla de tamarisco. El resto del cuerpo se lo masajearon con una pomada blanca que a la luz de las lámparas despedía minúsculos destellos rosados, como si estuviera salpicada de estrellas.

—¿Para qué es esta crema? —preguntó Arsínoe. La sirvienta la estaba frotando en la espalda con friegas tan enérgicas que la voz le brotó entrecortada a pequeños tropicónes.

—Es polvo de alabastro —explicó Carmión, siempre didáctica en asuntos de cosmética—. Sirve para reafirmar las carnes y evitar que se os descuelguen los senos y las nalgas.

—¿Descolgarse a mi edad?

—Nunca es pronto para empezar a cuidarse, señora.

Por fin, las vistieron con sendas túnicas teñidas de un suave tono azul, y encima de estas les pusieron otras de sutilísimo lino blanco, planchadas en tablas provistas de largas acanaladuras con las que se conseguía un fino plisado. La combinación de pliegues y ondulaciones hacía que la prenda de abajo se transparentara más en unas zonas y menos en otras, creando

atractivos juegos de colores y matices.

Ya vestidas, las maquillaron usando polvo de malaquita para pintar de verde los párpados y kohl negro para delinear los ojos, alargarlos en las comisuras y de paso protegerlos de las reverberaciones del sol. Por último, las engalanaron con pendientes, collares y ajorcas de oro y electro engastados con turquesas, jaspes y cornalinas, y las perfumaron con una fragancia de Mendes que desprendía un suave toque de canela.

—¡Listas! —dijo Carmión, y le acercó a Cleopatra un espejo de cobre bruñido para que comprobara por sí misma el resultado de la larga sesión de belleza. La joven se miró apenas un segundo, pero Arsínoe se quedó un buen rato fascinada con su propia imagen.

—Te vas a quedar hechizada como Narciso —se burló Cleopatra.

—¿Como quién?

—Qué ignorante eres a veces, hermana.

Para entonces los cantos habían subido de tono, y el tañido metálico de un batintín avisó de que entraban en la última hora de la noche.

—Justo a tiempo, señoras —dijo Carmión—. Es hora de rezarle a Sopdet para que regrese al firmamento.

¿Cuántas? Tantas que apenas podía recordarlo. O más bien no quería. A sus ochenta y dos años, Nefertah había perdido algo de oído y bastante de vista, pero su cabeza seguía funcionando con toda lucidez.

Y ahora no dejaba de dar vueltas a las amenazas de Teócrito, el sicario de la usurpadora.

«¿Cómo voy a dejar que esa arpía las asesine?», pensó Nefertah al ver aparecer en el jardín a las dos princesas. Quería a todos sus nietos, al vehemente Pasheremtah, a la prudente Taneferher y al soñador Pedubastes, y hacía plegarias y sacrificios por los ka de los otros tres que habían muerto en su niñez. Pero no podía evitar que sus predilectos fuesen los hijos de Sepuntepset, pues ella había sido la luz de sus ojos y la risa de sus labios hasta que se la llevaron a Alejandría.

A decir verdad, no todos ellos eran favoritos por igual. Por el otro extremo del jardín venían ya los dos Ptolomeos, desfilando con gesto serio en la larga procesión de los dioses masculinos. Aunque eran solo unos críos, al pertenecer a la familia real debían participar en el ritual.

El pequeño era muy gracioso, todavía recordaba como un bebé y con una media lengua y unas ocurrencias que a menudo despertaban las carcajadas de su abuela. En cuanto al mayor, Nefertah no conseguía encontrar en su alma suficiente amor por él, lo que hacía que se sintiera culpable a veces.

Solo a veces. Había visto nacer y madurar a suficientes hombres para saber que el carácter de su nieto Ptolomeo no presagiaba nada bueno. Si bien de momento el niño estaba delgado, cuando lo observaba fruncir los labios y entrecerrar los ojos, Nefertah veía en su rostro el vivo gesto de su obeso bisabuelo Fiscón, y le bastaba eso para sentir escalofríos.

Se volvió de nuevo hacia sus nietas, que vestidas de blanco y azul y rodeadas de lámparas y antorchas resplandecían como dos luminarias entre las demás mujeres. ¡Qué guapas eran!

Sobre todo Arsínoe. Siempre había sido una niña muy bonita, con aquellos ojazos celestes tan raros en la familia, pero estaba floreciendo con una belleza que casi cortaba el aliento. Ahora mismo, en las miradas a su paso se mezclaba la admiración con el anhelo teñido de tristeza que despiertan las cosas inalcanzables. Pues Arsínoe era tan hermosa que habría parecido inaccesible aunque fuese una campesina egipcia y no una princesa

de la familia que reinaba en el país desde hacía siglos.

En verdad, a su abuela le preocupaba que esa belleza en auge elevara demasiado el concepto que la joven tenía de sí misma. Abonar con halagos la altivez innata de los Ptolomeos era como alimentar una hoguera con aceite de piedra.

Su mirada se cruzó con la de Cleopatra, y no pudo evitar que se le escapara una sonrisa. Ella era su favorita, la hija de su corazón, tal vez incluso más que Sepuntepet, a la que había parido. Desde niña, no hacía falta explicarle las cosas más que una vez para que las asimilara. Cuando desobedecía, nunca alegaba ignorancia como suelen hacer los críos, sino que explicaba razonadamente por qué consideraba que su conducta —saltarse la siesta para nadar, escaparse al terrado de noche para ver las estrellas, cortarse ella misma el pelo a los cinco años como si fuera un chico— era más adecuada para ella que las órdenes recibidas. Y sus argumentos sonaban tan verosímiles que a menudo conseguía librarse del castigo merecido.

De todas formas, sus trastadas podían contarse con los dedos de las manos. Cleopatra era muy responsable. Había empezado a serlo desde muy pronto. Cuando terminaba de jugar con sus muñecas, las guardaba una por una en un gran arcón amarillo que les servía de casa y que mantenía perfectamente ordenado y limpio, igual que el resto de sus cosas, ya que era muy pulcra y organizada. Ahora que tenía quince años, aquellas muñecas seguían intactas y con los colores tan vivos como cuando se las habían regalado.

También asomaba en ella una vena protectora hartamente infrecuente en aquella estirpe sembrada de parricidas. Lo había demostrado cuando tenía doce años y un escorpión picó a su gato, Rom. Como era preceptivo, Cleopatra recitó el ensalmo tradicional para curar a su mascota: «¡Oh, gato, tu cabeza es la cabeza de Ra! ¡Oh, gato, tu nariz es la nariz de Tot! ¡Ra, socorre a tu hijo, cuyos lamentos suben hasta el cielo!». Pero llegó mucho más lejos, chupando la sangre de su pata herida para escupir el veneno. Aunque aquella temeridad le valió una reprimenda de Neferptah, esta se sintió en el fondo orgullosa de su nieta. Pocos Lágidas habrían hecho algo así, ni siquiera por sus propios hijos.

La adolescencia estaba cambiando un poco a Cleopatra. Neferptah lo

entendía. Había contemplado el florecer de muchas jóvenes, y, si rebuscaba en su propia memoria, todavía podía recordar cuando a ella le brotaron las primeras curvas —que ahora se habían convertido en pliegues— y la sangre se le empezó a enardecer. Lo notaba en los gestos de Cleopatra, en la forma casi involuntaria de rozar su propio cuerpo como si quisiera comprobar que los pechos que le habían germinado como capullos seguían allí, en cómo lanzaba miradas fugaces a los torsos depilados y ungidos en aceite de los sirvientes más jóvenes y musculosos del templo.

Al menos, los cambios físicos eran para bien. Cleopatra no había sido una niña fea, porque era imposible serlo con aquellos ojos. Los tenía muy grandes y almendrados, con unas pestañas largas y rizadas, y cuando miraban parecía que lo absorbían todo. Sus iris eran círculos de ámbar, con unos reflejos rojizos en el centro que a la luz del sol despedían destellos de cobre.

Por lo demás, había sido siempre flacucha y se movía con desgarbo. Aparte de los ojos, el rasgo que más destacaba en su rostro era una nariz con caballete que prometía crecer hasta convertirse en un pico de cuervo como el de tantos de sus antepasados.

Sin embargo, contra todo pronóstico, el apéndice nasal había mantenido su tamaño y eran las demás facciones las que habían crecido y se habían redondeado. Ahora que armonizaba con el resto de sus rasgos, la nariz de Cleopatra pasaba de defecto a virtud, ya que su ligero caballete le confería personalidad a su rostro, e incluso cierto tono regio. Y la dureza de su perfil se compensaba con la curva carnosa del labio superior, donde se marcaba el sensual arco de Eros.

—¡Qué guapa estás, abuela! —dijo Arsínoe cuando se acercó, besándola en ambas mejillas.

—¡Y tú qué zalamera eres! —respondió Nefertah—. ¿Cómo voy a estar guapa si tengo la cara más arrugada que el pellejo de un rinoceronte y mis ojos han perdido todo su brillo?

—Tus arrugas son de sabiduría —dijo Cleopatra, que también la besó—. Y tu mirada sigue siendo limpia y clara como un manantial.

—¡Ja! ¡Como un manantial de legañas! —contestó la anciana, de buen humor. Ahuecó los codos para que sus nietas la agarraran de los brazos y añadió—: Subamos. No debemos hacer esperar a la Esplendente.

Como todos los años, Nefertah rezó mentalmente: «Os doy las gracias, Isis y Osiris, Ra y Ptah, Khnum, Horus, Bastet y todos los demás bienaventurados dioses, por permitirme contemplar otro Año Nuevo». Y, como hacía desde que cumplió los setenta años, añadió una coda: «Que seguramente será el último, mas aun así os doy las gracias».

Tarde o temprano, tenía que acertar. Lo que no podía imaginar era que la muerte de una octogenaria como ella se debería a una conjura dinástica.

Según las teorías de los astrónomos de Alejandría, eso no podía ocurrir. Afirmaban que Sopdet, a la que los griegos llamaban Sotis, no tenía más remedio que aparecer en la fecha señalada, pues así era como funcionaba el cosmos, repitiendo sus ciclos con la regularidad de un reloj perfecto.

Horemhotep no estaba tan seguro de ello. En su opinión, cualquier cosa podía suceder o dejar de suceder. No existía nada imposible ni inevitable. ¿Quiénes eran los mortales para jactarse de conocer las leyes que rigen la naturaleza? La experiencia de Horemhotep le decía que los soberanos quebrantaban a menudo las leyes que ellos mismos promulgaban. ¿Acaso no iban a poder hacer lo mismo los dioses? Un mito contaba que Zeus, el Amón de los griegos, había ordenado al Sol que permaneciera bajo tierra durante tres días solo por darse el capricho de yacer con una hembra hermosa.

Nunca en su vida había presenciado Horemhotep un prodigio semejante. Pero ¿y si esta vez...?

Pensando en ello, el maestro de secretos del templo contuvo el aliento con los demás mientras aguardaba la inminente salida de la estrella.

—¡Ahí está! —exclamó una niña. Se había encaramado al borde de la azotea y señalaba hacia el este con tanto entusiasmo que su madre tuvo que agarrarla de la túnica y tirar de ella para que no cayera al foso que separaba la pared del templo de la muralla.

En efecto, un punto brillante se había materializado sobre el borde del horizonte oriental. Gritos de júbilo saludaron el renacimiento del astro, y por toda la ciudad y el valle sonaron flautas, crótalos y timbales.

La nueva vida de Sopdet fue muy breve. Apenas se había alzado cuando la claridad creciente del día la difuminó y la absorbió. Instantes después, el disco amarillo de Ra empezó a asomar sobre la línea cárdena del desierto.

Y todo siguió ocurriendo como debía ocurrir. Incluso con una asombrosa precisión: desde el más remoto pasado, la reaparición anual de Sopdet como heraldo de Ra se había aproximado en el tiempo a la llegada de la inundación; pero a veces el Nilo se adelantaba unos días y a veces se demoraba.

Sin embargo, en aquel año, tercero del reinado de Berenice Epifania, la coincidencia fue perfecta, tan perfecta como jamás la había visto Horemhotep. Al mismo tiempo que el sol se despegaba del horizonte, el agua empezó a subir.

Aunque el escriba y sacerdote sabía que la crecida provenía del sur, sufrió la misma ilusión que los demás, pues daba la impresión de que todo el río se hinchaba desde el fondo de su cauce. Con aquella manera tan egipcia de armonizar lo contradictorio, la mayoría de la gente no encontraba paradoja alguna en aceptar que la inundación se originaba en el sur y llegaba primero a la isla Elefantina y que al mismo tiempo procedía de unas enormes cavernas subterráneas situadas bajo sus pies, el dominio del dios Khnum.

Las personas que se apretujaban en la azotea del templo apagaron las velas y lamparillas, se acercaron por turnos al borde del terrado y empezaron a lanzar estatuillas más allá de la muralla para que cayeran al agua. La mayoría era de terracota o madera pintada, pero las había también de lapislázuli y otros materiales valiosos. Casi todas representaban a Hapi, personificación del Nilo. Hapi era un dios risueño, y con razón, ya que nunca le faltaba de comer, y sobre su prominente barriga le colgaban senos de mujer. Mientras arrojaban sus exvotos, los celebrantes cantaban su himno en tonos alegres:

*¡Salve, Hapi!
Tú que surges de la tierra,
tú que vienes a traer vida a Kemet.
Iluminador que brotas de las tinieblas,
tu poder lo crea todo
y nadie puede vivir sin ti.
La gente se viste con el lino de tus campos.
¡Por ti cantamos con el arpa,
por ti cantamos con palmadas,
por ti niños y jóvenes gritan
y se congregan multitudes!*

La luz de la mañana alumbraba ya todo el valle. El aire era tan diáfano que veinte kilómetros al noroeste se divisaban nítidamente recortados contra el cielo los tres triángulos blancos de las gigantescas pirámides de Giza.

En cualquier caso, las miradas de la multitud no estaban fijadas en las obras de los hombres, sino en las de los dioses Hapi, Isis y Khnum. El agua subía

por las orillas, corría por los canales y se derramaba por miles de caños para rellenar las grandes parcelas rectangulares dispuestas en escalones; cuando el río volviera a su cauce, esas parcelas recibirían el abono, el arado y la sementera.

Poco a poco, el valle de tierras oscuras se convirtió en un amplio mar que reflejaba la luz dorada del sol, la primera de la mañana y del nuevo año. Se había levantado una brisa todavía fresca y las banderas de colores clavadas sobre los diques que separaban las cuencas tremolaban alegres.

Horemhotep se acercó al pretil para arrojar su propio exvoto, un Hapi tallado en cornalina, para que todos vieran que el maestro de secretos del templo era generoso en sus ofrendas. Al hacerlo miró de reojo a su sobrino, irreconocible bajo la máscara azul y la larga perilla recta del dios Ptah. El sumo sacerdote se veía obligado a caminar con pasitos muy cortos, pues lo habían envuelto en el manto ritual, tan prieto como un sudario.

«Qué bien me vendría que alguien lo confundiera con una estatua y lo arrojara a él también al río», pensó Horemhotep, sonriéndose de su propia malicia. Entonces recordó que esa noche debía llevar a cabo sus planes, y la sonrisa lo abandonó y la espalda se le empapó de sudor frío.

Tras el canto del himno, los asistentes, hombres y mujeres ya mezclados en alegre algarabía, se felicitaron el nuevo año intercambiando besos y regalos. Había terminado la parte ritual y empezaba el festejo. Mientras más allá de la muralla el agua llevaba a cabo el trabajo de los campesinos, en el terrado corrían las bandejas de dulces y las jarras de cerveza y vino de palma y de uva. Todos se sentían muy contentos. La crecida, sin ser violenta, había sido lo bastante generosa para inundar parcelas que otros años había que irrigar usando cigoñales o tornillos de Arquímedes. Era el momento de disfrutar, puesto que el río estaba trabajando por ellos.

Tras felicitar el Año Nuevo a su madre y cumplimentar a otros clérigos y funcionarios, Horemhotep se acercó a un mirador que sobresalía del parapeto y se proyectaba sobre la parte superior de la muralla. Había allí un hombre al que no conocía y que había despertado a medias su curiosidad y a medias su recelo. Por un instante había pensado en mandar a los guardias del templo para que lo detuvieran, pero luego le dio la impresión de que era inofensivo.

—¿Estás espionando nuestras defensas para tomar la ciudad, amigo? —le

dijo—. No te veo aspecto de soldado.

El desconocido, que tenía medio cuerpo asomado sobre el pretil en un equilibrio que se antojaba precario, se dio la vuelta con cierta parsimonia. Era un hombre de unos treinta años, delgado, de hombros estrechos y rasgos alargados que le hacían aparentar más estatura de la que tenía. A juzgar por la túnica y los cabellos, se trataba de un griego.

—Puedes hablarme en tu lengua, Horemhotep —respondió en egipcio—. La hablo aceptablemente. Al menos, espero que así te lo parezca.

—De modo que me conoces.

—¿Quién no va a conocer al gran escriba, maestro de secretos y profeta del libro de Ptah? ¿Me olvido algún título?

Horemhotep soltó una carcajada.

—Al menos diez, pero a mí mismo me suele pasar. ¿Me dirás tu nombre para que no permanezca en la desventaja de la ignorancia?

El desconocido hizo una reverencia.

—Soy Sosígenes, hijo de Arquipo.

—Por tu acento, de Alejandría.

—Lo soy, pero no vengo de allí. —El griego señaló hacia el sur, donde las orillas del Nilo se habían ensanchado tanto que parecía ya un pequeño mar sembrado de islas—. Llegué a Menfis ayer en un barco que venía de Elefantina.

—Un largo viaje.

—Pues vengo de mucho más lejos. He visitado el reino de Kush y la ciudad de Meroe, y he llegado hasta la sexta catarata.

—¿Huyendo de algo o buscándolo?

Sosígenes se encogió de hombros. El gesto le dio tiempo a encontrar una réplica.

—Huyendo de la ignorancia ajena y buscando el conocimiento propio.

—¿Puedes explicarte?

—La primera parte de mi respuesta no, puesto que tengo entendido que eres pariente de nuestra bienamada reina Berenice, y no querría que mis palabras se interpretaran como traición. En cuanto a lo segundo... —El griego se volvió de nuevo hacia el río—. Viajé al sur para averiguar la causa de este fenómeno.

—¿La inundación?

—Así es.

—Ya lo has podido ver. La estrella Sopdet ha vuelto a salir, y su llegada ha producido la crecida.

—Que dos hechos se manifiesten de forma consecutiva no significa que sean causa y efecto.

Horemhotep soltó una carcajada.

—Aunque no hubieses dicho nada más, me bastan esas palabras para que me venga a la nariz el olor a papiro, cera y polillas de la Biblioteca. ¿Eres un erudito?

—Prefiero considerarme un astrónomo y científico que estudia la naturaleza de las cosas.

—¿Crees conocer, pues, la verdadera causa de la inundación?

—En Meroe he oído relatos de mercaderes que viajan más al sur para cazar elefantes y traficar con marfil. Aunque aquí no llueva y esta inundación parezca obra de magia, esos hombres me informaron de que en las montañas de Etiopía caen aguaceros torrenciales en pleno verano que alimentan sus fuentes. Por eso vuestro río crece cuando los demás se secan.

Ahora fue Horemhotep quien se encogió de hombros.

—Lo que dices carece de importancia. Si en Etiopía llueve cuando en otros lugares no lo hace, es por voluntad de los dioses, para que el Nilo pueda regar nuestro país. Y eso ocurre cuando así lo señala Sopdet, la Esplendente.

Sosígenes meneó la cabeza.

—¿De veras crees que el río ha crecido más de quince codos porque vosotros habéis subido aquí a cantar y hacer ofrendas a los dioses?

—¿Y de veras tú no lo crees?

Horemhotep exageró tanto el tono escandalizado de su pregunta que lo convirtió en irónico. A decir verdad, ni él estaba muy convencido de sus propias palabras. A menudo, cuando presidía ritos o sacrificios, se descubría pensando en otra cosa mientras sus labios pronunciaban por sí solos los ensalmos, y se sentía culpable por no experimentar más entusiasmo religioso. Quizá la edad y las decepciones lo habían vuelto más cínico que escéptico.

—No, no lo creo —contestó Sosígenes—. Yo ya he visto cómo subían las aguas en Elefantina y he viajado hasta aquí en el mismo barco que traía la

información del nilómetro, adelantándome a la crecida. ¿Qué crees que habría pasado si, por cualquier azar, los menfitas no hubieseis celebrado este festival?

—Lo hemos celebrado, así que no entiendo tu pregunta.

Sosígenes resopló impaciente. Horemhotep, que se estaba mostrando obtuso a propósito para fastidiar al griego, sonrió por dentro.

—Seguro que sabes en qué consiste una hipótesis —dijo Sosígenes, hablando cada vez más rápido. La paciencia no debía de ser una de sus virtudes—. Si mi hipótesis se hubiera cumplido, es decir, si no hubieseis realizado los ritos debidos, las aguas habrían llegado igual.

—¿Tan seguro estás?

—Lo estoy. El río actúa como actúa obligado por una fuerza inexorable de la naturaleza, y seguirá haciéndolo aunque no existan hombres para llevar a cabo rituales.

—¿Cómo pueden no existir hombres?

—Porque el mundo no necesita ni hombres ni dioses. Es una máquina perfecta por sí sola.

—¡Ya entiendo que hayas huido de Alejandría! Ni siquiera allí admiten ideas tan impías.

—¿Te escandalizo, maestro de secretos?

—A mis años, no tengo por costumbre escandalizarme de nada. Pero te recomiendo que te guardes esos discursos para ti. —Horemhotep hizo un gesto con la cabeza señalando a Pasheremtah, que se dirigía hacia la escalera con los pasitos minúsculos a los que le constreñía el manto—. Si mi sobrino te oye, hará que te arrojen por la muralla. Por cierto, ¿por qué la examinabas con tanto interés? ¿No eres un estudioso de la naturaleza? Como ya te he dicho, cualquiera podría creer que eres un espía.

El griego volvió a acercarse al parapeto y miró hacia abajo.

—En Alejandría presencié una representación teatral de un autor que murió hace tiempo. Se llamaba Terencio.

—Nunca había oído hablar de él. ¿Qué tiene que ver con la muralla? —Horemhotep había visitado Alejandría más de una vez, pero el teatro le parecía una excentricidad griega sin ningún interés.

—Un personaje suyo pronunció una frase que se me quedó grabada aquí

—respondió Sosígenes, tocándose la frente.

—¿Y era...?

—«Hombre soy, y nada de lo humano me es ajeno». Me gusta como lema. Admiro las obras de los hombres..., sobre todo si tienen por objeto domar a la naturaleza.

Horemhotep se acercó al muro y se asomó también. El río había cubierto el terraplén al pie de los bastiones y ahora bañaba los sillares de caliza blanca. La muralla de Menfis era al mismo tiempo una enorme presa que rodeaba la ciudad. Para resistir el empuje del agua, era mucho más gruesa en la base que en el adarve, y en el centro tenía una pared vertical de arcilla impermeable que evitaba las filtraciones. Todos los años, cientos de obreros trabajaban en ella para reforzarla, pues en el momento en que cediera, el río anegaría y arrasaría la ciudad.

Por supuesto, Horemhotep habría podido decir que la muralla de Menfis resistía a la crecida merced a la suma del esfuerzo de los obreros y las súplicas y sacrificios a Ptah, dios de los ingenieros. La verdad era que, mientras la piedra aguantase, a él le resultaba indiferente la razón. «A los dioses rogando y los ladrillos colocando» era su lema.

Se apartó del parapeto, porque las alturas le producían cierto vértigo.

—¿Y has decidido volver ya a Alejandría, Sosígenes?

—En realidad, no. Por allí no corren buenos aires para los estudiosos. Nuestra bienamada soberana, tu pariente, no es precisamente una defensora de la ciencia y la cultura.

Sosígenes se puso el sombrero para que la ancha ala de papiro le proyectara su sombra sobre los ojos. Conforme subía el sol, sus pupilas habían encogido hasta convertirse en dos cabezas de alfiler, lo que hizo que sus iris adquirieran un color de jade muy pálido, casi amarillo. Combinados esos ojos gatunos con unos pómulos altos, una nariz fina y un mentón puntiagudo, el conjunto resultaba inquietantemente afilado.

—Deberías ponerte kohl en los ojos —dijo Horemhotep—. Así no te deslumbrarías.

—No me acabo de acostumbrar a vuestro hábito de maquillaros. Aunque no lo critico, por supuesto.

Al ver a un sirviente que llevaba una bandeja de plata con copas de

electro, Horemhotep le hizo una señal para que se acercara. Después tomó una copa y le tendió la otra a Sosígenes.

—¡Hummm! —exclamó el griego tras probar el vino—. De Quíos, si no me equivoco.

—Imaginaba que preferirías vino de uva.

Sosígenes se encogió de hombros.

—No le hago ascos a la cerveza. Cualquier bebida que sirva para emborracharse de vez en cuando es buena.

«Sorprendente», pensó Horemhotep. De modo que el sabio de aspecto ascético poseía también su reverso dionisiaco.

Horemhotep se mojó los labios en su propia copa fingiendo beber. Teniendo en cuenta sus planes para la noche, no quería caer en la tentación de embriagarse. Después dijo:

—Perdona si mi pregunta te parece grosera, sabio Sosígenes, pero ¿a qué has venido a Menfis?

El griego levantó la cabeza y apuntó con la barbilla hacia el grupo donde se hallaban las princesas.

—¿Vienes buscando su favor?

—Más bien vengo a ofrecerles mi favor a ellas.

—¿Y qué puedes aportar tú a las hermanastras de la reina? Discúlpame, pero no me da la impresión de que seas un príncipe camuflado.

—Conocimientos. Y, sobre todo, método. En ciencia, el camino es tan importante como el fin.

—¿Pretendes prestarles tus servicios como tutor?

—Has deducido correctamente mis intenciones.

Horemhotep soltó una carcajada.

—¿Ves a esa sonriente belleza de ojos azules que habla con mi anciana madre?

—¿Quién podría no reparar en ella? Se merece el saludo de Odiseo a Nausícaa: «Ignoro si eres diosa o mortal criatura».

—De momento, Arsínoe es mortal, pero por sus venas corre la divina sangre de los Ptolomeos. Si logras interesarla más de medio minuto en algo que exija el mínimo esfuerzo mental, proclamaré ante todo el mundo que no solo conoces las leyes de la naturaleza, sino que las dominas como un mago.

El griego entornó los párpados y fijó su mirada en Cleopatra.

—Para ser exactos, pensaba sobre todo en su hermana mayor —explicó—. Cuando las princesas vivían en Alejandría, a menudo veía a Cleopatra en la Biblioteca. Me sorprendió cómo una muchacha con edad de jugar con pelotas y muñecas era capaz de pasarse horas sentada estudiando un papiro como si el resto del mundo hubiese dejado de existir.

Horemhotep sonrió con una mezcla de orgullo por su sobrina y de pena por lo que la joven habría podido llegar a ser.

—Así es Cleopatra.

—Tengo entendido que sus intereses intelectuales son tan variados como los míos —dijo Sosígenes—. Así que por un precio moderado puede tener en mí diez maestros en una sola persona.

—No eres hombre modesto precisamente.

—Nunca he comprendido que se considere la modestia una virtud. ¿Por qué habría de ser virtuoso disimular la verdad sobre uno mismo?

—Por eso mismo, por... modestia.

«O por ocultar el verdadero poder que uno posee», añadió para sí Horemhotep. Saltaba a la vista que a Sosígenes le encantaba alardear. Un defecto propio de personas imprudentes.

Horemhotep nunca había sido imprudente. En él, el título de «maestro de secretos» era algo más que ceremonial.

—Veo que la princesa Cleopatra ha aprendido incluso la lengua del país —comentó Sosígenes—. Muy raro en su familia.

Horemhotep se volvió de nuevo hacia su sobrina. En ese momento conversaba con Neferptah, pero estaba unos diez pasos de ellos y había otras personas parloteando en medio.

—¿Escuchas desde aquí lo que dice?

—No. Pero los movimientos de sus labios no se corresponden con la lengua griega.

—Eres muy observador.

—Lo soy.

«Y un poco estomagante, aunque divertido», añadió para sí Horemhotep.

—Además de hablar el egipcio, mi sobrina está aprendiendo a escribirlo. Y no únicamente el demótico, sino también el jeroglífico.

—Por tu sonrisa, deduzco que eres su orgulloso profesor.

—Así es. Como maestro de escribas, no he tenido ningún alumno con tanto talento como ella. Ya domina casi un millar de signos. ¿Nuestra escritura sagrada se encuentra también entre tus variados intereses?

Sosígenes soltó una carcajada.

—¿Bromeas? ¿Para qué perdería el tiempo con un sistema tan engorroso? Dime, ¿es verdad que poseéis veinticuatro signos que sirven para representar sonidos individuales?

—Así es. Los usamos a veces para ayudar a la lectura.

—Entonces, ¿por qué no os olvidáis de todos los demás signos y utilizáis tan solo esos veinticuatro, como se hace en griego o en fenicio? Vuestros niños podrían aprender a leer y escribir en pocas semanas.

Horemhotep cruzó los brazos sobre el abdomen y compuso una sonrisa beatífica. Por supuesto, no albergaba el menor deseo de que cualquier destripaterrones pudiera leer los textos sagrados. Desde tiempos ancestrales, el poder y el prestigio de los escribas se basaban en que el arte de la escritura jeroglífica siguiera siendo una disciplina extremadamente ardua cuyo estudio se podían permitir nada más que algunos elegidos.

—¿Quién ha dicho que queramos que nuestros niños aprendan a leer y escribir en pocas semanas? Lo que con poco esfuerzo se obtiene poco se valora.

—La escritura no es la sabiduría en sí misma, mi admirado Horemhotep, únicamente una herramienta para plasmarla.

—Nosotros lo vemos de otra manera, mi querido Sosígenes.

—Eso es obvio.

—Hemos obrado así desde el principio de los tiempos, y seguiremos haciéndolo. Recuerda lo que dijo uno de vuestros sabios: los griegos sois niños comparados con nosotros.

—Sí. Pero esos niños gobiernan ahora a los ancianos.

El comentario escoció a Horemhotep, que por un momento perdió su sonrisa.

—A los griegos os gobiernan ahora otros que son incluso más jóvenes y bárbaros que vosotros.

—¿Te refieres a los romanos?

—Así es.

Sosígenes se encogió de hombros.

—Soy griego de Alejandría, amigo mío, no de Grecia. Y en Alejandría, por el momento, aún gobiernan soberanos de nombre griego. Ahora, si me permites, voy a presentarle mis respetos y mis servicios a Cleopatra. Aprecio en ella hechuras de futura reina. Por cierto, su nombre también es griego. «La de ilustre padre».

Con una leve reverencia, Sosígenes se apartó del parapeto y se encaminó hacia la joven princesa, que se había separado de su abuela para conversar con una criada.

«Hechuras de futura reina», se repitió Horemhotep con dolor.

Él también lo había pensado a menudo. Por desgracia, ya no podría ser. Y, si Cleopatra no iba a ser reina, solo le quedaba morir. En el cruel juego de los tronos, no cabía otra opción.

Téano, que solía plegarse a los caprichos de su ama Arsínoe, no había objetado nada a aquella excursión clandestina. Pero Carmión no dejaba de murmurar, insistiendo en los peligros que acechaban bajo la superficie del río.

Cleopatra comprendía sus razones. Su criada, hija mestiza de un militar griego y una egipcia, sentía por el Nilo más miedo que reverencia. Cuando era niña vivía en un kleros, un lote de tierra que el rey le había concedido a su padre, tal como se hacía desde tiempos de los primeros Ptolomeos para pagar a los soldados. Pero una inundación que se salió de madre arrastró su aldea y se llevó por delante su frágil casa de adobe. De toda la familia, ella fue la única que sobrevivió, aferrándose a una puerta que le sirvió a modo de balsa. Cuando la rescataron en la boca Canópica del Delta, llevaba toda la noche flotando a la deriva y apenas respiraba.

—No sabéis cuánto cuidado hay que tener al bañarse en el río —porfiaba mientras recorrían la calle del Delta—. Por tranquila que se vea el agua, en cualquier momento puede aparecer un remolino.

—Nos daremos cuenta a tiempo, Carmión —contestó Cleopatra con tono aburrido.

—Pero hay otros peligros que no se ven. ¡Ninfas perversas cuyos dedos se convierten en marañas de juncos sumergidos que enredan las piernas y tiran de ti hacia abajo! ¡Demonios fluviales que excavan hoyas en el suelo en las que puedes perder pie y hundirte aunque te encuentres al lado de la orilla!

Pese a que Cleopatra apretó el paso para rezagar a su esclava y dejar de oírla, Carmión no cejó en su siniestra enumeración. En ella, no olvidó a los animales salvajes que habitaban el Nilo. Los de aspecto más siniestro eran los escamosos cocodrilos, que un instante parecían dormitar inertes como troncos y al momento siguiente se lanzaban al agua veloces como barcos de guerra. Bien lo sabían los empleados de las lavanderías oficiales que hacían la colada en el río para funcionarios, sacerdotes y potentados, ya que eran sus víctimas favoritas.

—Y los hipopótamos son todavía peores —añadió Carmión en tono truculento.

—¡Si solo comen hierba! —dijo Arsínoe.

—Pero tienen un temperamento más violento que los leones. Sobre todo

son peligrosos ahora, de noche, cuando salen del agua para pastar. Con esas mandíbulas y esos colmillos pueden partir a un hombre en dos.

Según Carmión, todo el mundo sabía que cada año morían en Egipto más campesinos y pescadores atacados por hipopótamos que por cocodrilos. La idea de encontrarse con uno de aquellos obesos caballos de río en la oscuridad empezaba a inquietar a Cleopatra.

«No, ahora no me voy a arredrar», pensó.

Ya habían llegado a la muralla. Puesto que el reino se hallaba en paz, al menos por el momento, y se celebraban festejos por doquier, las puertas seguían abiertas incluso de noche, custodiadas por un pelotón de soldados equipados con armamento griego. Las princesas, que vestían ropas corrientes, se cubrieron el rostro con los mantos, agacharon la cabeza y pasaron ante los guardias de incógnito.

Al verse rodeada de gente que entraba y salía de la ciudad a la luz de teas y hachones, Arsínoe se estremeció. Estaba menos acostumbrada que su hermana a mezclarse con el vulgo. Cuando vivían en Alejandría, Cleopatra tenía costumbre de pasear por las calles para visitar la Biblioteca, la tumba de Alejandro e incluso el Faro; en cambio, Arsínoe no abandonaba el recinto de palacio como no fuese con motivo de alguna procesión.

—¡Esto es muy peligroso! —susurró la joven, acercándose a Cleopatra—. ¡Cualquiera podría robarnos, o matarnos, o violarnos!

—Es demasiado tarde para arrepentirse.

—¡Pero si no me arrepiento! —respondió Arsínoe con los ojos encendidos—. ¡Es muy emocionante!

Cleopatra tenía que reconocer que su hermana llevaba razón. No era tan estúpida como para envidiar la dura existencia de las campesinas egipcias o la anodina vida de las tejedoras del templo; sin embargo, resultaba estimulante disfrutar por unas horas de la misma libertad y anonimato que ellas.

En cualquier caso, no creía que fuesen a correr peligro. Delante de ellas caminaba Apolodoro, alumbrándoles el sendero con una antorcha. El siciliano era un eunuco asignado al servicio de Cleopatra, del mismo modo que Ganímedes lo estaba al de Arsínoe. Pero Ganímedes seguía durmiendo la descomunal borrachera que había agarrado a fuerza de mezclar sin prejuicios cerveza, vino de palma y licor de granada.

Aunque Apolodoro sobrepasaba el uno ochenta, parecía más bajo por sus piernas cortas y sus hombros de estibador, y también porque carecía prácticamente de cuello. Una cicatriz que corría de la oreja izquierda a la comisura de la boca afeaba su rostro, de por sí no muy agraciado. En conjunto, su aspecto resultaba patibulario, en contraste con el del agraciado y atlético Ganímedes. A Cleopatra jamás se le habría ocurrido tomarlo a su servicio, pero el siciliano había aparecido un par de meses antes en Menfis con una carta escrita y sellada por Ptolomeo Auletes. Cleopatra, que conocía bien la caligrafía de su padre, sabía que la misiva era auténtica.

Querida hija:

Espero que goces de salud. Si quieres conservarla el mayor tiempo posible, hazme caso y toma a tu servicio al portador de esta carta. Aunque no lo parezca, Apolodoro es hombre de fiar. Si te inspiran temor su porte y su semblante, piensa que también asustará a quien pretenda hacerte daño.

Por supuesto, es un eunuco. [En ese «por supuesto» Cleopatra había leído entre líneas la frase de su padre: «Tu sexo no te pertenece, hija: es cuestión de estado»]. No lo castraron a propósito para convertirlo en eunuco: su emasculación se debe a una herida de combate. Pero el resultado es el mismo.

Apolodoro era hombre de conversación sucinta y, aparentemente, escasas luces. Después de dos meses, a Cleopatra seguía despertándole un poco de miedo. ¿Debía fiarse de la recomendación de Auletes?

La joven estaba convencida de que su padre la quería, y de que ella y la zalamera Arsínoe eran las favoritas de entre sus vástagos: ni el talante altivo de Ptolomeo ni el temperamento colérico de Berenice los convertían en personas agradables. En cuanto a Maidión, cuando Auletes abandonó Alejandría no era más que un bebé con rollitos de manteca en los brazos que hacía mucha gracia a las mujeres de la familia, pero no tanta a su padre.

En cualquier caso, que Auletes sintiera amor por Cleopatra no constituía ninguna garantía. No dejaba de ser un Ptolomeo. Si en algún momento llegara a sospechar que su hija podía suponer una amenaza para él, no dudaría en eliminarla.

—... y si se entera, nos mata —seguía parloteando Arsínoe con voz excitada.

—Perdona, ¿de quién hablabas? —preguntó Cleopatra, sobresaltada. ¿Le

había leído la mente?

—Nunca me haces caso —se quejó Arsínoe, pellizcando a su hermana en el brazo—. ¡La abuela, quién iba a ser!

—Pues entonces, procuremos que no se entere. Así que no se lo comentes a nadie, que te conozco.

—¡Ja! Tú crees que me conoces, pero yo te conozco a ti mucho mejor que tú a mí. Sé guardarme las cosas.

Cleopatra se preguntó qué pasaría si su abuela las pillaba. De una regañina y un castigo no se librarían. Pero algo le hacía sospechar que, en privado, la anciana se reiría de su aventura. «Seguro que ella hacía lo mismo de joven», pensó. Desde muy niña se había dado cuenta de que a Neferptah le gustaba imponer normas, pero no ceñirse a las de las demás.

Sonrió. «He salido a ella». Prefería parecerse a su abuela que a cualquier otro miembro de su familia. Excepto, tal vez, al sensato y afable tío Horemhotep, su maestro de jeroglíficos.

Pasada la puerta del Delta, el camino se había convertido en un puente rodeado a ambos lados de taludes y agua. Los visitantes que llegaban a Menfis durante las estaciones de Peret y Shemu se sorprendían al descubrir que las puertas de la ciudad se encontraban a más de diez metros de altura por encima de la base de la muralla. Solo cuando las aguas subían en los meses de Akhet comprendían la razón de aquella extraña arquitectura.

Dos caminos que partían de allí descendían directamente a campos recién convertidos en lagos y desaparecían bajo las aguas. El tercero seguía recto y conducía a Tiebu, a unos dos kilómetros de la ciudad. La aldea se levantaba sobre una suave colina que ahora se había convertido en una isla, como tantas otras: los mercaderes griegos que llegaban hasta Perunefer, el puerto de Menfis, aseguraban que el Nilo en época de inundación parecía un modelo a escala del mar Egeo y las Cícladas que lo salpicaban.

—Cuidado con dónde pisas, señora —la advirtió Apolodoro, que llevaba una antorcha para alumbrarlos a todos.

Cleopatra apartó el pie justo a tiempo para no aplastar unos excrementos. Eran humanos, lo que le recordó que los baños y las letrinas eran un lujo que el pueblo llano de Egipto no conocía. Por encima del olor a cieno y vegetación fermentada que lo inundaba todo, su fino olfato le revelaba cuáles

eran los lugares donde los paisanos aliviaban sus vientres.

No tardaron en llegar al poblado, mas no entraron en sus calles, si es que aquellos senderos polvorientos y llenos de socavones entre las casuchas de adobe merecían tal nombre. Siguiendo una bifurcación del camino, se dirigieron al lado oeste de la isla, donde el agua discurría más remansada.

Una suave cuesta en la que crecían tamariscos y datileras se había convertido en playa. Allí ardían hogueras y antorchas, islas de luz rodeadas por corros de gente que cantaba y bailaba.

Cleopatra levantó la mirada. El cielo estaba despejado. Los bordes de la luna se perfilaban nítidos, sin halo. Después bajó la vista y entrecerró los ojos para observar el Nilo. Por aquel lado de la isla, el brazo del río tenía unos cincuenta metros de anchura, hasta llegar al terraplén que formaba el siguiente dique. Más allá se extendía un gran estanque rectangular. En la oscuridad apenas se columbraba nada más, pero por lo que había visto Cleopatra de día desde la azotea del templo, aún había otra albufera, y a continuación se abría el largo canal de navegación que corría paralelo al Nilo y llegaba hasta las grandes pirámides.

Se concentró en lo que tenía más cerca. En la orilla había varios grupos de personas que entraban al río para bañarse y beber de sus aguas. Eran sobre todo mujeres, algunas solas y otras con niños. Se veía también a algunos hombres, pero la mayoría se quedaban junto a las fogatas bebiendo y danzando, o asando carnes y pescados que chisporroteaban sobre las llamas y despedían jugosos olores que hicieron a Cleopatra salivar.

—Este es un buen sitio —anunció la joven al llegar junto a una palmera solitaria.

Se hallaban a media distancia entre dos hogueras, lo bastante alejadas de ellas para que nadie reconociera sus rostros entre las sombras. Las dos hermanas se detuvieron y observaron a su alrededor.

Allí no había ningún pudor. Algunas mujeres se arremangaban las túnicas para entrar al agua, pero otras las dejaban caer hasta los tobillos, se quitaban los taparrabos y entraban corriendo al agua entre carcajadas. La noche, calurosa sin llegar a ardiente, invitaba a despojarse de la ropa.

Cleopatra miró a su hermana y respiró hondo, como si dijera: «¿Nos atrevemos?». Una cosa era desnudarse en el recinto cerrado de los baños

delante de criadas que las veían todos los días. Otra bien distinta hacerlo bajo la luna y las estrellas, ante cientos de ojos desconocidos.

Pero en su sueño, Cleopatra se había bañado vestida tan solo de cielo y agua. Presentía que su comunión con el Nilo no sería completa si entre el río y su piel se interponía tan siquiera una delgada capa de lino. Con el estómago encogido por una extraña emoción, se despojó del fino manto, las sandalias y la túnica. Después se lo pensó unos segundos, y se desató también el perizoma interior.

—¿Tú no vienes, Carmión? —preguntó a su doncella.

—¡Ni por mil dracmas, señora!

—¡Entonces, toma!

Cleopatra hizo un bulto con su ropa despreocupándose de las arrugas, se lo entregó a Carmión y corrió hacia el agua sin mirar atrás. A su espalda, oyó las risas de Arsínoe y sus pisadas crujendo sobre la arena.

El agua estaba más tibia de lo que había esperado, como una caricia de seda en las piernas. Cuando le llegó a las ingles, que todavía le escocían un poco por la depilación, sintió un hormigueo que le trepó desde el ombligo hasta las axilas. Para calmarlo avanzó un poco más, dobló las rodillas y se sumergió hasta el cuello.

De día el agua se veía turbia, con el color entre verdoso y pardo que adquiría el Nilo en los primeros días de la inundación y que paulatinamente se convertía en un tono rojizo. Sin embargo ahora, bajo la luna, daba la impresión de haberse convertido en plata fundida.

Cleopatra respiró hondo. Mezclado con el humo de las hogueras y la grasa de las parrillas, flotaba en el aire un olor levemente dulzón, a juncos en descomposición y a cieno. Pensó que era el aroma de la vida que renacía de los restos de la muerte y se mezclaba con ellos.

«El olor de Egipto. El olor de mi país».

Una vez en el río, las mujeres se lavaban la cara, las manos, los pechos. Se acuclillaban para hundir la cabeza y al levantarse agitaban los cabellos como látigos, lanzando chorros de agua sobre las demás entre animados cantos.

Cleopatra, que se había alejado unos pasos más, volvió a flexionar las piernas y se sumergió del todo. Durante unos segundos, el rumor del agua en

sus oídos apagó todos los sonidos.

Ahora formaba parte del Nilo, del río eterno, de la fuente de la vida. Del padre y la madre de Egipto.

Cuando le dolía ya el pecho de contener el aliento, sacó la cabeza. Arsínoe se hallaba a un par de metros, tan desnuda como ella, pero no se atrevía a adentrarse tanto. Un poco más rezagada, Téano hacía abluciones como las demás mujeres.

Cleopatra unió las manos en un cuenco y bebió una, dos veces, hasta contar siete como hacían las demás. El agua dejaba un ligero regusto a cieno, pero no le molestó. A unos pasos, unas mujeres que habían traído a sus hijos, apenas unos bebés, les estaban mojando las cabezas pelonas. Los llantos de los críos a los que no les hacía gracia el agua se mezclaban con los cánticos y las carcajadas.

Cleopatra recordó el manual de oniromancia. Según su autor, si una soñaba que nadaba en un río, eso implicaba que correría graves peligros en un futuro inmediato. Pero quería nadar. Necesitaba nadar, bucear, sentir el río envolviéndola por completo.

—¡Ten cuidado! —gritó Arsínoe, que no se atrevió a seguirla.

Cleopatra braceó alejándose de la orilla. «Si viene un cocodrilo, pensaré que soy su hermana fluvial y me dejaré en paz», se dijo, a sabiendas de que era un pensamiento un tanto absurdo.

Se internó diez o quince metros en el río. Después se dio la vuelta. Las hogueras se reflejaban en el agua, salpicada de sombras oscuras. Una de ellas destacaba más clara, blanquecina, casi fantasmal.

«Es Arsínoe», comprendió. Su hermana tenía el cutis incluso más blanco que ella. Aunque ambas habían heredado parte de los rasgos egipcios de su abuelo Pasheremptah, apenas recibían los rayos del sol, al contrario que las campesinas que chapoteaban en el río.

Se dio cuenta de que la corriente tiraba de ella con dedos invisibles, y trató de volver nadando en diagonal. Quizá había sido demasiado imprudente, se recriminó mientras braceaba con vigor. Al principio se desesperó, pensando que seguía clavada en el sitio sin avanzar; pero poco a poco consiguió acercarse al lugar donde Arsínoe le hacía señas con aquellos brazos lechosos.

—¡Cleopatra! —dijo su hermana, agarrándola de la mano para tirar de ella—. ¡Me estabas asustando!

—Tranquila —jadeó Cleopatra—. Soy yo quien te cuida a ti, no lo olvides.

Arsínoe frunció el ceño y se mordió el labio, tal vez molesta, pero no respondió. Carmión, que se había acercado a la orilla, les hacía señas impacientes para que salieran del agua. A su lado, Apolodoro aguardaba con la antorcha en la mano derecha y el brazo izquierdo extendido a modo de perchero para las ropas de Arsínoe y Téano.

—¡Es hora de irse! —exclamó Carmión—. ¡No debéis ver cosas inadecuadas para vuestra edad!

Arsínoe y su doncella salieron, cogidas de la mano para no tropezar. Cleopatra las siguió.

Antes de entrar al río, le había parecido que apenas soplaba el viento. Ahora notó la brisa en su piel mojada y por contraste con la tibieza del agua tuvo un escalofrío. Desnuda y al aire libre, se sintió vulnerable y al mismo tiempo extrañamente libre, como si pudiera echar a correr abriendo los brazos y a la tercera zancada despegarse del suelo y volar como un ibis.

—¡Brrrr! —se estremeció Arsínoe con una risita, mientras se cruzaba los brazos sobre el cuerpo—. ¡Mira cómo estoy!

Cleopatra agachó la mirada y comprendió a qué se refería su hermana. A ella también se le había puesto la piel de gallina y los pezones se le habían erguido, duros como canicas de fayenza.

Solo entonces se dio cuenta de que no se había bañado del todo desnuda. Algo más había compartido su comunión con el Nilo.

El escarabeo...

los pronunció en voz alta.

—Maatkare. ¿Qué significa?

—Maatkare era el nombre de Horus de la faraón Hatshepsut, que gobernó Egipto durante más de veinte años.

—Nunca había oído hablar de ella.

—Es una historia secreta que muy pocos conocen. Cuando Hatshepsut murió, su sucesor ordenó tachar su nombre de todas las inscripciones y monumentos a golpe de cincel.

—¿Por qué, abuela?

—¿Quién lo sabe? Tal vez porque le parecía ofensivo que una mujer hubiera llegado a gobernar sobre varones. De todos modos, no consiguió borrar por completo su recuerdo. ¡Ahora es tuyo!

La anciana tomó de nuevo el amuleto, que estaba ensartado en una cadena de oro, y se lo colgó del cuello a su nieta.

—Tengo grandes esperanzas en ti, Cleopatra —susurró mientras cerraba el broche. Su aliento cosquilleó la oreja de la joven.

—¿Por qué, abuela? ¿Qué esperas de mí?

—Sé que no lo veré con estos ojos, pero los ojos de mi ka sí lo contemplarán y se regocijarán contigo.

Nefertah se apartó un poco y, con dedos torcidos por la artrosis, enderezó el escarabeo para que cayera justo en la unión entre ambas clavículas. Después recitó con voz solemne:

—Con la ayuda de la señora Isis, tú conseguirás devolver a la Tierra Negra el equilibrio que tanto ansía. Entre Alejandría y Egipto. Entre conquistadores y conquistados. Entre ciudad y campo. Entre antiguo y nuevo. Entre hombres y dioses. Gracias a ti se alcanzarán la paz y la concordia.

Cleopatra agarró las manos de su abuela. Se estaba asustando un poco, porque las pupilas de la anciana se habían desenfocado como si contemplara algo más allá de las puertas del tiempo.

—¿Cómo voy a hacerlo, abuela? Mi hermanastra es quien gobierna, no yo.

—Tú serás reina, Cleopatra. Y no solo serás reina de Alejandría junto a Egipto. También serás la Gran Casa, faraón de la Tierra Negra. Tú serás quien restaure la verdadera maat y prevalezca sobre las fuerzas del Caos.

La joven sintió de pronto que el escarabeo se convertía en una bola de plomo y crecía hasta pesar más que los sillares de piedra de las pirámides. ¿Cómo iba a cargar ella con esa responsabilidad?

—Yo no sé cómo hacer eso, abuela.

—Isis te iluminará. Ptah te iluminará.

—Pero... Vivimos en tiempos oscuros. ¿Qué porvenir nos espera? Los bárbaros del oeste se acercan cada vez más.

La anciana suspiró. Sus pupilas volvieron a centrarse en la cercana.

—Eso está bien.

—¿El qué?

—Has preguntado «qué porvenir nos espera» y no «me espera», como habría hecho cualquiera de tus hermanos o incluso tu padre.

—No te entiendo.

—Por eso serás reina, porque naciste pensando como una reina. Más allá del presente y por encima de tu persona. No piensas como «yo», sino como «nosotros».

—¿Sobre qué voy a gobernar, abuela? Somos lo único que queda del imperio de Alejandro. ¿Cuánto tiempo tardarán los romanos en venir a quitárnoslo todo?

Nefertah tomó las manos de su nieta y las acarició. La piel de la anciana tenía el tacto del pergamino seco, pero a Cleopatra la tranquilizaba.

—Necesitarás un aliado. Debes unir tu sangre con la de alguien poderoso, el más poderoso del mundo. Has de elegir a un dios entre los hombres, para que de tu sangre y la suya nazca un nuevo Alejandro que devuelva al reino su esplendor. Únicamente así acabarán estos tiempos de tribulaciones. Júrame que solo te entregarás a un hombre como ese, Cleopatra.

De regreso a la ciudad, caminaban en silencio. Cleopatra cavilaba sobre las palabras de su abuela, y también sobre lo que había visto al dejar atrás la aldea. Una pareja fornicaba al exiguo amparo de una higuera, sin que parecieran cohibirles las miradas ajenas. «A eso me refería, señora, con cosas que no deberíais ver», dijo Carmión, tirándole de la mano para que acelerara el paso.

Cleopatra conocía la teoría de los rituales copulatorios. En la Biblioteca de Alejandría había ojeado a hurtadillas un antiguo manual titulado Las doce

posturas de Cirene. También había leído los Cuentos milesios, una colección de relatos muy subidos de tono. Su curiosidad la había impulsado incluso a consultar el tratado de obstetricia de Herófilo. Aunque contemplar a aquellos amantes había sido muy distinto. Se sonrojó, y de nuevo los ijares se le encogieron con una mezcla de frío y extraño calor líquido.

Mientras recorrían la parte alta del dique que la inundación había convertido en puente, Cleopatra se acarició el vientre. Algún día llevaría en él herederos de la sangre de los Ptolomeos. ¿En qué mundo les tocaría vivir? ¿Tendrían que sufrir la prolongada decadencia de su estirpe y su reino?

¿Por qué no habría nacido doscientos años antes? En aquel entonces los Ptolomeos eran sabios y poderosos, y se ganaban de verdad su apodo de «Benefactores», mientras la Biblioteca era el asombro del orbe.

Y, sobre todo, dos siglos atrás nadie en Egipto había oído hablar de la temida Roma, aquella nación de bárbaros ávidos de oro y de sangre.

«Debes unirse al hombre más poderoso del mundo. Un dios entre los hombres».

¿Dónde lo encontraría?

Desde luego, no entre los de su propia sangre. Su hermano Ptolomeo podía creerse un dios redivivo, pero o mucho cambiaban las cosas o jamás llegaría a ser tan siquiera digno de ser llamado hombre.

Ahora mismo, en toda la oikoumene no existía mayor poder que el de Roma. ¿Estaba sugiriendo su abuela que debía entregarse como tributo de guerra a uno de aquellos generales romanos que saqueaban y asolaban ciudades por todas las orillas del Mediterráneo?

Nefertah era una mujer muy sabia, pero mucho se temía Cleopatra que en esta ocasión se equivocaba. Sin embargo, se había empeñado tanto que la joven al final se lo había jurado por Seth, por Anubis y por la monstruosa serpiente Apep: solo entregaría su cuerpo a un dios entre los hombres.

Ahora, después de bañarse desnuda bajo la luna y ver cómo se amaba aquella pareja, mientras sentía miles de dedos invisibles que corrían como hormigas bajo su piel, pensó que su voto podía acabar siendo una cadena muy pesada.

—¿Qué vas a hacer?

Tanto su hermana como Carmión la miraron como si pensarán que se había vuelto loca.

—Solo quiero comprobar una cosa. Venga, id a dormir ya. —Al ver que Apolodoro se disponía a seguirla, añadió—: Tú acuéstate también.

Desanduvo parte del camino de puntillas. Debía de tener aspecto de aparición nocturna, descalza, con la túnica sin ceñir y los cabellos sueltos sobre los hombros. Avanzó entre las sombras, esquivando unos bultos oscuros que, no tardó en descubrir, eran servidores y criadas del templo durmiendo. Pensó que se habrían emborrachado hasta caer rendidos, porque habían quedado tirados sobre las baldosas del soportal, tan inmóviles que, de no ser por los ronquidos que brotaban de los labios de algunos, habría creído que caminaba entre cadáveres.

Se acercó a la celosía que daba a la ventana de la alcoba de su abuela y se asomó con cautela. La luz que había visto procedía de un trípode que sostenía unas lámparas de aceite y de unas velas que ardían sobre el tocador. Le extrañó; su abuela, que era muy ahorradora, tenía ordenado a su doncella que apagara las candelas todas las noches después de ayudarla a acostarse.

Cleopatra pegó la cara tanto al enrejado que la nariz se le llenó de aroma de cedro. Decían que aquella madera que importaban del Líbano ahuyentaba a los insectos, y por eso la usaban en las ventanas del templo. A Cleopatra le daba la impresión de que no debía servir de mucho, porque cada vez que por descuido no cerraba bien la mosquitera que cubría su dosel se despertaba al día siguiente llena de ronchas.

Se dio cuenta, precisamente, de que la mosquitera que cubría la cama de la anciana estaba entreabierta. Aunque aquel rincón se hallaba semioculto entre sombras, a Cleopatra le pareció que el lecho seguía sin deshacer. Si su abuela no estaba en la cama, ¿dónde se había metido?

Entonces la vio. En la primera ojeada no se había dado cuenta, pero Nefertah se encontraba tendida en el suelo, tendida a los pies de la silla del tocador.

El corazón le dio un vuelco. «Tranquila», susurró para sí y trató de respirar hondo. Dejarse llevar por los nervios no iba a ayudar en nada.

Corrió hacia la puerta, la abrió de un empujón y pasó al interior.

—¡Abuela! —exclamó, arrodillándose junto a ella.

La anciana yacía boca abajo y no se movía, aunque respiraba con estertores rápidos y entrecortados. Al parecer, se había caído del asiento mientras se quitaba los pendientes delante del espejo de cobre pulido: había dejado uno de los dos zarcillos en el joyero, junto a una copa de cristal, pero el otro seguía prendido en su oreja.

Cleopatra miró a su alrededor. ¿Dónde estaba la criada que ayudaba a su abuela a desmaquillarse y desvestirse? ¿Sería uno de esos bultos roncantes que yacía en el pórtico? Era una irresponsabilidad que habría que castigar. Por muy bien que se conservara Nefertah para su edad, era una octogenaria que podía caerse o sufrir un desmayo en cualquier momento y no se la podía dejar sola.

Le dio la vuelta. Su abuela tenía los párpados abiertos y las pupilas tan dilatadas que apenas se advertían los iris. Nunca le había visto los ojos así.

—No he cometido ofensas. No he robado —murmuró. Cleopatra se dio cuenta de que no la veía.

Intentó ayudarla a incorporarse, pero su cuerpo estaba flácido como un saco. Metió una mano bajo su nuca y otra bajo sus corvas y la levantó en brazos. Por suerte, la anciana era menuda y llevaba una dieta muy frugal. Resoplando por el esfuerzo, Cleopatra la llevó en vilo hasta la cama y la tendió sobre el colchón.

—No he asesinado a hombres ni mujeres. No he hurtado cereal.

Nefertah seguía recitando una lista de ofensas que no había cometido. En su delirio, debía de creerse que ya había muerto y que su alma se encontraba ante el tribunal de los dioses, pesando en la balanza de Anubis su corazón para compararlo con la pluma de Maat, el símbolo de la justicia y la verdad.

—No he saqueado los campos de nadie. No he blasfemado.

—¡Abuela! ¡Abuela, soy yo!

Tenía la túnica manchada de vómito y su aliento despedía un hedor acre, cuando normalmente no olía a nada, porque se lavaba la boca con natrón varias veces al día.

«¿La habrán envenenado?», se preguntó Cleopatra. En una familia como la suya aquel pensamiento surgía de forma instintiva. Pero ¿quién querría

asesinar a una anciana que no suponía ningún peligro para nadie? Podía entender que pretendieran eliminarla a ella, pero no a Nefertah.

«Esto tiene que ver con Berenice», pensó, y al momento comprendió que sus hermanos y ella podían hallarse en peligro.

—No he desviado el agua del canal. No me he llevado el pan del altar de los dioses.

La voz de su abuela sonaba cada vez más débil. Cleopatra tomó sus manos. Las tenía muy frías, y no logró encontrar el latido en las venas de sus muñecas. ¿Qué podía hacer?

—¡Abuela! ¡Abuela! ¡Despierta! ¡No estás muerta!

Al oír a su nieta, la anciana interrumpió su letanía y sus pupilas se contrajeron un poco.

—¡Oh, madre Isis! ¡Has venido a buscarme!

La sonrisa de Nefertah era tan inocente y dulce que a Cleopatra le recordó a la de Arsínoe cuando era pequeña. Era como si, de golpe, la anciana hubiese regresado a la niñez. Aquello, incluso más que el miedo de que se estuviera muriendo en sus brazos, hizo que a la joven se le pusiera un nudo en la garganta.

—¡Abuela, no soy Isis! ¡Soy Cleopatra! ¡Tu Cleopatra!

—Sí, Cleopatra. Eres Cleopatra.

—Claro que sí, abuela. Espera un momento, voy a buscar ayuda.

—No, madre Isis —jadeó ella—. No me dejes sola. Las sombras del Duat me dan miedo. No permitas que la gran serpiente me muerda...

Aquello encogió el corazón de la joven, que abrazó con fuerza a su abuela. Ella apenas tenía energías para corresponderla, pero Cleopatra notó cómo sus dedos le revolvían el pelo y, de forma casi automática, trataban de deshacerle un nudo.

—Cleopatra —murmuró, con voz tan débil que, aunque la joven notaba su aliento en la mejilla, apenas la oía—. Isis. Cleopatra. Isis...

—Tranquila, abuela. No me... No nos vamos.

—Recuerda tu promesa. Eres la diosa. Isis. No te entregues. Solo a un dios. Solo al...

Kratisto.

Cleopatra se apartó un poco para mirarla a la cara. La última palabra

había sido un susurro, feble como el soplo del aire en las ramas de un sauce. Neferptah la había pronunciado en griego, y fue eso, más que ver sus ojos opacos y clavados en el dosel, lo que convenció a Cleopatra de que había muerto.

Al final de sus días, la anciana había vuelto por un instante al idioma de sus antepasados, la lengua en que la habían criado.

«Solo al más poderoso», se repitió Cleopatra.

—Señora...

La voz ronca de Apolodoro sonó a su espalda. Cleopatra, que no lo había oído entrar en la alcoba, debería haber dado un respingo, sobresaltada. Pero la había invadido una extraña calma, la visión nítida de la atmósfera gélida que precede a la borrasca y que permite divisar el horizonte a decenas de kilómetros.

Volvió el cuello hacia él.

—La abuela está muerta, Apolodoro.

El siciliano agachó la barbilla. Era un hombre respetuoso y nunca le aguantaba la mirada más de un segundo, como correspondía a un guardaespaldas. Eso tranquilizaba a Cleopatra, porque sus ojos mortecinos y estrechos eran tan inexpresivos como dos manchas de asfalto, y sin embargo se agazapaba en ellos una amenaza latente que a la joven le causaba escalofríos.

—Te doy el pésame, señora. Tu tío me envía para pedirte que vengas conmigo cuanto antes.

—Tenemos que avisar de que...

—Tu tío me dice que es urgente. —Apolodoro la interrumpió sin apartar la vista del suelo—. Que vuestra vida corre peligro. Que debes venir ahora.

«Esto es cosa de Berenice», pensó Cleopatra por segunda vez. Dejó a su abuela sobre el lecho, le cerró los párpados y le dio un beso en la frente.

—¿Tienes un óbolo, Apolodoro?

El siciliano respondió con una especie de gruñido de perplejidad. Enseguida comprendió y abrió los cordones de la abultada bolsa que llevaba siempre atada al grueso y raído cinturón de cuero. Tras rebuscar en la escarcela, se acercó y le tendió a su ama la mano izquierda, pues era zurdo. Sobre su palma callosa había una moneda de plata con la efigie de un hombre

de rasgos vivaces, nariz afilada y barbilla contundente. Un Ptolomeo, uno de los antepasados de Cleopatra.

—Esto es una tetradracma, Apolodoro. El barquero no necesita más que una pequeña moneda de cobre.

—La señora Berenice merece un sitio especial en el Hades.

«Es verdad. La abuela se llamaba Berenice», recordó Cleopatra. Conmovida por la generosidad del eunuco, tomó la tetradracma y la metió en la boca entreabierta de la anciana, debajo de la lengua. Después le cerró las mandíbulas y la besó en la frente.

Pensó que era asombroso lo frío que podía quedarse un cuerpo en cuanto lo abandonaba su psykhé, el ka de los egipcios.

«En el templo la embalsamarán bien», se consoló. Todo el mundo allí quería a su abuela, aunque a veces gobernara con mano más dura que su nieto Pasheremptah, el sumo sacerdote.

los pies descalzos sobre la alfombra de piel de pantera. A Carmión y Téano no las vio; Horemhotep debía de haberles ordenado que salieran, y seguramente se hallaban en su propia habitación, a la que se accedía por una puerta situada en la parte izquierda.

El maestro de secretos estaba sentado en la silla de Cleopatra, delante del tocador, girado hacia la puerta mientras esperaba la llegada de su sobrina. Tenía las piernas pegadas y las palmas apoyadas en los muslos, en una actitud tan hierática como la estatua de un faraón. No llevaba peluca, y las luces amarillas de las velas se reflejaban en su cráneo afeitado, que parecía de bronce bruñido.

Después de su abuela, Horemhotep era la persona a la que Cleopatra más quería en el templo. Le gustaba su humor, porque nunca era cruel con los demás y casi siempre se convertía a sí mismo en blanco de sus bromas. Era el hombre con más paciencia del mundo, y mientras le enseñaba los misterios de la escritura jeroglífica trataba de inculcarle a ella esa misma virtud. Hablar con su tío era como sentarse junto a un estanque al atardecer y ver cómo el agua se tiñe de oro y cobre: le infundía serenidad.

Por eso, debería haberse sentido más tranquila ahora. Y, a pesar de todo, percibió enseguida que algo andaba mal.

—Pasa, Cleopatra —dijo Horemhotep.

La joven miró a la izquierda. Había otra persona en la estancia, junto a la puerta que conducía a la habitación de las criadas. Un hombre joven, tocado con una peluca negra y vestido tan solo con un faldellín verde. Cleopatra lo conocía, aunque nunca había hablado con él. Era Anemhor, un oficial de los guardias del templo. Tenía la cintura tan estrecha y los hombros tan musculosos que parecía una pintura de sí mismo. Pero, aunque su torso depilado y untado en aceite deparaba un espectáculo agradable para la vista, su presencia allí inquietó todavía más a Cleopatra. En sus aposentos no podía entrar ningún varón que no fuese miembro de la familia o eunuco. Si su tío se había hecho escoltar por Anemhor, solo podía significar que corrían un grave peligro.

Entró, por fin, y Apolodoro cerró la puerta a su espalda. El rechinar de los goznes hizo que un escalofrío le recorriera la espina dorsal.

«La abuela está muerta».

Las palabras no llegaron a asomar a su boca. Acababa de recordar un consejo de su propio tío: «Nunca tengas prisa por hablar. La información que se recibe es más valiosa que la que se ofrece, y lo que se esconde más útil que lo que se muestra».

Por el momento, le convenía más escuchar.

—Tenéis que iros de Menfis —dijo Horemhotep.

—¿Por qué?

—La víspera de Año Nuevo vino aquí uno de los mercenarios de la reina, un hombre llamado Teócrito.

Cleopatra enarcó una ceja, intrigada. Cuando hablaba en privado como ahora, su tío nunca se refería a Berenice como «reina», sino como «la usurpadora».

—¿Y qué quería?

—Que os entregáramos a los cuatro para trasladaros a Alejandría. —El maestro de secretos hizo una pausa ominosa y prosiguió—: A Arsínoe y a ti pensaba llevaros muertas.

Cleopatra tragó saliva y cruzó una mirada con su hermana. Esta, que en el camino de regreso de la aldea no había hecho más que bostezar y quejarse de que se moría de sueño, tenía ahora los ojos tan abiertos que sus iris azules se veían rodeados de blanco.

—¿Por qué? —preguntó Arsínoe.

—Es evidente, hermana —contestó Cleopatra—. Somos sus rivales. La pregunta no es esa, sino por qué quiere matarnos precisamente ahora.

—Tal vez los rumores de la invasión...

Quien había hablado era Anemhor, pero se interrumpió cuando Horemhotep lo fulminó con la mirada. Cleopatra volvió a tragar saliva. Nunca lo había visto a él tan serio, ni nunca había sentido la boca tan seca.

—¿De qué invasión habla?

—Eso no importa ahora —dijo Horemhotep—. Lo urgente es poneros fuera de peligro.

Él mismo debió de darse cuenta de la mirada de alarma de Cleopatra, porque dulcificó sus rasgos con una sonrisa y se levantó de la silla, caminó hacia ella y le puso las manos sobre los hombros.

—Tranquila. Egipto es grande, y hay muchos lugares donde esconderse

de las zarpas de la usurpadora.

Así que volvía a ser «la usurpadora». Cleopatra respiró hondo y se relajó un poco.

Pero solo un poco.

Horemhotep se acercó a una vitrina donde guardaban vajilla y cristalería. Sacó de ella tres copas de vidrio de Sidón, tomó una jarra de vino y las llenó. Después de beber de la suya, la dejó sobre el tocador, cogió las otras dos poniendo la palma de la mano por encima del borde y se acercó a Cleopatra.

—Tomad. Os vendrá bien beber un poco para calentaros el cuerpo y animaros el espíritu.

La joven se quedó mirando la copa. ¿Por qué no la había agarrado por el pie? Si un esclavo tomaba las copas como había hecho Horemhotep, se le reprendía, porque la suciedad de la mano podía manchar el vino.

Por supuesto, la mano de su tío se veía tan limpia e impecable como siempre. Cleopatra se preguntó por qué se le habría ocurrido aquel pensamiento.

Por la misma razón por la que todavía no había dicho nada sobre la muerte de su abuela. Porque no sabía qué, pero allí había algo que no cuadraba.

Tomó la copa. El vino que guardaban en aquella jarra era itálico, un Falerno de más de quince años. Normalmente, las jóvenes no se permitían más que unos cuantos sorbos. En poca cantidad, despertaba un agradable calor en la garganta que luego se expandía por el pecho. Pero si se bebía más de la cuenta, se subía a la cabeza y convertía la lengua en un trapo pastoso. Cleopatra no lo sabía por propia experiencia, sino porque había visto a su padre emborracharse con Falerno más de una vez.

Lo olisqueó, acordándose del vómito en la túnica de su abuela y de su hedor acre.

El vino no olía a nada raro. Tan solo al aroma añejo y levemente dulce típico del Falerno.

—Vamos, bebed —insistió su tío—. No disponemos de toda la noche, y tendréis que preparar vuestro equipaje.

Cleopatra levantó los ojos de la copa. Arsínoe, con la suya en la mano, miraba a su hermana con gesto de perplejidad, pero tampoco bebía. «¿Tanto

se me nota el recelo?», se preguntó Cleopatra.

Miró a su tío. Una gruesa gota de sudor resbaló por la frente de Horemhotep y se detuvo en la ceja, prendida como rocío en una hoja. En la habitación, construida con gruesas y frescas paredes de piedra, no hacía tanto calor como para romper a sudar. ¿Estaba nervioso por algo? Por otra parte, él había bebido de su copa... o eso parecía. ¿Quién podía asegurar que no se había limitado a mojarse un poco los labios?

«Pero si es tu tío, tu querido tío Horemhotep», recriminó a Cleopatra una voz interior.

No obstante, ella era una Lágida, de la dinastía de los Ptolomeos. Llevaba en la sangre la suspicacia, sobre todo hacia los suyos.

Horemhotep usaba anillos en casi todos los dedos. En la Biblioteca, Cleopatra había consultado la monografía sobre venenos que atribuían al rey Mitrídates del Ponto. Recordaba bien que uno de los escondrijos recomendados por el autor para esconder polvos tóxicos era bajo la falsa piedra de un anillo.

Y ahora que se fijaba bien, los anillos que adornaban los dos índices de Horemhotep estaban vueltos del revés, con la piedra en el lado de la palma. Una colocación muy inhabitual, pero muy práctica para espolvorear veneno en las copas de sus sobrinas tal como las había cogido.

«No puedo creerlo», se dijo. Tal vez los llevaba así por alguna razón apotropaica, un gesto mágico para alejar el mal.

De todas formas, no estaba dispuesta a arriesgarse. En una familia como la suya, ni los niños se podían permitir el lujo de ser confiados.

Cleopatra se acercó a Arsínoe y le quitó la copa de la mano.

—Creo que es mejor que no bebamos, tío —dijo, mientras depositaba ambas copas sobre el tocador—. Por lo que dices, conviene que estemos lúcidas.

Horemhotep exhaló un pesado suspiro.

—Es una lástima. En una situación como esta, un exceso de lucidez puede ser más doloroso.

A Cleopatra se le paró el corazón y se giró hacia él.

—¿Qué quieres decir?

—Con el vino os habríais adormecido dulcemente y no habríais sentido

nada —respondió su tío. Después le hizo una seña a Anemhor, que a su vez dio dos palmadas y exclamó:

—¡Kames!

La puerta que daba a la alcoba de las criadas se abrió, y por ella apareció otro hombre. Era joven, como Anemhor, pero más bajo y tenía las mejillas tan gruesas y la nariz tan chata que semejaba un cerdo. Los dos se acercaron a Cleopatra. Esta fue reculando hacia la cama, junto a su hermana.

—¿Qué le has echado al vino, tío? —preguntó Cleopatra—. ¿Lo mismo que a la abuela?

—Así que mi madre ya ha emprendido el viaje al oeste.

Cleopatra asintió.

—Su vino tenía... otra cosa —dijo Horemhotep—. Cuando la encuentren muerta, pensarán que ha sido una muerte natural. Al fin y al cabo, la cuenta de sus años ya era muy larga.

A Cleopatra la había invadido una sensación de irrealidad, como si se hallara dentro de un sueño, o como si su alma hubiera abandonado su cuerpo y contemplara la escena desde fuera. Arsínoe no se movía y apenas parpadeaba, paralizada por el miedo o porque no acababa de comprender lo que estaba pasando. Se limitaba a mirar y se retorció los dedos.

Cleopatra oyó un chasquido en la puerta de la alcoba y se volvió hacia la izquierda. Apolodoro acababa de correr el pasador del cerrojo y ahora se acercaba también a ella.

—¡Tú! ¡Pero si mi padre te recomendó! —exclamó Cleopatra. Después dirigió la mirada hacia Horemhotep—. No, mi padre no puede ser. Esto es cosa de Berenice.

—Lo es. —El gesto de tristeza de su tío parecía sincero, lo que no le servía de ningún consuelo—. En verdad, tu eunuco vino recomendado por tu padre. Pero las lealtades de los hombres cambian cuando un nuevo señor les paga el triple.

A veces Cleopatra se había preguntado por esa bolsa de monedas que colgaba del cinturón de Apolodoro y que tintineaba al compás de sus pasos. Pero lo había hecho de soslayo, sin profundizar en la cuestión. Ahora se arrepintió, y pensó que a menudo los nobles como ella creían que los siervos eran como los muebles. Sin ojos, sin oídos. Sin sus propios deseos ni su

propia codicia.

Un imperdonable error.

«Qué manera más lamentable de morir, traicionada por todos», se dijo.

—¿Y eso es lo que te ha ocurrido a ti, tío? —preguntó, más por ganar tiempo que por sincera curiosidad—. ¿Berenice te ha pagado el triple también?

Horemhotep tomó de nuevo la copa y se la acercó a Cleopatra.

—Bebe, sobrina.

—No.

—Será mejor para ti. La reina quiere a vuestros hermanos vivos, pero me ha exigido que le entregue vuestras cabezas. Solo vuestras cabezas. No sé a qué retorcida humillación pretenderá someterlas, pero vosotras no tenéis por qué sufrir antes.

Estaban todos cada vez más cerca, aproximándose paso a paso.

Anemhor y su compañero Kames, Horemhotep. Incluso Apolodoro, el más grande y siniestro de los cuatro.

—¿Por qué... por qué nos haces esto? —balbuceó Arsínoe, con los ojos llenos de lágrimas—. ¿Qué te hemos hecho?

—Nada, mi querida Arsínoe. Pero eso es irrelevante ahora. La razón es la que os he dicho antes: las lealtades cambian.

Cleopatra comprendió.

—Así que has matado también al primo Pasheremptah.

—Todavía no —reconoció su tío.

—Pero no va a sobrevivir a esta noche, ¿verdad? Berenice te ha prometido a ti el cargo de sumo sacerdote.

El maestro de secretos sonrió, pero sus ojos estaban tristes.

—Siempre me he sentido muy orgulloso de ti, Cleopatra. Espero que lo comprendas, y que sepas que siempre te he querido.

—Eso es mentira.

—No, no lo es, Cleopatra. Pero los hombres poderosos casi nunca pueden seguir los dictados de su corazón.

—¿Otra de tus lecciones, tío? —preguntó Cleopatra, silabeando la última palabra con rabia.

—Me temo que sí. La última. —Se adelantó y volvió a tenderle la copa

—. Ahora, por favor, bebe. Te ahorrará mucho sufrimiento.

La joven dio un manotazo a la copa, que cayó al suelo y se hizo añicos.

—¡Si quieres matarme, hazlo tú mismo!

Horemhotep reculó un par de pasos. Su rostro se había convertido en una máscara mortuoria vacía de toda expresión.

—No mancharé mis manos con mi propia sangre.

Les dio la espalda y se alejó hacia el otro extremo de la estancia. Arsínoe, que seguía sin moverse de la cama, escondía la cara entre las manos y lloraba con profundos sollozos seguidos de largos silencios en los que apenas lograba inspirar un hilo de aire.

«Esto no puede estar ocurriendo», pensó Cleopatra. Su abuela le había dicho que iba a ser reina. Ella había jurado que no se entregaría más que a un hombre poderoso. No: al más poderoso.

Y nada de eso se iba a cumplir.

Apolodoro había sacado de debajo de sus ropas una larga daga de hoja oscura, casi negra, tan delgada como si la hubieran afilado en la piedra más de mil veces. Cleopatra comprendió que era el eunuco siciliano, y no Anemhor ni Kames, quien iba a ejecutar la sentencia dictada contra ellas por su hermanastra.

Le miró a los ojos. No encontró en ellos un ápice de calor ni de odio, nada que recordara remotamente a un ser humano.

—Hazlo rápido —le pidió.

—Ese ha sido siempre mi defecto —respondió él con su voz gutural.

Apolodoro levantó el cuchillo. Cleopatra se ordenó a sí misma mantener los ojos abiertos, pero el instinto pudo más que la voluntad y se le cerraron solos.

A través de los párpados, o tal vez con el cuerpo, intuyó el movimiento de aquella pesada mole desplazando el aire. Después oyó un gruñido y un áspero gorgoteo.

El tiempo se había convertido en espesa miel.

¿Era así como sonaba su voz al morir? ¿Acaso su ka ya había abandonado el cuerpo, huyendo aterrorizado de la carnicería?

Los ruidos eran confusos. Cleopatra abrió los ojos y reculó hasta toparse con el borde de la cama de Arsínoe.

Quien yacía en el suelo no era ella, evidentemente, sino el escultural Anemhor. Tenía ambas manos en la garganta tratando en vano de tapar una hemorragia y soltaba patadas convulsivas con la pierna derecha como si quisiera apartar de él una amenaza invisible, tal vez la sombra alada de la muerte. Incluso en un momento como aquel, al ver cómo la sangre manaba en pulsos inconstantes, Cleopatra recordó el tratado de Erasístrato sobre la circulación y pensó que aquel fluido carmesí provenía de una arteria.

El otro sicario, que había desenvainado su propio puñal, le tiró una cuchillada a Apolodoro. Este la detuvo agarrando el filo de acero con la mano y, casi en el mismo movimiento, le lanzó un golpe al cuello con la zurda, su mano natural. Kames emitió un gruñido similar al de su compañero mientras un chorro de sangre saltaba bajo su mandíbula.

Incluso herido de muerte, Kames siguió braceando para liberar la mano que empuñaba la daga. Apolodoro aguantó, pese a que el filo se le debía de estar clavando hasta el hueso, barrió los pies de su adversario con la pierna izquierda y lo derribó. Con todo, no lo soltó, y agachado sobre él siguió aferrándole el cuchillo mientras removía el suyo dentro de la herida del cuello.

Cuando Apolodoro se levantó, ninguno de los sicarios se movía ya. El siciliano había rasgado un trozo de lino del faldellín de Kames y se estaba vendando con él la mano derecha, donde le había herido el cuchillo de su contrincante.

—¿Qué ordenas ahora, señora? —preguntó, con el mismo tono de todos los días.

Cleopatra miró a Horemhotep, que había contemplado el combate en silencio, y Horemhotep la miró a ella.

fardo. Sin embargo, cuando Cleopatra se agachó sobre él y le tocó el cuello siguió notando el pulso en sus venas. De modo que no se trataba de un veneno, sino de un somnífero.

La joven se incorporó y le dijo a Apolodoro:

—Hazlo.

Horemhotep se había dado la vuelta para no ver cómo las mataban a ella y a su hermana. Cleopatra no se giró ni apartó la mirada. Así vio cómo Apolodoro degollaba a su tío con movimientos precisos, como un sacerdote sacrificando a una res.

Esa lección era de ella y para ella: si ordenas una muerte, has de cargar con las consecuencias.

Abrió los ojos y trató de espantar aquel recuerdo, tan reciente que aún quemaba. Entonces se dio cuenta de que la herida de su hermano no era más que una ilusión creada por las sombras. Su barbilla estaba intacta. Cuando Cleopatra lo sacudió por el hombro, el pequeño se giró en la cama y gimoteó:

—Un ratito más...

Su hermana lo levantó en brazos. Su cuerpecito conservaba esa deliciosa tibieza del sueño. Mientras tanto, Arsínoe estaba despertando a Ptolomeo, al que sabía sobrellevar mejor que Cleopatra.

Salieron de las habitaciones de los niños y atravesaron el jardín. Aunque a lo lejos seguían oyéndose cantos y batir de tambores, el patio seguía en silencio. ¿A cuántos habría sedado Horemhotep?

Antes de morir, su tío le había explicado que Teócrito amenazaba con atacar la ciudad en menos de dos días si no le entregaba a los dos Ptolomeos vivos junto con las cabezas de sus hermanas. A Cleopatra no le hacía falta el consejo de su tío ni de nadie para tomar una decisión: huir. Conocía de sobra las máquinas de guerra guardadas en los arsenales de Alejandría, y ni siquiera las afamadas murallas de Menfis podrían resistir los ataques de los escorpiones, los arietes, las balistas que arrojaban piedras de trescientos kilos y las torres de asedio de más de veinte metros de altura.

Por eso, Cleopatra había decidido que tenían que abandonar la ciudad. A los niños no les consultó ni les explicó nada.

—Me niego a obedecerte —le dijo Ptolomeo, plantándose en el jardín con los brazos cruzados—. Tú no tienes autoridad sobre mí.

—Soy tu hermana mayor, así que sí la tengo —respondió Cleopatra.

—¡Más quisieras!

Cleopatra levantó la mano para darle una bofetada, pero Arsínoe la agarró de la muñeca.

—Déjame a mí —dijo, y luego se agachó junto a Ptolomeo, le dio un abrazo y lo llenó de besos mientras le susurraba algo al oído.

«No sé qué le estará prometiendo», pensó Cleopatra. Ptolomeo era un pequeño déspota al que había que sobornar la mitad de las veces para conseguir que se comportara como era debido. Pero ahora le daba igual con tal de que dejara de retrasarlos.

En sus aposentos, se apresuraron a recoger algo de ropa, joyas, dinero y también comida, todo lo que pudieran llevar encima sin que les supusiera mucho impedimento, y huyeron en la noche, furtivos como ladrones de sus propios bienes.

De sus estancias volvieron a pasar a las de Nefertah. Allí los aguardaba Apolodoro, que había tapado el cadáver de la anciana con la sábana y había corrido la mosquitera. Al ver a Cleopatra, le tendió el anillo de su abuela, un sello de malaquita en el que se leían los tres jeroglíficos de su nombre egipcio.

—Quizá quieras conservarlo como recuerdo, señora.

A Cleopatra la sorprendió tal delicadeza en alguien que acababa de degollar a tres hombres sin apenas pestañear. Tomó el anillo. Le bailaba, porque su abuela tenía los dedos hinchados por la artrosis, de modo que se lo puso en el pulgar. Ya encargaría a algún orfebre que se lo arreglase.

Si habían acudido de nuevo a la alcoba de Nefertah no era por el anillo, sino porque tras un tapiz que colgaba de la pared norte se escondía una entrada secreta. Tras apartar el tapiz y abrir la puerta, vieron una escalera que bajaba y se perdía entre las sombras.

—Yo no bajo por ahí —dijo Ptolomeo—. Está oscuro y huele a pedo de rata.

—¡Jajaja! —se rio Maidión, que iba en brazos de Carmión—. ¡Ha dicho «pedo de data»!

—Pues claro que vas a bajar —respondió Cleopatra.

Gracias a la intervención de Arsínoe, que susurró algo que terminaba en

«y será muy divertido», el niño volvió a entrar en razón. Empezaron el descenso. En el reducido séquito marchaban Cleopatra y Arsínoe, sus dos hermanos, Carmión y Apolodoro. También los acompañaba Ganimedes, el eunuco de Arsínoe, al que Apolodoro había despertado de su letargo arrastrándolo hasta un estanque y tirándolo al agua.

Téano no iba con ellos. Tras la muerte de Horemhotep, Cleopatra había entrado en la alcoba de las criadas. Allí descubrió que los dos sicarios las habían atado y amordazado, no sin antes introducirles una bola de trapo en la boca por debajo de la mordaza. A la infortunada Téano el trapo se le había metido por la garganta y se había ahogado, con el rostro negro y los ojos hinchados en una horrible expresión de gorgona. Si Cleopatra hubiera tardado mucho más en desatarla, Carmión habría sufrido el mismo fin.

El último y a ratos primer miembro de la comitiva era Rom, el gato de Cleopatra. No lo había visto en toda la noche, porque el felino entraba y salía de sus aposentos cada vez que le daba la gana, pero debía de haber intuido que su ama se marchaba del templo y se había presentado de repente.

Cleopatra no había llorado cuando vio morir a su abuela, ni cuando pensó que ella misma estaba perdida ni cuando contempló cómo Apolodoro degollaba a su tío. Y, sin embargo, al ver a Rom se abrazó a su cuerpo blanco y sedoso y lo regó de lágrimas.

—Es una reacción normal, señora —le había explicado Apolodoro con su voz espesa—. El cuerpo aguanta en la pelea y se ablanda después. Yo mismo me he sentado después de matar a esos hombres y al señor Horemhotep. Me temblaban las piernas.

Cleopatra lo había mirado de hito en hito, sorprendida de que el eunuco le ofreciera una opinión que ella no le había solicitado. Pero, en lugar de reprenderle, asintió mientras se enjugaba las lágrimas. Siempre se ha de aprender de quien más sabe, y resultaba evidente que Apolodoro era un experto en el uso de la violencia.

Alumbrados por las antorchas que llevaban Apolodoro y Ganimedes, siguieron bajando peldaños largo rato. Cleopatra ya conocía esa escalera. Su abuela se la había enseñado cuando era niña por si alguna vez, como ahora sucedía, se veía obligada a salir del templo a escondidas.

«Los egipcios siempre hemos sido constructores de pasadizos secretos —

le explicó mientras la llevaba de la mano—. Los hacían excavar los faraones que levantaron las pirámides, y también otros reyes posteriores, para esconder sus sepulturas y engañar a los saqueadores. Y estos también horadaban sus propios túneles».

Al principio del trayecto, las paredes estaban encaladas y decoradas con pinturas y jeroglíficos que representaban el viaje nocturno de Ra por el inframundo combatiendo contra todo tipo de monstruos. Aunque no se detuvo a leer los textos, mientras bajaba la interminable escalera, Cleopatra se sentía como el dios cuando cada noche se sumergía bajo el mar occidental para entrar en el Duat.

De pronto oyó un ruido áspero que la sobresaltó. Al darse la vuelta descubrió que era Ptolomeo. El condenado crío había encontrado un palo y lo estaba deslizando por la pared con tanta fuerza que estaba surcando las pinturas con un largo rayajo.

Cleopatra le dio un manotazo, le quitó el palo y lo arrojó escaleras arriba.

—¡Aaaaay! ¡Me has hecho daño!

—¡Pues claro que sí! ¡Eres un salvaje y un sacrílego!

El niño contrajo la boca en un gesto que deformaba sus rasgos como una gárgola, y un segundo después empezó a llorar. El sonido de su llanto era una barrena en los oídos, pero a Cleopatra le produjo una malsana satisfacción. Siguieron bajando, acompañados por el eco de los gemidos de Ptolomeo, que al comprobar que nadie le hacía demasiado caso fue espaciándolos y debilitándolos cada vez más hasta callarse.

Por fin, los peldaños desembocaron en un angosto túnel excavado en la arenisca. Las paredes y el techo rezumaban humedad. Cleopatra miró arriba con aprensión. Sabía que sobre sus cabezas se cernía un pequeño mar, el propio Nilo.

Mientras caminaban por el pasadizo, Cleopatra se adelantó un poco con Apolodoro, ya que quería interrogarlo a solas y el siciliano no se manejaba demasiado bien con el egipcio.

—¿Por qué mi tío estaba convencido de que ibas a obedecerle a él y no a mí? —le preguntó en susurros—. ¿Es verdad que te pagaba el triple de lo que te había pagado mi padre?

—Sí y no, señora.

—No te entiendo.

—Él creía que me pagaba el triple. En realidad, tu padre me pagaba más. Él me había ordenado que fingiera.

—¿Que fingieras qué?

Apolodoro sacudió la cabeza. Incluso en griego, hablaba con dificultad, como si tuviera que escarbar en su cerebro para encontrar las palabras adecuadas y combinarlas.

—Que trabajaba para Berenice. Pero la orden de tu padre era muy clara. Proteger siempre.

—¿A mí y a mis hermanos?

—A ti, señora. El hombre que me liberó y me entregó a tu padre me dijo que sirviera fielmente a tu padre. Tu padre me dijo que te sirviera fielmente a ti. Así que ahora yo te sirvo a ti.

—¿Quién es ese hombre que te liberó?

—No lo conoces señora. Un romano.

—¿Cómo se llama?

Apolodoro le iba a responder cuando Cleopatra notó que la tironeaban de la túnica. Se dio la vuelta y vio a Maidión. Carmión lo había bajado en brazos por la escalera, pero en el túnel se había empeñado en andar solo.

—¡Keopatia! —exclamó. Aún era incapaz de pronunciar bien el nombre de su hermana—. ¡Keopatia!

—¿Qué pasa?

—Que quiero llevar a Rom en brazos, y no me deja. ¡Díselo tú!

Cleopatra se agachó y lo levantó para cargar con él. Esta vez el niño no protestó.

—Los gatos son muy suyos, Maidión. Solo se dejan coger cuando a ellos les conviene.

Como si les estuviera oyendo, Rom se acercó, se frotó contra las piernas de la joven al pasar y luego aceleró de improviso y se adelantó. A Cleopatra no le importó; el gato, que sabía apañárselas por su cuenta, debía de haber detectado alguna presa entre las sombras.

No tardaron en llegar a una bifurcación. A la izquierda salía un pasadizo que Cleopatra nunca había recorrido, pero que según su abuela conducía hasta la pirámide escalonada de Zoser. A la derecha empezaba otra escalera,

esta ascendente. La subieron.

Al acercarse al final de la escalera, volvieron a encontrar jeroglíficos y pinturas que representaban escenas fluviales. Después aparecieron en un templete consagrado a Serapis, el dios medio griego y medio egipcio creado por los antepasados de Cleopatra.

Tras pasar entre ofrendas y estatuas con cuidado de no tropezar, llegaron a la puerta exterior. Cleopatra sintió un momento de pánico al comprobar que no se abría, pero solo estaba atascada y cedió en cuanto Apolodoro la empujó con su macizo hombro.

En el exterior, el cielo empezaba a palidecer y la luna bajaba ya hacia el oeste. Cleopatra miró en derredor. El templete estaba excavado en la roca, como todo lo que los rodeaba en ese lugar. Habían llegado a Perunefer, el gran puerto de Menfis, tallado en la arenisca al este de la ciudad, una rada artificial conectada con el canal que llevaba hasta las colosales pirámides del faraón Khufu y sus descendientes. En el fondo de aquella ensenada había un gran dique seco donde se construían y reparaban barcos sin que la subida o bajada del río los afectara.

Habían salido en la parte norte del puerto, no muy lejos de la pirámide de Merenra. A su izquierda, más allá del canal, las murallas blancas de Menfis se veían moradas, como si la piedra rezumara la última oscuridad de la noche. Sobre ellas brillaba una luz diminuta, pero intensa. Sopdet, la Esplendente.

«Orto helíaco». Así había llamado a la aparición del astro Sosígenes, el científico que se le presentó la víspera para ofrecerle sus servicios como tutor. Un hombre un tanto petulante, y atractivo de una manera que Cleopatra era demasiado joven para acertar a definir, ya que se trataba del magnetismo que poseen las personas que no son conscientes de su físico y a las que no les importa nada lo que los demás opinen de ellas.

Solo era el segundo día de vida de Sopdet, que no tardó en difuminarse mientras el cielo entero se teñía de un gris acerado.

—¿Qué vamos a hacer ahora? —preguntó Arsínoe.

—Buscar un barco pequeño y discreto y pagar para que nos lleve al sur, lo más lejos posible de aquí —respondió Cleopatra.

Descendieron hacia los muelles por una escalera de piedra, con cuidado de no resbalar en los bordes desgastados por siglos de pisadas. Las naves se

mecían suavemente en el agua, acunadas por la brisa que agitaba aquel bosque artificial de palos, trapos y jarcias. Tras la noche, el puerto regresaba poco a poco a la vida, y se veían grupos de estibadores que acudían a cargar las naves que debían partir al sur o al norte.

Lo extraño era que a esas horas llegasen barcos a Perunefer, pues no solían navegar de noche, aunque las brigadas de obreros trabajaban todo el año para mantener el canal despejado de rocas y bajíos y hacer la navegación más segura. Sin embargo, no uno sino cuatro estaban entrando en la ensenada, y uno de ellos había empezado ya el amarre.

Cleopatra se quedó paralizada en mitad del muelle, y los demás con ella. Pues aquellas naves no eran mercantes ni de pasajeros, sino de guerra. Y una de ellas la reconocía perfectamente, ya que aquel quinquerreme pintado de azul y naranja solía estar atracado en el puerto del palacio real de Alejandría. Sobre el mástil ondeaba un gallardete púrpura con una estrella dorada, y cerca de los ojos rasgados que adornaban la proa unas letras de bronce rezaban: Macedonia. Era la nave insignia de la flota de los Ptolomeos.

—Demasiado tarde —murmuró Cleopatra—. Los hombres de Berenice ya han venido a buscarnos.

—¿Qué hacemos ahora, señora? —preguntó Apolodoro, repitiendo la pregunta de Arsínoe.

—Santa Isis, protégenos —murmuró Carmión.

Los marineros de la Macedonia tendieron una pasarela por la borda, y decenas de soldados ataviados con escudos rojos y blancas corazas de lino empezaron a desembarcar.

Cleopatra se volvió a todos lados. ¿Adónde podían huir? Por la izquierda, el muelle terminaba en el canal, y además en esa zona estaban atracando los otros tres barcos de guerra. A la derecha, a unos doscientos metros, se levantaba una barrera custodiada por guardias que protegían el dique seco.

¿Al túnel otra vez? No se le ocurría nada mejor que hacer. Mientras tanto, había ya más de cien soldados desplegándose junto a la Macedonia y el capitán del puerto acudía a la carrera a recibirlos.

—Por donde hemos venido, antes de que nos vean —dijo Cleopatra. Seguirían el pasadizo que conducía hasta la pirámide de Zoser, y después ya pensarían en algo.

—Demasiado tarde, señora —respondió Carmión, señalando a los soldados—. Ya vienen para acá.

—¡Pues corred! —exclamó Cleopatra, y se dispuso a seguir su propio consejo sin mirar atrás.

—¡Cleopatra! ¡Princesa Cleopatra!

La joven se quedó clavada al oír aquella voz, que le resultaba muy familiar. Se giró de nuevo, sin saber qué ocurriría a continuación.

«Muéstrate segura como si de verdad ya fueses una reina», se dijo, y aunque la ropa que llevaba era cualquier cosa menos regia, tiró de la túnica para alisársela un poco.

El hombre que venía hacia ellos caminando a zancadas y acompañado por el entrecocar de sus armas y arneses era Aquilas, el general que había acompañado a su padre en su viaje a Chipre y más tarde en su exilio. Supuestamente, era leal a Auletes, pero después de lo que había ocurrido esa noche, Cleopatra ya no estaba segura de más fidelidad que la suya.

Arsínoe no debía de albergar tantas dudas, porque al reconocer a Aquilas corrió hacia él y se arrojó en sus brazos. El general la correspondió como pudo unos segundos y después la soltó, azarado.

En ese momento, el capitán del puerto, un hombre ya mayor y con una abultada barriga, llegó junto a ellos.

—Señor —saludó jadeando—. No teníamos noticia de que hoy fuese a llegar ninguna flota militar.

Aquilas levantó la palma para mandarle silencio. Después dijo:

—Desde este momento, el puerto de Perunfer y la ciudad de Menfis quedan bajo mi autoridad.

—Por supuesto, señor. Todo lo que los barcos de la reina puedan...

—De la reina no. —Aquilas se volvió hacia Cleopatra y, mirándola directamente a los ojos, añadió—: Actúo así en nombre de Ptolomeo Neos Dioniso Filopátor Filadelfo, descendiente de la casa real de Macedonia, legítimo rey de Alejandría, soberano de Egipto y señor de las Dos Tierras. Que por boca de su servidor Aquilas envía sus saludos y respetos a Cleopatra Filopátor.

La joven estuvo a punto de desmayarse allí mismo de alivio y debilidad. Solo entonces, al percatarse del temblor de sus rodillas, recordó que no había

dormido desde que la madrugada anterior la despertaran para el ritual de Sopdet. Sin embargo, aguantó a pie firme mientras Aquilas la saludaba con una reverencia y le presentaba novedades.

Fue en ese momento cuando sonaron las trompetas.

deben ofrecer opciones: se le pregunta y se obtiene una respuesta.

—Senatus Populusque Romanus —respondió Aquilas—. El senado y el pueblo de Roma. Esos bárbaros no se gobiernan por reyes, sino por un consejo de cientos de nobles y por varias asambleas formadas por la peor chusma de la ciudad. —El general soltó un bufido despectivo—. Un caos. Y aun así se las arreglan para vencer todas sus guerras.

Cleopatra no tardó en comprender por qué. El quinquerreme atracó al lado de la Macedonia en un hueco que le habían dejado las otras naves alejandrinas. Apenas habían atado las amarras a dos grandes bolardos de bronce cuando desde dentro ya tendían dos planchas de madera. Segundos después, sendos pelotones de soldados desembarcaron al paso ligero. Sus botas claveteadas hacían retemblar las tablas de las pasarelas y sus cotas de malla grises resonaban con estrépito de metal.

Apenas habían pasado unos minutos cuando más de ciento cincuenta hombres formaban dos rectángulos perfectos delante de la nave. Cleopatra observó con cierta mortificación que la maniobra de los romanos había sido mucho más rápida y precisa que el desembarco un tanto caótico de los guerreros griegos.

Aquilas se volvió hacia Cleopatra y sus hermanos.

—Altezas, si tenéis la bondad de acompañarme, os presentaré al noble lugarteniente del general Gabinio, que ha venido con órdenes expresas de escoltaros de regreso a Alejandría, donde os reuniréis con vuestro padre.

—¿Vamos a viajar en ese barco? —preguntó Arsínoe, señalando al quinquerreme romano.

—Así es, señora. Lo que no me esperaba de ningún modo era encontraros aquí y... —El general movió los ojos un segundo, y Cleopatra comprendió que, involuntariamente, la había mirado de arriba abajo, extrañado por verla con aquellas ropas—. Y en estas circunstancias.

—Son circunstancias largas de explicar, general —respondió Cleopatra—. Ahora, preséntame a ese hombre del que hablas.

«Conozcamos por fin a esos brutos amos del mundo», se dijo para sus adentros.

Caminaron entre varios grupos de soldados griegos hasta llegar ante la formación de los romanos. «Legionarios», le explicó Aquilas en voz baja. Así

era como llamaban a sus guerreros, y «legiones» a sus grandes batallones, ejércitos en miniatura de entre tres y seis mil hombres.

El lugarteniente en cuestión estaba hablando con un guerrero que llevaba un estandarte y una piel de lobo cuyas fauces le cubrían la parte superior del yelmo. Aquilas tuvo que carraspear dos veces para que el romano abandonara su conversación y se diera la vuelta.

Cleopatra lo estudió con curiosidad. El jefe de aquellos romanos era tan alto como Aquilas, pero de espaldas más anchas; rasgo exagerado todavía más por las hombreras de la coraza, que era de bronce con filigranas plateadas que representaban a un Eros alado. El faldar de cuero que protegía sus muslos era más bien corto, lo que dejaba ver unos músculos abultados y definidos junto a las rodillas, y unos gemelos masivos que contrastaban con los finos tobillos. Tenía los antebrazos y los bíceps surcados de venas tan gruesas como el meñique de Cleopatra.

Los rasgos de aquel Heracles eran acusados: labios carnosos, nariz aquilina y mentón prominente, adornado por un hoyuelo. A su manera algo tosca resultaba muy guapo, salvo tal vez por los ojos, que eran estrechos y ligeramente estrábicos.

—Altezas —dijo Aquilas—, os presento al noble Marco Antonio, lugarteniente del general Aulo Gabinio y jefe de su caballería. Fue él quien tomó Pelusio en un solo día.

Pelusio era la fortaleza que guardaba la frontera oriental de Egipto contra las invasiones que provenían de Asia. Cleopatra nunca la había visitado, pero tenía entendido que sus bastiones eran formidables.

O quizá no tanto, ya que habían caído en un día.

Mientras Aquilas presentaba a los cuatro miembros de la familia real, Marco Antonio no quitaba ojo a Cleopatra. Acostumbrada a que Arsínoe se llevara todas las miradas, aquello la halagó en parte; mas también la incomodó, pues el romano la estaba evaluando con todo descaro como si examinara una ternera para un sacrificio.

—Mi señora Cleopatra. Tengo un gran honor conociéndote —saludó por fin el romano. Tenía la voz más aguda y clara de lo que se habría esperado en alguien con ese corpachón. Hablaba un griego fluido, aunque a veces confundía las formas verbales—. Si me haces el honor embarcando en mi

nave, te conduciré de inmediato a Alejandría.

—¿De inmediato? —Cleopatra miró sus ropas y luego las de su hermana. Al hacerlo, descubrió que Arsínoe se estaba comiendo con los ojos al romano. «Solo le falta relamerse», pensó avergonzada.

—Las órdenes de tu padre son llevarte con la mayor urgencia a Alejandría —explicó Aquilas.

Cleopatra retrocedió un paso. De pronto se le ocurrió que todo podía esconder una trampa de la usurpadora. Sería muy propio de su crueldad hacerles creer que se habían salvado para luego cercenar de un hachazo sus esperanzas.

Aquilas debió de leer sus pensamientos, porque se acercó a ella y le dijo en susurros:

—No debes temer ya por tu hermanastra, señora. Ni ella ni su marido viven ya. Arquelao murió combatiendo contra los romanos en las afueras de Alejandría, y la usurpadora ha sido decapitada por orden de tu padre.

Cleopatra suspiró. Tendría que aceptar la palabra de Aquilas; no le quedaba otro remedio.

—Pero esto es muy precipitado —objetó—. Observa qué ropas llevamos, y en Menfis tenemos muchas cosas, y criados, y...

—No te preocupes, señora —repuso Aquilas—. Tendrás tiempo de regresar a Menfis para ser coronada en el templo de Ptah.

—¿Coronada? —repitió Cleopatra, incrédula.

—¿Coronada? ¿Ella? ¿Por qué? —preguntó casi al mismo tiempo su hermano Ptolomeo en tono indignado.

Aquilas asintió con la barbilla para corroborar su afirmación, mientras el romano escuchaba su conversación entornando los ojos, que se habían convertido en dos ranuras.

—Vuestro padre ha decidido que no volverá a reinar solo —dijo el general, dirigiéndose a los cuatro hermanos. Después miró a Cleopatra—: Tranquila, señora. No piensa casarse contigo. Tan solo tendrás que ser su consorte en las ceremonias religiosas. —Con una sonrisa de superioridad que a Cleopatra le resultó odiosa, añadió—: No tendrás que agobiar tu bella cabeza con cuestiones de estado.

El romano, Marco Antonio, se adelantó y le tendió una mano. La tenía

grande y de dedos espatulados, pero sus uñas estaban limpias y bien recortadas.

—Mi señora Cleopatra, si haces el honor subiendo conmigo, zarpamos ya.

Cleopatra tomó la mano del romano, que le sacaba la cabeza entera, pasó entre dos filas de legionarios y subió por la pasarela. A su espalda oyó las pisadas y las voces de sus hermanos, pero no se giró.

Una reina no vuelve el cuello para mirar atrás.

«Tú tenías razón, abuela», se dijo. Sí, sería reina, y mucho antes de lo previsto. Se estremeció imaginando que su padre pudiera intentar convertirla en algo más que reina asociada. Pero, por muchos incestos que se hubiesen producido en la historia de los Ptolomeos, ninguno de ellos se había atrevido a tanto.

«Debes unirte con el hombre más poderoso del mundo», recordó. Miró de reojo al oficial romano. Exudaba fuerza, sin duda, pero era física, la fuerza bruta de un magnífico semental. Además, era el lugarteniente de alguien más poderoso que él.

No, Marco Antonio no podía ser. Aquel hombre al que se refería su abuela, fuese quien fuese, se encontraba todavía en el incierto futuro.

Cleopatra no podía sospechar que había estado a punto de escuchar su nombre en los labios de Apolodoro. Pues había sido su amo, el que lo liberó y lo puso al servicio de Ptolomeo Auletes.

Pero a aquel hombre todavía le faltaba mucho para convertirse en el más poderoso de la oikoumene, y su camino y el de Cleopatra aún tardarían en cruzarse.

II

Marzo del año 706 de la fundación de Roma. Según los registros de la ciudad, es el año del consulado de Gayo Julio César y Publio Servilio Vatia^[1].

Sin embargo, hay una gran parte de los nobles de la República que no admiten la autoridad de estos dos cónsules y en su lugar se alinean en las filas de Pompeyo el Grande. Finalmente, la guerra civil ha estallado. ¿Cómo se ha llegado a esta situación?

Varios años antes, en el 700 de Roma, Julia, hija de César y esposa de Pompeyo el Grande, murió de sobrepeso. Desde entonces las relaciones entre los dos prohombres de la República se enfriaron y deterioraron paulatinamente. Mientras César proseguía con sus conquistas en la Galia y sofocaba una revuelta general acaudillada por Vercingetórix, sus enemigos en la ciudad no dejaban de verter veneno contra él en los oídos de Pompeyo.

En el año 704 de Roma, sometida por fin la Galia, César se acercaba al final de su mandato como procónsul, que había sido prorrogado un quinquenio más gracias a la intervención de Pompeyo, entonces su aliado. Estaban a punto de cumplirse diez años desde que fuera cónsul por primera vez, y conforme a las leyes, César podía optar a un segundo consulado.

Pero existía una dificultad. Para presentarse como candidato, César tenía que renunciar a su cargo de procónsul y entrar en la ciudad sin su ejército. En el ínterin entre ambos cargos, se convertiría en un ciudadano privado y podría

ser acusado y llevado a juicio por cualquier compatriota, ya que perdería la inmunidad propia de los magistrados.

El temor de César de ser juzgado y condenado se hallaba justificado. Muchos senadores le guardaban rencor por las medidas que había decretado siendo cónsul, como el reparto de tierras públicas para los soldados veteranos de su entonces aliado Pompeyo, y estaban aguardando el momento propicio para denunciarlo. Por otra parte, su encarnizado enemigo Marco Porcio Catón, adalid de los optimates, la facción más conservadora del senado, había propuesto que César fuese entregado a los germanos para que lo ejecutaran, como compensación por haber provocado una guerra supuestamente ilegal contra su rey Ariovisto al principio de sus campañas.

Por tal motivo, César solicitó que se le permitiera presentarse al consulado in absentia, sin licenciar a su ejército ni viajar personalmente a Roma. De esta manera pasaría de una inmunidad a otra y podría seguir adelante con su programa de reformas.

Las discusiones en el senado fueron virulentas. El tribuno de la plebe Marco Antonio presentó la propuesta de César: este se hallaba dispuesto a desmovilizar a sus tropas siempre que Pompeyo, que a la sazón desempeñaba el gobierno proconsular de Hispania, pero lo ejercía desde Roma, licenciara también a las suyas.

Pompeyo, apoyado por Catón y el gran orador Cicerón entre otros miembros del grupo conservador, se negó a aceptar ni una sola de las condiciones de su rival, alegando que lo que pretendía César realmente era alzarse con el poder absoluto como tirano o, algo incluso más aborrecido por los romanos, como rey.

El 7 de enero del año 707 de Roma, los senadores aprobaron un *senatus consultum ultimum*, un decreto de emergencia que otorgaba a los magistrados, y en particular a Pompeyo, plenos poderes para defender la República contra César.

La respuesta de Julio César fue fulgurante. El 10 de enero cruzó el Rubicón, un pequeño río que marcaba la frontera entre la Galia Cisalpina e Italia, donde tenía prohibido entrar con tropas. César, que siempre prefería la rapidez en detrimento del número, traspasó el límite con una sola legión y trescientos jinetes. A partir de ese momento, se convirtió en alguien fuera de

la ley.

La siguiente maniobra de Pompeyo desconcertó a muchos, incluso a sus propios partidarios. Aunque disponía de más legiones que César, decidió que era mejor renunciar a la defensa de Italia y cruzó el Adriático para reorganizarse en Grecia con sus tropas y los muchos senadores que lo apoyaban. Pocas semanas después, César entró en Roma, donde muchos aguardaban con el corazón encogido temiendo sus sangrientas represalias.

Para sorpresa general, esas represalias no llegaron. César perdonó a todos los que quisieron pasarse a su bando, y a los que no, los envió libres y sin castigo alguno con Pompeyo, y no permitió que sus soldados saquearan ninguna ciudad.

El enfrentamiento directo entre ambos colosos parecía inminente, pero no acababa de producirse. César no encontró barcos suficientes para garantizar el paso seguro de sus tropas a Grecia, de modo que se dirigió primero a Hispania, donde Pompeyo tenía varias legiones. Allí las derrotó en una campaña relámpago.

En diciembre, César regresó a Roma, donde por fin fue elegido cónsul para el año siguiente. Sin perder más tiempo, se dirigió a Brindisi, en el tacón de la bota italiana, para cruzar con sus legiones a Grecia y enfrentarse a Pompeyo, que se fortalecía más con cada día que pasaba.

Los pompeyanos controlaban una flota de quinientas naves que patrullaban el Adriático, mientras que César no disponía más que de algunas decenas de barcos. Por otra parte, la época del año y las condiciones del mar hacían muy peligrosa la travesía.

No obstante, César decidió que no le quedaba otro remedio que arriesgarse a invadir Grecia. De no hacerlo, podía ser Pompeyo quien en primavera invadiera Italia con un ejército muy superior al suyo. Aunque César tenía más de veinticinco mil hombres repartidos en doce legiones bajas de efectivos, en aquel momento solo pudo embarcar a quince mil legionarios y ochocientos jinetes.

La noche del 4 de enero, pese al tiempo desapacible, César cruzó con aquellos efectivos y desembarcó en el Epiro, en la costa occidental de Grecia. A la noche siguiente sus barcos regresaron a Italia para recoger al resto de sus tropas, pero esta vez fueron sorprendidos por Bíbulo, el almirante de

Pompeyo, que quemó buena parte de los barcos junto con sus tripulaciones.

Han pasado dos meses desde entonces y las legiones de César que siguen en Brindisi bajo el mando de Marco Antonio no han podido cruzar el Adriático. César está acampado en la orilla sur del Apso con sus quince mil hombres, mientras que Pompeyo se encuentra al otro lado del río con más de cuarenta mil soldados entre legionarios y tropas aliadas.

El tiempo corre contra César. Debido a que se halla en territorio enemigo y apenas tiene naves de transporte, sus tropas sufren graves problemas para abastecerse de alimentos y se ven obligadas a resistir con raciones de subsistencia. Mientras tanto, las legiones de Pompeyo, que en su mayoría son más bisoñas que las de César, adquieren más experiencia y calidad día a día.

Cuanto más tiempo tarde César en librar una batalla campal contra Pompeyo, menos posibilidades de triunfo tendrá. Pero, aunque durante su carrera como general a menudo ha combatido en inferioridad numérica, luchar contra más del doble de soldados, dirigidos además por un estratega de la categoría de Pompeyo, sería un suicidio. César necesita imperiosamente a las tropas que ha dejado en Italia.

Mientras tanto, Egipto sufre sus propios problemas. Tras reinar por segunda vez durante cuatro años junto con su hija, Ptolomeo XII Auletes murió en el año 703 de Roma. En su testamento designó como herederos a Cleopatra y al mayor de sus dos hijos varones, Ptolomeo. Para evitar desavenencias entre ambos, añadió una cláusula nombrando albacea de sus últimas voluntades a la República de Roma, mencionando expresamente a Pompeyo y a César en el testamento.

Ptolomeo, el XIII de su nombre en el trono de Alejandría, es demasiado joven todavía para consumir con Cleopatra un matrimonio que esta no desea. Las relaciones entre ambos hermanos se deterioran día a día. La camarilla que rodea a Ptolomeo, formada por el eunuco Potino, el orador Teódoto y el general Aquilas, conspira constantemente contra Cleopatra para boicotear sus decisiones y apartarla poco a poco del poder efectivo.

Para colmo, la penúltima inundación del Nilo fue muy escasa, y la última ha sido aún peor. La hambruna amenaza a Egipto.

Según el calendario romano, corre el mes de marzo, pero en realidad quedan más de dos meses para que termine el invierno...

convenía.

Había contado con aprovechar el terral, que por las noches bajaba desde los montes cercanos y soplaba hacia el Adriático. Dejándose llevar por él, la Hermes se habría alejado unas millas de la costa del Epiro. El resto de la travesía hasta Italia la habrían hecho a golpe de remo, para arribar a su destino, el puerto de Brindisi, antes del amanecer. Con suerte —con la afamada suerte de César—, lograrían escabullirse de los cientos de barcos enemigos que podían darles caza.

Pero el tiempo se había empezado a estropear justo al ponerse el sol. Demasiado tarde ya para enviar recado a los romanos que habían contratado su nave para aquel viaje.

«Contratado» era un eufemismo. León era consciente de que no les quedaba otro remedio que fletar la Hermes a aquellos clientes. Cuando los amos de medio mundo te pedían algo, lo único que podías hacer era calcular con cuánto ángulo agachabas el lomo para responder que sí.

El verdadero dilema se planteaba cuando esos amos se peleaban entre sí en una guerra civil. ¿Qué bando elegir si uno quería sobrevivir?

—Parece que allí vienen —murmuró uno de los remeros.

Entre los árboles que festoneaban el río se abría un sendero que se perfilaba en la oscuridad como una fantasmal cinta de seda. Por allí se acercaba una comitiva a caballo alumbrada por antorchas. Seis jinetes, contó León.

El joven rodio desembarcó por la pasarela de madera, exhalando un pesado suspiro. Era de suponer que quienes pagaban sus servicios no intentarían cometer violencia contra ellos. Por si acaso, se abrió un poco el rebujo del capote y palpó la empuñadura de la espada, rascándose la palma con el pico del grifo de bronce esculpido en el pomo. Aquella arma había pertenecido a su antepasado Memnón de Rodas, el legendario marino que casi tres siglos antes sirvió como almirante a las órdenes del extinto imperio persa y le plantó cara al mismísimo Alejandro.

Por muy prestigiosa que fuese su espada, León no se engañaba. Si intuía problemas, no pretendía utilizarla para luchar. Lo que haría con ella —después de darse la vuelta y huir como una liebre— sería cortar las amarras que ataban la Hermes al sauce reclinado sobre la orilla.

Los seis jinetes desmontaron. Mientras dos de ellos se ocupaban de los caballos y se quedaban apartados, los otros cuatro se acercaron a León. La arena crujió bajo sus botas.

El primer miembro de la comitiva descollaba una cabeza entera sobre los demás. Por si su estatura no lo señalara como un hombre del norte, bajo la capa asomaban dos piernas enfundadas en pantalones de lana atados a los tobillos con cordeles de cuero. Los griegos consideraban que aquella prenda era bárbara y afeminada, pero nadie se habría atrevido a decírselo a la cara a aquel salvaje entre cuyos enormes hombros habría cabido un jabalí.

De los otros tres hombres, dos se cubrían con el sagum, el típico abrigo de los militares romanos. Sin ser tan altos como el bárbaro, se los veía anchos como arcones roperos. León, que tenía el olfato muy fino, arrugó la nariz al captar el olor a grasa de oveja de sus capotes, que ni siquiera la resina de las teas conseguía encubrir.

El cuarto viajero era el único que no mostraba porte de soldado ni guardaespaldas. Llevaba la mano derecha apoyada en un bastón y caminaba encorvado, de tal modo que las sombras de la capucha apenas dejaban ver su barbilla.

Ese debía de ser Menéstor, el hombre de confianza de César. Griego, y esclavo. «Como lo somos ahora todos los griegos», se dijo León con más resignación que amargura.

Era a Menéstor a quien tenían que llevar al otro lado del Adriático para que cumpliera una misión importante en nombre de su señor. El romano que se puso en contacto con León no le había ofrecido más explicaciones ni instrucciones.

No obstante, el rodio sospechaba la razón de aquel viaje extemporáneo. Sin duda, el cónsul había decidido mandar a su sirviente a Brindisi para apremiar a su oficial Marco Antonio, que se había quedado al otro lado del mar con el resto del ejército. César había logrado cruzar el estrecho de Otranto con quince mil hombres, pero todavía tenía cinco legiones en Italia. Considerando que su rival Pompeyo contaba con más de cuarenta mil soldados y estaba acampado a unas cuantas millas al norte, más cuenta le traía a César reunir a todos los suyos cuanto antes. Aunque eso supusiera arriesgarse a navegar con mal tiempo.

—Bienvenidos, señores —saludó León, inclinando la barbilla para saludar a sus pasajeros. Al comprobar que no le respondían, añadió—: No sé si os habréis dado cuenta, pero el viento ha cambiado. Creo que lo más prudente sería posponer la travesía para otra noche.

El bárbaro y los dos romanos se volvieron hacia Menéstor con gesto interrogante. El esclavo de César se limitó a menear la cabeza dentro de la capucha.

—Él dice «no» —contestó el bárbaro—. Él dice nosotros viajamos ahora mismo.

León tragó saliva.

—Como queráis, caballeros. Si me acompañáis...

Les hizo un gesto para que lo precedieran por la planchada y él mismo desató la soga que amarraba la Hermes al sauce. Mientras lo hacía, masculló para sí la misma cantinela por la que había reprendido antes a su piloto Focas. «Putos romanos...».

Otra la había guardado en un arcón forrado de hierro y cerrado con tres candados, y había empleado un quinto del dinero obtenido en comprar mercancías que, en cuanto regresaran a Rodas y el tiempo fuese propicio, enviaría a Alejandría. Con ello adquirió sobre todo aceite de oliva y vino italiano: los griegos y romanos que vivían en Egipto y no se acostumbraban ni a la cerveza local ni al sabor amargo del aceite de lino pagarían bien por ellos.

Todo eso se había ido a los cuervos. Y solo podía culparse a sí mismo y a su propia indecisión. La víspera de su infortunio, Focas y los capitanes de dos de los tres cargueros le habían aconsejado zarpar. Pero León había hecho caso al tercer capitán, Hipócrates, el más timorato de todos, que no veía claras las condiciones de la mar.

—Mañana será un día mucho más propicio para navegar —insistía Hipócrates.

Por la verga de Poseidón, se maldecía ahora León, ¿para qué demonios le habría escuchado? Al día siguiente, mientras el joven rodio rellenaba un formulario ante el capitán del puerto, oyó unos pasos en la entrada de la oficina. Sonaban a clavos de metal, lo cual ya le dio mala espina.

Se volvió y confirmó sus temores al encontrarse ante un oficial romano. El penacho rojo que coronaba su yelmo de oreja a oreja lo identificaba como un centurión. Tras él venían no menos de veinte legionarios armados hasta los dientes.

—¿Quién es el capitán del puerto? —preguntó el centurión.

El aludido levantó la cabeza del manifiesto de cargo que estaba supervisando.

—Soy yo. ¿Qué se te ofrece?

—Cierra el puerto de inmediato.

—¿Por qué, si puede saberse?

—Ningún barco saldrá hasta nueva orden. Todas las naves ancladas en Brindisi quedan requisadas.

—¿Con qué autoridad?

El centurión se agarró los testículos por entre las tiras de cuero del faldar.

—Con la de mis sagradas pelotas. Y, si te parece poco, con la del cónsul Gayo Julio César.

Más tarde, León se enteró de que a esas alturas del año César no era todavía cónsul en ejercicio, sino tan solo electo. O quizá el centurión sí había utilizado aquel adjetivo y él, atento únicamente a los soldados que lo seguían, no había llegado a escucharlo.

En cualquier caso, daba igual que fuese cónsul electo o vigente, pretor o dictador. Aquellas eran sutilezas de la política romana que a un griego como León se le escapaban. Lo único que importaba era que había llegado César. El conquistador de la Galia. El destructor de ciudades. El único hombre que le podía hacer sombra a Pompeyo el Grande, y que estaba empeñado en una guerra contra él y contra casi todos los nobles romanos.

Por solo un día, León y sus naves habían tenido que quedarse en el puerto esperando a la llegada de las legiones, que se habían derramado sobre Brindisi como una plaga de langostas del Nilo. César quería cruzar el Adriático y llevar a sus hombres al Epiro y Grecia para combatir contra las tropas de Pompeyo. Pero no poseía flota propia, salvo doce naves de guerra, trirremes más aptos para el combate que para transportar soldados. Por eso había confiscado todas las embarcaciones que encontró en el puerto.

Y entre ellas se hallaban las cuatro naves de León. Por supuesto, ni él ni la compañía de su padre eran los únicos damnificados, pero eso no le sirvió de gran consuelo.

Teniendo en cuenta lo que afirmaban de César sus enemigos —entre otras lindezas, lo llamaban revolucionario, asesino, ladrón, adúltero y sodomita—, el gran hombre se había comportado mejor de lo esperado. Para embarcar a sus legionarios requisó los cargamentos de las naves, pero tuvo la decencia de pagar por ellos una suma casi justa. A cambio, se negó a entregar ni un cobre por el servicio de transporte, como si fuese algo que se le debiera por ser él.

Durante los días que aguardaron en Brindisi, León, que poseía un dominio más que aceptable del latín, había escuchado los comentarios de la soldadesca mientras miraba para otra parte y fingía ser un griego lerdo que no entendía nada. Cuando no había mandos presentes, muchos de los legionarios de César soltaban la lengua contra su general. Tampoco era como para hacerles demasiado caso, pues algunas de las críticas se contradecían: unos soldados lo tildaban de borrachuzo sin remedio mientras que, según otros, era más seco y estirado que una tira de mojama porque jamás probaba el vino.

También lo acusaban de manirroto y mujeriego o de tacaño y maricón, y muchas veces esos términos opuestos brotaban de las mismas bocas.

No obstante, todos parecían coincidir en dos rasgos de su carácter. El primero, que César era más clemente que otros generales a la hora de tratar al enemigo vencido. A sus soldados les desquiciaba en particular que fuese tan reacio a darles rienda suelta para saquear las ciudades que tomaban: la esperanza del botín era uno de los anzuelos que atraía a tantos jóvenes a alistarse en las legiones, ya que la paga en sí era inferior a lo que podía ganar un trabajador manual sin jugarse la vida ni soportar las penalidades ni la dura disciplina del ejército.

—No os quejéis tanto de él —alegaban los defensores de César—. Nos ha doblado el sueldo a diez ases.

—¡Como si nos lo cuadruplica! —contestaban los críticos—. ¿Qué más da lo que diga que nos va a pagar si nos debe atrasos desde hace meses?

Discusiones aparte sobre clemencia y generosidad, el segundo rasgo de la personalidad de César era el que le conquistaba la devoción de sus hombres, que pese a sus insultos parecían dispuestos a seguir a su general al mismísimo infierno. César, aseguraban, tenía una suerte increíble, y todo le salía bien. «Flosculum habet in ano», decían. Por eso, la divinidad a la que más veneraba el cónsul era Tique, a la que los romanos llamaban Fortuna.

Apostando, así pues, por Fortuna, César había decidido hacerse a la mar el 4 de enero. No era todavía invierno, ya que los romanos, enfrascados en sus guerras, no habían puesto al día su calendario y lo llevaban adelantado más de dos meses. Pero el otoño a menudo resultaba más traidor: en cuestión de horas podía levantarse una tormenta y echar a pique media flota.

Para colmo, habían zarpado de noche, lo que incrementaba el peligro. Por lo que supo León, se trataba de un riesgo calculado. Se decía que Pompeyo disponía de más de quinientos barcos que patrullaban el Adriático, mientras que la improvisada flota de César constaba de doce trirremes y varias decenas de cargueros abarrotados hasta las regalas. Mejor cruzar al amparo de la oscuridad, cuando las naves enemigas estuviesen amarradas o cobijadas en los cobertizos.

La jugada le había salido bien a César. El único contratiempo fue que el viento los arrastró más al sur de lo esperado, pero durante la travesía no

avistaron a una sola nave enemiga.

Por desgracia para León, la buena suerte debía de sonreír solo a César personalmente, no a quienes lo servían. Tras el desembarco, la flota zarpó de nuevo hacia Italia para cargar al resto de las tropas del cónsul.

Pero esta vez los enemigos los sorprendieron en alta mar.

Treinta naves habían sido apresadas, más de las que lograron escapar. Entre los afortunados supervivientes se hallaban León y los hombres de la Hermes, que pese al viento en contra habían escapado de regreso al Epiro a golpe de remo.

Todavía le temblaban las piernas al recordar la huida. Mientras se alejaban de la flota de Pompeyo y de los ruidos de la batalla, León había escuchado un zumbido y creído vislumbrar algo brillante parecido a un relámpago que cruzaba sobre la cubierta. Un segundo después, un proyectil surgido de la nada atravesó a Coto, uno de los tripulantes, y lo clavó contra el mástil. Era una flecha de más de metro y medio, lanzada por una catapulta. De haberse movido León un palmo a estribor, lo habría ensartado a él.

León ignoraba si alguno de sus tres cargueros se había salvado. Le constaba que al menos el Marfil se había hundido, porque había visto las llamas y oído los gritos de agonía de los tripulantes. Al parecer, los pompeyanos no compartían la filosofía de la clemencia de César.

¡Hasta en eso el azar los había hecho caer en el bando equivocado!

Menéstor miró a su alrededor. Era evidente que estaba examinando la nave y contando a los remeros. Había doce a cada lado.

—Un barco muy pequeño —concluyó.

—*Halyaleitilvassskipa!* —masculló el bárbaro, que no se separaba de Menéstor.

León, que a sus veintisiete años había viajado más que otros marinos en cuatro vidas, conocía las costas de Germania, así como las de Britania. Aunque no hablaba ninguno de los dialectos de aquellos parajes, tenía el oído lo bastante afinado para distinguirlos.

Y ese gigantón, sin duda, provenía de Germania. Desde su punto de vista heleno, León opinaba que los germanos eran los galos de entre los galos; es decir, aún más altos, más ignorantes y más salvajes. Precisamente por su fiereza, César valoraba mucho a sus mercenarios germanos y había insistido en que en el primer embarco viajasen todos.

—Parece que Saxnot opina lo mismo —dijo Menéstor. León creyó percibir en su voz un tono sarcástico y se sintió obligado a defender su nave.

—Que sea pequeña es su mayor virtud. Es ligera y furtiva como el dios de los pies alados —respondió. Se refería a Hermes, que no solo daba nombre a la nave, sino que viajaba con ellos en forma de una estatuilla de madera clavada a la proa.

—Eso espero.

—Gracias a la Hermes he escapado sin ser visto de más de una nave pirata —prosiguió León—. No levanta más de cinco pies de obra muerta desde la línea de flotación, y, aunque ahora no se aprecie, la hice pintar de gris azulado para que se confunda con las olas.

Como buen marino y mercader, León mantenía con la verdad una relación de amante no siempre fiel. Acababa de utilizar el perfecto de indicativo griego «he escapado» cuando debería haber usado el optativo «podría haber escapado». Siempre llevaba en la Hermes los cargamentos más valiosos y de menos volumen —las especias, los perfumes, las vajillas de oro y de plata—, por si tenía que huir a fuerza de remo de un ataque pirata. Hasta ahora, la ocasión no se le había presentado. Aunque el poderío naval de Rodas no fuese el de antaño, su gallardete todavía imponía respeto. Además, los mares eran mucho más seguros desde que Pompeyo el Grande los limpió

de piratas en una campaña que duró apenas unas semanas.

Por supuesto, delante del ayudante de César a León ni se le habría ocurrido mentar a Pompeyo para decir nada positivo de él.

—Espero que así sea —dijo Menéstor—. Es muy importante que llegue antes del amanecer a Brindisi para llevar un mensaje importante del cónsul.

—Prefiero que no me expliques más —respondió León—. Cuanto menos sepa, menos podrá escapar de mi boca.

Una carcajada seca brotó del embozo.

—Hombre prudente, sin duda.

Menéstor le hizo un gesto al germano. El gigante se abrió la capa y sacó una bolsa de cuero que le tendió a León. Este la cogió por debajo y la sacudió para sentir en su palma el tintineo de las monedas. Pesaba tanto que tuvo que contraer el bíceps para que no se le venciera el brazo. Después desató la tirilla de cuero que la cerraba y metió los dedos. Por el tacto y el tamaño, eran denarios.

—Anticipo —dijo el germano—. Resto recibes en Brindisi.

León inclinó la cabeza.

—Eso fue lo acordado.

La Hermes seguía avanzando a ritmo sosegado, dejándose prácticamente llevar por la corriente. El río Aoos era bastante ancho en aquella zona, casi doscientos metros ahora que bajaba crecido por las lluvias otoñales. En su lado norte se adivinaban sombras negras: las escasas embarcaciones de la reducida flota de César, varadas en la orilla. León había recibido instrucciones de pasar lo más desapercibido posible incluso para su propio bando, por lo que sus hombres clavaban los remos con suavidad y en un silencio casi sacrificial.

«¿Qué estará tramando César que se lo oculta incluso a los suyos?», se preguntó. Daba por supuesto que se trataba de un mensaje para apremiar a Marco Antonio, pero empezaba a sospechar que podía haber algo más.

El río trazó dos sinuosos meandros y llegó a su desembocadura, rodeada a ambos lados por extensas barras de sedimentos. Allí el olor a sal marina se mezclaba con el de juncos, algas en descomposición y aguas estancadas.

—Maldito céfiro —masculló Focas desde la caña del timón.

Ahora que tenían ante sí el mar abierto, el viento del oeste se notaba

mucho más, y para colmo arreciaba por momentos. La primera intención de León había sido desplegar la vela de lino allí, pero el aire no mostraba trazas de cambiar.

—Bogad —susurraba León, pasando entre las dos filas de remeros—. No disponemos de toda la noche.

Se hallaban ya casi al final del estuario. Allí, las olas levantadas por el viento combatían contra la corriente del río en una batalla que vencían poco a poco.

León examinó el cielo. Al este y por encima de su cabeza se veían estrellas, tapadas en ocasiones por jirones de nubes grises teñidos de plata lunar en los bordes. Pero al oeste todo eran tinieblas, una negrura impenetrable que presagiaba una violenta tormenta.

—¡Vamos a tener galerna! —exclamó Focas, sin preocuparse ya de mantener el silencio.

León se volvió hacia Menéstor. El esclavo seguía encorvado sobre su bastón, con los dedos engarfiados en la empuñadura de marfil. El viento hacía que las llamas de la antorcha que sostenía el germano ondearan como banderas, y la sombra de la capucha bailaba inquieta sobre los labios de Menéstor, apretados en una fina línea.

—¿Estás seguro de que quieres seguir adelante? —preguntó León.

—Nos conviene que haga mal tiempo —respondió Menéstor—. Eso mantendrá al enemigo varado en tierra.

—¡Es lo que haría cualquier persona sensata! —dijo Focas, que no solía morderse la lengua. Los dos guardaespaldas romanos lo miraron de reojo. Por la expresión de sus rostros, debían de estar más conformes con el timonel que con Menéstor, pero guardaron silencio.

La nave se sacudió al atravesar la zona de turbulencia donde chocaban aguas dulces y saladas. A partir de ese momento la situación empeoró, como cabía esperar.

La mar rizada se había convertido ya en una marejada que no dejaba de crecer. Las crestas de espuma fosforescían bajo la luna y levantaban rociones contra la proa de la Hermes. La nave, que viajaba en perpendicular a las olas, daba cabeceos cada vez más violentos, y los remos azotaban el aire tantas veces como se clavaban en el agua, entre juramentos y blasfemias de los

marineros.

Uno de los guardaespaldas de Menéstor no tardó en llevarse la mano a la boca y, como los cuerpos de los remeros le impedían llegar a la borda, se dobló sobre sí mismo y vomitó sobre las tablas del suelo. El gigante germano hacía equilibrios con las piernas para conservar la vertical, mientras que el esclavo de César se mantenía sin aparente esfuerzo apoyado en el báculo.

Para colmo, empezó a llover. León alzó la mirada de nuevo. Sobre sus cabezas todavía se veían algunas estrellas: la lluvia venía de las nubes del oeste y caía al sesgo empujada por el viento, anticipando el aguacero que podía caerles encima. Toda la Hermes crujía, pero el rechinar de la tablazón apenas se oía contra el silbido creciente del aire y el romper de las olas.

León volvió los ojos a popa. Apenas se habían alejado cincuenta metros de la sombra oscura de la costa. Estaban prácticamente clavados en el sitio, como en una pesadilla.

—¡Tenemos que volver! —exclamó, dirigiéndose a Menéstor—. ¡Habrá otras noches mejores!

—¡No! —respondió el esclavo—. ¡Tiene que ser esta!

—¿Por qué?

—¡No siempre puedo escapar de los ojos que me vigilan!

León abrió los ojos como platos, pero volvió a entrecerrarlos cuando un salpicón de espuma y sal azotó su rostro. ¿Acaso estaba siendo cómplice en la fuga del sirviente más valioso de César? Aquello podía costarle la cruz, como poco.

—¿Qué quieres decir? —preguntó.

Menéstor soltó el bastón, se enderezó y se bajó la capucha. De repente había crecido más de dos palmos, y ahora era más alto que León y que sus guardaespaldas, y no mucho más bajo que el germano. Al menos medía un metro ochenta y su corcova se había curado por ensalmo.

Aquel rostro de frente amplia, pómulos altos y nariz afilada le resultaba muy familiar a León. El hombre, al que había visto representado en bustos de mármol y bronce, le agarró el brazo con dedos largos y finos que, sin embargo, apretaban como tenazas de herrero.

—¡Sigue adelante y no temas, amigo!

Su voz había adquirido de improviso un timbre metálico y penetrante,

como un clarín de cobre. El presunto Menéstor miró a su alrededor y se dirigió a todos los tripulantes, que habían abandonado por un instante su labor.

—¡No temáis ninguno de vosotros, pues no transportáis un cargamento cualquiera! ¡Lleváis a bordo a César y su fortuna!

«¡Julio César!», murmuró León entre dientes. De modo que transportaba en su humilde liburnia al gran general, al hombre que se disputaba con Pompeyo el Grande el dominio del mundo.

Las llamas de la tea de Saxnot, que se empeñaban en resistir contra el viento y la lluvia, tallaban como cinceles de bronce las facciones de César. Fuese por la fuerza que transmitían sus rasgos o por las chispas que saltaban de sus ojos, León sintió de pronto que no podía defraudar a aquel hombre. Caminando entre sus remeros y palmeando la espalda a cada uno, los exhortó:

—¡Vamos, muchachos! ¡Demostrad al gran César que no hay marinos en toda la tierra como los rodios, ni nave como la Hermes! ¡A Brindisi!

Pero sus enemigos los optimates, tozudos como mulas viejas, no querían ver lo que tenían ante sus ojos. Guiados por los ladridos de Catón, seguían empeñados en aferrarse al mos maiorum. ¿Acaso no veían los ejemplos de la historia? ¿Qué había ocurrido con los espartanos? Durante siglos fueron los guerreros más afamados de Grecia, invencibles en el campo de batalla. Pero eran tan tradicionalistas y celosos de sus privilegios que el número de sus ciudadanos se reducía sin cesar. En su época de gloria habían llegado a ser diez mil. Ahora, en cambio, no quedaban más que unos centenares de auténticos espartanos habitando una ciudad atrasada y empobrecida.

Y, por supuesto, se habían convertido en vasallos de los romanos.

César, capaz de concentrarse en cualquier circunstancia, se había abstraído ahora de todo lo que le rodeaba, pese a los violentos zarandeos de la nave, el silbo del viento y los hostigos de agua y espuma. La cuestión de la ciudadanía le había traído a la memoria su niñez. Tenía nueve años cuando el pánico recorrió las calles de Roma al saber que los aliados de la República se habían rebelado contra ella, movilizando un ejército de cien mil soldados adiestrados en las mismas tácticas y disciplina que las legiones.

Pero la culpa era de la propia Roma. Aquellos aliados, después de siglos combatiendo junto a los romanos primero en Italia y luego fuera de la península, habían pedido que se les otorgara la plena ciudadanía. El senado y el pueblo se negaron, y aquello desencadenó la Guerra Social. Y todo eso, ¿para qué? Al final, la República había concedido a los socii lo que pedían, y la ciudadanía se había extendido hasta la orilla sur del río Po.

Cicerón, que le sacaba unos años y era por aquel entonces un joven recluta, le había contado a César una escena que presencié en aquella guerra. Cuando el cónsul Pompeyo Estrabón se encontró con el general adversario, Publio Vetio, le preguntó: «¿Cómo he de dirigirme a ti?». Vetio contestó: «Como alguien que es un amigo de corazón, pero un enemigo por necesidad».

Así se sentían muchos contendientes por aquel entonces, amigos enfrentados por absurdas y terribles circunstancias. César recordaba a su padre sacudiendo la cabeza y lamentándose: «¡Qué sangriento desperdicio!» mientras decenas de miles de jóvenes romanos e italianos se masacraban en los campos de batalla.

Quien no se había comportado precisamente como un amigo era Pompeyo Estrabón: cuando tomó la ciudad de Ásculo, lo hizo a sangre y fuego, ejecutando a todos los varones y esclavizando al resto de la población. Ese temperamento cruel lo había heredado su hijo Pompeyo, antiguo amigo y yerno de César, al que habían conocido en sus primeros años como «el joven carnicero» por las brutalidades que llevó a cabo en Sicilia contra los partidarios de Mario.

«Tú también has arrasado ciudades como Estrabón», le recordó una voz interior, el César más crítico de sí mismo. ¿Qué había ocurrido en Avarico o en Uxeloduno?

«¿Y por qué no piensas en qué no ha ocurrido en tantas otras ciudades? —contraatacó el César que se defendía y justificaba—. ¿Cuántas veces he logrado contener a mis hombres para que no violen, incendien y saqueen?».

Sacudió la cabeza con vigor. «Ya estás otra vez mirando la alforja de la espalda», se dijo.

Parafraseando una vieja fábula, César creía que cada hombre carga desde que nace con dos alforjas, una delante y otra a la espalda. En la conseja original de Esopo, dentro de la alforja delantera se guardaban los vicios ajenos y en la trasera los propios; por eso percibimos tan bien los defectos de los demás mientras que somos ciegos a los nuestros.

En la versión de César, la alforja delantera contenía planes y sueños para el porvenir. Cada hombre venía al mundo con ella repleta, pero poco a poco se iba vaciando de proyectos. La alforja colgada a la espalda, en cambio, empezaba hueca y a lo largo de la vida se iba llenando de recuerdos, tanto de éxitos como de fracasos pasados, normalmente mucho más abundantes.

César había comprobado que, al pasar de los cuarenta, la mayoría de los hombres empezaban a echar mano de la alforja de la espalda y pasaban más tiempo rumiando sus memorias que planeando nuevas metas. Y eso ocurría porque mirar la alforja del porvenir y encontrarla cada vez más vacía los hundía en la depresión, de modo que era preferible apartar los ojos de ella.

Él siempre se había negado a ser así. Por su propia naturaleza, siempre había mirado adelante. Vivía en todo momento en la huidiza frontera entre el presente y el futuro, y no dejaba de llenar la alforja delantera con nuevos objetivos.

Pero últimamente algo había cambiado. Desde que cruzó a Grecia y, sobre todo, desde que se estancó al sur de aquel maldito río esperando las tropas de Antonio que nunca llegaban, se descubría cada vez con más frecuencia volviendo la mirada a la alforja del pasado, ensoñando imágenes pretéritas o bien organizando sus recuerdos como paños en un arcón.

Un roción de agua y espuma que barrió el interior de la nave lo arrancó de sus cavilaciones.

«Estamos en mitad de una tormenta —pensó—. Debes volver».

En efecto, aquello no era una brisa fuerte, como intentaba convencerse a sí mismo, sino que se había convertido ya en una tempestad. La nave cabeceaba con vaivenes cada vez más violentos. Pese a que César siempre había poseído un sentido del equilibrio innato que le permitía saltar obstáculos a caballo con las manos entrelazadas tras la nuca, empezaba a experimentar dificultades para no caerse encima de algún remero. Uno de sus lictores, Salvio, había vomitado ya dos veces, y el otro, Tito, estaba tan pálido que en la oscuridad su rostro parecía el de un lémur surgido de la tumba.

Aunque Saxnot aguantaba mejor, su rostro traicionaba el miedo que sentía. Como buen germano no le temía a la muerte, pero siempre que tuviera los pies bien plantados en el suelo. Para él, el mar era un medio tan innatural y hostil como para un romano. Seguramente estaba pensando en el horrible destino que sufren los cadáveres de los ahogados: hinchados, podridos, con los ojos picoteados por peces y cangrejos.

César se aferró al estay y se volvió hacia la popa. Quería creer que la costa se hallaba más lejos. Necesitaba que la costa se hallase más lejos.

Pero sus ojos, testarudos e indisciplinados, le informaron de que seguían en el mismo sitio.

César albergaba la convicción de que la voluntad humana, particularmente la suya, podía llegar a imponerse sobre la propia naturaleza. ¿Acaso no lo había hecho más de una vez, unciendo el ancho Rin con puentes o cruzando los Alpes bajo crudísimas nevadas?

Pero ni siquiera él, el hombre que domeñaba ríos y montañas, podía seguir engañándose. La liburnia apenas había progresado unos metros desde que dejaron atrás el río. Si persistían en su empeño, lo único que conseguirían

sería zozobrar.

«El invierno te ha derrotado, gran César», pensó con amargura.

Los remeros habían perdido el ritmo; cada uno bogaba como mejor podía, mientras sus bocas escupían agua, espuma y maldiciones a partes iguales. Saxnot y los lictores se habían acuclillado y se aferraban a todo lo que podían para no rodar por el fondo de la nave. Tan solo César, León y el piloto, que al menos tenía el apoyo de la caña del timón, seguían de pie.

Avanzando a duras penas, César se acercó al joven rodio, que estaba en el centro de la liburnia. Un violento bandazo hizo que chocase contra él. Si no cayeron ambos fue porque César consiguió agarrarse al mástil a tiempo.

—¡Tienes buenas piernas de mar, César! —dijo León, gritando para hacerse oír por encima del viento y la marejada.

—¡Vamos a dar la vuelta! —exclamó César.

—¿Qué has dicho?

—¡Que regresamos! ¡Es una temeridad seguir con este tiempo!

Durante unos segundos, León lo miró con los ojos desorbitados y la barba chorreando espuma.

—¡No! ¡Todavía podemos conseguirlo!

César comprendió que le había contagiado su locura. El joven se hallaba poseído, como en un trance dionisiaco.

—¡Otro día será, León! ¡Eolo y Poseidón están en nuestra contra!

—¿Acaso no es tu Fortuna más poderosa?

—¡Hoy no, amigo mío! ¡Regresamos!

Por fin, León parpadeó y asintió con la barbilla. Volvía a entrar en razón.

—¡Está bien!

Las olas batían tan altas que virar ponía la embarcación en peligro de volcar, de modo que León ordenó a sus hombres que dejaran de bogar, se cambiaran de sitio en los bancos y remaran al revés. Cuando la Hermes invirtió el sentido de su avance, pareció que la marejada y el vendaval amainaban de repente, y los cabeceos se volvieron un poco menos violentos.

En realidad, comprendió César, lo que ocurría era que ahora navegaban a favor de las olas. Se habían adaptado a las circunstancias.

«En lugar de adaptar las circunstancias a mí», pensó con tristeza.

Parecían llevar horas estancados a la vista de la costa. Sin embargo, en

cuanto renunciaron a seguir avanzando, tardaron poco más que un suspiro en entrar de nuevo en el estuario.

Ya en el río, León ordenó virar en redondo. Pese a que remaban contracorriente, la fuerza del Aaos apenas era nada comparada con la violencia de las olas unos minutos antes.

—Lo hemos intentado, César —le dijo León. Aunque el viento seguía soplando fuerte, ya no era necesario comunicarse a gritos.

—Lo sé.

—Pero no lo hemos conseguido.

—También lo sé.

—Lo siento. Te aseguré que a bordo de la Hermes sería capaz de remontar las aguas del Piriflegetón, y no lo he cumplido.

—Solo era una forma de hablar, amigo, y además fui yo quien lo dijo —repuso César—. Hay cosas que son imposibles.

—Sin embargo, aseguran que gracias a tu fortuna puedes hacer que lo imposible sea realizable.

—¿Eso dicen?

—Yo he estropeado tu suerte. He hecho que Tique deje de sonreírte.

César se dio cuenta de que León no hablaba así solo porque su orgullo de marino estuviese herido ni porque hubiese decepcionado a alguien a quien sin duda veía como «el gran César». Ahora iban los dos a proa, mirando hacia el este, y los dedos del joven trazaban gestos raros sobre la madera de la amura. César recordó que los marinos eran aún más supersticiosos que el resto de los hombres.

—No eres ningún gafe, si eso es lo que te inquieta. Lo que tengan los dioses, lo tienen contra mí —dijo César.

—Gracias, domine —respondió León.

César no creía en los dioses tradicionales, aunque como pontífice máximo se cuidaba mucho de no manifestarlo delante de nadie. Siguiendo a Demócrito, opinaba que todo lo que existía en el universo era fruto del azar y la necesidad.

Y el azar siempre había estado a su favor.

Hasta que dejó de estarlo.

Vesontio, a punto de combatir contra Ariovisto y sus germanos. Sus hombres todavía no se habían acostumbrado a él, César no se había acostumbrado a ellos, y la reputación que tenían los germanos de gigantes devorahombres sembró el miedo entre los legionarios. Aun así, gracias a la colaboración de sus centuriones, César consiguió convencerlos para combatir, y juntos cosecharon una resonante victoria sobre aquel enemigo que muchos creían invencible.

En Placentia fueron precisamente centuriones quienes presentaron la larga lista de agravios de los soldados. Estos se quejaban de que las provisiones escaseaban, mientras que al enemigo le sobraban, y de que César no les había pagado todavía los quinientos denarios que les prometió al empezar la guerra contra Pompeyo. Por otra parte, su política de clemencia con las ciudades conquistadas les impedía enriquecerse con el saqueo.

—Pero ¿es que no entendéis que esas ciudades enemigas son también nuestras ciudades? —alegó César.

Lo que más le dolió fue que los legionarios de la IX le comunicaran que ya habían luchado bastante por él, y que había llegado el momento de que los licenciara y les concediera tierras. Aquellos hombres, junto con los de la X, constituían el corazón y la espina dorsal de su ejército.

Ellos lo sabían, claro. No pretendían licenciarse: no eran tan viejos como para eso. Lo que querían era simplemente chantajear a César. Le estaban diciendo: «Sin nosotros no eres nadie».

Y tenían razón. César se había hecho como general al mismo tiempo que ellos crecían como soldados. En los primeros tiempos, como en Vesontio o cuando cometió el error en el Sabis que casi les cuesta ser aniquilados por la tribu de los nervios, general y ejército todavía eran como unos pies calzados en zapatos nuevos y no terminaban de adaptarse. Pero justo en aquella contienda, al borde de la aniquilación, César consiguió por primera vez la comunión con sus hombres, esa maravillosa sensación de que podía controlar lo que ocurría en el campo de batalla, de que se había transfigurado en un dios de la guerra y contagiaba su energía a sus soldados.

La IX legión era básica en esa comunión. Por eso César no podía aceptar su chantaje. Si no se había plegado a las presiones de sus enemigos del senado, no iba a rendirse ante los hombres que le habían jurado disciplina y

lealtad.

Bien sabían los dioses que no era cruel por naturaleza. A pesar de todo, en aquella ocasión la ira le pudo tanto que algunos testigos le contaron después que las venas de la frente se le habían hinchado como cordones. César recordaba que durante un momento lo vio todo blanco y oyó un fuerte chasquido dentro de su cabeza. Después, nada más.

Cuando despertó en el edificio del pretorio, su liberto Menéstor le contó que había tenido uno de sus ataques. Desde que lo nombraron procónsul de la Galia, César no había vuelto a sufrir ninguno, lo cual le había hecho pensar que se trataba de una enfermedad de juventud y que el ejercicio y los rigores de la vida militar la habían curado definitivamente. Recaer en la epilepsia le provocó tanta inquietud y enojo como el mismo motín. ¡Fortuna se estaba volviendo en su contra!

En tal estado de ánimo, decidió que para sofocar el motín recurriría a una práctica disciplinaria muy antigua. Antes que él la había usado su difunto amigo Craso para castigar la cobardía de sus tropas durante la guerra contra los rebeldes de Espartaco. La decimatio.

Poco después de recuperarse del ataque, César ordenó que la IX formara delante de las demás legiones, y les anunció cuál iba a ser el castigo y cómo se llevaría a cabo.

—¡Mañana os repartiréis en grupos de diez hombres! ¡Dentro de cada grupo, sortearéis quién será ejecutado! ¡Los verdugos serán los otros nueve hombres, que golpearán con palos y piedras a su compañero hasta cerciorarse de que está muerto!

Diezmar a una unidad constituía un castigo terrible tanto para los condenados como para quienes se salvaban, pues no era lo mismo clavar una espada en el cuerpo de un enemigo desconocido durante el calor del combate que aplastar el cráneo de un camarada, oír el crujido de sus huesos al astillarse y salpicarse con su sangre y sus sesos.

La primera intención de César era llevar la decimatio hasta el final. También habría supuesto un castigo para él. Conocía a muchísimos de los legionarios de la IX por su rostro y su nombre, los había condecorado, había compartido con ellos batallas, marchas interminables, nevadas, ventiscas, calores abrasadores, agua turbia y pan mohoso. Sabía que ordenar su muerte

lo torturaría el resto de sus días, pero ese tormento serviría para recordarle que había cometido un error siendo demasiado indulgente y fiándose de hombres que no lo merecían.

No obstante, tras unas horas de sueño pensó que su decisión era demasiado brutal, impropia de él. Ahora bien, ¿cómo echarse atrás sin parecer blando?

Sus propios hombres le brindaron la respuesta. Al amanecer, los legionarios de la IX estaban desarmados rodeando el pretorio, arrastrándose por el suelo y arrojándose puñados de polvo y cenizas sobre los cabellos. No suplicaban por sus vidas, sino por el perdón de César. Querían seguir adelante con él aunque no les entregara aquellos quinientos denarios, aunque no les pagara tan siquiera la soldada.

César comprendió que eran sinceros, al menos la mayoría, pues los soldados son propensos a pasiones rápidas y cambiantes tanto para lo bueno como para lo malo. Por eso los perdonó.

Mas solo hasta cierto punto. Ordenó que le entregaran a ciento veinte hombres para que de ellos salieran doce condenados. Después hizo la vista gorda ante el procedimiento del sorteo, con lo cual los mismos soldados escogieron a los más involucrados en el motín, y a su vez estos eligieron a los doce cabecillas principales para darles muerte.

Pero había entre esos doce un inocente, un tal Tito Furio. Cuando sus compañeros estaban a punto de aplastarle la cabeza, un tesorario logró abrirse paso hasta César.

—¡General! —le informó, jadeando y con el rostro arbolado—. ¡Furio no ha hecho nada! Ni siquiera estaba en el campamento cuando estalló el motín. Yo mismo apunté su nombre en la lista de permisos.

César detuvo la ejecución al momento. Después averiguó que el culpable de amañar el sorteo para condenar a Furio era un centurión que se había peleado con él en una riña de taberna y había perdido, pues Furio era hombre de gran fuerza física. César hizo que el centurión fuera arrestado, y minutos después era él quien yacía muerto en el suelo.

Siempre había querido forjar su propio destino. No solo por ambición, sino también por convicción de que sabía y podía hacer las cosas mejor que los demás.

Pero ¿y si se había equivocado? ¿Y si no era tan especial como él creía, y Fortuna, que hasta entonces lo había cuidado como un hijo predilecto, había jugado con él para que la caída fuese más cruel?

—¡César Domine!

León le estaba llamando. Habían llegado ya al lugar donde embarcaron. Varios de los marineros habían bajado a tierra para amarrar la Hermes. César, ensimismado en hurgar en los recuerdos de la alforja trasera, apenas se había dado cuenta.

Se dirigió a la pasarela y salió de la nave. Un poco más allá, al borde del camino, vio a los dos lictores que había dejado al cargo de los caballos. «A la hora nona de la noche —les había dicho—, regresad al campamento». Obviamente, aún no debía ser la nona.

—Por cierto, ¿cómo he de dirigirme a ti?

César se volvió. León acababa de bajar por la plancha y se aproximaba a él.

—César está bien —respondió—. No necesito más tratamiento.

León llamó a uno de sus remeros, que le trajo la bolsa con el dinero que le había entregado Saxnot. El joven la cogió con ambas manos y la sacudió arriba y abajo como si fuera una pelota, haciendo que las monedas tintinearan en su interior. Después se la tendió a César.

—Toma pues, César.

—¿Qué haces?

Por el gesto del remero, debía de sentirse tan extrañado como César y bastante más alarmado.

—Dicen que los comerciantes son gente pícara, pero algunos somos honrados —respondió León—. No me gusta cobrar por mercancías que no vendo ni por trabajos que no termino.

—No ha sido culpa tuya —respondió César con los brazos pegados al costado, sin hacer el menor ademán de que fuera a aceptar el reembolso—. Tú y tus hombres habéis hecho todo lo que habéis podido. Incluso más.

León meneó la cabeza.

—Bien saben los dioses que después de perder tres barcos me vendría bien el dinero, pero no puedo aceptarlo.

César le plantó la mano en el antebrazo extendido y le obligó a bajarlo. León opuso resistencia, pero una cosa que había aprendido en su vida César era a graduar su fuerza para ejercer siempre un poco más que el contrario. Excepto que dicho contrario fuese un gladiador o un gigante germano como Saxnot, obviamente.

—No solo quiero que te quedes con ese dinero, León, sino que te pagaré el resto de lo que te prometí.

El joven enarcó las cejas, tan sorprendido como los marinos que, sin disimulo alguno, se habían acercado para escuchar la conversación y que ahora se frotaron las manos.

Era evidente que César había colocado a León ante un dilema moral. Una cosa era rechazar dos mil sestercios y otra bien distinta renunciar a cien mil, cifra más que considerable.

—Mañana —dijo César, sin permitir que el joven pusiera más objeciones — preséntate ante mi ayudante Menéstor.

—¿Busco a un esclavo jorobado?

César soltó una carcajada.

—¡No! Menéstor tiene la espalda bastante recta, considerando su edad y las cargas que tiene que sobrellevar por mí. Y es liberto, no esclavo. Él te entregará una carta de pago con mi sello. Podrás cobrarla en Rodas si te presentas de mi parte ante el banquero Timocares, hijo de Milón.

León se volvió con gesto irritado, pues prácticamente tenía la barbilla de uno de sus marineros encima del hombro. Lo apartó como si ahuyentara una mosca y dijo a los demás que se alejaran y se metieran en sus asuntos. César comprobó con satisfacción que le obedecían al momento sin que tuviera que repetir la orden. «Parece que no me equivoco con él», pensó.

Después, el joven se volvió hacia César.

—¿Puedo preguntarte por qué haces esto?

—Tengo buen ojo con las personas sobre todo para dos cosas — respondió César—. Sé cuándo alguien es bueno en lo que hace, y también sé cuándo me puede ser útil. En ti veo ambas cosas. Así que espero que, si más adelante tengo que recurrir a tus servicios y a tu amistad, estés a mi lado.

—¿En qué puede resultarle útil un humilde mercader a un cónsul de Roma?

—¿Hasta qué punto eres un humilde mercader, León? Alguien a quien le hundan tres naves y no dice «he perdido mis barcos» sin duda tiene más.

El joven bajó la mirada un instante.

—Es mi padre, Eufranor, quien posee más naves. Sin contar con esas tres que tus enemigos han hundido, tenemos una flota de veinticuatro.

«Que podrían serme muy útiles llegado el momento», pensó César. Por supuesto, se había informado sobre León antes de fletar la *Hermes*, y ahora comprobaba satisfecho que sus datos eran correctos.

—Me gusta tu ciudad, León. Rodas es muy hermosa —dijo César, cambiando de tema aparentemente al azar—. Los restos del Coloso siguen siendo impresionantes.

—Lo sé, César. ¡Me pasé media infancia usando sus brazos y sus piernas como escondite!

—A decir verdad, me gusta toda la isla. El valle de las Mariposas me maravilló. Cuando lo visité en verano, parecía un jardín multicolor de flores que volaban por el aire.

—¿Has estado mucho en Rodas? —preguntó León.

—De joven pasé una temporada allí estudiando retórica.

Lo que se calló César fue que había llegado a la isla en su segundo intento. El primero resultó frustrado porque una flotilla pirata interceptó su nave cerca de la diminuta isla de Farmacusa, en el Dodecaneso. Tras capturarlo, los piratas lo llevaron a su guarida mientras enviaban a sus sirvientes a pedir un rescate de veinte talentos por él. César, que tenía veinticinco años y por aquel entonces se resistía incluso menos que ahora a las frases y gestos dramáticos, contestó que esa miseria suponía un insulto para un patricio de noble cuna como él y les ordenó que pidieran cincuenta, y sus secuestradores accedieron entre carcajadas.

Cuando llegó el rescate y lo liberaron, César navegó hasta Mileto, donde consiguió convencer a las autoridades para que le proporcionaran barcos y hombres armados. Con esta pequeña flotilla, atacó la isla y apresó a los piratas, a los que llevó a Pérgamo. Allí, al comprobar que el gobernador Junco pretendía vender a los malhechores como esclavos sin repartir con él ni

un mínimo porcentaje de los beneficios, César hizo que los crucificaran. No obstante, como no lo habían tratado mal en su cautiverio y detestaba la crueldad gratuita, después de colgarlos de la cruz les ahorró muchas horas de sufrimiento ordenando que les cortaran la garganta.

Considerando que era un ciudadano particular y no poseía potestad ni para organizar tropas ni para castigar a nadie, había sido audaz. Tal vez demasiado audaz. Pero ahora, cuando rebuscaba de nuevo en la alforja de los recuerdos, César tendía a ser indulgente con esos alardes de juventud. Tenía comprobado que solo los hombres que se atreven a cometer excesos y desafiar a la autoridad acaban llegando ellos mismos a posiciones de poder.

—¿Con quién estudiaste retórica, César? —preguntó León.

—Con el célebre Apolonio Molón. También fue maestro de Cicerón, ¿lo sabías?

—Eso lo sabe todo el mundo en Rodas.

—¿Cómo? —preguntó César, un tanto picado—. ¿Así que entre los discípulos egregios de Apolonio se cuenta Cicerón, pero yo no?

—Tú eres tan célebre por tus conquistas como general que tu fama militar eclipsa todo lo demás.

César soltó una carcajada.

—¡Buena ocurrencia! La retórica es un arte muy útil, quizá la más útil de todas para un gobernante. Pero en Rodas aprendí disciplinas mucho más valiosas. ¿Has oído hablar de Posidonio?

El rostro de León se iluminó.

—¿Cómo no iba a haber oído hablar del hombre más sabio del mundo?

—En verdad que lo era —respondió César—. Él mismo era un buen orador, pero dominaba igualmente la filosofía estoica, era un gran comentarista de Platón y Epicuro, había visitado medio mundo y conocía el firmamento como la palma de su mano.

—Pues has de saber, César, que Posidonio no «era» un buen orador, sino que lo sigue siendo. Lo sé bien, porque es abuelo mío.

—¿Es eso posible? —preguntó César, fingiendo asombro. También conocía perfectamente ese dato.

—He de confesar que no es mi abuelo carnal. Él acababa de llegar de Siria cuando mi abuela paterna enviudó, y se casó con ella. Pero es el único

abuelo que he conocido y he aprendido mucho de él. —León sonrió con la inocente alegría de un niño—. Puedo presumir de que he colaborado como informador en la Geografía que está escribiendo.

—¿Otra?

—¡Sí! En esta incluye datos sobre la India y la isla de Ceilán, que él no había visitado personalmente.

César notó una gota fría en la cabeza, y después otra. Levantó la mirada. Llevaban un rato hablando al amparo de un grueso tronco que los protegía del viento, pero la lluvia empezaba a arreciar y la copa del árbol ya no era capaz de contenerla.

Le tendió la mano a León.

—Mi querido amigo, espero que volvamos a vernos pronto para oír de tu boca las maravillas de esos lugares lejanos. ¡Y quién sabe si para visitarlos contigo! Cuando vuelvas a Rodas, mándale mis respetos al ilustre Posidonio, y felicita al noble Eufanor por tener un hijo como tú. Confío en que no tardaré en verlos personalmente.

Tras estas palabras, hizo una seña a sus hombres y se dirigió con ellos hacia los caballos. Era hora de regresar al campamento. Con suerte, nadie se enteraría de su fallida travesía.

Mientras César se alejaba, León se quedó meditando sobre aquella extraña aventura. ¡Había conocido al mismísimo Julio César, y le había estrechado la mano! Por primera vez en muchos días, se olvidó de los barcos y los hombres que había perdido.

León era lo bastante inteligente para comprender que, como tantos otros, había caído en el hechizo de César. Resistirse a él era otra cosa. A partir de ese momento, el resultado de la guerra entre romanos ya no le resultaba tan indiferente.

—Mi señora, rebajas tu majestad al actuar así. Tus súbditos deben verte en todo momento como reina y como diosa.

—Tengo dos piernas y sé cómo usarlas —respondía Cleopatra—. ¿Pretendes que me limite a moverme del trono a la litera, de la litera al triclinio y del triclinio a la cama para que me convierta en una bola de sebo como tantos de mis antepasados?

No hacía falta remontarse a sus ancestros buscando ejemplos. Maidión, que había sido un bebé regordete, se había convertido en un niño obeso. Lo que con dos o tres años resultaba gracioso con once empezaba a provocar repulsión. Tenía los mofletes tan gruesos que sus ojos parecían dos cuevas hundidas en el rostro, y las pocas veces que plantaba los pies en el suelo para moverse se veía obligado a andar anadeando como un pato para no hacerse rozaduras en el interior de los muslos.

A veces Maidión rompía a llorar y se lamentaba por verse tan gordo. Pero su única ocurrencia para consolarse era darse un atracón, con lo que su perímetro no hacía más que incrementarse.

Ptolomeo, en cambio, por el momento se conservaba delgado. No por falta de gula: su afición por comer dulces superaba a la de Maidión, hábito que le había provocado muchos problemas dentales. De crío tuvieron que extraerle tres muelas de leche renegridas como tizón, y de las definitivas había perdido ya una. Un médico etrusco lo solucionó insertándole una muela postiza de marfil que se sujetaba a las dos piezas adyacentes con una banda de oro. Ahora, cuando Ptolomeo sonreía o hacía una mueca, asomaba por entre sus labios un destello amarillo que a Cleopatra se le antojaba siniestro.

Pese a su glotonería, Ptolomeo había encontrado un método para no engordar: una larga pluma de faisán con la que se hurgaba en la garganta, cosquilleándose la campanilla hasta que le sobrevenían las arcadas y vomitaba todo lo que acababa de deglutir. Después de vaciar su estómago en una palangana de oro que le sujetaba un criado con la mayor dignidad posible, seguía comiendo como si tal cosa. A Cleopatra, como tantas otras costumbres de su hermano, le parecía repugnante.

La última vez que lo vio vomitar fue en su decimocuarto cumpleaños, apenas un mes antes. Pese al asco que sintió, no fue lo que más preocupó a Cleopatra de aquella fiesta. El banquete se había celebrado al atardecer en los

jardines de Apolo, junto al mar, bajo una enorme carpa que se alzaba sobre un bosque de columnas de cedro revestidas de oro y talladas con formas caprichosas. Cabían en ella ciento cincuenta triclinios aptos para acoger a cuatrocientos cincuenta invitados. Pero, como solía ocurrir en tales casos, al final entraron casi seiscientos que se apretujaron en alegre camaradería y mezcla sobre los lechos, mezclando el olor de sus sudores y sus caros perfumes con el de los incensarios que humeaban repartidos por la gran tienda.

Ptolomeo se había empeñado en ocupar el mismo diván que Cleopatra. Como ella no consintió y se reclinó sola, el joven se colocó al lado de Arsínoe y se pasó buena parte de la velada acercándose a ella y frotándose con su pierna y su cadera. Al mismo tiempo que lo hacía lanzaba miradas constantes a los pechos de Cleopatra, hasta el punto de hacer que se sintiera como en una de aquellas desagradables pesadillas en las que se daba cuenta de que se hallaba desnuda en mitad de un sacrificio o una audiencia con embajadores extranjeros.

—¡Come, hermana, come! —insistió Ptolomeo desde el triclinio contiguo, mientras una esclava vestida con una túnica transparente esparcía pétalos de rosa sobre él y Arsínoe—. Tienes que rellenar un poco esas ancas para cuando des a luz a mi heredero.

—Deja de decir groserías —repuso Cleopatra—. No tienes edad.

—¿Crees que no tengo edad? ¿Y esto? —contestó él, girándose boca arriba. Un llamativo bulto en su túnica revelaba una erección que, a juzgar por las carcajadas, causó gran regocijo entre los cortesanos que se encontraban en los triclinios más cercanos.

Observando las bandejas que los criados depositaban en la mesa de Cleopatra, las intenciones de su hermano saltaban a la vista. Lo único que le presentaban eran alimentos afrodisíacos como puerros, huevos de todo tipo de aves, caracoles, ostras crudas y carne de langosta de mar sobre lecho de orquídeas, y su vino dejaba un regusto amargo a mirra. Las fuentes de asado de antílope o ciervo ni se las acercaban, pues por ser animales consagrados a la virginal Ártemis inhibían el deseo amoroso.

Si la selección de manjares que le servían a Cleopatra resultaba de por sí sospechosa, cuando vio la erección de Ptolomeo decidió que ya tenía más que

suficiente. Con la habilidad y la fluidez de una gimnasta, movió ambas piernas juntas y, sin doblarlas para no descomponer los pliegues de su vestido, bajó del triclinio.

—Nos vamos, Arsínoe —dijo, tendiendo la mano a su hermana.

—¡Venga, Cleopatra, que me estoy divirtiendo!

Ptolomeo había rodado hacia el otro extremo del amplio lecho para acercarse a la esclava que le escanciaba el vino, y le acababa de introducir la mano izquierda por la amplia ranura de la túnica para magrearle las nalgas mientras la otra reptaba estómago arriba en busca de los senos. Al ver que su joven rey actuaba así, muchos de los invitados empezaron a imitarlo con escaso disimulo.

—Esto va a degenerar a no mucho tardar —insistió Cleopatra.

—¡Qué aburrida eres! Yo me quedo —dijo Arsínoe.

—Está bien. Tú sabrás lo que haces.

Arsínoe la agarró de la mano, tiró de ella para acercarla al borde del triclinio y se incorporó un poco para hablarle al oído. Su aliento olía a una mezcla de cúrcuma y vino. Rebajado con poca agua para el gusto de Cleopatra.

—Sabes que tarde o temprano tendrás que meterte en la cama con él —susurró Arsínoe.

—Que sea más tarde que temprano.

—¿Por qué no te emborrachas y dejas que pase lo que tenga que pasar? Mañana casi ni te acordarás.

—Ya lo estás haciendo tú por mí.

Arsínoe soltó una carcajada y la besó en la mejilla.

—No tengo prisa por procrear, hermana. —Se acarició el vientre, que mostraba una levísima curva, lo justo para ser más deseable. A sus veinte años, podría haber posado para cualquier artista que quisiera representar a Afrodita—. Los placeres de Eros son demasiado dulces para perdermelos durante nueve meses.

Cleopatra se zafó por fin de ella y se marchó del banquete. Aunque se oyeron lamentos entre los cortesanos por verse tan pronto privados de la presencia de la reina, sabía que eran fingidos. No bien desapareciera por la puerta de la enorme tienda de campaña, sospechaba que los invitados

terminarían de desinhibirse y empezarían a acariciar a las criadas, los camareros y las flautistas y a meterse mano entre ellos.

Al día siguiente, Arsínoe le confirmó que sus sospechas se habían cumplido y la fiesta se había convertido en una bacanal.

—¿Te acostaste con él? —preguntó Cleopatra.

—¡No! —respondió su hermana, abriendo mucho sus hermosos ojos azules. Y luego repitió con retintín—: Con él, no.

Su hermana pequeña no consideraba que su virgo fuese razón de estado, de modo que lo había entregado gustosa hace años. Su amante habitual era su propio eunuco, el apuesto Ganímedes. Aunque le habían castrado los testículos, conservaba intacto el pene. Tal como Arsínoe insistía en explicarle a Cleopatra con enojosos detalles, recurriendo a ciertas drogas y a las manipulaciones pertinentes con las manos o con la lengua conseguía producirle a Ganímedes erecciones duraderas y muy satisfactorias. Con la gran ventaja de que no tenía que preocuparse de quedar encinta.

A Cleopatra la crudeza de su hermana la escandalizaba. Pero, sobre todo, la torturaba, del mismo modo que la atormentaba imaginarse aquella orgía que no había presenciado. Pues a su edad, cuando ya debería haber tenido al menos un hijo, seguía siendo virgen. Por una parte, la ataba la promesa que le había hecho a su abuela, y que recordó ahora mientras acariciaba el escarabeo de jade y contemplaba los tres jeroglíficos de la piedra de su anillo. «Solo te entregarás al hombre más poderoso del mundo». Por otra parte, sentía por su hermano una profunda repulsión, tanto moral como física, que la hacía sentir arcadas cada vez que él la rozaba. Pero toda la piel de su cuerpo anhelaba las caricias negadas al igual que el país de Kemet ansiaba el agua del padre Nilo.



20

—No sabes hacer bien las cosas, señora. Si no aprendes a intrigar, te despellejarán.

Aquel consejo solía brotar de labios de Iras, la doncella que la peinaba y la masajeaba y que, junto a Carmión, se encargaba de bañarla y vestirla. Tan hábiles eran sus dedos como descarada su lengua. Cleopatra la mandaba callar a menudo, irritada; pero no la castigaba porque comprendía que alguien debía ser franco con ella en aquella corte infestada de cobras y escorpiones.

«Si no aprendes a intrigar». Recordando esas palabras, resopló furiosa y aceleró el paso.

Cuando Auletes la nombró reina consorte, Cleopatra empezó ejerciendo el cargo tan solo en rituales religiosos. Pero, conforme su padre se entregaba a la lujuria y dilapidaba su escasa salud en comilonas dignas de los legendarios sibaritas, Cleopatra asumió cada vez más responsabilidades de gobierno. Antes de que el monarca muriera, la joven ya conocía al dedillo las precarias finanzas de Alejandría y Egipto, su situación militar y los equilibrios con que había que tratar a los diversos territorios para evitar sublevaciones, sobre todo en la levantisca zona de Tebas.

Su padre, endeudado hasta el cuello con los banqueros romanos, había ordenado a la ceca estatal que subiera la mezcla de vellón en las monedas de plata. «Así ganaremos en cada dracma», dijo, creyendo o queriendo creer que nadie se enteraría de la artimaña. Por supuesto, la gente la descubrió y el

valor de la moneda se hundió, con lo que no se solucionó nada. Cleopatra, que le había aconsejado que no tomara esa medida, volvió a acuñar plata de ley en cuanto se convirtió en única soberana.

Sí, todo eso estaba muy bien, se dijo a sí misma. Era una buena gobernante y seguía aprendiendo. Pero Iras llevaba razón: no sabía intrigar. Cuando estudiaba los ejemplos de la historia, comprendía que el único objetivo que movía a los Ptolomeos desde hacía generaciones no era gobernar, sino mantenerse en el poder. Una diferencia más que sutil.

—¿Por qué algunos se empeñan en conquistar el poder por el poder? —le había preguntado a Sosígenes en una de sus frecuentes conversaciones.

—Las cosas sirven para conseguir otros fines o como un fin en sí mismas —respondió él—. ¿A ti ser reina te produce placer por el hecho de reinar en sí o por los actos que puedes llevar a cabo gracias a esa condición?

Cleopatra tenía que reconocerse a sí misma que se le erizaban los antebrazos cada vez que un batallón de soldados se cuadraba ante ella haciendo resonar las armas al unísono, o cuando el pueblo le cantaba himnos en los santuarios de Menfis y Tebas, o en las ocasiones en que la multitud de Alejandría la aplaudía y aclamaba al entrar en el teatro. Aunque esto último solo había ocurrido una vez. Por alguna razón, no era posible mantener al mismo tiempo una buena relación con sus súbditos egipcios de todo el país y con la abigarrada mezcla de razas que poblaba Alejandría.

Cierto, el poder se convertía en una droga adictiva. Pero para ella no se trataba de su característica más importante.

—Ser reina me gusta por los actos que puedo llevar a cabo —contestó.

—O sea, que no pretendes el poder por sí mismo, sino porque te facilita alcanzar otros bienes, como el conocimiento propio o el bienestar de tus súbditos.

Cuando Sosígenes decía esas cosas mirándola con aquellos ojos de jade que apenas parpadeaban, Cleopatra se preguntaba adónde quería ir a parar.

—Lo segundo es lo más acertado —respondió.

—De modo que eso significa que concentras más tus esfuerzos en los fines que para ti tienen valor en sí mismos, y los empleas menos en la herramienta, que es el poder.

—Así es. Y eso está bien, ¿no?

Sosígenes sacudió la cabeza.

—No, mi señora. Porque eso significa que te van a derrocar.

—¿Y se puede saber por qué? —exclamó Cleopatra.

—¿No has escuchado el último paso de mi razonamiento?

Sosígenes podía ser muy impertinente, incluso grosero. Tanto le daba hablar con la reina de Egipto o con el esclavo más humilde de palacio: siempre decía lo que quería en cada momento. Era un rasgo de su carácter que irritaba a Cleopatra y, al mismo tiempo, hacía que sintiera más admiración por aquel hombre extraño y solitario.

—Sí, lo he escuchado —reconoció Cleopatra, que añadió en tono fatigado, como si recitara una letanía—: La gente que me rodea y que busca el poder por el poder posee sobre mí la ventaja de que emplea todo su tiempo y sus esfuerzos en esa meta, mientras que yo los dedico a estudiar y a gobernar. Por eso me ganarán la partida y me derrocarán.

—¡Brillante, mi señora! —exclamó Sosígenes. ¿Cómo se podía ser irónico y sincero a la vez? Él lo conseguía.

«¿Cuánto tiempo me queda en el trono?», se preguntó, y no por primera vez, mientras recorría las calles del distrito Beta.

Aquel enorme barrio era en sí mismo una ciudad. Desde que Alejandro ordenó construir el primer palacio, que nunca llegó a ver terminado, cada soberano había querido contribuir al esplendor de la ciudad con nuevos edificios cada vez más lujosos. En ocasiones, eso había significado desalojar a cientos o miles de familias y trasladarlas a otras zonas de Alejandría.

Cleopatra y sus hermanos vivían en el palacio situado más al nordeste, edificado sobre el istmo del promontorio de Loquias. Al sur, en el sector aledaño que ella y su reducido séquito acababan de dejar atrás, se alzaban fastuosas mansiones construidas en mármol y maderas importadas donde se alojaba a los visitantes más honorables de la ciudad. Ahora estaban atravesando una zona parcialmente abierta al público, pero protegida, como todo el distrito Beta, por una muralla interior. Allí había templos, jardines, gimnasios y espaciosos pórticos adornados con árboles que sombreaban con sus anchas copas a los paseantes.

En las primeras horas de la mañana toda aquella zona solía estar despejada, como ahora. La actividad matutina se concentraba fuera de la

muralla interior, en los barrios donde se abrían miles de puestos de venta, tiendas, talleres y factorías de todo tipo, verdaderos motores de la economía de Alejandría. El distrito palaciego se llenaba más a partir de mediodía, pues era el lugar de ocio donde las clases altas acudían a pasear y a lucir sus joyas y sus ropas por los pórticos y jardines y a ostentar sus aparatosas literas por las anchas avenidas.

Y a intrigar, por supuesto. Un vicio enraizado en la naturaleza de todos los alejandrinos...

... menos en la suya. ¿Cómo si no se le había ocurrido marcharse del cumpleaños de su hermano y dejar a Arsínoe allí? Ella insistía en que no quería casarse ni tener hijos todavía. Pero ¿y si al final accedía a acostarse con Ptolomeo y este la preñaba? En caso de que su hermana se quedara encinta, y además de la simiente del joven rey, el pueblo de Alejandría vería a ese niño como heredero del trono, y a su madre como reina.

—El país necesita un sucesor —solía decirle Potino.

—Kemet necesita un futuro faraón —le insistía también su primo Pasheremtah cada vez que se veían—. Si tu vientre sigue estéril, la tierra será estéril.

Ese era otro de sus problemas, y no el menor. La hambruna se cernía sobre su cabeza igual que aquella célebre espada colgaba sobre la de Damocles.

Dos años antes, el verano había empezado de forma normal; ni los signos físicos ni los presagios hacían sospechar que la inundación no fuese la adecuada. Pero en los días previos al renacer de Sopdet se había observado en las aguas un color verde más intenso que otras veces, casi de malaquita, y todo el río empezó a emanar un hedor nauseabundo. El sabor del agua era tan repugnante que apenas mejoraba después de hervirla, y beberla provocaba diarrea en muchos casos, de modo que hubo que taladrar por doquier para encontrar nuevos pozos.

Sosígenes, tras estudiar muestras de agua con el botánico Atenodoro —una de las escasas veces en que accedió a colaborar con otro científico—, dictaminó que la corriente estaba saturada de materia vegetal en descomposición.

—Eso significa que no ha llovido lo suficiente en las fuentes del río —le

explicó a Cleopatra—. Prepárate para una inundación muy escasa.

Así fue. En el nilómetro de Elefantina la crecida solo alcanzó trece codos, que se redujeron a siete en Menfis. Para colmo, las aguas bajaron mucho antes del final de la estación de Akhet. Recurriendo a los cigoñales y a los tornillos de Arquímedes, los campesinos lograron irrigar las parcelas adyacentes a la orilla. Las más alejadas apenas recibieron una gota de agua. Cuando llegó la cosecha siguiente, resultó la peor desde que Cleopatra tenía uso de razón.

En la reunión del consejo real para tratar el problema, Potino propuso:

—Todo el excedente de las cosechas del país debe enviarse íntegramente a Alejandría, majestad.

—Él tiene razón —le apoyó el general Aquilas—. De lo contrario se producirán motines en la ciudad.

Cleopatra conocía de sobra el significado de la palabra «excedente» para ellos.

—¡Pero eso significará hambre en el resto del país!

—El resto del país está más lejos que Alejandría —contestó Aquilas. Asomándose a un ventanal, señaló hacia los distritos del sur y el oeste, los más populosos—. ¿Quieres ver a una turba furiosa asaltando el palacio real?

No, su abuela ya lo había visto de niña y se lo había contado. Cleopatra no quería que aquello se repitiera. Por eso accedió, y la medida fue aprobada. Las cosechas fueron confiscadas. Se decretó pena de muerte para quien vendiera por su cuenta cereal o legumbres. Los campesinos podían quedarse con la parte que les correspondía legalmente, y nada más. Era una miseria; bien sabía Cleopatra que la única manera que tenían de subsistir los aldeanos consistía en trapichear mercadeando con un porcentaje de la cosecha.

Los precios subieron. Muchos trabajadores, como habían hecho desde tiempo inmemorial, abandonaron los campos y se ocultaron en parajes que solo ellos conocían. Los sacerdotes del santuario de Hiera Nesos, en el oasis de Cocodrilópolis, escribieron a la reina preocupados porque los aldeanos se habían esfumado misteriosamente y ya no podían cumplir con los rituales debidos. Y su caso no fue el único en el país.

secesiones.

Pero el edicto sobre los excedentes agrarios continuaba en vigor. Aunque Cleopatra intentaba derogarlo, encontraba cada vez más problemas para imponer su voluntad. Poco a poco el eunuco Potino había ido tejiendo una red inextricable alrededor de ella.

¡En qué hora lo habría nombrado visir! Mientras Potino no era más que regente en nombre de Ptolomeo, se comportaba como un hombre razonable y no planteaba objeción alguna a que ella firmara los decretos reales únicamente con su nombre y no con el de su hermano. Pero cuando el visir anterior murió y Cleopatra cometió la imprudencia de ascender a Potino, su actitud no tardó en cambiar. Poco a poco se fue mostrando más atrevido, hasta que un día, casi sin que Cleopatra se diera cuenta, el eunuco ya había sobrepasado la barrera de la insolencia. Como comprobó entonces, resulta muy difícil recuperar el respeto de quien te lo ha perdido.

Sobre todo si cada vez te encuentras más aislada. Para desgracia de Cleopatra, cuando Ptolomeo cumplió los catorce años el consejo real juzgó que era conveniente que asistiera a las reuniones para familiarizarse con el gobierno del país. Lo que significaba que Cleopatra se hallaba en minoría. Incluso cuando conseguía salirse con la suya, no tardaba en descubrir que algún burócrata anónimo modificaba los textos de sus decretos.

—¡Ah, majestad! —exclamaba Potino, levantando las manos al cielo de forma teatral—. ¡Qué bendición es que sepas leer no solo el griego, sino también los caracteres jeroglíficos! Algún escriba pagará por esto con sus manos.

Mientras se redactaba y grababa el nuevo decreto con una lentitud exasperante, Potino se las arreglaba para que el adulterado siguiera vigente. A Ptolomeo eso le resultaba indiferente. El hermano de Cleopatra consideraba que las finanzas, piedra angular del gobierno de Egipto, eran un asunto aburrido, como también lo eran el mantenimiento de canales y diques, la construcción de templos o los rituales religiosos en las ciudades sagradas de Menfis o Tebas. Cuando murió el toro sagrado Buquis, fue Cleopatra sola quien hizo el largo viaje hasta Tebas y Hermontis para enterrarlo en el gran cementerio del Buqueón junto a cientos de sus antepasados, y también quien entronizó a su sucesor. Mientras tanto, su hermano se quedaba en Alejandría

fingiendo que se dedicaba a estudiar con su maestro de retórica, un insufrible pedante llamado Teódoto al que también habían conseguido colar en el consejo de estado.

La comitiva giró en ángulo recto a la derecha. En Alejandría casi todos los cruces eran de noventa grados; Dinócrates, a quien Alejandro confió la construcción de la ciudad, la había diseñado sobre una cuadrícula de calles perpendiculares siguiendo los preceptos de un arquitecto clásico, Hipodamo de Mileto.

Normalmente, Cleopatra iba a la Biblioteca por la vía Canópica, una avenida de cinco kilómetros de longitud y más de treinta metros de anchura que atravesaba Alejandría de este a oeste. Era muy agradable caminar por su paseo central, sombreado por palmeras y sicómoros. O, si tenía prisa, cabalgar o dejarse llevar en una calesa por los carriles que discurrían a ambos lados. Pero hoy prefería más discreción y tomó la paralela anterior, la calle Euterpe.

Nunca había pasado por allí. Como ocurría cuando visitaba una parte desconocida de la ciudad, su vista saltaba a ambos lados, descubriendo nuevas sorpresas en cada rincón. Alejandría era un universo que se dividía a su vez en pequeños microuniversos, plagados de inagotables detalles.

No todos resultaban agradables. En una tapia encalada que rodeaba una hermosa mansión alguien había escrito con pintura roja:

??
??
Gabinianos, marchaos de Alejandría
Muerte a los romanos
Muerte a Cleopatra

El jefe de la escolta volvió el rostro hacia Cleopatra al reparar en que la reina había leído la pintada.

—¿Quieres que entremos en la casa y detengamos a los dueños, mi señora?

—No, Basílides. Seguro que ellos no han escrito esas palabras.

—Sin embargo, consienten que permanezcan escritas en su tapia.

«Eso es cierto», pensó Cleopatra.

—Está bien. Deja un par de hombres que se encarguen de que las borren. Pero no quiero que maltratéis a esa gente. Nadie sería tan estúpido de escribir algo así en su propia casa. Debe tratarse de algún enemigo de ellos.

«Y mío», añadió para sí mientras proseguían camino.

¿Muerte a los gabinianos y muerte a Cleopatra? ¡El colmo, que la culparan a ella de los desmanes de aquella chusma!

«Gabinianos» era el nombre que los alejandrinos les habían puesto a los soldados que vinieron con Aulo Gabinio y Marco Antonio para restaurar a Auletes en el trono. Aunque el general y su lugarteniente partieron poco después, dejaron parte de sus tropas en Egipto para mantener el orden en el reino.

Aquellos soldados, unos ocho mil hombres repartidos en dos legiones, no tardaron en convertirse en un quebradero de cabeza constante. Alejados de sus mandos y de la disciplina romana, semejaban más una turba indisciplinada que un ejército de verdad y con sus jaranas y peleas ocasionaban graves destrozos en Alejandría y sus suburbios. El jardín de Eurídice, antaño un hermoso parque y ahora un erial sembrado de cenizas, daba fe de ello.

Cuando Auletes murió, una de las primeras decisiones de Cleopatra fue conceder terrenos en el Delta a los gabinianos y autorizarlos a que se casaran con mujeres egipcias. De esa manera les proporcionaba un medio de vida y, por otra parte, los sacaba de la ciudad. Pero solo lo logró en parte: muchos de ellos arrendaban sus tierras o contrataban jornaleros para cultivarlas, y pasaban la mayor parte del tiempo en las tabernas y burdeles de Alejandría.

La situación, no obstante, resultaba más o menos llevadera. Hasta que en el segundo año de su reinado el gobernador romano de Siria, un tal Bíbulo, mandó a sus dos hijos mayores a Egipto con una petición que era más bien una exigencia. Cleopatra debía enviarle a los gabinianos, ya que le hacían falta para defender sus fronteras orientales. Poco antes, los partos habían masacrado a siete legiones romanas en la batalla de Carras y se habían quedado con sus estandartes, las orgullosas águilas de oro.

Cleopatra accedió de buen grado, pues estaba deseando librarse de aquellas tropas. Pero cuando los hijos de Bíbulo convocaron a los gabinianos

para comunicarles las órdenes, se encontraron con un motín en toda regla. Los gabinianos se habían acostumbrado a la vida en Egipto, mucho más relajada y placentera, y no les apetecía en absoluto volver a la dura rutina de las legiones. Además, desde que se habían enterado del desastre de Carras les tenían pánico a los partos. De modo que se abalanzaron sobre los hijos de Bíbulo y los asesinaron allí mismo.

Aquello colocó a Cleopatra en un conflicto diplomático. El gobernador le exigió que entregara a los asesinos de sus hijos, demanda que parecía razonable. Pero los gabinianos eran una fuerza considerable y si se unían contra ella se vería en problemas.

Finalmente, la reina decidió arrestar únicamente a los cabecillas del motín. Aprovechando unas fiestas en honor de Dioniso, los hombres de Aquilas sorprendieron a los asesinos en el patio del célebre burdel de Deyanira, borrachos como tracios. En lugar de ejecutarlos, Cleopatra los cargó de cadenas y los envió a Siria para que el propio Bíbulo los castigara.

Como se temía, eso le granjeó la animadversión del resto de los gabinianos, que construyeron un campamento al este de Alejandría y lo fortificaron para evitar más ataques, al mismo tiempo que empezaban a intrigar para ganarse el favor de Potino y Ptolomeo.

Lo peor para Cleopatra era que, por culpa de los gabinianos, el pueblo de Alejandría se volvía cada vez más antirromano; y, como Cleopatra había cedido ante Roma precisamente por librarse de esos indeseables, la gente, mezclándolo y confundiéndolo todo con la sutileza propia de la muchedumbre, la metía ahora a ella en el mismo saco que a los gabinianos.

La pregunta que se hacía, pues, Cleopatra no era si la iban a derrocar, sino cuándo. Necesitaba el consejo de alguien en quien pudiera confiar. Cuando su tío Horemhotep la traicionó, se juramentó para no fiarse de nadie nunca más, pero no podía vivir de ese modo: necesitaba alguien con quien hablar y explayarse sin miedo a darle la espalda luego.

Solo conocía a dos personas así. Una, Apolodoro; pero el siciliano era hombre de baja condición y parco en palabras. La otra era Sosígenes. Sin embargo, llevaba días sin hablar con él, porque se había encerrado en su estudio, un sanctasanctórum al que no permitía entrar a ningún otro miembro de la Biblioteca.

Cleopatra no estaba muy segura de que alguien cuya mente pasaba tanto tiempo volando por las esferas planetarias pudiera aconsejarla en cuestiones de gobierno. Pero al menos quería escucharse en voz alta a sí misma para saber si lo que andaba pensando últimamente era una locura.

Pues ella, descendiente de Ptolomeo y, por tanto, de la casa real de Macedonia y de la sangre de Alejandro; ella, la reina Cleopatra, planeaba viajar a Menfis y Tebas para encabezar una rebelión del resto de Egipto contra la ciudad de Alejandría.

Fiscón, bajo cuyo nefasto gobierno se produjo una gran purga de intelectuales. La diáspora de mentes brillantes que la siguió benefició a otras bibliotecas competidoras, como la de Pérgamo, e inició el lento declive de la de Alejandría.

Cleopatra no estaba dispuesta a consentir más sacrilegios en el recinto de las Musas. Por tal motivo solo dejaba que la acompañara Apolodoro. Podría objetarse que el siciliano era un arma en sí mismo y que probablemente ocultara una daga o incluso una espada debajo de la ropa; Cleopatra prefería no pensar en ello.

Reina y guardaespaldas subieron la escalinata. En la puerta, siguiendo la tradición macedonia, montaban guardia cuatro soldados armados con picas de madera de cornejo de seis metros de altura. Al ver pasar a Cleopatra la saludaron con un cuádruple taconazo sin decir palabra, tal como se les había instruido.

Tras la fachada principal se abría un enorme patio rectangular, adornado con setos, parterres y primorosas fuentes de mármol. Plátanos de grandes hojas proyectaban su sombra sobre los bancos de granito. En el centro se levantaba un templete coronado por una estatua triple, un coro en que tres Gracias desnudas danzaban agarrándose por los hombros. Por la puerta abierta se entreveía a una joven vestida de blanco encendiendo velas y colocando ofrendas ante unas estatuas.

Cleopatra se paró un momento, respiró hondo y cerró los ojos para disfrutar del aroma de las flores, el canto de los pájaros y el rumor de las fuentes. La Biblioteca era un lugar puramente griego, y pese a ello le recordaba al templo de Ptah. Un remanso de paz, un manantial de maat en el corazón de la ciudad más complicada de gobernar del mundo.

Volvió a abrir los ojos y miró a los lados. El patio estaba rodeado por un pórtico al que asomaban multitud de estancias cerradas por rejas de hierro, precaución que de noche se reforzaba con las puertas de roble que ahora se mantenían abiertas. En aquellas salas se almacenaban cientos de miles de volúmenes, el mayor tesoro intelectual del orbe. Había otros setenta mil en el santuario del Serapeo, abierto a todos los lectores, y otra buena cantidad de manuscritos recién adquiridos por Cleopatra se guardaban en un almacén cercano al puerto esperando a ser clasificados.

Qué placer sería enterrarse en esos libros como los eruditos de la Biblioteca, vivir todas aquellas vidas ajenas almacenadas en rollos de papiro y olvidarse de la suya y de las intrigas de palacio.

«Qué tonterías pienso», se dijo. Había probado la droga del poder y, fuese una herramienta o un fin en sí mismo, no pensaba renunciar a él ni dejar que otros le ganaran la partida. Entre su hermano y Potino eran capaces de arruinar aquel país cuyo verdadero nombre ni siquiera conocían.

«Se acabó el descanso», se animó a sí misma, y arrancó a andar de nuevo para atravesar el jardín por el sendero de losas de granito negro que lo cruzaba de sur a norte.

Al otro extremo del patio se abría una galería porticada que conducía hasta la sala de lectura. Al pasar por delante de ella, la reina vio que ya había decenas de estudiosos y copistas repartidos por los pupitres mientras la luz de la mañana entraba a raudales por el ventanal del este. Se percibía un suave rumor, como una letanía desacompasada; eran los murmullos de los lectores silabeando lo que leían en un volumen tan bajo que se oían con más fuerza los ruidos de los animales del zoológico, situado en el extremo norte del recinto. A partir de mediodía se escucharían voces más sonoras cuando empezasen las conferencias y las lecturas públicas.

En el centro se alzaba una tarima de madera cubierta por una alfombra púrpura. En ella, sentado a una gran mesa de teca, se encontraba el director Onasandro, inclinado sobre un papiro que mantenía abierto con pesas de metal. Su barba y sus cabellos, de un blanco venerable, recogían los rayos de sol, que parecían nimbarlo de un halo de sabiduría.

Por cortesía, Cleopatra debería haber anunciado su presencia. Pero llevaba una túnica y un tocado sencillos que no llamaban la atención y ninguno de los estudiosos levantó la cabeza para mirarla. Una vez traspuesta la entrada principal, nadie en la Biblioteca solía hacer preguntas, pues la mayoría de sus ocupantes habitaban en los reinos remotos de sus propios pensamientos. Por otra parte, Cleopatra prefería no explicarle al director que quería ver a Sosígenes, ya que ambos científicos antipatizaban bastante.

Pasada esa sala, Cleopatra y Apolodoro recorrieron un estrecho pasillo de paredes frías y desnudas. Tras un par de recodos, llegaron a un pequeño jardín cerrado por altos muros de granito.

—Vete a dar un paseo, Apolodoro.

—Mi señora, puedo esperar aquí.

—Y también puedes esperar dando un paseo.

El siciliano bajó la mirada. Cleopatra tenía que levantar la suya para verle bien la cara.

—Mi señora, no sé si es prudente.

—Este es el lugar más seguro del universo. Date un paseo hasta el Sema y vuelve. Pero no te des mucha prisa.

—Como deseas, señora.

Entre las sombras de un profundo vano se escondía una puerta de madera de acacia con una aldaba de bronce en forma de cabeza de toro. Cleopatra llamó. Un toque, una pausa, dos toques rápidos, otra pausa y un último toque. Era un coriambo, la contraseña para que Sosígenes supiera que se trataba de ella. El científico podía ser un misántropo y un excéntrico, pero a su reina siempre le abría la puerta.

Pasó un largo rato. Cleopatra empezó a impacientarse. Por fin se oyó cómo alguien descorría un cerrojo y la puerta se entreabrió con un chirrido. Al otro lado apareció el rostro de Sosígenes, con los rasgos más afilados que de costumbre. Conociéndolo, si andaba enfrascado en algún estudio o experimento se habría olvidado incluso de comer. Las arrugas de su túnica parda parecían corroborar esa impresión.

—¡Mi señora! Qué inesperado honor.

El científico abrió la puerta y, con una reverencia, pidió a la reina que entrara. Después cerró tras ella y vaciló un momento antes de correr el pestillo.

No lo hizo.

«Claro. Es lo correcto», pensó Cleopatra, que por alguna razón se sintió desilusionada.

tanteando el terreno.

El científico se dirigió hacia el fondo de la estancia. En la mesa más alejada había un pebetero con hierbas aromáticas. Sosígenes lo encendió. Allí dentro olía a piedra antigua y a papiro, entre otros aromas indescifrables, pero a Cleopatra no le desagradaba del todo.

—Mi señora, bien sabes que tu visita no es inoportuna nunca por dos razones.

—¿Y cuáles son? —preguntó Cleopatra mientras se acercaba a él.

—La primera, porque no puede serlo tratándose de ti —contestó Sosígenes, usando la misma llama para prender un pequeño brasero sobre el que puso a calentar una infusión. Tras una pausa, añadió con tono un tanto malévolo—: La segunda, porque aunque fuese inoportuna, dado lo elevado de tu posición y lo humilde de la mía, no podría reconocértelo.

Cleopatra disimuló una sonrisa. Ese era el Sosígenes de todos los días, un adicto a la esgrima verbal. Pese a lo que el científico acababa de afirmar sobre sí mismo, una de las razones por las que Cleopatra se sentía cómoda con él era su completa falta de humildad.

Siete años atrás, antes de contratar los servicios de Sosígenes como maestro de ciencias para Cleopatra, Auletes había encomendado a sus espías que indagaran sobre él. Más tarde se olvidó del asunto y fue la joven quien leyó el informe, mucho más jugoso de lo que hubiera imaginado. Los agentes habían averiguado que el padre de Sosígenes, Arquipo, poseía una pequeña tintorería. Su hijo se había criado entre el olor de los orines humanos que usaban para lavar la ropa. Como el negocio era modesto, él mismo se había metido más de una vez en la cuba para macerar los mantos de los clientes con los pies descalzos. El pequeño salario que le entregaba su padre lo había multiplicado jugando a los dados, y con eso se había pagado lecciones de matemáticas y astronomía en la Biblioteca.

En una ocasión, en un garito del barrio de Racotis unos matones le habían propinado una paliza para que reconociera que hacía trampas a los dados. Sosígenes les aseguró que si ganaba a menudo era merced a un método matemático que, por supuesto, se negó a revelar. Aquellos tipos se aburrieron de darle golpes antes que él de recibirlos, y lo abandonaron medio muerto en un callejón.

Era, pues, un hombre peculiar que después de sumergir los pies en malolientes meados y apostar en tugurios llenos de rufianes había progresado hasta el punto de entrar en el palacio de Loquias para impartir lecciones de geometría, aritmética y astronomía a toda una reina de Egipto. Sin embargo, Cleopatra estaba convencida de que, cuando se miraba al espejo —si es que lo hacía—, Sosígenes no sonreía envanecido por su ascenso social.

Era como si aquel personaje no perteneciese al orden social normal, como si flotara fuera de él, un cometa libre y errabundo en el firmamento. No parecía sentirse inferior a nadie, y quizá tampoco superior. Se hallaba siempre tan absorto en sus teorías y experimentos que Cleopatra sospechaba que no le quedaba tiempo para pensar en sí mismo ni construir un concepto sobre su propia persona.

Eso le gustaba. Sosígenes era un hombre que no albergaba miedos porque no tenía nada que demostrarse a sí mismo ni a los demás. Le bastaba con demostrar sus teoremas.

—Mi señora está muy pensativa.

Cleopatra parpadeó rápido, la única señal de turbación que solía escapársele. Se había quedado mirando cómo Sosígenes removía las hierbas en el cazo. Por supuesto no iba a reconocer que sí, que estaba pensativa, pero por él.

—Es cierto, Sosígenes. Me atormenta la situación de los graneros reales. Nunca los había visto tan vacíos.

—Tu preocupación es lógica, mi señora.

—Necesito saber cómo vendrá la próxima inundación —dijo Cleopatra—. Si vuelve a ser tan escasa como las dos últimas, no sé si sobreviviremos.

A través de un filtro de cobre, Sosígenes vertió la infusión en dos tazas de fayenza y le tendió una a Cleopatra. Aquella mezcla de hierbas que preparaba él mismo estimulaba el pensamiento; al menos, eso aseguraba. En el palacio, Cleopatra jamás la habría bebido sin antes dársela a probar a alguno de sus catadores, sirvientes libres que habían hecho juramento ante Asclepio de no permitir que nadie envenenase a sus señores. Pero aquí era distinto.

O debería serlo.

—Es imposible predecir eso, mi señora —dijo Sosígenes—. A dos años de sequía pueden seguirlos uno de lluvias abundantes, dos, ninguno...

Consultando los archivos del nilómetro de Elefantina se puede comprobar que en el pasado se han producido largos ciclos de vacas flacas. Lo difícil es saber cuándo se entra en un ciclo.

—¿Vacas flacas? ¿Es uno de tus términos? —preguntó Cleopatra, sorbiendo la infusión. El sabor era amargo, pero los vahos que desprendía despejaban la nariz.

—Mío no, mi señora. ¿Conoces los libros sagrados de los judíos?

Ella asintió.

—Se habla de las vacas flacas en el primero de ellos —explicó Sosígenes.

—El Bereshyt —recordó Cleopatra en voz alta.

—¿Perdón, mi señora?

—Es su título hebreo. Génesis en la versión griega de los Setenta.

—Se me olvidaba tu talento para las lenguas. ¿Recuerdas la historia de José y el faraón, mi señora?

Cleopatra negó con la cabeza. Con su maestra de hebreo, una mujer muy guapa de rostro y obesa de cuerpo llamada Esther, había estudiado las partes que le resultaban más novelescas de aquellos libros sagrados: las hazañas de Sansón, el inquietante relato de Tobías y el ángel o los versos amorosos y a veces subidos de tono del Shir Hashirim.

—José era un joven hebreo que llegó a convertirse en visir gracias a su habilidad interpretando los sueños ajenos —explicó Sosígenes—. El faraón había soñado que del río salían siete vacas gordas seguidas por siete vacas flacas. José le explicó que las vacas gordas significaban que tendrían siete años de inundación abundante, y las flacas que detrás vendrían otros tantos de sequía.

—Está claro que esa historia no es más que una fábula —dijo Cleopatra—. ¿Cuándo se ha visto a un faraón nombrando visir a un extranjero?

—No más fábula que nombrar a ese visir basándose en unos sueños —repuso Sosígenes—. Los sueños no son más que visiones absurdas y sin sentido. No hay nada que interpretar en ellos.

Sobre esa cuestión habían mantenido vivas discusiones. Cleopatra se negaba a creer que las vivencias nocturnas en las que hablaba con su abuela o con su tío Horemhotep, o en las que visitaba ciudades maravillosas que jamás había contemplado despierta, fueran nada más que acumulaciones azarosas de

pensamientos y recuerdos.

—¿De qué me sirve ahora el relato de ese judío? —preguntó, soslayando el tema de los sueños.

—José recomendó al faraón que durante los años de abundancia enviara inspectores a recoger una quinta parte de la cosecha, de modo que tuviera reservas para los siete años de sequía.

—Tu consejo llega tarde —dijo Cleopatra.

—Suele ocurrir con los consejos. Por eso los consejeros tienden a acertar, porque opinan de lo que ya ha sucedido. ¿De verdad no queda grano en los silos?

—Apenas. No preveíamos tal escasez y exportamos los excedentes.

—Una política imprudente, si se me permite decirlo. Siempre hay que ponerse en la peor hipótesis posible.

—Roma es insaciable pidiendo grano —se justificó Cleopatra—. Además, todavía pagamos dinero a todos los banqueros y prestamistas romanos con los que se endeudó mi padre. ¡La deuda nos devora y necesitamos ingresos!

—¿No es posible reducir gastos? Vuestra corte está plagada de parásitos.

—Familiares, clientes, personas importantes a las que debemos favores... Nos apoyan porque nosotros los mantenemos. No podemos prescindir de ellos.

—¿Y ese barco gigante que te has empeñado en reconstruir?

Cleopatra sabía que a Sosígenes le gustaba provocarla intelectualmente, pero estaba empezando a impacientarse.

—Supone una pequeña parte del presupuesto, y en cualquier caso los trabajos van muy despacio. Cuando la nave gigante de Filopátor esté reparada y vuelva a navegar, dará gran prestigio al reino.

—¡Ah, qué importante es el prestigio de los reyes! Pero de prestigio no se come.

—No sabes cuánto te equivocas, Sosígenes. El prestigio de la corona es lo que mantiene unido al país y consigue que la gente trabaje por causas comunes en lugar de hacerse la guerra.

Cleopatra levantó la barbilla, poseída de su papel. No en vano en su larga gira por Menfis, Tebas y Elefantina la habían reconocido como par o Gran

Casa, auténtica faraón, algo que ningún otro Ptolomeo había llegado a ser para los egipcios. Con las aletas de la nariz dilatadas, se lanzó en su discurso:

—Si los faraones no hubiéramos demostrado nuestro poder desde el origen de los Dos Reinos, nuestros súbditos se habrían dedicado a robarse el agua y las cosechas entre ellos en lugar de unirse para construir los canales y los diques que dan vida al país. Cuanto más grande y magnífico sea el faraón, mayor será el esplendor de Kemet. ¡Yo soy la tierra, y la tierra es Cleopatra!

Se interrumpió de repente. Su frase le había hecho recordar la de Pasheremtah, «Si tu vientre sigue estéril, la tierra será estéril», y también la erección de su hermano. No quería que sus palabras ni sus pensamientos siguieran por ese camino.

Durante unos segundos pareció que Sosígenes iba a darle una réplica mordaz. Pero algo debió de ver en los ojos de Cleopatra que lo impresionó y le hizo callar.

Se hizo un largo silencio. Ella, acostumbrada a la quietud hierática de las audiencias reales, no se movió. Él, más incómodo, rellenó aquellos minutos removiendo con una paleta de bronce las brasas que ardían en el infiernillo mientras miraba de reojo a la mesa del centro.

«¿Qué habrá debajo de esa manta?», se preguntó Cleopatra.

Estaba a punto de preguntárselo cuando la puerta se abrió con un pesado rechinar. El contraste con aquel momento de silencio fue tan brusco que Cleopatra dio un respingo. Al volver la mirada hacia la entrada vio a quien menos esperaba y deseaba encontrarse allí.

Su hermano.

en ir al Sema y regresar?

El gálata rubio cerró la puerta tras de sí. Ptolomeo, por su parte, empezó a acercarse con las manos entrelazadas a la espalda y pasitos cortos.

Cleopatra estudió los rostros del pequeño grupo. Los de los guardaespaldas eran inescrutables. El de su hermano, en cambio, mostraba el mismo gesto que cuando de pequeño arrancaba las alas y las patas a los saltamontes en el jardín del templo de Ptah.

—Saca a esos hombres de aquí ahora mismo —dijo Cleopatra.

—¿Por qué habría de hacerlo?

—Porque está prohibido entrar con armas en este santuario.

Ptolomeo miró a su alrededor.

—¿Este cuchitril un santuario?

—Sabes bien a qué me refiero.

—Soy el rey, hermana. Puedo hacer lo que quiera. Ahora mismo he decidido dictar un decreto por el que solo yo tengo potestad para entrar con hombres armados en esta jaula llena de viejos chivos. —Ptolomeo ahuecó la voz, que le había cambiado recientemente y resonaba demasiado grave para un cuerpo tan fino—. ¡Es ley de Egipto! ¡Proclamadla!

—Los decretos no entran en vigor hasta que se inscriben en piedra.

Era un argumento débil contra hombres armados, pero Cleopatra no sabía cómo ganar tiempo.

—Mis decretos sí. De todos modos, no vengo como legislador, sino como hermano. He venido a recoger mi regalo de cumpleaños.

—Hice que te lo llevaran el día del banquete.

—Ah. Eso.

Ptolomeo hizo el mismo gesto displicente con que desdeñó a su abuela el último obsequio la víspera de su muerte. Sin embargo, el regalo de Cleopatra no había sido barato: era un arpa construida por Eunosto, el fabricante de instrumentos más célebre de Alejandría y tal vez del mundo.

—No, hermana. Vengo a por mi otro regalo. Ya sabes a qué me refiero.

—Ptolomeo se volvió hacia los gálatas y les dijo—: Tendedla sobre esa alfombra. No tiene por qué estar incómoda.

La alfombra a que se refería Ptolomeo se hallaba debajo de la mesa de mapas. En lugar de levantarla para moverla de allí, el gálata pelirrojo la

derribó de una patada y la apartó empujándola con el pie.

Cleopatra miró a Sosígenes. Tenía la mandíbula apretada, pero por lo demás su rostro era una máscara. «¿Estará tan aterrorizado por dentro como yo?», se preguntó la joven.

—Majestad —dijo el científico por fin, dirigiéndose a Ptolomeo—. Como bien has dicho, este es un cuchitril. Un lugar indigno para consumir la hierogamia de dos dioses encarnados como vosotros. ¿Quieres estropear el recuerdo de tan bella unión con este escenario tan pobre?

No había ninguna inflexión en la voz de Sosígenes. Ni miedo, ni ira, ni adulación. Pero la de Ptolomeo, que había detestado a aquel hombre desde el día en que lo conoció, vibraba rabiosa.

—¡Enkirisha, coge a esa cucaracha de biblioteca y, si vuelve a pronunciar una sola palabra, córtale la lengua!

Los dos nubios se acercaron a Sosígenes y lo obligaron a arrodillarse. Por la violencia con que le retorcieron los brazos a la espalda debían de estar haciéndole mucho daño, pero a él apenas se le escapó un fugaz rictus de dolor.

Cleopatra dejó de prestarle atención. Se la requerían toda los dos gálatas, a los que tenía casi encima.

Cuando el pelirrojo extendió el brazo para agarrarla, Cleopatra no vaciló y le propinó un puñetazo en la mandíbula. Sus nudillos chocaron con un hueso duro como piedra y se abrió una pequeña herida en ellos, pero la cabeza del celta apenas se movió.

—¡Echadla en la alfombra ya! —ordenó Ptolomeo, soltando un gallo al regresar al tono agudo en que había hablado tantos años.

Aunque Cleopatra sacudió los brazos para eludir la presa de aquellas cuatro manos, los gálatas consiguieron agarrarla por los codos. Entre ambos la zancadillearon y, una vez que la hubieron tirado al suelo, se tendieron junto a ella.

La joven, que se ejercitaba nadando, cabalgando y disparando el arco, tenía más fuerza de lo que sugería su aspecto y se resistió salvajemente. Pero eran dos hombres contra ella, y elegidos por su estatura y sus músculos. Sin soltarle los brazos, cada uno de ellos usó la mano que le quedaba libre para arremangarle la túnica hasta la cintura, y luego para obligarla a separar los

muslos.

Ptolomeo se arrodilló frente a ella. Al verle las piernas desnudas, las acarició por dentro con la misma sonrisa codiciosa que iluminaba su rostro cuando le presentaban una tarta de queso y miel. Después desenvainó la daga y la introdujo entre la tela del perizoma y la piel. El tacto del acero en las ingles era gélido, pero Cleopatra lo prefería al de los dedos de su hermano, repelentes como las patas de una oruga.

El algodón se resistía al filo del cuchillo, pues las manos de Ptolomeo, que jamás hacía ejercicio, eran débiles. Impaciente, ordenó:

—¡Juntadle las piernas!

Los guardias obedecieron. Ptolomeo agarró el perizoma con ambas manos y tiró de él hacia abajo. Cuando ya se lo estaba sacando por los tobillos, Cleopatra consiguió soltar una pierna y le dio una patada en la boca con todas sus fuerzas. Al hacerlo, notó la dureza de los dientes de él en el talón y, aunque se hizo daño, comprobó con satisfacción que le había partido el labio.

—¡Putá! —exclamó Ptolomeo, restañándose la sangre. El puente de oro de su muela falsa brilló un instante entre sus labios—. ¡Cuando termine contigo, haré que te corten ese pie!

El guardia rubio volvió a apresar la pierna libre y tiró de ella para abrirle los muslos de nuevo. Cleopatra siguió resistiéndose, con los dientes apretados para que no se le escapara una sola palabra. Sabía que insultar o suplicar a aquel maníaco solo serviría para darle más placer, y no estaba dispuesta a ello.

—¡Recién depilada, hermanita! Lo has hecho para mí, ¿verdad? —dijo Ptolomeo, deslizando dos dedos por su pubis. Cleopatra sintió como si le correteara un escorpión sobre el vientre.

Ptolomeo se abrió la túnica, buscó en su taparrabos y se sacó el miembro. Cleopatra, que no veía desnudo a su hermano desde que era muy pequeño, observó con sorpresa que tenía el pene corto y grueso como una porra. Cuando acercó el glande rígido y enrojecido al sexo de Cleopatra, esta pensó que iba a vomitar.

—¿Pretendes mezclar tu semilla con la de tu hermana? —preguntó Sosígenes subiendo la voz para llamar la atención.

—¿Qué dices tú? —preguntó Ptolomeo, girando el cuello hacia él.

—Que es un desperdicio. Es como ayuntar a una hermosa yegua árabe con un pollino podrido de sarna. ¡No puede salir nada bueno de ahí!

Ptolomeo, que había plantado las manos sobre las caderas desnudas de Cleopatra, se enderezó de golpe.

—¡La lengua! ¡Cortadle la lengua, y luego le rebanáis también la polla y se la metéis en la boca para que se calle para siempre!

Al ver que Enkirisha desenvainaba el cuchillo y se disponía a cumplir la orden, Cleopatra rompió su silencio.

—¡Diles que lo suelten ahora mismo, Ptolomeo, o te juro por Hécate que haré lo mismo contigo, y después te sacaré los ojos!

Ptolomeo miró a su hermana enseñando los dientes como un chacal. La sangre del labio roto los había manchado de rojo.

—Y yo te juro a ti por Príapo que si pronuncias una sola palabra más haré que le corten la cabeza a ese estúpido. ¿Prefieres un maestro eunuco y mudo, o un maestro muerto?

Cleopatra miró con horror a Sosígenes. Él le devolvió la mirada con una fría calma que resultaba pasmosa incluso en él.

«Esto no puede estar pasando», pensó Cleopatra. Tenía que ser un sueño, tan absurdo y tan ilógico como aseguraba Sosígenes. Solo una imagen de su mente.

Pero las manos de su hermano en sus muslos se sentían muy reales.

solo ni siquiera la habría vencido en una pelea a puñetazos.

En una conferencia del Museo, Sosígenes había oído a un filósofo estoico que peroraba sobre la hermandad universal y sostenía que la violencia no servía para nada. Aquel hombre no podía estar más equivocado. La violencia tal vez fuese cruel, antiestética, inmoral. Pero inútil nunca, pues recurriendo a ella se conseguía lo que se quería. Que era precisamente lo que pretendía hacer aquel pequeño gusano al que habían coronado como rey por el azar de haber sido engendrado por otro personaje como él.

Enkirisha lo sacó de sus meditaciones deslizando el cuchillo bajo su lengua. Sosígenes sintió al mismo tiempo el sabor metálico de la sangre y un dolor mucho más intenso de lo que había esperado. Su propio gruñido gutural le sonó como el grito de otra persona.

La puerta rechinó y se abrió de golpe, con tanta violencia que la hoja de roble giró un ángulo de ciento ochenta grados y chocó con estrépito contra la pared.

—¡Quietos!

Todas las miradas se volvieron hacia la enorme silueta que se recortaba en el vano de la puerta. Era Apolodoro.

«¡Loados sean los dioses, aunque no existan!», pensó Sosígenes.

Apolodoro cerró tras de sí la puerta y se acercó al centro de la estancia, caminando despacio. Empuñaba en la zurda una espada de doble filo similar a las que usaban los soldados romanos, con la hoja en posición horizontal.

—Marchaos de aquí tú y tus perros —dijo. Su voz sonaba tan áspera como siempre, pero apenas levantó el tono.

—¿Te atreves a dar órdenes a tu rey? —repuso Ptolomeo, mientras se enderezaba y se recomponía la ropa.

—Yo no veo a ningún rey. Solo a una reina.

—¡Son cuatro contra ti, estúpido sin huevos!

—Sé contar.

Ptolomeo reculó e hizo un gesto a sus hombres para que detuvieran a Apolodoro. Los dos nubios soltaron a Sosígenes, no sin antes propinarle un empujón brutal que lo derribó de bruces en el suelo. Aunque el golpe casi le partió la nariz, el científico se enderezó al instante para ver qué ocurría.

Por su parte, los gálatas se desentendieron de Cleopatra y se levantaron.

La joven se incorporó rápidamente, tiró de la túnica para taparse las piernas y acudió corriendo junto a Sosígenes.

Sin esperar a que sus cuatro enemigos se agruparan y reunieran fuerzas, el siciliano tomó la iniciativa y se acercó con tres largas zancadas a los que tenía más cerca, los dos gálatas, que ya habían desenvainado sus propias espadas.

Uno de ellos, el pelirrojo, levantó el brazo derecho y lanzó un tajo contra Apolodoro. Este adelantó la pierna izquierda y, sin intentar tan siquiera bloquear el golpe de su adversario, penetró en su guardia y le clavó una estocada en la axila. Los dedos del gálata se abrieron y su espada cayó al suelo, donde rebotó dos veces con un tañido metálico.

Sosígenes, que se había levantado con la ayuda de Cleopatra, observaba fascinado. En vez de un duelo podría haber estado contemplando un fenómeno de la naturaleza susceptible de ser descrito con fórmulas matemáticas. El pelirrojo era un hombre violento que sin duda ya había matado antes; pero se percibía algo de conservador en sus movimientos, como si al mismo tiempo que atacaba pensara en defenderse. En cambio, Apolodoro, sin parar mientes en si lo herían o no, se había tirado a fondo a la primera ocasión.

Tras hundir la espada en la axila de su enemigo, el siciliano lo agarró de la túnica con el otro brazo, giró unos setenta grados como si bailara con él y lo propulsó contra el otro celta. Aprovechando ese mismo movimiento, tiró de su arma y la extrajo del cuerpo de su adversario.

Al recibir el impacto del pelirrojo, el gálata rubio trastabilló. Para no dar con sus huesos en el suelo, soltó la espada y agarró el cuerpo de su compañero, pero solo consiguió arrastrarlo con él en su caída. Durante un instante los dos quedaron tendidos boca arriba, uno encima del otro.

Para Apolodoro fue suficiente. Aunque no parecía moverse tan rápido, quizá por una ilusión óptica debido a su corpulencia, en dos pasos se plantó sobre ellos, levantó el codo en un ángulo agudo para tomar impulso y lo bajó en una vertical perfecta, clavando la espada en el abdomen del pelirrojo por debajo del esternón. Lo hizo con tanta fuerza que hincó la hoja hasta la empuñadura y con la misma estocada atravesó al segundo guardaespaldas.

Sin detenerse, extrajo la espada, que dejó escapar un extraño sonido de succión, y se enderezó para avanzar hacia los dos nubios. Estos, que se

encontraban a unos cinco pasos de él, se miraron y recularon. Mientras tanto, los dos gálatas agonizaban agitando los brazos de una forma ridícula, como cuatro aspas cruzadas.

Apenas habían transcurrido unos segundos desde que empezó la pelea.

Sosígenes observó un rasgón ensangrentado en la túnica de Apolodoro. El primer tajo de su adversario debía haberlo alcanzado, pero no daba la impresión de que le importase lo más mínimo. Recordó algo que le había contado Cleopatra: la noche en que su tío Horemhotep intentó asesinarlas a ella y a Arsínoe, el eunuco siciliano había matado también a dos hombres. Para acabar con el segundo llegó a agarrar el puñal de su enemigo por el mismísimo filo. Aún conservaba las cicatrices de aquella herida.

«Fascinante», pensó. Aunque Sosígenes no fuese una persona violenta, podía entender el método de Apolodoro para utilizar la violencia. A su manera, jugaba con la suerte. Cada vez que atacaba, lo hacía contando con ocho probabilidades entre diez de matar y tal vez dos entre diez de que lo mataran a él. Cuando alguien lo agredía, en lugar de realizar una defensa y luego un contraataque, lo que supondría dos movimientos, contraatacaba directamente aun a riesgo de ser herido.

«Si yo fuera un asesino o un guerrero, probablemente combatiría así», se dijo Sosígenes. Después escupió sangre y se tocó la lengua. La herida no parecía profunda, aunque mejor sería que no probara condimentos picantes en unos días.

En lugar de acercarse a Apolodoro, los nubios tiraron de la mesa cubierta con la manta y la volcaron para ponerla como parapeto entre ellos y el siciliano. Se oyó un prolongado estrépito metálico y decenas de varillas y discos dorados de diversos tamaños rodaron por el suelo.

«No, la máquina no», pensó con desmayo Sosígenes.

—¿Qué hacéis? ¡Matad a ese eunuco de una vez! —chilló Ptolomeo.

Los dos nubios se miraron entre sí. No se los veía muy convencidos.

—Creo que es mejor dejarlo por hoy, majestad —dijo Enkirisha.

Ptolomeo le dirigió una mirada fulminante. Tenía el rostro tan colorado como si fuese a reventar. Apolodoro se había quedado inmóvil, dominando el centro de la sala como la estatua de un dios. De su espada caían gotas de sangre que dibujaban salpicaduras oscuras sobre el mármol jaspeado del

suelo. Una de ellas manchó un disco de oro; por el tamaño, Sosígenes pensó que era el que transmitía el movimiento del epiciclo del planeta Ares.

—¡Está bien! —gritó Ptolomeo, señalando a su hermana—. ¡Pero ya arreglaremos este asunto!

—No quiero volver a verte en mi presencia nunca más —respondió Cleopatra, rechinando los dientes.

—¡Mírala, la gran reina Cleopatra! ¡Qué miedo!

—Harías bien en tenerlo.

—¡Si de verdad fueras reina, no me obligarías a tomar por la fuerza lo que legítimamente me corresponde!

—Algún día te daré lo que de verdad te corresponde, hermano. Pero no te va a gustar.

—¡Putá!

Sin añadir más, Ptolomeo salió de la estancia, seguido por los dos nubios. Los tres tuvieron mucho cuidado de describir un amplio rodeo, pegándose a las paredes para no acercarse demasiado a Apolodoro. Detrás de este, el guardaespaldas rubio que había quedado debajo acababa de quitarse de encima a su compañero y se retorció sobre sí mismo mientras se clavaba los dedos en el estómago. Por el aspecto de su herida, no iba a tener una agonía fácil.

Cuando se cerró la puerta, Cleopatra se volvió hacia Sosígenes. A la joven reina le temblaban las manos, pero mantenía la compostura de una forma admirable. En lugar de preocuparse de sí misma, se empeñó en mirar la herida de Sosígenes.

—Déjame ver eso.

—Tranquila, majestad. Mi lengua está bien, así que me temo que tendrás que seguir aguantando mis insufribles discursos. Ahora, hay algo importante que debo hacer.

Sosígenes se agachó y empezó a recoger los discos. A simple vista no les había pasado nada, pero los engranajes eran tan diminutos que cualquier minúsculo daño podía impedir que encajaran.

Cleopatra terminó de componerse la ropa y se acercó a los dos gálatas. Apolodoro hizo un gesto con el pulgar hacia abajo, y ella asintió con la barbilla. El siciliano se agachó primero sobre el rubio, que no dejaba de

gemir, apoyó la punta de la espada en el cruce de las clavículas y apretó con ambas manos. Después le asestó el golpe de gracia al pelirrojo, que tras recibir dos heridas ya apenas se movía.

Mientras seguía buscando piezas de la máquina, Sosígenes observaba de reojo a Cleopatra. La reina no apartó la mirada cuando Apolodoro acabó con los guardaespaldas de su hermano, pero tampoco hizo ningún gesto de satisfacción. Sosígenes comprendió que Cleopatra no había dado la orden de rematarlos por crueldad, sino todo lo contrario; otra persona en su situación habría mandado que los mantuvieran con vida para prolongar su agonía.

Sosígenes meneó la cabeza. Conocía lo suficiente la historia de Alejandría para saber que, una vez que se desataba la violencia en ella, no se detenía hasta que no corrían ríos de sangre. Y la que se había derramado en su estudio no bastaría.

Como si le hubiese leído el pensamiento, Cleopatra apretó los puños y murmuró:

—Está decidido, hermano. Puesto que así lo quieres, iremos a la guerra.

III



26

Dirraquio, costa de Iliria

—Los tienes como el caballo de Coriolano —dijo Claudio Nerón mirando en derredor—. ¡Asediar a Pompeyo cuando te dobla en efectivos!

—Eso mismo hicimos en Alesia con Vercingetórix y funcionó —respondió César.

—Me habría gustado estar allí —dijo el legado, que en aquella campaña se había quedado en Roma desempeñando el cargo de edil curul.

Claudio Nerón era un patricio de prosapia tan elevada como la del propio César, ya que pertenecía a la gens Claudia, una de las estirpes más antiguas de Roma. Y también de las más arrogantes. Durante la Primera Guerra Púnica uno de los miembros de la gens, Claudio Pulcro, al observar que los pollos sagrados se negaban a comer, en lugar de suspender momentáneamente la batalla ante aquel augurio negativo, los hizo arrojar al mar desde su barco diciendo: «¿Cómo, que no quieren comer? ¡Pues que beban!».

A César le habían contado aquella anécdota de niño y se tronchó de risa al escucharla. Su madre le dio un azote y le advirtió que uno nunca debía reírse de las cosas sagradas. Para Pulcro la historia había terminado peor: perdió aquella batalla naval y no se lo achacaron a la incompetencia que había demostrado en los preparativos sino a su impiedad.

La hermana de aquel individuo también era de armas tomar. En una ocasión, ya muerto Pulcro, Claudia cruzaba Roma montada en un lujoso carruaje. Como no conseguía avanzar apenas a causa del gentío que abarrotaba las calles, exclamó en voz muy alta para que la escucharan todos:

—¡Ojalá el inepto de mi hermano siguiera vivo y le dieran el mando de otra flota! ¡Así se ahogarían unos cuantos miles de indeseables y nos libraríamos de esta chusma!

El Claudio contemporáneo que oteaba el panorama junto a César compartía los prejuicios contra el pueblo llano de aquella mujer y la altanería de su hermano. A cambio, era medianamente competente; por tal motivo, César lo había nombrado legado de la VI legión.

No dejaba de resultar sorprendente que Claudio Nerón hubiese elegido el bando de César en la guerra civil, puesto que por gustos e ideología se hallaba más cerca de la facción de los optimates. No obstante, le habían llegado los comentarios que hacía sobre su persona: «Está loco, sí, pero Fortuna le sonrío y tiene la suerte de contar con los mejores soldados».

¡Como si esos soldados hubieran brotado de debajo de las piedras y no los hubiera convertido César en lo que eran a fuerza de batallas, marchas de cincuenta kilómetros y proezas de ingeniería y voluntad como la que estaban llevando a cabo ahora mismo ante sus ojos!

—Maldito tiempo —se quejó Claudio Nerón, entrecerrando los párpados para protegerse de la llovizna que el viento del oeste empujaba contra su rostro—. ¿Es que aquí no escampa nunca?

César, Claudio Nerón y otros oficiales se hallaban sobre una atalaya de madera que se alzaba en el fuerte de la primera cohorte de la VI legión. Al norte de su posición, protegidos por una fila de compañeros con las armas preparadas, cincuenta soldados clavaban los picos en el suelo mojado para abrir una zanja. Otros cincuenta usaban la tierra extraída para levantar un terraplén que compactaban aplastándola con los pies y con los escudos. La fosa y el talud juntos sumaban un desnivel de cuatro metros a modo de muralla. Para reforzarla, los soldados clavaban en lo alto del terraplén troncos aguzados en el extremo y hendidos por la mitad, dejando hacia fuera la cara lisa. Por detrás de los maderos, apisonaban la tierra removida hasta convertir la parte superior del talud en un parapeto desde el que podían montar

vigilancia y defenderse en caso de ser atacados.

Así se habían construido las fortificaciones romanas al menos desde los tiempos del dictador Cincinato, y en esa metódica disciplina se basaba buena parte del éxito de la República. En este caso los soldados ya habían terminado de construir su pequeño campamento y se dedicaban a prolongarlo tanto por el norte como por el sur con una empalizada recta. En ambas direcciones no tardarían más que unas horas en encontrarse con los legionarios de otras dos cohortes que también estaban extendiendo los vallados de sus fuertes.

La intención de César era rodear un perímetro de más de veinte mil metros para encerrar a Pompeyo, cuyo campamento principal se alzaba a unos siete kilómetros al norte de su posición. Aquel circuito que no tardarían en cerrar se parecía a una gigantesca D: la empalizada dibujaba la línea curva de la letra y la costa el trazo vertical más o menos recto. La línea de fortificación seguía el relieve del suelo; en los puntos elevados, que en aquella comarca de pastos y cultivos apenas superaban los cincuenta metros de altura, César había hecho erigir fuertes similares al que inspeccionaba ahora, guarnecidos por una, dos o incluso tres cohortes.

Los hombres de Pompeyo, por su parte, estaban levantando su propia empalizada, otra D de menor tamaño dentro de la circunvalación de César. No solo lo hacían por protegerse de las incursiones, sino por obligar a sus enemigos a prolongar más el trazado de la fortificación hacia el sur. Desafío que César había aceptado gustoso, ya que ni sus hombres ni él temían el trabajo duro. No había nada peor para los soldados que la holganza. Cuando andaban mano sobre mano pronto encontraban algo a lo que dedicarse, que normalmente consistía en perder su dinero a los dados, emborracharse, pelearse y amotinarse contra su general.

Unos dos kilómetros al norte de la base de Pompeyo, casi al final de la bahía, se encontraba el campamento principal de César. Lo habían construido a toda prisa cuando llegaron desde las montañas del oeste con la intención de tomar la ciudad de Dirraquio. Aquello había ocurrido poco después de que, por fin, Marco Antonio se decidiera a cruzar el Adriático con las cuatro legiones que permanecían en Italia. Una vez reunido todo su ejército, lo primero que había hecho César fue enviar a su legado Domicio Calvino a

Macedonia con las legiones XI y XII. Esas unidades tenían la misión de salirle al paso a Escipión, suegro y aliado de Pompeyo, de quien se sabía que venía de camino desde Siria con dos legiones.

Después, con la intención de asestar un inesperado golpe de mano, César se había dirigido a marchas forzadas hacia Dirraquio. Esa ciudad, situada en el extremo noroeste de la bahía, a unos diez kilómetros a vuelo de pájaro de la atalaya, era una antigua colonia griega que otrora se llamó Epidamno. Cuando los romanos la conquistaron ciento setenta años antes, le cambiaron el nombre porque terminaba igual que la palabra «daño^[5]», un signo de mal agüero.

Dirraquio era una de las ciudades más prósperas de la región, conocida como «la taberna del Adriático». César sabía que Pompeyo almacenaba en Dirraquio armas y máquinas de guerra y, sobre todo, grano en abundancia. Si hubiese logrado tomarla, se habría apoderado al mismo tiempo de la comida y del equipo, subsanando así muchos de sus problemas.

Por desgracia, no lo había conseguido. La ciudad se hallaba bien protegida: por el lado del mar la guarecían unos acantilados y por el del continente una extensa marisma que desde la atalaya se divisaba como una mancha blanca bajo la luz del sol. Su único acceso era un estrecho puente fácil de defender. César había intentado tomar Dirraquio al asalto, pero durante el ataque apareció por el sur el grueso del ejército pompeyano y no le quedó más remedio que renunciar a la ofensiva y proteger a sus hombres construyendo un campamento.

Pompeyo había hecho lo propio, levantando su base a unos dos kilómetros de la de César, en una zona de colinas llamada Petra. Desde allí disponía de acceso a una playa de aguas someras en la que podían varar naves de poco calado, lo cual le permitía recibir provisiones desde Dirraquio.

Una vez acantonados ambos ejércitos, César desplegó a sus hombres varias veces en la llanura que los separaba, pero Pompeyo se negó a aceptar la batalla. Resultaba comprensible: su situación logística era mucho mejor gracias a que dominaba el mar y recibía suministros de todos los puntos del Mediterráneo. Los hombres de César, en cambio, se veían obligados a mantenerse sobre el terreno.

Pompeyo podía aguantar indefinidamente sin salir de su campamento.

César no, porque cada vez le resultaba más difícil obtener provisiones para sus hombres. Tenía que forzarlo a actuar.

Ese era el motivo por el que había decidido repetir la misma estrategia que le funcionó con Vercingetórix. Aunque los pompeyanos los superaban en una proporción de dos a uno, los estaban encerrando en su campamento. Eso suponía un duro golpe para el prestigio de Pompeyo, conquistador de Asia. La del prestigio no era una cuestión baladí, ya que resultaba vital para César que los numerosos aliados de Pompeyo en Oriente comprendieran que habían elegido el bando equivocado.

—¿Crees que conseguiremos que se decida a combatir? —preguntó Claudio Nerón.

—O eso o seguiremos haciéndole la vida imposible —respondió César—. Cuando sus caballos y sus bestias de carga terminen de comerse hasta las cortezas de los árboles, no tendrá más remedio que salir.

—¡Caballería! —dijo Hrodulf, el sobrino de Saxnot, apuntando con el dedo hacia el norte.

César entornó los párpados para enfocar la visión. Por donde señalaba el germano, cuatrocientos o quinientos jinetes enemigos habían salido de la empalizada pompeyana y galopaban hacia el fuerte de la tercera cohorte de la XIII. César no se preocupó demasiado: los centinelas habían alertado a los soldados que trabajaban en esa zona y estos ya se estaban refugiando en su campamento. Durante una o dos horas, no podrían proseguir con las obras en aquel sector. No más tiempo, pues las tropas de caballería eran impacientes.

—Van a destrozar el vallado —comentó Vatia, un joven tribuno que acompañaba a Claudio Nerón.

—No —dijo César—. Los de caballería son muy reacios a ensuciarse las manos. Como mucho, arrancarán algunos troncos y darán unas cuantas patadas al terraplén fingiendo que rellenan la zanja por cumplir el expediente.

Sabía bien lo que decía, ya que conocía personalmente a muchos de esos hombres: la mitad de los jinetes de Pompeyo habían servido antes con César en la Galia.

La caballería era uno de sus principales problemas, y en particular su jefe, Tito Labieno.

—Es bueno Labieno —dijo Claudio Nerón, como si le hubiera leído la

mente.

—Labieno es menos bueno él cree —respondió el gigantesco Saxnot. El jefe de los jinetes germanos de César nunca había simpatizado con Labieno. Por suerte para César, que al menos había conservado consigo a mil usípetes, miembros de la tribu más aguerrida de Germania.

Era posible que a Labieno se le hubiesen subido a la cabeza sus éxitos, pero César debía reconocer que no había encontrado comandante más capaz en sus campañas galas. Ni tampoco más duro: caer prisionero de Labieno sin que César estuviera cerca para sofrenarlo suponía una garantía de una muerte lenta, dolorosa y a menudo humillante.

Al principio de la guerra civil, Labieno se había pasado al bando de Pompeyo sin avisar a César. Con los hechos ya consumados, se limitó a escribirle una carta tan breve que ni siquiera necesitó doblarla para entregársela al mensajero:

De Tito Atio Labieno a César.

Sabes que te he servido con lealtad y que he ganado para ti muchas batallas en las que no estuviste presente.

Pero te has declarado en rebeldía contra la República y sus legítimas autoridades. No estoy dispuesto a convertirme en un traidor a mi patria. Desde ahora, considera rota nuestra amistad y reza a los dioses para no toparte conmigo en el campo de batalla.

T. At. Lab.

A César le dolía aquella defección y, sobre todo, le preocupaba. Durante la guerra de las Galias había tenido que multiplicarse en diversos escenarios bélicos y no había prestado suficiente atención a Labieno, lo que permitió a este tejer su propia red de aliados y clientes entre los nobles del país. Gracias a eso, cuando cambió de bando engrosó las filas de Pompeyo con más de tres mil quinientos jinetes galos y germanos. Para César las matemáticas eran simples: tres mil quinientos que perdía él y tres mil quinientos que sumaba su rival suponían una diferencia total de siete mil a favor de Pompeyo.

Durante los primeros días en Dirraquio, antes de que se decidiera a construir la empalizada, los jinetes de Labieno les habían ocasionado muchos problemas. Aunque la caballería resultaba particularmente peligrosa para los forrajeadores, estos tenían que salir todos los días a buscar comida por las

inmediaciones, ya que el ejército de César andaba muy corto de víveres. Cercar a Pompeyo, por tanto, era una forma de proteger a esos hombres de los ataques del enemigo.

No se trataba únicamente de una táctica defensiva. Amén de siete mil caballos, Pompeyo tenía miles de acémilas de carga. Todos ellos necesitaban forraje, ya que los equinos no podían sobrevivir muchos días solamente con grano. La circunvalación los constreñía a pastar en un espacio reducido que ya se había quedado prácticamente pelado. Desde la posición de César, el contraste visual resultaba muy llamativo: en el interior de la D que dibujaba la línea defensiva de Pompeyo el terreno se veía de color ocre, como si se encontraran al final del verano, mientras que en el resto de la zona el suelo lucía con el verde esmeralda de la vegetación regada por aquella lluvia constante.

A Pompeyo, como pretendía César, no le había quedado más remedio que elegir prioridades: por salvar a los caballos estaba dejando sin comer a las bestias de carga, que empezaban a perecer a centenares. Paulatinamente, las inmediaciones de su campamento pompeyano se llenaban de mulas, asnos y bueyes muertos, hasta el punto de que el viento a veces traía a los hombres de César el hedor de los cadáveres corrompidos. Por el momento, su plan funcionaba.

el terraplén. Cuando levantaban los troncos, cada fibra y cada vena se les marcaban en los antebrazos, tan definidas como si se las hubieran grabado a buril—. Tienen los pómulos tan afilados que parece que se les van a salir de la piel, ¡pero aguantan!

—No es que tú estés mucho más gordo que ellos, César —dijo Claudio Nerón.

César se tocó las mejillas. Nunca las había tenido carnosas, pero ahora las notó más chupadas que de costumbre. Otros mandos no sentían ningún rubor por alimentarse mejor que sus hombres; le constaba, por ejemplo, que Claudio Nerón comía pan blanco y crujiente todos los días, y poner a dieta a Marco Antonio, con su apetito digno de Hércules, resultaba inconcebible.

Él no era así. No podía exigir a sus soldados lo que no se reclamaba a sí mismo, de modo que hasta la víspera se había limitado a una fina rebanada de pan de cebada al día. «Pan de cebada, comida de burro disimulada», decían los soldados. Pero incluso eso se les había terminado ya.

—¡Mamón, mueve el culo con más ganas o te meto por él una de esas estacas!

Aquel improperio que sonó a su izquierda vino seguido por la sombra de algo que volaba por el aire. César se apartó por puro reflejo. Un objeto oscuro pasó volando delante de sus ojos e impactó contra la cabeza de Vatia, que cabalgaba a su lado. El tribuno se dobló sobre el cuello de su montura con un grito más de sorpresa que de dolor. Cuando se incorporó, César vio que el proyectil, fuese lo que fuese, le había abierto en la frente una pitera por la que sangraba profusamente.

Sobre el terraplén, un soldado se había encogido protegiéndose la cabeza con las manos y solo ahora se atrevía a enderezarse. Un hombre de gran estatura pasó a su lado señalándolo con el dedo como si le dijera: «Ya te ajustaré las cuentas», y se acercó al grupo de César.

—¡Disculpad, señores! —exclamó con voz áspera como una lija—. ¡Ha sido un accidente!

El tribuno había echado mano a la vara de mando con la intención de castigar a su agresor. Pero al ver quién era se arrepintió al instante.

César conocía de sobra a aquel hombre: era el centurión Casio Esceva, una auténtica leyenda. Medía cerca de dos metros, tenía el pelo blanco y

cortado a cepillo y una cicatriz que le cruzaba desde la frente hasta los restos de la oreja derecha.

—¿Se puede saber qué nos has tirado, Esceva? —preguntó César.

—Lo siento mucho, César. Solo era un maldito trozo de pan. He fallado el tiro porque estaba mojado y se me ha resbalado de la mano.

Llevado por la curiosidad, Claudio Nerón había desmontado para recoger del suelo una especie de ladrillo amarillo.

—¿Pan? ¿Pan esto?

—Sí, legado —contestó Esceva—. Ábrelo y verás.

Claudio Nerón trató de romperlo entre los dedos, pero el presunto pan se resistía. César desmontó también, se acercó a él y se lo quitó. Aunque la corteza exterior estaba muy dura, siempre había tenido bastante fuerza en los dedos y logró partirla.

Por dentro mostraba una textura esponjosa. César se metió un trozo en la boca. Para extraerle algo de sabor tuvo que masticarlo con el ahínco de un rumiante, y se le introdujeron entre los dientes unas hebras que más parecían astillas. Cuando consiguió deglutirlo, decidió que el regusto que dejaba era el mismo que habría notado lamiendo una barrica vieja de madera abandonada en un establo.

—¿Con qué demonios han amasado este... pan? —preguntó César, haciendo un gesto con la mano para que su liberto Menéstor le pasara el odre de agua.

—Los lugareños lo llaman khara —contestó Esceva—. Es una especie de tubérculo. Se machaca, se mezcla con leche, se hornea y sale esto que ves. Acompañándolo con carne o con queso no está tan malo.

César meneó la cabeza. Prefería echar en falta el pan que comer aquello.

—Está bien, Esceva. Podéis volver al trabajo. No quiero interrumpiros.

El centurión regresó a la empalizada y, como al descuido, propinó un tremendo pescozón al soldado renuente al que había pretendido alcanzar con el disparo. Mientras, Claudio Nerón probó un trozo de pan de khara y un par de segundos después lo escupió.

—¡Demonios! —exclamó—. ¿Cómo se nota cuándo entra y cuándo sale del cuerpo? El sabor es exactamente el mismo.

—¿Por qué sonrías tanto, César? —preguntó Vatia, que seguía sangrando.

César, que no se había dado cuenta de que estuviera sonriendo, contestó:

—No es porque me haga gracia el golpe que te has llevado, tribuno. Es porque me he dado cuenta de que con hombres dispuestos a alimentarse con esa bazofia puedo llegar hasta el fin del mundo.

—Sin duda —dijo Claudio Nerón, arrojando aquella imitación de pan contra la empalizada. El impacto sonó tan contundente como una pedrada—. Si queremos tomar las murallas de Dirraquio, podemos usar estos ladrillos como proyectiles para las balistas.

César iba a montar de nuevo cuando vio a un grupo de soldados que venían subiendo una cuesta desde el oeste. El signum que llevaba el portaestandarte los identificaba como miembros de la primera centuria de la cohorte alojada en el fuerte.

—¿De dónde vienen esos hombres? —le preguntó a Claudio Nerón.

—En este momento no sabría decírtelo.

—Solo tienes una legión a tu mando, legado. No te pido que memorices el cognomen de todos tus soldados, pero sí que controles qué hacen tus unidades.

—Sí, César. Lo tendré en cuenta.

César les salió al encuentro. El hombre que caminaba al frente de aquellos soldados era Quinto Longino. Como jefe de la primera centuria de la primera cohorte ostentaba el rango de primipilo, el centurión de mayor rango en la VI legión.

Al igual que los soldados que lo seguían, Longino venía pringado de barro hasta las orejas. Tan solo uno de aquellos hombres presentaba un aspecto algo mejor, porque venía frotándose el capote con un puñado de hojas para limpiarlo. Séptimo Pulquerio, recordó César, pues ya se había fijado en que a aquel soldado le fastidiaba tanto la suciedad como a él.

—¡Salve, César! —saludó Longino, poniéndose firme. Sus hombres lo imitaron. Normalmente, cuando los soldados se cuadraban se oía el taconazo de las botas y el tintineo de las piezas metálicas, pero ahora el barro amortiguó los sonidos—. Ya hemos secado este riachuelo. A partir de ahora, tendrán que beber agua del mar.

César miró adonde señalaba el dedo de Longino. Entre las líneas de empalizadas que estaban a punto de juntarse se abría una pequeña vaguada.

En los días anteriores por allí corría un torrente. Al verlo seco, César asintió satisfecho. Con el fin de empeorar las miserias del adversario, había ordenado que se organizaran patrullas para buscar todos los arroyos y riachuelos que bajaban desde los montes situados al oeste y atravesaban el territorio de Pompeyo. Una vez localizados, los legionarios los represaron con diques o los desviaron de su curso.

—A estas alturas, la única agua dulce que le llega al enemigo es la de la lluvia, César —dijo Longino.

César levantó el rostro hacia el cielo, tan gris como casi todos los días. Allí la lluvia era pertinaz, pero muy fina. Aunque a los pompeyanos no les serviría para rellenar aljibes, resultaba muy dañina para las articulaciones, para las armas, que había que aceitar constantemente, y sobre todo para los pies: una de las normas en las que más énfasis ponía César era en que los soldados debían cambiarse de calcetines todos los días, lavar a conciencia los que se quitaban y verificar que los que se ponían estuviesen bien secos. «Un ejército con los pies podridos no me sirve para nada», insistía.

Al bajar la vista de nuevo, reparó en un soldado alto y rubio que formaba junto al limpio Pulquerio. Tenía rasgos celtas, como tantos legionarios reclutados en el valle del Po, los brazos muy largos y musculosos y unas manos enormes. Su rostro le resultaba muy familiar.

César le hizo un gesto a Menéstor, que se acercó al instante.

—¿Quién es ese hombre, Menéstor? Sé que debería recordarlo, pero ahora no me viene a la memoria.

—Yo tampoco me acuerdo de su nombre, señor —respondió el liberto—. Pero sé que estaba en la IX, y que le salvaste la vida cuando estaban a punto de diezmarlo.

—¡Furio! ¡Se llamaba Furio! —exclamó César, tan contento como cada vez que conseguía enganchar un recuerdo con el anzuelo—. Acércate y dile que venga, Menéstor. Quiero hablar con ese hombre.

una memoria muy buena. Como tú has salido con más fuerza en los puños que luces en la cabeza, te recomiendo que digas siempre la verdad».

De modo que le contó a César su historia.

Como soldado de la IX, Tito Furio Ligario había combatido en las acciones principales de la guerra de las Galias. Después de tantos años sirviendo bajo el mando de César, había abrazado su bando en la guerra civil casi sin pensárselo, como la mayoría de sus soldados.

Tras una campaña victoriosa en Hispania contra los generales de Pompeyo, la IX se había acantonado durante unas semanas en las afueras de Placentia, ciudad natal de Furio. Aprovechando la ocasión, pidió una licencia especial para visitar a su padre, que estaba agonizando.

Fue entonces cuando se produjo el motín contra César instigado por centuriones y por veteranos de la IX. Furio decidió regresar a su unidad cuanto antes para que no lo tomaran por desertor. No bien cerró los ojos del cadáver de su padre, sin quedarse siquiera para el funeral, volvió a toda prisa al campamento.

Cuando llegó, ya de noche, el centurión que mandaba la guardia de la puerta pretoria le hizo arrestar.

—¡Soldado Tito Furio Ligario, has desertado de tu puesto en circunstancias extremas! —le ladró junto a la oreja mientras los centinelas le quitaban las armas y lo llevaban al calabozo.

Aquel centurión se llamaba Vestorio y se la tenía jurada a Furio desde hacía un mes. Todo se debía a una trifulca por causa de una mujer. La chica, una prostituta joven y especialmente guapa, había aceptado la invitación de Furio y no la del centurión. En ello debió de influir que Furio, con su buena planta, sus rizos rubios y sus ojos azules estaba de buen ver, mientras que Vestorio era feo como un sapo y tenía un aliento hediondo capaz de marchitar un jardín.

A Vestorio le ofendió tanto que la chica lo rechazara que la agarró de los pelos, la derribó sobre el serrín del suelo de la taberna y empezó a patearla en el estómago y la cara. Los soldados que estaban sentados más cerca se miraron entre sí, e incluso otro centurión exclamó:

—¡Déjala en paz ya, Vestorio! ¡Así no te vas a ganar sus besos!

Pero nadie intervenía para ayudar a la pobre chica. Furio lo vio todo rojo.

Aunque nunca había estado en la urbe, era ciudadano romano de nacimiento. De niño sus abuelos le habían contado historias de la vieja República, ejemplos de nobleza como el suicidio de Lucrecia o la liberación de la doncella Cloelia. Le daba igual que aquella muchacha fornicase por dinero. Era una mujer, y ningún hombre digno de ser llamado así podía maltratarla como estaba haciendo aquel bruto.

Además, qué demonios, Vestorio no era el jefe de su centuria; ni siquiera pertenecía a su misma cohorte.

De modo que Furio recurrió a los puños. Aquello provocó una pelea entre su cohorte y la de Vestorio que terminó con la taberna destrozada.

Y, un mes después, con el propio Furio arrestado. Su maldita suerte lo había llevado a querer entrar por la misma puerta y la misma noche en que aquel centurión mandaba la guardia.

Mientras Furio esperaba castigo en el calabozo, César había llegado de Masalia para sofocar el motín. Incluso encerrado, a Furio le llegaban rumores. Según uno de ellos, la cólera y la tristeza habían hecho enfermar a César. Según otro, mucho más siniestro, el general había decretado que la IX fuera diezmada.

Al día siguiente de su llegada, sacaron a Furio de la celda y, con las manos atadas a la espalda y sin cinturón, lo que para un soldado era tan humillante como ir desnudo, lo llevaron ante la tienda del pretorio. Los legionarios de la IX la habían rodeado y estaban arrodillados con ramos de olivo en las manos implorando perdón a César, que los contemplaba desde el estrado donde habían colocado su silla curul.

Después de un rato, César se levantó y pronunció un discurso que sonó como una tormenta invocada por Júpiter tonante. Tras recordar a sus hombres cuánto le debían y echarles en cara su deslealtad, les comunicó que, pese a todo, iba a perdonarlos. Pero con condiciones. La decimatio se reduciría a ciento veinte soldados, de los que doce morirían y los demás officiarían de verdugos.

Furio estaba tan aturdido por la velocidad a la que ocurría todo que, cuando quiso darse cuenta, lo habían obligado a arrodillarse en el polvo y agachar la testuz como un buey. Mientras tanto, nueve tipos de otra cohorte a los que apenas conocía de vista se disponían a ejercer de victimarios con él

usando piedras y garrotes.

«Las mujeres serán tu perdición». Se lo habían augurado muchas veces su padre y su madre, y también sus hermanas. Al final, comprendió que iban a llevar razón.

Fue entonces cuando una voz metálica exclamó:

—¡Deteneos! ¡No toquéis a ese hombre!

El círculo se abrió, y unas piernas largas y delgadas entraron en él con vigorosas zancadas. Cuando Furio levantó la mirada, se encontró cara a cara con César.

Nunca había estado a tan poca distancia de él. Furio no era precisamente bajo, pero el general le sacaba al menos un par de dedos. Aunque César se conservaba bien, con la espalda erguida, los hombros altos y el vientre plano, de cerca se apreciaban más las numerosas arrugas que rodeaban las comisuras de sus ojos. Desde los pómulos le bajaban otras dos, profundas como cuchilladas, que más que envejecerlo le conferían una mezcla de energía y ascetismo.

A Furio le pareció que lo rodeaba un halo de poder, un aura que hacía vibrar el aire a su alrededor y erizaba el vello. Tal vez fuera solo sugestión, o se debiera a que sabía que aquel hombre era su jefe supremo, el general que se había atrevido a desafiar a la República.

—¿Es cierto que te encontrabas de permiso durante el motín, soldado? —preguntó César mirándolo a los ojos. Los de él eran entre verdes y grises, como el mar en un día de invierno, que puede serenarse o enarbolarse de repente en una violenta tempestad.

Furio le aguantó la mirada. En su familia siempre le habían dicho que agachara la barbilla al hablar con gente más importante que él, pero había algo en su naturaleza que le impedía hacerlo.

—Sí, general.

—Dirígete a mí como «César» simplemente, soldado.

Furio comprendió que no se lo decía por llaneza ni campechanía, sino porque aquel patricio se sentía tan orgulloso de sus ancestros y tan seguro de sí mismo que no había título que prefiriera al de su propio nombre.

—Sí, César. Pedí permiso al centurión de mi compañía, porque mi padre estaba a punto de morir.

César asintió y le hizo un gesto para que lo siguiera. Ambos salieron del círculo, escoltados por los lictores y por cuatro germanos tan altos como torres de asedio. Al oír los gritos de Vestorio, Furio se giró un instante. El centurión había ocupado su lugar en la decimatio. Mientras caminaban hacia el pretorio, aún miró atrás un par de veces y vio cómo lo molían a palos en el suelo.

«Jódete, cabrón», pensó.

Junto al toldo que hacía de puerta principal de la tienda, César le presentó a un hombre bajo y algo panzudo, con una barba rala y ojos rasgados.

—Este es mi ayudante Menéstor. Él se encargará de ti.

Sin más palabras, César entró en la tienda. Menéstor entrecerró los ojos, que se convirtieron en dos rendijas, y dijo:

—Vamos a transferirte a otra unidad. Ya he comprobado que tienes enemigos en la IX.

El liberto llevó a Furio a otra tienda, situada detrás de la del pretorio, donde varios funcionarios garrapateaban sin descanso en papiros y tablillas de cera. Mientras un tesorero comprobaba dónde podían ser más útiles los servicios de Furio, Menéstor le explicó que varios soldados y oficiales de la IX habían conspirado para convertirlo en chivo expiatorio y librarse de su responsabilidad en el motín.

—No sé cómo agradecer a César que se tome tantas molestias por un simple soldado —dijo Furio.

El liberto lo miró de arriba abajo.

—Rebaja esas ínfulas, joven. César no se toma estas molestias por ti. Lo que ocurre es que no podría soportar la idea de condenar a un hombre injustamente.

—Entiendo.

—No, no puedes entenderlo, porque él está muy por encima de ti y de cualquiera. Has de saber que César es muy exigente con todos: con sus soldados, con sus oficiales, con sus ingenieros. Pero con nadie más que consigo mismo. Cuando se trata de él, no tolera nada por debajo de la perfección.

—Y así me trasladaron a la VI, César —concluyó Furio—. Pensé que sería de los novatos, pero resultó que la habían reclutado el año de la revuelta

de los galos y casi todos los soldados son más jóvenes que yo.

César asintió.

—En aquel momento debiste haber sido castigado por agredir a un superior —dijo con voz grave, e hizo una pausa. A Furio se le encogió el estómago. Pero pasados unos segundos el gesto de César se suavizó—. Sin embargo, cuando ibas a sufrir una pena que no te correspondía, Fortuna decidió salvarte. No acostumbro a contradecir a esa diosa, porque sé que sus caprichos gobiernan el mundo.

A un gesto de César, Menéstor le acercó el caballo y después entrelazó las manos para que las usara como apoyo. El general montó en su corcel y desde la silla se despidió de Furio.

—Pero no te metas en más líos con tus superiores, soldado. Veo que tienes puños de pugilista. ¡Resérvalos para el enemigo!

Tras estas palabras, César taloneó a su montura y se alejó hacia el norte, seguido por su comitiva. Furio respiró hondo.

Había salido con bien de su segundo encuentro con el gran hombre.

aprovecharla en su propio beneficio. No te preocupes por la disciplina, que yo sé arreglármelas con tipos como Esceva.

César había aprendido a manejarse con individuos violentos en la mejor de las escuelas: la calle. Pese a su origen patricio, su familia no poseía una gran fortuna. Por eso se había criado en la Suburra, uno de los peores barrios de Roma, aunque al menos su casa era relativamente grande y lujosa.

En la Suburra el juego favorito de los niños consistía en pelear a puñetazos, pedradas o con palos. Desde muy pronto, César se convirtió en cabecilla de una banda infantil en las batallas contra los chicos de otros barrios. Había empezado como una forma de sobrevivir: el crío flaco y de familia aristocrática tenía que demostrar en la calle que podía ser más duro que nadie. Para ello, él mismo era el primero a quien debía convencer de que no temía a nada y de que se hallaba dispuesto a todo.

En esa época, de manera intuitiva, César comprendió que las personas se podían clasificar en varios grados según el nivel de violencia que estuvieran dispuestos a utilizar con los demás. Más adelante amplió y extrapoló ese conocimiento a los adultos y, sobre todo, a los soldados. Pero era una información que no pensaba compartir con alguien como Claudio Nerón.

Primero estaban los pacíficos, a los que bastaba un grito o una mala mirada para intimidarlos. Por supuesto, la violencia física les espantaba. Los pacíficos trataban de evitar el reclutamiento. Si no les quedaba más remedio que alistarse, obedecían las órdenes, y bien entrenados podían soportar las marchas como cualquier otro y servían bien como ingenieros o zapadores. Pero llegado el momento de luchar, lo máximo que hacían era lanzar el pilum a lo alto sin mirar o agazaparse tras el escudo y tirar estocadas al azar. César procuraba situarlos en las filas intermedias, donde existían menos posibilidades de que se produjese acción de verdad.

Después venían los manipuladores. Estos no recurrían a la fuerza a no ser que se vieran obligados, y si lo hacían era en exhibiciones más propias de aves de corral que en combates de verdad. Pero sabían utilizar la debilidad de los pacíficos para manejarlos y conseguir de ellos lo que querían, convenciéndolos a fuerza de insistir. En la legión, eran los que menos útiles resultaban para el general, y solían andar detrás de todos los motines. Para César, el manipulador por excelencia era Marco Tulio Cicerón. En el senado,

su campo de acción favorito, se movía a sus anchas como rana en una charca, pero la guerra lo aterrizzaba.

Por encima de los manipuladores se hallaban los contundentes. A estos no les gustaba que nadie intentara imponerles su voluntad, no les asustaba decir las cosas claras y, si hacía falta, recurrían a la fuerza. Cuando un manipulador insistía demasiado, el contundente se plantaba ante él con los brazos en jarras y le decía: «Cállate ya o te parto la boca». Normalmente no llegaba a hacerlo, porque el manipulador reculaba. A la hora de la batalla, los contundentes funcionaban bien siempre que el general lograra convencerlos para que lucharan por él. Aunque César solo lo había visto un par de veces, estaba casi seguro de que el soldado Tito Furio pertenecía a ese tipo humano.

Más allá de los contundentes estaban los agresivos. Estos recurrían a la violencia como primer recurso contra cualquiera de los otros: para conseguir que los pacíficos obedecieran sus órdenes, para hacer callar a los manipuladores o para doblegar la resistencia de los contundentes. De adultos, eran buenos soldados para ponerlos en las primeras filas en el campo de batalla, pues el combate, como el vino, poseía una magia especial: cualquier hombre que se encontraba arrastrado por el poder de Marte o de Baco subía un peldaño su nivel de violencia. Pero para manejar a los agresivos y convertirlos en soldados disciplinados, había que recurrir a medidas extremas.

O bien ascenderlos para compartir con ellos la responsabilidad de disciplinar a otros. Entre los centuriones la mayoría eran agresivos por naturaleza. Por eso combatían en primera fila por delante de sus hombres y a menudo rivalizaban entre ellos por demostrar quién tenía más redaños. Así habían hecho en la Galia dos centuriones de César, Lucio Voreno y Tito Pulón, mientras su campamento sufría el asedio de los nervios: como les parecía poco luchar desde la empalizada, los dos saltaron fuera del parapeto igual que héroes homéricos y desencadenaron una escabechina entre los enemigos.

Una de las cosas que César había comprobado ya desde aquellos tiempos de la Suburra era que cada uno de los primeros tipos de personas, pacíficos, manipuladores y contundentes, se sentían desconcertados al toparse con alguien dispuesto a subir el nivel de violencia, y normalmente se retiraban o

arredraban ante gente así. A los agresivos, en teoría, no los acobardaba nadie.

Salvo el siguiente escalón.

Los asesinos.

Casio Esceva era uno de ellos. De modo instintivo los demás lo sabían, aunque no hubieran estudiado esas cuestiones de forma tan metódica como César. No eran solo su estatura y su desmesurada fuerza las que infundían pavor en sus enemigos. Era la conciencia de que enfrente tenían a una máquina de matar tan devastadora y tan despreocupada de su propia seguridad física como una balista, un escorpión o una catapulta.

César había conocido a más asesinos, pero pocos que llegaran al extremo de Esceva. Uno de los escasos individuos que podrían competir con él había sido esclavo suyo, un prisionero de guerra de Mesina al que César mantenía en su escuela de gladiadores en Capua. Aquel hombre era prácticamente invencible, pero al público del anfiteatro no le gustaba porque sus combates apenas duraban unos segundos. Nada de fintas ni adornos, ni mucho menos duelos amañados: entraba siempre a matar o a morir a la primera, y conseguía lo primero, aunque a cambio recibía a menudo heridas, algunas de ellas graves. Llegó un momento en que los ediles que organizaban los juegos ya no querían saber nada de aquel gladiador, de modo que César se desprendió de él regalándolo como guardaespaldas.

Por supuesto, por encima de pacíficos, manipuladores, contundentes, agresivos y asesinos quedaba el peldaño más alto en el uso de la violencia, el que la elevaba a la categoría de arte.

El general.

Y ese era él. Capaz de manejar a cada uno de sus hombres según su categoría. De inspirar a los pacíficos, de manipular a los manipuladores, de contener a los agresivos. Incluso de domeñar a los asesinos, de moldearlos como el herrero moldea el metal al rojo vivo que, si cae sobre él, puede abrasar su carne hasta el hueso.

Para llegar a eso, César había tenido que aprender a utilizar todos los tipos de violencia y convertirse en un experto de la esgrima, el manejo del pilum y el combate a caballo. La primera vez que mató a un hombre con su propia espada, en Lesbos, salvó al mismo tiempo la vida a un camarada e hizo retroceder de la posición a los demás enemigos. Pero no lo hizo llevado

por el ardor del combate, sino de forma racional, sabiendo que así podría conseguir la corona cívica, la segunda condecoración más valiosa de la República. Pues ya con diecinueve años estaba planeando su futura carrera como general que lo llevaría a convertirse en el hombre más influyente de la ciudad más poderosa del mundo.

Al poco de llegar, César cenó con algunos de sus oficiales y de paso recibió las novedades de la jornada. Marco Antonio excusó su presencia por medio de un mensajero, pues se había quedado a pasar la noche en un fuerte de la VIII legión. Conociéndolo, César supuso que había conseguido provisiones, vino y mujeres, y se iba a homenajear a sí mismo entregándose al mismo tiempo a sus tres vicios favoritos.

Una vez que los oficiales se retiraron, César hizo venir al tesorero de guardia y le comunicó la consigna para las guardias de esa noche, «Hércules y Baco en el infierno», una imagen de una antigua obra de Aristófanes que le vino a la cabeza pensando en Antonio.

Cuando se disponía a sentarse a solas una o dos horas para escribir su diario de campaña, que llevaba bastante atrasado, Saxnot abrió el faldón de la tienda y le dijo:

—César, emisarios quieren verte.

—¿Emisarios de dónde?

—De Dirraquio. Han venido en barca hasta playa con bandera blanca y ramas de olivo.

Mientras Saxnot los hacía pasar, César volvió a ceñirse el cinturón y se sentó en la silla curul para recibirlos. Eran tres hombres, dos ancianos de largas barbas blancas y un hombrecillo rechoncho y calvo llamado Hipomenes que parecía ser el cabecilla del grupo. César hizo que Menéstor les sirviera vino caliente, pues venían mojados y tiritando de frío, y después les preguntó qué se les ofrecía.

—Noble César —empezó Hipomenes—, mis compañeros y yo representamos a la facción más numerosa del pueblo de Dirraquio. Desde hace mucho tiempo en nuestra ciudad existe un conflicto entre los oligarcas que pretenden reducir los derechos de ciudadanía y los demócratas que nos negamos a ello.

—La vieja historia de las ciudades griegas. Prosigue.

—Como sabrás, las ideas de los oligarcas se parecen mucho a las de tus enemigos los optimatoi.

—Así es —dijo César, sin molestarse en corregir por optimates.

—Por eso ellos le han entregado la ciudad a Pompeyo. Pero la mayoría de los habitantes de la ciudad están hartos tanto de los oligarcas como de los oficiales y soldados de tu enemigo. Si tú te comprometieras a mantener los derechos del pueblo, el bando demócrata estaría dispuesto a ayudarte.

César, cada vez más interesado, se adelantó en el asiento y cruzó ambas manos entre las rodillas.

—¿Ayudarme de qué modo?

—Dentro de unos días, el último de quintil^[6] según vuestro calendario, se celebran las grandes fiestas de Dioniso. Aunque nos hallemos en guerra, sé que los oligarcas se sienten tranquilos pensando que tú andas muy ocupado en tus combates con Pompeyo, por lo que se entregarán al festejo durante todo el día, como suele suceder. Cuando llegue la noche estarán todos borrachos y entonces...

—Entonces, ¿qué?

—Te abriremos las puertas de la ciudad —respondió Hipomenes.

—Tenemos trigo suficiente para alimentar a tus hombres durante un mes, César —intervino uno de los ancianos—. Si tú nos ayudas y te comprometes a expulsar a los oligarcas, todo ese grano será tuyo sin tener que pagar una sola dracma.

César volvió a enderezarse en el asiento y escondió una sonrisa. La perenne discordia civil de las ciudades griegas, que sus habitantes llamaban stasis, le ofrecía la oportunidad de asestarle a su rival un golpe del que difícilmente se podría recuperar.

—¡Menéstor! —llamó.

—¿Sí, señor?

—Trae pluma y papiro. Voy a dictarte los términos de un acuerdo que espero sea tan beneficioso para estos caballeros como para mí.

todos en algún momento u otro de su vida.

«Mierda, otro centurión», pensó Furio, recordando que el mismísimo César le había advertido que no se metiera en más líos con los superiores.

En este caso no se trataba de cualquier centurión, sino más bien del centurión.

Casio Esceva.

Por grado, era de los últimos del campamento, ya que mandaba la octava centuria —al tratarse de la primera cohorte, César le había adjudicado ocho centurias en lugar de seis—. Por reputación, Esceva era una leyenda. En la que, a decir verdad, abundaban más los elementos sombríos que los heroicos.

Con un suspiro, Furio enrolló la carta y se la metió bajo el cinturón.

—Escucha, señor, no quiero líos.

—¡Juega! —repitió Esceva.

Antes de enfrascarse en la carta de su madre, Furio acababa de ganar un buen puñado de sestercios echando pulsos. Siempre había tenido mucha fuerza, sobre todo en los brazos y las manos. Podía coger una nuez entre el índice y el pulgar y partirla sin hacer el menor rictus de esfuerzo.

Nadie le había ganado un pulso desde que podía recordar. Aparte de su fuerza, la longitud de su brazo y el tamaño de su mano le permitían hacer más palanca que los demás. En la cohorte no debía de quedar casi ningún soldado al que no le hubiera tumbado el brazo.

Pero enfrentarse a Casio Esceva era harina de otro costal. El centurión le sacaba un palmo a Furio, que no era bajo, y tenía los hombros tan duros y macizos como las bolas de granito que los artilleros usaban como munición para los escorpiones. Sus bíceps no le iban a la zaga y, por más frío que hiciera, cuando no llevaba el uniforme vestía túnicas cortas y abiertas que dejaban al descubierto sus enormes pectorales. Nadie sabía muy bien cuál era su edad, porque él se negaba a revelarla; tenía el rostro curtido y sembrado de arrugas y cicatrices y el cabello blanco como la escarcha, pero superaba en resistencia y agilidad a cualquiera de los reclutas más jóvenes.

Lo peor de todo era que estaba loco. Para colmo, había bebido. No tanto como para desplomarse, pero el aliento le apestaba a vinazo y las venillas de sus ojos se veían hinchadas.

Esceva era tan mal compañero de vino como Hércules, que en un arrebato

mató a sus propios hijos y en otro exterminó a los centauros. Muchos deseaban verlo muerto. Si ninguno de sus soldados le había clavado un pilum en la espalda aprovechando que iba el primero durante el combate, era porque su fuerza y su locura constituían un seguro para todos: tan solo había que soltarlo delante de los enemigos y seguirlo por la vereda de destrucción que abría a su paso.

—Señor, ahora mismo no...

—¡Que juegues te he dicho!

Furio estaba a punto de clavar el codo en la mesa y abrir la mano cuando el centurión lo sorprendió plantándole delante un tablero de latrunculi.

—Elige. —Sin transición alguna y sin ofrecerle las piezas, dijo—: Blancas para ti.

¿Una partida de estrategia? «Esta sí que es buena», pensó Furio, preguntándose cómo acabaría aquello.

Ambos colocaron las piezas, los soldados en línea y el dux y el estandarte delante. Esceva salió con las negras, mientras Furio miraba a su alrededor, buscando miradas de apoyo que no encontró.

Furio no era ningún genio del tablero, pero Esceva jugaba mucho peor. Cada vez que Furio rodeaba una pieza negra con dos blancas y la retiraba del tablero, el centurión daba un palmetazo en la mesa, blasfemaba contra las tetas de Venus y bebía un largo trago directamente de su jarra de barro.

—Te recomiendo que juegues un poco peor —comentó su contubernal Rufino sentándose en el mismo banco, pero vuelto de espaldas por si había que salir corriendo.

—¿Peor que él? —susurró Furio—. Es difícil.

—No le gusta perder.

Furio miró a Esceva. Tenía la cara enterrada en la mano y cada vez se le notaba más borracho.

—A mí tampoco me gusta perder —dijo Furio. Se había dado cuenta de que, si no alzaban mucho la voz, Esceva no los oía.

—Ya, pero ¿tú le arrancas los brazos a tu contrincante cuando pierdes? —contestó Rufino.

—No —reconoció Furio—. No suelo.

Esceva, que llevaba un rato paralizado, se decidió por fin a mover su dux.

Tal vez ya veía doble o tal vez no; en cualquier caso, lo plantó en la peor casilla posible. El siguiente movimiento de su rival lo dejó acorralado, hecho que tardó un largo rato en asimilar.

—Mira que te lo he dicho —murmuró Rufino, levantándose para ahuecar el ala—. Si me dejas en el testamento tus botas y tu cinturón, te pronuncio el discurso fúnebre.

—Creo que voy a acompañarte —dijo Furio, haciendo ademán de levantarse.

—¡Hijo de un eunuco y de una puta germana!

Para estar borracho, Esceva se movía con bastante rapidez. El tablero voló por los aires y varias piedrecillas golpearon el rostro de Furio. La manaza izquierda del centurión lo agarró del cuello de la túnica y tiró de él. Por encima de la mesa, sus caras se acercaron tanto que los salivazos de Esceva le mojaron.

—¡Me has hecho trampas!

Con la otra mano, Esceva agarró la jarra de barro para estampársela en la cabeza. Furio reaccionó a tiempo y le aferró por la muñeca, al mismo tiempo que con la diestra le apretaba la otra mano para zafarse de él.

Las manos de Furio eran como tenazas de herrero, pero jamás había sentido tanta fuerza como la que vibraba en el cuerpo del centurión y se transmitía por sus dedos.

Los dos hombres se quedaron prácticamente quietos, pues en su forcejeo sus brazos apenas se movían unos centímetros. Mientras se miraban a la cara con ira, los soldados que los rodeaban reulaban paso a paso, llevándose con ellos sus copas y sus jarras. Nadie intentó separar a los contendientes.

Fue la corneta del centinela la que interrumpió la pelea.

En el campamento de la primera cohorte, todos conocían aquel toque.

—¡A las armas! —gritó alguien—. ¡Nos atacan!

La misma voz de alerta se repitió por todo el fuerte. Esceva miró un segundo a Furio y dijo:

—Ya arreglaremos esto, soldado.

Después lo soltó y corrió hacia su tienda, mientras profería grandes voces exigiendo a su ayudante que le preparara las armas. De golpe, parecía que se le había espabilado la borrachera.

Sin perder tiempo, Furio corrió a su propia tienda, donde Rufino, Pulquerio, Numenio y los demás contubernales ya se estaban ajustando a toda prisa las cotas de malla. Después, con las hebillas de cascos y correajes malamente abrochadas, empuñaron los escudos y los pila y acudieron corriendo a sus puestos en la empalizada.

Acababa de empezar la primera guardia de la noche. El asalto se prolongó durante muchas horas, un pandemónium donde se mezclaban los toques de corneta propios y los del adversario, las órdenes contradictorias, las voces de ánimo para los camaradas, las maldiciones, los insultos a los enemigos, los gritos de dolor o agonía, el silbido de las flechas y el golpeteo constante de las piedras sobre los escudos.

Los hombres de la primera cohorte apenas daban abasto para cubrir todo el parapeto, pues sufrían el ataque de un adversario ocho veces más numeroso que ellos. Se veían obligados a acudir de un lado a otro sin parar, y también tenían que atender al interior del fuerte para apagar los fuegos que prendían las flechas incendiarias.

Furio recordaría más tarde que había combatido en tres puntos distintos de la empalizada. En cierto momento reparó en una herida en el antebrazo izquierdo, probablemente provocada por una flecha que debía haberlo alcanzado de refilón. Ni siquiera se había dado cuenta. Pero sí lo hizo cuando una bola de plomo surgida de la nada zumbó en el aire un instante y se estrelló contra su boca, machacándole el labio inferior y astillándole una muela y un colmillo.

La fuerza y longitud de sus brazos le fueron de gran utilidad, pues gracias a ellos logró tirar al foso una escala por la que subían tres legionarios enemigos. Como si se atribuyera el mérito de aquello, algo muy típico de él, Rufino se asomó por el parapeto y les arrojó un gran pedrusco de los que tenían apilados en el adarve para defenderse y gritó:

—¡Esta noche no estáis invitados a cenar, hijos de puta!

En ese momento, Furio distinguió entre el griterío unas palabras que lo alarmaron.

—¡Han abierto la puerta decumana! ¡Van a entrar! ¡Hay que retirarse!

Furio se encontraba sobre la pared occidental del fuerte, cerca de la puerta pretoria, la más próxima al frente enemigo. Al volverse y mirar atrás

comprobó que, en efecto, los dos batientes de la decumana se movían y la gruesa tranca que los cerraba se había partido.

Al siguiente golpe de ariete, las hojas de la puerta se abrieron a los lados. Mientras un tropel de asaltantes intentaba ampliar a empujones el hueco recién practicado, los defensores volvieron la espalda y huyeron hacia el centro del fuerte.

Todos salvo un hombre. Un centurión, que con las piernas bien separadas, el escudo embrazado y la espada en guardia sobre la cabeza, se plantó ante la puerta y dijo:

—¡Entrad aquí si tenéis cojones, maricas de Pompeyo!

Por si el penacho plateado y la descomunal estatura no bastaran para reconocerlo, era imposible confundir la voz áspera de Casio Esceva.

Furio no se lo pensó dos segundos. Mientras corría hacia la escalera más cercana para bajar al patio y acudir a la puerta decumana, no dejaba de gritar:

—¡A mí! ¡Vamos a ayudar al centurión Esceva! ¡Por César!

Algunos de los que se habían retirado se avergonzaron al verlo, frenaron su huida y se unieron a él. Furio pensó que no iba a servir de nada: estaban demasiado lejos para evitar que los enemigos pasaran por encima de Esceva como un alud. Pero el centurión mantuvo a raya a todos los que intentaban entrar por la puerta, moviendo su enorme escudo a los lados como si fuera una pluma y derribando a cuantos se le acercaban. Cuando hubieron caído cinco o seis enemigos, los demás se lo pensaron mejor, recularon y se dedicaron a hostigar a Esceva lanzándole piedras y venablos. A Furio no le extrañó. Por muchos camaradas que lo acompañasen a uno, había que tener los testículos como el toro de Creta para plantarse delante de una fuerza devastadora como Casio Esceva.

—¡Aguanta! ¡Estamos contigo! —le animó Furio cuando llegó a su lado. El centurión lo miró con una mueca manchada de sangre y respondió:

—¿Quién te crees que eres tú para combatir junto a Esceva?

No obstante, los dos lucharon hombro con hombro y, con la ayuda de más soldados mezclados al azar de las diversas centurias, obligaron a retroceder a los pompeyanos y consiguieron cerrar de nuevo la puerta. Mientras unos cuantos hombres la trancaban, Esceva arrancó de su escudo tres flechas. También le habían clavado un pilum. Como la punta piramidal se enganchaba

en la madera y resultaba difícil extraerla, el centurión partió el astil con las manos, agarró la punta y la sacó por dentro junto con la larga vara de hierro.

Solo entonces pareció darse cuenta Esceva de que tenía una flecha hincada en el hombro izquierdo. Se la arrancó sin inmutar el gesto, como si su carne tuviera menos sensibilidad que la madera de su escudo.

—¡En la empalizada norte! —gritó alguien—. ¡Ayuda!

Furio miró hacia arriba. Tras tender dos escalas, un grupo de enemigos se había plantado en el adarve. El primipilo Longino y su optio Balbilo trataron de detenerlos, pero ambos fueron abatidos tras una breve lucha y cayeron al exterior del fuerte.

—¡Arriba, niñas! —gritó Esceva—. ¡Echad a esos cabrones al foso!

Sin detenerse a comprobar si alguien obedecía su orden, el centurión corrió hacia el parapeto. Uno de los asaltantes bajaba ya por la escalera. Aprovechando que se hallaba a mayor altura, tiró una patada al escudo de Esceva para derribarlo. Igual podría haber lanzado una canica contra un muro de piedra. Sin retroceder ni medio palmo, el centurión le rebanó el tobillo izquierdo de un solo tajo, lo arrojó fuera de la escalera y siguió trepando al adarve.

Allí arriba, la ferocidad de Esceva superó todo lo imaginable. Furio volvió a colocarse a su lado, pero a una distancia prudencial; el centurión, poseído por su aristeía, no distinguía ya entre amigos y enemigos. Su espada era una hoz segando mieses y el ribete de hierro de su escudo rompía dientes y mandíbulas, aplastaba dedos y quebraba espinillas con espantosos crujidos. Los enemigos que se acercaban, empavorecidos por la visión de aquel gigante cubierto de sangre propia y ajena que rugía como una bestia rabiosa, se quedaban paralizados y eran incapaces de detener sus golpes.

Debajo del puesto que él defendía, sobre los mimbres y ramas que los enemigos habían arrojado al foso para rellenarlo, se formó una montonera de cadáveres de más de dos metros de altura. Espoleado por el furor del combate y frustrado al ver que ningún adversario se atrevía a acercarse a él, Esceva saltó encima de la pila de muertos, se dejó resbalar hasta el suelo sobre los cuerpos y empezó a luchar él solo al otro lado de la empalizada. Los infantes que combatían allí se retiraron aterrorizados y dejaron su lugar a los arqueros.

Al ver al centurión allí abajo, Furio maldijo a las Furias de su apellido y

saltó por encima de la valla.

—¿Adónde vas, loco? —gritó Rufino a sus espaldas.

Furio bajó, pisoteando cuerpos que aún se movían y gemían y clavándoles la espada como si fuera un bastón en el suelo, y se plantificó de nuevo al lado de Esceva. Las flechas y las piedras repiqueteaban sobre sus escudos como una espesa granizada.

—¡Cuando esto termine yo mismo te despellejaré! —bramó Esceva mirando un instante a Furio.

—¡No hice trampas, centurión!

—¡Ahora sí! ¡Me estás robando mi gloria!

La ofensiva enemiga proseguía, mientras las estrellas giraban en el cielo indiferentes a la sangre que se derramaba bajo su mirada.

caos que su enemigo había desatado aprovechando la oscuridad.

—El fuerte que más ha sufrido es el de la primera cohorte de la VI —le explicó Claudio Nerón mientras el médico curaba a César una herida en el muslo derecho. Durante esa misma refriega había perdido a treinta y dos hombres de la X legión.

—Pero ¿lo han tomado? —preguntó César, preocupado. Si los pompeyanos habían conseguido romper el cerco, todos los trabajos de sus hombres habrían sido en vano.

—No, César. Aunque Pompeyo envió una legión entera, esos valientes han resistido bajo un diluvio de flechas, dardos y piedras. Al recogerlos esta mañana, han contado hasta treinta mil proyectiles dentro de la fortaleza. Entre los soldados no hay prácticamente ninguno que haya salido ileso. De los ocho centuriones, dos han muerto, entre ellos el primipilo Longino. Otros tres han quedado tuertos y uno ha perdido ambos ojos.

—¿Y Casio Esceva? ¿Es él el otro centurión muerto?

—No, César. Y eso es lo que no me puedo creer.

El 2 de quintil, tras la visita de César al fuerte, Esceva envió a su asistente a buscar a Furio. Este acudió con mucha cautela, temiéndose cualquier exabrupto del centurión.

Esceva se hallaba en la enfermería, tumbado en una colchoneta junto a la puerta. Detrás de él se extendían cuatro filas de jergones iguales. Algunos de sus ocupantes estaban muertos o pronto lo estarían. Los demás habían sufrido heridas más o menos graves. Los afortunados que solo las habían recibido leves, como el propio Furio, atendían a los demás y se encargaban de los servicios y guardias de la guarnición.

Un cirujano cosía una larga raja en el muslo de Esceva. Al lado, apoyado en un puntal de la tienda, se encontraba el escudo de roble del centurión, casi tan alto como un hombre. Pesaba quince kilos y únicamente un coloso como él podía manejarlo más de un minuto sin caer agotado. La orla de metal que lo rodeaba estaba plagada de mellas y la superficie oval se veía llena de agujeros y picaduras que habían borrado prácticamente la pintura. Era un milagro que aquel escudo hubiese aguantado de una pieza.

En el suelo se hallaban también el casco, abollado y sin cresta, y las grebas, en no mucho mejor estado. Los soldados habían colocado ahí las

armas de su jefe para exhibirlas delante de César.

—Me han ascendido a primipilo de la VI legión —dijo Esceva. Tendido en la cama y sereno, casi parecía otra persona.

—Felicidades, señor. Sin duda te lo mereces —le felicitó Furio, tragando saliva. Puesto que él servía en la primera centuria de la primera cohorte, eso significaba que Esceva se acababa de convertir en su jefe directo.

«Tengo que hablar con Numenio para que me consiga el traslado», pensó. El gordo Numenio era un pésimo soldado que, cuando no conseguía la baja médica, se escondía en la penúltima fila de la centuria. A cambio, poseía un don milagroso para los trapicheos y mucha influencia con el tesorario de su centuria, por cuyas manos pasaba todo el papeleo.

—Ha sido cosa de Cabeza de Calabaza —prosiguió Esceva—. Personalmente, ¿sabes? Él me ha dicho: «Esceva, a partir de ahora eres el primipilo». El primipilo, ¿me oyes? Personalmente.

—Enhorabuena, señor.

Por la lentitud con que arrastraba las palabras y parpadeaba, Furio pensó que debían de haber sedado a Esceva con raíz de beleño.

En cuanto a Cabeza de Calabaza, no era otro que César. Después de su entrevista con Esceva y justo antes de irse, el general había reunido a los defensores del fuerte para dedicarles una breve arenga. Sus palabras habían sonado tan sinceras y conmovedoras que a muchos se les saltaron las lágrimas. El momento culminante llegó cuando por la puerta decumana entró un carretón cargado con cincuenta sacos de cereal. Para sorpresa de los soldados, contenían trigo candeal de la mejor calidad, no espelta ni cebada.

—¡Dentro de siete días os traeré cincuenta sacos más! —les había prometido César—. ¡Y a partir de este momento, por el valor que habéis demostrado, vuestra paga queda duplicada hasta el día en que os licenciéis!

—¡Salve, César! —lo aclamaron incluso los que no podían levantarse del suelo por el cansancio y las heridas.

—¡Habéis demostrado el comportamiento que espero de mis hombres! ¡Ser capaces de lo imposible por vuestro general! ¡Con soldados así, no hay proeza que no se pueda conseguir ni lugar que no se pueda alcanzar! ¡A vuestro lado, hombres de la VI, me siento capaz de llegar más allá de donde llegó Alejandro, hasta los mismísimos confines del mundo!

Con estas palabras, César se había despedido. Pese a que todos estaban baldados, los ánimos se habían exaltado tanto que ahora mismo, mientras Esceva y Furio hablaban, varios soldados se dedicaban a amasar y hornear panes y otros habían espetado cabritos y lechones para preparar un gran festín.

—Ah —dijo Esceva, recordando algo—. Cabeza de Calabaza me ha prometido una bonificación de doscientos mil sestercios.

A Furio se le escapó un silbido. ¡Doscientos mil sestercios! Era doscientas veces lo que cobraba él al año, o cien si César cumplía su palabra y de verdad les doblaba el salario.

—César sabe recompensar a los valientes, señor —dijo Furio, sin comprometerse demasiado. No estaba muy convencido de que cuando se le pasara el efecto del narcótico el centurión siguiera mostrándose tan pacífico y razonable con él. En una sola noche había cometido dos faltas contra Esceva: ganarle a los latrunculi y retirarlo a tirones del campo de batalla.

Cuando terminó de coser los puntos, el cirujano levantó el parche para examinar la cuenca del ojo y limpiarla. Al ver cómo hurgaba dentro de ella, Furio estuvo a punto de apartar la mirada. Pero seguramente aquello habría ofendido a Esceva, que se dejaba manipular con indiferencia.

Furio se estremeció al recordar aquel momento al pie de la empalizada. Cuando la flecha se clavó en el ojo del centurión, él se la arrancó de un tirón tan violento que el globo ocular se quedó enganchado en la punta de hierro, unido a la órbita por un hilo ensangrentado de carne y nervios. Al verlo, Esceva tiró de nuevo con más fuerza, rompió aquel colgajo y arrojó lejos de sí la saeta junto con el ojo mientras gritaba:

—¡Fuera desperdicios!

No fue su única herida grave. También le habían clavado una flecha en un brazo y otra en un muslo, amén de varias pedradas que lo alcanzaron en la cabeza. Furio, que en aquel momento se asombró de no haber recibido más heridas, sospechaba ahora que los enemigos apenas habían reparado en él, concentrados en apuntar sus proyectiles contra Esceva para aniquilar a aquel demonio surgido del Averno.

Finalmente, la pérdida de sangre había debilitado tanto a Esceva que soltó la espada y cayó de rodillas. Al verlo desarmado, Furio se atrevió a meter los

dedos entre el cuello de la armadura y el pañuelo azul que distinguía a los hombres de la VI y tiró de él hacia atrás. Rufino y Pulquerio, que habían bajado a socorrerlos por la escalinata improvisada con cadáveres, le ayudaron a subir aquel pesado corpachón a la empalizada. Mientras lo arrastraba, Esceva, con voz desfallecida, lo amenazaba con todos los tormentos del infierno, pues su honor como centurión le prohibía retroceder ante el enemigo.

—Tú vas a ser mi optio.

Furio sacudió la cabeza ahuyentando el recuerdo. ¿Había oído optio?

—¿Cómo?

—¿Cómo que cómo? —contraatacó Esceva en tono irritado. Su temperamento atrabiliario se sobreponía incluso a la sedación—. ¿Es que acaso no te llamas Tito Furio Ligario, pasmarote?

—Sí, señor, pero...

—Pues ya está. Desde ahora eres el optio de la primera centuria. Mientras estos matasanos me remiendan —dijo, mirando con malas pulgas al cirujano que ahora se afanaba como una costurera en la herida del brazo—, tendrás que hacerte cargo tú de la centuria.

—Sí, señor.

Tanto el primipilo como el optio habían perecido durante el asalto. Que César ofreciera a Esceva el puesto superior de los dos guardaba su lógica. Pero ¿a Furio? ¿Por qué no habían promovido a la primera a otro optio de las centurias inferiores, o al menos a alguno de los principales? Furio solo tenía graduación de soldado raso, y ascensos de ese tipo se daban muy raramente.

La única razón posible era que Esceva lo hubiese propuesto personalmente. Según pasaron los días, Furio descubrió que así era. El centurión no le ofreció razón alguna de su ascenso ni volvió a mencionar las dos veces que habían combatido juntos ante la puerta y al pie de la empalizada. Cuando se dirigía a él, alternaba la indiferencia con los gruñidos y los insultos.

—Yo creo que le caes bien —le comentó Rufino después de que Furio recibiera una monumental bronca delante de toda la centuria, lo que en la jerga de campamento llamaban «un chorreo».

—¿Y qué sería de mí si le cayera mal?

—La noche del asalto le causaste buena impresión. Solo le hace falta aprender a manifestarla.

—Para eso tendría que volver a nacer —comentó Pulquerio mientras se dedicaba a sacar brillo a todas las superficies metálicas de su equipo. Furio estaba convencido de que en todo el ejército de César no había una armadura más reluciente que la de Gayo Pulquerio.

Pero no era solo ese nudo lo que robaba el apetito a Cleopatra. Aunque la cena que estaban compartiendo Arsínoe y ella con Pasheremtah y su esposa era sencilla, incluso frugal comparada con los banquetes que celebraba su hermano en la corte, no podía evitar sentirse culpable pensando en la plaga que campaba por Egipto, la peor de todas.

El hambre.

Cleopatra había venido a Menfis en una nave de la flota fluvial llamada Elpís, «Esperanza». Por lo que había visto en el viaje, habría hecho falta mucho más que ese nombre para llevar esperanza de verdad a sus súbditos en aquella época de sombras y tribulaciones.

La reina había ordenado al capitán de la Elpís que navegara por el río y no por el gran canal, pues quería pasar cerca de las orillas para examinar con sus propios ojos la situación. Se hallaban ya en el primer mes de Shemu, la estación de la cosecha. Pero la de este año prometía ser ridícula. Desde la cubierta, Cleopatra observó que muchas parcelas que otros años verdeaban de espigas ondulando bajo la brisa se hallaban desnudas, descoloridas y agrietadas bajo el sol.

Sin duda, cuando se acercara el final de año se repetirían rituales como el de la Novia del Nilo, pese a que un decreto de Cleopatra recordaba a sus súbditos que los sacrificios humanos estaban prohibidos. De momento, los aldeanos hacían rogativas junto al río, y muchas mujeres se bañaban desnudas mientras contoneaban las caderas al son de flautas y tambores, una forma más incruenta de seducir al dios Hapi que ahogar a una virgen.

Lo que más había deprimido a Cleopatra fue encontrar varios cuerpos de niño flotando en el río, con el vientre hinchado y las costillas marcadas en sus pequeños pechos.

—No entiendo —dijo Arsínoe, acodada a su lado en la borda.

—Me temo que son sus propios padres quienes los ahogan y los arrojan al río antes de que mueran de hambre, porque no pueden mantenerlos —dijo Cleopatra.

«Egipto es mi hijo, y yo tampoco puedo mantenerlo», había pensado en aquel momento.

Aparte de campos yermos, también vio aldeas vacías. En los últimos meses le habían llegado informes sobre esos abandonos, una forma

tradicional de protesta del pueblo egipcio desde los tiempos de los primeros faraones. Cleopatra pensaba que solo estaba ocurriendo en las tierras del sur, cerca de Tebas y lejos de la influencia de Alejandría. Sin embargo, durante el viaje comprobó que también sucedía al norte de Menfis. Uno de los pueblos abandonados era Tiebu, donde se bañó en el Nilo aquella noche ya lejana. Puesto que sus habitantes habían dejado de reparar las chozas de adobe, estas empezaban a cuartearse bajo los despiadados rayos del sol y no tardarían en desmoronarse y fundirse con el polvo del suelo, como si aquel poblado nunca hubiese existido.

La llegada a Menfis no había contribuido a mejorar su ánimo. Cuando desembarcaron en el puerto de Perunefer, acudió a recibirla el propio Pasheremtah con una escolta de doscientos soldados mandados por el capitán de la guarnición de la ciudad. A Cleopatra se le habían antojado demasiados, pero el capitán le dijo que era conveniente por su seguridad.

—¿Mi seguridad?

—Los ánimos están soliviantados, majestad —explicó el capitán—. No soy quién para juzgar las decisiones de gobierno, pero...

El militar debió de considerar que había hablado de más y guardó silencio. Cleopatra no necesitó preguntarle para saber en qué estaba pensando, pues era algo que llevaba atormentándola meses. El decreto que confiscaba la mayor parte de los alimentos del país para llevarlos a Alejandría no era obra suya, sino de Potino. Pero debería haberlo impedido, y no había sido capaz por falta de autoridad o de talento para intrigar.

La entrada en Menfis terminó de hundirla. Recordaba su primera visita a la ciudad tras la muerte de Auletes, coronada como reina y también como faraón. En aquella ocasión las calles se hallaban abarrotadas de gente que la aclamaba agitando palmas y vaciando sacos llenos de pétalos de flores desde los balcones.

El recibimiento esta vez había sido muy distinto. Los palos habían sustituido a las palmas y las piedras a las flores. Pese a que doscientos soldados y cien guardias del templo de Ptah formaron sendos cordones a ambos lados de la calle, la multitud estuvo a punto de romper esa barrera y caer sobre Cleopatra y su hermana, que avanzaban agachadas bajo un techo de escudos. Las piedras repiqueteaban como granizo sobre la madera y el

cobre, mientras Cleopatra, sin poder creer lo que ocurría, pensaba: «¡Quieren matarme! ¡De verdad quieren matarme!». No le cabía ninguna duda de que si la turba conseguía ponerles las manos encima, las despedazarían como las bacantes enloquecidas despedazaron al infortunado Penteo.

¿Y era allí donde debía conseguir apoyo para rebelarse contra su hermano y el consejo real, la lucha dinástica de la que le estaba hablando su primo? Difícil lo veía Cleopatra, aunque tenía que intentarlo.

—Ese conflicto ya ha empezado, Pasheremtah —respondió Cleopatra—. Recuerda lo que te expliqué esta mañana.

Ambos miraron de reojo a Taimhotep, la esposa del sumo sacerdote. Delante de ella no querían hablar de lo sucedido en el estudio de Sosígenes. Arsínoe tampoco sabía que Ptolomeo había intentado violarla. En realidad, Cleopatra no se lo había contado a nadie salvo a su primo, y solo porque necesitaba ese argumento para terminar de convencerlo de que la ayudara. A ratos se preguntaba por qué se sentía tan avergonzada de aquello, cuando era su hermano quien había intentado cometer un acto deplorable y vil.

Al ver que Pasheremtah se quedaba pensativo, Cleopatra insistió.

—Y es algo más que un simple conflicto dinástico. No se trata de que elijas a cuál de tus primos prefieres. Tienes que pensar en escoger entre un muchacho ignorante que desprecia las tradiciones y se cree que el mundo se reduce a su palacio de Alejandría, y una reina que habla el idioma de la Tierra Negra y respeta las costumbres y los rituales. ¡Se trata del bien de Egipto!

—Oh, Cleopatra —intervino Arsínoe con voz hastiada—. La tarde es agradable, no hay moscas y estamos disfrutando de una sencilla cena. ¿No podrías olvidarte por un rato de tus problemas con nuestro hermano?

Cleopatra dirigió una mirada furiosa a Arsínoe, pero esta se hallaba tan concentrada en su rodaja de sandía que no reparó en ello.

—Está muy rica —comentó—. Pero ¿por qué no hacéis que le quiten las pepitas?

A un gesto de Taimhotep, un criado se acercó para arrancar las pepitas una por una con una pinza. En ese momento, llegaron otras dos sirvientas que traían consigo a Herankh, la más pequeña de las tres hijas de su primo. Era un bebé de cinco meses, que llevaba un rato llorando porque le tocaba cenar. Taimhotep la cogió en brazos, se soltó uno de los broches de la túnica y se

sacó un pecho grande y moreno para amamantarla.

—¿No usas nodrizas? —preguntó Arsínoe, arrugando la cara como si estuviera contemplando algo execrable.

—¡No, nunca! —respondió Taimhotep, escandalizada—. Amamantar a un bebé y sentir cómo la vida fluye de tu cuerpo es maravilloso. Algún día lo comprenderás.

«Seguro», se dijo Cleopatra con sarcasmo. Casi podía leerle a su hermana el pensamiento escrito en la frente: «Qué pezón más agrietado y qué pecho más caído». Cuando Arsínoe tuviera hijos era evidente que no iba a arriesgarse a deteriorar la perfección de sus senos por algo tan vulgar como alimentar a un mocoso.

—Y tú también lo comprenderás, mi señora —añadió Taimhotep, mirando a Cleopatra con una sonrisa de suficiencia.

Cleopatra parpadeó, a punto de ruborizarse. Se había quedado ensimismada viendo cómo la pequeña, que se había apartado del pezón un instante, volvía a buscarlo dibujando el círculo de una ómicron casi perfecta con la boca. Pero ella no estaba pensando en la maternidad, sino en el paso previo, y casi sin darse cuenta se había imaginado en sus propios pechos la caricia de unos labios no precisamente de bebé.

Pasheremtah posó su mano sobre el cráneo pelón de su hija, ahuecando la palma con una delicadeza sorprendente en él.

—Todo sería más fácil si ya tuvieras hijos, prima —dijo—. Sobre todo, un hijo varón.

—El momento llegará —repuso Cleopatra—. A su debido tiempo.

Pasheremtah volvió la cabeza hacia ella, con tanta energía que la trenza que le colgaba de la sien derecha se agitó como un látigo.

—¿A su debido tiempo? El país se está muriendo.

—¿Y me culpas a mí?

—Tienes una responsabilidad. ¡Si tu vientre es estéril, la tierra también es estéril!

—Mi hermano no pondrá sus manos sobre mí, si es a eso a lo que te refieres —dijo Cleopatra—. Y muchísimo menos su asqueroso miembro.

—¡Cleopatra! —fingió escandalizarse Arsínoe.

—¿No comprendes lo que está ocurriendo, por qué la hambruna está

azotando el país? —dijo Pasheremtah—. Del mismo modo que te niegas a recibir una simiente que te fecunde, el Nilo se niega ahora a fecundar la Tierra Negra.

Cleopatra se retrepó en el asiento, pues estaban cenando a la manera egipcia, sobre sillas de anea y no en triclinios. De no ser quienes eran sino gente del pueblo llano, se habrían sentado en esterillas de papiro extendidas en el suelo.

«Déjate de monsergas, primo», pensó, pero las palabras no brotaron de su boca. Pasheremtah se habría escandalizado. Cleopatra conocía a muchos sacerdotes que, quizá por la cercanía de las cosas divinas o por la rutina, eran bastante tibios en sus creencias, cuando no directamente escépticos. Así ocurría, por ejemplo, con el sumo sacerdote del Serapeo de Alejandría, para quien la religión era más bien una especie de tradición que convenía cultivar por razones estéticas.

Su primo no era así. Pasheremtah creía de verdad en los dioses, y cuando se disfrazaba con la mortaja, la máscara y la barba postiza de Ptah llegaba a convencerse sinceramente de que entraba en comunicación con la mente del sabio creador.

Cleopatra contemplaba las cosas de una forma intermedia. No veía demasiado claro que los dioses tuviesen de verdad rostros humanos o de animales; tal vez los mortales les ponían cara para poder reconocerlos, pues su verdadera forma se escapaba al entendimiento. Pero estaba segura de que por encima de los hombres existían presencias poderosas a las que en ocasiones les gustaba ocultarse y en ocasiones manifestarse. En aquella noche de su baño en el Nilo había sentido el numen del río, llamárase Hapi o no. Y cuando en Tebas consagró al nuevo toro Buquis ante millares de fieles, había percibido una energía que brotaba al mismo tiempo de los participantes, del animal y de sus propias manos, una corriente mística que los unía a todos con la tierra, la fuente de todo poder.

Ahora bien, Cleopatra no comprendía qué relación lógica podía existir entre su virgo y la sequía del Nilo. Sobre todo, tal como había planteado la analogía su primo: en teoría, ella era la tierra y el semen de su hermano el Nilo. Puesto que era ella quien se negaba a la unión, y no Ptolomeo, lluvia no debería faltar.

«Demasiadas conversaciones con Sosígenes», pensó. Si Pasheremtah era un extremo del arco iris, Sosígenes representaba el opuesto. Para él los dioses, todos los dioses, eran una hipótesis innecesaria.

—Mi señora —intervino Taimhotep, en tono conciliador—. Te ruego que no te tomes a mal las palabras de mi esposo. No deberías ver la maternidad como una obligación, sino como un don de los dioses. Ser madre es lo más grande que una mujer puede alcanzar.

Cleopatra sacudió la cabeza. De nuevo, censuró sus pensamientos antes de expresarlos en voz alta. Ya había comprobado desde niña que ciertas ideas suyas sorprendían o escandalizaban a los demás, incluso a una mujer tan inteligente como su abuela. Por supuesto, acabaría siendo madre, pero no pensaba que ese fuese el hito más importante de su vida. Prácticamente toda mujer, inteligente o necia, bondadosa o malvada, podía ser madre. Al fin y al cabo, ¿no procrean también los animales? Los hijos no son tanto una obra de sus progenitores como estos quieren creer. «De padres hipopótamos, hijos cocodrilos», afirmaba un refrán, y Cleopatra solo tenía que ver lo diferentes que eran ella y sus tres hermanos para comprobarlo.

Gobernar era otra cosa; sobre todo, si se hacía bien, como ella misma había conseguido en algunos momentos antes de que el consejo real le atara las manos. Levantar bellos templos para la posteridad, devolver a su país la grandeza perdida. Incluso el tratado que estaba escribiendo sobre venenos era algo de lo que podía estar más orgullosa que Taimhotep de sus tres crías.

«Dices esas cosas porque no las entiendes —le había dicho su abuela en una ocasión—. Cuando seas madre, dejarás de darle tantas vueltas aquí, en la cabeza, y lo sentirás aquí», añadió, poniéndose la palma sobre el pecho.

—Mi señor, ha llegado un mensajero.

Cleopatra salió de sus cavilaciones al oír la voz del intendente del templo.

—Está aquí la reina. Debes dirigirte a ella y no a mí —respondió Pasheremtah.

El intendente miró de reojo a Cleopatra con gesto azarado. La joven intuyó problemas.

—Es... Perdón, majestad. Un emisario acaba de llegar de Alejandría. Pero dice que el mensaje que trae es para el sumo sacerdote de Ptah.

—Haz que venga ahora mismo —dijo Cleopatra.

El mensajero era un militar, un oficial de las tropas de Aquilas al que Cleopatra conocía de vista. Traía la coraza de lino y las grebas, pero había dejado la espada fuera. Llevaba en la mano un fino tubo de madera atado con una cinta roja. Al ver a la reina se cuadró.

—Majestad, mis órdenes son entregar este mensaje personalmente al sumo sacerdote.

—Eso ya lo he oído. Dámelo —exigió Cleopatra, tendiendo la mano.

Había comprobado que, si en su interior no se planteaba la menor duda de que sus órdenes pudieran ser desobedecidas, esa seguridad emanaba de ella como un aura de poder. El mensajero sintió aquella aura y no se pudo resistir a ella. Dando un par de pasos hacia Cleopatra, hizo una profunda reverencia y le entregó el tubo.

Dentro había un papiro lacrado con tres sellos: el de Ptolomeo, el de la cancillería —o sea, el de Potino— y el de Aquilas. Los rompió todos y desenrolló la carta.

Cuando terminó de leerla, el corazón le latía como un timbal.

—¿Qué te ocurre, Cleopatra? —preguntó Arsínoe, arrodillándose a su lado—. ¿Por qué estás tan pálida?

—No es nada —respondió Cleopatra, y añadió dirigiéndose al mensajero—. Puedes irte. Regresa a Alejandría ahora mismo.

—Señora, tengo que llevar...

—¡Para ti soy «majestad»! —exclamó Cleopatra, poniéndose en pie—. ¡Y fuera de aquí ahora mismo!

El mensajero se cuadró de nuevo y se apresuró a salir del jardín. Arsínoe extendió la mano para coger la carta, pero Cleopatra se la apartó.

—Necesito quedarme a solas con Pasheremtah. Ahora.

Taimhotep le entregó el bebé a las criadas, se tapó el pecho y se fue con cara de pocos amigos. Arsínoe remoloneó incluso más antes de dejarlos solos, pero al final salió.

—¿Qué ocurre, prima? —preguntó Pasheremtah—. ¿Qué dice esa carta?

Cleopatra dudó. Luego se dio cuenta de que ahora mismo debían estar llegando copias a todas las ciudades del reino, con órdenes de leerlas en las plazas públicas. Si Pasheremtah no se enteraba ahora, lo haría antes de que terminara la noche, de modo que le entregó la carta.

El texto venía escrito en griego y en hierático. Por la forma en que movía los labios, Cleopatra sospechó que Pasheremtah estaba leyendo el texto egipcio. Al terminar, su primo volvió a enrollar el papiro, pero no se lo devolvió.

—Esto es grave —dijo.

—No es grave. Es alta traición —respondió ella.

La carta incluía un decreto firmado por Ptolomeo y respaldado por el consejo real. En él se calificaba a Cleopatra de enemiga del reino y se dictaba su destierro con efecto inmediato. Si en el plazo de diez días no había abandonado las fronteras de Egipto, cualquier súbdito leal del rey estaba autorizado a darle muerte.

—¿Qué vas a hacer ahora? —preguntó Pasheremtah.

«El muy canalla se me ha adelantado», pensó Cleopatra. Ignoraba si era idea de Ptolomeo, de Potino o de los dos juntos. Pero ¿qué más daba, si el resultado seguía siendo el mismo?

¡Desterrada de su reino por un mocoso al que ella había acunado en brazos cuando aún se orinaba encima!

Había renunciado ya a la idea de sublevar a sus súbditos egipcios. El odio que emponzoñaba los gritos de la gente y la lluvia de piedras con que habían tratado de asesinarla la habían disuadido. Para los menfitas, y probablemente para el resto de los egipcios, ella y su hermano Ptolomeo eran lo mismo: alejandrinos egoístas y codiciosos que los estaban matando de hambre para conservar su fastuosa forma de vida.

—No voy a dejar Egipto en manos de Ptolomeo —dijo Cleopatra por fin—. Con catorce años, mi hermano ha demostrado una degeneración de carácter que incluso Fiscón disimuló durante mucho más tiempo. La situación solo puede degradarse más a partir de ahora.

Su primo iba a decir algo, pero se calló. Cleopatra casi podía ver su lucha interior escribiéndose en letras de fuego en su afeitada cabeza. A Pasheremtah nunca le había caído bien Ptolomeo, y la antipatía era mutua. Pero el mocoso poseía el control de Alejandría, lo que significaba el grueso del ejército y la flota. Cleopatra no tenía nada. La elección entre ambos parecía obvia.

«Tengo que forzarlo a elegir antes de que crezcan sus dudas», pensó.

—Necesito dinero, primo —dijo de repente.

—¿Dinero? Por supuesto, si tienes que viajar rápido, yo te daré lo que necesites.

—Será más dinero del que te imaginas, Pasheremtah. Mucho más.

—¿En qué estás pensando?

—En reclutar un ejército en el extranjero para expulsar a esa víbora del trono.

—¿Invadirás tu propio país?

—Si es necesario para salvarlo, sí.

Sin sospecharlo, Cleopatra acababa de repetir el mismo argumento que año y medio antes había utilizado un general romano para convencerse antes de cruzar el Rubicón.

preguntó con voz soñolienta:

—Pero ¿qué hora es?

—Hora de que sigas durmiendo —respondió César, mientras encendía las velas de un candelabro de bronce para disponer de más luz—. Voy a escribir un rato.

El griego se sentó en el colchón y se frotó los ojos.

—¿Necesitas algo? ¿Vino, un caldo caliente?

—Duerme, Menéstor. Yo mismo te despertaré si me hace falta algo.

El liberto se rindió, volvió a tumbarse y, como estaba boca arriba, no tardó en roncar de nuevo. César pensó que el sonido le iba a molestar. Sin embargo, como solía ocurrirle, en cuanto empezó a escribir la tarea lo absorbió tanto que se olvidó del mundo que lo rodeaba.

Tenía la intención de guardar solo para sus ojos esa primera versión de su diario de campaña, en la que anotaba los acontecimientos cercanos antes de que los detalles se le borraran de la memoria. Por eso se expresaba en primera persona. Más adelante redactaría una segunda versión, igual que había hecho con sus comentarios, todavía inacabados, sobre la guerra de las Galias. Entonces se referiría a sí mismo en tercera persona y expurgaría buena parte de sus opiniones. De esa manera, confiaba en parecer más objetivo a la posteridad.

Que era el público para el que escribía, más que para sus contemporáneos. Gran admirador de Alejandro, le mortificaba no conocer sus conquistas y batallas de primera mano, sino por los diarios y tratados de acompañantes y generales como Ptolomeo, Nearco o Calístenes. Al redactarlos, cada uno de aquellos autores plasmaba sus propios propósitos y prejuicios. ¿Dónde quedaban las ideas, los sueños y los principios tácticos del mismo Alejandro? No había más remedio que reconstruirlos a partir de las palabras de otros, pero el verdadero genio del macedonio siempre se escapaba como arena entre los dedos.

Eso no sucedería con César. La imagen que tendrían de él los lectores del futuro sería la que el mismo César quisiera transmitirles. No la verdad absoluta, por supuesto, pues no creía que tal cosa existiese. Pero sí su verdad.

«Así pues, los ataques múltiples de la noche del 1 de quintil fracasaron y las bajas del enemigo superaron a las nuestras gracias al heroísmo de

hombres como Volcacio Tulo, que logró rechazar a una legión entera con tan solo tres cohortes, o como Casio Esceva, cuyas hazañas ya he referido en otro pasaje.

»Mientras tanto, la situación en el campamento enemigo seguía deteriorándose. Ya apenas les quedaban bestias de carga vivas, y sus caballos habían dejado pelada toda la zona, en la que no quedaban tan siquiera raíces. Eso me hacía sospechar que Pompeyo, desesperado, no tardaría en intentar una salida para romper nuestras líneas y librarse del asedio.

»Y así ocurrió, pero no donde yo me esperaba, cerca de Dirraquio, sino al sur.

»Allí se encontraba nuestra mayor debilidad. En el extremo meridional habíamos cerrado el perímetro de circunvalación con una empalizada que llegaba hasta la playa. Sabiendo que el enemigo podía transportar tropas para desembarcarlas a nuestras espaldas, ordené levantar una segunda estacada más allá, con las defensas apuntando al sur. Ahora bien, entre ambas empalizadas quedaba un espacio abierto en la playa de unos doscientos metros. Aunque lo estábamos fortificando, las obras aún no habían terminado.

»Los enemigos no tenían por qué saberlo. Mas, para nuestra desgracia, les informaron dos traidores que abandonaron nuestras filas. Los prófugos en cuestión eran dos príncipes celtas de la tribu de los alóbroges, Ego y Roscilo, a los que yo había reprendido en privado por malversar las pagas y el botín de sus jinetes.

»Ofendidos, Ego y Roscilo abandonaron el campamento de noche y se pasaron al bando enemigo. Aparte de llevarse casi doscientos jinetes con ellos, brindaron a Pompeyo información valiosa sobre el punto débil entre las dos empalizadas.

»El día 7 de quintil, poco antes de que se hiciera de día, Pompeyo lanzó una gran ofensiva. Desde el norte bajaron seis legiones comandadas por él en persona para atacar de frente la empalizada por su lado interior. Al mismo tiempo envió a miles de arqueros y soldados de infantería ligera en botes, y también barcos de guerra provistos de escorpiones y catapultas.

»Con la primera luz del día, los hombres de la IX legión se vieron atacados por tres flancos a la vez. Aprovechando la cobertura de miles de

flechas y dardos disparados por la flota, los enemigos tendieron escalas sobre las empalizadas y no tardaron en tomarlas y poner en fuga a los nuestros.

»Al percatarse de lo que sucedía, el legado de la IX, Léntulo Marcelino, envió desde su campamento principal varias cohortes de refuerzo. Mas uno de los principios básicos del arte de la guerra es que el miedo y la derrota son enfermedades contagiosas. Al chocar de frente con los camaradas que huían, las tropas de refresco se dejaron llevar por el mismo pánico e incrementaron el caos.

»Todos los centuriones de la primera cohorte, salvo el primipilo, murieron en este combate. El portaestandarte Lucio Ruricio también fue herido de muerte. Al verse rodeado de enemigos en el fuerte atacado, tomó el águila de la legión y la lanzó con todas sus fuerzas por encima de la empalizada. Allí la recogieron nuestros jinetes y me la hicieron llegar. De no ser por aquel hombre, por primera vez en mi carrera militar habría sufrido el deshonor de que el enemigo me arrebatase un águila».

César volvió a levantar la mirada del papiro y murmuró: «Gracias, Ruricio».

Los testigos que habían recogido el águila del suelo contaban cómo habían visto al portaestandarte en una torre del fuerte y le habían oído gritar:

—¡Amigos, he guardado esta águila con mi vida durante largos años! ¡Ahora que muero se la devuelvo a César con la misma fidelidad! ¡Id a contárselo a él!

César se dio cuenta de que se le habían empañado los ojos. Era capaz de mantener la compostura en las desgracias propias y en las de sus allegados. Sin embargo, historias como la de Ruricio lo conmovían tanto que se le escapaban las lágrimas. Tal vez, se dijo, estaba dotado de una sensibilidad especial para la épica.

O quizá se hacía viejo y sentimental, sin más. Los próximos años que cumpliera serían cincuenta y dos, una edad más que considerable.

¿Qué habría ocurrido si el águila de la IX hubiese caído en manos de Pompeyo? César sabía que ya corrían rumores de que Fortuna le empezaba a volver la espalda. Perder el estandarte de una legión habría sido la gota que colmara el vaso.

«Gracias de corazón, Ruricio —se repitió—. Que los habitantes de las

vastas moradas del Hades sepan que las comparten con un valiente».

Aunque todavía era de noche, ya se percibía un vago resplandor. De todos modos, César quería terminar el relato de aquella ofensiva tan desastrosa para los suyos.

Continuó.

«... Al recibir señales de humo desde el campamento atacado, Marco Antonio y yo mismo acudimos en socorro de la IX. Nuestra aparición, al menos, refrenó a los hombres de Pompeyo, que se habían adueñado del espacio entre ambas empalizadas y perseguían a los hombres de la IX con ánimo de aniquilarlos. Ahora, al ver que llegaban refuerzos, retrocedieron y se hicieron fuertes en la playa, donde se apoderaron de nuestras instalaciones y las reforzaron construyendo un campamento.

»Eso significa que todo nuestro trabajo ha sido en vano. El nuevo campamento sur de Pompeyo le permite romper el cerco, sacar a sus caballos a pastar por aquella zona y forrajear en un área mucho más amplia».

César mordisqueó el extremo de la pluma. Le dolía lo que tenía que escribir, pero en la guerra engañarse con falsas esperanzas suele ser letal. Con un suspiro, anotó:

«Ha llegado el momento de tomar una decisión. En mi carrera solo he fracasado en un asedio, el de Gergovia, donde perdí ochocientos hombres. Desde entonces, han caído en mi poder tantas plazas y ciudades que Gergovia ha llegado a convertirse en un recuerdo borroso.

»Ahora me veo en una situación parecida. Ayer perdimos a más de setecientos soldados de la IX y muchos más fallecerán a causa de sus heridas en los próximos días.

»Pompeyo me va ganando la partida. Está demostrando más astucia de la que yo le suponía. He cometido el peor error: sobrestimar mi habilidad y subestimar la del enemigo.

»Debo pensar en abandonar esta posición. La cuestión es qué hacemos después. Con los pocos barcos que tengo, no puedo pensar en regresar a Italia. Además, tanto mis aliados como mis enemigos lo interpretarían como un fracaso total, y desandar el mismo camino sin haber obtenido al menos un éxito hundiría la moral de mis tropas.

»La mejor opción es alejarnos del mar y buscar las llanuras de Tesalia,

donde el trigo no tardará en madurar. Aunque se trate de una retirada estratégica, al dirigirla hacia el corazón del territorio enemigo podré venderla como una ofensiva y ganar tiempo».

César dejó la pluma y tomó la salvadera para esparcir cáscara de trigo sobre lo que acababa de escribir. Una vez que el salvado absorbió la tinta sobrante, lo aventó de un soplo, enrolló el papiro y lo guardó en un canuto de cuero.

Era evidente que tenía que esconder bien ese diario. Delante de las tropas seguía mostrándose confiado en la victoria y no admitía haber cometido errores estratégicos. En el fondo, la moral de un ejército es la moral de su general.

La claridad del día ya empezaba a colarse por la fina malla de hilo que cubría las ventanas. Menéstor se había levantado con sus habituales toses mañaneras y, tras orinar en una bacinilla, estaba haciendo sus abluciones en una palangana. Un criado que entró en la tienda por una puerta de servicio le trajo una bandeja con el ientaculum. Menéstor separó su ración y, antes de empezar a comer, llevó el desayuno a César.

—Tienes ojeras, señor —le dijo, depositando la bandeja en la mesa.

—Y tú tienes ojos, Menéstor.

—Deberías decirle al médico que te recete un sedante. Si sigues durmiendo tan poco, te acabarás desplomando del caballo.

«Solo su criado se atreve a tratar a un gran hombre como si fuera un niño», pensó César.

Después de haber pasado horas escribiendo, descubrió que se le había abierto el apetito; había comprobado desde hacía tiempo que el trabajo intelectual exigía casi tantas energías como el físico. Su ientaculum consistía en queso fresco con miel y agua asperjada con unas gotas de vino. Normalmente habría comido también una rebanada de pan con aceite y sal, pero no pensaba volver a hacerlo hasta que pudiera repartir trigo a todos sus hombres.

La puerta de la tienda se abrió. Una sombra enorme se recortaba contra la luz del amanecer.

—César —dijo Saxnot—. Explorador quiere verte. Dice trae noticias muy importantes.

César se levantó y recibió al speculator, un sabino que había tenido el valor de infiltrarse en territorio enemigo durante la noche. Tras escuchar su informe, César se quedó pensativo.

De forma inesperada, se le ofrecía la oportunidad de asestar un duro golpe a Pompeyo. Si era necesario abandonar Dirraquio, lo haría con la cabeza alta y la moral reforzada.

Él mismo escribiría más tarde, «Fortuna, que tan enorme poder ejerce en todas las cosas y sobre todo en la guerra, provoca en breves momentos grandes cambios. Como así sucedió entonces».

Póstumo proseguía con sus explicaciones. César no necesitaba acercarse para saber por dónde movía el dedo, pues se sabía de memoria el mapa. Lo habían dibujado sus cartógrafos dos horas antes utilizando las informaciones del explorador.

En la parte derecha del plano, que representaba el este, se hallaba el campamento donde se encontraban reunidos. De él partían hacia el mar dos líneas que representaban sendas empalizadas. Las habían construido los hombres de César, pero desde el ataque de la otra noche los últimos dos mil metros estaban en poder de Pompeyo.

El campamento principal del enemigo, levantado en día y medio con la típica eficacia romana, se hallaba emplazado al sur de la línea doble. Asaltarlo era impensable. Para expugnar una posición bien defendida como esa había que contar con superioridad numérica. Y César no la tenía.

Pero al norte de la empalizada, entre esta y el río Lésnico, había un tercer campamento, menor que los otros dos. El que Marcelino había construido primero y abandonado después.

—Pocos días después de que nosotros dejáramos el fuerte —continuó Póstumo—, las tropas de Pompeyo lo ocuparon y se dedicaron a ampliarlo como si tuvieran la intención de alojar varias legiones dentro. Incluso construyeron un vallado que llevaba hasta el río, aquí al norte, para que sus aguadores pudieran ir y venir sin peligro.

—¿Un río? —preguntó Marco Antonio, mordisqueando un pernil asado ya frío—. ¿No se suponía que habíamos secado todos?

—Este no, porque pretendíamos abastecer con él nuestro fuerte. Pero en cuanto vimos que Pompeyo lo ocupaba, dejamos que sus hombres trabajaran un día entero ampliándolo y levantando esa empalizada, y después lo bloqueamos con una presa.

Antonio palmeó la espalda de Póstumo, cuyo peto resonó como un timbal.

—¡Muy astuto por tu parte!

—Antonio —dijo César desde su asiento—, te rogaría que no interrumpieras más a Póstumo.

Antonio hizo un gesto de disculpa con las manos y luego se llevó el dedo a los labios para indicar que iba a guardar silencio.

—En cuanto se quedaron sin agua —prosiguió Póstumo—, renunciaron a la posición y se marcharon del fuerte. Pero anoche, un explorador que cruzó nuestras líneas y se internó en territorio enemigo vio cómo trasladaban un estandarte al campamento abandonado. Y no un signum cualquiera, sino un águila.

—¡Un águila! —exclamó Claudio Nerón—. Eso significa que han instalado allí una legión.

—Así es —respondió Póstumo—. Hemos recibido informes de los fuertes situados más al norte. Sus avistadores han comprobado, en efecto, que una legión entera bajaba desde Petra. Creían que era para unirse al grueso de las tropas de Pompeyo en su nuevo fuerte, pero al final se han acantonado en el que nosotros habíamos desechado, supongo que por falta de sitio.

—Siento interrumpir de nuevo —dijo Antonio—. Pero eso ¿a qué nos lleva?

César se levantó por fin y se acercó a la mesa. Antonio y Póstumo se separaron, apartando un poco a los demás oficiales para abrir un hueco al general.

César plantó el dedo en el fuerte presuntamente abandonado.

—Nos lleva a que aquí, mientras hablamos, hay una legión acantonada. Creemos que se trata de la XIX. Pompeyo la reclutó hace poco más de un año, así que sus soldados son relativamente bisoños.

—Perdona si soy muy obtuso, pero sigo sin entender —dijo Marco Antonio.

César sonrió y dio una palmada fingidamente afectuosa en la mejilla de su lugarteniente.

—Por eso tú eres Antonio y yo soy César.

—Eso no lo dudo —respondió Antonio de buen humor mientras los demás reían.

César explicó su plan.

—Esta noche, cuando empiece la cuarta guardia, mientras dos cohortes se quedan aquí clavando estacas, abriendo zanjas y organizando mucho ruido para que parezca que todo sigue igual, saldremos con las otras treinta y tres cohortes y todo el sigilo del mundo y asaltaremos el fuerte aprovechando la oscuridad.

»Con tal superioridad y contra una legión sin apenas experiencia, no tardaremos en tomarlo. Cuando Pompeyo quiera reaccionar, descubrirá que nos hemos apoderado de su campamento y que de golpe ha perdido una legión entera.

Por supuesto, César no se refería a aniquilar a los hombres de la XIX. No se trataba de bárbaros germanos o partos, sino de ciudadanos romanos. Los que no cayeran en combate se convertirían en sus prisioneros y les haría elegir entre jurarle lealtad o ser ejecutados.

—¡Es perfecto! —aplaudió Claudio Nerón—. Le quitamos cinco mil hombres a Pompeyo y los sumamos a nuestras fuerzas.

—Así es —dijo César—. Al perder ese fuerte, Pompeyo se encontrará aislado por tierra de su base norte y con dos campamentos enemigos amenazándolo.

—¿Y qué ocurrirá luego? —preguntó Dolabela, legado de la V Alauda.

—Pueden pasar dos cosas —respondió César—. Que Pompeyo abandone esta posición por considerarla insostenible, o que se decida por fin a salir a campo abierto y nos presente batalla.

—Pero seguiremos estando en inferioridad —dijo Dolabela, que no se distinguía por su ardor guerrero.

Marco Antonio le apretó el hombro con esa manaza suya, tan fuerte que sus dedos arrugaron incluso la dura coraza de cuero hervido.

—No olvides que nosotros tenemos a César y su increíble suerte de nuestra parte.

César frunció el ceño. Para su gusto, su sobrino segundo se permitía demasiadas bromas sobre su buena fortuna, como insinuando que sus éxitos se debían a esa causa y no a su talento como estratega.

—Está bien, caballeros —dijo César—. A la hora novena de la noche quiero a esas treinta y tres cohortes formadas y dispuestas para salir. Que los hombres se cubran los cascos con mimbre y que tomen las medidas oportunas para que sus armas brillen y resuenen lo menos posible.

—¿Cuál será la consigna esta noche, César? —preguntó Marco Antonio.

«¿Así que te gustan las bromas sobre mi suerte? —pensó César—. Pues aquí tienes una».

—*Fortuna imperatrix mundi*^[6]. Esa será la contraseña de nuestra victoria.

ofrecía firmar una alianza estable entre ambos y la invitaba a visitar su capital, Petra. Cleopatra había respondido enseguida aceptando la invitación.

Entre los árabes nabateos había muchos pastores nómadas que moraban en tiendas y vivían del pastoreo, trashumando de acá para allá. Pero desde hacía más de un siglo habían prosperado mucho gracias a las disputas entre el reino de los partos y el de los seléucidas. Hasta entonces, las caravanas que traían seda y otros productos orientales desde la India atravesaban Partia y acababan llegando al Mediterráneo a través de Damasco y Antioquía. Cuando los partos cerraron esa frontera, las caravanas tuvieron que tomar otro camino a través de la llamada Arabia Pétreá.

Allí, la ruta de la seda se cruzó con la que subía desde el extremo sur de la península arábiga, la Arabia Feliz, por la que venían la mirra y el incienso. Situada en esa confluencia, la ciudad de Petra se enriqueció vendiendo agua y víveres a los caravaneros, y también gracias a los aranceles que los nabateos cobraban a quienes atravesaban su territorio y que llegaban hasta un cuarto del valor de las mercancías.

Antes de llegar a Petra, Cleopatra y su reducido cortejo habían atravesado grandes extensiones de pedregales secos y gargantas excavadas en la arenisca por ríos que habían dejado de existir evos atrás. Para entrar en la ciudad, les explicó el guía, había que describir un gran rodeo y entrar desde el este por el desfiladero que estaban atravesando.

—Como ves, señora, nuestra ciudad es inexpugnable.

Desde luego, pensó Cleopatra, si la única forma de acceder a Petra era por esos angostísimos vericuetos, bastaría con una pequeña tropa para defenderse de un millón de hombres.

Por fin, las paredes se separaron y Cleopatra se encontró casi de manos a boca con una enorme fachada muy parecida a la del Museo. Como aquella, tenía un doble frontón, y el de arriba estaba partido y en su centro había un templete circular. La diferencia era que este frontispicio estaba tallado en la propia roca anaranjada del acantilado.

—¡Bienvenida a Petra, señora! —dijo el guía. Hablaba en arameo, idioma que Cleopatra dominaba a la perfección y con el que podía entenderse en toda la zona de Levante.

—¿Este es el palacio real? —preguntó Cleopatra.

—No, señora. Aún estamos en las afueras de la ciudad, el reino de los muertos. Aquí es donde enterramos a nuestros reyes.

Se encontraban en otro cañón, aunque mucho más ancho que el que los había conducido hasta allí. Se desviaron hacia la derecha y no tardaron en llegar a un valle protegido por fortificaciones naturales. Allí se encontraba el centro de la población.

En pleno desierto, Petra era un oasis creado por el hombre, plagado de palmeras y árboles frutales que adornaban y sombreaban las calles. Aunque apenas llovía, sus habitantes la habían convertido en un vergel gracias a un sistema de terrazas que se extendía por una zona enorme, mucho mayor que la ciudad. Dichas terrazas, excavadas en roca impermeable, recogían el agua de zonas muy amplias y la canalizaban mediante acequias, cisternas y conductos subterráneos. Como buenos habitantes del desierto, los nabateos eran unos genios de la economía del agua.

Mientras recorrían la ciudad vieron casas y templos de estilo helenístico contruidos al aire libre, pero también moradas humildes e incluso mansiones excavadas en la piedra. En una de estas grandes grutas, a medias artificial y a medias natural, se hallaba el palacio real.

Cuando llegaron a la puerta, una fachada parecida a la de las tumbas pero no tan espectacular, Cleopatra se sorprendió al descubrir que no la recibía Malik sino su hermano menor, Avdat. Los conocía a ambos porque años antes, cuando aún vivía Aulettes, habían visitado Alejandría como embajadores de su padre el rey Haritha, al que los griegos llamaban Aretas.

—¿Le ha ocurrido algo a Malik? —preguntó Cleopatra al ver que Avdat llevaba la corona real.

El nabateo sonrió, enseñando dos hileras de dientes torcidos y cariados. Cleopatra recordó que, aunque era bastante niña, había pensado en aquel entonces que Avdat era tan desagradable como simpático y apuesto su hermano Malik.

—Acompáñame y lo verás —dijo Avdat.

Cleopatra empezó a preguntarse si no se habría metido en una encerrona. Había un brillo de crueldad en la mirada de Avdat que le recordaba a su propio hermano, pero Ptolomeo era capaz de ocultarla mejor.

Dentro del palacio, recorrieron un pequeño laberinto de túneles hasta

llegar a un pasillo excavado en la roca que terminaba en una pared sin desbastar en la que se apreciaban las marcas del pico. En el suelo había un enrejado de madera del que emanaba un olor fétido.

—Levántala —ordenó Avdat a uno de sus soldados. Debajo había un agujero oscuro y hediondo. El nuevo rey de los nabateos lo alumbró con una antorcha y le dijo a Cleopatra—: Ven, señora. Asómate.

Ella lo hizo con mucho cuidado, extendiendo la mano izquierda para que Apolodoro la sujetara, pues no se fiaba de las intenciones de Avdat.

Como se temía, aquello era un pozo negro, y el olor provenía de los excrementos y aguas fecales acumulados en el fondo.

—Esta es la letrina real —dijo Avdat con una sonrisa que revelaba lo satisfecho que se sentía de sí mismo.

«Este hombre no está bien de la cabeza», pensó Cleopatra.

«Letrina real» era un nombre muy adecuado. Por una parte, tal como le explicó Avdat, era allí donde acudía siempre a aliviar el vientre, y no solo él sino también sus principales dignatarios.

Por otra parte, era real porque allí abajo se encontraba el legítimo rey Malik, sujeto por una larga cadena a una argolla clavada en la pared y sumergido en miasmas y agua pútrida hasta la cintura. A Cleopatra le costó reconocerlo con aquellas mejillas demacradas y la barba y el cabello convertidos en un amasijo de mugre.

—¡Bastardo, hijo de perra! —gritó Malik desde abajo—. ¡No tendrás vidas suficientes para pagar por esto!

Al menos, Avdat se privó de hacer una demostración práctica de cómo humillaba a su hermano. Tomando a Cleopatra de la mano, tiró de ella y la sacó de allí. Mientras la llevaba al salón de banquetes donde se proponía agasajarla, le explicó que había sido él quien le mandó la carta en que la invitaba a visitar Petra.

—Espero que me disculpes por utilizar el nombre de mi hermano, mi señora. Todo lo que te he dicho sigue en pie. Te ayudaré a recuperar tu trono. ¡Yo también sé lo que es sufrir la crueldad de hermanos malvados!

Entraron en una sala alumbrada por cientos o tal vez miles de velas. Aunque de techo bajo, era tan grande que algunos rincones se perdían entre las sombras.

A partir de ese momento todo tomó el derrotero de una absurda pesadilla. Cuando quiso darse cuenta, Cleopatra se vio sentada con Avdat en una gran tarima cubierta de alfombras y mullidos cojines. Al otro lado de la cortina casi transparente que rodeaba aquel estrado, los cortesanos cenaban y bebían mientras cinco bailarinas se contoneaban al son de las flautas. Allí estaban también los soldados judíos y Apolodoro. Pero este no tardó en caer borracho.

O drogado. Cleopatra se dio cuenta de que el vino dejaba un regusto raro. Al ver que Avdat se empeñaba en llenarle la copa él mismo escanciándolo de una jarra de plata, se dedicó a verterlo por detrás de un cojín cada vez que él se descuidaba. Sin embargo, aunque se resistiera al influjo del vino, le era imposible dejar de respirar, y el propio aire de la cueva también era una droga. El incienso que ardía en los pebeteros debía de estar mezclado con alguna hierba o resina que se subía directamente a la cabeza. Cleopatra no tardó en notar una extraña euforia. Empezaba a verlo todo doble y tenía la impresión de que la ropa la agobiaba.

Eso mismo debía de pensar Avdat, porque le metió la mano por debajo de la túnica y la palpó por encima de las rodillas. A Cleopatra se le escapó una carcajada. «¿Qué me pasa?», se preguntó. Estaba experimentando una extraña mezcla de sensaciones. Por una parte, Avdat la repelía, con aquella cabeza tan pequeña, los dientes desiguales y los ojillos que bizqueaban vidriosos. Por otra, el contacto de sus dedos la excitaba. Como si contemplara lo que le ocurría a otra persona, vio cómo los dedos de él soltaban los corchetes laterales de su túnica, se colaban bajo el lino y tocaban lo que ningún varón había tan siquiera rozado, la suave carne de sus pechos. Sus pezones se irguieron por sí solos, y Cleopatra cerró los ojos e inclinó la cabeza hacia atrás, rendida como la víctima de un sacrificio.

—¡Mi reina egipcia! Tú reinarás en Petra y yo en Alejandría, y nos enterrarán juntos en una gran pirámide —susurró él en su oído.

La mano de Avdat cobró audacia y amasó ambos senos con lujuria. Pero al hacerlo, apretó también el escarabeo de Nefertah.

Cleopatra recordó su voto. No se trataba de un juramento baladí, pues había puesto por testigos a los monstruos y divinidades del tenebroso Duat.

«No romperé mi promesa por alguien que es tan poca cosa como tú,

reyezuelo», pensó.

Pese al humo de los pebeteros, Cleopatra recuperó la lucidez de súbito. Al otro lado de la cortina, las bailarinas solo conservaban puestas las perlas. Cuando algún comensal intentaba pellizcarlas, ellas lo esquivaban con donaire y sin perder la sonrisa, de modo que muchos desistieron y dedicaron sus esfuerzos a las camareras, a las que tumbaban entre los cojines y besuqueaban entre grandes risotadas. Los mercenarios de Cleopatra se habían sumado a la fiesta, tan ebrios que apenas se tenían en pie, y Apolodoro roncaba panza arriba.

Mientras a Avdat parecían brotarle tantas manos como a los míticos Hecatonquiros, Cleopatra pensó qué hacer. Por el bulto que abombaba la túnica del rey nabateo, sospechaba que no iba a tardar en intentar penetrarla. Esta vez no podía contar con Apolodoro para que la sacara del apuro. Estaba pensando en recurrir a la daga que solía llevar debajo de la ropa cuando Avdat, palpando entre sus riñones y sus nalgas, la encontró.

—¡Qué bonito cuchillo! ¡Me encanta el gusto de mi reina! —exclamó, poniéndose aún más bizco para examinar las turquesas de la empuñadura. Después arrojó el arma a un lado y volvió a concentrar sus atenciones en el cuerpo de Cleopatra.

La joven echó una mirada hacia la daga. Quizá, si rodaban un poco sobre los cojines, podría recuperarla. Pero entonces, ¿qué? Apuñalar a un rey en su palacio no parecía la mejor manera de salir del apuro. ¿Cómo iba a justificarlo?

Los judíos tenían un dicho: «Quien a hierro mata a hierro perece». Puesto que Avdat intentaba drogarla con el vino y con las hierbas que ardían en los incensarios, ella recurriría a su propio fármaco.

Cleopatra había comprobado que incluso de las peores experiencias se aprendían cosas útiles. Cuando su tío Horemhotep intentó sedarlas a Arsínoe y a ella para luego decapitarlas, Cleopatra tomó nota del procedimiento. No solo era posible aprovecharlo, sino incluso mejorarlo, ya que ella poseía encantos que le faltaban a su tío y que podían alejar los ojos de la víctima de lo que hacían sus dedos.

Mientras Avdat la besuqueaba en los hombros, le soltaba el pelo y le olisqueaba los cabellos, Cleopatra pulsó el resorte que abría la piedra de uno

de sus anillos. La lengua de su gato Rom o incluso la de un perro callejero le habrían resultado más agradables que la del nabateo lamiendo su cuello, pero se dejó hacer mientras vertía un polvo oscuro en su copa.

Aquel polvo era un extracto de hojas que ella misma había preparado en el laboratorio donde a ratos trabajaba con tóxicos y a ratos con perfumes y cosméticos. Carmión solía regañarla diciendo: «Señora, si no tienes cuidado, cualquier día vamos a encontrarte tan muerta como a tu abuela». Pero Cleopatra era muy meticulosa y actuaba con cautela con lo que tocaba o incluso respiraba.

Después de echar el veneno en la copa, Cleopatra fingió beber de ella y se la tendió a Avdat.

—Toma, mi señor. Disfruta de los placeres de Dioniso antes de pasar a los de Afrodita.

Aquella referencia a la mitología griega debió de parecerle al nabateo el colmo del refinamiento, porque la celebró con grandes carcajadas y agitando los brazos. «Que no tire el vino, por favor», pensó Cleopatra, y se dijo que para otra ocasión le convendría cargar de veneno dos anillos o incluso tres. Por suerte para ella, que no para él, Avdat apenas derramó una gota y se bebió la copa entera de una larga tragantada. Solo entonces la dejó caer y volvió a abrazar a su invitada.

Gracias a sus estudios, Cleopatra había deducido que Horemhotep había envenenado a Neferptah con belladona, lo que explicaba sus pupilas dilatadas y las alucinaciones en que se veía a sí misma rindiendo cuentas ante Anubis. Pero ella pensó que podría llegar el momento en que necesitara algo más rápido. En el tratado de Mitrídates había leído sobre la dedalera. El rey del Ponto machacaba sus hojas y las mezclaba con la bebida de los cortesanos de los que se quería liberar, pero normalmente lo hacía poco a poco para matarlos por efecto acumulado. Cleopatra había sometido a la planta a procesos más refinados hasta conseguir un extracto muy concentrado. Sin embargo, aún no había comprobado su eficacia.

De momento, la droga no parecía surtir efecto. Cada vez más excitado, el nabateo agarró la mano de Cleopatra y trató de llevársela a la entrepierna. Ella la apartó: no quería que el recuerdo de su primer contacto con un miembro viril fuera ese.

—Por favor, debes ser tierno y paciente conmigo —suplicó con voz mimosa—. Es la primera vez.

—¿De veras que una reina tan bella y encantadora como tú es virgen? —preguntó Avdat.

El nabateo no podía creer su buena suerte. De pronto se llevó la mano al pecho y dijo:

—Por Astarté, apenas resisto la emoción. Yo...

—¿Te encuentras mal?

Avdat soltó a Cleopatra y se llevó la mano a la boca como si sintiera arcadas. Cleopatra, temiendo que vomitara el veneno, lo tumbó boca arriba.

—Así te encontrarás mejor.

—Yo... Los latidos... Siento algo raro aquí dentro...

Avdat se clavó los dedos en el pecho, arqueó el cuerpo y de pronto, con un último estertor, se quedó quieto con los ojos en blanco. Cleopatra se acercó a él. No respiraba, y tampoco le encontró pulso en la muñeca ni el cuello.

La dedalera había funcionado.

Muerto Avdat, Cleopatra en persona se encargó de que el visir que había participado en la conjura para deponer a Malik sacase a este de la letrina.

—Yo lo convenceré de que te perdone —le dijo Cleopatra.

—Confío en tu protección, señora —respondió el visir.

Cuando se asomaron a aquella nauseabunda mazmorra y el visir rogó a su señor que lo perdonara, Malik accedió, y juró respetar su vida poniendo por testigos a Lilith y otros demonios infernales semitas.

Como se temía Cleopatra, Malik no respetó su palabra, y apenas se vio libre, sin tan siquiera tomar un baño, ordenó estrangular al visir y a otros quince implicados en la conjura contra él. Después le dijo a Cleopatra que estaba dispuesto a ayudarla en la guerra contra Ptolomeo del mismo modo que ella lo había salvado de su hermano. Cleopatra, por si acaso, no reconoció ante nadie que había envenenado a Avdat, y todos pensaron que había muerto de un ataque de apoplejía. Algo no demasiado sorprendente en alguien que bebía vino puro todos los días hasta desplomarse borracho.

—Lo mejor, mi querida Cleopatra —dijo Malik—, es que sellemos nuestra amistad y alianza con un pacto matrimonial.

—Tienes razón —respondió ella.

Por supuesto, Malik estaba pensando en la propia Cleopatra. Pero ella tenía una candidata mejor, Arsínoe. Cuando Malik la conociera, sin duda quedaría tan arrebatado por su belleza como todos los que la veían por primera vez.

Y Cleopatra tendría un poderoso aliado en la guerra contra su hermano.



36

Dirraquio

—¡Traedme mis armas, hijos de un lémur leproso!

Mediada la tercera guardia de la madrugada, Casio Esceva salió de la enfermería completamente desnudo. Alumbrado por las antorchas, con el cuerpo cubierto de vello blanco y cicatrices, sus enormes músculos y un pene largo como una salchicha columpiándose a los lados, era todo un espectáculo. Detrás de él corría un enfermero con aguja y un hilo enhebrado en la mano para terminar de remendarle la herida que se le había vuelto a abrir en el hombro.

Furio le salió al paso.

—Centurión, deberías volver ahí dentro.

—¿Qué pasa, optio? ¿Crees que te nombré para que me arrebatas el mando?

—Claro que no, señor.

—¡Vamos a machacar la cabeza a esos cabrones, y cuando se trata de machacar no hay mano como esta! —exclamó Esceva apretando el puño.

—Pero tienen que darte el alta —insinuó el enfermero a su espalda.

Esceva se volvió y agarró al infortunado por el cuello.

—¿A qué esperas para firmármela tú, matasanos?

—Yo no puedo hacerlo, señor —jadeó el enfermero—. Tiene que ser el jefe médico.

—¡Pues vete a buscarlo ahora mismo y vuelve con el alta firmada!

—Pero no querrá hacerlo si él mismo no te examina...

Harto de discutir, Esceva le dio la vuelta al enfermero, lo levantó en vilo agarrándolo de la espalda y del fondillo de la túnica y corrió unos metros con él, hasta que al final terminó de propulsarlo con una patada en el trasero. El enfermero dio varios trompicones, pero de algún modo consiguió mantener el equilibrio y salió a toda velocidad a cumplir la orden.

Esceva se dio la vuelta y volvió cojeando hacia Furio.

—Bien, optio, ¿tienes algún problema en hacer de ordenanza y ayudar a este viejo a ponerse la armadura o esos dedos de nena son demasiado delicados para la tarea?

Poco antes del relevo entre la tercera guardia y la cuarta, las cohortes que debían llevar a cabo el asalto formaron ante el pretorio. Allí los centuriones pasaron revista a sus unidades y comprobaron que todos habían metido trapos entre los gavilanes de la espada y el brocal de la funda para amortiguar los ruidos metálicos. Los soldados también habían introducido jirones de tela entre el correaje y la cota de malla y se habían cubierto los yelmos con refuerzos de mimbre, lo que les confería un aspecto un tanto ridículo, como si llevaran maceteros en lugar de cascos.

En la primera cohorte de la VI, Esceva fue un paso más allá y ordenó a los soldados que se tiznaran el rostro con palos quemados.

—¡Así no os verán en la oscuridad hasta que os tengan detrás del culo y les clavéis la méntula hasta el esófago!

Tras verificar los preparativos, los centuriones presentaron novedades a los legados y estos a César. Sin trompetas, sin marcar el paso y en estricto silencio, las treinta y tres cohortes salieron por la puerta decumana, la más alejada del enemigo. Mientras tanto, en la pretoria se encendían antorchas para simular que los trabajos en la trinchera se reanudaban incluso antes de amanecer. Si los pompeyanos llegaban a sospechar lo que estaba ocurriendo, podrían expugnar fácilmente el campamento, pues lo defendían menos de mil hombres, sin contar con los heridos y enfermos.

César dividió sus tropas en dos alas. En la izquierda, que mandaba él en

persona, iban las cohortes de la VIII y la V Alauda. En la derecha formaba la VI, seguida por la IX, que había perdido muchos soldados y prácticamente a todos los centuriones.

Por detrás del ala derecha marchaba la caballería, ochocientos germanos bajo el mando de Marco Antonio. De momento iban desmontados, pues no entrarían en acción hasta que empezaran a llegarles ruidos de combate del fuerte.

Los soldados de la centuria de Furio caminaban despacio entre los pinos que abundaban en aquel paraje, manteniendo la columna de marcha y cuidando cada uno de no perder al hombre que los precedía. Por delante de ellos avanzaba el legado Claudio Nerón con el aquilífero de la VI. Tanto el águila como el estandarte de la centuria —cuatro discos de plata rematados por un tridente— iban tapados con arpillera para evitar reflejos delatores de la luna, que bajaba ya hacia el mar. Su faz casi redonda asomaba de cuando en cuando entre las ramas, por encima del fuerte que debían asaltar. El cielo estaba casi despejado, pero durante buena parte del día había caído una llovizna que había empapado el suelo sin encenagarlo demasiado, lo que amortiguaba las pisadas.

Furio cerraba las filas de su unidad. Como *optio* se distinguía de los demás por el vistoso penacho de crines negras que había clavado con remaches al yelmo y que lo hacía parecer aún más alto, y también porque en lugar del *pilum* llevaba el *astil*, una vara de madera de fresno tan alta como él rematada por una bola de bronce.

La función del *astil* era golpear a sus propios hombres si alguno se rezagaba o intentaba abandonar las filas. Cuando entraran en combate, Furio debía vigilar que nadie huyera. Un solo soldado que se dejase vencer por el pánico e intentara escapar podía contagiar a los demás y provocar un desastre.

Durante muchos años Furio había combatido a menudo en la primera fila, ya que era de esos hombres impetuosos que se dejan poseer por el ardor del combate y no dudan en herir o matar al enemigo. Marchar detrás de la centuria suponía una novedad para él. Pensándolo en frío no le parecía mal, ya que no corría tanto peligro, y lo primero que quiere un soldado en cualquier acción de combate es regresar vivo al campamento y, a ser posible,

con todos los miembros intactos.

Sin embargo, él mismo temía cómo podría reaccionar cuando empezara la lucha y le hirviese la sangre.

—Acuérdate de que debes cumplir tu papel como optio —le había aconsejado Pulquerio antes de salir—. No sueltes el astil ni te dediques a degollar enemigos con la espada si no quieres que el centurión te degüelle a ti.

—Ahora soy tu superior —gruñó Furio—. No tienes que darme órdenes tú a mí, sino yo a ti.

—No es una orden. Solo un consejo. —Pulquerio se quedó mirando la punta del palo con el que debía tiznarse la cara y, con cara de asco, preguntó —: ¿De verdad tengo que pintarme con esta porquería?

—Claro que sí, si no quieres que tu optio te degüelle —respondió Furio con una sonrisa maliciosa. Pulquerio era un maniático de la limpieza, capaz de saltarse una comida si encontraba un pelo en su potaje. Para un personaje así no había sitio peor que el ejército. Cada vez que le tocaba servicio de letrinas, Pulquerio le pagaba un sestercio a su contubernal Rufino para que le sustituyera. Rufino, más espabilado, subcontrataba a otro soldado menos remilgado por un as y se quedaba con los tres restantes.

Aunque se paraban a menudo para reagruparse o esperar los informes de los exploradores, no tardaron mucho en ver frente a ellos las estacas de la empalizada del fuerte. Poco después llegaron ante el foso de protección. A su izquierda, a unos treinta metros, se levantaba una torre de vigilancia. Parecía estar vacía y no se vislumbraba ningún fuego cerca.

A lo lejos se empezaron a oír gritos y ruidos de pelea, y poco después sonó la aguda llamada de una trompeta.

—La juerga ya ha empezado —murmuró un soldado en la última fila. Furio le clavó la bola del astil en los riñones para exigirle silencio.

Poco a poco, la algarabía subió de volumen. Furio entrecerró los ojos, tratando de distinguir algo, pero la pared del fuerte se perdía de vista entre los árboles y las sombras de la noche.

Para evitar que, al oír el fragor del combate, los soldados acudiesen al lugar indebido, se les había explicado en términos concisos cómo actuar. El plan era sencillo: mientras el ala izquierda atacaba la puerta pretoria y

montaba una algarabía de mil demonios, los de la derecha se dirigirían a la decumana y la tomarían al asalto aprovechando que, debido a la acción de sus camaradas en el otro extremo del fuerte, se hallaría menos vigilada.

Ahora, a una orden de Claudio Nerón, los hombres de la primera centuria giraron hacia la derecha para seguir la empalizada en esa dirección. El resto de las unidades marcharon tras ellos. Como ya había empezado la ofensiva, apretaron el paso para llegar cuanto antes en refuerzo de sus compañeros.

Pasó un largo rato. Por más que avanzaban, la condenada puerta decumana no aparecía. Furio calculaba que deberían haber llegado a una esquina del campamento y haberse visto obligados a girar a la izquierda. Pero aquella pared continuaba en línea recta. ¿Tan grande era el fuerte?

Furio miró atrás. Una larguísima hilera de sombras los seguía.

—¡Pero si esto es el río!

Aquel comentario vino seguido por una sarta de blasfemias que habría avergonzado incluso a un arriero. Paradójicamente, no fue Esceva quien las soltó, sino Claudio Nerón, un patricio de refinadísima estirpe.

Furio hombreó para abrirse paso entre los soldados y se acercó a la primera fila. A los pies del legado, del aquilífero y de los soldados que los acompañaban había un talud sembrado de pedruscos y raíces que descendía hasta el lecho seco de un río. El gesto de Claudio Nerón exteriorizaba una mezcla de perplejidad y rabia. Furio podía imaginarse lo que estaba pasando por su mente: había extraviado a más de seis mil hombres, defraudando la confianza que César había demostrado al concederle el mando del ala derecha.

—Nos hemos perdido —cuchicheó un soldado acercándose al oído de otro. En la oscuridad Furio no pudo ver quién era, pero muy convencido de su papel le atizó con el astil. No tan fuerte como para derribarlo, pero sí como para que se acordara un rato de su optio.

Casio Esceva se volvió hacia Furio.

—¿A qué estás esperando, optio? ¿Dónde está tu iniciativa?

—Pues... la verdad es que no lo sé, señor —respondió Furio sin saber a qué se refería el centurión.

—¡Mueve esas nalgas de bailarina y diles a las demás unidades que se detengan o nos van a tirar al río! ¡Espabila!

Furio retrocedió unos pasos y levantó el astil sobre su cabeza para hacer señas. Las siguientes centurias de la cohorte, que ya habían llegado a su altura, se frenaron y pasaron la orden hacia atrás.

—¡Ya sé lo que ha ocurrido! —dijo el legado—. Esta es la valla que llevaba del fuerte al río, no la pared del fuerte.

—¡Pues saltemos la puta valla y busquemos ese maldito fuerte al otro lado, señor! —respondió Esceva.

Los soldados encargados de tal misión arrojaron sobre la zanja espuelas llenas de tierra, ramas y tablones. Tras improvisar un puente de este modo, cruzaron al otro lado. Después cortaron las sogas que unían los maderos de las empalizadas y, haciendo palanca con picos y barras de metal, los arrancaron del suelo para abrir una entrada y los tiraron al foso para terminar de rellenarlo. Pesaban tanto que tenían que manejarlos entre varios hombres, salvo que fueran como Esceva; el centurión sacó un tronco sin molestarse en apalancarlo, tan solo agarrándolo con sus manos, desgajándolo del terraplén con la fuerza de sus brazos y sus piernas y llevándolo en vilo hasta la zanja.

El cielo clareaba ya y las sombras empezaban a corporeizarse en objetos concretos. La primera cohorte de la VI cruzó por la puerta recién abierta y las demás unidades la siguieron.

Al otro lado de la cerca el terreno se veía más despejado. Frente a ellos, a algo menos de mil metros, se alzaba el fuerte. «¿Cómo podemos habernos alejado tanto?», se preguntó Furio. Era el riesgo de las operaciones nocturnas. La oscuridad era una espada de dos filos: no solo podía sorprender y desconcertar a los atacados, sino también a los atacantes.

Desde el campamento seguían llegando toques de trompeta y un griterío constante, como el batir de las olas contra un acantilado. Tras la empalizada se divisaban las llamas de pequeños incendios y también algunas flechas flamígeras que surcaban el aire.

Ahora que tenían a la vista el objetivo, los hombres de César se desplegaron en un frente más ancho. Los portaestandartes habían destapado por fin las águilas y las insignias; ya no importaba tanto la sorpresa como que cada soldado supiera dónde localizar su unidad. Sin embargo, la impaciencia y la confusión habían sembrado cierto desorden en las tropas, que avanzaban al paso ligero formando un tropel más que un verdadero ejército.

«Da igual», pensó Furio. Lo importante ahora era llegar a la puerta decumana y echarla abajo cuanto antes.

Detrás de ellos se oyó el sonido de cascos de caballo retumbando en el suelo. Por lo que les habían explicado, solo podían ser los jinetes de Marco Antonio, que ya habían subido a lomos de sus monturas.

Debían de estar a unos doscientos metros de la fortaleza. Sobre el parapeto se advertían movimientos de lucha y carreras precipitadas. En ese momento, Furio oyó más pisadas de cascos, relinchos y también el toque de una trompeta llamando a cargar. Lo que le desconcertó fue que aquel sonido no procedía de su retaguardia, sino del campamento enemigo, delante de ellos. ¿Acaso César había dividido las fuerzas de caballería igual que había hecho con las de infantería?

—¡Esto no me gusta nada! —jadeó Pulquerio a su lado.

—¡Vamos, tú corre! —dijo Furio, empujándolo con el astil.

Un escalofrío le recorrió la espina dorsal. ¿Y si no eran sus jinetes? ¿Y si se trataba de la caballería enemiga que acudía en auxilio de los suyos desde el campamento principal de Pompeyo?

A la derecha del fuerte, en un claro entre la trinchera y el río, apareció surgida de la nada una cuña de caballería. Venían de frente hacia ellos, galopando a demasiada velocidad para ser de los suyos.

Y esa cuña no era más que la punta de lanza: detrás cabalgaban cientos, tal vez miles de jinetes.

—¡Jinetes enemigos! —gritó alguien de la cohorte.

—¡Contracarga! ¡Contracarga! —exclamó Claudio Nerón.

Conforme la orden recorrió las filas todos refrenaron su carrera. Los hombres de la primera fila plantaron los escudos en el suelo y proyectaron por encima las puntas de hierro de sus pila. Furio se quedó detrás de sus compañeros, apretando el astil con fuerza, mientras recordaba la teoría: una unidad de infantería bien cerrada puede resistir una carga de caballería, ya que los corceles la perciben como una pared y no embisten contra ella.

Por desgracia, las cohortes de la VI y la IX se habían desordenado mucho en su carrera hacia el fuerte. La propia centuria de Furio estaba bastante abierta, y había amplios huecos entre ellos y las demás unidades.

No obstante, animados o aterrorizados por los gritos de Esceva, sus

hombres consiguieron congregarse a toda velocidad alrededor de su estandarte y presentaron un frente cerrado al enemigo. Mirando por encima de los hombros de sus compañeros, Furio apretó los dientes. Los jinetes de Pompeyo ya estaban casi encima de ellos.

En la punta de la cuña, junto al portaestandarte, cabalgaba un oficial con un yelmo adornado con alas al modo galo. Pero era romano, y Furio lo reconoció: Tito Labieno, antiguo lugarteniente de César y ahora jefe de la caballería de Pompeyo. Su larga barba negra, que se dejaba crecer para tapar las verrugas que le afeaban el rostro, era inconfundible.

De haber tenido un pilum tal vez se lo habría arrojado, aunque eso habría supuesto desobedecer las órdenes: tanto el legado como Esceva habían insistido en que cada hombre se aferrara a su lanza como un náufrago a un tablón y no la soltara, pues los pila eran su única esperanza de resistir la carga.

Ante aquel muro de escudos erizado de hierro, los caballos enemigos se abrieron y pasaron a ambos lados de la primera centuria como las aguas impetuosas que se separan cortadas por una roca en los rápidos de un río. Antes de alejarse de ellos, Labieno soltó una carcajada y gritó:

—¡Dale recuerdos al calvo sodomita, Claudio Nerón!

Labieno se perdió de vista, llevado por el ímpetu de la carga. Detrás de él, algunos jinetes galos se inclinaban sobre los costados de sus monturas y trataban de alcanzar a los legionarios extendiendo a modo de hoces sus largas espadas celtas. En la vanguardia de la centuria, un caballo enemigo cayó con un relincho de agonía. Esceva se había plantado delante de él y lo había destripado con su gladius.

Furio levantó el escudo a tiempo de interceptar un tajo. El golpe resonó como un martillazo, pero la madera resistió bien. Cuando intentó alcanzar con el astil a su atacante, ya se le había escapado por más de un metro.

Tras ellos, muchas de las centurias no habían tenido tiempo de cerrarse y los enemigos se estaban colando entre sus filas, derribándolos bajo los cascos de sus caballos y matándolos a placer.

—¿Qué hacemos, señor? —preguntó Furio levantando la voz, mientras una segunda turma de jinetes pasaba junto a ellos.

Esperaba que respondiera Claudio Nerón, pero el legado parecía haberse

quedado paralizado, como si su error en la empalizada le hubiera arrebatado la capacidad de decisión. Fue Esceva quien contestó en su lugar. Para sorpresa de Furio lo que dijo fue:

—¿Pues qué vamos a hacer, nena? ¡Sacar el culo de aquí antes de que nos lo rompan! ¡Nos retiramos por donde hemos venido!



37

Desde una de las torres de defensa que flanqueaban la puerta pretoria, César presenciaba impotente todo lo que ocurría.

—¡Por Belona, qué desastre! —masculló, girando sobre sus talones.

Poco antes de que rompiera la primera luz del alba, el ala que él mandaba había conseguido asaltar la empalizada con relativa facilidad. Delante de la puerta pretoria sus hombres se habían tenido que emplear a fondo, pero habían logrado abatir a golpes de espada la barricada de estacas que la protegía. Mientras tanto, por la pared sur del fuerte otros asaltantes tendían escalas y lograban apoderarse del parapeto.

En cuestión de minutos, los soldados de César se habían adueñado prácticamente de todo el perímetro. En la ciudad gala de Avarico habían actuado de un modo similar: primero conquistaron la muralla y después, desde las alturas, masacraron a sus habitantes mientras estos huían despavoridos por las calles.

Pero aquí la situación era distinta. Dentro del campamento se levantaba una segunda empalizada. Cuando el propio César atravesó la puerta pretoria y la vio, comprendió la razón. Aquel era el primer fuerte que había levantado su legado Marcelino para acantonar a dos cohortes de la IX. Pompeyo, en lugar de desmantelarlo para usar toda aquella madera, lo había dejado como estaba a modo de ciudadela interior.

Los hombres que defendían el campamento, en lugar de dejarse llevar por

el pánico y arrojar las armas a los pies de César tal como este esperaba, habían reulado peleando palmo a palmo para reorganizarse en el recinto interior. El perímetro de vallado que tenían que defender ahora era mucho menor, y también les favorecía que el efecto de la sorpresa se había desvanecido.

César se acercó a la balaustrada de madera que rodeaba la plataforma superior de la torre y se asomó al patio. A quince metros bajo sus pies, dos de sus centurias se dedicaban a extinguir los fuegos que ellos mismos habían prendido entre las tiendas de cuero y las construcciones de madera. La orden de César era conquistar el campamento, no destruirlo.

Más allá, en la puerta pretoria del baluarte interior se había entablado un combate encarnizado entre hombres de la V Alauda y el enemigo. Al mismo tiempo los de la VIII, divididos por cohortes, intentaban tomar la segunda empalizada con escalas de asalto bajo una granizada constante de piedras y flechas.

En circunstancias normales habrían acabado expugnando ese reducto, aunque fuese a costa de sufrir más bajas de las previstas. Pero, como la experiencia había enseñado a César, toda situación es susceptible de empeorar. Cuando empezó a clarear, el general advirtió nuevos movimientos de tropas en dos puntos.

Al este, por fin, localizó a los hombres de su ala derecha, que debían haberse presentado media hora antes. La mitad de ellos se hallaban todavía al otro lado de la empalizada que unía el fuerte con el río, mientras que los demás ya la habían atravesado por una abertura que ellos mismos debían de haber practicado.

«La han confundido con la pared del campamento», comprendió. Por eso se habían retrasado.

Aunque la demora de los hombres de Claudio Nerón suponía de por sí una complicación considerable, habría tenido arreglo. En cambio, la segunda maniobra que César observó desde la torre era mucho más preocupante. Al sur, una masa de hombres se había puesto en movimiento desde el campamento de Pompeyo.

César trató de contar estandartes y águilas, pero no los distinguía con suficiente nitidez. Le preguntó a Hrodulf, sobrino de Saxnot. El joven

germano, que gozaba de una vista tan aguda como la del mítico Linceo, se entretuvo un rato contando y por fin dijo:

—Veo cinco águilas, César, y más de cuarenta estandartes.

—Cinco legiones —murmuró César entre dientes—. Cincuenta cohortes.

Los hombres de Pompeyo estaban atravesando en triple columna de marcha la empalizada doble que les habían arrebatado a Marcelino y a la IX, y no tardarían en alcanzar el campamento.

Sin embargo, se cernía sobre el ejército de César una amenaza más inmediata. Una gran tropa de caballería formada por varias columnas de jinetes, entre tres y cuatro mil efectivos, había llegado ya a la altura del campamento por el lado del mar. Tras sobrepasar la esquina noroeste del fuerte, su vanguardia empezó a ejecutar una variación que la llevaría de cabeza contra los desprevenidos hombres que mandaba Claudio Nerón.

César no fue el único que advirtió la presencia de las cinco legiones de Pompeyo y de la caballería de Labieno. Muchos de sus hombres, repartidos por el parapeto exterior del campamento enemigo, avistaron al enemigo y empezaron a dar gritos de alarma y miedo.

En apenas unos minutos, con la rapidez exagerada que adquieren las operaciones de caballería, la vanguardia de los jinetes de Labieno había rodeado el campamento por su parte norte. Frente a ellos, las últimas unidades de la VI y la IX seguían cruzando la empalizada que iba hasta el río. Los que ya la habían atravesado se dirigían hacia el fuerte en un despliegue que era a medias columna de marcha y a medias columna de combate y, por lo tanto, ni lo uno ni lo otro.

Ese relativo desorden resultaba comprensible después de una marcha nocturna y del desconcierto que, sin duda, había cundido entre sus filas al extraviarse de la ruta planeada. En otras circunstancias no habría supuesto un problema tan grave.

Ahora sí. En táctica existen pocos dogmas, pero uno de ellos es este: si una unidad de infantería desorganizada se topa con otra de caballería enemiga, no tarda en ser exterminada.

Entre clarines y gritos de guerra, los hombres de Labieno agujaron a sus monturas y se lanzaron contra la vanguardia del ala derecha de César. En cuestión de segundos, varias cuñas de jinetes se introdujeron por los huecos

que se abrían entre las unidades, del mismo modo que el vinagre que se utiliza para romper grandes peñascos se cuela por las grietas y deshace la piedra.

—Los van a masacrar —dijo César, conteniendo el aliento.

A su derecha, el legado Dolabela murmuró como un eco:

—Están perdidos.

César concibió alguna esperanza al ver que cerca del río, por detrás de las cohortes de la VI y la IX, se movían los estandartes de la caballería de Marco Antonio. Pero al divisar a Labieno, en lugar de cabalgar para enfrentarse a él, los jinetes de Antonio volvieron grupas y trataron de retirarse por donde habían venido.

«Retirarse no —pensó César—. Dejémonos de eufemismos. Están huyendo».

Aquella maniobra provocó una enorme aglomeración de hombres y caballos en el hueco que habían abierto en la empalizada. Las demás cohortes de lo que había sido el ala derecha de César, advirtiendo que por allí no podían huir, terminaron de romperse y se convirtieron en una multitud indistinta y sin estructura que se precipitó en forma de marea humana hacia el cercado allí por donde cada uno lo tenía más cerca.

Los primeros en alcanzarlo treparon por las estacas impulsándose unos a otros y, al llegar arriba, se descolgaron del parapeto y saltaron con cierta precaución hasta el estrecho borde entre el terraplén y la zanja. Pero aún no habían terminado de cruzar esta cuando la siguiente oleada cayó sobre ellos, obligada por la presión de sus compañeros, y muchos quedaron atrapados en la fosa.

—No hace falta que enemigo los mate —comentó Saxnot, masticándose los largos bigotes rubios—. Ellos matan solos.

Los que subían a continuación a la empalizada ya no se descolgaban, sino que, empujados por los que venían detrás, saltaban o directamente caían y rebotaban en el talud o se precipitaban en la zanja. Todo ello con el peso añadido de las armas y las cotas de malla.

La fosa no tardó en llenarse de cuerpos. César prefirió no pensar en el horrible destino de los que habían quedado atrapados en el fondo de aquella larga sepultura improvisada a cielo abierto. Al menos, los siguientes que se

tiraban despavoridos de la empalizada tenían la suerte de caer sobre sus compañeros, que les servían de colchón y de puente hacia la salvación.

El ala derecha había dejado de existir como tal. Tan solo una unidad, una cohorte congregada en torno a sus estandartes y al águila de su legión, se retiraba en orden hacia la valla. Era una isla de soldados en medio de un mar de ovejas asustadas.

—¿Qué águila es esa, Hrodulf? ¿Qué número lleva? —preguntó César.

—No veo el número, César —contestó el joven, que se expresaba en latín con mucha más soltura que su tío—. Solo el águila con las alas extendidas.

—Entonces es la VI. La de la IX tiene las alas recogidas a los lados —comentó Dolabela.

César pensó que la cohorte que acompañaba al águila de la legión tenía que ser la primera. Solamente había un primipilo que, en una situación así, fuese capaz de infundir más temor a sus hombres que el mismo enemigo y de impedir que rompieran la formación y se fugaran en desbandada.

—Bravo por ti, Casio Esceva —murmuró César.

Al oír más toques de corneta y el grito unísono de miles de gargantas, César volvió la mirada al interior del fuerte. Los pompeyanos cercados en la ciudadela interior también se habían dado cuenta de que les llegaban refuerzos. Eso les había hecho cobrar ánimos suficientes para abrir las puertas desde dentro y lanzarse en una audaz salida contra los soldados que los asediaban desde el patio.

César se volvió hacia los hombres de su guardia personal.

—Vamos a bajar al patio, Saxnot.

—¿Seguro, César? Es peligroso.

—Las cosas se van a poner feas. Si no quiero que los hombres de mi ala izquierda huyan también, yo mismo tengo que estar con ellos.

Hrodulf le tendió el yelmo, rematado por un llamativo penacho de crines teñidas de rojo. César lo cogió y se dispuso a calzárselo. Después se lo pensó mejor. Si quería controlar el pánico de sus hombres, tendrían que reconocer la cabeza casi calva de su general.

centuriones supieron reaccionar y organizar a sus soldados. Yo mismo empuñé un escudo, acudí unidad por unidad a levantar la moral de mis hombres con mi ejemplo y conseguí convertir el desastre en una de nuestras mayores victorias.

»Ayer, en cambio, aunque bajé a la puerta pretoria del campamento enemigo y me planté delante de los soldados que huían del fuerte, no conseguí nada. Con mis propias manos llegué a arrebatárles los estandartes para que se avergonzaran de perder sus símbolos sagrados y se reagruparan a mi alrededor, pero fue inútil. Decenas y cientos de soldados pasaban a ambos lados de mi escolta gritando y dándose empujones por alcanzar la puerta, mientras que otros huían por la salida este o saltaban por la empalizada como habían hecho poco antes sus compañeros del ala derecha.

»Llegó a ocurrirme lo más vergonzoso que me ha sucedido como general. Al ver cómo un soldado de la V legión, un joven muy alto y de noble porte ataviado con la piel de oso de los portaestandartes, corría despavorido hacia mí, me planté en su camino abriendo los brazos y gritando con toda la fuerza de mis pulmones para hacerme oír. En lugar de detenerse, él le dio la vuelta a su estandarte e intentó atravesarme con la aguzada contera de bronce que se usa para clavarlo en el suelo.

»Me quedé tan estupefacto que fui incapaz de reaccionar. De no ser por los reflejos de Saxnot, que interpuso su escudo primero y después cortó el brazo al signífero, ahora no estaría escribiendo este diario de campaña. Al final, no me quedó más remedio que resignarme y, al menos, tratar de organizar la retirada.

»Fortuna, que había arruinado nuestra ofensiva, debió de compadecerse de nosotros y nos salvó de la destrucción total. Mientras huíamos del fuerte que habíamos intentado tomar, Pompeyo podría haber atacado nuestra base, en la que no quedaban más que dos cohortes. Si lo hubiera hecho, los demás nos habríamos quedado desorganizados y desamparados en tierra de nadie, a merced de nuestros perseguidores. Pero quizá creyó que no podíamos ser tan torpes y que aquello escondía una emboscada. Como fuere, se olvidó de nuestro campamento y dedicó todo su empeño a recuperar el fuerte que ya estábamos abandonando.

»Por otra parte, la misma empalizada que lo había echado todo a perder

salvó al ala derecha de ser exterminada. Pues los hombres de la primera cohorte de la VI legión, a los que yo había premiado por su valor unos días antes, se plantaron en la abertura que ellos mismos habían practicado y durante largo rato se convirtieron en un valladar inexpugnable contra el que se estrelló en vano la caballería de Labieno. De haber pasado de allí, sus jinetes habrían masacrado al resto de los hombres de la VI y la IX, que ya habían sufrido muchas bajas. Como es bien sabido, la caballería resulta especialmente eficaz cuando se trata de perseguir a tropas en desbandada».

César soltó la pluma un momento. Qué distinto era narrar victorias y derrotas. Mientras escribía no dejaban de acudir a su cabeza visiones y sonidos, e incluso revivía el sabor del polvo y el olor del humo y las pavesas. Contemplar sin poder hacer nada cómo sus hombres caían por la empalizada y morían aplastados bajo el peso de sus propios compañeros había sido terrible. Pero la impotencia que sintió cuando se plantó en la puerta de aquel fuerte fue mucho más frustrante. Había creído que su presencia y su carisma bastarían para detener la vergonzosa huida de sus hombres, y ellos prácticamente lo arrollaron.

La imagen que más lo obsesionaba era la de aquel portaestandarte, sus ojos abiertos de miedo y odio bajo la mandíbula del oso.

Se apretó el puente de la nariz. Le escocían los ojos y le dolía la cabeza. No era buen momento para sufrir otro ataque. ¿O sí? Uno largo, tal vez de diez o cien años, para que cuando despertase de la inconsciencia el piadoso olvido lo hubiese borrado todo.

Los ruidos del campamento y un atisbo de claridad le indicaron que estaba amaneciendo. Tomó el cálamo de nuevo. Quería terminar el relato.

«Al atardecer, cuando pasamos revista a las unidades, comprendimos la magnitud del desastre. Faltaban casi mil hombres, treinta y tres de ellos centuriones y tribunos y el resto soldados. Muchos de los que han llegado malheridos al campamento gracias a la ayuda de sus compañeros no sobrevivirán a los próximos días. Además, para mayor vergüenza mía, hemos perdido veintiocho estandartes. Las águilas, al menos, se han salvado.

»Sumando esta derrota a la de hace dos días, he perdido más de dos mil soldados. La IX, la misma legión que se me amotinó, ha quedado tan reducida que, para que pueda seguir operativa, tendré que desplegarla junto a

la VIII, que también ha sufrido muchas bajas.

»Esta vez mi error no ha sido táctico como en el Sabis, sino estratégico. Al este de esta región se encuentran las prósperas ciudades de Macedonia y Tesalia y sus fértiles llanuras. Debería haberme dirigido allí. Decidí, por el contrario, quedarme en este país lluvioso y atrasado, al lado del mar que controla la flota de Pompeyo, y me empeñé en asediar a un ejército superior en número porque pensaba que así hundiría su moral.

»El resultado de las últimas operaciones es que, al contrario de mis expectativas, la moral del enemigo se ha multiplicado y en sus combates contra nosotros ha adquirido la experiencia y calidad que le faltaban. Mi ejército, en cambio, se encuentra desnutrido y con el ánimo abatido.

»Por primera vez en mi carrera, tengo que reconocer que he sido derrotado. Lo peor es que ahora mismo no sé qué hacer. No podemos regresar a Italia porque apenas tenemos barcos. Si abandonamos este lugar y nos dirigimos a los llanos de Tesalia en busca de provisiones, los hombres de Pompeyo, crecidos tras su victoria, nos perseguirán y nos darán caza por los pasos de montaña.

»Existe otra opción, por supuesto. Cuando Vercingetórix comprendió que no le quedaba esperanza de salvación, se atavió con una espléndida armadura repujada en oro, montó en el mejor de sus corceles de batalla, bajó de la ciudadela de Alesia sin escolta y se dirigió hacia la puerta principal de mi campamento. Una vez allí, desmontó delante de mi tienda, se quitó la armadura pieza por pieza y, por fin, se sentó en el suelo sin decir nada. Yo, que siempre he admirado a los hombres con estilo, tuve que reconocer que el que se hacía llamar rey de los galos se había rendido como un vencedor.

»Ahora Vercingetórix se encuentra en Roma, aguardando a que yo regrese para celebrar mi triunfo y lo exhiba en la cabalgata con los demás prisioneros. ¡Qué ironía si yo me entrego ahora como hizo él y acabo haciéndole compañía en el festejo triunfal de Pompeyo el Grande!

»Aún me queda otra opción. Sería la más honorable para mí. Tomar mi propia espada y antes de...».

—Menéstor, no hace falta que contengas más la respiración. Te vas a asfixiar.

A su espalda, Menéstor tomó aliento y resopló. César, que estaba

escribiendo sentado en un taburete, se giró sobre él y se encaró a su asistente. Los ojos del griego, de por sí pequeños, apenas se veían ahora, y dos gruesas lágrimas rodaban por sus mejillas.

—¿A tu edad te vas a volver sentimental, Menéstor? —preguntó César con una sonrisa melancólica.

—No pretendía leer lo que escribes, pero...

—Considerando que no querías leerlo, has hecho cierto esfuerzo viniendo de puntillas para ponerte detrás de mi espalda y asomarte por encima de mi hombro. ¿Tus filósofos llamarían a eso una acción involuntaria?

Menéstor se puso de rodillas, tomó las manos de César y las besó.

—Señor, por favor, no hagas lo que estás pensando.

—¿Ahora mi antiguo esclavo me dicta lo que tengo que hacer?

—¡Líbrame los dioses, señor! Pero tú eres César. ¡No puedes perder!

—Todo el mundo puede perder, Menéstor —contestó César, entrecerrando los ojos. Un rayo de luz tempranero que se había colado por la ventana de la tienda estaba arrancando un reflejo dorado de su reluciente coraza de gala y lo deslumbraba.

—¡Tú no, señor! Muchas veces te he oído decir que no puede haber derrota cuando uno se niega a aceptarla.

César acarició la cabeza de su criado.

—Mi buen Menéstor, también me habrás oído decir que la voluntad de un hombre puede domeñar la naturaleza. Cuando intenté cruzar el Adriático una noche de tormenta, la naturaleza o los dioses, si es que existen, me demostraron lo contrario.

—¡Señor!

—Debería haber hecho caso a su advertencia entonces. Pero seguí empeñado en lo imposible.

César se levantó por fin. Estaba descubriendo un placer inesperado regodeándose en el sabor de los posos que el vino agrio de la derrota depositaba en el fondo de la copa. Tal vez los dioses sí existieran de verdad. Quizá le acababan de enviar una señal con ese reflejo en su armadura. ¿Qué aspecto ofrecería ataviado con ella y rindiéndose a Pompeyo?

O tendido en su pira funeraria.

—Ayúdame a engalanarme, Menéstor. Pase lo que pase hoy, César debe

presentar un aspecto intachable.

—Sí, señor —respondió su liberto, levantándose del suelo y enjugándose las lágrimas.

Tras lavarse y vestirse, César abrió los brazos para que Menéstor pudiera abrochar mejor las correas que unían las dos piezas de la coraza. En el pectoral de plata, un relieve en ataujías de oro representaba una escena que parecía fuera de lugar en una armadura: la diosa Venus surgiendo de entre la espuma del mar. Pero de ella provenía el linaje de los Julios. Además, ¿no era Venus amante del belicoso Marte?

Durante la noche no habían dejado de oírse voces por todo el campamento. Ahora, mientras Menéstor le ajustaba el correaje, dichas voces empezaron a juntarse en un rumor creciente y más articulado sobre el que destacaban gritos exaltados con su nombre: «Caesar, Caesar!».

Una mano grande y pálida se coló por la abertura de la puerta y apartó el faldón de cuero a un lado. César volvió a deslumbrarse un instante, pues la entrada se hallaba orientada al este, pero la enorme sombra de Saxnot se interpuso y tapó el sol.

—César, soldados quieren verte.

—¿Soldados? ¿Qué soldados?

—Todos.

—Muy bien. ¡Menéstor, mi paludamentum!

Mientras le ponía la capa roja, Menéstor le preguntó con voz atribulada:

—¿Qué pasa ahora, señor?

—¿No está bastante claro, amigo mío? Los soldados no aguantan más. Se han amotinado contra mí.

—¿Y qué vas a hacer, señor?

Una vez cerrados los broches, César hizo un floreo con la capa, que le cayó sobre el brazo izquierdo como si se dispusiera a pronunciar un discurso en la rostra de los oradores. Después, con una sonrisa indescifrable incluso para él mismo, se dirigió a la puerta de la tienda y dijo:

—La pregunta, Menéstor, no es qué voy a hacer yo, sino qué van a hacer ellos. Ahora estoy en sus manos.

silbidos que parecían brotar de pechos asmáticos. La calle olía a humo, a hollín y a pavesas, a aceite de temple, a metal recalentado y a sudor.

Olía a preparativos de guerra.

Aunque el sol empezaba a declinar, los toldos de juncos y arpillera que cruzaban la calle de una terraza a otra seguían siendo de agradecer. Ascalón estaba al lado del mar, como Alejandría, pero aquí hacía mucho más calor. O eso le parecía a Cleopatra, tal vez porque la mansión en que se alojaba no tenía paredes tan gruesas como las del palacio real ni disponía de una piscina privada para bañarse y nadar todos los días. Sin el aporte del Nilo, en aquella zona el agua escaseaba mucho más.

Al salir de la calle contempló otra vez la moneda. La verdad era que no solo parecía un hombre, sino además un hombre bastante feo. A ella, desde luego, no la habría atraído un varón con ese rostro. Sin embargo, era la misma Cleopatra quien había insistido en que la retrataran con rasgos masculinos y vigorosos para que los mercenarios a los que había contratado supieran que, aunque mujer, era capaz de dirigir un ejército. Incluso, si era necesario, usaría una barba postiza como habían hecho en el pasado algunas mujeres que reinaban como faraón.

Pues no pensaba dejar que ningún hombre tomara decisiones por ella. Cuando estaba en Alejandría, Aquilas la trataba con una condescendencia insufrible. Cada vez que pretendía despachar con él asuntos relativos al ejército o la flota de guerra, le decía que los dejara en sus manos y no malgastara su «linda cabecita» en ellos. Y tanto en Petra como aquí en Ascalón, Malik, el rey de los nabateos, se empeñaba en darle consejos jamás solicitados sobre la campaña inminente.

Al menos con Malik tenía una ventaja. Cleopatra se hallaba en deuda con él por su hospitalidad, por su dinero y por los soldados y caballos que había puesto a su disposición. Pero la deuda del nabateo con ella era mucho mayor: le debía el trono, y tal vez la vida.

Recordando su aventura en Petra, que por extraña casi le resultaba onírica, y cómo había actuado primero con Avdat, luego con el visir y por último con Malik, Cleopatra se preguntó si no se estaría convirtiendo por fin en una intrigante.

No era una cuestión que la reconcomiese moralmente, sino todo lo

contrario. En realidad, se sentía orgullosa de ello. Iras, Carmión y Sosígenes se lo habían dicho, cada uno a su manera: si quería mantenerse en el trono, debía aprender a moverse entre las sombras y manipular a los demás.

Lo que sí la inquietaba era la posibilidad de transformarse en una asesina.

Había visto morir ya a varias personas de forma violenta, la mayoría a manos de Apolodoro, pero era la primera vez que alguien perdía la vida por acción suya. Al recapacitar sobre lo ocurrido no experimentaba ninguna sensación, ni buena ni mala. Ni siquiera esa breve euforia que notaba cuando acertaba al disparar el arco y abatía a una paloma, una liebre o un ciervo. En aquella cueva de Petra todo había sido más frío, como si existiera una separación total entre esparcir un fino polvo en una copa de vino y la muerte de otro ser humano; o, como habría dicho Sosígenes, como si hubiese una falta de relación entre causa y efecto.

Al fin y al cabo, era una Lágida. Tal vez llevaba el asesinato en la sangre, como su hermano. Al menos, a ella no le había producido placer envenenar a Avdat, mientras que Ptolomeo habría disfrutado tanto como un sátiro sumergido en un barril de vino.

«Tienes que ser más práctica —se dijo—. Era necesario hacerlo, y lo hiciste». Había sido una breve guerra entre dos reinos, y el de ella había ganado.

En el patio de la casa la aguardaba un mensajero tan cubierto de polvo que, por contraste con su rostro, los bordes interiores de sus párpados parecían heridas sangrantes.

—Esto viene de Alejandría, señora.

La carta estaba sellada con un lacre que alguien había roto y vuelto a unir. En él se veía un león que sujetaba una espada entre sus garras, y sobre él unos caracteres latinos que Cleopatra ya había aprendido a interpretar.

CN·MAGN

Gneo Magno. Aquel era el sello de Pompeyo.

A Cleopatra se le aceleró el corazón. Había enviado una carta al general pidiéndole ayuda o como mínimo arbitraje en la rencilla con su hermano. Pero, si esa era la respuesta, ¿por qué Pompeyo la había enviado a Alejandría

y no a Ascalón, tal como le pedía ella? ¿Y por qué el sello había sido rasgado y cerrado de nuevo?

No tardó en comprender la razón. El texto, redactado en griego, decía:
De Gn. Pompeyo Magno, procónsul, al rey Ptolomeo Filopátor.

Mi buen amigo:

Me congratula comunicarte que pronto podré visitar tu hermoso reino, pues mi guerra contra el rebelde César está a punto de terminar. Sus tropas han sido derrotadas en Dirraquio, y después de dejar miles de muertos en el campo de batalla se ha retirado con el rabo entre las piernas como un perro apaleado. [Un lenguaje poco habitual en la correspondencia diplomática, pensó Cleopatra, pero expresivo y muy propio de aquel romano de modales un tanto toscos]. César no tiene dónde escapar, pues mi flota domina los mares gracias, entre otras ayudas, a los barcos que tan amablemente me enviaste. Pronto él y su estéril rebelión serán solo materia de estudio para historiadores.

Cuando lo aplaste como se aplasta a una mosca, prometo ir a visitarte y a renovar contigo los lazos que me unieron a tu querido padre. Espero que para entonces hayas solucionado el conflicto con tu hermana. Si no es así, como albacea que soy del testamento de tu padre que obra en mi poder, mediaré entre vosotros y, si es menester, le arreglaré a ella un buen matrimonio fuera de Egipto para que no vuelva a injerirse en tu reinado. ¡Espero que no haya que tomar medidas más drásticas!

En cualquier caso, sabes que cuentas con todo mi apoyo. Es ley natural que tú gobiernes a tu hermana, del mismo modo que el padre Júpiter gobierna a Juno y todo marido gobierna a su esposa.

Que tú y tus súbditos disfrutéis de salud y prosperidad.

Al pie de este largo párrafo había unas líneas más, escritas con una caligrafía picuda y torcida que conocía demasiado bien, pues cuando su hermano era niño había intentado en vano que la enmendara.

Querida hermana:

Te envió esta carta para que la guardes en tus archivos. Es el original. A mí me basta con la copia y con la amistad de Pompeyo el Grande. En el hipódromo hay que saber apostar por los caballos ganadores. Eso es lo que ha hecho Pompeyo conmigo, y eso es lo que hago yo con él.

Pese a que sabía contener sus emociones desde niña, lo que acababa de leer era de una injusticia tan palmaria que se le saltaron las lágrimas. ¿Qué significaba eso de «mi flota domina los mares gracias, entre otras ayudas, a los barcos que tan amablemente me enviaste»? ¡Era ella quien había dado la orden de mandar esas naves! No lo había hecho por elegir un favorito en la guerra entre César y Pompeyo, sino porque el hijo de este se había presentado en Alejandría pidiendo treinta galeras y diez cargueros de provisiones. Cleopatra, que andaba más necesitada de comida que de barcos, había regateado con él hasta conseguir que aceptara el doble de naves y la mitad de comida.

Y así era como se lo pagaban ahora.

Su hermano y Pompeyo habían tomado la decisión por ella. A partir de ese momento, tendría que rezar a los dioses por la causa de César, por muy perdida que pareciese. Si no, contra el poder de Egipto y Roma unidos solo le quedaría la opción de exiliarse a algún lugar donde nadie conociese su nombre ni el de su dinastía maldita.

—¿Ocurre algo, señora? —le preguntó Carmión—. ¿Malas noticias?

—No es nada, Carmión —contestó ella, secándose las comisuras de los ojos con la punta del pañuelo con mucho cuidado de que el maquillaje no se corriera.

—Mira que te conozco, señora...

—¡Pues si me conoces no preguntes más!

Tras este estallido, Cleopatra entró en la casa y subió la escalera que llevaba al segundo piso. Sus pies taconearon furiosos en la galería de madera que rodeaba el patio. Necesitaba desahogarse, y la única persona con quien podía hacerlo era su hermana.

—¡Mira lo que ese renacuajo ha hecho! —exclamó, empujando la puerta, que estaba entornada.

Al cruzar el umbral se quedó petrificada. Arsínoe se hallaba desnuda encima de la cama, apoyada sobre las rodillas y las manos. Detrás de ella, Ganímedes la sujetaba por las caderas y empujaba una y otra vez, con sacudidas tan vigorosas que los pechos de su hermana se bamboleaban como péndulos y sus nalgas se estremecían en cada impacto.

Al ver a Cleopatra, los ojos azules de Arsínoe se abrieron como dos

decadracmas de Siracusa. Después sonrió y dijo:

—¿Por qué paras ahora, Ganímedes? ¡Vamos, sigue!

Sin apartar la vista de la espalda de Arsínoe, Ganímedes reanudó sus embestidas. Las fibras de su torso y las venas de sus brazos se marcaban como sogas por el esfuerzo de sus músculos.

Cleopatra cerró la puerta y se marchó, con el rostro tan rojo como la púrpura de Tarento.

—¿Se puede saber por qué has dejado la puerta abierta?

—No lo sé, creí que la había cerrado —contestó Arsínoe, encogiéndose de hombros mientras se recogía los cabellos sudorosos bajo una redecilla de hilo de oro. Cleopatra, con los brazos en jarras, paseaba arriba y abajo de la estancia.

—¡Me resulta difícil creerlo! Eres una desvergonzada.

—Ya te he dicho que no sabía que estaba abierta —insistió Arsínoe con tono cansino.

—¡Si fuera así, habrías corrido a esconderte o te habrías metido debajo de la manta en vez de decirle a tu eunuco que siguiera!

Arsínoe dejó de mirarse en el espejo y se volvió con una sonrisa pícara que en otras ocasiones Cleopatra encontraba adorable. Hoy no.

—Podrías haberte unido. No soy egoísta con mi eunuco. Te lo podría haber prestado.

—¡No digas obscenidades!

—Lo digo en serio. Está tan dotado que el nombre «eunuco» es injusto para él. Y aguanta mucho. Más que otros hombres, te lo aseguro.

—Pero ¿es que te acuestas con más hombres?

Arsínoe puso los ojos en blanco y volvió a mirarse en el espejo.

—¿Qué te crees, que soy una Atenea renacida como tú? Es lo que han hecho siempre las mujeres de nuestra familia, menos tú, que eres una remilgada.

—¿Qué es lo que han hecho? ¿Acostarse con quien les apetece y cuando les da la gana, como vulgares prostitutas?

—Las prostitutas fornican por dinero. Yo lo hago porque me produce un placer que ni siquiera alcanzas a imaginarte. ¡Pobre Cleopatra!

—¡¿Pobre Cleopatra?! ¡¿Pobre Cleopatra?!

Asustado por las voces, el gato de Cleopatra corrió a esconderse. Al ver su rabo blanco asomando bajo un diván, la joven respiró hondo y apretó los puños. Aunque ahora fuese una reina desposeída, no podía perder el control de aquella forma.

Lo malo era que no podía sacarse de la cabeza a Arsínoe y Ganímedes copulando, una imagen que la repugnaba y la excitaba en una proporción que ni ella misma habría sabido calcular. Entre eso y la carta de Pompeyo, lo único que deseaba ahora mismo era meterse en su propia cama, encogerse bajo la manta y llorar contra la almohada.

Lujos que no se podía permitir.

—Está bien —dijo, bajando adrede el tono—. Olvidemos lo que ha sucedido.

—Yo no quiero olvidarlo —respondió Arsínoe sin mirarla—. ¿Por qué iba a hacerlo?

—Escucha. Hasta ahora te he consentido estos juegos, y creo que he hecho mal. Pero a partir de ahora se acabó. Si es necesario, nos libraremos de Ganímedes y te buscaremos un eunuco al que no le hayan dejado nada entre los muslos.

Arsínoe giró el trasero sobre el taburete y se volvió hacia ella con gesto de incredulidad.

—¿Qué estás diciendo? ¿«Se acabó»? ¿«Nos libraremos de Ganímedes»? ¿Quién te crees que eres?

—Tu hermana mayor —respondió Cleopatra, cuidando de no alzar la voz ni acelerar las frases—. Y también tu reina legítima.

—¿Reina de qué? ¿De este poblacho polvoriento y lleno de moscas donde nos vemos desterradas?

Era un comentario muy injusto considerando la hospitalidad que les brindaban allí; sin acercarse ni por asomo a la categoría de Alejandría, Ascalón era una ciudad próspera y no tenía ni más ni menos moscas que cualquier otro lugar donde hubiera rebaños y barcos de pesca.

—He hablado con Malik.

—¿Con quién, con el rey de los camelleros? —preguntó Arsínoe.

—Que los camellos pasen por su ciudad no significa que él los conduzca. Malik es un hombre de noble linaje. —Cleopatra tragó saliva y esta vez sí

tomó carrerilla—: Le he ofrecido tu mano y él ha dicho que sí.

Arsínoe dejó de parpadear y abrió tanto los ojos que sus iris azules se vieron rodeados por el blanco de la esclerótica.

—¿Que le has ofrecido mi mano?

—No es necesario que me lo hagas repetir todo.

Arsínoe se levantó apretando los puños y adelantó el rostro tanto que su saliva salpicó a Cleopatra.

—¡Pues ya puedes decirle a ese árabe piojoso que estabas de broma, porque no me casaré con él aunque mates al resto de los hombres que pisan la tierra!

—Arsínoe, escucha...

—¡No, escúchame tú! —respondió ella, agitando el dedo índice ante los ojos de Cleopatra—. ¡Me he dejado mangonear por ti desde que tengo uso de razón, pero eso se acabó!

—Yo no te he mangoneado. Además, ¿qué vocabulario es ese?

—¡El que me da la gana usar! ¡Como si te quiero decir que me encanta que Ganímedes me clave la polla hasta hacerme gritar!

Aquellas palabras, o tal vez la imagen que invocaban, alteraron tanto a Cleopatra que se le escapó la mano y le dio un guantazo a su hermana. Al momento se llevó la mano a la boca y retrocedió. Nunca le había pegado, ni cuando era muy pequeña y Arsínoe tenía las típicas rabietas de niña.

Sin embargo, para su sorpresa, el bofetón surtió un efecto milagroso. Arsínoe se tocó el labio y se miró la mano para ver si tenía sangre. Después, pasados unos segundos, habló con voz mucho más grave y lenta, como si su vitalidad se hubiera esfumado al mismo tiempo que su ira.

—Yo... Lo siento, Cleopatra. No debería haberte hablado así. No es propio de mí.

—No, no lo es.

—No sé qué me ha pasado. Es... Es este lugar, compréndelo.

—A mí me pasa lo mismo, Arsínoe. Perdóname por haberte pegado.

—¿Me perdonas tú a mí?

Cleopatra abrió los brazos y se dejó estrechar por su hermana. Al sentir su barbilla en el hombro cerró los ojos y sus manos se crisparon sobre la espalda de Arsínoe. Tenía un nudo en la garganta y la barbilla le temblaba.

Pero no lloró. Y no fue por control de reina, sino por lo que notó a través de la piel y del cuerpo.

Pues supo que los ojos de Arsínoe estaban mirando a la pared sin parpadear, fríos como los de una cobra. Y quizá igual de venenosos.

IV

Crastino se había licenciado un año antes con tantas condecoraciones que no le cabían en el pecho y se había comprado una finca en Campania. Pero cuando se enteró del motín de la IX legión, dejó en casa a su mujer y a sus hijos y acudió cabalgando hasta Placentia. En el camino logró localizar a ciento veinte soldados que habían servido con él y los convenció para que lo siguieran. Cuando llegaron a Placentia, todos ellos pidieron permiso a César para alistarse de nuevo como voluntarios. Él nombró a Crastino primipilo, formó con sus hombres una centuria extra y la integró en la X legión, que siempre había sido su favorita.

El segundo centurión era Casio Esceva, mucho más alto que Crastino, tan enorme como el mayor de los germanos aunque por sus venas corriera pura sangre italiana. A él no lo adoraban, sino que lo temían. Pero nadie había destacado como Esceva durante el asedio de Dirraquio. Aunque todavía no se había recuperado de las heridas sufridas durante el asalto a su fuerte, veinticuatro horas antes había logrado contener a la caballería de Labieno el tiempo suficiente para que las cohortes del ala derecha escaparan de la destrucción.

Esos dos hombres se arrodillaron delante de César y pusieron sus espadas en el suelo.

—Te hemos fallado, César —dijo Crastino.

Estaba llorando. ¡Llorando el gran Gayo Crastino! Lo hacía tan compungido que el pecho se le agitaba en sollozos convulsivos. Sus lágrimas no tardaron en contagiarse a los centuriones que formaban detrás de él, y de estos a los soldados, hasta que todo el campamento se llenó de un llanto que encogía el alma.

Incluso Esceva lloraba por su único ojo, ya que el cirujano le había extirpado el lacrimal del otro. A César le resultó increíble que aquel hombre se conmoviera de tal modo; sin embargo, cuando olisqueó el aire notó que olía a vino incluso a tres metros de distancia. Eso explicaba que su corazón se hubiera ablandado y compartiera la congoja de sus compañeros.

César se volvió hacia Crastino.

—Levántate —dijo—. ¿Por qué dices que me habéis fallado?

El centurión agitó la cabeza a los lados y siguió clavado de hinojos en el suelo.

—Tu plan era perfecto, César —respondió—. La derrota solo es culpa nuestra. Eres mucho mejor general que Pompeyo, lo que significa que nosotros debemos ser peores que esos bisoños que tiene por soldados.

Otros centuriones se adelantaron del grupo y se arrodillaron junto a Crastino, quitándose las armas y las condecoraciones para ofrecérselas a César. Mientras tanto, Esceva se limpiaba las lágrimas con el pañuelo azul de la VI e hipaba de desconsuelo. O de la borrachera que llevaba encima, también era posible.

—¡Condúcenos a la batalla hoy, César! —exclamó un hombre desde las filas de la VI.

Lo reconoció. Era Tito Furio. Esceva lo había nombrado su optio y, por lo que sabía César, había acertado.

—¡Llévanos a la batalla para que vengamos nuestro honor y el tuyo! —insistió Furio, levantando el puño en alto. Tenía el brazo tan largo que parecía en sí un estandarte.

—¡Sí, llévanos a la batalla! ¡Ahora mismo!

Nunc! Nunc!^[7] Esa única sílaba rotunda y sonora se convirtió de repente en la consigna que corrió por las filas. *Nunc! Nunc! Nunc!* Los soldados se llevaron las manos a la boca para ahuecar más las úes, que resonaban como tubas de guerra.

César sintió un estremecimiento que le recorrió los brazos y la nuca, y los ojos se le llenaron de lágrimas. Se las secó con el manto, aprovechando para cubrirse un momento el rostro mientras los gritos redoblaban su fuerza, acompañados por el estrépito de las espadas y los venablos aporreando escudos y yelmos.

—*Nunc! Nunc!*

—¡Silencio! —ordenó César levantando la mano.

Todos enmudecieron de golpe. En aquella repentina quietud, un águila que sobrevolaba el bosque cercano soltó un agudo chillido. Alguien entre los centuriones susurró: «Es un buen presagio».

—¡Soldados de César! —exclamó, usando el pecho como caja de resonancia tal como había aprendido de joven gracias a las lecciones de un actor.

—¡Sííí! ¡Somos soldados de César!

—¡No os culpéis de lo que ha sucedido, pues no ha sido vuestra la culpa! ¡Tened en cuenta más bien el enorme número de éxitos que hemos vivido juntos, vosotros y yo, y ponedlos en la balanza para compararlos con el contratiempo que sufrimos anteanoche! Porque eso ha sido nada más. ¡Un contratiempo!

Dejó que lo aclamaran unos segundos y volvió a levantar la mano para acallarlos. Como a veces le ocurría en la batalla, había alcanzado ese punto de comunión perfecta en que sabía que podía llevar a sus hombres por donde quisiera. Se sentía flotar sobre el campamento.

Pero no debía dejarse arrastrar por el entusiasmo. Había muchos heridos. Incluso los sanos se encontraban agotados. Aunque ahora los soldados pareciesen eufóricos, César sabía que la moral de unos hombres derrotados necesitaba días para recuperarse.

—Es cierto que la operación no tenía por qué haber salido mal — prosiguió.

Bajó la voz un poco por refrenar esa euforia y dejó una pausa detrás de cada frase para que los que se encontraban más cerca transmitieran sus palabras hacia las últimas filas.

—Elegí un terreno seguro para el enfrentamiento. Tal como había previsto, logramos tomar rápidamente el campamento enemigo. Pero Fortuna jugó contra nosotros, y ya sabéis lo que ocurrió después.

César podría haber reconocido sus errores, decirles que la culpa no era de ellos sino de él, pero ¿de qué habría servido? Los soldados quieren saber que su general es infalible. Necesitan saberlo.

—Sin embargo —prosiguió—, no maldigáis a Fortuna, que tantas veces nos ha favorecido. Recordad cómo tomamos Italia sin derramar apenas una gota de sangre, ni ajena ni mucho menos propia. Pensad también en la facilidad con que sometimos las dos Hispanias. Y no olvidéis cómo, con pocas naves y con mal tiempo, logramos cruzar el Adriático y burlar las flotas del enemigo.

Llegado este instante, levantó el puño y volvió a alzar la voz con todas sus fuerzas.

—Por eso, no dudéis ni un instante de que Fortuna volverá a sonreírnos. ¡La Fortuna de César!

—¡La Fortuna de César! —gritaron ellos.

De esta manera, en la que creía su hora más baja, César logró manipular a sus hombres y enardecer y serenar sus ánimos alternativamente para conseguir lo que necesitaban incluso más que él: recuperar la moral perdida. Les pidió que hicieran el máximo esfuerzo para compensar con su valentía aquel revés y les recordó cómo habían sufrido una derrota similar en Gergovia para después conseguir en Alesia la más espléndida de las victorias.

En ese momento los legionarios se sentían dispuestos a saltar la empalizada, atacar el campamento de Pompeyo y comerse vivos a sus hombres. Pero César bajó de nuevo la voz para atemperarlos y les recordó que sufrían problemas de víveres. Ya no tenía sentido mantener el asedio sobre el enemigo, puesto que gran parte de sus tropas estaban acuarteladas fuera del cerco.

—Descansad ahora y recuperaos de vuestras heridas. Guardad vuestras fuerzas para la próxima batalla, y dejad que vuestro general piense por vosotros. Porque habéis de saber una cosa.

César hizo una pausa, tomó aire y elevó su voz al máximo.

—¡¡César tiene un plan!!

Tras un segundo de silencio, se elevó un rugido unánime.

—¡Un plan! ¡César tiene un plan! —gritaron miles de gargantas.

César levantó del suelo a Crastino, que seguía empeñado en arrodillarse, y también a Esceva, que casi se le cayó encima aplastándolo con su peso. Después ordenó a los soldados que regresaran a sus puestos y a sus tiendas. Ya en privado castigó a los portaestandartes que habían abandonado sus insignias en la huida, degradándolos a soldados rasos, y ascendió a quienes habían destacado en la refriega para que ocuparan sus puestos. Pensó que no era necesario nada más, ya que la conciencia del fracaso suponía suficiente penitencia para los soldados y estaban deseando resarcirse.

Tres horas después, las demás unidades salieron por tres de las cuatro puertas y siguieron el mismo camino, siempre respetando la disciplina de silencio. Tan solo la VI y la X, las legiones en quienes más confiaba, se quedaron para guardar la base.

Cuando amaneció, las trompetas tocaron diana igual que cualquier otro día. En ese momento, el propio César se puso en camino con la caballería y con las dos legiones.

Pompeyo cayó en el engaño y creyó que se marchaban todos, junto con los heridos y con la impedimenta. Por tal motivo se tomó la persecución con cierta calma, pensando que sus enemigos viajarían con lentitud. Mientras sus legiones se preparaban para la marcha, envió a Labieno con la caballería a perseguirlos.

Pero las dos legiones se desplazaban mucho más rápido de lo que Pompeyo esperaba y lograron llegar al Genuso, un río de orillas escarpadas. Allí César plantó a su propia caballería. Para reforzarla, puesto que no eran más que mil jinetes, mezcló entre ellos a cuatrocientos legionarios sin cotas de malla y con escudos ligeros. Cuando los hombres de Labieno intentaron cruzar el río y salvar la pendiente, se encontraron con un muro inexpugnable. Tras ensangrentar las aguas del Genuso con unas cuantas decenas de muertos, se dieron cuenta de que no pasarían de ese punto y se retiraron.

Allí César pudo ver al propio Labieno. Antes de volver grupas, su antiguo legado le hizo una higa con el dedo y gritó:

—¡Ya te arreglaré las cuentas, César, como hice con vuestros prisioneros!

César extrajo dos conclusiones de esa escaramuza. La primera, que la combinación de infantes mezclados entre los caballos, aunque no servía para cargar contra el adversario porque los hombres de a pie se quedaban rezagados, sí podía funcionar para detener las embestidas de los jinetes enemigos y era una buena forma de compensar su inferioridad en caballería.

La segunda, que los pompeyanos seguían sin mostrar la menor clemencia por sus hombres. Así lo daban a entender las bravatas de Labieno.

—Que sigan ejecutando a los prisioneros —les dijo César a Marco Antonio y a Saxnot, que cabalgaban a su lado—. De ese modo sus hombres sabrán que la única alternativa a la victoria es la muerte, y no la rendición.

—Ah, pero ¿no es así siempre? —preguntó Saxnot con cara de

perplejidad.

Después soltó una carcajada. César se dio cuenta de que le estaba tomando el pelo. La ética guerrera de los germanos no les permite rendirse. Esa era la teoría. En la práctica, a él se le habían rendido muchas de sus tribus. Sin ir más lejos, los usípetes, a la que pertenecía Saxnot. El truco para conseguirlo era disfrazar esa rendición de alianza de modo que el honor quedara a salvo.

De este modo, recurriendo a diversas añagazas, lograron retirarse manteniendo a Pompeyo siempre a una distancia segura. Poco después llegaron a Apolonia, donde César alojó a sus heridos y pagó a los soldados los atrasos. Pretendía llegar a Tesalia para reunirse allí con las legiones XI y XII, a las que durante el invierno había enviado a Macedonia con el legado Calvino. En teoría, lo había hecho para cortar el paso al suegro de Pompeyo, que venía desde Siria; su verdadero motivo era que le resultaba imposible dar de comer a tantos hombres juntos.

Cruzaron las montañas del Pindo con ocho cohortes menos, que César dejó como guarniciones en Apolonia y otras plazas, y por fin llegaron a la primera fortaleza de Tesalia, Eginio^[8]. Hasta entonces habían combatido en el Epiro y en Iliria, regiones que los griegos no consideraban parte de su país. Ahora entraban en Tesalia, que ya pertenecía a Grecia y era la patria de Jasón, el héroe que llevó a los Argonautas al mar Negro en busca del legendario vellocino de oro.

En Eginio César contempló uno de los paisajes más asombrosos que había visto en su vida. Sobre la fortaleza se levantaban unas enormes columnas de piedra caliza, grandes cilindros de paredes verticales que se alzaban más de quinientos metros sobre la llanura. Algunos lugareños decían que eran restos de las montañas que apilaron los gigantes Oto y Efialtes para asaltar el Olimpo. Cuando Apolo les disparó sus flechas, aquellas rocas inmensas cayeron de sus manos y quedaron así, clavadas junto a la llanura de Tesalia.

Allí, al pie de esos imponentes pilares, se reunieron con las legiones de Calvino, que venían en condiciones mucho mejores que las de César. Al reencontrarse con sus amigos de las unidades que habían luchado en Dirraquio, los hombres de la XI y la XII a duras penas los reconocían, tan

famélicos los veían. Por suerte, los trigales empezaban a dorarse en las llanuras. Ver ondeando al viento aquellas «rubias cabelleras», como las llamaban sus soldados, los llenaba de esperanza.

En Tesalia, César se llevó una sorpresa, y no para bien. Meses antes un tal Andróstenes, presidente o hegemon de la Liga de Tesalia, le había enviado embajadores para ofrecerle su alianza. Pero cuando llegaron las noticias de su derrota en Dirraquio, Andróstenes cambió de opinión, ordenó a todas las ciudades de Tesalia que le cerraran las puertas a César y mandó emisarios a Pompeyo para pactar con él. «¡Qué pocos amigos tiene el fracaso!», se dijo César. Su causa se había vuelto tan tóxica y pestilente como el veneno de la serpiente que mordió a Filoctetes e hizo que sus camaradas lo abandonaran en una isla desierta.

La primera ciudad importante al entrar en Tesalia era Gonfi. Estaba situada al pie de las montañas. Más allá, al este, se extendía una gran llanura famosa por sus caballos. Pese a lo que les habían prometido, los habitantes de Gonfi se negaron a alojar a los hombres de César y tampoco quisieron venderles grano. Por desgracia, al trigo que estaba en las espigas todavía le faltaban algunos días para madurar y era pronto para que lo cosecharan.

Aquello fue el colmo. Después del paso de las montañas muchos de los hombres de César parecían lémures, espíritus salidos de las tumbas que a duras penas se sostenían en pie. Lo único que los espoleaba para caminar un último kilómetro era la esperanza de que por fin iban a comer en condiciones.

Por otra parte, César no podía permitir que la traición de Gonfi quedara sin castigo. Si cundía el ejemplo en el resto de Grecia, se encontraría no solo enfrentado a un ejército superior en número, sino además rodeado en medio de un país hostil.

Era la hora nona cuando llegaron a Gonfi. Sin más dilación César envió a sus hombres al asalto con escalas, arietes y manteletes. Antes del anochecer las murallas habían caído. El primero que puso el pie en ellas fue Marco Antonio, trepando por la escala como un Aquiles reencarnado.

Por primera vez desde que cruzó el Rubicón, César permitió a las tropas que saquearan la ciudad. Aunque la conducta de Andróstenes y los consejeros de la Liga le había indignado, no tomó esa decisión llevado por la furia, sino por un cálculo frío. El saqueo sirvió para que las demás ciudades de Tesalia

tomaran nota y les abrieran sus puertas. De paso, sus hombres comieron hasta hartarse —también cometieron otras tropelías, como era habitual en tales circunstancias—, y durante los días siguientes, mientras continuaban su avance por la llanura, sus ánimos y su salud mejoraron de una forma casi milagrosa.

Diez días después de la toma de Gonfi, César escribió en su diario de campaña:

«Nos encontramos acampados en la orilla norte del río Enipeo, cerca de la ciudad de Farsalia. Por una ruta distinta a la nuestra, atravesando la región occidental de Macedonia, Pompeyo ha llegado con todo su ejército y ha acampado a unos cinco kilómetros de nosotros, en la línea de montes que cierran esta llanura por el norte.

»Llevamos tres días viéndonos desde lejos, y cada mañana saco a mis legiones al llano para ofrecerle batalla. Él también despliega a las suyas, pero lo hace justo en el piedemonte, de tal manera que su tercera línea de cohortes se encuentra todavía formada en la ladera. No puede pretender que combatamos en un terreno tan desigual, corriendo cuesta arriba para cargar contra ellos. Quizá lo haría si no me hallara en inferioridad, pero su ejército duplica en número al mío.

»Cada día avanzamos un poco más, acercándonos a su campamento. Eso sube la moral de nuestras tropas, que se divierten llamando “ovejas” a los adversarios y burlándose de ellos con sonoros balidos. El terreno, en realidad, no sería malo para Pompeyo, pues una llanura como esta es perfecta para maniobrar con la caballería. Pero él no acepta. ¿Por qué?

»Porque es muy listo el viejo zorro. La táctica que utiliza conmigo es la misma que empleó Fabio Máximo con Aníbal: seguirme de cerca, no permitir que tenga descanso, entorpecer mis vías de suministro y consumirme poco a poco por desgaste.

»Ya casi hemos agotado el grano que había en este lugar. Tenemos que marcharnos de aquí, lo cual es una lástima, porque esta llanura de Farsalia me brindaba buenos presagios. He impartido las instrucciones para que mañana al amanecer levantemos el campamento y nos dirijamos hacia el noreste.

»No sé cómo afectará eso a los hombres. La moral de un ejército es como los picos de una sierra: sube y baja alternativamente. Ahora, después de unos

cuantos días comiendo pan blanco, buen queso y carne de cabrito, mis soldados se encuentran muy recuperados. Comprobar que Pompeyo no se atreve a presentarnos batalla les infló los ánimos al principio, pero empiezan a perder la paciencia, y eso es tan peligroso como...».

—Señor, perdona que te interrumpa, pero hay un mensajero fuera.

César apartó la mirada del texto. Llevaba mucho rato enfrascado en él y se había acercado tanto al papiro que ahora tenía la vista desenfocada.

—Dime, Menéstor.

—Es un griego, y trae caduceo de heraldo.

—¡Un mensajero protegido por el dios Hermes! En ese caso, no le haremos esperar.

César salió de la tienda. Era la hora sexta y el sol brillaba en lo más alto. En el espacio despejado que dejaban siempre frente al pretorio montaban guardia seis de sus doce lictores y cincuenta germanos, y se veían otros corrillos de soldados dispersos bajo los pocos árboles que no habían talado. Un grupo de centuriones sentados en el suelo jugaba a los dados a la sombra de un toldo andrajoso. Por si alguien no se daba cuenta del calor que hacía, las cigarras se lo recordaban con su monótono chirrido.

El heraldo era un hombre que frisaría los setenta años, tan enjuto y menudo como si aquel sol inclemente de la llanura lo hubiese resecaado y encogido. Entre los dos germanos que lo flanqueaban parecía aún más pequeño. Se cubría con un ancho sombrero, el pétaso típico de los caminantes y mensajeros, y llevaba un báculo cuyo extremo representaba dos serpientes de cabezas enfrentadas.

—Cuéntame, buen hombre —dijo César en griego—. ¿Qué mensaje me traes?

—Señor —contestó él, quitándose el sombrero—, es solo para tus oídos.

—¿Lo habéis registrado? —preguntó César en latín dirigiéndose a los germanos.

—Es inofensivo, César. No lleva armas.

César agarró al heraldo por el codo y lo llevó consigo al centro del descampado. El viejo tenía el brazo tan delgado que se lo podía rodear juntando el pulgar y el índice. No parecía efecto del hambre, sino de la frugalidad y el continuo trajín por los caminos. Era de esos tipos duros como

sarmientos que aguantan muchos años en este mundo y solo se van de él cuando el tiempo termina de consumirlos.

—El mensaje que te traigo es de Pompeyo, señor —susurró.

—Entrégamelo pues.

—No ha querido escribirlo, señor.

—Bien, ¿y qué dice?

—Que quiere reunirse contigo.

—¿Conmigo? ¿Cuándo y cómo?

—Hoy mismo, a la hora novena. A solas.

triunfo.

—¡No me lo puedo creer!

César, en efecto, no se lo creía. Pompeyo estaba más delgado que cuando se entrevistó con él en Luca, pero no tanto como para usar la misma armadura de hacía treinta años. En general, siempre había sido un hombre grande. No tan alto como César, pero de espaldas más anchas y piernas más musculosas. Había encanecido, aunque al ser rubio lo disimulaba mejor que los morenos. La protuberancia que remataba su nariz a modo de berenjena se veía más hinchada y con unas venillas rojas que delataban su afición al vino. Era algo bastante normal en los hombres de su edad; César, que lo bebía muy diluido con agua para que no se le subiera nunca a la cabeza, constituía una excepción.

—Pues créetelo —dijo Pompeyo—. ¡Aguento las cabalgadas y las marchas mucho mejor que esos chavales! En mi vida me he encontrado mejor.

—No te engañes. Nuestro secreto está aquí —dijo César, tocándose la cabeza con el dedo—. Somos tan testarudos que, por no reconocer que nos hacemos viejos, aguantamos el triple de sufrimiento que los jovencuelos. Ven, sentémonos.

Ambos se apoyaron en una gran piedra lisa y limpia de líquenes y de polvo. Al hacerlo, Pompeyo dejó escapar un gruñido involuntario. César se rio.

—¿Ves? ¿A que cada vez que te sientas sueltas ese mismo ruido, como si te rechinara todo el cuerpo? Yo no lo he hecho porque me he dado cuenta a tiempo.

—¡Ja, ja, ja! Reconozco que me has pillado en la trampa, César.

Durante un rato no dijeron nada y escucharon tan solo el soplido del viento y el graznar de los cuervos. Sobre el llano, una bandada de pájaros revoloteaba de tal manera que, cuando cambiaba de dirección, sus alas ofrecían el perfil más fino y blanco al sol y durante un instante las aves desaparecían de la vista por arte de magia.

Se habían reunido en una loma a mitad de distancia entre ambos campamentos. Por supuesto, ninguno de los dos venía solo, aunque ambos traían una comitiva muy reducida: Saxnot y nueve de sus germanos

escoltaban a César, y diez jinetes a Pompeyo. Ahora los dos grupos se encontraban a mitad de la ladera bajo unos acebuches, charlando y pasándose un odre de vino como si no estuviesen en mitad de una guerra. César, sin decirles nada a sus oficiales, había salido de la tienda pretoria con el rostro embozado y vestido con pantalones como un germano más. Por la armadura que llevaba, era obvio que Pompeyo no se había molestado en disimular tanto, aunque se suponía que se trataba de un encuentro privado y no oficial.

César miró a su alrededor. Ya que había subido allí, no podía evitar examinar el terreno desde una perspectiva distinta. A sus pies se extendía una larga llanura que corría de este a oeste, dividida en dos por el río Enipeo. Su campamento se hallaba al este, o a la izquierda desde su punto de vista, no muy lejos de la ciudad de Farsalia. El de Pompeyo estaba a la derecha, sobre el arranque de una línea de montes que se ondulaban hacia el norte y separaban aquella llanura de la de Larisa, la ciudad más poblada de Tesalia.

La batalla que César quería debería haberse librado justo a sus pies, entre aquel monte y el río. Pero, obviamente, no iba a convencer a Pompeyo de que aceptara el combate.

Allí arriba se notaba menos calor y soplaba el viento. Una racha más fuerte agitó el flequillo de César y lo despegó de su frente, haciéndolo ondear como una bandera.

—Deberías cortarte ese ridículo flequillo —dijo Pompeyo—. Aunque los aduladores que te rodean te digan lo contrario, no te queda nada bien.

César agachó la mirada y sonrió, mientras desgranaba una espiga de trigo silvestre entre los dedos. ¡Ah, la famosa calvicie de César! Sus enemigos creían que le importaba mucho. Por eso se burlaban de él, porque procuraba taparse con una fina cortinilla de cabello que llamaba más la atención de lo que la habría llamado su propio cráneo mondo.

En realidad, la calvicie no le incomodaba demasiado, pues la naturaleza le había dotado de una cabeza de proporciones armoniosas. Si se dejaba aquel flequillo era imitando el ejemplo de Alcibíades, un político de la edad de oro de Atenas. Un individuo similar a él en muchas cosas: pragmático, buen general y dotado para la oratoria.

Este Alcibíades tenía un perro que le había costado más de un talento, una auténtica fortuna. El animal, de gran tamaño, poseía una cola espléndida que

constituía su principal adorno. Cuando a Alcibíades se le ocurrió cortársela, sus amigos le dijeron: «¡Pobre animal! Ahora ya no vale nada. ¡Has escandalizado a toda la ciudad!». «Es justo lo que pretendía —respondió él—. Mientras me critiquen por lo del perro, no se molestarán en buscarme algún defecto peor».

Eso mismo le ocurría a César con la calva. En tanto que la gente pensara que le ofendían los comentarios sobre su falta de pelo y se burlaran de él, cosa que le traía al paio, no indagarían para encontrarle defectos más graves cuya crítica podría dolerle más.

Pero a Pompeyo no se lo comentó, pues ese era un secreto que no le había confesado a nadie. Salvo a Menéstor, claro. ¿Qué se le puede ocultar al criado que te viste y te desviste, te afeita y te corta el pelo?

—Te he traído esto.

Pompeyo tenía en la mano un papiro enrollado con una cinta amarilla. Al ver el doble lazo que la ataba, a César se le aceleró el corazón. ¡Julia! Ella siempre hacía ese nudo, y el amarillo era su color favorito.

Amarillo como el de sus cabellos y los coleteros que le ponía su abuela Aurelia, la madre de César.

Cogió la carta y se la guardó entre el cinturón y la ropa.

—La escribí después de dar a luz —dijo Pompeyo, con los ojos clavados en el suelo—. Estaba perdiendo mucha sangre y sabía que iba a morir. Yo, para no asustarla, le decía que no iba a pasar nada, pero ya sabes lo valiente que era. Ella me consolaba a mí.

Hablaron un rato de Julia, y también de otros familiares. César le preguntó por Bruto. Pompeyo le dijo que estaba en su campamento y que se encontraba bien.

—¿Qué tal se porta? —preguntó César.

—Es un buen chico, un buen romano. Pero los dioses no lo han llamado por el sendero de la milicia. En eso es igual que Cicerón.

—No los compares. Bruto vale mucho más que Cicerón. Es mucho más íntegro y menos retorcido.

César sentía mucho cariño por Bruto. Lo conocía desde niño; un chico serio, respetuoso e introvertido, siempre entregado a sus lecturas. Le había parecido débil, el típico muchacho del que los demás críos abusan con esa

crueledad infantil que a veces los adultos pasan por alto por pura desmemoria de su propia niñez, y eso había despertado su instinto de protección.

Por Roma corría el rumor de que Bruto era hijo espurio suyo, debido a que César había sido amante de su madre. Pero Servilia, mayor que César, había alumbrado a Bruto antes de conocerlo. De hecho, César le sacaba quince años a Bruto nada más. Físicamente habría podido ser su padre, pero a esa edad las únicas mujeres con las que se acostaba eran esclavas y prostitutas, no esposas de senadores.

—¿Sabes, César? —dijo Pompeyo de repente—. Cada vez te entiendo mejor.

—¿Qué quieres decir?

—Que comprendo en parte que dieras un puñetazo en la mesa y dijeras a los optimates: «¡Hasta aquí hemos llegado!».

—¿Tan harto te tienen?

—¡No te haces ni idea! ¿Recuerdas la historia de Emilio Paulo antes de partir a la guerra de Macedonia, cómo reunió al pueblo romano en el Foro y les echó un rapapolvo tremendo a todos los generales de salón? ¡Ojalá tuviera yo tan mal carácter como dicen que tenía ese hombre!

—Bueno, sé que cuando sacas tu temperamento los pones firmes a todos.

Pompeyo sonrió. Ponerle delante un halago era como enseñarle una salchicha a Marco Antonio, un cebo irresistible.

—¿Eso crees? Bueno, si no tuviera carácter no habría hecho las cosas que he hecho. El mar seguiría infestado de piratas y Roma tendría la mitad de provincias y de riquezas.

—Eso no se puede negar.

—Pero esos optimates son insoportables —insistió Pompeyo—. ¿Sabes que ya se están repartiendo tus propiedades y tus cargos?

—Vaya, por lo menos los buitres suelen esperar a que el burro esté muerto antes de comérselo.

—Ahenobarbo, Esfínter y mi propio suegro no hacen más que calentarme la cabeza para ver quién te sucede como pontífice máximo. Entre todos ya han escrito una lista en la que han apuntado quiénes van a ser cónsules ¡en los próximos diez años!

—¿Y Catón? ¿Qué te dice Catón? —le tiró de la lengua César, que no

soportaba a aquel hombre al que Pompeyo parecía apreciar.

—No me dice nada porque lo he dejado en Dirraquio.

—Al mando, supongo.

—¡Hombre, no habría aceptado menos!

«Así que ya empiezas a conocer de verdad a Catón», pensó César.

—¿Sabes cómo me llamó hace unos días Ahenobarbo?

—No. ¿Cómo?

—¡Agamenón, rey de reyes! ¡Como si pretendiera convertirse en mi Aquiles! Él es el que más me calienta la cabeza diciéndome que combata aquí o allá, que haga las cosas de esta forma o de esta otra. Cada día que sacas a tus tropas, se empeña en que acepte la batalla. ¡Estoy por dejarle el mando, a ver qué se le ocurre!

Pompeyo, que llevaba un rato mirando al horizonte mientras despotricaba, volvió el rostro hacia César, y su expresión cambió.

—Solo combatiré contigo cuando yo quiera, César.

—Es tu prerrogativa como general.

—Sabes que no me puedes ganar.

—¿Tan seguro estás?

—¡Los dos lo sabemos, César, déjate de tonterías! Empezaste como abogado y como político, y al final resultó que no eras mal general. ¡Pero yo llevo mandando ejércitos desde que me quité la pretexto! Soy como tu tío Mario, un militar innato. ¡Odio la política, pero gano guerras!

—Yo también las he ganado.

—Discúlpame, pero no entiendo que en Roma se hayan organizado tantas alharacas por tus victorias. Los celtas y los germanos son bárbaros atrasados. ¿De qué glorias guerreras pueden alardear? ¡Una victoria sobre cuatro cazurros piojosos y el senado decreta quince días de agradecimiento a los dioses!

César meneó la cabeza. El problema de Pompeyo era que quería que sus victorias fueran inmortales y nadie las superara. Por él, las fronteras de Roma se quedarían para siempre tal como las había establecido para que nadie lo aventajara en gloria.

—Igual que barrí a los piratas del mar en un mes, habría conquistado la Galia entera en una sola campaña y nadie se habría vuelto a levantar. ¿Has

visto tú que alguien se rebele en Grecia, en Asia Menor, en Siria? — Pompeyo se interrumpió y se mordió los labios. Después, en tono más bajo prosiguió—: Perdóname, viejo amigo. Eres grande en muchas cosas, y yo mismo he buscado tu consejo en ocasiones, como bien recordarás.

—Pero...

—Pero como general no estás a mi altura. Renuncia a esta locura. Ya viste lo que ocurrió en Dirraquio. La próxima vez que se repita, será la última.

—¿Y qué pretendes que haga? ¿Que me rinda para que me entregues a Labieno y me sacrifique como a una res?

Aquel fue un flechazo disparado a ciegas, pero acertó.

—Por mí habría sido clemente con los prisioneros, pero todos insisten en que hay que mostrarse inflexibles con los que traicionan a la República. Labieno se ofreció para ejecutarlos, aunque es cierto que no tenía por qué vilipendiarlos antes.

—Maldito bastardo —dijo César, rechinando los dientes.

—Sí, lo es, y un demonio del Averno. Pero también es muy bueno, César. Ganaste la mitad de tus victorias por él, y ahora está conmigo.

—¿Él te ha dicho eso?

—Él y muchas otras personas. Sí, César, debes rendirte. Pero si lo haces, yo no te entregaré a Labieno. Te buscaré algún lugar lejos de Roma, y cuando pase el tiempo y se calmen los ánimos tal vez puedas regresar y arreglemos las cosas.

César se levantó. Gracias a su rival poseía bastante información nueva, mientras que él mismo no había soltado prenda. Pero eso había ocurrido así porque Pompeyo quería. ¿Qué pretendía con esa reunión? ¿En serio pensaba que César se iba a rendir y partir voluntariamente al destierro?

Un destierro en el que nadie le garantizaba que no llegaran asesinos a matarlo en la noche. Así le había ocurrido a Alcibíades: era tan peligroso para sus enemigos que estos lo temían incluso lejos de la patria.

Como él.

—Ha sido agradable charlar contigo, Pompeyo —dijo, tendiéndole la mano—. Pase lo que pase mañana, siempre tendrás mi admiración y mi amistad.

Pompeyo le estrechó la mano y sonrió de medio lado.

—¿Mañana? ¿Qué crees que va a pasar mañana? Sacarás a tus tropas y lo único que conseguirás será que se pongan morenos al sol. Ya te he dicho que pelearé cuando a mí me convenga y donde a mí me convenga.

César palmeó el papiro que llevaba bajo el cinturón y dijo:

—Gracias por la carta.

Después se dio la vuelta y emprendió la bajada.

Para los legionarios la rutina de recoger petates, desinstalar tiendas y desmantelar empalizadas resultaba tan natural como respirar. Cuando pasaban varios días acantonados en el mismo lugar, sus mandos solían ordenarles que desmontaran las tiendas y al momento las volvieran a montar, todo ello sin dar ninguna explicación, solamente para que no perdieran la costumbre ni se volvieran demasiado haraganes.

Así pues, el plan primitivo de César era levantar el campamento. Pero algo le decía que al día siguiente Pompeyo iba a ofrecer batalla. Si no, ¿por qué esa entrevista que parecía más bien una despedida?

A Pompeyo le encantaban los ejemplos morales y militares de la historia de Roma. Como general, le gustaba equipararse con Alejandro, y por eso desde muy joven se había atribuido tan campanudamente el cognomen de Magno.

Pero también era un gran admirador de Escipión. Según la tradición, este se había reunido con su rival Aníbal la víspera de la batalla de Zama. ¿No habría planeado Pompeyo aquel encuentro para luego poder contárselo a los cronistas que cantarían sus loas como vencedor en el llano de Farsalia?

—Es eso, seguro. Mañana combatiré —murmuró para sí, mientras los germanos de su escolta roncaban alrededor de la hoguera envueltos en mantas.

Volvió a examinar el mapa. Todos los días había desplegado a sus legiones apoyando el flanco izquierdo en las orillas del río Enipeo, que con sus escarpes y taludes le proporcionaba protección. Por la derecha estaban los montes, pero demasiado lejos. Aunque apostaba a sus mil jinetes en ese lado, lo hacía a sabiendas de que resultaba imposible cubrir toda aquella zona y evitar las temidas maniobras de flanqueo de la caballería.

¿Cómo actuaría él si fuese Pompeyo? Lo más lógico parecía que su rival intentase ganar la batalla allí donde era más fuerte.

En realidad, Pompeyo era más fuerte en todo, pues disponía casi del doble de legionarios. Pero en caballería, con una proporción de siete a uno, su superioridad resultaba abrumadora.

Llegada la hora del combate, las tácticas eran muy sencillas, aunque su realización práctica implicase dificultades. Desde los primeros tiempos de la República, cuando el ejército constaba tan solo de dos legiones y luego de

cuatro, los romanos luchaban dividiendo sus tropas en dos alas, una por cónsul. Después, cada ala batallaba contra el enemigo que tenía enfrente.

Lo normal era que todos desplegaran las mejores tropas en el flanco derecho, el puesto de más honor. Como los adversarios hacían lo mismo, en cada lado se enfrentaban las tropas selectas de uno contra las peores de otro. Eso significaba que lo esperable era que el ala derecha propia derrotase a la izquierda del enemigo, y viceversa. La clave estaba en poner en fuga lo antes posible al adversario para acudir en socorro del flanco en apuros. Si se conseguía, como habían hecho los romanos en Cinoscéfalos contra las falanges macedonias, la victoria estaba asegurada.

Ahora César no pensaba tanto en términos de ala derecha o izquierda como de infantería y caballería. Su problema estribaba en que en ninguna de las dos armas era más fuerte que su adversario.

Se encontraba ante un desafío extremo. Pero si alguien le hubiera preguntado a César cómo se sentía y él se hubiese parado a reflexionar, habría podido contestar que en aquel momento era el hombre más feliz del mundo. Pues, absorto en planear la batalla, tanto el mundo exterior como él mismo habían desaparecido, sustituidos por el mapa sobre sus muslos y el paisaje de su mente, más real que la luz y el calor de las llamas.

Se trataba de un problema apasionante, que mezclaba matemáticas — número de hombres y caballos, distancias, alcances de proyectiles— con ingeniería —resistencia de materiales, que en este caso no eran las piedras de un dique ni un acueducto, sino hombres.

Daba por supuesto que Pompeyo iba a desencadenar a Labieno y su caballería como si fueran los perros de Hécate. Cuando sus siete mil jinetes cargaran en masa contra los mil de César, situados en el flanco derecho, los pasarían por encima o los pondrían en fuga. Parte de ellos perseguiría a la caballería de César, pero el grueso embestiría contra la retaguardia de su infantería. Esta se encontraría preparada física y mentalmente para resistir ataques frontales de las legiones de Pompeyo, no para una carga de caballería por el flanco o la retaguardia. En cuanto se vieran rodeados, cundiría el pánico y después vendría la matanza. Era la táctica con la que Aníbal había masacrado a los romanos en Cannas.

Lo que tenía que hacer César era, al menos, retardar esa carga. De sus mil

jinetes, ochocientos eran germanos, la caballería más eficaz que había visto jamás. No porque fueran los mejores montando a caballo, ya que otros pueblos como los nómadas los superaban en el dominio de la equitación. Pero los germanos sembraban el pánico por su ferocidad y su tamaño, y sus tatuajes y sus pinturas de guerra contribuían a acrecentar ese miedo. Además, resultaban imprevisibles. A menudo, los usípetes de Saxnot frenaban a sus bestias en plena batalla, se arrojaban al suelo y destripaban con sus espadas los vientres de los caballos enemigos, sin que les importara ser pisoteados por sus cascos. Eran tan grandes que les bastaba con estirar los brazos para descabalgarse a los jinetes adversarios, y tan duros y fieros que en ocasiones parecía que había que matarlos dos veces: César recordaba cómo en la batalla contra Ariovisto había visto a un germano mantener a raya a tres legionarios blandiendo un enorme espadón con la mano derecha mientras con la izquierda se sujetaba los intestinos eviscerados por una lanza enemiga.

Cierto que también Labieno tenía germanos, doscientos o trescientos, y varios millares de galos. Pero los más salvajes de entre los salvajes luchaban con César, y le habían jurado uno por uno ser leales y seguirlo hasta la muerte. Si se hubiese arrojado con su caballo dentro de un bosque en llamas, Saxnot y sus hombres habrían cabalgado tras él; su ética guerrera hacía inconcebible que actuaran de otro modo.

Con todo, seguían siendo demasiado pocos. Desde el experimento que llevó a cabo al retirarse de Dirraquio, César había seguido mezclando hombres de infantería jóvenes y rápidos entre los jinetes. El entrenamiento diario los había convertido en expertos en esa forma de lucha, e incluso en una escaramuza lograron matar a bastantes jinetes galos; entre ellos Ego, el traidor que reveló sus flaquezas a Pompeyo. Pero solo había sido eso, una escaramuza librada contra un destacamento. César estaba seguro de que al día siguiente Pompeyo los iba a golpear con todo, usando su caballería en masa como si fuese el martillo de Vulcano.

Sobre el mapa, su dedo trazó una y otra vez el movimiento, un arco que, después de vencer la resistencia de sus jinetes, rodeaba por la derecha sus legiones y luego se movía hacia la izquierda por detrás de ellas.

«¿Y si pongo otra barrera?», pensó. Aunque tuviera menos tropas que Pompeyo, planeaba combatir a la manera clásica, formando tres líneas de

cohortes para atacar con las dos primeras y mantener la tercera en reserva. Dibujó en el polvo del suelo las cohortes de la X legión, que se desplegarían en el extremo derecho de su infantería, al lado unos triángulos que representaban sus escuadrones de caballería y entre ambas formaciones un aspa que representaba su propia posición de mando.

«Si quito unidades de esa tercera línea, sacando una cohorte de cada una de las legiones que tiene más hombres, y las pongo aquí —murmuró, trazando una diagonal detrás del ala derecha y de la caballería—, puedo retardar su avance».

Esos hombres iban a ser carne de matadero. Pero si ganaban tiempo para el resto de sus compañeros de infantería, estos podrían cargar contra las líneas de Pompeyo y romperlas.

«Si es que las rompen, claro», pensó. Porque no podía olvidar que tenía la mitad de legionarios. Más experimentados, sí, pero solo la mitad.

—César, perdona que te moleste.

César levantó la mirada del mapa. De nuevo debía de llevar demasiado rato concentrado en lo que tenía cerca, porque al pronto vio tan borroso el rostro de aquel hombre que no lo reconoció.

—Soy Crastino —dijo el centurión al darse cuenta de que el general bizqueaba para enfocararlo mejor.

—¡Ah, Crastino! Ayúdame a levantarme, por favor. No sé cuánto tiempo llevo aquí y tengo las rodillas anquilosadas.

El primipilo le tendió la mano y tiró de él. Ya incorporado, César se estiró la túnica y le preguntó:

—¿Qué puedo hacer por ti, el mejor de mis centuriones?

—Gracias por tus palabras, César. No he podido evitar observarte y ver cómo movías la cabeza y murmurabas una y otra vez. Sé que algo te atormenta.

—Muy observador.

—Mañana habrá batalla, ¿verdad?

César miró a ambos lados y bajó la voz.

—Sí, pero no se lo digas a nadie. Los muchachos están siempre listos para pelear.

—Eso es cierto.

—Pero si les decimos que mañana será la batalla, muchos no podrán dormir imaginándose mil cosas, unas malas y otras buenas. Lo que mañana necesito son hombres descansados y sin imaginación.

—Tienes toda la razón, César. Pero por muy descansados que estemos no va a ser fácil. Nos duplican en número y no son bárbaros desorganizados, sino legionarios romanos. Era eso lo que te preocupaba, ¿verdad?

Un hombre sincero, Crastino. A César le gustaba fomentar esa franqueza entre sus subordinados. Sobre todo entre los centuriones, que eran los que de verdad comprendían la locura de la guerra.

—Así es. Pero nos dupliquen o no, vamos a vencer.

—Necesitaremos toda la ayuda posible, César.

—Tenemos lo que hay en este campamento —dijo César, señalando a su alrededor—. Lo que nosotros mismos hemos construido durante años en la Galia, el mejor ejército del mundo. Si no basta porque el enemigo nos abruma en número, espero que al menos caigamos con gloria.

—Perdona mi atrevimiento por contradecirte, César, pero también están los dioses.

—Mañana los dioses recibirán plegarias y sacrificios míos y de Pompeyo. No sabemos por cuál se decantarán.

—Tú te refieres a los dioses celestes, señor. Yo estoy pensando también en otros a los que no se debe nombrar. —Crastino escupió a un lado e hizo un gesto de protección mágica con los dedos—. Quiero pedirte que me dejes hacerles una ofrenda que no podrán rechazar.

Escéptico o casi ateo como era, César sintió un escalofrío.

—¿Estás pensando en...?

—Sí, César. Si me lo permites, mañana les ofreceré la devotio.

extremo del Mediterráneo. A los demás solía ponerlos en la retaguardia o rellenaba con ellos los huecos entre legiones; pero los necesitaba de su parte, pues eran más importantes por el alimento y el dinero que aportaban que por su contribución militar.

Entre los mandos que asistían a la reunión táctica de esa noche había incluso reyes y príncipes. Se encontraban allí, entre otros, Ariobarzanes de Capadocia, Taxiles y Megabates de Armenia, Deyotaro el gálata y Sadalis de Tracia. Para impresionar a todos esos potentados, lo mínimo que podía hacer Pompeyo era servirles manjares en bandejas de plata y bebida en copas de oro o al menos de vidrio soplado de Sidón. El vino era el mejor caldo de Quíos, refrescado con nieve del Olimpo que conservaban en cisternas frigidarias excavadas dentro de la misma tienda. Y, por cierto, ¡qué pronto se acostumbraban a esos lujos los virtuosos romanos Esfínter, Domicio, Léntulo, Rufo, su suegro Escipión, Afranio y todos los demás! Eran ellos los que habían sugerido el menú para el banquete de mañana, pues, como decía Esfínter: «No todos los días se celebra la salvación de la República».

Precisamente una de las razones por las que Pompeyo tenía decidido presentar batalla era por no perder el prestigio ante sus aliados y clientes orientales. Sabía de sobra que empezaban a rumorear entre ellos que no se atrevía a combatir frontalmente contra César porque le tenía miedo. ¡Él, Pompeyo el Grande, criado en un campamento militar, que a los veinte años ya reclutó su primer ejército por sus propios medios! ¡El hombre que más territorios había conquistado para Roma y que había convertido a la República en señora absoluta de los mares! ¿Cómo iba a tener miedo él, el hijo predilecto de Marte y Belona?

Lo lamentaba por César. Durante su breve conversación había recordado que sentía más simpatía por él que por la mayoría de los optimates que atestaban la sala de conferencias de la tienda. Pero, al igual que Aquiles admiraba a Héctor y sin embargo tuvo que matarlo en duelo para demostrar su virtud, a él no le quedaba más remedio que demostrar de una vez y hasta el fin de los tiempos quién era el más grande de los romanos.

—Caballeros —declaró con voz solemne Pompeyo—. Os anuncio que mañana terminará esta guerra.

Tanto los legados y oficiales como los jefes aliados se miraron

sorprendidos. Luego estallaron en aplausos. Pompeyo levantó la mano y pasado un rato consiguió imponer silencio.

—Por la mañana —prosiguió— saldremos al campo de batalla. Esta vez nos internaremos más en la llanura. César no resistirá la tentación. Pero si está esperando que esas legiones galas de las que tanto se ufana le den la victoria, va a llevarse una gran decepción. Pues la infantería ni siquiera tendrá tiempo de entrar en acción antes de que su derrota sea total.

Se desataron murmullos de incredulidad. De nuevo, Pompeyo tuvo que esperar a que se callaran.

—Sé que lo que acabo de decir suena increíble, pero no lo es. En cuanto yo dé la señal para la batalla, nuestra caballería atacará el flanco derecho de César. Él pondrá allí a sus jinetes, pero los nuestros los barrerán del campo gracias a su valor y su superioridad numérica. Cuando lo hayan hecho, rodearán el ejército de César por la retaguardia y sembrarán el caos en sus filas. ¡Todo eso ocurrirá antes de que nuestros legionarios lancen una sola jabalina! Lo único que le quedará por hacer a la infantería es colaborar con la caballería para terminar de destruir al enemigo.

Tras un nuevo coro de voces, ahora más laudatorias que escépticas, Pompeyo declaró:

—De esa misión se encargará Tito Labieno, al mando de toda la caballería. Labieno, ¿quieres añadir algo?

El antiguo legado de César se adelantó de la primera línea del corro que formaban los mandos principales. Era un hombre de mediana estatura que parecía tener más años que su verdadera edad por lo curtido de su rostro y porque una pedrada recibida en el sitio de Alesia le había arrancado cuatro incisivos. Sin ser guapo por naturaleza, aquel hueco en las encías no solo lo afeaba más, sino que hacía más feroz un rostro de por sí hosco con aquella barba hispida y aquellos ojos tan juntos.

—¡Amigos! —dijo Labieno, aunque ni su gesto ni su semblante resultaban amistosos—. Sé que algunos temen al ejército de César porque creen que es el mismo que conquistó a los fieros galos y a los germanos. Os puedo decir que no, y con conocimiento de causa. En primer lugar, la caballería tuvo mucho que decir en esos éxitos, y ahora la mayoría de sus jinetes se encuentran aquí conmigo.

»En segundo lugar, muchos de esos hombres han ido muriendo durante las mismas campañas galas, y después por la peste que se propagó por Italia mientras nosotros estábamos ya en Grecia, y a muchos más les hemos dado muerte nosotros en Dirraquio.

—Sobre todo tú, carnicero —oyó murmurar Pompeyo a su lado. Prefirió no saber quién lo había dicho; él también se sentía culpable por haber permitido que Labieno vejara a los prisioneros antes de degollarlos y los arrojara todavía agonizantes a una zanja.

Labieno, haciendo caso omiso al comentario, prosiguió:

—César quiere hacernos creer que las legiones que tiene aquí son veteranas, pero en su mayoría están formadas por reclutas alistados el año pasado en Hispania y en la Galia Cisalpina. ¡Por eso, os digo que es muy posible que mi caballería los masacre a todos antes de que vuestras legiones tengan oportunidad de intervenir!

Según la información que poseía Pompeyo, lo que decía Labieno sobre las legiones de César era, cuanto menos, una exageración. Con todo, los presentes acogieron su afirmación con aplausos. Labieno levantó la copa de vino y dijo:

—¡Para mí es un orgullo ser el elegido para asestar el golpe definitivo al enemigo de la República! No me parece un azar que la caballería que tantos éxitos dio a Alejandro Magno le brinde ahora el triunfo a su glorioso sucesor, Pompeyo el Grande. ¡Aquí y ahora juro ante Júpiter Capitolino, Juno y Minerva que no regresaré a este campamento si no es como vencedor de Julio César!

Todos brindaron por la victoria. Salvo Pompeyo, que se sentó en su silla curul, dio un largo sorbo de vino y pensó con gesto sombrío: «Tú encárgate de derrotar a César como tanto alardeas, Labieno, que ya te bajaré yo los humos».

surco entre la nariz y el labio.

—Cuando os conviene, Alejandro era griego y cuando no, macedonio. En cualquier caso, no es mal presagio, ¿no te parece?

—Pensé que no creías en esas cosas, señor.

—Como los griegos con Alejandro: creo cuando me conviene, Menéstor, cuando me conviene.

Tras el afeitado, César se lavó a conciencia con agua y con sapo o jabón, una sustancia que fabricaban los germanos mezclando ceniza de haya y grasa de cabra, y que luego prensaban en pastillas. Había comprobado que era más eficaz que el aceite de oliva, y si se mezclaba con perfume —un refinamiento que hacía arrugar la nariz a Saxnot— dejaba un olor agradable en la piel.

Mientras se lavaba, el personal de servicio de la tienda entraba y salía. Eran pocos los que no habían visto en cueros a su general, que llevaba su desnudez con tanta soltura y naturalidad como la toga o la armadura.

Por fin, se atavió para la batalla. Sobre el subligaculum, la ropa interior, se puso una túnica de finísimo lino blanco que le cubría los brazos hasta los codos. Era prácticamente el único en el ejército que llevaba esas mangas, pero se trataba de una costumbre que había adquirido cuando era un niño en la Suburra y quería taparse los brazos para que los demás críos del barrio no vieran lo enclenques que tenía los bíceps. Con los años, el ejercicio había musculado sus brazos y su torso, pero seguía usando ese tipo de túnica que algunos le criticaban como capricho de petimetre.

Por encima de la túnica se colocó el subarmalis, un justillo de piel relleno de lino que protegía el cuerpo del propio roce de la coraza. Para ceñirlo se ajustó su viejo cinturón, una correa de cuero que había utilizado en su primera batalla contra los helvecios.

—¿Algún día cambiarás de cinturón, señor? Está tan descolorido que desentona con el resto —le preguntó Menéstor, arrodillado para atarle los calcei, las botas cerradas que solían llevar los oficiales.

—Cuando se caiga a pedazos, me lo pensaré —respondió César. Tan racional en casi todo, no podía evitar ciertas supersticiones. Aquel cinturón había estado con él en todas sus victorias. Hoy, al menos, lo acompañaría una vez más.

Mientras se abrochaba la hebilla, sus ojos recorrieron distraídamente el

escritorio. De pronto vio la carta de Julia, envuelta en su cinta amarilla.

«Hoy es el día más importante de mi vida», pensó. Cogió el pequeño papiro que aún no se había atrevido a leer y lo remeti6 entre el cintur6n y el justillo. Viviera o muriera, las palabras de su hija estarían con 6l.

Por fin, Men6stor le ayud6 con la coraza. En esta ocasi6n eligi6 una de bronce que imitaba los m6sculos del torso, cerrada por anillas con correas en el lado izquierdo de tal manera que, si era necesario, podía desatarlas con facilidad y librarse de aquel caparaz6n. Por debajo era muy ancha y abierta, de modo que al montar a caballo no se clavase en las ingles ni los muslos. Para evitar que la parte superior le hiciera rozaduras, Men6stor le at6 un pañuelo rojo al cuello. Era el color que llevaban los legionarios de la X, porque C6sar les había otorgado el derecho a llevar el mismo distintivo que 6l. A los de la IX, despu6s del motín, les había prohibido que llevaran sus pañuelos amarillos, y durante el tiempo que dur6 el castigo se los podía reconocer f6cilmente por las marcas y erupciones en la garganta y la nuca.

Sobre la coraza, el propio C6sar se cruz6 el tahalí que sujetaba la funda de la espada. Los soldados la llevaban en el costado derecho, pero la suya, un espl6ndido gladio de acero forjado por un herrero de Gades, colgaba junto a su cadera izquierda.

Despu6s, Men6stor le ech6 por encima el paludamentum, la capa roja de C6sar que ya se había hecho legendaria. Pocos oficiales llevaban manto en el mando de batalla, porque podía suponer un estorbo o incluso un peligro si se enganchaba entre ramas o un enemigo tiraba de ella para derribarlo del caballo. Pero con esa capa C6sar resultaba inconfundible desde lejos. Uno de los adagios de su tío Mario, uno de los mayores talentos militares que había engendrado Roma, rezaba: «Es más importante que los soldados vean a su general que el general a sus soldados». Gracias a que habían visto aquella capa, sus hombres lograron resistir en el peor momento del sitio de Alesia, cuando Vercinget6rix desde dentro de la ciudad y Vercasivelauno desde el exterior lanzaron un ataque simultáneo con más de cien mil hombres.

Por último, Men6stor descolg6 del armero el yelmo que C6sar solía usar con aquella coraza, una pieza con carrilleras y un gran penacho de crines negras. C6sar lo tom6 bajo el brazo. En la batalla, a no ser que 6l mismo entrara en combate como había hecho en el Sabis, solía llevarlo colgado de la

silla, para que los soldados vieran bien el rostro de su general y supieran cuánto confiaba en que Fortuna lo protegería.

Cuando salió de la tienda, ya estaban delante de ella casi todos los legados y los tribunos, más los primipilos de cada legión.

—¿Damos ya la orden de levantar el campamento, César? —preguntó Marco Antonio.

De pronto César se quedó dudando, y por un instante se sintió ridículo. En su cabeza venía tarareando la marcha de Zama, convencido de que iban a entrar en combate. Pero, como solía ocurrirle al despertar, los pensamientos que tan convincentes le habían parecido durante la noche ahora se le antojaban descabellados a la luz del día. ¿Quién le aseguraba a él que Pompeyo iba a sacar su ejército al campo de batalla?

Sus dedos hurgaron bajo la coraza, entre el cinturón y el justillo, y tocaron el lazo que rodeaba la carta. Sí, iba a ser hoy. Tenía que ser el día. Pero ¿cómo explicárselo a su plana mayor sin revelarles que había mantenido un encuentro secreto con Pompeyo?

Le sacó de su vacilación el hueco golpeteo de unos cascos de caballo a su espalda. Un explorador germano venía cabalgando de la puerta pretoria. Al llegar cerca del grupo de oficiales, hizo girar a su montura y se bajó agarrándose de sus crines sin molestarse en detenerla del todo.

—¡César! ¡Pompeyo está saliendo!

El corazón de César se aceleró.

«¡Lo sabía!».

—Eso mismo ha hecho todos los días —dijo Marco Antonio—, pero luego se ha quedado en la ladera.

—¡Hoy no! —respondió el explorador—. Hoy salen todos. Muchos. Salen muchos a la llanura.

César se acercó al germano y lo agarró por los hombros.

—¿Estás seguro de lo que dices?

—Sí, César. Lo he visto con estos ojos míos.

—¡Magnífico!

César se volvió hacia sus oficiales y empezó a impartir órdenes a la velocidad de una descarga de flechas.

—¡Tocad a generala! ¡Levantad el pabellón rojo sobre mi tienda! ¡Que

salgan al campo por las cuatro puertas! ¡Tirad la empalizada a ambos lados de la puerta pretoria y rellenad la trinchera con tierra para que puedan salir más hombres a la vez!

—Pero, César —objetó Claudio Nerón—, si hacemos eso y tenemos que retirarnos al campamento, no lo podremos defender.

César le puso la mano en el hombro y le dijo:

—Fíjate si estoy seguro de la victoria, amigo mío, que si en vez de un campamento esto fuera una flota, la quemaría entera. Hoy la consigna será Venus Venetrix^[9]. ¡Vamos, en marcha todos!

Cada mando se dirigió hacia su unidad para impartir órdenes. Antes de alejarse, Marco Antonio agarró del brazo a César y le dijo:

—¿De veras estás tan seguro de la victoria? ¿Crees que es prudente lo que acabas de hacer?

—¿Qué es la duda, Antonio?

—¿Ahora te vas a poner filosófico?

—Tú contéstame.

Marco Antonio frunció el ceño, seguramente tratando de recordar sus lecciones de filosofía y retórica.

—La duda es la suspensión del juicio cuando hay dos decisiones posibles —dijo por fin.

—Pues yo les he quitado a mis hombres toda posibilidad de dudar. Los soldados de Pompeyo saben que tienen dos opciones: vencer o rendirse y vivir un día más. Nosotros solo podemos vencer.

—O morir, claro.

—Esa opción no la decidiremos nosotros, sino Fortuna o el enemigo.



46

Los soldados tenían tan automatizadas las rutinas y maniobras que una hora después el ejército de César ya formaba en el llano. Frente a ellos, a unos mil metros, las tropas de Pompeyo se veían desplegadas a tres kilómetros de su campamento en el monte. La llanura entre ambas huestes era tan lisa como cualquier comandante podría soñar. «Sobre todo uno de caballería», pensó César.

Aunque la batalla oficial no había comenzado, en la tierra de nadie que separaba ambos ejércitos ya se empezaban a librar escaramuzas entre destacamentos de infantería ligera. También salían escuadrones a caballo de uno y otro bando que se acercaban a las líneas fronteras, lanzaban sus desafíos y algún que otro proyectil y aprovechaban para echar una ojeada a la disposición del adversario e informar a sus jefes.

Uno de esos jinetes era Hrodulf. El sobrino de Saxnot regresó galopando junto a César. El general contemplaba el terreno y las operaciones desde la relativa altura que le brindaba su caballo Ascanio, un corcel elegido no solo por su tamaño y su sangre, sino porque relucía tan blanco como la cima del Olimpo; montado en él con su capa roja parecía una mancha de sangre sobre la nieve, y sus hombres podían divisarlo desde grandes distancias.

—¿Has visto los estandartes y los números? —preguntó César.

—¡Sí! Son los mismos que todos los días —respondió el germano.

César asintió. Él también había desplegado a los suyos como en las

jornadas anteriores. En el campamento quedaban dos mil hombres nada más, los que por edad, enfermedad o alguna herida se hallaban en peores condiciones. Aunque César no se lo había dicho a los soldados ni a sus oficiales, los que quedaban en la guarnición habían recibido la orden de rellenar los huecos de la empalizada. Una cosa era que sus hombres no tuvieran opciones, y otra muy distinta que no las tuviera su general.

En el campo de batalla había alineado a veintidós mil legionarios más un millar de jinetes. Por lo que sabía, Pompeyo contaba con cuarenta mil efectivos de infantería y siete mil de caballería, más varios millares de aliados en reserva. Su frente, que empezaba en el río Enipeo y se extendía hacia los montes del norte, ocupaba unos tres kilómetros. Para cubrir una distancia similar, César se había visto obligado a adelgazar sus líneas, de tal manera que cada cohorte formaba con seis filas, mientras que las de Pompeyo tenían diez de profundidad.

César había dividido en tres secciones el frente. A la izquierda, empezando en la orilla del río, estaba Marco Antonio con cuatro legiones; entre ellas la VIII y la IX, que tras haber sufrido tantas bajas en Dirraquio actuaban coordinadas como una sola unidad. En el centro se encontraba Calvino con las dos legiones que había traído de Macedonia y también con la XIV. El ala derecha la mandaba el legado Sila con la XIII, la XXVII y la VI. En el extremo, el puesto de mayor privilegio y peligro, formaba la X, la niña de los ojos de César; aunque en los últimos meses la VI empezaba a disputarle ese honor.

Por el momento, el propio César se había colocado entre el extremo derecho de la X legión y su propia caballería. Esta la mandaba Saxnot, de modo que la escolta personal de César quedaba en manos de Hrodulf y veinte jinetes germanos que no debían separarse en ningún instante del general.

Antes de toda batalla había que consultar los auspicios y comprobar la voluntad de los dioses. Primero, el pullarius sacó a los pollos sagrados de la jaula y les echó trozos de pan, que devoraron con gran apetito. Era buen presagio; en cualquier caso, lo contrario habría resultado sorprendente, ya que el pullarius les hacía pasar más hambre de la que habían padecido los soldados en Dirraquio. Después, César en persona degolló un cabritillo delante de la primera fila de la X. Mientras se lavaba las manos, el arúspice,

un sacerdote de pura sangre etrusca, rajó el vientre de la víctima, examinó su hígado rojo y brillante y dictaminó que a los dioses les complacía que se batallara ese día.

Llegaba la hora de las arengas. En el texto sobre la guerra de las Galias que ya había corregido, César, respetando una tradición literaria que se remontaba a Heródoto y Tucídides, se presentaba a sí mismo dirigiéndose a todo el ejército a la vez. Pero con un frente de tres mil metros, ni el mítico Esténtor habría logrado que su portentosa voz alcanzara a todos los rincones.

Lo que hizo César fue cabalgar por delante de las líneas, levantando el brazo para saludar y deteniéndose aquí y allá para animar a las diversas unidades, a menudo con comentarios individualizados que conseguían que cada cohorte y cada legión se sintiera la más importante. Las breves soflamas que pronunciaba tenían poco que ver con los discursos que aparecían en los libros. Cuando él mismo escribiera su crónica, contaría que había animado a los soldados hablando de los esfuerzos que había hecho por la paz, de cómo había mandado a Vatinio a conferenciar con Labieno y a Aulo Clodio con Escipión, porque no quería privar a la República de uno de sus ejércitos.

Pero ese discurso no lo podía dar en estas circunstancias. Ahora necesitaba la victoria. Para eso sus soldados tenían que odiar al enemigo. Muchas de las expresiones cuartelarias que utilizó César habrían corroído el papiro del mismo modo que el veneno de la Hidra corroyó la carne de Hércules.

La última unidad que recibió su arenga fue la primera cohorte de la VI legión. Durante los días previos sus hombres habían formado en la primera línea, a pocos metros de la X legión, lo que hacía que se propinaran codazos entre sí y se jactaran: «Somos los favoritos de César». Pero esa misma mañana, mientras salían por una ancha brecha recién abierta junto a la puerta pretoria, Claudio Nerón les había ordenado parar y apartarse a un lado para dejar que el resto de la legión desfilara por delante de ellos.

—¿Qué hemos hecho para que nos castiguen así? —preguntó Pulquerio, que caminaba con Rufino justo delante de Furio.

—No lo digas en voz alta —replicó Rufino—. Por una vez que no estemos en primera línea no pasa nada. ¿Tú te das cuenta de que de cuatrocientos ochenta que éramos en la cohorte no quedamos más que

doscientos setenta y ocho?

Furio pensó que resultaba difícil no darse cuenta. Ahora, como optio, dormía en una tienda más grande junto con los demás suboficiales de la centuria. Pero cuando compartía tienda con Rufino y Pulquerio eran ocho contubernales, mientras que ahora solo quedaban cuatro. Tres habían muerto la noche del desastre, y el gordo Numenio se las había arreglado para quedarse en Apolonia con rebaja de servicio pese a no haber recibido ni un solo rasguño en toda la campaña.

Tras un intervalo de espera —Furio había comprobado que la vida militar se dividía en breves instantes de terror separados por largos periodos de tedio—, desfilaron a la cola de su legión y se quedaron en la tercera línea. Apenas acababan de clavar los estandartes en el suelo cuando les ordenaron que se movieran de nuevo, esta vez hacia la derecha.

—¡Furio! —gritó Esceva desde la vanguardia de la centuria cuando llegaron a su nueva posición—. ¿Qué coño haces ahí atrás? ¡Ven aquí a echarme una mano!

Como optio, la misión de Furio consistía precisamente en quedarse atrás, pero se adelantó sin discutir. Una vez delante, entre él y el primipilo alinearon a la primera fila en su nueva posición.

Que era bastante insólita. En lugar de dar la cara al enemigo, estaban mirando a su propia caballería. En concreto, a las ancas de sus caballos. Por la orientación de las centurias que formaban con ellos, Furio comprendió que había una serie de cohortes, cinco o seis al menos, desplegadas en una línea oblicua con respecto al resto del ejército, entre la retaguardia de la X legión, en el ala derecha, y las tropas de caballería.

—¡En cuclillas! —ordenó Esceva. Todos se miraron extrañados—. ¡He dicho en cuclillas, como mean las nenas!

Pese a no comprender la orden, la obedecieron. Furio se agachó junto al primipilo y, aunque sabía que no era muy proclive a responder preguntas, le dijo:

—¿Qué pasa, señor?

—¿Y a ti qué coño te importa, optio? Tu misión es ponerte detrás y al que retroceda atizarle un estacazo. ¡Vamos, espabila!

Furio volvió a su sitio corriendo a gatas. Una vez allí, Rufino le preguntó

qué ocurría. Él, que aprendía rápido los modos del mando, le respondió que qué coño le importaba, que lo único que tenía que hacer era mantener la formación y sacarle las tripas a todo pompeyano que se pusiera por delante. A lo que añadió al final: «¿Te enteras, legionario?».

Se oían trompetas y tambores a lo lejos, y también en sus propias filas. De momento no sonaban preocupantes, porque todos los toques marcaban maniobras rutinarias de despliegue. Mientras tanto, entre sus propias filas los centuriones insistían en la misma cantinela previa al combate que se llevaba repitiendo cuando menos desde los tiempos del gran Camilo. «Silencio. Obedeced las órdenes. No os desordenéis. Mantened las filas. Seguid al estandarte. Que nadie se aparte del estandarte y perseguid al enemigo».

Pasados unos minutos oyeron un gran griterío a su izquierda. Aprovechando que Esceva miraba para otro lado, Furio se estiró un poco y se asomó sobre las cabezas de sus compañeros.

El clamor procedía de la X legión. Delante de sus filas vio ondear una capa roja sobre una mancha blanca y sospechó que se trataba de César.

Poco después el general apareció ante ellos, en el pasillo que había quedado entre Esceva y el flanco izquierdo de la caballería. Cuando algunos soldados hicieron amago de levantarse por pura inercia, César hizo un gesto con la mano y exclamó:

—¡Quedaos ahí descansando, muchachos! ¡Porque cuando os toque el turno vais a tener que trabajar de lo lindo!

—¿Nos vas a poner a cavar letrinas aquí, César? —preguntó Rufino, incapaz de contener las ocurrencias que se le venían a la boca.

—¡No, soldado! ¡Vuestra misión es crucial para esta batalla! ¡Por eso os he dejado para el final!

El caballo de César se encabritó. Él lo controló con las rodillas y siguió hablando. Furio estaba casi seguro de que se trataba de un truco para ofrecer una estampa más espectacular, pero había que reconocer que causaba el efecto deseado.

—¡Cuando llegue el momento, nuestra caballería cederá y fingirá huir! ¡Entonces Labieno y miles y miles de jinetes aparecerán aquí, justo donde me veis a mí, cabalgando para rodear a nuestros camaradas y metérsela bien metida por detrás!

—¡Labieno es un hijo de puta! —gritó alguien, y varias voces lo corearon.

—¡Sí que lo es! —dijo César—. ¡Por eso vosotros, la primera cohorte de la VI, junto con las otras cinco cohortes que he seleccionado, le vais a dar lo suyo y también le vais a dar lo de Pompeyo! Cuando os haga la señal y os diga «¡Cuarta línea, cargad!», os levantaréis, juntaréis los escudos y cada uno empuñará su pilum como una lanza. No lo arrojéis, ¿me escucháis? ¡No lo arrojéis a menos que tengáis el blanco tan cerca que sea imposible fallar!

—¡No se lanza el pilum! —repitió el vozarrón de Esceva.

—¡Labieno creará que va a encontrarse con legionarios de retaguardia de las últimas cohortes, con soldados desprevenidos! ¡Pero se va a topar con una pared de escudos y pinchos! ¡Y todos sabéis que los caballos no cargan contra una pared! —El corcel blanco piafó en el sitio. Tras una breve pausa, César prosiguió—: ¡Recordad que tenéis que trabar los escudos como si fuerais los muros de Roma! ¡Porque vosotros sois ahora mismo los muros de Roma, el valladar de su legítimo cónsul, que soy yo! ¡Julio César!

—¡¡¡Céééssaaaar!!! —gritaron todos, levantando los puños desde el suelo.

—Aguantad así, sin ceder ni un palmo, ¿me oís? ¡Sin ceder un palmo! Y cuando se os dé la señal, cargaréis. ¡Ese hijo de puta de Labieno cree que va a arremeter él contra nosotros, pero vosotros le vais a demostrar lo contrario!

—¡¡Síííí, César!!

—¡Una última cosa, soldados de César! Habéis oído que es dulce y decoroso morir por la patria, ¿verdad?

—¡¡Síííí!!

—¡Pues olvidad esa mierda! ¡Nadie ha ganado una guerra muriendo por su patria! ¡Para ganar esta guerra tenéis que conseguir que los que mueran sean esos bastardos que nos jodieron en Dirraquio! ¿Lo habéis entendido? ¡Que mueran ellos! ¡Matad a esos bastardos!

—¡Muerte a los bastardos!

—¡Acabad con Labieno, con Pompeyo y con todos los demás! ¡Matadlos a todos! ¡Muerte a nuestros enemigos!

—¡¡Muerrrrteeee!!

Mientras todavía resonaba la última sílaba, César volvió grupas y se alejó de nuevo hacia el frente. Furio se dio cuenta de que el corazón le palpitaba

como el timbal de una procesión de coribantes. Había tenido que refrenarse varias veces para no ponerse de pie, y sospechaba que a sus compañeros les pasaba lo mismo.

—Ahora sería capaz de comerme crudo a Labieno aunque estuviera cagando —dijo Rufino.

—¿Tenías que añadir eso último? —preguntó Pulquerio.

Lo malo, pensó Furio, era aguardar ahí agazapados. Tras oír la arenga de César odiaba al enemigo más que nunca y se sentía capaz de ganar la guerra él solo. Pero ¿cuánto duraría la espera?

Durante un largo rato los dos ejércitos se limitaron a contemplarse. Se hallaban lo bastante cerca para distinguir los uniformes y los estandartes, aunque no los rostros. Sin embargo, César estaba seguro de que el hombre situado justo frente a él sobre un caballo negro era Pompeyo. A unos cincuenta metros a su derecha, en las filas de la caballería, el estandarte amarillo que ondeaba más alto marcaba la posición de Labieno, a lomos de un corcel tan oscuro como el de su general.

César se volvió a la derecha para echar otro vistazo a su propia caballería. A unos treinta metros de él, un rostro pintado de ocre y blanco le sonrió feroz desde debajo de un yelmo forrado de piel de jabalí. Era Saxnot, cuyas larguísimas piernas colgaban bajo los ijares de su caballo.

«Ánimo, amigo —pensó César—. Te van a caer encima los cielos y la tierra».

Tenían que actuar ya, antes de que Labieno se decidiera a atacar. La coordinación era fundamental. César taloneó a Ascanio en un flanco y el caballo se movió hacia su izquierda, donde se encontraba el último extremo de la formación de infantería.

Allí, en el lugar de honor, estaba Crastino con sus ciento veinte voluntarios. El centurión llevaba puesto el capote encima de la armadura, algo desusado en combate. Solamente César conocía la razón.

Bajó del caballo, abrazó a Crastino, lo besó en ambas mejillas y le dijo:

—Ha llegado el momento, mi buen amigo.

—César, te prometo que hoy voy a comportarme de tal manera que estarás orgulloso de mí, vivo o muerto. —Después se acercó más a él y le susurró al oído—: Pero será más bien muerto. Tú sabes igual que yo que los dioses infernales siempre se cobran sus ofrendas.

César asintió y se apartó. Ayudado por un soldado que juntó las manos a modo de estribo, volvió a encaramarse a lomos de Ascanio. Mientras tanto, Crastino se dirigió a los hombres de su centuria y les dijo:

—¡Seguidme, vosotros que servisteis bajo mis órdenes! ¡Luchad por el general al que jurasteis lealtad! Solo nos queda un último combate. ¡Cuando termine, César recuperará su dignidad y nosotros nuestra libertad!

El caballo de César piafó nervioso, esta vez sin que él lo incitara a hacerlo, como si percibiera la cercanía de presencias poderosas y oscuras que

se agitaban bajo la tierra. Crastino levantó las manos al cielo y con voz potente recitó:

—¡Jano, Júpiter, Marte, Quirino y Belona, yo os invoco! ¡Y a vosotros, dioses lares e indigetes que tenéis poder sobre nosotros y nuestros enemigos! —Después se cubrió la cabeza con el capote, bajó las palmas de las manos hacia el suelo y prosiguió—: ¡A vosotros os invoco también, divinos manes y subterráneos novensiles! ¡Y por último a vosotros, Plutón, Proserpina y Hécate, dioses de los infiernos y los muertos! ¡Os rezo, os reverencio y os ruego que bendigáis al ejército de César con poder y con victoria, y que lancéis sobre sus enemigos miedo, terror y muerte! ¡Ahora, por el bien de Roma, de su cónsul César, de sus legiones y de sus aliados, ofrezco en sacrificio a los dioses infernales y a la madre Tierra las legiones del enemigo Pompeyo!

Crastino hizo una pausa y, tal como mandaba la fórmula, se recogió el capote y se lo ató a la cintura a la manera gabinia. Después desenvainó su espada, se volvió hacia los enemigos y pronunció las últimas frases de aquella terrible fórmula.

—¡Y del mismo modo, dioses celestes e infernales, me ofrendo a mí mismo como víctima de sangre y fuego! ¡Aceptad el sacrificio que os ofrece Gayo Crastino, centurión de César!

Dejando caer el escudo, Crastino emprendió la carrera contra las filas enemigas. Sus voluntarios se miraron entre ellos y murmuraron:

—Ha pronunciado la devotio...

«¡La devotio, la devotio!», corrió por la primera fila hacia la izquierda. «¡La devotio!», se propagó a las cohortes que formaban detrás.

Crastino seguía corriendo solo hacia el ejército de Pompeyo, con la espada en alto, a un ritmo suave para no cansarse antes de tiempo. Hrodulf, al lado de César, preguntó:

—¿Qué es la devotio?

—Crastino acaba de ofrecer a todo el ejército enemigo como víctima para los dioses. Al entregar su propia vida en sacrificio, está obligando a los espíritus infernales a aceptar su ofrenda. Más que un trato, es casi un chantaje.

Era un ritual antiquísimo. En el pasado, dos cónsules que eran padre e

hijo y llevaban el mismo nombre, Decio Mus, se habían ofrecido en devotio para salvar al ejército romano en trances muy apurados, la batalla del Vesubio contra los latinos y la de Sentino contra los samnitas y los galos.

César ignoraba si los dioses aceptarían el sacrificio de Crastino. En otro momento habría dicho que no; ahora, con el vello de la nuca erizado por un escalofrío, ya no estaba tan seguro. De lo que no dudaba era de que la acción del primipilo había conseguido acicatear a los veintidós mil legionarios como una espuela de acero hincada en las ingles. En ese momento estaban convencidos de que todas las fuerzas del cielo y del Averno luchaban a su lado.

Sin esperar a su orden, los ciento veinte hombres de Crastino, aquellos que habían soltado el arado y abandonado a sus familias para tomar de nuevo las armas, corrieron tras su centurión en un silencio roto únicamente por el tintineo de sus cotas de malla y el crujido de sus botas sobre la tierra seca.

César, que percibía la tensión de sus hombres como una vibración que agitaba el aire, aguantó unos segundos más a modo de auriga que tira de las riendas para contener la impaciencia de sus corceles. Después levantó la mano derecha y, con la palma abierta, señaló al enemigo.

—¡¡CARGAAAAAD!!

y detrás aguardaban muchas más, pues siete mil jinetes ocupaban muchísimo espacio y no era fácil disponerlos en el campo de batalla. Labieno había situado delante a los escuadrones más fieros, los galos que él mismo había traído y que serían los encargados de desbaratar a la caballería de César y luego variar hacia su derecha para lanzarse sobre la retaguardia de su infantería. Detrás formaban un contingente de tracios, macedonios y sirios, seguidos por millares de jinetes de otros pueblos. Algunos de ellos tenían la misión de perseguir a la caballería enemiga, pero la mayoría se concentrarían en exterminar a los legionarios de a pie.

—Cornicen —dijo Pompeyo—, da la orden de carga de caballería.

El trompeta obedeció. Al momento, decenas de cuernos respondieron a su llamado. El portaestandarte que cabalgaba al lado de Labieno abatió el pendón. Las primeras filas de la caballería se pusieron en movimiento, primero con un trote pausado para no perder la formación, pero ganando impulso conforme avanzaban.

Aunque el estrépito de miles de cascos golpeando la llanura resultaba ensordecedor, Pompeyo pudo oír el penetrante clangor de las trompetas que venían del ejército enemigo. Aquel centurión suicida se hallaba ya en el centro de la tierra de nadie cuando las cohortes de la primera línea de César se lanzaron a la carga.

—Como cuentan que dijiste, amigo César —murmuró Pompeyo—, los dados ya están echados.

César y su escolta se quedaron en el pasillo que separaba la tercera línea de cohortes de la X de su caballería, pues sabía que en esa zona se encontraba el fulcro que decidiría la batalla para bien o para mal.

A partir de ese momento todo se desarrolló con más rapidez que en ninguna otra lid que hubiera librado César, que se veía obligado a dividir su atención entre lo que ocurría a su izquierda en la batalla de infantería y a su derecha con la caballería.

Por la izquierda, los ciento veinte evocati de Crastino casi habían alcanzado a su centurión y se encontraban a unos cien metros de la línea enemiga. Un poco más atrás, las dos primeras líneas de César, cincuenta y seis cohortes, cargaban ya a la carrera. Para su sorpresa, los hombres de Pompeyo, en lugar de replicar embistiendo a su vez como era habitual, se

quedaron clavados en el sitio como estatuas.

César pensó que su rival estaba cometiendo un grave error. En cuatro quintas partes, el éxito de una batalla se basaba en la moral de las tropas. La finalidad de las arengas, los cánticos, el son de las trompetas y el redoble de los tambores era enardecer a los soldados para vencer la resistencia natural que muchos hombres tienen a matar a sus semejantes y prácticamente todos a arriesgarse a que los maten. Llegado el momento, el general debía desatar esos instintos inflamados, no reprimirlos.

«En la guerra hay que moverse» era otra de las máximas de Mario. «Mientras los soldados corren hacia el enemigo, se sienten cazadores. Si se quedan quietos, se convierten en presas, como patos esperando a que les disparen».

El problema era que, como no había previsto que los pompeyanos no se moverían de su sitio, César había ordenado atacar desde muy lejos. Eso significaba que sus hombres iban a llegar jadeando y más desorganizados de lo que esperaba.

Mientras pensaba en eso, la batalla ecuestre de su derecha reclamaba ya su atención. Siguiendo sus instrucciones, los jinetes de Saxnot esperaron casi hasta el último momento para lanzarse contra los de Labieno. Los acompañaban los antesignani, los infantes a los que César había mezclado en su unidad, que corrían agarrados a las crines de los caballos.

En cuestión de segundos, las vanguardias de ambas tropas chocaron como las olas del mar contra las aguas de la desembocadura de un río.

Por muy rápidos que cabalgasen los jinetes a la carga, en el último momento los caballos siempre se refrenaban un poco antes del choque, porque el instinto de los animales les decía que un impacto frontal contra congéneres de su misma masa podía romper todos sus huesos. Así ocurrió ahora, y las dos líneas se mezclaron en medio de una espesa polvareda. A través de ella, César entrevió cómo los antesignani se colaban entre los huecos y usaban sus espadas para desjarretar a los caballos de los enemigos, mientras que estos a su vez los golpeaban desde arriba alanceando y tajando con sus largas hojas celtas.

—¡Se han parado solos! —dijo Hrodulf.

«¿A qué se refiere? Aquí no se ha parado nadie», pensó César. Pero

cuando el joven germano le tironeó de la capa para que devolviera de nuevo su atención al otro lado del campo, lo comprendió. Por propia iniciativa o por orden de los centuriones, la primera fila de infantería se había detenido a unos cincuenta o sesenta metros de los pompeyanos, más allá del alcance efectivo de las jabalinas, y estaba enderezando sus líneas. La única unidad que seguía con su carga era la de los evocati de Crastino, que ya se había fundido en combate con los enemigos situados frente a ellos.

—Buenos muchachos —dijo César—. Siempre he dicho que el entrenamiento lo es todo.

La pausa no duró demasiado. Recuperado el aliento, la primera línea volvió a ponerse en movimiento con un nuevo grito de batalla, seguida por la segunda, y los que estaban más adelantados dispararon sus pila sobre el enemigo al mismo tiempo que este lanzaba su propia descarga. Aunque se hallaba a cierta distancia, César vio cómo caían los primeros heridos y muertos por ambos bandos, y muchos otros hombres soltaban los escudos.

El pilum, la jabalina que los romanos consideraban un rasgo casi tan distintivo de su patria como la loba capitolina, estaba diseñado para poseer más poder de perforación que alcance. En lugar de la típica punta de las lanzas griegas, el pilum constaba de un asta relativamente corta y una vara de hierro de más de medio metro rematada por una punta piramidal. Su gran capacidad de penetración se debía a que el peso se concentraba en la parte delantera del arma. Si impactaba en un cuerpo desprotegido, el pilum lo atravesaba de parte a parte. Incluso contra una loriga, la aguzada punta podía abrirse paso entre los anillos de hierro y causar heridas graves.

Pero el diseño del pilum resultaba especialmente eficaz contra los escudos. Lanzado por un brazo vigoroso, podía atravesar un broquel y clavarse hasta la lengüeta que unía la varilla metálica con el astil de madera. Aunque no llegara a herir al soldado que sujetaba el escudo, resultaba casi imposible seguir combatiendo con dos palmos de hierro puntiagudo asomando por la parte interior. Arrancar un pilum de un escudo no era tarea fácil; había que hacerlo con ambas manos y a menudo ayudándose con los pies, de modo que lo más práctico era tirar el escudo al suelo y combatir solo con la espada o, si lo permitían las circunstancias, recular entre las filas de los compañeros hasta una posición menos comprometida.

Todo aquello estaba ocurriendo ahora a lo largo de una línea de tres kilómetros, en medio de un griterío puntuado por toques de trompeta y el martilleo continuo de hierro contra madera y contra hierro. En muchas batallas la primera carga se convertía en la última, pues los enemigos no aguantaban la embestida y rompían filas. Pero los pompeyanos seguían clavados en el sitio, resistiendo tozudos. «Al fin y al cabo, se trata de legionarios romanos, aunque no sean míos», pensó César con una mezcla de orgullo y lástima por aquellos enemigos, algunos de los cuales habían combatido bajo sus órdenes en la Galia.

Pese a que desde donde se encontraba no podía distinguir los detalles concretos, César había contemplado aquel tipo de lucha muchas veces y podía adivinar lo que sucedía en ese instante. Ahora mismo, los centuriones y los legionarios de las primeras filas se hallaban enzarzados en combate cuerpo a cuerpo, agazapados tras sus grandes escudos y tirando estocadas y tajos mientras intentaban no recibirlos. En este momento de la batalla aún no habrían caído demasiados hombres, pues con las líneas y las fuerzas casi intactas los escudos todavía podían más que las espadas.

Aunque aquel combate visto desde la distancia ofrecía un espectáculo tan hipnótico como las olas del mar o las llamas de una hoguera, César apartó la mirada y volvió grupas para dirigirse hacia la línea oblicua que aguardaba agazapada en la retaguardia. La había formado con seis cohortes desgajadas de la tercera línea, incluidas algunas unidades de élite que normalmente formaban en el frente, como la primera cohorte de la VI legión.

Ahí se iba a dilucidar la batalla. Seguido por sus escoltas, su portaestandarte, su trompeta y otros oficiales, César cabalgó unos cien metros hasta situarse a la espalda de aquella reserva que había convertido en su cuarta línea de defensa.

—Cornicen, da el toque de retirada para la caballería.

El joven soldado puso cara de extrañeza, porque por encima de las filas de legionarios en cuclillas se veía que los germanos de Saxnot todavía mantenían el tipo en aquella confusa aglomeración de hombres, caballos y tolvánicas de polvo. Pero César sabía que no podrían resistir mucho más contra el empuje de una fuerza tan superior en número. Era mejor que se retiraran por propia voluntad y medianamente organizados que vencidos y en

desorden.

A la orden de la trompeta, los jinetes volvieron grupas hacia la derecha, empezando por los que estaban más alejados del frente de choque y siguiendo por los demás, y se dirigieron hacia el mismo monte donde César y Pompeyo habían conversado la víspera. Como se les había ordenado, lo hicieron sin desbocarse para que los antesignani pudieran mantener el paso con ellos.

Todo ocurrió muy rápido entonces. Con gran estrépito de cascos y relinchos, un numeroso grupo de jinetes pompeyanos se lanzó en persecución de los germanos y los antesignani. Pero la mayoría realizó una variación hacia su propia derecha, siguiendo el estandarte amarillo que marcaba la posición de Labieno.

Fue el momento en que César se vio más cerca de los enemigos. A unos cincuenta metros, Labieno reconoció a César y este a Labieno. Su antiguo legado desenvainó la espada y le señaló con ella, dirigiéndole una mirada cuyo odio percibió incluso a esa distancia.

Pero esos cincuenta metros no eran de prado vacío. Entre Labieno y César se encontraban los hombres de Casio Esceva.

—¡Cuarta línea! —gritó César—. ¡Cargad!



49

¡Por fin! No podían haber pasado más de cinco minutos desde que oyeron la primera trompeta de ataque, pero a Furio y sus compañeros, agachados tras los escudos sin saber lo que ocurría, se les había antojado una eternidad.

Ahora, surgiendo de entre una espesa nube de polvo, veían por fin a los hombres de Labieno y al mismo Labieno, que no podía estar a más de quince metros de Furio. Muchos de los jinetes, sorprendidos de toparse de repente con una formación enemiga que no esperaban encontrar allí, orientada de este a oeste y no de norte a sur y perfectamente alineada, tiraron de las riendas para frenar a sus caballos.

Labieno, en cambio, desenvainó la espada y con un gesto feroz se lanzó hacia ellos, seguido por su portaestandarte. Tras un segundo de vacilación, los jinetes que lo acompañaban, cientos de ellos que abarrotaban la primera línea, talonearon a sus monturas y cargaron.

Fue entonces cuando oyeron a sus espaldas la voz de César, aguda y diáfana como un clarín, y un instante después el toque de trompeta que traducía su orden a notas metálicas.

—¡¡Atacad!! —rugió Esceva.

Apostado detrás de sus compañeros, que formaban con seis filas de fondo, Furio contempló algo que jamás había visto en sus casi diez años de legionario: infantería cargando contra caballería. Dos mil hombres se levantaron y formaron una pared de escudos trabándolos unos con otros con

tanto estrépito como si dos mil puertas se cerraran a la vez. Después enarbolaron los pila por encima de los ribetes de acero y con un grito unísono arremetieron contra los jinetes que se les venían encima. La distancia era tan corta que los corceles apenas habían podido tomar impulso. Ahora, al percatarse de que un muro móvil de madera se abalanzaba sobre ellos, clavaron los remos en el sitio relinchando y arrancando terrones de suelo y hierba, y algunos incluso rehusaron y derribaron a sus jinetes.

Se trabó al instante una lucha insólita que Furio contemplaba a muy pocos metros, con el pesado escudo levantado a medias ante su rostro por si algún venablo de la caballería enemiga lo alcanzaba. Labieno y sus hombres proyectaban hacia abajo las puntas de las lanzas y las espadas, buscando las gargantas y los rostros de los soldados de César, mientras que estos movían los pila hacia arriba. Pero, aunque algunos intentaban alcanzar a sus adversarios, la mayoría agitaba las puntas de hierro ante las cabezas de sus monturas y las herían en los hocicos y el cuello.

Aquello aterrorizó a muchos corceles, que no estaban acostumbrados a ese tipo de lucha tan estática y empezaron a encabritarse para apartarse de las jabalinas y a recular. Eso hizo que chocaran con los caballos que venían por detrás. No tardó en desatarse el caos con esa rapidez de pesadilla con que acontecen las cosas durante una batalla.

—¡Pero esta vez la pesadilla va a ser para vosotros, cabrones! —masculló Furio, apretando su astil de optio con rabia por no hallarse en la primera fila.

En la línea de choque, Labieno vio a Esceva y se lanzó sobre él. Obedeciendo al toque de sus rodillas, su caballo, una bestia tan grande y tan negra como los corceles del carro de Plutón, hizo una corveta y agitó los remos delanteros en el aire con la clara intención de dejarse caer sobre Esceva para aplastarlo.

El centurión, lejos de amilanarse, soltó el escudo, se adelantó al caballo metiéndose debajo de su cuerpo, le plantó la mano izquierda en el pecho y con la otra le clavó la espada hasta la cruz. Mientras el animal relinchaba de dolor, Esceva aguantó su peso durante unos instantes como un nuevo Hércules cargando la bóveda del firmamento. Después, con un gruñido de esfuerzo tan poderoso como el mugido de un toro, empujó a un lado al caballo y lo derribó.

—¡A por el hijoputa! —gritaron en la primera línea—. ¡Matad a Labieno!

Durante unos segundos se libró una furiosa lucha alrededor del animal caído. Un jinete galo de rubias trenzas se interpuso con su montura cuando Esceva quiso acercarse a Labieno. El primipilo no tenía espada, porque la había dejado clavada en el pecho del caballo, pero con ambas manos agarró al galo, lo arrancó de la silla, lo levantó sobre su cabeza y lo lanzó contra otro enemigo como si fuese un saco.

Aquel momento fue precioso para Labieno. Dos de sus hombres desmontaron y tiraron de él para sacarlo de debajo del cuerpo del caballo muerto. Después, uno de ellos lo ayudó a subir a su propia montura y palmeó al animal en la grupa para que se alejara y llevara al comandante a un lugar más seguro.

Al ver cómo Labieno escapaba de ellos, Furio gritó y le insultó como el que más. Al menos, había visto su pierna derecha llena de sangre.

—¡A ver si se te engangrena, bastardo! —gritó Rufino como si le hubiera leído el pensamiento.

César observó complacido el choque entre su cuarta línea y los jinetes enemigos, y su satisfacción se acrecentó al contemplar cómo Esceva hacía morder el polvo a Labieno. Cuando vio cómo su antiguo legado se retiraba, murmuró entre dientes:

—Huye, huye. Y ahora ve a contarle a quien te quiera oír que los éxitos de César se los debe a Tito Labieno.

Represada como el agua de una crecida por la muralla de escudos de la cuarta línea, la carga de la caballería enemiga se había convertido en un caos. Su propio número obraba en su contra, porque los que venían detrás para rematar la tarea que en teoría estaban llevando a cabo sus compañeros chocaban con ellos, se empujaban e incluso se agredían entre columnas de polvo.

No tardó en producirse la consecuencia más lógica. Los escuadrones de caballería que habían cargado los últimos y en los que formaban contingentes aliados, capadocios, tracios o tesalios a los que en realidad no les iba la vida en el resultado de la contienda, se dieron cuenta de la situación y, sin vacilación ni vergüenza, volvieron grupas a sus monturas y emprendieron la huida, unos hacia el campamento y otros directamente hacia los montes.

La desproporción que preocupaba a César se había reducido. En ese momento indicó al cornicen que tocara la orden para que los jinetes de Saxnot regresaran. No habría sido necesario: con sus propios ojos pudo comprobar que antes de llegar a las laderas del norte habían girado en redondo y ahora eran ellos quienes ponían en fuga a sus perseguidores.

Herido su comandante, hostigados por un flanco por las seis cohortes de infantería y viendo ahora cómo por el otro se les venían encima aquellos germanos gigantescos con las caras pintadas y los cabellos tiesos de cal, los jinetes pompeyanos que todavía aguantaban se dejaron llevar por el pánico y huyeron, siguiendo el ejemplo de sus compañeros.

César volvió la vista hacia la lucha que se desarrollaba doscientos metros más al oeste. La línea de infantería pompeyana aparecía quebrada por varios sitios: los hombres de César habían conseguido abrir brechas entre sus filas, como el agua que erosiona el granito.

Solo hacía falta un poco más de presión para hacer que esa roca saltara en pedazos.

—¡Tercera línea, a la carga! —exclamó.

Los hombres de las últimas cohortes de la X escucharon su orden de viva voz y la ejecutaron directamente. Los de las legiones más alejadas lo hicieron unos segundos después al oír el toque de las trompetas. Al ver que se les venían encima incluso las reservas, las líneas de Pompeyo empezaron a desmoronarse. Como les había ocurrido a los hombres de César en Dirraquio, el pánico se propagó por sus filas como un incendio en un trigal.

Mientras tanto, las seis cohortes de la cuarta línea se habían quedado sin enemigo contra el que luchar, porque los únicos caballos que permanecían en aquella parte del campo estaban tendidos en el suelo, muertos o agonizando. A su izquierda tenían a los arqueros cretenses y los honderos rodios que habían acudido corriendo detrás de los jinetes para hostigar con sus proyectiles el flanco derecho de la infantería de César. Ahora, todos aquellos hombres, que como fuerza de choque eran inútiles, se habían quedado sin la protección que les ofrecía su caballería. César ya había pensado en ordenar a la cuarta línea que los atacara cuando los primipilos de esas seis cohortes tomaron la iniciativa y se lanzaron sobre ellos. Como era de esperar, cretenses y rodios dieron media vuelta y pusieron pies en polvorosa, sin

detenerse siquiera para disparar sus armas.

César volvió la mirada hacia el sol. Apenas había trepado en el cielo desde que diera la primera orden de avanzar. Había previsto una refriega larga y encarnizada, pero no podía haber pasado tan siquiera media hora desde que empezó el combate.

Usando solo las rodillas, hizo girar a Ascanio en derredor para contemplar el panorama. Entre el río y el monte, miles de hombres que ya ni siquiera intentaban mantener la formación huían hacia el campamento de Pompeyo. Por delante de ellos, unas altas tolvaneras de polvo blanco señalaban el camino que había tomado la caballería en su huida. Más cerca, las cohortes de la cuarta línea estaban dando caza a los arqueros y honderos que se quedaban rezagados tratando de escapar.

En el centro del campo de batalla, unidades enteras se arrodillaban, arrojaban las armas y se rendían ante sus hombres.

César agachó la cabeza y se abrazó al cuello de su caballo. Escéptico o no, murmuró:

—Gracias, madre Venus. Y gracias a vosotros, dioses infernales, por aceptar el sacrificio que os ha ofrecido mi fiel Crastino.

La victoria ya estaba en su mano. Ahora tenía que evitar el error de Pompeyo, que en Dirraquio había dejado que César se le escapara. Necesitaba capturar a los enemigos huidos y, sobre todo, al propio Pompeyo.

Sin embargo, durante unos segundos podía paladear su éxito. Por supuesto, la victoria había sido de sus soldados. Pero a esos soldados los había forjado él, y ellos acababan de recompensarlo convirtiéndolo en el general más grande de Roma.

V

de la retaguardia donde acémilas y camellos cargaban con la impedimenta y las piezas de las máquinas de asedio. Pero a aquellos soldados los había alistado ella y les pagaba en monedas acuñadas con su propia efigie, así que no pensaba entregarle el mando a nadie que no fuese ella misma. Por eso cabalgaba al frente de todos.

El caballo que montaba era negro como aceite de roca y tenía en la frente una mancha blanca en forma de estrella. Se trataba de un regalo del rey de los nabateos. Malik había hecho que buscaran entre todos los caballos de su reino hasta encontrar el más parecido al legendario corcel de Alejandro. Como cabía esperar, se llamaba Bucéfalo.

Montada a horcajadas sobre él, Cleopatra vestía una armadura de hombre, con coraza de lino reforzado con bronce, faldar de cuero y grebas repujadas. Aunque se ponían en marcha de madrugada y buscaban la sombra en las horas a las que más apretaba el sol, el primer día se quemó los brazos y las rodillas, expuestos al aire y a la vista. Así pues a la jornada siguiente, pese al calor, se cubrió casi todo el cuerpo con una capa roja.

A los soldados, al parecer, les hacía gracia que los llevara a la guerra una mujer, y la aclamaban con vítores y cantos cada vez que levantaban el campamento y también cuando terminaban la jornada. Ella no estaba muy segura de si esas efusiones eran sinceras o se mezclaba algo de chanza en ellas. Puesto que hasta ahora nunca había mandado un ejército en una batalla, era lógico que los guerreros desconfiaran de Cleopatra, igual que Cleopatra desconfiaba de ellos. ¿Qué ocurriría cuando se enfrentaran a las tropas de su hermano?

Esperaba que no fuese necesario descubrirlo. Sabía que la guarnición permanente de Pelusio contaba únicamente con mil hombres. Confiaba en tomarla por sorpresa, ya que ni su hermano ni Aquilas ni Potino creerían que ella, una débil mujer, se atrevería a invadir su propio país.

Una vez que tuviese Pelusio en su poder, lo primero que haría sería añadir dos metros más de altura a los muros y torreones para convertirlo en un baluarte inexpugnable. Siete mil hombres podían no constituir un gran ejército, pero como guarnición serían más que suficientes. Con Pelusio en sus manos, Cleopatra dominaría el ramal oriental del Nilo y a partir de ahí extendería la rebelión a los territorios del sur, empezando desde la levantisca

Tebas y subiendo hasta Menfis. Durante su exilio en Ascalón no había permanecido ociosa. Sus agentes habían recorrido el Nilo hasta más allá de Elefantina para conseguir partidarios, sobre todo entre el poderoso clero de los grandes templos. Les había prometido que en cuanto reconquistara el trono aboliría el decreto por el que se arrebataba el trigo a los egipcios para alimentar a los alejandrinos.

Cada jornada marchaban unos veinticinco kilómetros. Apolodoro, que cabalgaba junto a Cleopatra sobre un caballo tan robusto y tan castrado como él, le dijo al tercer día:

—Los legionarios romanos avanzan el doble por jornada.

—Los romanos no tienen que marchar con este calor por el desierto — contestó Cleopatra, aunque en verdad habría querido viajar más rápido.

—A los legionarios les da igual si nieva o sopla el simún, señora. Sus jefes les dicen que marchen cincuenta kilómetros al día, y entonces ellos marchan cincuenta kilómetros.

—No vamos a combatir contra romanos.

—Los gabinianos fueron legionarios. Eso no se olvida del todo.

—¡Déjalo ya, Apolodoro! Te pago como guardaespaldas, no como asesor militar.

—Como tú digas, señora.

A su izquierda tenían un vasto desierto que se perdía en un horizonte turbio e indefinido. En la franja más cercana al mar crecían algunos arbustos y palmeras dispersas, pero un poco más allá la arena y las dunas se enseñoreaban del paisaje, que rielaba con ondas de calor. Había algunos pozos; pero no bastaban para todos, de modo que cada vez que acampaban tenían que excavar otros nuevos.

Dejaron atrás las pequeñas poblaciones de Caditis y Jeniso. Al final de la quinta jornada llegaron ante la ciénaga Serbonia, una vasta marisma que medía más de setenta kilómetros de este a oeste. Se contaban relatos sobre ejércitos enteros que habían desaparecido tragados por ella, pues cuando soplaba el simún y lo cubría de arena se metían en ella creyendo que era suelo firme. En aquella época del año, Serbonia olía a pecina y a juncos podridos. Debido a lo insalubre del lugar, los habitantes de Pelusio decían que debajo del marjal estaba enterrado el maligno Seth. Los griegos habían

adaptado la historia a sus propios mitos y afirmaban que se trataba de Tifón, la criatura dracontina y de aliento de fuego que se había atrevido a luchar contra Zeus para disputarle el trono de señor del Olimpo.

En lugar de rodear la ciénaga por el sur, Cleopatra decidió viajar por la franja de tierra que la separaba del mar para no perder el contacto con la flota. En algunos pasajes aquella lengua era tan estrecha que tenían que dividir en dos la columna de marcha.

Tras un par de días llegaron al monte Casio. A decir verdad, no era más que un promontorio algo más elevado situado en el punto donde la larguísima barra de arena doblaba hacia el sur. Allí había varios pozos, un antiguo santuario y un poblado que había crecido a su alrededor.

Esa noche, mientras acampaban en el monte Casio, llegó una patrulla de exploradores nabateos. Como ellos y sus monturas estaban avezados a viajar rápido por terrenos desérticos, Cleopatra los mandaba en vanguardia todos los días. El jefe de la patrulla, Rabel, le dijo:

—¡Malas noticias, señora!

—¿Qué ocurre?

—El puerto de Pelusio está lleno de naves de guerra, y hay tantos soldados en la ciudad que han tenido que levantar un campamento fuera de la muralla.

—Eso no puede ser.

—Lo hemos visto con nuestros propios ojos, señora. El pabellón de tu hermano... Quiero decir, tu pabellón..., el pabellón real ondea en todas las torres de Pelusio.

Cleopatra quería creer que era imposible. Habían salido de Ascalón de un día para otro, avisando tan solo a los soldados de que cargaran provisiones para varios días y sin decirles adónde se dirigían. ¿Cómo había podido enterarse su hermano?

Mientras ella recibía el informe, Apolodoro no pronunciaba palabra y se limitaba a escuchar con la mirada clavada en el suelo.

—Ahora me dirás que deberíamos haber venido más rápido, ¿verdad? —preguntó la reina.

Sin levantar los ojos, el eunuco contestó:

—Tuve un amo que decía: «En la guerra más vale llegar antes con la

mitad de hombres que después con el doble».

—Lo tendré en cuenta en el futuro —dijo Cleopatra. Pero sabía perfectamente que ella no poseía ni la persuasión ni la autoridad para conseguir que sus tropas marcharan en jornadas dos veces más largas. Tal vez algún día las tendría, pero de momento le faltaban.

Esa misma noche envió una nave rápida a investigar. No volvió ni al día ni a la noche siguiente, hecho que la alarmó, pues Pelusio estaba apenas cincuenta kilómetros del monte Casio.

Por fin, al amanecer del segundo día el barco regresó. Venía tan despacio que Cleopatra se preguntó qué le habría ocurrido, si lo habrían lastrado con piedras o se le habría abierto una vía de agua. Cuando la nave varó junto al promontorio, pudo comprobar la razón. A todos los remeros les habían cortado los pulgares, y para empuñar el remo tenían que rodearlo con ambas manos, lo que hacía muy penoso bogar.

Cleopatra sospechó que aquella crueldad era una ocurrencia de su hermano. No tardó en descubrir que acertaba. El capitán del barco se presentó ante ella, se bajó la túnica hasta la cintura y se dio la vuelta. En la espalda le habían grabado un mensaje. Cleopatra pensó que Ptolomeo debía de haberlo dictado; no porque no fuese capaz de clavar un cuchillo en carne ajena, sino porque la caligrafía, recta y precisa como la de un amanuense, no podía ser suya.

Saludos, querida hermana:

Vuelve por donde has venido y cástate con tu noble rey de los camellos, porque la novia que le buscaste no está dispuesta a convertirse en reina de los nabateos. En cambio, como tiene mejor gusto que tú, no le hace ascos a compartir lecho con su hermano, el rey de Egipto.

Licencia a la horda que llamas ejército y vete. Tengo aquí a Aquilas y a veinte mil hombres que se asegurarán de que no entres en Egipto.

Tu hermano Ptolomeo Filadelfo.

Oficialmente, Ptolomeo se hacía llamar Filopátor, «amante de su padre», igual que Cleopatra. El título de Filadelfo con el que había firmado era una burla tan sangrante como el mensaje en sí: «amante de su hermana».

Como sospechaba, cuando quiso localizar a Arsínoe descubrió que el barco donde viajaba con Ganímedes había zarpado a medianoche con las

luces apagadas y no se había vuelto a saber nada de él. Al enterarse, no se sorprendió del todo.

«Tú crees que me conoces, pero yo te conozco a ti mucho mejor que tú a mí —le había dicho Arsínoe en una ocasión—. Sé guardarme las cosas». ¡Y tanto que sabía guardárselas! Años y años, al parecer.

De modo que ahora estaba sola contra sus tres hermanos. Poca amenaza suponía Maidión, pero en cualquier caso aquella réplica reducida del adiposo Fiscón se encontraba en el mismo bando que Ptolomeo.

—¿Qué vamos a hacer ahora, señora? —preguntó Shunaif, jefe del contingente nabateo.

«¿Qué podemos hacer? —pensó Cleopatra—. Darnos la vuelta y regresar a Ascalón». Tal vez era cierto que en algo había ofendido a los dioses de Egipto cuando se empeñaban en favorecer a un personaje tan indigno como su hermano y perjudicarla a ella. Lo mejor sería licenciar al ejército y, quizá, olvidarse de los sueños de grandeza que le había inculcado su abuela.

Precisamente Neferptah le había dicho en una ocasión: «La noche es buena consejera para meditar decisiones, pero el día es mejor para tomarlas». De modo que Cleopatra, sin contestar a Shunaif, se retiró a su aposento.

Tal vez el nuevo día le trajera nuevas esperanzas.

—¡Al infierno con la prudencia! —respondió César—. Nos reorganizaremos a la carrera. Cuando el enemigo huye, hay que correr más rápido que él. Si somos prudentes, dejaremos que ellos se recuperen y tendremos que librar una nueva batalla. Es lo que hizo Pompeyo con nosotros en Dirraquio, dejar que nos escapáramos crudos. ¡Yo no voy a cometer ese error!

Pese a la fatiga del combate y al sol que caía de plano sobre ellos, César logró reunir tropas suficientes para lanzar un ataque general contra el campamento enemigo. Allí se toparon con la obstinada resistencia de las cohortes que Pompeyo había dejado para guarnecer el fuerte, y también de los aliados extranjeros y de las tropas tracias. Pero no bastaban para cubrir todo el perímetro de un campamento tan grande. En cuanto a los soldados que habían huido del campo de batalla, su mayor preocupación cuando cruzaron las puertas fue correr a sus tiendas, recoger rápidamente sus pertenencias de más valor y huir por la puerta decumana hacia las alturas de los montes que limitaban la llanura por el norte.

Por falta de defensores, así pues, acabó cayendo el campamento enemigo. Cuando César entró en él se lo encontró prácticamente desierto; el sacrificio de los que habían luchado en la empalizada concedió a sus compañeros un tiempo precioso para escapar.

César había esperado capturar a Pompeyo y a su estado mayor dentro del fuerte, pero no halló en él a ningún oficial de alto rango. A cambio, lo que encontró allí lo dejó tan asombrado como a sus hombres. Los enemigos se sentían tan convencidos de su victoria que habían decorado las tiendas, incluso las de los soldados rasos, con flores y con emparrados de hiedra y de mirto que daban sombra a las mesas. Por todas partes se veían preparativos para un gran banquete, fuentes repletas de comida que los pompeyanos, en sus prisas por huir, habían dejado intactas: panes de trigo, grandes ruedas de queso, asados de cordero y cabrito, aves rellenas, barriles de arenques en conserva.

Todo ello se multiplicaba en la enorme tienda de mando, cuatro veces mayor que la de César. Allí, entre lujosos triclinios que no habrían desentonado en una mansión del Palatino, las bandejas eran de plata y contenían manjares más refinados, como lenguas de alondra, sesos mezclados

con pétalos de rosa, ubres de cerda preñada o vulvas de marrana virgen, amén de un sinfín de salseras y especieros con condimentos de todo tipo. En el centro de la tienda hallaron varias cisternas frigidarias, pozos hondos y estrechos excavados en el suelo que contenían barriles y ánforas con nieve traída del mismísimo monte Olimpo; en esa nieve se conservaban todo tipo de pescados y mariscos frescos, aguardando el momento de la gran parrillada que celebraría la victoria.

La tentación de homenajearse a sí mismos con el banquete que habían preparado sus enemigos era grande. Los oficiales de César, que por seguir el ejemplo de su jefe habían sufrido tantas estrecheces como los soldados rasos, empezaron a salivar al ver ante sí tantos manjares. Pero cuando Marco Antonio metió los dedos en una bandeja con tajadas de asado frío, César le propinó un manotazo.

—Para recoger los frutos de la victoria, primero hay que vencer del todo —le dijo.

—Pero, César, después de este desgaste habrá que comer.

—¡Siempre pensando en lo mismo, Antonio! No necesitamos comida cuando vamos ganando. ¡Atraparemos al enemigo y nos lo comeremos a él si hace falta!

El botín que se ofrecía en el campamento era aún más jugoso que el que podrían haber recogido en el campo de batalla. Sin embargo, César logró controlar de nuevo a sus hombres gracias a la promesa de que al día siguiente todo se repartiría equitativamente. Dejó parte de sus tropas allí, envió a otras a su propio campamento y con cuatro legiones se dirigió al noreste para perseguir a Pompeyo.

Al ver que César les pisaba los talones, las tropas enemigas que habían logrado huir se hicieron fuertes en una elevación, la última que se levantaba sobre el camino antes de la gran llanura que se extendía hasta la ciudad de Larisa. Estaba cayendo la tarde cuando César hizo formar a sus hombres y les ordenó excavar una trinchera y levantar una empalizada alrededor del monte para aislar a los adversarios del único río de las inmediaciones.

—Eres más implacable con tus soldados que con los del enemigo, César —le dijo Claudio Nerón.

César tenía la mirada clavada en lo alto del monte. Allí había miles de

soldados, tal vez cinco o seis legiones. Como no les quedaban ni fuerzas ni material para construir un campamento, se habían limitado a apostarse en las alturas. Tres prisioneros que unas horas antes habían combatido con ellos subían por la ladera para explicar a sus compañeros las condiciones de rendición que ofrecía César.

—Los hombres son tan elásticos como los juncos —respondió César—. El viento puede doblegarlos, pero si no los troncha, se levantan desde el suelo tan enhiestos como antes. Por eso, cuando el enemigo está a punto de romperse en cuerpo y espíritu, hay que seguir presionándolo hasta quebrar su resistencia del todo. Pues si cuando llega a su punto más bajo se le da un solo instante de respiro, se yergue como el junco, y con más fuerza todavía por saber que ya ha pasado lo peor.

—Parece que hablaras por propia experiencia —dijo el legado.

César recordó el momento en que había salido de su tienda pensando que los soldados iban a despedazarlo allí mismo tras la derrota de Dirraquio. Aquel había sido el punto de inflexión, el foso al que había tenido que descender para trepar de nuevo a la cima de la victoria.

—Así es, Nerón. Todo lo que no destroza al enemigo lo hace más fuerte.

«Y yo no voy a permitir que eso pase con Pompeyo», pensó.

Durante la noche, los enemigos cercados en la colina accedieron a rendirse. Con la primera luz del día, bajaron a miles a la llanura y, delante de César, entregaron las armas y se arrodillaron como ya habían hecho otros en el campo de batalla.

Escortado por sus lictores y sus germanos, César desfiló por los pasillos abiertos entre las formaciones. ¡Qué distinto era verlas así, con los hombres postrados de rodillas, las manos vacías apoyadas en los muslos, las cabezas descubiertas y agachadas! Lo que antes de la batalla infundía pavor ahora no despertaba más que lástima.

«Yo jamás podría estar así, aguardando a que otro decida mi destino», pensó. Pero, evidentemente, por eso él era César.

Por más que buscó entre las filas, apenas encontró oficiales que superaran el rango de centurión. Casi todos los senadores y caballeros habían huido. El primero de ellos, Pompeyo.

—Señor, cuando asaltasteis la puerta del campamento —le explicó un

optio—, Pompeyo se quitó el casco y la armadura de general, montó en su caballo y huyó a todo galope por la puerta decumana con otros treinta jinetes. —Los ojos del optio se empañaron y añadió—: Ni siquiera se molestó en organizar nuestra retirada.

Allí había unos veinte mil hombres, casi tantos como legionarios habían combatido para César la víspera. Cuando le entregaron sus estandartes, César declaró que perdonaba a todos, salvo a aquellos a los que ya había liberado una vez con la condición de que no volvieran a luchar contra él.

—¡Pero incluso esos podrán obtener mi clemencia si encuentran a uno de mis soldados que interceda por ellos!

Meses antes, cesarianos y pompeyanos habían confraternizado durante unos días a ambas orillas del río Apso. A partir de entonces, el asedio de Dirraquio, las privaciones y las escaramuzas y batallas constantes habían ido acumulando un odio entre ambos bandos que acabó convirtiéndolos en auténticos enemigos y no solo en soldados que por azar se encontraban en bandos rivales. Durante la batalla el combate se había librado de forma encarnizada y brutal, tal como debía ser, pero César temía que ese odio siguiera envenenando a sus soldados.

A pesar de todo, no fue así. Tal vez al ver a miles de hombres entregados, desvalidos, con la mirada perdida como huérfanos, el corazón de aquellos guerreros encallecidos en tantos años de guerra en las Galias se ablandó. Cada soldado condenado a muerte por reincidir en su hostilidad contra César encontró un valedor que respondió por él y le salvó la vida.

—Ellos no habrían hecho lo mismo por nosotros —opinó Claudio Nerón—. Sobre todo Labieno.

—Un error por su parte —replicó César—. Conociendo mi clemencia, los hombres de Pompeyo sabían que la victoria no era la única opción para ellos. Conociendo la ferocidad de Labieno, los míos sabían que solo les quedaba vencer o morir.

—De modo que tu famosa clemencia no es fruto de la ternura de tu corazón, sino del cálculo de tu cerebro.

César sonrió de medio lado sin mirarlo.

—¿Qué te ha hecho concebir la peregrina idea de que soy tierno de corazón?

Ese día, por fin, los soldados de César degustaron los frutos de la victoria, aunque siempre repartidos por turnos de modo que en todo momento hubiese unidades armadas y vigilantes. Durante dos jornadas descansaron, dieron buena cuenta de las provisiones con que el enemigo pretendía celebrar su victoria sobre ellos y cuidaron a sus heridos y enfermos.

Al segundo día, Menéstor presentó a César el recuento de bajas propias y del enemigo.

—Hemos recogido seis mil ciento treinta y dos cadáveres del enemigo —dijo su liberto, consultando el díptico de tablillas de cera que siempre llevaba consigo—. En total, se te han rendido y te han ofrecido juramento de fidelidad veintitrés mil trescientos ochenta antiguos soldados de Pompeyo.

—Eso significa que hay más de quince mil que han escapado para seguir combatiéndome un día más —dijo César, con los labios apretados.

—La felicidad nunca es perfecta, señor. Por otra parte, te han entregado ciento ochenta estandartes y nueve águilas.

Eso le hizo sonreír de forma casi involuntaria. Las águilas, más que el número de hombres, representaban el espíritu de las legiones. Eran las legiones. ¡Y nada menos que nueve se le habían rendido!

«A ver quién sigue dudando ahora si Pompeyo es más grande que César», pensó.

—En cuanto a nuestras bajas, hemos perdido a mil doscientos quince hombres. De ellos, treinta son centuriones.

César asintió con gesto grave. De esas pérdidas, la que más le había dolido era la de Crastino. Como era de esperar, los dioses habían aceptado su sacrificio. Lo habían encontrado entre una pequeña montonera de cadáveres, con una espada metida en la boca y la punta de hierro asomando por la nuca. Pero Crastino se había llevado unas cuantas víctimas más para los númenes infernales: hasta cuatro había matado antes de caer.

De los ciento veinte voluntarios que cargaron detrás de él, cincuenta y tres habían perecido. César ordenó que los enterraran en el mismo sitio en que había caído Crastino y les hizo erigir un pequeño túmulo. Fue un honor especial, ya que a los demás caídos los quemaron en enormes piras funerarias.

Durante dos noches, los oficiales de César banquetearon alegremente en

la tienda de Pompeyo; sobre todo Marco Antonio, que al fin pudo dar rienda suelta a su glotonería y su sed dignas de Caribdis. César compartió el festín con ellos, pero su mente no se encontraba allí, sino que cabalgaba en la oscuridad persiguiendo al fantasma de Pompeyo.

«Tus hombres necesitan descansar —se repetía—. Han hecho mucho más de lo que es humanamente posible. Disfruta de la victoria y permite que se repongan».

En teoría, a él también le hacía falta descansar. Sin embargo, le era imposible. Desde hacía mucho tiempo una energía desconocida corría por sus nervios y los alteraba de tal manera que se sentía como un huésped invitado en su propio cuerpo. Más que impulsarlo, esa energía lo consumía —literalmente: Menéstor había tenido que abrir agujeros nuevos en cada uno de sus cinturones—, y lo atormentaba cuando estaba quieto, como un temblor invisible que agitaba su interior y que no se calmaba más que cuando se movía de un lugar a otro. Para él el presente se había convertido en una plancha de metal candente como las que los adiestradores utilizan para enseñar a bailar a los osos: al igual que los infortunados plantígrados, César tenía que levantar constantemente los pies, pues si los dejaba quietos un instante el aquí y el ahora lo abrasaban. Arrastrado por la ola del tiempo, viajaba siempre de puntillas en su cresta, justo donde rompía la espuma.

Por eso ahora no dejaba de pensar en el futuro, tanto en el inmediato como en el más lejano. Miles de enemigos se le habían escapado, entre ellos los mandos más importantes. Sabía, además, que en el norte de África el hijo mayor de Pompeyo andaba organizando un ejército para luchar contra él.

—Mírale, no nos hace caso —comentó Marco Antonio, recolocándose la corona de mirto que se le había torcido sobre la frente. Estaba como una cuba, lo que para un hombre de su tamaño significaba que se había trasegado por lo menos dos litros de vino—. Sigue pensando en Pompeyo. ¿Sigues pensando en Pompeyo, César?

Sin molestarse en contestar, César se levantó del triclinio y salió a respirar aire fresco. La noche era cálida, y mucho más dentro de aquella tienda saturada de humo y sudor.

Pensó en cómo actuar a continuación. Los informes que le llegaban aseguraban que los oficiales rivales se habían desperdigado. No podía

perseguirlos a todos a la vez. En realidad, la única presa que le importaba era Pompeyo. «¿Cómo no voy a pensar en él, Marco Antonio?».

César apretó el puño y se clavó las uñas en la palma. Su impaciencia lo impulsaba a salir corriendo, tomar a sus jinetes germanos y partir en la oscuridad de la noche en pos de Pompeyo. «Espera al menos a que se haga de día», se dijo.

No tenía ninguna duda de que acabaría dando caza a su rival. Pompeyo era un buen general y un gran organizador, pero durante algunas horas al día dejaba de pensar en la guerra, se relajaba y dedicaba su mente a otras cosas, como el común de los mortales. César no. César no bajaba la guardia nunca e incluso en sueños planificaba batallas, asedios y persecuciones. Por eso sabía que al final encontraría y capturaría a Pompeyo.

Y cuando lo hiciera, ¿qué? ¿Qué haría con él?

No sentía odio ni rencor por su antiguo yerno. Por Labieno sí, pero no por Pompeyo. Incluso lo compadecía. Por lo que contaban muchos testigos, antes de la batalla el ambiente en el campamento había llegado a ser irrespirable, en lo cual coincidían con el relato que le había hecho el propio Pompeyo. Acosado por sus supuestos amigos y aliados optimates, en más de una ocasión se le vio salir de la tienda de mando con el rostro colorado como si fuese a reventar y profiriendo grandes voces. La retahíla más habitual que brotaba de sus labios empezaba: «¡Malditos estrategas de salón, generales de pacotilla!», y proseguía con una sarta de insultos y blasfemias cada vez más obscenos.

Así que cuando César le diera alcance, en lugar de hacerlo matar o cargarlo de cadenas, le ofrecería la mano y le diría: «Te entiendo, viejo amigo. Tú y yo somos iguales. ¿Cómo dejaste que esas sabandijas te arrastraran a su bando?».

César ya estaba preparando su discurso de reconciliación. Le ofrecería a Pompeyo una nueva alianza. Por supuesto, se las arreglaría para que no tuviese ningún poder real, pero lo rodearía de honores para que no se diese cuenta. Todos los hombres son vulnerables al halago. Mas en el caso de Pompeyo su vanidad se remontaba a tales alturas que topaba con los cimientos del Olimpo.

¡Ay, la vanidad! Cuando Pompeyo era muy joven y luchaba como general

para Sila, se había empeñado en celebrar un triunfo por su campaña de África. El dictador se había opuesto al principio, pero incluso él —el tipo más duro que César había conocido en su vida— acabó rindiéndose ante la cabezonería y la insistencia de Pompeyo.

Todo lo que rodeaba a aquella ceremonia era irregular. Pompeyo no había cumplido todavía los treinta años, no era tan siquiera senador sino un simple équite y la guerra por la que reclamaba el triunfo la había ganado luchando contra romanos en una guerra civil. «Pero apoyados por el rey de las núbidas», alegaba él.

Puesto que se le había concedido algo que no le correspondía, podría haberse conformado. Pero no: ya por entonces se había atribuido a sí mismo el epíteto de Grande, y tenía que demostrarlo llamando la atención y pasando a los anales. Por eso se empeñó en que su carro triunfal no lo arrastraran los tradicionales caballos blancos, sino cuatro enormes elefantes.

Para su desgracia, cuando llegó a la muralla e intentó atravesar la Puerta Triunfal descubrió que los paquidermos eran demasiado altos y chocaban con el dintel de piedra. Todo el cortejo tuvo que detenerse más de media hora mientras desuncían a los elefantes y los cambiaban por caballos. Por suerte, el general triunfador se pintaba la cara de rojo para imitar el color de la estatua de Júpiter Capitolino. Solo eso evitó que al rubicundo Pompeyo se le notara demasiado el bochorno.

César se rio de buena gana al recordar la escena, que él mismo había presenciado. Pero al momento, echando cuentas del número de ilegalidades que se le habían consentido a Pompeyo, volvió a indignarse.

De todas formas, su resentimiento no iba contra Pompeyo, que se había beneficiado de las circunstancias, sino contra el resto de los senadores que tanto le habían consentido. A él, un advenedizo procedente del Piceno que, por muchos zapatos de senador que calzase, llevaba todavía estiércol del campo pegado a las suelas. La última ilegalidad había sido permitirle que fuese cónsul en solitario durante un año.

César, en cambio, había optado a cada una de las magistraturas suo anno, renunciando incluso a un triunfo por presentarse a la elección para pretor. Siempre había redactado sus decretos cumpliendo con todas las normas legales y había esperado los diez años de rigor para optar a un segundo

consulado. No obstante, sus enemigos pretendían presentarlo ante el pueblo como un monstruo sanguinario, un tirano codicioso de poder y dispuesto a abolir todas las leyes y poner la República patas arriba.

Una profecía que los mismos optimates habían hecho que se cumpliera. A fuerza de empeñarse en arrinconar a César y en negarle hasta el pan y la sal, lo habían obligado a convertirse en un proscrito y habían desatado sobre ellos mismos las furias de la guerra.

—¿No disfrutas de banquete con amigos, César?

César se volvió. Había oído el crujido de unas pesadas botas antes de oír las palabras de Saxnot. El gigante germano traía un muslo de ganso en cada mano y sus largos bigotes chorreaban grasa.

—Sabes que soy de poco comer. —César puso la mano en el hombro del germano, que era duro y compacto como granito, y añadió—: Amigo mío, voy a seguir requiriendo tus servicios.

—Son tuyos. Mis hombres también. César ya sabe.

—Quiero que preparéis los caballos. Todos los que estén en condiciones para cabalgar. Antes de amanecer partiremos.

—Sí, César. ¿Dónde nos llevarás ahora?

—Vamos de cacería, buen amigo. Y cuando nos cobremos nuestra presa, quién sabe.

Los rosados dedos de la Aurora empezaban a rozar el cielo del este cuando César salió del campamento con ochocientos jinetes, la mayoría de ellos germanos. Antes de partir, ordenó a Claudio Nerón que se dirigiera a Larisa a marchas forzadas con la VI legión. Esta se había distinguido más que ninguna otra unidad en Dirraquio, y en Farsalia el valor y la fuerza de su primera cohorte fueron la clave para detener el ímpetu de la caballería. Además, su primipilo Esceva había derribado del caballo al mismísimo Labieno, lo que le valió un juego de tres phalerae de oro como condecoración para sumar a las que ya tenía. Por suerte para él, su pecho era amplio como la llanura de Tesalia y aún le cabían todos aquellos discos.

Los hombres de la VI se hallaban en su plenitud, entre los veinticuatro y los treinta años; no eran tan veteranos como los de la X, que merecía y necesitaba un descanso, ni tan bisoños como los de la XIII o la XIV. Por eso resultaban los más adecuados para moverse a la velocidad a la que pretendía

viajar César. El número en esta ocasión no parecía tan importante: según los informes de los prisioneros, el séquito de Pompeyo era muy reducido.

—La VI ha sufrido muchas bajas y hay bastantes heridos, César —le explicó Claudio Nerón después de consultar estadillos y partes con el primipilo Esceva y los demás centuriones—. Si quieres hombres que aguanten una media de más de cincuenta kilómetros al día, como mucho podemos llevar mil.

—Pues que sean mil —contestó César, ya subido a su caballo—. Nos vemos en Larisa.

César se presentó en la capital de Tesalia antes de mediodía. Allí le dijeron que Pompeyo, tras detenerse apenas unas horas en la ciudad, había proseguido viaje hasta el mar. Esperó a la VI, que recorrió los cincuenta kilómetros en diez horas y llegó antes del anochecer. A la mañana siguiente reemprendieron la persecución, siempre de la misma forma: la caballería se adelantaba y los mil hombres de la VI los alcanzaban al final del día.

De ese modo llegaron a Anfípolis, en la costa del Egeo, tras recorrer más de trescientos kilómetros en seis jornadas. Aunque César avanzaba a tal velocidad que se adelantaba a cualquier mensajero que pudiera alertar de su llegada, descubrió que la presa había vuelto a volar. ¡Por tan solo un día!

—Pompeyo zarpó ayer mismo en un barco, un mercante con pabellón romano —le explicó muy solícito el capitán del puerto.

—¿Adónde se dirigía?

—Él no me lo quiso revelar. Pero unos estibadores oyeron decir al contraamaestre que iban a Mitilene para recoger a la esposa y al hijo de Pompeyo.

En Anfípolis no había barcos suficientes más que para la mitad de sus hombres. En cualquier caso, las flotas pompeyanas seguían dominando los mares, de modo que César no quiso arriesgarse. Tras un día de descanso para no reventar a las monturas, partieron de nuevo. Ocho jornadas y cuatrocientos kilómetros después llegaron al extremo de Europa, ante el estrecho de los Dardanelos. Aunque pareciese increíble, ni uno solo de los hombres de la VI se había quedado en el camino.

Una vez allí, no les quedaba más remedio que aventurarse a atravesar los tres kilómetros de mar que separaban Sesto de Abidos. ¿Qué podía pasar? La

distancia era tan corta que, según la leyenda, el joven Leandro cruzaba todas las noches a nado desde el lado asiático para acostarse con su amada Hero.

Tratando de no pensar en el final de la historia, que no era precisamente feliz, César confiscó decenas de barcas de pesca y pequeños cargueros, las únicas naves disponibles en Sesto, y apiñó como pudo a hombres y caballos.

Mientras veía acercarse la costa pensó que era la primera vez que pisaría el suelo de Asia como general. Un nuevo Alejandro, aunque con un ejército mucho más reducido que el de su modelo macedonio.

—Creo que vamos a tener problemas —le avisó Claudio Nerón.

En aquel punto, el estrecho formaba un ángulo casi recto que impedía ver lo que se extendía más al oeste. Doblando aquel recodo y casi encima de ellos se acercaba a gran velocidad una flota de guerra, diez o doce trirremes que venían en perpendicular a ellos. Los ojos de César bailaron entre la orilla asiática y la europea. Se encontraban justo en medio del estrecho.

—No vamos a llegar a tiempo —dijo Claudio Nerón, calculando lo mismo que él.

«Ahora sí que se acabó», pensó César. Tenía mil ochocientos hombres consigo, guerreros de élite que de nada le iban a servir contra los espolones y las catapultas de los trirremes enemigos.

—Menéstor, trae mi manto —ordenó. También le pidió al capitán del carguero la bocina de cobre que usaba para amplificar su voz.

—¿Qué vas a hacer, César? —preguntó Claudio Nerón.

Los germanos de su guardia embrazaron los escudos y empuñaron las lanzas, dispuestos a combatir si les dejaban ocasión. César se abrió paso entre ellos y se acercó a la regala de estribor. La nave capitana de la flota se había adelantado a las demás; en lugar de embestir al carguero había virado ligeramente, clavando los remos en el agua para refrenar su marcha.

Por la borda se asomó un hombre de unos cuarenta años con armadura de cuero repujado y una capa púrpura. Empuñaba su propia bocina, pero antes de que tuviera ocasión de decir nada, César se le adelantó.

—¡Ah de la nave! ¿Quiénes sois y qué asunto os trae por estas aguas?

—¡Esa pregunta debes contestarla tú! ¡Yo soy Lucio Casio, almirante de la séptima flota de la República! ¡Preparaos para ser abordados!

César recordó que Lucio Casio era uno de los oficiales de Pompeyo. ¿Le

habrían llegado ya noticias de que su jefe había sido aplastado en Farsalia?

«Habrá que apostar a que sí», pensó, y exclamó a través de la bocina:

—¡No, Casio! ¡Prepárate para ser abordado tú! ¡O mejor, lleva esos barcos hasta Abidos! ¡A partir de ahora quedan confiscados bajo mi autoridad!

«Tiene más testículos que el burro de Cincinato», oyó decir a su espalda al asistente de Claudio Nerón.

—¿Y cuál es esa autoridad, si puede saberse?

—¡La mía! ¡La de Gayo Julio César, cónsul de Roma y vencedor de Farsalia! ¡Ríndete como han hecho los demás y obtendrás el perdón del cónsul y la amistad de César!

En vez de contestar, Casio se apartó de la borda y conferenció durante unos minutos con otros oficiales. Pasado ese rato, para sorpresa de los soldados de César y de este mismo, volvió a empuñar la bocina y anunció:

—¡Está bien! ¡Te entregaré los barcos con la condición de que dejes a todos mis hombres en libertad y pongas por escrito que no tomarás represalias contra mí ni contra ninguno de los míos!

César fingió pensar que consideraba la propuesta de Casio. Después de unos segundos aceptó con gesto solemne. Se estaba conteniendo para no dar brincos de alegría sobre la cubierta.

cuyos gallardetes se leía en letras doradas el número XXVII, que correspondía a una de sus legiones.

César había enviado mensajeros a Grecia para ordenar que las tropas a las que no había enviado a Italia con Marco Antonio se presentasen en Rodas. Por lo que veía, de momento la única que había comparecido era la XXVII, formada por dos mil doscientos hombres. A algunos de ellos los había trasladado de unidades más veteranas, eligiendo siempre a los hombres más jóvenes y que llevaban menos años de servicio; la mayoría, sin embargo, eran antiguos pompeyanos. El celo que habían puesto en llegar allí con su legado Fufio Caleno le demostró que podía confiar en ellos.

—Una hermosa ciudad —comentó Claudio Nerón a su lado.

—Lo es, en verdad —asintió César.

El doble puerto estaba construido sobre dos bahías naturales en forma de U, cada una de las cuales medía unos trescientos metros de lado a lado. Desde la ensenada occidental el terreno ascendía hasta la acrópolis, situada en el oeste. Los rodios habían construido allí hilera tras hilera de casas de paredes encaladas y tejados rojos; vistas de lejos semejaban las filas de asientos de un vasto teatro.

Durante siglos, Rodas había sido la mayor potencia marítima de la zona, una república de príncipes mercaderes que había resistido incluso el prolongado asedio de Demetrio Poliorcetes. Dispuesto a expugnar las murallas de los rodios, el poderoso rey macedonio había levantado la Helépolis, la mayor torre de asedio de la historia. Cuando renunció por fin a tomar la ciudad y regresó a Macedonia, los rodios aprovecharon las piezas metálicas de las máquinas de guerra abandonadas para construir una estatua de más de veinte metros de altura en honor de su patrón Helios, el Sol.

Aquella estatua, el Coloso, no había durado demasiado tiempo en pie. Aún no habían pasado setenta años de su construcción cuando un terremoto la derribó. El rey de Egipto, el tercer Ptolomeo, se ofreció a sufragar su reparación. Pero los rodios consultaron al oráculo de Delfos y decidieron que levantar de nuevo una estatua tan grande podía interpretarse como un pecado de hybris, la soberbia de desafiar a los dioses.

Los rodios solían evocar los buenos tiempos, cuando el Coloso se alzaba sobre la ciudad y casi todas las mercancías del Mediterráneo oriental pasaban

por su puerto. Ahora, según aseguraban, perdían mucho dinero por culpa de la competencia de Delos, una pequeña isla en el centro de las Cícladas que los romanos habían convertido en puerto franco. Lo cierto era que desde aquello las flotas rodias habían perdido parte de su poder. Como hasta entonces ejercían de policías de los mares, el declive de Rodas había coincidido con el auge de la piratería que César había sufrido en sus propias carnes. Piratería con la que acabó en una fulgurante campaña Pompeyo, tal vez su mayor servicio a la República. Eso, al menos, había que reconocérselo.

Apenas había bajado César por la pasarela cuando una comitiva de autoridades y dignatarios se presentó ante él. Entre ellos se encontraba León, el joven capitán que había intentado llevarlo en su liburnia al otro lado del Adriático, acompañado de su padre, Eufranor. Este, que no se parecía en nada a su apuesto hijo, era un hombre de corpachón desproporcionado para sus piernas cortas y flacas, barba espesa y plagada de canas, ojos muy vivos y una boca enorme que sonreía con facilidad. Con aquella caja torácica y aquella boca, no era extraño que su vozarrón sonara como si estuviera hablando a través de una bocina de capitán.

—¡Es un honor tenerte en Rodas, noble César! ¡Mi hijo me ha hablado maravillas de ti!

Considerando que Eufranor había perdido varios barcos por culpa indirecta de César, a este le sorprendió su afabilidad. Que acudieran a saludarlo no era tan extraño: mientras rodeaba la costa del Egeo, primero a pie y luego en la flota de Casio, César no había dejado de recibir homenajes de magistrados y publicanos romanos, y también de nobles locales que acudían en auxilio del vencedor. Pero lo que le agradó en el caso de León y de su padre fue comprobar que cuando lo felicitaron por su victoria de Farsalia lo hicieron con alegría sincera. Sin duda había influido en ello que León había cobrado sin ningún problema el dinero prometido por César tras la travesía frustrada del Adriático.

El jefe de los prítanos, magistrados electos de la ciudad, informó a César de que Pompeyo no había llegado a pasar por la isla. Mientras intentaba obtener pistas sobre el paradero de su rival, César decidió conceder unos días de permiso a sus hombres.

Para él mismo resultaba agradable regresar a aquella hermosa isla donde había pasado unos meses estudiando cuando era una vida entera más joven. Paseando por el puerto y contemplando los restos bronceos del gran Coloso, que incluso tumbado y roto en el suelo junto a la bocana seguía ofreciendo una visión impresionante, no pudo evitar acordarse de Pompeyo, otro gigante caído.

«¿Llegará algún día alguien más joven que me derribe a mí como he hecho yo con Pompeyo?», se preguntó. La verdad era que no se le ocurría ningún rival de su altura entre los romanos de las generaciones siguientes a la suya. ¿Marco Antonio? Un gran guerrero, capaz de inspirar lealtad y valor a sus hombres, pero demasiado entregado a sus vicios y placeres como para pensar en el futuro. Era un táctico como mucho, no un estratega. Los tácticos vencen batallas, los estrategas ganan guerras.

Pero ¿y si se equivocaba? ¿Y si subestimaba a Antonio? «Pompeyo pensaba lo mismo de mí», se dijo mientras deslizaba los dedos por la rugosa superficie de bronce de aquella cabeza que antaño se levantó a más de veinte metros de altura.

Ya que estaba allí no podía irse sin ver a Posidonio, a quien los rodios consideraban la mayor gloria viva de su isla aunque hubiese nacido en Siria. Fue la única vez durante aquellos días en que César se desplazó sin sus lictores, pues se trataba de una visita privada en la que solo lo acompañaron León y Eufanor, aparte de cuatro germanos que se quedaron custodiando la puerta de la casa.

Posidonio había cumplido ya ochenta y siete años. De vista no andaba mal, pero el oído lo tenía tan duro que había que conversar con él declamando como en una reunión del senado; algo que para su hijastro Eufanor, con aquel chorro de voz, no resultaba difícil. Por otra parte, Posidonio estaba extremadamente delgado y muy pálido, lo que hizo pensar a César que algún mal interno lo estaba devorando en silencio.

—¡Qué alegría volver a verte, César! —dijo el anciano, estrechándole ambas manos y besándole en las mejillas con labios secos y quebradizos como papiro.

—¿De veras te acuerdas de mí? —preguntó César, incrédulo—. ¿De ese jovenzuelo engreído que perdía el tiempo componiendo discursos pomposos

sobre cuestiones que no le interesaban a nadie?

El anciano se rio de buena gana.

—¡Engreído sí que eras, y muy presumido con esas túnicas de manga larga y el cinturón tan suelto que parecía que se te iba a caer a los pies!

—Frivolidades de juventud —se disculpó César, encogiéndose de hombros.

—Pero también es verdad que hacías preguntas inteligentes —prosiguió Posidonio—. Las personas interesantes se distinguen por las preguntas que hacen y las dudas que albergan, mientras que cualquier necio puede estar seguro de todo y ofrecer respuestas que nadie le pide.

—Magnífico uso de un quiasmo disimulado, ilustre Posidonio —dijo César.

—¡Ah, veo que tú también te acuerdas de cuánto parodiaba las figuras retóricas! —respondió el anciano—. ¿No era eso lo que habías venido a estudiar con el pedante de Apolonio?

César asintió, mientras bebía de su ancho cáliz de barro para disimular una sonrisa. La rivalidad entre Apolonio y Posidonio era proverbial y fuente de muchos chascarrillos en la isla. Posidonio, aunque sabía expresarse de forma tan florida como el mejor orador, solamente lo hacía por mofarse de la retórica, que consideraba pura farfolla, una pompa vacía de sustancia que no servía más que para enriquecer a los que decían dominarla.

Con el tiempo, César había llegado a opinar algo parecido. A él, que de joven había escrito un tratado sumamente abstruso sobre el uso de la analogía, le aburrían cada vez más los artificios teóricos que se hacían pasar por sabiduría, mientras crecía su admiración por los saberes prácticos como la ingeniería, la geografía o la medicina. Ese gusto suyo por las disciplinas concretas, materiales, había provocado numerosas discusiones con Cicerón, quien solo consideraba verdaderamente valioso el conocimiento que no tuviera ninguna utilidad ni conexión con la realidad.

Durante horas disfrutaron de la conversación, de una cena sencilla y del vino de Rodas, un caldo de categoría media que exportaban a todo el Mediterráneo y que Eufranor definía como «digno» y «eficaz». A César se le antojaba un poco áspero, pero no puso pega alguna: lo agradable de la compañía compensaba lo astringente del vino. Conforme avanzó la tarde, la

brisa fue refrescando. La casa de Posidonio estaba construida casi en el extremo del promontorio que cerraba el puerto de Rodas por el oeste. Desde su jardín se disfrutaba de una vista muy amplia y variada: el ajetreo de los muelles al este y al oeste la relajante visión del sol descendiendo poco a poco hacia el mar.

El anciano, cuyo ingenio y curiosidad seguían tan aguzados como siempre, asaeteó a César con cientos de preguntas sobre los lugares de sus campañas; en particular sobre Britania, que no había llegado a visitar en sus viajes.

—Eres un gran informador, joven César —dijo al final Posidonio.

César soltó una carcajada al oír que el anciano se refería a él como joven. Después pensó que Posidonio le sacaba treinta y cinco años y que si aún demostraba tantas ganas de vivir era porque debía de haber aprovechado bien ese tiempo.

«A lo mejor no soy tan viejo aún —se dijo—. Tal vez me queden muchas cosas por hacer».

Posidonio le tendió una mano a León y añadió:

—Mi nieto también tiene el don de fijarse en lo importante y saber narrar lo que ve. Deberías aprovechar su talento, César.

—Abuelo, me vas a abochornar.

—¡No seas modesto! Gracias a sus informaciones, he revisado mi tratado Sobre las mareas y he ampliado mi Geografía con una descripción de la India.

—¿Has estado en la India, León? ¿De verdad se encuentra tan lejos como dicen? —preguntó César. Su interés por aquel país tan remoto no se debía a simple curiosidad. El comercio marítimo de los productos orientales era un monopolio de Egipto que rendía inmensas ganancias a sus reyes. A César le interesaba que Roma dejara de limitarse a gastar en esas mercancías de lujo y empezara a obtener sus propios beneficios.

—¿Te haces idea de a cuánta distancia nos hallamos de las columnas de Heracles? —preguntó León.

César asintió. Había estado en Gades como cuestor. Allí, al ver un busto de Alejandro en el templo de Hércules, se había lamentado de que el macedonio a su edad ya había conquistado medio mundo, mientras que él

todavía no había hecho nada digno de relieve. No fue algo improvisado, sino una frase destinada a ser grabada en mármol: por aquel entonces César ya se trabajaba su candidatura para ser edil y recorrer el resto del cursus honorum.

—Pues la India está al doble de distancia —dijo León—. Una vez que se sale del mar Rojo y se entra en el Índico, es un viaje sin escalas. Con vientos propicios se pasan cuarenta días en alta mar sin ver tierra. Llegas a pensar que unos dioses malignos han hecho desaparecer el resto del mundo y que todo lo que queda en el universo sois tu barco y tú.

Según el joven marino, los árabes controlaban esa ruta desde tiempo inmemorial. Pero durante el reinado de Ptolomeo Fiscón sucedió algo que lo cambió todo.

—Los barcos del rey —relató León— encontraron en la costa oeste del mar Rojo los restos de una nave que se había estrellado contra las rocas. El pecio estaba rodeado de cadáveres. Entre ellos encontraron a un hombre que todavía respiraba, un marinero de piel muy oscura en estado de inanición.

»Le dieron de comer y se lo llevaron a Alejandría. Cuando los eruditos de la Biblioteca le enseñaron griego, el hombre les contó que se llamaba Agniprava y que procedía de una ciudad de la India llamada Barigaza.

»Agniprava dijo también que si el rey Ptolomeo lo enviaba de regreso a su país, le haría un gran favor a cambio: le revelaría el secreto que utilizaban los navegantes de su país para atravesar el Índico.

»Por aquella época, se encontraba en Alejandría un explorador llamado Eudoxo de Cízico, que se ofreció para llevar a Agniprava. Gracias a sus indicaciones, Eudoxo logró atravesar el Índico sin tocar los puertos de los árabes.

—¿Cuál era ese secreto? —preguntó César.

—El monzón, un viento estacional del Índico que en verano sopla de forma continua hacia el nordeste. Impulsado por él, Eudoxo llegó a Barigaza, donde dejó a su pasajero. De paso, cambió sus mercancías por especias, seda y otros productos de gran valor, y cuando llegó el otoño zarpó de nuevo. En esa época del viento el sentido del monzón se invierte y sopla hacia el suroeste llevando a los barcos de regreso a África y al mar Rojo.

—Es como si los dioses hubieran creado ese viento para los mercaderes.

—Así es, César.

—Supongo que el tal Eudoxo se hizo rico.

—No demasiado. Los inspectores de aduanas de Ptolomeo Fiscón le confiscaron el cargamento en Alejandría, pagándosele por una cantidad irrisoria. Sin embargo, Eudoxo no se desanimó y volvió a hacer el mismo viaje, esta vez sin piloto indio. Así comprobó que los vientos eran fiables y que podía establecerse una ruta regular, partiendo entre primavera y verano y regresando en otoño.

—¿Es la misma ruta que seguiste tú?

—Solo he hecho ese viaje una vez, hace ya tres años. Al menos, debo reconocer que la reina Cleopatra nos pagó un precio justo por la mercancía. No tiene nada que ver con su antepasado.

César se quedó sorprendido. Era el primer comentario favorable que oía sobre Cleopatra y, a decir verdad, sobre cualquiera de los Ptolomeos.

Mientras conversaban, la oscuridad había caído sobre el jardín. Un sirviente encendió unas lámparas para iluminar el cenador. En ese momento, Saxnot entró en la casa.

—¡Ah, qué magnífico ejemplar humano! —comentó Posidonio, admirado de su estatura y corpulencia. Después añadió una frase en germano a la que el guardaespaldas contestó, sorprendido y feliz de hablar su idioma en aquella isla para él tan remota.

Tras esa brevísima conversación, Saxnot se volvió hacia César y dijo:

—Perdona interrupción. Hay mensajero que trae noticia sobre Pompeyo.

César enarcó las cejas. Por primera vez en mucho tiempo había llegado a olvidarse durante unas horas de su rival y de la guerra civil que ambos libraban.

—Si me disculpas, Posidonio...

—No hay disculpas que pedir, César —respondió el anciano—. Puedes hablar con ese hombre en el androceo, si te parece oportuno. Nadie te molestará.

El mensajero era un ciudadano romano, un tal Cayo Peticio Marso, que se dedicaba a exportar vino italiano y a cambio importaba trigo de Egipto a Roma. Según explicó a César, había recogido en su barco a Pompeyo cuando este llegó a Anfípolis y lo había acompañado a Mitilene, donde embarcó también a su familia. Por último, lo había llevado a Chipre, donde Pompeyo

pasó algunos días deliberando dónde ir a continuación.

—Pompeyo ha considerado incluso la opción de viajar a la corte del rey de Partia para reclutar allí un ejército y enfrentarse de nuevo a ti —le informó Peticio.

—¿Con un ejército parto? —preguntó César, asombrado e indignado en proporciones iguales—. ¿Se le ha ocurrido que puede seguir presentándose como campeón de la República contra mí al frente de los mismos bárbaros que masacraron al ejército de Craso y que todavía guardan en su poder siete de nuestras águilas?

—Eso mismo le dijeron sus amigos, y lograron disuadirlo con argumentos parecidos.

—¿Entonces no ha ido a Partia?

—No, César.

—Amigo Peticio, no me interesa tanto lo que Pompeyo ha decidido no hacer, sino lo que ha hecho. ¿Puedes decírmelo o no?

—¡Oh, sí, César! Finalmente, Pompeyo decidió dirigirse a Egipto y pedir asilo en la corte del rey Ptolomeo.

César entrecerró los ojos, pensativo. Tenía lógica, mucha lógica. El testamento de Auletes designaba protectores de sus hijos a Pompeyo y a César en representación de la República. Una de sus copias debería estar en Roma, pero por alguna razón Pompeyo se la había llevado consigo. Aunque en teoría debía de ser importante para él, había dejado aquella copia abandonada en su tienda junto con cientos de documentos más. Ahora el testamento estaba en poder de César.

Existían más motivos para interesarse en Egipto. Los herederos de Auletes, Cleopatra y el joven Ptolomeo, todavía le debían dinero a César, nada menos que setenta millones de sestercios. Sospechaba que a Pompeyo también le adeudaban una buena suma.

«El viejo zorro querrá cobrar lo suyo. Y, a poco que me descuide, también lo mío», pensó. Egipto era el país más rico del Mediterráneo, tanto por la fertilidad de su valle como por los inmensos tesoros que habían acumulado sus reyes desde el origen de los tiempos; pues los egipcios se jactaban de ser, y quizá con razón, el pueblo más antiguo del mundo.

En Egipto, Pompeyo podría reclutar tropas entre los gabinianos y

conseguir dinero para su causa. Desde ahí le sería fácil costear el norte de África hasta la región de Cartago, donde sus partidarios estaban reagrupando fuerzas para proseguir con la guerra.

«No puedo permitir que se junten», se dijo.

—Una pregunta, Cayo Peticio. Parece que durante estas semanas has trabado amistad con Pompeyo. ¿Por qué acudes a contarme esto?

—Pompeyo es un hombre admirable, sin duda. Pero supongo que conocerás la historia de cómo el rey persa Darío le ofreció a Alejandro el macedonio la mano de su hija y la mitad de su imperio a cambio de la paz...

—... y Alejandro respondió que no podía haber dos reyes en Asia del mismo modo que no pueden lucir dos soles en el cielo —completó César, impaciente—. Así que tú has decidido que el sol que más calienta soy yo.

—Ni la política ni la guerra son lo mío, César —respondió Peticio, encogiéndose de hombros—. Soy un hombre de negocios. Mi talento consiste en calcular costes y beneficios. Además, habiendo oído hablar de tu acreditada clemencia, sé que no los tratarás ni a él ni a su familia con crueldad.

—Ciertamente. Cayo Peticio, te debo un favor, y te será recompensado. César siempre paga sus deudas, aunque a veces pueda tardar.

—En tu tono intuyo un «pero».

—No esperes nunca que te confíe nada importante ni te entregue mi amistad. Quien traiciona una vez traiciona ciento.

Otro hombre quizá se habría ofendido por esas palabras, pero Peticio sonrió.

—Soy mercader, noble César, y el taimado y embustero Mercurio es mi patrón. Lo llevo en la sangre.

Tras despachar a Peticio, César volvió al jardín, donde León y Eufanor seguían platicando con Posidonio.

—He traído doce barcos a Rodas. Necesito como mínimo otros diez.

León y su padre se incorporaron en el triclinio. Posidonio seguía sentado en una silla de brazos y respaldo; le resultaba más cómodo reposar así por sus dolores de espalda.

—Puedo conseguirte diez naves de transporte en dos días —respondió Eufanor.

César se acarició el mentón, pensativo. León sabía que el cónsul andaba como un sabueso detrás de su enemigo Pompeyo. Aquel hombre con el que se había reunido en el androceo debía de haberle informado sobre el paradero de su enemigo. ¿Cuál podría ser?

Salieron de dudas enseguida.

—¿Cuánto se tarda en llegar de Rodas a Alejandría? —preguntó César.

—En esta época del año, con los vientos etesios se puede conseguir en tres días —respondió León.

—Por lo que sé, son precisamente los que Pompeyo me lleva de ventaja. —César se volvió hacia Eufranor y le dijo—: Quiero naves de guerra mejor que transportes. ¿Las puedes conseguir?

Eufranor vaciló algunos segundos antes de contestar.

—Sí. Hablaré con los demás miembros del consejo.

—Tendrás que sacarlos de la cama. Los necesito ya.

León advirtió que César se había transformado de repente en otro hombre. El afable conversador con quien tan relajados se sentían hasta hacía un momento volvía a ser el general romano práctico y directo, a veces brutal en su franqueza.

—¿«Ya» significa esta misma noche? —preguntó Eufranor.

—Así es. Os dejo encargados de los preparativos. Sé que conocéis bien el puerto de Alejandría y sus alrededores, así que confío en que me acompañéis.

Padre e hijo se miraron un momento. Eufranor frunció el ceño y luego, de repente, soltó una gran carcajada.

—¡Por la verga de Poseidón, qué demonios! —exclamó—. Un viaje a Alejandría con el gran Julio César. No me lo perdería por nada del mundo. ¡Tendrás tus naves listas para zarpar antes del amanecer!

Antes de irse, César se despidió de Posidonio. El abuelo de León se empeñó en levantarse y estrechó las manos de su antiguo discípulo.

—Ya que vas a Alejandría, no dejes de visitar el Faro. La vista desde arriba es asombrosa. Y, por supuesto, no pases por alto la Biblioteca. Allí tengo muchos amigos a los que espero que transmitas saludos de mi parte.

León notó que el cónsul tenía mucha prisa por marcharse, pero no quería herir los sentimientos de Posidonio. Por suerte, el anciano era muy perceptivo.

—No te entretendré más, mi querido César. Pero, ya que me has mencionado que te preocupa el desfase de vuestro calendario, te recomiendo que aproveches también tu visita para conocer a un jovencísimo astrónomo que estudió conmigo hace unos años. Es muy brillante, aunque su carácter resulte insoportable a veces.

—¿Cómo se llama?

—Sosígenes.

—Lo tendré en cuenta. —César besó en ambas mejillas al anciano, le apretó los hombros y le dijo—: Larga vida, noble Posidonio.

El anciano sonrió con picardía.

—Me deseas lo que ya he tenido, noble César. ¡Deséame mejor una dulce muerte!

César salió por fin, seguido por sus germanos y tan acelerado como una tromba de verano. Eufranor volvió a mirar a León y ambos suspiraron a la vez. Sin saber cómo, el dios de la guerra acababa de absorberlos en su insaciable estela.

en sudor.

Pompeyo sacó los pies por el borde de la cama y luego se dejó caer hasta la alfombra; el lecho se hallaba en alto, montado sobre un gran arcón de madera, pues en los barcos, y más en los de guerra, se aprovechaba todo el espacio disponible.

Aquellos movimientos vinieron acompañados por una sarta de resoplidos y maldiciones a media voz. Otra de las máximas de su padre era: «Si a partir de los cuarenta un día te levantas de la cama y no te duele nada, es que estás muerto».

Pompeyo ya había dejado muy atrás los cuarenta, y para él incorporarse por las mañanas suponía una ardua empresa. Le tiraban las bridas de viejas cicatrices en la pierna izquierda y el brazo derecho, el hombro izquierdo se le quedaba casi paralizado tras dormir sobre él, y las rodillas se le encasquillaban y no era capaz de moverlas con un mínimo de soltura hasta que las sacudía unas cuantas veces y oía un sonoro chasquido en cada una.

«Mañana es mi cumpleaños», recordó. Iba a cumplir cincuenta y nueve, al borde de una nueva década.

Tras el ritual matutino, pasó al retrete contiguo, un lujo del que solo disponía el capitán de la Seleucia, quien había tenido la deferencia de cederles su camarote a él y a Cornelia. Los demás tripulantes y soldados que viajaban en el quinquerreme evacuaban lo que tuvieran que evacuar en cubos o directamente al mar a través de los beques, unas tablas provistas de agujeros situadas a popa por la parte exterior de la borda.

Cuando salió de la letrina, Filipo ya estaba en la habitación, esperándolo mientras contenía un bostezo. Pompeyo se percató de que su criado echaba una mirada de reojo a la cama; Cornelia se había destapado un poco y se le veía el seno derecho. No le extrañó, ya que hacía mucho calor allí dentro. Se hallaban en pleno verano y en el extremo sur del Mediterráneo; la mica de la claraboya estaba entreabierta y apenas dejaba que se colara algo de aire fresco.

Filipo le ayudó a ponerse una túnica limpia, aunque ya descolorida. Pompeyo estaba reservando las mejores ropas para cuando encontrase de una vez a aquel rey niño y se reuniese con él.

—¿Qué hora es?

Al oír la voz de Cornelia, se volvió hacia el lecho. Su esposa había abierto los ojos y se había tapado los senos con la sábana de lino.

—Puedes salir, Filippo —dijo Pompeyo.

Cuando el criado cerró la puerta, Pompeyo se acercó a la cama y contempló a Cornelia. Una ventaja de sus veinticinco años era que al despertarse no tenía que pasar por el penoso proceso de dolores y crujidos matinales, y tampoco se le marcaban bajo los ojos esas pesadas bolsas en las que él podría haber guardado veinte sestercios.

—Es pronto, mi amor —dijo Pompeyo, colocando el flequillo de su esposa con la palma de la mano—. Duerme un poco más mientras yo me entero de lo que pasa.

Tal vez la mimaba demasiado. El fiero Pompeyo, conquistador de reinos y domador de piratas, siempre había tratado a sus mujeres con mano suave. Mejor que sus soldados, acostumbrados a sus sonoras voces de mando, no oyeran el tono acaramelado con que se dirigía a Cornelia cuando se encontraban a solas, ni los epítetos que ambos usaban como «papaíto», «pastel de miel» o «dulce de membrillo».

Pero estaba en su naturaleza. A Pompeyo le gustaban las mujeres, se moría por ellas, por impresionarlas, por verlas sonreír. Gracias a las mujeres había suavizado su carácter con el tiempo y no se había convertido en una bestia sanguinaria como su padre. No ignoraba que en sus primeras campañas le habían motejado como «el joven carnicero», pero al madurar había dejado atrás esa crueldad congénita en su linaje.

Cornelia cerró los ojos para dormirse de nuevo. En ese momento hizo un mohín fugaz con la boca que le recordó a Julia.

«Ya tuve que pensar en ella», se dijo Pompeyo, y notó una punzada que se le clavaba en el estómago. Era una mezcla de dolor por su cuarta esposa, a la que había visto agonizar mientras le sujetaba la mano, pero también de irritación porque ella le traía a la memoria el rostro de César.

«Cuando muera César, no habrá ningún hijo ni nieto que le rinda culto ni que lleve su mascarilla en la procesión funeraria». Aquel pensamiento le satisfizo un poco.

Mas solo un poco. Cuando salió del camarote, la imagen del maldito César se había grabado en su mente, desplazando todas las demás.

«Si piensa que me ha derrotado, se equivoca», pensó. ¿No se había levantado la República después de los reveses contra Aníbal, un personaje de la misma calaña que César y con tan pocos principios como él? Aníbal había sometido a Roma no a una derrota, sino a cuatro, y aun así Escipión lo había aplastado definitivamente en Zama.

Al igual que la de Escipión, la victoria de la verdadera República, la que él defendía, tendría lugar en tierras de África. Durante aquellos días de fuga, Pompeyo había pensado mil veces en sus errores. El peor había sido tener demasiado en cuenta las opiniones ajenas.

Eso no volvería a ocurrir. Ya había comprobado que César no era buen organizador y que tendía a confiarse demasiado. ¡Ah, cómo se le había escapado vivo de Dirraquio! Pero no volvería a pasar. Estaba pensando ya la trampa que le tendería en las arenas del desierto, precisamente cerca de Cartago, en Útica, donde su hijo Gneo estaba reorganizando fuerzas para él.

Necesitaba más fondos y provisiones para esas fuerzas. Por eso había acudido a Egipto a cobrarse una vieja deuda de amistad y dinero.

Fuera se notaba algo de fresco en comparación con el camarote, que cerrado y con el calor de dos personas se había convertido durante la noche en un auténtico tepidarium. Sin embargo, la brisa venía tan saturada de humedad que la túnica de Pompeyo no tardó en empaparse de sudor.

Los soldados que atestaban la cubierta se estaban desperezando ya. En realidad, «soldados» era mucho decir. Un buen número de ellos habían sido esclavos hasta tan solo unos días antes, cuando Pompeyo los reclutó a toda prisa entre los criados de los publicanos que cobraban impuestos en las costas del Egeo.

—Buenos días, noble Pompeyo.

El general, que se había acercado a la borda para contemplar la costa, se volvió al oír el saludo. Era Fígulo, el capitán de la Seleucia. Pompeyo había decidido viajar en su nave, aunque la Hircania, que también formaba parte de su reducida flota, era un quinquerre más nuevo. Pero Fígulo conocía bien la costa del Delta y, sobre todo, el puerto de Alejandría, cuyo acceso estaba rodeado de peligrosos escollos.

Alejandría, y no Pelusio, había sido el destino original del viaje. Pero la visita se había convertido en una pesadilla burocrática, que Pompeyo atribuyó

al hecho de que el rey no se hallaba en la ciudad. De otro modo, no se explicaba que lo hubieran tratado así a él, al conquistador de Oriente.

Primero los habían tenido medio día anclados entre el Faro y las rocas que marcaban el paso del Toro, uno de los tres accesos al llamado Puerto Grande. Cuando las autoridades se dignaron a concederles un atracadero, no se lo dieron en el muelle privado del palacio de Loquias, donde había amarrado Pompeyo en otras visitas a la ciudad, ni tampoco en la zona militar del Arsenal, sino en el Emporio, como si fuese un vulgar mercader.

Después de eso, habían aguardado dos días enteros mientras la petición de audiencia de Pompeyo pasaba por las manos de veinte niveles de burócratas. Todos, por supuesto, habían recibido sus dádivas correspondientes; de lo contrario los dos días se habrían convertido en un mes.

Y tanta espera para que al final se presentaran ante él dos pomposos funcionarios, vestidos con ropas tan tiesas que crujían como ramas secas, maquillados y tocados con gruesas pelucas. Hablando casi al unísono, le informaron:

—Ni su alteza ni la corte real se encuentran en Alejandría. Partieron hace unos días para detener y aplastar a un ejército invasor.

—¿Invasor? ¿Quién pretende invadir Egipto?

Los dos funcionarios, que parecían gemelos, se miraron entre sí antes de responder.

—La usurpadora Cleopatra, hija bastarda del anterior rey.

Pompeyo no tenía noticia ninguna de que Cleopatra fuese bastarda, pero aquello debía de formar parte de la propaganda de su hermano. Tras maldecir a la cara a aquellos dos personajes por haberle hecho perder tanto tiempo, ordenó a su flota que zarpara inmediatamente, sin aguardar autorización ninguna.

Para su desgracia, el sistema de comunicación de tubas y trompetas del puerto era muy eficaz. Cuando la Seleucia quiso salir, esta vez por Estégano, el canal situado más al este, se encontró con que lo habían cerrado con una cadena de eslabones más gruesos que el muslo de un hombre. Los operarios del puerto abrieron la cadena tras cobrarles una multa de cien dracmas por cada una de las naves.

A decir verdad, aquellos dos funcionarios habían sugerido a Pompeyo que se alojara en un ala del palacio y aguardara el regreso del rey. Pero esperar a que se decidiera una guerra sin intervenir en ella no era propio de un romano, y menos si ese romano era Pompeyo el Grande. De modo que él y los suyos se habían dirigido hacia el este, pasando una tras otra por las siete bocas que formaban el Delta del Nilo. La Canópica, a apenas unas millas de Alejandría. Después la Bolbitina, la Sebenítica y la Fatnítica. La Mendésica, llamada así por Mendes, donde se fabricaban los perfumes más famosos y caros de Egipto. Y por último la Tanítica y la Pelúsica. Desde la borda de la Seleucia, a Pompeyo toda la costa le parecía igual: lisa como una tabla y de un color entre pardo y negro, pues el Delta estaba formado por los sedimentos que depositaba el Nilo desde hacía miles de años.

Ahora, no obstante, el panorama había cambiado, aunque solo de color: la monótona línea oscura se había convertido en otra línea ocre no menos aburrida. Sobre ella, a cierta distancia, se recortaba una ciudad también ocre, como si las murallas, los torreones circulares y las casas fuesen una excrecencia salida de la tierra. Extramuros se notaba algo más de color, aportado por las tiendas y banderas de un campamento militar.

—¿Eso es Pelusio? —preguntó Pompeyo.

—Sí —contestó Fígulo.

—Entonces, este es un buen lugar para quedarnos de momento mientras comprobamos la situación.

El capitán dio órdenes para anclar y su primer oficial las transmitió por bocina al resto de la flota. Aunque se encontraban a casi dos kilómetros de la costa, el fondo era tan somero que la arena y las piedras se distinguían nítidamente bajo las aguas entre verdes y amarillas.

—Mi vista ya no es lo que era —reconoció Pompeyo—. Dime, amigo Fígulo, eso que se ve en los muelles son barcos de guerra, ¿verdad?

—En efecto, noble Pompeyo.

El general asintió. Sí, era mejor esperar allí de momento, a una distancia prudencial que les daría tiempo para levar anclas y alejarse si observaban alguna maniobra hostil.

—Fígulo, manda un bote al puerto con alguien que lleve una carta mía.

—A tus órdenes, noble Pompeyo.

Mientras los marineros descolgaban por la borda el esquife de la Seleucia, Pompeyo le pidió a su criado Filipo la carta que había redactado la víspera y volvió a repararla. Se saltó todos los títulos, saludos y demás zarandajas y fue al grano.

Como ya te dije en mi anterior carta, en nombre de mi vieja amistad con tu padre y de la relación de aliados y amigos que tienen Roma y Egipto, yo, Pompeyo Magno, procónsul de Roma, vuelvo a ofrecerte mi ayuda en tu noble lucha para defender el trono que legítimamente posees contra quienes pretenden arrebátártelo.

—Está bien, Filipo. —Pompeyo, que tenía confianza total en su liberto, se quitó el anillo y se lo tendió—. Séllala y dásela al mensajero.

Poco después, el bote se alejó hacia el puerto. Pintado de un naranja vivo y moviendo al compás los ocho remos, parecía una escolopendra deslizándose sobre el agua.

—Si ese muchacho tiene dos dedos de frente —comentó Pompeyo, dirigiéndose a Fígulo, que se había acodado en la regala junto a él—, me dará el mando de sus tropas.

—Sería lo mejor que podría hacer, noble Pompeyo. Es imposible que esos bárbaros tengan un solo general que te llegue a la suela de las sandalias.

—Eso es cierto. —Pompeyo meneó la cabeza, molesto por la dispepsia, o acaso porque la imagen de César seguía rondándole como un tábano—. De todos modos, te diré una cosa, Fígulo. Es un consejo sobre el arte de la guerra de un veterano.

—Será un honor y un placer oírlo, noble Pompeyo.

—Es mejor tener un único general, aunque sea muy malo, que muchos por buenos que puedan ser. ¿Sabes lo que ocurrió en la batalla de Adis, cuando el cónsul Régulo invadió Cartago?

—No estoy muy ducho en historia, señor.

—Los cartagineses disponían de más caballería que él, a lo que había que sumar un buen número de elefantes. Pero también tenían más generales. Tres, para ser exactos. ¿Sabes lo que eso significa?

—No, señor.

—Que los tres se dedicaron a dar órdenes contradictorias a sus hombres, y aquello se convirtió en un maldito caos. Régulo, que era uno solo, los

barrió.

Pompeyo volvió a sacudir la cabeza. No estaba hablando para los oídos del capitán del barco, sino para los suyos.

—Eso me pasó a mí en Farsalia. Si no, ¿cómo iba a vencerme ese advenedizo?

—Claro, señor.

Pompeyo había utilizado un término, *advena*, que en rigor no era apropiado para César. Este procedía de la gens Julia, que se jactaba de descender de Eneas y por tanto de la diosa Venus, su madre. En cambio, la familia de Pompeyo era natural de la región del Piceno, en la costa noroeste de Italia. Aunque en Roma los respetaban por sus riquezas, Pompeyo sabía que a sus espaldas los romanos de puro abolengo cuchicheaban y lo señalaban con el dedo, recordando que su padre era un *homo novus*.

—¿Cómo iba a perder contra él si no? —prosiguió Pompeyo—. Pero todos esos ineptos que se hacían llamar nobles se pasaban el día calentándome la cabeza desde el amanecer hasta el ocaso. ¿Cómo demonios iba a pensar con claridad? Malditos Catones, Afranios, Esfínteres y Favonios. ¡Maldito Ahenobarbo, que se atrevió a llamarme Agamenón, «rey de reyes y primero entre iguales»! ¿Rey de reyes? ¿Qué tenían de reyes esos espantapájaros? ¿Iguales a mí? ¡Ja!

—Debió de ser una tortura, noble Pompeyo. Yo no toleraría que mis oficiales me dijeran lo que tengo que hacer —comentó Fígulo. Al percatarse de que acababa de criticar a Pompeyo, enrojeció. El general, que seguía con su retahíla, apenas reparó en ello.

—Labieno. ¡Ese fue el peor de todos! Me vendió el jamelgo viejo de que él era el verdadero artífice de los triunfos de César, de que no había otro general como él manejando la caballería. ¡Mira cuánto duró esa carga! En cuanto les plantaron las lanzas ante los hocicos, volvieron grupas y pies para qué os quiero. ¡Maldito Labieno!

—¿Crees que Ptolomeo te entregará el mando de sus hombres, padre?

—No lo sé —reconoció Pompeyo—. La verdad es que tampoco tengo tanto interés en quién pueda ganar esta ridícula guerra de reyezuelos. El testamento de su padre me nombra a mí, entre otros, custodio de sus hijos. De los dos, del chico y de la chica, así que en teoría me da igual el vencedor.

—Dicen que Ptolomeo tiene veinte mil hombres, más del doble que su hermana.

—Sí, esa es una razón poderosa para escoger su bando. —Pompeyo se adelantó en el asiento apoyando los codos en los muslos y bajó la voz—: ¿Sabes quiénes forman el grueso de esos veinte mil?

—¿Los gabinianos?

—¡Exacto! —dijo Pompeyo, retrepándose de nuevo.

—¿Quiénes son los gabinianos? —preguntó Cornelia.

—Los legionarios que invadieron Egipto hace unos años para restaurar en el trono a Auletes —explicó Pompeyo—. Los llaman así porque servían bajo el mando de Gabinio. ¿Recuerdas a Aulo Gabinio?

Ella asintió.

—Era uno de tus antiguos subordinados. De una familia plebeya y poco antigua.

Pompeyo resopló. Su esposa, de la ilustre prosapia de los Cornelios, tenía tanta obsesión con los linajes como todos los patricios.

—Sí, bueno —prosiguió Pompeyo—. El caso es que todos esos soldados que se quedaron en Egipto sirvieron antaño a mis órdenes. En cuanto pegue una palmada así, ¡plas!, acudirán todos a alistarse bajo mi estandarte. Soldados veteranos, guerreros de verdad y no esta patulea que traemos —añadió, bajando la voz mientras miraba de reajo a los hombres que abarrotaban la cubierta—. Con ellos iré a Útica a reforzar las tropas que está alistando tu hermano, y si alguno de esos generales de salón intenta poner solo una coma a mis órdenes, haré que lo crucifiquen al sol después de arrancarle los párpados y meterle las pelotas en la boca.

—¿Qué expresiones tienes, Gneo —le reprendió Cornelia.

—¿Por eso hemos venido a Egipto? —preguntó Sexto.

—Por eso y por más cosas —respondió su padre—. Los hermanos me deben dinero. Por supuesto —añadió, observando el gesto de desaprobación

de su joven esposa—, no se lo he recordado. De momento.

Hacía ya diez años o más, Auletes les había ofrecido a César y a él seis mil talentos, una fabulosa fortuna, por presionar para que el senado reconociera a Egipto como amigo y aliado del pueblo romano. Parte de ese dinero lo había pagado en el acto por mediación de un tal Rabirio, pero otra parte todavía se adeudaba. Sumando los intereses, el débito con Pompeyo ascendía a ochocientos talentos. Una cantidad que le vendría muy bien para pagar de su bolsillo más tropas. Aunque Pompeyo no sintiese el menor cariño por el difunto Craso, había de reconocer que llevaba razón cuando aseguraba: «Ningún hombre es poderoso de verdad hasta que puede reclutar y pagar su propio ejército».

Gracias a los gabinianos y al cobro de la deuda volvería a levantarse. Con su flota dominando los mares, no se le ocurriría cometer el mismo error. ¿Plantar batalla a César? ¡De ninguna manera! Lo atraería a una ratonera, y una vez allí lo mataría por inanición, como había hecho el cartaginés Amílcar Barca en un desfiladero del desierto durante aquella guerra salvaje contra los mercenarios rebeldes.

«Levantarse. Renacer», pensó, hinchando el pecho. Una satisfactoria visita a la letrina había hecho que se librara de los restos de la cena, y ahora se sentía mucho mejor, más vacío e incluso con apetito. ¡Más joven! Si algo bueno tenía esa guerra contra César era que le había obligado a salir de Roma, cabalgar y hacer marchas. Gracias al ejercicio se encontraba físicamente mejor que desde hacía años.

—¿Habéis oído la historia del fénix? —preguntó, de buen humor.

Tanto Cornelia como Sexto dijeron que no.

—Es un mito egipcio que me contaron en el puerto de Alejandría mientras esperaba a que me atendieran en la cancillería. El fénix es un ave fabulosa, tan grande como un águila y con las plumas de oro puro, que se alimenta de incienso y otras resinas aromáticas. De esa ave solo existe un ejemplar, uno nada más.

—Entonces, ¿cómo se reproduce? —preguntó Cornelia.

—Esa es la maravilla. El fénix habita en Arabia, y vive exactamente quinientos años. Cuando se acerca el momento de su muerte, se construye un nido sobre una palmera. En ese nido acumula una pila con plantas

aromáticas, como nardo, mirra y canela. Después exhala su último aliento, cargado de perfumes, y su cuerpo se consume en una llama fulgurante que lo reduce a cenizas.

»Pero de esas cenizas nace un nuevo Fénix que crece poco a poco. Cuando tiene fuerzas suficientes, agarra entre sus zarpas el nido que le ha servido a él de cuna y a su padre de urna funeraria, lo arranca de la palmera y lo lleva volando desde Arabia hasta Egipto. Una vez allí, lo deposita y lo consagra en el templo del Sol, en Heliópolis. Luego parte de nuevo, para regresar quinientos años después renacido una vez más.

Sexto había enarcado una ceja, como si esperase la moraleja, pero Cornelia sonreía complacida. Había comprendido lo que quería decirle su esposo: Egipto era un buen sitio para resurgir de sus propias cenizas. Si el fénix renacía con quinientos años de edad, ¿cómo no iba a poder hacerlo Pompeyo el Grande, que aún no había cumplido los sesenta?

El esquife regresó a mediodía con un mensaje de la cancillería de Ptolomeo. Venía escrito en papiro saítico y no en hierático, que era de más calidad, pero el sello parecía auténtico. Pompeyo lo rompió y estiró los brazos todo lo que le dieron de sí para leer, ya que con la edad le costaba enfocar la vista cerca.

—¿Quieres que te la lea yo, señor? —preguntó Filipo.

Pompeyo contestó con un gruñido, acompañado de unos ruiditos guturales conforme seguía las líneas escritas en griego.

—¿Qué ocurre, esposo? —preguntó Cornelia.

—El rey lamenta que me hayan hecho esperar en Alejandría, algo indigno de Pompeyo Megas. ¡Siempre me ha gustado cómo suena en griego! En breve enviarán una barca real a buscarme.

—¿Una barca? ¿Por qué no despejan un muelle para nuestra nave?

—La carta, firmada por el propio Ptolomeo, dice que están preparando embarcaderos para toda nuestra flota, pero que tardarán, porque el puerto se encuentra abarrotado. Además, como aquí el mar tiene muy poco fondo y muchos bajíos, hay dos trirremes embarrancados en la bocana que están obstaculizando todas las operaciones.

—Es verdad, hay dos barcos atravesados —dijo su hijo, poniéndose la mano sobre las cejas a modo de parasol y entrecerrando los ojos.

—Pero Ptolomeo añade que está impaciente por verme y escuchar de mi boca cómo derroté a los piratas y al soberbio Mitrídates del Ponto. — Pompeyo miró a Cornelia y sonrió como un niño—. ¡Fíjate, dice que es un admirador mío y que tiene asuntos relativos a la guerra que quiere hablar en privado conmigo y cuanto antes!

Pompeyo enrolló de nuevo el papiro y se lo entregó a Filipo para que se encargara de él.

—Trae mi toga pretexta —le ordenó—. Aunque haga un calor de mil demonios, quiero que ese crío vea a un procónsul del pueblo romano. ¡Qué lástima que no tenga aquí a mis lictores!

Mientras Filipo y Escites componían los pliegues de su toga para que la caída fuese perfecta, Pompeyo entornó los ojos y vio que desde el puerto se aproximaba una embarcación a un ritmo vivo. Conforme se acercaba, la nave fue creciendo de tamaño, pero no tanto como esperaba. Cuando llegó junto a la Seleucia, resultó ser una típica barca fluvial del Nilo, construida en papiro e impulsada por cinco remeros nada más a cada lado. De todas formas, no se trataba de un simple bote de pescadores: la proa estaba decorada con una cabeza de antílope de oro provista de dos enormes cuernos retorcidos, y el mástil también era dorado, así como la vela, a medias recogida, y las empuñaduras de los remos.

Pompeyo apenas le prestó más atención a los ornamentos, y se fijó en su lugar en los ocupantes de la barca. A popa había seis soldados, equipados con una mezcla de armamento romano y egipcio que los señalaba como gabinianos. Delante de ellos se veía a un centurión, con su penacho de oreja a oreja, y un oficial también romano que llevaba sobre la cota de malla un arnés con nueve discos de oro y plata dispuestos en tres filas: aquellas phalerae demostraban que había recibido una condecoración al valor. «Ellos sí que deben estar cociéndose ahí dentro», pensó Pompeyo.

El hombre que viajaba más cerca de la proa llevaba una capa púrpura y una coraza plateada con ataujías rojas y doradas que representaban al ave fénix, algo que Pompeyo consideró de buen augurio. Por su aspecto, era griego, tal vez con algo de sangre egipcia, aunque el tono oscuro de su piel podía deberse simplemente a aquel sol que caía como plomo fundido desde las alturas.

La barca se hallaba ya tan cerca que podían distinguirse los rasgos de sus ocupantes. El oficial de la capa púrpura levantó el brazo derecho y saludó:

—Khaire, o Mega! ¡Soy Aquilas, general de las tropas de su majestad Ptolomeo, soberano de Alejandría y de las Dos Tierras! ¡Te saludo en su nombre!

Pero el rostro que más llamó la atención de Pompeyo fue el del oficial de las condecoraciones. Aunque los años lo habían surcado de arrugas, lo conocía de sobra.

—¡Mira, Cornelia! —dijo Pompeyo—. Ese hombre que lleva las phalerae de oro es Lucio Septimio. Yo mismo se las puse cuando sirvió conmigo como tribuno, por subir el primero a la muralla de una ciudadela pirata en Cilicia. Me dijeron en Alejandría que ahora es el jefe de los gabinianos. ¡Eso significa que van a comer en mi mano!

Cornelia le rozó los dedos para darle ánimo, o acaso para recibirlo de él. Al mismo tiempo, Septimio saludó a su antiguo general levantando el brazo:

—¡Salve, imperator!

Los marineros de la Seleucia habían abierto ya una parte de la regala que giraba sobre goznes para tender una pasarela hasta la barca, prácticamente abarloada junto a ellos. A un gesto de Pompeyo, dos de sus centuriones bajaron por la plancha. En realidad, se trataba de dos supervivientes de Farsalia a los que había ascendido por ser lo más parecido a soldados de verdad que le quedaba.

«Pero eso va a cambiar enseguida», pensó, observando con satisfacción a Septimio, al otro centurión y a los seis gabinianos.

—No me gusta que hayan venido a buscarte así —murmuró Cornelia cuando se volvió para despedirse de ella—. No es digno de ti, por mucho oro que lleve esa barca.

Él le tomó ambas manos y recitó unos versos de Sófocles. Su cultura literaria era limitada, pero Filippo se los había enseñado mientras se aburrían en el puerto de Alejandría esperando audiencia, pues le habían parecido adecuados a la situación.

—«Cuando un hombre se acoge a la protección de un tirano, se convierte en esclavo aunque como hombre libre haya llegado».

—¡Tú no eres esclavo de nadie, Gneo!

—Ni lo seré, Cornelia. No te preocupes. —Pompeyo se acercó más a ella y bajó la voz—: Cuando le busque las cosquillas a ese rey niño y sus eunucos, descubrirán que el nuevo amo de Egipto se llama Gneo Pompeyo Magno y tendrán que bailar al son que yo les toque.

—Ten cuidado, por favor. Dicen que los eunucos son muy intrigantes.

—Será porque tienen algo femenino —respondió Pompeyo, de buen humor. La presencia de Septimio y el fénix grabado en la coraza de Aquilas eran presagios de que todo iba a ir bien. Después se apartó un poco de Cornelia y, dirigiéndose también a su hijo, añadió—: En cuanto compruebe la situación, haré que os vayan a buscar. Y desde luego que no será en una simple barca de papiro.

Por fin, bajó por la pasarela, ayudado por Filippo y por Escites; la toga siempre era un engorro para moverse, y no quería dar un espectáculo tropezando con sus pliegues y cayendo al agua patas arriba delante del general del rey.

Cuando plantó el pie en la barca egipcia, Aquilas le saludó estrechándole la mano con fuerza. Aunque Pompeyo tendía a pensar que el mejor militar griego era inferior al peor soldado romano, el general de Ptolomeo le dio buena impresión. De unos cuarenta años, tan alto como él, se mantenía en forma y llevaba bien arreglada la barba cobriza sin resultar relamido.

—Es un honor conocerte, Gneo Pompeyo Magno —dijo Aquilas—. Ahora que te tenemos con nosotros, esta absurda guerra contra la usurpadora no durará más que unos días, los que tarden sus tropas en huir espantadas de tu fama.

—Gracias por tus amables palabras, Aquilas. ¿Me permites que salude a un viejo amigo?

Septimio se cuadró ante él, pero Pompeyo se olvidó de todo protocolo y lo abrazó con fuerza, clavándose las phalerae en el pecho. ¡Estaba tan feliz de reencontrarse con un veterano de los viejos tiempos, su época de gloria!

Cuando se separaron, mientras Filippo se apresuraba a recomponerle los pliegues de la toga, Septimio dijo:

—Señor, permite que te presente al centurión Tiberio Salvio.

Salvio saludó marcialmente, y después lo hicieron los cuatro soldados gabinianos. Por primera vez en muchos días, Pompeyo se sentía como en

casa. Mientras la barca se alejaba de la Seleucia y se dirigía hacia Pelusio, recordó con Septimio la toma del nido de águilas donde tenían su guarida aquellos piratas cilicios.

—Es un placer conversar contigo, Septimio —dijo al cabo de un rato—. Pero, si no te importa, voy a sentarme un momento. He preparado un discurso en griego para presentarme al rey y quiero repasarlo. —Bajando la voz, añadió—: Sabes que soy más hombre de acción que de letras.

Septimio asintió. Pompeyo tomó asiento en un banco situado cerca de la popa, de frente a los remeros, y Filippo se acomodó a su lado. El discurso lo había escrito con la ayuda de su liberto. Como tantos romanos de clase alta, Pompeyo alardeaba de hablar y escribir en griego tan bien como en latín. Y, como tantos romanos, exageraba. La sintaxis del griego era muy diferente, plagada de partículas que sus hablantes repartían como especias por las frases, y su verbo era endiablado, muy distinto de la ordenada regularidad del latín.

—Ya estamos lo bastante lejos.

Al oír la voz de Aquilas, Pompeyo levantó la mirada. Para su asombro, cuatro remeros se habían levantado y, con ayuda de los gabinianos, estaban tratando de arrojar por la borda a los dos centuriones bisoños. El forcejeo duró apenas unos segundos y ambos centuriones cayeron al agua con un sonoro chapoteo, uno por babor y otro por estribor. El peso de sus armas hizo que se hundieran a plomo.

Pompeyo se levantó como el resorte de una catapulta.

—¿Qué demonios está pasando a...?

Algo interrumpió sus palabras, un soplido de fuelle que brotó de su propio pecho. Acababa de sentir un golpe muy fuerte en la espalda, por encima de los riñones. Pompeyo se giró y vio a Septimio, que había desenvainado la espada. La hoja, perfectamente pulida y afilada, tenía una larga mancha de color púrpura.

Al notar algo cálido y húmedo en el pie, miró abajo. Era su propia sangre, que le goteaba por la pantorrilla y había manchado ya la hebilla de plata en forma de media luna que lo distinguía como senador.

—Septimio... cómo... has...

Apenas podía respirar. En ese momento sintió otro golpe cerca de donde

había recibido el primero. Así era como se notaban al principio las cuchilladas que penetraban entre las costillas, como impactos profundos. Al menos, así se lo habían contado los que sobrevivían a esas heridas. El dolor solo venía un rato después.

Pompeyo comprendió que para él no habría un «después».

Se volvió de nuevo, trastabillando, apenas consciente del gesto de pavor de Filipo, y se encontró de cara con Aquilas, que también había desenvainado su espada. El tiempo fluía tan despacio que Pompeyo tuvo tiempo de fijarse de nuevo en el fénix, que parecía sonreírle burlón desde la coraza del general griego.

«Quémate como yo, y podrás renacer de tus cenizas».

—Lo siento, general —dijo Aquilas con gesto triste—. Pero, como dijo el ilustre Teódoto, los hombres muertos no muerden.

Otro golpe en la espalda. Septimio, o Salvio. ¿Qué más daba? Aquilas se preparaba para asestarle una nueva estocada. No les daría el placer de contemplar su rictus de agonía. ¡Era un procónsul de Roma! Pompeyo tomó el pliegue de la toga que le rodeaba el brazo izquierdo y se cubrió la cabeza con él. Después, las rodillas se le doblaron solas.

Lo último que sintió fue el contacto de las tablas del fondo contra la espalda, y lo último que oyó fue un gemido colectivo. Comprendió que provenía de la Seleucia, y que desde la cubierta del quinquerreme debían haber visto lo sucedido, porque sobre ese gemido destacaba un grito más agudo, el lamento de Cornelia.

Después no oyó, sintió ni vio nada. Cuando Aquilas le cortó la cabeza, el alma de Gneo Pompeyo Magno, conquistador de Asia, ya viajaba camino de las sombrías moradas de Hades.

descanso, pero el suyo seguía dando vueltas y vueltas sin reposo.

Por fin, cuando debían de quedar al menos dos horas para el alba, se rindió y se incorporó. Apenas se sentó en el lecho, la cortina que la separaba del rincón donde dormían sus doncellas se abrió. Carmión, que velaba por ella más solícita que una madre, preguntó en susurros:

—¿Qué te ocurre, señora? No has pegado ojo.

—Despierta a Iras. Quiero vestirme.

Mientras Iras se levantaba, Carmión bajó al pozo del patio a llenar un cubo de agua para que Cleopatra se lavara.

—¿Qué te ocurre, señora? —preguntó Iras—. ¿Has dormido mal?

—«Mal» sería algo.

Acertada o errada, ya había tomado su resolución. Ese mismo día dismantelarían el campamento para regresar a Ascalón. Una vez allí ya decidiría qué hacer.

Iras se concentró en sus cabellos. Entretanto Cleopatra cavilaba en las posibilidades que se le ofrecían. Podía aceptar la propuesta matrimonial de Malik, pero eso significaría renunciar al juramento que le hizo a su abuela.

¿Y qué iba a ocurrirle si lo quebrantaba? ¿Algo peor de lo que ya había pasado? Mientras Iras la peinaba a la luz de un candelabro, sus dedos se cerraron sobre la cadena de oro que sujetaba el escarabeo de jade que perteneció a la reina Hatshepsut.

Estaba a punto de arrancárselo y tirarlo por la ventana cuando oyeron golpes abajo. Alguien llamaba a la puerta de su alojamiento, el único edificio de aquel villorrio que podía denominarse «casa» con cierta propiedad.

—¡Quiera la señora Isis que no sean malas noticias! —dijo Carmión, jadeando mientras dejaba el balde lleno en el suelo.

—Siempre tan agorera, Carmión —repuso Iras—. ¿Por qué habrían de ser malas?

«Porque últimamente siempre lo son», pensó Cleopatra.

—La noche siempre es mensajera de desgracias —dijo Carmión en tono sentencioso.

Oyeron cómo Apolodoro abría la puerta y conversaba unos minutos con un hombre. Pasado un rato, los escalones de madera rechinaron bajo el peso del siciliano, que subió hasta la alcoba. Sin asomarse, murmuró desde el

umbral:

—¿Señora?

—Sí, Apolodoro. ¿Quién ha venido?

—Es un mensajero.

—¿De dónde?

—Un marinero egipcio. Viene del Egeo y se dirigía a Alejandría, pero el viento lo ha desviado hasta aquí. Dice que trae novedades importantes del norte. ¿Quieres oírlas?

—No quiero recibir más mensajes, Apolodoro. Estoy harta de malas noticias.

«Eso es muy poco regio, Cleopatra», se reprochó a sí misma al momento. Solo porque la realidad no fuese como ella quería, no podía negarse a verla. Eso parecía más propio de su hermano o de su difunto padre que de ella. Se giró en el asiento para encararse a la puerta, donde se entreveía la silueta de Apolodoro, y dijo:

—He cambiado de opinión. Dile que suba.

—Yo mismo puedo darte el mensaje, señora.

—De acuerdo. Pasa, estoy visible. —«Y aunque no lo estuviera, no sería la primera vez que me contemplases desnuda», añadió para sí.

Apolodoro traspasó el umbral. Sin apenas mirar a su ama, dijo con su voz gutural:

—El mensaje que trae el marinero es este. Hace unos días, los ejércitos de Pompeyo Magno y de Gayo Julio César se enfrentaron. Pompeyo tenía más de cuarenta y cinco mil hombres y César solo veintidós mil.

—De modo que el resultado fue el que cabía esperar.

El eunuco levantó los ojos, la miró directamente y las comisuras de su boca se curvaron. Era la primera vez que Cleopatra le veía algo parecido a una sonrisa.

—No, señora. El ejército de Gayo Julio César aplastó al de Pompeyo.

—¡Imposible!

—La noticia corre por Grecia, el Egeo y Asia Menor. Pompeyo huyó, abandonando a sus tropas. Ahora César es el amo de Roma.

Presas de una intensa emoción, Cleopatra se giró en la silla para que ni Apolodoro ni sus criadas le vieran el rostro.

«El amo de Roma», repitió para sí acariciando el escarabeo de jade que había estado a punto de tirar.

De modo que su hermano no había apostado al final por el caballo ganador.

¿Qué ocurriría a continuación? Cleopatra lo ignoraba. Pero, aunque las apuestas estuvieran en su contra, si César había vencido al gran Pompeyo quizá ella podría derrotar a su nada grande hermano. Por el momento, aunque aquella campaña la arruinara, no pensaba levantar el campamento.

Los días transcurrieron. Para los griegos, la primavera se convirtió en verano. Para los egipcios, el tercer mes de Shemu, la Cosecha, dio paso al cuarto y último. Se acercaba una nueva inundación. Cleopatra se preguntó si ahora que ella no estaba en el país y su infertilidad no podía ofender a los dioses, estos enviarían una crecida abundante o seguirían escatimando el agua a sus hijos.

Cleopatra había ordenado fortificar el monte Casio para dejar en él una guarnición permanente de dos mil hombres que se iban relevando por turnos. También montó extramuros un campamento con tiendas vacías, de modo que los exploradores que enviaba su hermano por tierra o por mar creyeran que seguía allí con todo su ejército. De esa manera mantenía una presión constante sobre Ptolomeo, que no se atrevía a abandonar Pelusio, pero tampoco se decidía a internarse en el desierto y la ciénaga Serbonia para arriesgarse a combatir en campo abierto.

Ella misma fue y vino varias veces entre Ascalón y el monte Casio, mientras enviaba agentes al norte del Egeo para averiguar qué ocurría con el conflicto entre César y Pompeyo. Los informadores contaban que Pompeyo, pese a su derrota, se empeñaba en continuar la guerra y trataba de reclutar tropas en Grecia y Asia Menor, mientras que César lo perseguía como un perro de presa.

La situación se encontraba tan atascada como las aguas de Serbonia. Shunaif, jefe de las tropas nabateas, aconsejaba a Cleopatra que desistiera de mantener la posición en aquel lugar insalubre. Los demás contingentes mercenarios no se quejaban mientras la reina les pagara puntualmente; pero los fondos de Cleopatra disminuían día a día.

«No me voy a rendir», se decía a sí misma, testaruda. Tenía que ocurrir

algo o aparecer alguien. En ciertas tragedias clásicas en que los héroes y heroínas se enfrentaban a dilemas que no podían resolver, cuando más apurada estaba la situación se presentaba un *theós ek mekhanês*^[10], un dios que volaba sobre el escenario colgado de una grúa y lo arreglaba todo.

Pero Cleopatra no olvidaba que en muchas otras tragedias no aparecía ningún dios y los protagonistas morían.

Por fin, un día a media tarde sucedió algo que quebró la rutina. Por el horizonte oeste asomaron las siluetas de tres barcos. En sí no era extraño; de cuando en cuando su hermano enviaba naves de exploración, e incluso una mañana se acercó al monte Casio una flotilla de diez trirremes para ofrecer una batalla que Cleopatra se negó a aceptar.

Pero en esta ocasión se produjo una novedad. Para otear mejor el panorama, Cleopatra se subió a la atalaya que había hecho construir en la esquina noroeste del pequeño castillo. Allí observó que los tres barcos no venían juntos, sino que uno, un trirreme o quinquerreme de casco azul, huía de los otros dos. La nave fugitiva llevaba izado en el mástil un pabellón rojo con letras doradas que, incluso a la distancia, la joven reconoció como una bandera romana.

Monte Casio disponía de un pequeño puerto, un simple espigón de bloques de piedra que Cleopatra había ordenado ampliar, de modo que ahora tenía capacidad para unas veinte naves. Además de varios barcos de transporte, allí estaba amarrada su minúscula flota de guerra, compuesta por cinco trirremes y tres naves ligeras. Cleopatra ordenó que se hicieran a la mar en ayuda del barco romano, que se había desviado a estribor para dirigirse al monte Casio.

Bastó con que los dos primeros trirremes de Cleopatra asomaran las proas fuera del espigón para que las naves perseguidoras comprendieran que de pronto se hallaban en desventaja y viraran en redondo. En sus pabellones lucía la estrella argéada de su hermano Ptolomeo. «Que volverá a ser mía», se dijo Cleopatra.

Bajó de la atalaya, salió del fuerte y se dirigió hacia el puerto. Cuando llegó, quinientos de sus soldados formaban ya junto al malecón con las armas preparadas. La nave fugitiva acababa de atracar en un embarcadero libre.

—¿Qué hacemos, señora? —preguntó Shunaif el nabateo, tío del rey

Malik, un veterano guerrero de cabellos blancos y barba puntiaguda y teñida con alheña.

—De momento, acompañadme. Quiero hablar con los ocupantes de ese barco.

El barco se llamaba Seleucia; pese al nombre, que lo relacionaba con el antiguo reino seléucida, las letras de bronce no eran griegas sino latinas. Cleopatra se acercó a la proa, escoltada por Shunaif y veinte soldados nabateos. Los demás aguardaban alerta a unos pasos, muchos de ellos con flechas preparadas en los arcos, aunque no llegaron a tensarlos. Apolodoro caminaba a su lado cubriéndola con una sombrilla; se acercaban los días de la canícula y el sol caía como metal fundido.

Los ocupantes del barco habían preparado la pasarela, pero no se decidían a tenderla. Aparte de la tripulación viajaban a bordo decenas de soldados, unos blindados con cotas de malla y otros con simples pectorales de cobre. Aunque llevaban armas, nadie las empuñaba.

Dos hombres se acercaron a la regala. Uno de ellos, que debía de ser el capitán del barco, llevaba una coraza musculada sobre una túnica azul. El otro era un joven de cabellos trigueños y piel enrojecida por el sol que no tendría ni veinte años. Vestía una túnica verde sencilla, pero el corte y el tejido eran de buena calidad. Cleopatra estaba segura de que no lo había visto en su vida; sin embargo, le resultaba familiar.

—Seáis quienes seáis, muchas gracias por ayudarnos —dijo el capitán en griego con acento italiano—. ¿Eres tú quien se encuentra al mando de este lugar, noble señora?

Shunaif contestó por ella.

—Estás ante la reina Cleopatra, legítima soberana de Alejandría y las Dos Tierras de Egipto. ¿Quiénes sois vosotros?

Los dos hombres, el capitán y el joven, cruzaron una mirada de inteligencia que no pasó desapercibida a Cleopatra. Después, siempre desde su cubierta, ambos la saludaron con una leve inclinación de barbilla.

Era más de lo que solían hacer los romanos. Los súbditos egipcios que se presentaban ante Cleopatra se arrodillaban. Para los griegos, en cambio, bastaba una reverencia no demasiado pronunciada. Era una concesión que se remontaba a los tiempos de Alejandro, cuando tras la derrota de Darío se

convirtió en soberano del imperio persa y sus súbditos macedonios se negaron a someterse al ritual de la proskýnesis o prosternación como hacían los asiáticos.

Pero los romanos, que no se consideraban súbditos de nadie, normalmente no tenían esa delicadeza.

—Yo soy Numenio Fígulo, capitán de la armada romana —se presentó el hombre de la coraza—. Él es Sexto Cornelio, huésped y pasajero de la Seleucia.

—¿Por qué os han atacado? —preguntó Shunaif.

Fígulo hizo una brevísima pausa, lo suficiente para que Cleopatra sospechara que mentía o al menos ocultaba algo.

—No lo sé. Zarpamos hace cuatro días de Chipre, y nos dirigíamos a Alejandría para llevar al joven Sexto, que quiere cursar allí estudios de filosofía y retórica. Pero un viento inoportuno nos desvió hasta Pelusio. Cuando quisimos poner proa el oeste y seguir nuestra travesía hasta Alejandría, esas naves nos atacaron.

—¿Qué motivo tenían?

—Lo ignoro. Solo sé que sus malas intenciones eran evidentes, pues traían arqueros apostados en la borda y remaban hacia nosotros a ritmo de boga de ataque, así que decidimos huir sin preguntar.

—¿Qué pretendíais hacer viajando a Alejandría con tantos soldados a bordo? —preguntó Shunaif—. ¿No formaréis parte de una flota de invasión?

El nabateo estaba conduciendo bien la situación, haciendo las mismas preguntas que a ella se le habrían ocurrido y que de momento prefería no hacer. «El silencio enaltece a los monarcas», le dijo su padre en una ocasión. Un consejo que él mismo no seguía cuando se ponía a tocar la flauta o cantar a voz en cuello en los banquetes.

Fígulo vaciló un par de segundos. El joven aprovechó para intervenir.

—Estos soldados están de paso hacia Siria, donde deben unirse a las tropas que defienden las fronteras contra los partos.

—¿Y todos esos militares toman un desvío tan largo hasta Alejandría para llevar a un muchacho a estudiar retórica? —preguntó Shunaif, acariciándose la punta de la barba—. Debes de ser muy importante.

—Mi familia es de rango consular, buen amigo.

Era evidente que no le azaraba ni producía ningún temor hablar delante de una reina. Sin duda procedía de un linaje importante.

En ese momento se oyó un grito que provenía de la popa, un lamento tan agudo que solamente podía brotar de una garganta femenina. Fígulo y Sexto volvieron a mirarse. El joven dijo: «Discúlpame, señora», saludó a Cleopatra de nuevo con la barbilla y corrió hacia la toldilla.

—¿Qué está ocurriendo aquí? —preguntó Shunaif.

—Es la madre del muchacho. Se ha puesto enferma durante el viaje. Una insolación —dijo Fígulo, y añadió—: Señora, te agradezco de nuevo que nos hayas ayudado. No quisiéramos molestaros más. Si tenéis a bien dejarnos repostar agua dulce, proseguiremos nuestro viaje.

Cleopatra le hizo un gesto a Shunaif. El nabateo se acercó a ella, que le susurró unas instrucciones en árabe. Shunaif asintió y luego se dirigió al capitán.

—La reina Cleopatra dice que no podéis iros sin aceptar su hospitalidad al menos esta noche. Os pide que compartáis con nosotros no solo el agua, sino también vino, pan y mesa.

—Os lo agradecemos de corazón.

—Pero espera que entiendas que quiere que vuestros soldados desembarquen de uno en uno y vayan dejando sus armas aquí en el muelle. Todo se os devolverá mañana.

Fígulo echó una mirada a su alrededor, sopesando el número de soldados de Cleopatra y el suyo.

—Estamos en deuda con vosotros y no tenemos motivo para desconfiar de quienes nos han salvado. Sea como queréis.

Cuando el último soldado hubo abandonado la cubierta, Cleopatra, que seguía oyendo aquellos gemidos a popa, decidió subir al barco.

—Voy a ver a tu pasajera —le dijo al capitán—. Conozco las artes de la medicina y quizá pueda ayudarla.

Era una afirmación algo exagerada, pero estaba convencida de que allí había algo más de lo que parecía y quería enterarse. Sin esperar autorización de Fígulo, subió por la pasarela y tomó el camino hacia la toldilla, seguida por Apolodoro, Shunaif y varios soldados.

El camarote del que provenían los lamentos era tan pequeño que solo

podieron entrar ella y el eunuco. Dentro, una mujer joven lloraba en una cama, revolviéndose y dando golpes a la almohada, el colchón e incluso la pared de madera. Mientras se mesaba los cabellos y se arrancaba las horquillas, dos criadas la agarraban para evitar que se las clavara en los antebrazos, donde ya se había hecho varios rasguños. Sexto se encontraba al pie de la cama con cara de circunstancias.

«No puede ser su madre —pensó Cleopatra—. Esa mujer no es mucho mayor que yo».

Al ver que las dos criadas no se bastaban a contener el ataque de histeria de la mujer, Cleopatra ordenó a una de ellas que saliera y trajera vino. Mientras tanto, Apolodoro se puso detrás de la joven, la agarró por los brazos y prácticamente la inmovilizó con la masa de su cuerpo. Ella siguió balanceando la cabeza adelante y atrás, pero al menos dejó de proferir aquellos gritos tan agudos. En su lugar, se puso a hablar con alguien invisible, indiferente a la presencia de los demás ocupantes del camarote.

—No te lo merecías, no —sollozaba—. Ha sido por mi mala fortuna, no por la tuya. La mala suerte que acarreo a todos los que se me acercan. Por eso te han asesinado en una pequeña barca, a ti que antes de casarte conmigo cruzaste este mar con quinientas naves. ¡Ojalá hubiera muerto antes de enterarme de que Publio había perecido entre los partos!

Cleopatra se preguntó cómo podía ser que su marido Publio hubiese muerto en territorio parto, que no tenía mar, y en una barca. El soliloquio de la mujer la sacó de dudas.

—¡Debí haberme suicidado entonces, como pensé! ¡Así no me habría casado otra vez ni habría traído la ruina a Pompeyo el Grande!

Mientras la joven proseguía con sus lamentaciones, achacándose la culpa del triste destino de sus dos maridos, Cleopatra se volvió hacia Sexto.

—Ese es el parecido que encontré.

—Perdóname, señora, pero no te entiendo.

—Tu hermano Gneo estuvo en Alejandría hace un año. Tú no te llamas Sexto Cornelio, sino Sexto Pompeyo, y esa mujer es tu madrastra, ¿verdad?

El joven asintió con gesto grave. En ese momento llegó la criada con el vino. Cleopatra levantó la piedra verde de uno de sus anillos y vertió su contenido en la copa.

—Es extracto de adormidera —le dijo a Sexto al ver que la miraba con gesto de alarma—. Con esto se calmará y descansará un rato.

Sin abandonar su monólogo, la mujer se bebió el vino poco a poco ayudada por una de las criadas. Cleopatra salió de aquel sofocante camarote y le hizo una seña a Sexto para que la siguiera. Ya en la cubierta, le preguntó:

—¿Por qué no me dijiste quién eras, Sexto Pompeyo?

—Pensé que podrías tomar represalias contra nosotros, señora.

—¿Por qué?

—Mi padre le dijo a tu hermano Ptolomeo que le ayudaría en la guerra que tenéis entre ambos.

Sin reconocer que sabía aquello por haber leído la carta original de su padre, Cleopatra continuó indagando:

—Entonces, ¿por qué os perseguían los barcos de mi hermano? ¿Y qué ha pasado con tu padre?

El joven, que hasta ese momento había aguantado con gran entereza, agachó la cabeza y se tapó la cara.

—Ha muerto. Lo han asesinado delante de nuestros ojos —dijo, conteniendo un sollozo.

Esperó a que el muchacho se recuperara un poco antes de seguir interrogándole. Pasado un rato, Sexto le contó toda la historia, o al menos la que él podía entender.

Cleopatra se quedó perpleja. Resultaba incomprensible que hubieran eliminado a un aliado tan valioso como Pompeyo el Grande. Aunque, en realidad, no era imprescindible buscarle lógica a aquel crimen, considerando la naturaleza sanguinaria de su hermano. Para colmo tenía como consejeros a un traidor retorcido como Potino y un fante sin personalidad como Teódoto, e incluso a Aquilas, que obedecía cualquier orden siempre que proviniera de un Ptolomeo varón, no de una débil hembra como ella.

Al caer el sol, Cleopatra invitó a cenar a Sexto Pompeyo y al capitán de la Seleucia. Cornelia también se reunió con ellos. Tras dormir unas horas, se había recuperado un poco y mantenía la compostura gracias a que Cleopatra la volvió a sedar con una dosis más diluida.

—Te doy las gracias, señora —dijo Cornelia con la voz átona por la droga y por el puro cansancio de horas de llanto—. Ha sido muy magnánimo

por tu parte salvarnos, considerando que podrías habernos tratado como enemigos.

—No tienes nada que agradecerme —respondió Cleopatra—. Tu esposo era un hombre noble. Me avergüenza que alguien de mi propia sangre haya cometido una acción tan vil contra él.

Estaban cenando junto al mar, en la tienda de mando que Cleopatra utilizó durante el viaje desde Ascalón. Habían levantado los faldones y ahora, después del calor agobiante del día, se colaba una brisa algo más fresca que procedía del mar.

Cornelia le explicó a Cleopatra su triste historia. Se había casado primero con Publio Licinio Craso, hijo del gobernador de Siria. Él y su padre murieron en la batalla de Carras, donde las flechas de la caballería parta aniquilaron a más de veinte mil legionarios. Un desastre que despertó un gran regocijo en Alejandría y en otros territorios de Oriente, ya que era la primera vez en mucho tiempo que las águilas romanas sufrían la humillación que tantos estaban esperando.

Sin brindar por aquello, Cleopatra se había alegrado en su fuero interno. Por supuesto, no se lo comentó a Cornelia.

—Y ahora mi esposo, el mejor general de Roma, también ha sufrido derrota y muerte —proseguía Cornelia—. Es evidente que no traigo más que desgracia e infortunio a quienes se me acercan. No volveré a casarme nunca más. Ojalá aún fuese virgen para que me aceptaran las vestales.

Mientras ella continuaba con su retahíla de lamentaciones pronunciadas con voz débil y monótona, Cleopatra trató de sonsacar a Sexto. No le resultó demasiado difícil; tan solo tuvo que acercarse a él un poco, sonreírle y rozarle un par de veces el brazo con los dedos. El joven le explicó que su padre los había recogido a Cornelia y a él en la isla de Lesbos, y que desde allí se apresuraron a navegar hacia el sur, pues les llegaban noticias de que César los perseguía.

—Por eso vinimos aquí, buscando la protección de tu hermano. Es evidente que nos equivocamos juzgándoos a ti y a él, señora. Te ruego que nos perdones por ello.

—Y yo te ruego que me perdones a mí por pertenecer a la misma estirpe que ese traidor —contestó Cleopatra—. ¿Qué haréis ahora?

Sexto observó de reojo a Cornelia, que se estaba adormilando sobre el diván. Cleopatra se dio cuenta de que el joven no la miraba del todo como debe mirarse a una madrastra. Podía comprenderse: Cornelia era una mujer muy bella y apenas le sacaba cinco o seis años a su hijastro.

—Yo quiero reunirme con mi hermano en Útica —dijo Sexto—. Allí está también el padre de Cornelia, pero creo que la llevaré a Italia, a alguna de nuestras propiedades en Roma o en el Piceno. Ni África ni la guerra son apropiadas para una mujer como ella.

Sexto le había explicado que su madrastra, pese a lo que pudiera parecer ahora, era una mujer de conversación agradable y dulce voz que gustaba de cantar poemas de Safo y Anacreonte acompañándose con la lira. Cleopatra pensó en Cornelia como un bello pájaro de compañía al que es mejor mantener guardado en una jaula de oro para que no se enfrente a la dureza del mundo.

Ella misma también había sufrido muchos reveses, pero su forma de ser era muy diferente. Aunque a veces se quisiera convencer de lo contrario y pensara en rendirse, en buscar su propia jaula, su naturaleza se lo impedía. ¡Ni su hermano ni sus consejeros se iban a salir con la suya!

Al día siguiente, poco después de amanecer, la Seleucia partió hacia el este con rumbo a Siria. Se trataba de un larguísimo rodeo considerando que pretendían llegar a Italia. Pero costeando hacia el oeste se habrían vuelto a encontrar con las naves de Ptolomeo. Podrían haber dirigido su derrotero hacia el norte a golpe de remo aprovechando que los etesios llevaban un par de días soplando sin mucha fuerza, pero no lo hicieron.

«Eso es porque temen toparse con su perseguidor», pensó Cleopatra mientras veía cómo se alejaba la nave. De modo que algo les hacía pensar que César se dirigía a Egipto.

¡Esa era la explicación! Ptolomeo y sus consejeros habían pensado que Pompeyo ya no valía como aliado y llegaba el momento de cambiar de caballo. Tomando en cuenta los gustos de su hermano y su concepto de hospitalidad, Cleopatra pensó que, cuando llegara César, sería capaz de ofrecerle un estofado con los restos de su rival, tal como hizo Tántalo cuando pretendió alimentar a los dioses con la carne de su hijo Pélope.

—Shunaif —le dijo al nabateo—, quiero que elijas diez hombres que

puedan viajar con rapidez y discreción y que conozcan bien Alejandría.

—¿Diez espías, señora?

—Llamémoslos así.

Cuando los diez hombres, tres griegos, cuatro judíos, dos nabateos y un sirio, se presentaron ante Cleopatra, ella les explicó:

—Quiero que lleguéis a Alejandría cuanto antes, cabalgando noche y día. Llevaréis un cargamento de valiosos perfumes de Arabia para que, cuando os interroguen en los puestos fronterizos, podáis decir que sois mercaderes que venís desde la lejana Saba. Os harán pagar tasas, pero os quedará suficiente para venderlos en Alejandría y obtener una buena suma. Ese será el primer plazo de vuestro salario. Cuando lleguéis allí, uno de vosotros partirá cada día de regreso para traerme noticias de todo lo que acontezca en Alejandría.

—¿Noticias sobre algo en particular, mi señora? —preguntó Boaz, un mercenario judío que parecía dotado de más iniciativa que los demás.

—Sí. Cuando llegue una flota romana, que llegará, quiero saber cuántos barcos trae, cuántos soldados son y dónde se instalan.

—Lo averiguaremos, señora —contestó el judío con una reverencia—. También te diremos quién está al mando e incluso qué come y qué dice en sueños.

Cleopatra los despachó, pensando que sería interesante conocer los sueños del hombre que, estaba convencida de ello, no tardaría en presentarse en Alejandría. ¿Qué podía anhelar el vencedor de Pompeyo?

Tenía la intención de averiguarlo. Una vez que supiera que César había llegado a Alejandría, Cleopatra tendría que encontrar una forma de acceder a él burlando la vigilancia de los hombres de Ptolomeo. Conociendo la afición de su hermano por la tortura y la mutilación, iba a ser una empresa muy arriesgada.

»Reuniendo los efectivos de la VI y la XXVII y los jinetes germanos, cuento con cuatro mil efectivos. No supone una gran fuerza, pero todos son combatientes de calidad y se encuentran en buena forma física. Por la información que me brindó Peticio, a Pompeyo lo acompañan menos hombres que a mí, y son más soldadesca que verdadero ejército. En estos momentos, mi prioridad es interceptarlo a tiempo y evitar que firme una alianza con Egipto y contra mí, o que prosiga viaje hasta Cartago y Numidia y se reúna con su hijo y el resto de los optimates.

»Yo viajo a bordo de la Helionice, un quinquerreme rodio capitaneado por León. Me acompaña el legado Claudio Nerón, que, con la excusa de que no hay en la expedición patricios de tan antiguo abolengo como nosotros dos, se empeña en pegarse a mí como la roña a las uñas de un legionario. Casi en paralelo a nosotros navega la Lindos; la gobierna Eufranor, a quien acompaña el legado de la XXVII, Fufio Caleno.

»Me pregunto qué encontraremos al llegar a Alejandría. Por lo que me han contado, las desavenencias entre los dos hermanos, Cleopatra y Ptolomeo, son sonadas. No puedo dejar de imaginármelos a cada uno por su lado, tendidos en un triclinio y comiendo y bebiendo hasta hartarse como su padre Auletes o su antepasado Fiscón, gordos como esos cerdos a los que se castra y se ceba para hincharles el hígado y después...».

Alguien llamó a la puerta con los nudillos.

—¡Adelante!

La puerta se abrió. Era León.

—Perdona que te moleste, César, pero he visto luz por la rendija y pensé que estarías despierto. ¿Es que nunca duermes?

—Cada vez menos. ¿Has oído hablar de Catulo?

—No. ¿Alguno de tus oficiales?

—¡No lo quieran los dioses! No, Catulo es un poeta que, por alguna razón que solo él atinará a comprender, disfruta mucho injuriándome en verso. Pero, como procuro ser objetivo, sé separar el talento de una persona de su talante. Escucha estos versos:

*Soles occidere et redire possunt;
sed nobis cum semel occidit brevis lux*

nox est perpetua una dormienda.

—Entiendo algo de latín, pero los versos se me escapan. ¿Qué significan?

—«Los soles pueden ponerse y salir de nuevo. / Pero cuando a nosotros se nos termine la luz de este breve día, / solo nos quedará dormir una noche perpetua». Estremecedor, ¿verdad?

—Así es, César.

—Comprenderás, pues, que no me preocupa perder unas horas de sueño: ya tendré tiempo de recuperarlo. ¿Querías algo, León?

—Enseñarte otra estrella nueva —respondió el joven.

Durante el viaje, César había comprobado que el firmamento parecía desplazarse sobre sus cabezas. Las constelaciones que se veían siempre al norte, como las dos Osas, se hallaban cada vez más bajas en el cielo. Por otra parte, encima del horizonte sur habían aparecido estrellas que hasta entonces nunca había contemplado. La más brillante de todas ellas, tanto que competía con la misma Sirio, se llamaba Canopo y pertenecía a una enorme constelación denominada Nave Argo.

Canopo le servía a León para calcular cuánta distancia quedaba hasta Alejandría. Lo hacía midiendo el ángulo de la estrella sobre el horizonte con un curioso instrumento llamado astrolabio, que consistía en una rueda de bronce con un tubo hueco unido a su centro por un eje que le permitía girar. Por dicho tubo asomaba el ojo León hasta localizar la estrella que buscaba, o el sol si era de día. A continuación, comprobaba el ángulo leyendo los números grabados en el perímetro exterior de la rueda y lo anotaba en su libro de bitácora.

—Con este simple instrumento —le contó León el primer día de travesía — mi abuelo calculó el tamaño de la Tierra. ¡Toda una proeza!

El razonamiento, tal como se lo explicó el joven marino, parecía sencillo. Navegando de Rodas a Alejandría, se comprobaba con el astrolabio que Canopo subía $1/48$ de circunferencia sobre el horizonte.

—Puesto que lo que vemos en el cielo es una proyección de lo de abajo —dijo León—, significa que para viajar de Rodas a Alejandría hay que recorrer $1/48$ de la circunferencia terrestre. Y como entre ambas ciudades hay cinco mil estadios, los multiplicamos por cuarenta y ocho y obtenemos

doscientos cuarenta mil estadios^[11].

—O sea, unas veinticuatro mil millas romanas —calculó César.

—Así es, César. Y teniendo en cuenta que el viaje de Alejandría a la India es de tres mil quinientas millas, ¡imagínate qué de mares y continentes desconocidos nos quedarán por explorar!

¡Lo que le faltaba a César por oír para inflamar su ambición! León le había explicado que, por su emplazamiento, Alejandría era para árabes e indios la puerta de Occidente, y para griegos y romanos la de Oriente. Lo había resumido en una expresión: «la llave del mundo».

Los Ptolomeos únicamente habían usado la situación estratégica de Alejandría para enriquecerse y pagar sus carísimos vicios. Pero si esa llave del mundo caía en manos de alguien que, como César, podía movilizar ejércitos invencibles, todo el orbe, esa inmensa circunferencia que Posidonio había medido gracias a una simple estrella, estaría a su alcance.

«Olvídate de esos sueños a lo Alejandro», se dijo ahora César, mientras secaba la tinta con salvado y enrollaba el papiro. Después se levantó de la silla plegable que le servía al mismo tiempo de asiento y de símbolo de su magistratura y salió del camarote.

Ya en el exterior, él y León caminaron por el estrecho pasillo que quedaba en el centro de la cubierta, rodeado de cuerpos. Los soldados dormían tan apretados que si uno giraba en sueños, aunque lo hiciera sobre sí mismo, era inevitable que chocara con otro. En la bodega los remeros rodios viajaban aún más hacinados. Cuando pasaron junto a un escotillón, César arrugó la nariz al percibir el intenso hedor que emanaba de abajo y pensó que las condiciones de la guerra en el mar eran incluso más duras que las de la guerra terrestre.

El viento soplaba con brío hinchando la vela, que bajo la luz de la luna casi llena parecía un gran fantasma blanquecino flotando en el aire. Pasaron bajo la verga y, cuando alcanzaron la proa, se acodaron en la regala. Allí los cabeceos del barco levantaban finas cortinas de espuma plateada que refrescaban el rostro como una caricia.

El disco de la luna casi rozaba el mar. A estribor el cielo empezaba a adquirir el color índigo que anuncia el amanecer. León señaló al sur. Allí, a la altura del horizonte, se divisaba una luz rojiza. Podría haber parecido una

estrella de no ser porque su resplandor se debilitaba hasta desaparecer y luego cobraba fuerzas de nuevo.

—Esa luz significa que nos encontramos muy cerca de nuestro destino y que apenas nos hemos desviado al este ni al oeste —dijo León.

—¿Qué es?

—La luz del gran Faro girando en la noche. Estás mirando a Alejandría.

¡Por fin! César entrecerró los ojos, tratando de distinguir el perfil de la tierra en la oscura línea del horizonte.

—¿A cuánto estamos de la ciudad?

—Aún no lo sé, César. La luz del Faro se puede divisar desde cincuenta kilómetros, así que esa es la distancia máxima que nos falta. Aún tardaremos en distinguir la tierra. La costa norte de Egipto es extremadamente plana. Pero los marineros necesitamos siempre puntos elevados que se vean desde lejos para orientarnos, como montañas o acantilados. Por eso el segundo rey Ptolomeo ordenó construir una gran torre que sirviera de referencia. ¡Y por las Nereidas que lo consiguió!

Durante un rato permanecieron en silencio, acodados en la amura mientras observaban cómo aquella luminaria aumentaba de tamaño. Por fin César, que quería estar preparado con antelación, ordenó al soldado de guardia que avisara al corneta para que tocara diana. Mientras las estridentes notas metálicas despertaban a todos y provocaban el coro de gruñidos habituales en tales casos, él regresó a la toldilla.

Menéstor, siempre tan competente, se había levantado ya, había preparado ya un barreño de agua caliente y tenía afilada la cuchilla para afeitarse a César. Pese al vaivén del barco, consiguió rasurarlo sin hacerle sangre ni una sola vez. Después le limó las uñas y con una pinza se dedicó a arrancar vellos aislados que crecían en sitios inoportunos.

—¿Por qué será que con la edad cada vez tenemos menos pelo en la cabeza y más en las orejas y la nariz? —preguntó César, mirándose en el espejo—. Sospecho que, si viviéramos suficientes años, todos nos quedaríamos calvos, pero arrastraríamos por el suelo unas repugnantes guedejas que brotarían de nuestros oídos y nuestras fosas nasales.

—Como bien dices, señor, es una visión repugnante —respondió Menéstor.

César se desnudó y se lavó a conciencia con agua y jabón germano. Después vaciló un instante. Desde joven tenía también la costumbre de depilarse todo el cuerpo por una mezcla de coquetería, sensualidad —había observado que la piel sin vello era más sensible a las caricias— e higiene — las chinches, ladillas y piojos eran uno de los muchos tormentos de los soldados, que se rascaban sin parar como monos—. Pero, impaciente por salir de nuevo a la cubierta y comprobar si ya se divisaba Alejandría, decidió dejarlo para otro día.

—¿Cómo quieres aparecer ante los egipcios, señor? —preguntó Menéstor—. ¿Con toga o con armadura?

—No creo que estos bárbaros aprecien la elegancia de una toga con los tres órdenes de pliegues bien compuestos. Me pondré la armadura.

Al igual que el día que se presentó ante sus hombres tras el desastre de Dirraquio, César eligió la coraza de plata y oro que representaba el nacimiento de Venus. Después, Menéstor le colocó la capa de general y le ayudó a ceñirse la espada de gala con empuñadura de nácar. Por último le entregó el cetro de marfil rematado por un águila, un símbolo del consulado que pasaba de mano en mano. De ser cierta la tradición, el que sostenía ahora César lo había empuñado el mismísimo Escipión Africano.

—Estamos listos, Menéstor. Gracias por tu ayuda.

—Es mi deber, señor.

Lo era, ciertamente; pero César encontraba que agradecer ese tipo de servicios no costaba ningún esfuerzo y animaba a sus empleados a esmerarse más. Cuanto más humilde era el nivel de los subordinados con los que trataba, más amable procuraba ser con ellos. Si alguno no cumplía, no perdía el tiempo insultándolo o golpeándolo como hacían otros amos: simplemente se desprendía de él.

Cosa que jamás haría con el eficiente Menéstor.

Cuando César salió de la toldilla se había hecho de día. Los marineros acababan de recoger la vela, ya que para las maniobras de atraque resultaba más preciso utilizar tan solo los remos y el timón. A través de las tablas de la cubierta se escuchaba la melodía que marcaba el ritmo a los remeros, tan aguda y repetitiva como los chillidos de las gaviotas que seguían a la nave. En los barcos romanos el cómitre usaba un martillo llamado portisculus, pero

en los griegos se seguía recurriendo a la flauta.

Los soldados ya habían terminado de desayunar y estaban acabando de ataviarse con sus uniformes. Uno de ellos seguía sacando lustre a los anillos de su cota de malla con un trapo empapado en aceite. Era Pulquerio, el único legionario más obsesionado con la higiene que su general.

—Déjalo ya, Cayo Pulquerio. Si sigues brillantando esa loriga, le harás la competencia a la luz del Faro —le dijo César. El legionario se cuadró al momento y pidió disculpas por su tardanza.

César se asomó a popa. Los dos marineros que hacían girar el cabrestante para apretar el cable maestro que tensaba la estructura de la nave interrumpieron su tarea y le dejaron pasar.

Por detrás de la pinaza de servicio de la Helionice, que seguía su estela remolcada por una larga maroma, el resto de la flota los seguía en dos líneas casi perfectas. La nave más cercana era la Lindos. César levantó la mano y saludó a Eufranor. El rodio, sin necesidad de usar la bocina para hacerse oír, gritó:

—¡Tres días como te dijimos!

Tras despedirse agitando el brazo de nuevo, César se dirigió hacia la proa, pasando entre legionarios a un lado y germanos a otro. Todos le saludaron inclinando la cabeza, y para muchos de ellos tuvo su general palabras personales. En la próxima ocasión se dirigiría a aquellos a los que había pasado por alto. Para eso y para muchas otras cosas, César guardaba un ábaco en la cabeza y no perdía cuenta ni ripio de lo que ocurría a su alrededor.

En la proa se encontraban ya Claudio Nerón y el aquilífero de la VI junto a León. También Esceva y Saxnot, separados por una distancia prudencial.

César volvió a pensar que quizá no había sido buena idea embarcarlos en la misma nave. El primipilo y el jefe germano eran sendas fuerzas de la naturaleza, como un terremoto y una inundación. Al segundo día de travesía habían estado a punto de llegar a las manos simplemente porque pasaron demasiado cerca el uno del otro. Por suerte, cuando César se interpuso todavía se hallaban en el ritual previo, como dos ciervos en la berrea. Desde ese momento, Saxnot había viajado en la proa y Esceva en la popa. Si por cualquier motivo tenían que moverse, uno lo hacía por babor y otro por estribor, como dos imperios que se hubiesen repartido un pequeño mundo.

Pero ahora la curiosidad por ver Alejandría había hecho que estrecharan la franja de tierra de nadie que los separaba.

—¡Ahí la tienes, César! ¡Alejandría! —dijo León, señalando adelante con el orgullo de un propietario.

A decir verdad, poco se apreciaba de la ciudad, al menos de momento. Se la ocultaba de la vista una gran isla rocosa y rodeada de escollos contra los que rompían las olas. De ella partía una larga rampa que sorteaba a modo de puente más de cien metros de agua hasta un islote más pequeño situado a la izquierda. Y sobre este, frente a la Helionice, se alzaba la más moderna de las siete maravillas del mundo, la gran torre conocida como Faro por el nombre de la isla.

—*Sildaliks!* —exclamó Saxnot, torciendo el cuello para ver la cima, de la que brotaba una columna de humo negro.

—Aquí tenemos al comité de recepción —dijo León, cruzando a la regala de babor.

Por allí había más escollos sobre los que ondeaban banderas rojas. Cuando César preguntó la razón, León le explicó:

—Esas cuatro banderas señalan los tres pasos que llevan al Puerto Grande. El que está más a estribor, junto a la isla de Faros, es el del Cuerno del Toro, el del centro es el paso de Poseidón y el que tenemos a babor es el de Estégano.

El comité de recepción al que se refería León consistía en una reducida flota formada por una liburnia de veinte remos parecida a la Hermes y cuatro pequeñas pinazas que la seguían. Mientras las pinazas se separaban y cada una se dirigía a una de las banderas, la liburnia siguió acercándose a la Helionice. Además de los remeros, iban a bordo seis soldados con corazas de lino y un hombre ataviado con un manto azul. Cuando llegaron a tal distancia que no hacía falta usar bocina, el tipo del manto exclamó en griego:

—¡Bienvenido a Alejandría si traes las manos desnudas y el corazón limpio, extranjero!

Cuando León iba a contestar, César le hizo un gesto para que le dejara a él y se asomó por la borda de babor.

—¡Ya ves que nuestras manos van armadas! ¡Pero nuestras intenciones son pacíficas!

—¿Puedo preguntarte quién eres?

—¡Gayo Julio César, cónsul de Roma, amigo y aliado de Egipto! ¿Y tú?

—¡Yo soy Herófilo, subintendente del Puerto Grande! ¡Os conmino a ti y a tus barcos a que os detengáis dónde estáis!

—¿Qué están haciendo esos hombres? —preguntó Claudio Nerón.

César miró en la dirección que le señalaba su legado. La pinaza de la izquierda había llegado al final del espigón y dos de sus tripulantes acababan de desembarcar. Al pie de la bandera había un cabrestante; aquellos dos tipos estaban haciendo girar la rueda para tensar una cadena negra cuyos primeros eslabones asomaban ya por encima del agua.

—Pretenden cerrarnos el puerto —dijo León.

—¿Cómo nos han visto tan pronto? —preguntó Nerón. León señaló al Faro, donde la luz ya se había apagado.

—Desde allí arriba se domina un panorama de cincuenta kilómetros a la redonda. Deben de habernos descubierto antes de amanecer por la luz de nuestros fanales.

—Entonces es raro que no hayan cerrado el puerto ya —dijo Nerón.

César frunció el ceño, pensativo.

—No, no es tan raro. La lentitud de la burocracia alejandrina es famosa en todo el mundo. Fortuna ha jugado a nuestro favor. —Alzando la voz, añadió dirigiéndose al subintendente—: ¡Herófilo, di a esos hombres que se detengan ahora mismo! ¡Si intentáis cerrar el puerto, os echaré a pique!

—¿Con qué autoridad pretendes hacer eso, romano?

—¡No necesito autoridad, sino buena puntería!

A un gesto de César, Esceva corrió hacia popa y dio unas órdenes. Llevaban a bordo dos escorpiones y una balista. Los operarios de esta última giraron las manivelas que tensaban la máquina y cargaron en el cucharón una bola de piedra de trece kilos.

—¡Advertencia! —dijo Esceva.

Los soldados apuntaron en altura y dirección y soltaron el resorte. Con un sonoro chasquido, el mecanismo de torsión fabricado con tendones de vaca liberó de golpe la energía acumulada. La piedra voló en una alta parábola, pasó por encima de la nave del subintendente y, segundos después, cayó casi en vertical y con un sonoro chapoteo a diez metros de los hombres que

levantaban la cadena.

—¡Tal vez mis artilleros hayan apuntado mal a propósito, o tal vez no! — dijo César—. ¡En cualquier caso, aprenden rápido! ¡Diles que dejen la cadena o la próxima piedra les caerá directamente sobre la cabeza!

Entre cuchicheos y aspavientos, el subintendente deliberó unos minutos con los soldados que lo acompañaban. Impaciente, César le hizo otra señal a Esceva.

Cuando la balista disparó la segunda piedra, los remeros de la pinaza, advertidos, se apresuraron a saltar por la borda. El proyectil cayó sobre la embarcación y, con un gran crujido, abrió un boquete en el centro. Mientras la lancha empezaba a hundirse, César dijo:

—¿Te has decidido ya, amigo?

—¡Está bien! —contestó Herófilo, y tomando su propia bocina avisó a los tripulantes de las barcas de que dejaran de subir las cadenas.

León se acercó a César y murmuró:

—Tú mismo has hablado de su burocracia. Te van a volver loco con ella. Yo a veces he pasado dos días esperando a que me concedieran muelle, cuando sabía de sobra que había atracaderos libres.

—¿Dos días? Ya veremos. Dime, ¿qué zona del puerto está más cerca del palacio real?

—En Alejandría existen por lo menos cinco edificios denominados «palacio real». Si te refieres al que utilizan ahora los reyes, dile a ese tipo que quieres atracar en Loquias. Por lo menos este barco, aunque los demás amarren junto al templo de Poseidón.

César se volvió hacia la liburnia.

—¡Herófilo! ¡Tienes media hora para conseguirnos muelles a todos en Loquias!

El subintendente se mesó los cabellos.

—¡Imposible! ¡Es una zona restringida a la familia real!

—¡Tengo una clepsidra, y aunque sea un bárbaro romano sé leerla! — respondió César—. ¡En media hora entraremos al puerto! ¡Si no encontramos hueco, nos lo abriremos nosotros mismos con nuestras máquinas de guerra!

Herófilo seguía sin parecer muy convencido. César ordenó girar la balista y apuntar a su nave.

—¡Estás muy cerca, amigo! ¡Solo podemos alcanzarte con una trayectoria recta! ¡Lo malo es que la piedra vuela más rápido y casi no se ve venir!

—¡Déjame que arregle yo esto, César! —exclamó Esceva—. ¡Les voy a meter el espolón de esa mierda de barca por el culo a todos juntos y los voy a ensartar como si fueran salchichas!

César se volvió. El primipilo se había quitado las condecoraciones y, tras sacarse la coraza por encima de la cabeza, se disponía a saltar al agua. Fuera por la amenaza de la balista o por la de Esceva, el subintendente se decidió por fin y ordenó a los tripulantes de la liburnia volver al puerto.

El primipilo volvió a armarse ayudado por Furio. Mientras se volvía a colgar los discos de oro y plata, Esceva dirigió una mirada a Saxnot como diciéndole: «Hazlo tú». Cosa que habría sido imposible, puesto que el germano no sabía nadar.

—¿Vamos a esperar aquí a que nos den muelle, César? —preguntó León.

—¡De ninguna manera! Aunque sea despacio, vamos a entrar en el puerto.

León se frotó las manos.

—¡Me encanta que les rebajes los humos! Estos alejandrinos siempre se han creído que cagan perlas del mar Rojo.

segunda estructura de planta octogonal que medía otros cuarenta metros y más arriba un cilindro de quince. Allí, a ciento treinta y cinco metros por encima de su base, el Faro todavía intentaba un último esfuerzo por alcanzar el cielo: sobre la torre cilíndrica se erguía una gran estatua de bronce que alzaba el brazo derecho hacia su reino etéreo.

—Es Zeus Limenóscopo, o Júpiter guardián del puerto para vosotros —dijo León.

«Posidonio llevaba razón», pensó César. Tenía que subir allí arriba y contemplar la ciudad con los ojos con los que los dioses observan a los mortales.

Por fin, consiguió apartar la mirada del Faro y volverla hacia la proa. Ya habían dejado atrás los insidiosos arrecifes y el Puerto Grande se abría ante ellos.

—¡Y solo es uno de los dos puertos! —comentó Furio detrás de César.

—No te dejes impresionar, optio —dijo Nerón—. No es más que una ciudad de griegos.

César supuso que el engreído patricio decía eso por sentirse más seguro. Lo cierto era que la vista impresionaba. El puerto era cinco veces más grande que el de Rodas.

León le explicó que entre el Puerto Grande y el de Eunosto cabían mil doscientos barcos. Luego señaló al centro de la bahía, donde se veían cientos de naves amarradas a largas líneas de boyas.

—Este es el lugar con más tráfico de todo el Mediterráneo. A veces los cargueros aguardan cuatro y cinco días anclados hasta que les toca el turno. —El joven soltó una carcajada—. ¡La próxima vez que pretendan hacerme esperar les diré que soy amigo del cónsul Julio César!

—Cuenta con ello —respondió César.

Los ojos se le iban a todas partes. La impresión que le estaba dando Alejandría era de ciudad inabarcable. Bajo la intimidante presencia del Faro, los espigones y promontorios del puerto formaban un laberinto cuajado de mástiles y grúas, velas y banderas de todos los colores que saturaban la vista. A la derecha de César, a más de un kilómetro, el puerto se terminaba en una larga pared blanca que unía la ciudad con la isla de Faros.

—Eso es el Heptastadion —dijo León—. Un terraplén construido a

semejanza del que usó Alejandro para tomar Tiro. Se llama así, como podréis imaginar, porque mide siete estadios. Al otro lado se abre el segundo puerto, Eunosto. Para que las naves puedan pasar a él hay dos puentes, uno en cada extremo.

Detrás de los muelles más alejados se alzaban edificios de tres y cuatro pisos, lienzos de muralla y una gran estructura que por el color debía de ser de ladrillo. Según León, se trataba del Emporio, el enorme mercado donde se traficaba con todo lo imaginable, desde la seda que venía de más allá de la India hasta el estaño de Britania, en la otra punta de la oikoumene.

En la zona a la que se dirigían ellos todo eran palacios, mansiones y templos. Allí predominaba el color blanco del mármol y la caliza, pero el conjunto no llegaba a deslumbrar bajo el sol porque se entremezclaba con las pinceladas rojas del granito de los obeliscos, el negro de las estatuas y esfinges de basalto y el verde de las palmeras plantadas por doquier.

—La ciudad es prácticamente lisa —dijo León—. Por eso no es fácil ver los edificios que hay más allá del puerto. Pero por detrás la ciudad se extiende más de kilómetro y medio hasta el lago Mareotis.

Dos lanchas del servicio portuario les salieron al paso. Sus tripulantes les hicieron señas con banderolas para que los siguieran. Poco a poco, la Helionice viró en semicírculo para aproar hacia el promontorio de Loquias, donde se encontraba el palacio real. Aquella península era uno de los puntos más elevados de la ciudad; no obstante, el edificio que León señaló como templo de Isis apenas se alzaba a más de treinta metros sobre el nivel del mar.

«¿Cómo será vivir en un país tan llano?», se preguntó César. Tal vez por ese anhelo de las alturas, los egipcios se habían obsesionado con levantar montañas artificiales como el Faro o la gran pirámide que, según decían, lo sobrepasaba.

—¿Qué demonios es eso? —preguntó Esceva.

Los soldados se apelotonaron en la borda de babor, lo que provocó que toda la nave se bamboleara.

—¡Volved adonde estabais! —exclamó León.

Los hombres de César retrocedieron para ocupar de nuevo sus puestos en cubierta. Aunque los quinquerremes eran más pesados y sólidos que los trirremes, los movimientos bruscos en cubierta los desequilibraban y

provocaban que los remeros perdieran el compás, algo que recordaban con maldiciones a los que viajaban arriba.

César se cambió de borda para examinar por sí mismo lo que había llamado la atención de sus soldados. A babor, entre dos espolones de roca que sobresalían del Loquias, se abría una bahía con un muelle separado del mar por un terraplén que hacía de dique seco. Dentro de aquel somero lago artificial flotaban dos barcos de tamaño monstruoso.

César se corrigió enseguida. Para ser exactos, eran dos cascos unidos por una enorme cubierta a modo de pontón. Los romanos habían pergeñado algo parecido en el sitio de Siracusa, unciendo barcos de dos en dos para colocar sobre ellos plataformas que servían de base para torres de asedio. En el caso del titán que se alzaba ante sus ojos no se trataba de un arreglo provisional, sino de un buque diseñado con doble casco.

—Esta nave es una reliquia de la época más gloriosa de Alejandría —explicó León. Su tono delataba la admiración que sentía por una ciudad que, a su manera, también detestaba. Parecía que no podía existir otra relación con Alejandría: odio y amor, asombro y desconfianza mezclados.

—Deja que adivine quién la construyó —dijo Nerón—. ¡Ptolomeo!

—El cuarto de tal nombre, en efecto —contestó León—. En aquella época, los reyes que habían sucedido a Alejandro estaban obsesionados por el tamaño. Por ejemplo, Demetrio Poliorcetes construyó una torre de asedio de cuarenta y cinco metros y un ariete de cincuenta para conquistar Rodas.

—¡Por Príapo, jamás se habrá visto una verga así desvirgando ciudades! —exclamó Nerón.

—Pues la nuestra no consiguió desvirgarla, legado. Lo que demuestra que el tamaño no lo es todo.

Mientras hablaban, un soldado que dominaba el griego iba traduciéndole la conversación a Esceva. Al oír las alusiones al miembro viril, el centurión soltó una carcajada e hizo algún comentario relativo al tamaño del suyo. César, que había tenido ocasión de verlo desnudo cuando lo curaban, podía dar fe de que Esceva merecía el título de *primus pilus*.

—Por eso aquellos reyes empezaron sustituyendo los trirremes por quinquerremes —continuó León—. Luego les pareció poco y los convirtieron en heptarremes, octorremes, decarremes... Llegó un momento en que los

marineros no bogaban sentados porque compartían el mismo remo hasta cuatro y cinco hombres, así que tenían que hacerlo de pie y subiendo peldaños de madera para completar el movimiento.

—Agotador y poco práctico, sospecho —comentó César.

—La clave estribaba en su tamaño y no en su velocidad. El primero que construyó una nave monstruosa para impresionar a sus rivales fue Lisímaco, un general de Alejandro. Pero el rey Ptolomeo Filopátor decidió que a exagerado no le iba a ganar nadie y ordenó construir esto que veis aquí. Mide ciento veinticinco metros de eslora, cuatro veces más que este barco, y solo los codastes de popa son más altos que nuestro mástil.

César silbó entre dientes y levantó la mirada. La cubierta que unía ambos cascos estaba demasiado alta para verla, pero pensó que podría haber montado en ella un pequeño campamento. Por encima de los enormes espolones, sendos mascarones de bronce de más de seis metros decoraban las dos proas. El de estribor representaba a Poseidón con su tridente y el de babor a su esposa Anfítrite, vestida con un paño mojado que resaltaba sus bellas formas.

—¿Cómo se llamaba este engendro? —preguntó Nerón.

—Anfítrite —respondió León—. Para desplazarse necesitaba cuatro mil remeros y podía llevar en cubierta casi tres mil infantes.

César calculó que en aquel barco podría haber transportado a todos sus hombres. Pero también podría haberlos perdido a todos de golpe. Cada vez que embarcaba a un ejército, no dejaba de pensar que jugaba una arriesgada partida de dados contra la misma naturaleza. En la Primera Guerra Púnica habían perecido más romanos por culpa de las tempestades que por los cartagineses.

Había gente trabajando en el barco. Colgados de cuerdas y arneses, decenas de carpinteros recorrían el casco tapando grietas y agujeros, y en otros puntos sustituían las tablas o las forraban con planchas de metal para protegerlas de la broma.

—El barco se encontraba en un estado ruinoso —explicó León—. Pero la reina Cleopatra se ha empeñado en restaurarlo.

De modo que la hija de Auletes era una amante de la ostentación, como sus antepasados. César empezaba a formarse un retrato de la reina: lujuriosa y

cruel, con tendencia a engordar si es que no estaba ya obesa, y bastante megalómana. Sin olvidar una nariz como un pico de buitre, a juzgar por sus retratos.

Aunque ya habían pasado de largo la Anfítrite, César se quedó un buen rato mirándola con las manos apoyadas en la regala. La voz de Esceva lo sacó de su ensimismamiento.

—¡Bueno, jóvenes vestales de tiernos pechos! ¡Ya está bien de babear mirando las mariconadas de los egipcios! ¡Os quiero firmes y con cara de mala leche! ¡Como no os conocen a lo mejor se creen que sois soldados de verdad!

Buena idea, pensó César. Ya bastaba de dejarse impresionar por lo que veían. Ellos venían de Roma, que no necesitaba construir faros ni barcos gigantes para ser la dueña del mundo.

—Legado, ordena al cornicen que toque la marcha de Zama —le dijo a Claudio Nerón.

Al oír las briosas notas de aquella fanfarria que celebraba la gran victoria de Escipión sobre Aníbal, los cornicines que viajaban en las otras naves lo imitaron. Decenas de trompetas romanas sonando a la vez podían organizar una batahola considerable. César no pudo evitar que al oírlo se le erizara el vello que empezaba a asomarle en los antebrazos.

Mientras las trompetas entonaban su son, los marineros izaron el gallardete de Rodas, un sol amarillo sobre fondo azul, y más arriba aún el de Roma, con las letras doradas SPQR bordadas sobre la loba capitolina que amamantó a Rómulo y Remo. El aquilífero de la VI, Cayo Escápula, retiró los paños que cubrían el águila de oro.

—¡Estad alerta! —recordó Esceva. Saxnot dijo algo equivalente en su bárbaro idioma.

«Alerta, sí», pensó César. Si Peticio no le había engañado, la flota que Pompeyo traía desde Chipre era más reducida que la de César y llevaba como mucho tres mil hombres reclutados a toda prisa.

Sin embargo, Pompeyo le sacaba tres días de ventaja. Si había hecho valer su condición de antiguo anfitrión de Auletes, el padre de la pareja real, no resultaba descabellado que los hubiese convencido ya de que César era un enemigo del que convenía precaverse.

requería de sus conocimientos sobre Alejandría y sus gentes. Los demás oficiales de la legión y los germanos desfilaron a continuación, formando dos filas dobles en paralelo.

Mientras las demás naves de su flota atracaban a ambos lados del espigón, César observó a su alrededor. Todo tenía un aire griego, pero a mayor escala, con más lujo y con motivos egipcios que le conferían al conjunto un aire exótico, una mezcla de barbarie y refinamiento que resultaba atractiva e inquietante a la vez.

En la escalinata y la explanada se habían arremolinado muchos lugareños vestidos con túnicas y mantos ligeros a la moda griega.

—¿Y los egipcios? ¿No hay egipcios de verdad aquí? —preguntó César.

—No muchos en este distrito —respondió León—. Los egipcios tienen su propio barrio, y no se les concede la ciudadanía alejandrina a no ser que adquieran costumbres y nombres griegos.

Todas aquellas personas parecían pudientes. En esa zona no había tenderos ni artesanos, solo nobles y potentados con sus esclavos, ociosos que habían venido a curiosear.

—No hay más porque ni siquiera es media mañana y no es gente que suele madrugar —explicó León.

Aquella selecta representación de los alejandrinos contemplaba a los recién llegados con una mezcla de expectación y hostilidad, sin apenas levantar la voz. César sintió un escalofrío en la nuca y miró a su espalda. Por alguna razón, se le acababa de ocurrir que el Faro y el cabo Loquias eran las fauces de una enorme trampa que estaba a punto de cerrarse sobre ellos.

«Aprensiones absurdas», se dijo. Los romanos sostenían el prejuicio de que los orientales eran gente taimada y falsa, más amantes del veneno y la daga en los riñones que de la espada. Pero entre los galos e hispanos, por no hablar de los propios romanos, la traición era una planta que también sabía arraigar.

Tras comprobar que buena parte de sus soldados habían desembarcado ya, César se dirigió a la explanada. Por pura costumbre, sus lictores habían desarrollado ojos en la nuca y lo precedieron sin que él les dijera nada.

Por la puerta del palacio salía un grupo de soldados. Llevaban coseletes de lino blanco con escamas de bronce. Los escudos lucían en el centro la

estrella de los Argéadas de Macedonia, pues la dinastía de los Ptolomeos se empeñaba con gran celo en demostrar que era heredera de Alejandro. Como armas ofensivas portaban sarisas de cinco metros. Más de un siglo antes, en las batallas de Cinoscéfalos y Pidna, los legionarios habían demostrado que sus cortos pila eran mucho más prácticos que aquellas aparatosas picas.

—Solo las usan en ocasiones ceremoniales —explicó León—. En combate utilizan lanzas más manejables.

—De modo que por fin han aprendido la lección —dijo César.

Por detrás de los soldados griegos venía otra tropa formada por cincuenta guerreros negros. Vestían túnicas rojas cortas y sin mangas. Eran espigados y fibrosos, llevaban largas melenas trenzadas y se armaban con escudos de mimbre y cuero y venablos amarillos.

Un oficial se adelantó.

—*Kháire, o xéne!* —exclamó en griego.

—Saludos, buen amigo —respondió César en el mismo idioma—. ¿Puedo preguntarte quién eres?

—Esa pregunta debería hacerla yo.

—Ya le dije mi nombre al funcionario que nos recibió antes de entrar al puerto. La repetición invita al tedio.

El oficial carraspeó.

—Mi nombre es Hermócrates, de la guardia real de su majestad el rey Ptolomeo.

—¿Estás al mando de esa guardia?

—En este momento sí.

—¿Significa eso que hay otro oficial al mando, pero que no está presente?

—Dices bien. El jefe de la guardia es el general Aquilas, que únicamente rinde cuentas ante el rey Ptolomeo.

César se acercó a una distancia prudencial, la suficiente para no tener que levantar la voz. Sus lictores se habían apartado un par de pasos a ambos lados.

—Solo mencionas a Ptolomeo. ¿Qué hay de la reina Cleopatra, su hermana y esposa?

Hermócrates tragó saliva, nervioso. César tenía la impresión de que aquel hombre estaba «lamiendo la letrina», como decían en la jerga del ejército

para referirse a alguien que se veía obligado a realizar una tarea desagradable que no le correspondía.

—No sé de qué me hablas. Ese matrimonio nunca ha existido. No hay más rey legítimo que Ptolomeo.

—Como tú quieras, Hermócrates. Dime, ¿hay más barcos romanos en Alejandría?

—Esta ciudad es la más rica del mundo. Todos los días llegan más de mil barcos a Alejandría. Seguro que hay muchos romanos entre ellos. Pregúntale al capitán del puerto, no a mí.

César se acercó otro paso. Le sacaba media cuarta al oficial y se enderezó aún más para resaltar esa diferencia de estatura.

—Hermócrates, si ese necio comentario se debe a pura ineptitud, dile a tu general Aquilas que busque a otro hombre más inteligente. Si pretendías ser sarcástico, te aconsejo que conmigo te guardes tu sentido del humor en el mismo sitio del que parecen brotar tus pensamientos. ¿He de explicarte cuál es?

El oficial echó una mirada a su alrededor, evaluando fuerzas. César no tenía que volverse para saber que ya habían desembarcado en perfecta formación más de mil legionarios, un contingente muy superior al que les cerraba el paso.

—No. No tienes que explicármelo.

—Vuelvo a preguntarte. ¿Ha venido en estos últimos tres días algún barco militar romano?

—No que yo sepa.

—¿No se encuentra aquí el general Gneo Pompeyo?

—No que me conste.

Hermócrates había parpadeado y apartado la mirada una fracción de segundo. «Miente, o sabe algo de Pompeyo», pensó César.

Le dio la espalda a aquel subalterno, miró hacia el Faro y respiró hondo. Soplabla una brisa agradable impregnada de olor a sal. Según los libros y los comentarios de León, esa era una de las razones por las que Alejandro había fundado allí la ciudad. Durante la mayor parte del año, y especialmente en verano, el viento predominante venía del norte y refrescaba y purificaba la atmósfera.

Había otra ventaja. Como la inundación llegaba en los meses de más calor, alrededor de Alejandría no se originaban las charcas de aguas estancadas típicas del estío. En Roma, en verano, por más que las cloacas drenaran las zonas bajas, olía a cieno y pecina y el aire estaba plagado de mosquitos; por eso los más adinerados huían de la urbe para alojarse en sus mansiones de la playa o sus fincas del campo.

No obstante, pese a la brisa, el sol de Alejandría se hallaba apreciablemente más alto que el de Roma, y eso se notaba en la fuerza de sus rayos. Si seguía más rato a la intemperie, César, que había dejado su yelmo en manos de Saxnot, no tardaría en quemarse la calva.

Se volvió de nuevo hacia Hermócrates.

—Estoy perdiendo el tiempo aquí. Quiero ver a tu rey Ptolomeo y transmitirle los saludos de su amiga y aliada, la República de Roma.

—Me temo que eso va a ser imposible.

—Explícate.

—Su majestad no se encuentra en Alejandría.

—¿Y dónde se encuentra?

—No estoy autorizado para decírtelo.

César se acercó un último paso y le plantó una mano en el hombro. Uno de los soldados de la guardia hizo ademán de adelantarse, pero Saxnot se interpuso. Bastó con que apoyara los dedos en la empuñadura de aquella espada de un metro de hoja para que el griego se lo pensara mejor.

—Yo te autorizo, Hermócrates —dijo César—. Habla.

—El rey se encuentra en Pelusio. Con el general Aquilas y la mayor parte de la corte.

César hizo memoria. Pelusio era el fuerte que marcaba la frontera oriental de Egipto. Cuando bebía de más, Marco Antonio se jactaba de que había tomado sus murallas trepando el primero por una escala.

Si el rey y su primer general se hallaban en la frontera, tenía que ser para evitar una invasión. ¿De qué podía tratarse? Después de aplastar a Craso, los partos llevaban tranquilos unos años. César no quería ni pensar en la posibilidad de que hubieran organizado una expedición contra Egipto...

No, no podía ser eso. Sin duda, guardaba relación con el hecho de que Hermócrates solo hablara del rey Ptolomeo.

—O sea, que han ido a guerrear contra Cleopatra.

—Eso se halla fuera de mis competencias. Yo no estoy más que para guardar la seguridad en palacio.

—Pues llévame ya a ese palacio. Quiero entrevistarme con quien esté al cargo de la ciudad en este momento. Y sospecho que no eres tú.

Hermócrates hizo el gesto de tragar saliva de nuevo, aunque a esas alturas ya debía tener la boca seca, y asintió.

—Te ruego que me sigas, noble César. ¿Es necesario que vengan todos tus...?

—Solo los que ves en el muelle —contestó César con una sonrisa inefable.

Pasaron por entre los enormes pilonos que flanqueaban la puerta, dos estructuras de granito a medias entre una torre y una pirámide truncada, ornamentadas con relieves pintados en vivos colores. Las imágenes más llamativas representaban a reyes que parecían gigantes comparados con los diminutos enemigos a los que aplastaban bajo sus pies.

Al otro lado del muro se abría un gran patio rodeado por una columnata dórica. Las esculturas que lo decoraban eran egipcias: hombres en posturas rígidas y ataviados tan solo con faldellines, y mujeres vestidas con túnicas pegadas que insinuaban sus formas. Pero estas eran tan estilizadas que no despertaban nada remotamente parecido a la lujuria.

Hermócrates hizo un débil intento de llevarlos al distrito Beta, separado por otra muralla del palacio real. Según les explicó, allí estaba el Filoxenión, el palacio donde se alojaron el mismo Pompeyo o Aulo Gabinio. César se limitó a enarcar una ceja y decirle: «No nos saques de la Alfa. Al palacio real». Y poniendo una mano sobre el hombro de León, añadió:

—Y no trates de extraviarme en este laberinto, Hermócrates, que traigo mi propio hilo de Ariadna.

Tras cruzar varios pasillos y pórticos, llegaron a un segundo patio incluso más grande que el primero. Entre otros dos pilonos se abría una puerta de doble hoja decorada con chapas de oro repujado.

—Esta es la sala de audiencias principal, César —dijo Hermócrates.

—Esperaré aquí. Tráeme a alguien que tenga autoridad.

Mientras el oficial se marchaba a cumplir el encargo —o quién sabe si a

autoexiliarse a otro país—, César dejó a los soldados en el patio y pasó a la sala de audiencias con sus lictores y un reducido grupo de acompañantes.

El lugar era tan grande que en su interior habrían podido reunirse dos o tres senados. Aunque había ventanas en dos de las paredes, el salón se hallaba sumido en una tibia penumbra que se agradecía después de la luz casi punzante del exterior. Avanzaron por la galería central, rodeada por enormes columnas doradas.

Las pisadas de César y su séquito despertaban ecos lejanos en las paredes, decoradas con pinturas de abigarrados colores. Las losas de mármol jaspeado estaban tan bien encajadas que no se apreciaban las juntas, como si todo el suelo formase una sola y enorme pieza. Al fondo de la sala, varios criados se dedicaban a fregarlo y encerarlo, pero salieron corriendo al ver entrar a los romanos.

«Tendré cuidado de no dar un traspies», pensó César, contemplando su propio reflejo en el mármol. Los clavos del calzado militar producían un sonido impresionante en aquella superficie, pero a cambio el peligro de resbalar era mayor. Dar con sus huesos en el enlosado no sería lo más conveniente para su dignidad de cónsul de Roma.

Al fondo se levantaba un estrado de basalto negro en contraste llamativo con el mármol del suelo. Sobre él se alzaba un solo trono, aunque había espacio para dos. A Cleopatra debían de haberle retirado el suyo.

El trono en sí era un butacón dorado con gemas incrustadas. En el respaldo, pintada o tal vez vidriada, se veía una escena de corte: un rey tocado con la doble corona de Egipto y sentado en un trono mientras un dignatario se inclinaba ante él.

A César le resultó curioso pensar que, cuando el rey se sentaba, una copia de sí mismo quedaba oculta detrás de su espalda. Se imaginó un curioso juego de espejos en que el soberano de la pintura se levantara para mostrar que en el respaldo de su trono había a su vez un tercer monarca sentado en su trono, y así hasta el infinito. «Otra curiosa aporía para Zenón», pensó, acariciando la cabeza de león del apoyabrazos.

—¿Estás pensando en sentarte en él?

Se volvió. Claudio Nerón lo miraba con una expresión a medias entre el rechazo y la extrañeza.

—No estoy tan viejo ni cansado para necesitar asiento.

—No me refería a eso, César. Es un... trono. De rey.

Era la vieja cantinela de sus enemigos. César conspiraba para abolir la República y convertirse en rex.

—¡Déjate de tonterías! Un trono es un símbolo nada más.

—Pero los símbolos son importantes.

—Solo para quienes los entienden. —César señaló los jeroglíficos que recargaban el respaldo del asiento—. ¿Tú entiendes esto? Yo no. Para mí estos signos no representan nada, del mismo modo que este trono no es más que una silla. Las fascas de mis lictores, en cambio, poseen mucho significado para mí y muy poco para ese infeliz de Hermócrates.

—No deben significar tan poco cuando lo han impresionado lo suficiente para traernos hasta aquí contra su voluntad.

—Han sido más bien los legionarios que los lictores. Las cotas de malla y las lanzas son símbolos que hasta los más lerdos saben interpretar.

A la izquierda del trono, entre dos pilastras adosadas a la pared, había una puerta que empezó a abrirse. Lo insólito fue que lo hizo sola: las dos hojas plateadas se deslizaron silenciosas por unos rieles de metal que dibujaban sendos arcos.

—¿Qué es esto, León? —preguntó César, bajando del estrado—. ¿Algún tipo de magia egipcia?

—En Alejandría abundan estas maravillas —contestó el rodio—. No sé cómo funciona esa puerta, pero creo que tiene que ver con un fuego que se enciende en una cámara escondida por debajo del suelo.

«Tengo mucho que aprender en esta ciudad», pensó César, sorprendiéndose de no haberla visitado hasta ahora. Rodas podía ser muy hermosa, pero Alejandría era inconcebiblemente más vasta y prometía esconder miles de secretos.

Tras unos segundos, dos personas aparecieron por la puerta. César los conocía, aunque tuvo que rebuscar en la alforja de los recuerdos para encontrar sus nombres.

Serapión y Dioscórides. Dos embajadores que habían acompañado a Auletes durante su destierro en Roma. Dioscórides vestía al estilo griego, era gordo, jovial y algo afeminado al hablar, mientras que Serapión era flaco y

callado, usaba una túnica egipcia entallada, llevaba el cráneo afeitado y tenía los ojos maquillados.

—Al fin vemos a un egipcio con pinta de egipcio —murmuró Claudio Nerón.

—¡Oh, César! —saludó Dioscórides—. Es un honor inesperado tenerte en Alejandría.

—¿De veras es inesperado?

Los dos embajadores entrecruzaron miradas.

—Tal vez no tanto —respondió Dioscórides—. Es cierto que nos han llegado noticias de tu... divergencia de pareceres con Gneo Pompeyo Magno.

—Nuestra divergencia, como tú la llamas, se saldó en una batalla en la que participaron setenta mil hombres.

—Sí, también nos llegó la noticia de tu gran victoria en Farsalia. Permite que te ofrezcamos nuestros plácemes.

—Permítenoslo, César —repitió Serapión como un eco.

—Permitido. Ahora, quiero que me contéis exactamente cuál es la situación en la corte. Que está ausente, eso ya lo veo con mis propios ojos.

Con muchos rodeos y florituras retóricas, Dioscórides le explicó que los divinos hermanos se habían enemistado. La razón era que Cleopatra no quería cumplir sus deberes como reina, casándose con el rey y engendrando hijos e hijas para sucederlos a ambos y perpetuar su estirpe. Debido a esa negligencia de Cleopatra, el Nilo había dejado de crecer durante dos años seguidos y se temía que la siguiente inundación fuese igual de exigua. Por eso, el pueblo de Alejandría se había rebelado contra ella obligándola a huir al destierro.

—El pueblo, ¿verdad? —preguntó César, escéptico.

—Así es, César. Cleopatra, llena de rencor, reclutó una horda de mercenarios y bandidos en Siria con el dinero que había robado de las arcas reales y trató de invadir el país. Pero nuestro bienamado rey le ha salido al paso con nuestro glorioso ejército. Ahora se encuentra en la fortaleza de Pelusio, mientras que las fuerzas de la traidora se encuentran en el monte Casio.

—¿Qué monte es ese? —preguntó César. Había estudiado los mapas de la zona antes de venir y las únicas montañas que encontró se hallaban en el

interior del Sinaí, en pleno desierto.

—Es un peñasco al borde del mar, César. No llega ni a la mitad de la altura de vuestra roca Tarpeya. Pero aquí hay tan pocas montañas dignas de tal nombre que a cualquier saliente del suelo que proyecte un poco de sombra lo llamamos monte.

César se quedó pensativo. Después dijo a los embajadores que lo llevaran a alguna sala más acogedora, pues quería dictar sendas cartas. Por la misma puerta por la que habían entrado, los dos hombres guiaron a César y a su séquito. De camino, César preguntó a Dioscórides:

—Una curiosidad, buen amigo. ¿Qué magia es la que hace que esa puerta se abra y se cierre sola?

—No es magia sino ciencia, César, aunque mi especialidad es la retórica y no podría explicártela. Tiene que ver con los estudios sobre pneumática del sabio Ctesibio.

—¿Pneumática?

—Vapores, aires, esas cosas —dijo Dioscórides, agitando la mano de una forma a la vez amanerada y graciosa.

Entraron en un despacho lujoso con sillas, divanes y una gran mesa de cedro. César dictó las cartas, una para Ptolomeo, que copió Dioscórides, y otra para Cleopatra, de la que se encargó Menéstor.

En ambas misivas, tras los consabidos saludos, César manifestaba su pesar por las desavenencias entre los dos hermanos y les recordaba que en el testamento de su padre —«una de cuyas copias obra en mi poder»— se estipulaba que Ptolomeo y Cleopatra debían compartir el trono y reinar en armonía. Por tal motivo, como cónsul de Roma y aliado y amigo del pueblo de Egipto, los invitaba a disolver sus ejércitos y regresar a Alejandría para reunirse con él y arreglar sus diferencias. Algo que no resultaría difícil entre personas de una familia tan culta y de tanta altura moral como los Ptolomeos: una pizca de sarcasmo final a la que no se pudo resistir.

—¿Cuánto tardarán en llegar las cartas?

—Con una nave rápida, un día —respondió Dioscórides—. Después, tomando en cuenta lo que suelen durar las deliberaciones de la corte, el rey podría enviarte una respuesta dentro de tres o cuatro días.

—Si el mensaje tarda en llegar un día, Ptolomeo no necesita más que otra

jornada para presentarse aquí de vuelta.

—Te pido disculpas por contradecirte, pero dudo que eso ocurra.

Claudio Nerón, que había cogido una manzana de un frutero y estaba masticando un trozo, intervino:

—Quizá puedas añadir unas líneas de tu puño y letra, Dioscórides, para recordarles que quien los convoca es César el vencedor de Farsalia, que está aquí con sus legiones. Si lo dices tú sonará menos grosero, pero igual de eficaz.

César se volvió hacia su legado y lo fulminó con la mirada, pero Nerón tenía los ojos puestos en lo que quedaba de manzana.

«El caso es que lleva razón», pensó.

—Haz como mi legado te dice. Pon diligencia en ello y te deberé todo mi agradecimiento. Ya sabes lo que eso significa.

Dioscórides asintió. Su mediación con Auletes había hecho ganar millones a César, y este lo había recompensado con quinientos mil sestercios.

Las cartas fueron entregadas a dos funcionarios con instrucciones de despacharlas a Pelusio y al monte Casio. Después, unos criados trajeron bandejas con comida, vino y agua fresca, pues era la hora a la que los romanos solían tomar el prandium.

—Mientras aguardo al rey Ptolomeo y a la reina Cleopatra —les dijo César a Dioscórides y Serapión—, quiero que os encarguéis del alojamiento y alimentación de mis tropas. Tengo ochocientos jinetes del Norte que no querréis ver sueltos por vuestras calles. Si les encontráis un lugar en las afueras donde haya pasto y agua para sus caballos, será perfecto. A mis legionarios los quiero lo más cerca posible de mí y de mis barcos.

—Así se hará, César —respondió Dioscórides. Le hizo un gesto a Serapión, que tras una breve reverencia salió por la misma puerta por la que habían entrado. Después, Dioscórides preguntó—: ¿Hay algo más que podamos hacer para que tu espera resulte más agradable? Esta ciudad atesora muchas maravillas que quizá quieras visitar.

—Ya que me lo sugieres, mi viejo amigo Posidonio me recomendó a un astrónomo llamado Sosígenes. Quiero conocerle.

Dioscórides puso gesto de desolación.

—¡Oh, César, mucho me temo que eso no va a ser posible!

—¿Por qué? ¿También se lo han llevado a la guerra para que adivine las tácticas de la reina entre las estrellas?

—No es eso, César. Por razones que no vienen al caso, Sosígenes cayó en desgracia.

—¿Y eso qué significa? ¿Lo han desterrado?

—No, César. Sosígenes ha sido ejecutado.

César meneó la cabeza. «Estamos en una corte oriental», recordó. En lugares así las cabezas rodaban lejos de sus cuellos con facilidad.

Algo que iba a comprobar antes de lo que esperaba.

se dividía en una intrincada red de conductos por los que desembocaba en cientos de cisternas subterráneas repartidas por toda Alejandría. Cuando el agua llegaba a esos aljibes, las impurezas que arrastraba desde el río se decantaban y sedimentaban poco a poco en el fondo, y el líquido que quedaba en la parte superior se podía beber sin peligro para la salud.

—Algunas de esas cisternas son enormes —dijo Zenódoto, y con gesto de conspirador que comparte un secreto añadió—: Aunque la mayoría de la gente lo ignora, en el subsuelo de la ciudad se extiende otra Alejandría tan grande como la que vemos.

Tras su conversación con el supervisor de aguas, César se dirigió al puerto para encargarse personalmente del traslado de los caballos. Cuando quiso hablar con el capitán del puerto, se encontró con que debía rellenar seis formularios para que pasaran por otras tantas manos.

—¿Y cuándo crees que podré ver al capitán? —preguntó a un subalterno cuyo complicado título se le escapaba.

—Con suerte, pasado mañana —contestó aquel tipo con una sonrisa muy satisfecha.

César supuso que unos sobornos bien repartidos le ahorrarían mucho tiempo. Sin embargo, él había venido a Alejandría a llevarse dinero, no a repartirlo. La coacción parecía un modo más rápido y útil de conseguir su propósito. Se le ofrecían muchas posibilidades de ejercerla, pero decidió que probar con Casio Esceva resultaría más divertido.

La visión de aquella mole de músculos cargada de condecoraciones y cicatrices bastó para convencer a los dos primeros escalones burocráticos de que aligerasen los trámites. Al llegar al tercero, el funcionario en cuestión se empeñó en que debían seguir el procedimiento reglamentario.

—Tenéis que rellenarme esta solicitud por triplicado y firmar aquí debajo —dijo.

—Me pica pocamente, amigo —contestó Esceva en su griego macarrónico—. ¿Puedes me rascas?

—No entiendo qué quieres decir —replicó el funcionario.

Por toda respuesta, Esceva se levantó el parche, cogió la mano del funcionario, le obligó a estirar un dedo, se lo metió en la órbita vacía y se rascó con él lo que tuviera ahí dentro. Al ver cómo el rostro del oficial del

puerto adquiriría un color verdoso, César no pudo reprimir una sonrisa de satisfacción.

—Gracias, amigo —dijo Esceva—. Ahora traes ya a capitán de puerto o yo te rasco otro ojo tuyo con mi espada.

El oficial se apresuró a obedecer el consejo. Un cuarto de hora después apareció el capitán del puerto. Era un hombre ya viejo y duro de oído que pretendía que César transportara los caballos por tierra para no interferir en las maniobras portuarias. Pensando que le convenía llevarse bien con él por su cargo, César mencionó una cifra de dinero y el capitán del puerto aceptó. No obstante, como buen burócrata, durante toda la gestión no dejó de apretar los dientes y gruñir como si sufriera estreñimiento.

César estaba tan interesado en mover a los caballos por vía acuática porque el traslado le serviría para conocer mejor las instalaciones de la ciudad. Por tal motivo, él mismo acompañó a los barcos de transporte, guiándolos junto a León a bordo de la ligera Hermes. De esa manera examinó más de cerca los muelles. Entre Loquias y la isla de Antirrodas, antes de llegar al Emporio, se encontraban los arsenales. Allí había decenas de naves de guerra ancladas entre trirremes, cuadrirremes y quinquerremes.

—¿Cuántas cuentas, León? —preguntó.

—Al menos sesenta —contestó el rodio—. Puede que más.

Como ya le había ocurrido más veces, León estudiaba con curiosidad las transformaciones de aquel hombre. Mientras hablaba con Dioscórides y Serapión era César el político, a ratos amable y a ratos irónico, con una mano sujetando la capa y la otra gesticulando como un orador. Ahora se convertía de nuevo en César el general, de ceño fruncido, frases tajantes, precisas y sin circunloquios, la mano izquierda apoyada en el pomo de la espada y la derecha jugueteando con el tahalí de cuero que le cruzaba el pecho.

Se acercaban al Heptastadion. Unas enormes paredes de mampostería sujetaban el terraplén de más de un kilómetro de longitud. Tenía dos grandes aberturas, una al norte para las naves que salían del Puerto Grande como ellos y otra al sur para las que entraban. Por cada una de ellas podían entrar dos barcos en paralelo. Pero la circulación del agua entre los dos puertos depositaba tantos sedimentos que cada pocos días había que mandar dragadoras para extraer toneladas y toneladas de arena.

Mientras pasaban bajo aquella enorme bóveda, iluminada por decenas de antorchas clavadas a las paredes, César levantó los ojos para examinar el arco del techo.

—En verdad, no solo los romanos hacemos grandes obras —comentó.

Al otro lado se abría el puerto de Eunosto o «del buen regreso». No pareció despertar tanto el interés de César, ya que allí todos los barcos eran mercantes y pesqueros. Pero sus pupilas volvieron a dilatarse cuando entraron en el recinto del Ciboto, rodeado por gruesas murallas. Dentro había cobertizos y astilleros donde se reparaban y construían más naves de guerra, y León observó cómo César tomaba buena nota de todo.

Atravesando el Ciboto por el centro entraron en el canal que rodeaba Alejandría, bien ceñidos a la orilla derecha para no chocar con las naves que venían de frente. La mayoría eran gabarras cargadas del grano que traían del sur.

—Por lo que tengo entendido —comentó León—, el trigo ha subido muchísimo de precio por los dos años de sequía.

—Y ahora venimos nosotros a gastar más grano —dijo César con gesto preocupado—. Un ejército en una ciudad extranjera nunca resulta popular, pero cuando hay carestía...

Aunque César no terminó la frase, León la interpretó: «Cuando hay carestía, pasa directamente a ser odiado».

—¿Qué es eso? —preguntó César, señalando a su izquierda.

—Es el Gran Canal que lleva hasta la rama Canópica del Nilo —contestó León.

—Entonces es el que ha mencionado Zenódoto, el que surte de agua a Alejandría.

León asintió. Los ojos de César se estrecharon como dos ranuras. El rodio se preguntó si estaría pensando en cortar el suministro de agua de la ciudad, o incluso en envenenarlo. Admiraba a aquel hombre; pero no olvidaba que, si se veía obligado, era capaz de cualquier cosa. Según se decía, en sus campañas en la Galia habían perecido un millón de personas, más que todos los habitantes de Alejandría.

En lugar de desviarse a babor para seguir por el canal, César quiso que siguieran de frente hasta llegar al lago Mareotis, que rodeaba la ciudad por el

sur. En sus orillas sembradas de juncos y papiros, los ibis blancos y negros hundían los picos para arrancar a sus presas del fondo, mientras los pelícanos se lanzaban de cabeza al agua y los patos nadaban por millares.

La pequeña flota viró hacia el este y recorrió la orilla. César, con las manos en la espalda, estudió atentamente el sector sur de la ciudad. Pasado el Serapeo, tan lujoso como cualquiera de los palacios de la zona norte, el resto eran casas más humildes, con las fachadas descascarilladas o sin tan siquiera pintar.

—Sin embargo, no hay techos de madera ni paja —observó César—. Todos son de teja. Es una medida prudente para evitar los incendios.

Del mismo modo que antes imaginó una Alejandría muerta de sed, ahora León la vio ardiendo en su mente. Aunque, si César estaba en lo cierto, no era fácil que eso ocurriera.

Tres kilómetros más allá llegaron a un gran pastizal donde establecieron el campamento. Como las aguas del Mareotis eran salobres por su contacto con el mar, César ordenó excavar acequias y cisternas para desviar parte de la corriente que fluía por el canal. Se quedó allí un rato verificando que los germanos cumplían sus órdenes, pues como jinetes pertenecían a la nobleza y eran muy reacios al trabajo manual. Después le dijo a León:

—Quiero estar en el palacio antes de que oscurezca. ¿Sabes volver a pie?

—Sí, César. De todos modos, esta ciudad no tiene mucha pérdida. La mitad de las calles van de norte a sur, y la otra mitad de este a oeste.

—Es la retícula que proponía Hipodamo de Mileto —dijo César—. Se puede utilizar en ciudades como esta porque, como bien dijiste, Alejandría es lisa como una mesa. En Roma, con tantas colinas y cañadas, sería imposible.

—Un general romano que conoce las teorías de Hipodamo. ¡Es sorprendente!

César le dio una palmada en el hombro y sonrió.

—Nos vamos civilizando por contacto con vosotros, amigo León.

Tras dejar a Saxnot al mando del nuevo campamento, regresaron con los doce lictores, Hrodulf y otros diez germanos. Atravesaron el centro de la ciudad de sur a norte por la avenida de Argeo. Mientras caminaban, León le explicó a César la disposición general de la ciudad de Alejandría. A mano derecha tenían el distrito Delta, donde vivían los judíos, y a la izquierda el

Gamma, donde residían los metecos, extranjeros con derecho de residencia que no poseían la ciudadanía alejandrina.

—Más al oeste, cerca del canal que hemos atravesado —dijo León—, se encuentra el distrito Épsilon. Allí viven sobre todo egipcios que tampoco poseen ciudadanía plena. Ellos llaman a su distrito «Racotis», que es el nombre antiguo de la ciudad.

Su paso atrajo miradas primero curiosas, luego hostiles. No tardó en congregarse una pequeña multitud que los seguía, formada por hombres y mujeres de toda condición y procedencia, vestidos con ropas tan abigarradas como los insultos con que empezaron a obsequiarlos.

—Parece que los romanos no somos muy populares aquí —dijo César.

Como si el rumor volara milagrosamente por los aires, pronto empezaron a ver más gente que los esperaba a ambos lados de la avenida o se asomaba por las ventanas. A los insultos se añadieron escupitajos, e incluso frutas y verduras podridas. Un nabo más grande que un puño pasó rozando la oreja de León. «Si me llega a dar, me parte la ceja», pensó.

—Quizá deberíamos acelerar el paso, César —sugirió.

—Si hacemos eso, olerán nuestro miedo como los lobos y nos destrozarán —respondió César sin desviar la mirada del frente.

Si él o sus lictores tenían miedo, lo disimulaban bien. Desde luego, León sí que empezaba a asustarse. Arrastraban ya una comitiva de trescientas personas, tal vez más, a la que no dejaban de agregarse nuevos elementos. Sabía que en Alejandría se organizaba una algarada callejera con tanta facilidad como en Atenas una discusión filosófica, pero como griego nunca se había visto convertido en el centro de las iras de la multitud.

—Cuando nos lancen la primera piedra —dijo César en voz baja—, será la señal para correr.

Por el momento, la hostilidad de la multitud no pasó de ahí. Cuando llegaron a la muralla que daba paso al opulento distrito Beta, los guardias que vigilaban la puerta dejaron pasar al séquito del cónsul e impidieron el paso a los demás. César examinó las defensas con ojo crítico.

—Una muralla interior —dijo—. Eso dice mucho de cómo es una ciudad.

—¿Qué quieres decir? —preguntó León, aunque lo sospechaba.

—Que el enemigo al que temen está dentro.

«Pues en ese caso —pensó León—, con César ya tienen dos».

sirios. En esta ocasión, Cleopatra los había preferido a los nabateos; no quería dar a sus tropas la impresión de que privilegiaba a unos contingentes sobre otros.

—¿Llegaste a ver cómo entraban los romanos en el puerto? —preguntó Cleopatra en hebreo.

Boaz, como muchos otros judíos que habían nacido en Alejandría, se expresaba con más fluidez en griego que en la lengua de sus antepasados. No obstante, Cleopatra había elegido el hebreo para que la conversación fuese más discreta. Aunque confiaba en Apolodoro más que en nadie de cuantos la rodeaban, incluidas Iras y Carmión, prefería que la información le llegase en dosis administradas por ella misma.

—Sí, señora —contestó Boaz—. Acabábamos de entrar en Alejandría por la puerta Canópica. ¡Casi reventamos a los caballos para llegar en tan solo dos días, pero lo conseguimos! Aunque no se nos permitió acceder al sector palaciego, cuando llegamos al Emporio pudimos ver cómo los barcos de César se dirigían a Loquias.

—¿A Loquias? ¿Estás seguro de que no atracaron en el Arsenal o cerca del templo de Poseidón?

—Lo vi con mis propios ojos, señora. Fue en los embarcaderos reservados a vuestra familia.

Había elegido a los espías por su conocimiento de Alejandría, de modo que tendría que confiar en lo que le decía Boaz. Pero a Cleopatra le extrañó que el capitán del puerto hubiera autorizado a unos forasteros, por muy romanos que fuesen, a atracar en Loquias.

—¿Cuántos barcos traían?

—Me pareció que eran más de veinte entre naves de guerra y de carga —dijo Boaz. Luego añadió con una sonrisa de satisfacción—: Por la tarde repartí dinero en las manos oportunas y averigüé detalles más precisos. César ha traído veintidós barcos grandes de guerra, una nave ligera y doce transportes.

No era una gran flota ni suponía una amenaza para la ciudad, en cuyos puertos solían amarrar al menos setenta naves de guerra. Aunque Cleopatra ignoraba cuántas había llevado Ptolomeo a Pelusio, no creía que fuesen más de veinte, lo que aún dejaría cincuenta entre trirremes y quinquerremes en

Alejandría.

Pero el poder romano no se basaba tanto en sus flotas como en sus legionarios.

—¿Sabes cuántos hombres ha traído consigo?

—Sí, señora. Me lo reveló la misma persona que me dijo lo de los barcos.

—¿Es fiable?

—Es uno de los funcionarios encargados de alojar y alimentar a esos romanos. Las raciones están contadas, así que no puede haber error.

—Entonces dime, Boaz.

—César ha venido con ocho mil hombres. De ellos, la mitad son marineros y sirvientes. Guerreros no trae más que cuatro mil.

—¿Cuatro mil? Eso no llega ni a una legión —se sorprendió Cleopatra.

—Mi informante estaba muy seguro, señora. Pero mañana llegará otro compañero que espero te lo confirmará. De esos cuatro mil, a ochocientos los han alojado fuera de la muralla, a orillas del lago. Los demás siguen en la ciudad.

—¿Qué tienen de especial esos ochocientos?

—Son jinetes germanos, y han montado un campamento con sus caballos. Antes de salir de Alejandría me acerqué a verlos para poder informarte. Son unos bárbaros enormes, tan altos como los guerreros nubios de tu guardia, pero más corpulentos, y tienen la piel tan blanca como la tripa de un pez. No sé quiénes huelen peor, ellos o sus caballos. Se cubren las piernas con pantalones y se pintan y se marcan tatuajes en el cuerpo como salvajes.

Cleopatra, que había leído acerca de los germanos en el tratado Sobre los océanos, asintió. Lo que comentaba Boaz coincidía con la información que ofrecía su autor, Posidonio.

—Los otros tres mil doscientos son legionarios —prosiguió el judío—. César ha hecho que los alojen entre un ala del palacio real y las mansiones que hay al sur.

Qué desfachatez la de aquel hombre, pensó Cleopatra. El palacio de Loquias era morada exclusiva de los Ptolomeos y sus familiares y allegados más cercanos. Ni siquiera Pompeyo el Grande o su hijo Gneo se habían atrevido a tanto.

«Quien debe indignarse es Ptolomeo, no tú», se dijo. A la postre, a ella la

habían desterrado de ese palacio, de Alejandría y de todo Egipto. Y en cierto modo, cuanto más osado fuese el romano, tanto mejor para ella. De hecho, la situación óptima para Cleopatra sería que César y su hermano se enzarzasen y aniquilasen mutuamente en una guerra, dejándole el terreno libre para recuperar el poder.

—Supongo que, si solo has estado un día, todavía no ha habido tiempo suficiente para que el pueblo de Alejandría opine sobre César —aventuró Cleopatra.

—Sí que lo ha habido, señora —contestó Boaz—. Al parecer, con ese hombre todo ocurre muy deprisa para bien y para mal. En cuanto llegaron, corrió por los muelles el rumor de que los romanos habían disparado máquinas de guerra contra los guardias del puerto y les habían hundido tres o cuatro lanchas.

«Eso no es una visita, es una invasión», pensó Cleopatra. Aulo Gabinio había actuado de forma parecida, pero venía con Auletes, legítimo soberano de Egipto. ¿A quién llevaba consigo César para atreverse a entrar en Alejandría como si fuese el amo?

—Supongo que los ánimos del pueblo andarán soliviantados —dijo Cleopatra.

—Así es, señora. Y lo pude comprobar por mí mismo.

—Explícate.

—A eso de mediodía, nos enteramos de que César iba a instalar a sus germanos entre Eleusis y el puerto del lago, así que otros tres compañeros y yo nos apresuramos a atravesar la ciudad para verlos en persona a él y a sus bárbaros.

—¿Y lo viste?

Boaz se volvió y señaló a los soldados que los seguían a unos quince metros.

—Más cerca de lo que están ellos, señora.

—¿Cómo es?

—Alto y de tez clara. Caminaba muy tieso, como si fuera el amo de la ciudad. Aparte de unos germanos enormes, lo escoltaban unos guardias de rojo que desfilaban con unas hachas muy raras. Eran... —Boaz hizo un gesto con las manos, buscando una forma de explicarse—. Tenían el mango muy

grueso, como si...

—Son las fasces, el símbolo de los arcontes romanos —completó Cleopatra.

Aquella era otra muestra de arrogancia. ¿Qué derecho tenía César a hacerse acompañar por sus lictores como si estuviera en una ciudad conquistada o incluso en Roma?

Según el relato de Boaz, la plebe alejandrina coincidía con ella en esa opinión. Mientras César atravesaba la ciudad por la avenida de Argeo, una de las más importantes de Alejandría, se había ido aglutinando a su paso una pequeña multitud que increpó a los romanos y les arrojó frutas y verduras podridas.

—Cuando entraron en el distrito Beta, la gente se quedó durante más de una hora junto a las puertas de la muralla, protestando y tirando piedras y exigiendo que los romanos se fueran de la ciudad.

«Y yo tengo que asociarme con ese hombre», pensó Cleopatra con desaliento. Como si no fuese ya lo bastante impopular en Alejandría, se veía obligada a buscar la alianza de un romano que, para colmo, se comportaba con más insolencia que cualquier otro que hubiese pasado por la ciudad.

Además, solo traía con él cuatro mil hombres de guerra. ¿En qué andaba pensando César? ¿Creía que Alejandría, con casi medio millón de habitantes, era uno de esos puebluchos embarrados que había conquistado en la Galia?

«No sabe dónde se ha metido el muy inconsciente». Las calles de Alejandría habían devorado a reyes y a ejércitos enteros. Tal vez luego Roma mandaría diez, quince, veinte legiones que vengaran a su general. Pero para César sería demasiado tarde. Y para Cleopatra y su pueblo supondría un desastre, pues si eso llegaba a ocurrir, los romanos convertirían Egipto en una provincia como habían hecho con tantos reinos otrora independientes.

—Está bien, Boaz. Tu información ha sido muy valiosa. —Cleopatra le apretó la mano un instante. Un gesto de cercanía que su padre habría desaprobado; sin embargo, ella tenía comprobado que bastaba con algo tan nimio para convertir a cualquier hombre en un devoto sirviente—. Tienes mi agradecimiento, y serás recompensado.

El judío hizo una profunda reverencia.

—Aunque acabo de llegar, hallarme en tu presencia es suficiente premio

para mis trabajos y descanso para mi fatiga, señora. Puedo partir ahora mismo de vuelta a Alejandría si ese es tu deseo.

—De momento no es necesario. Puedes irte. De nuevo te doy las gracias.

Cuando el judío se alejó, Cleopatra se detuvo en su paseo y se acercó a la orilla, pensativa. El sol había bajado tanto que la sombrilla resultaba ya inútil, así que Apolodoro la cerró.

—Esta noche volvemos a Alejandría —dijo Cleopatra en griego.

El siciliano no cuestionó su decisión.

—¿Quiénes y cómo, señora? —se limitó a preguntar.

—Tú y yo solos, Apolodoro. Mi ejército se quedará aquí para que mi hermano crea que sigo en monte Casio. Dejaremos incluso a Carmión y a Iras. Debemos parecer simplemente un hombre y su esposa, no una reina y su guardaespaldas. ¿Te gusta el pescado, Apolodoro?

—Fui pescador de niño, señora. Lo aborrezco.

—A mí me gusta cocinado, pero no me agrada su olor cuando está crudo. No obstante, me temo que tendremos que aguantarnos. Si ese pesquero ha podido traer a Boaz de incógnito, también servirá para llevarnos a nosotros a Alejandría.

—Como un matrimonio normal no podremos entrar en el distrito Alfa, señora.

—Eso déjalo de mi cuenta, Apolodoro.

Una vez en Alejandría, Cleopatra conocía modos secretos de infiltrarse en palacio. Era otra de las cosas que su hermano se perdía por delegar todas sus tareas y responsabilidades en la maléfica tríada de Potino, Teódoto y Aquilas. Ptolomeo pensaba que al alimento y el agua poco menos que caían del cielo como un regalo de los dioses. Cleopatra, en cambio, se preocupaba por averiguar cómo comía y bebía su ciudad, y conocía a los principales inspectores de mercados y también a Zenódoto, el supervisor de aguas. Por eso sabía que bajo el suelo de Alejandría se extendía un vasto laberinto de canales y cisternas. Todavía no había llegado la inundación —si es que iba a llegar—, de modo que aún se podría caminar por los niveles más elevados usando a modo de puentes las arcadas que sostenían las bóvedas de las cisternas.

Por supuesto, había mil cosas que podían salir mal: podían detenerlos en

Pelusio, en los puestos de cualquiera de las siete bocas del Nilo, al llegar a Alejandría o en el mismo palacio antes de acceder a César. Cleopatra planeaba dejar en monte Casio sus ropas y sus joyas, salvo los anillos. Si la capturaban, merced a la dedalera o el veneno de áspid se aseguraría de privar a su hermano del placer de torturarla. El tóxico que no usara ella serviría para Apolodoro; después de lo ocurrido en el estudio de Sosígenes, Ptolomeo tenía tantas ganas de ponerle las manos encima al eunuco como a ella.

—¿Sabes, Apolodoro? —comentó Cleopatra mientras regresaban al poblado—. Dicen que una de las claves del éxito de César es la rapidez.

—Eso cuentan, sí.

—¿Cómo dijiste tú? «En la guerra es mejor llegar pronto con la mitad de hombres que tarde con el doble».

—Algo así fue, señora.

Cleopatra se calló lo siguiente que le vino a la cabeza. Ella no iba a llevar la mitad de hombres, sino a un medio hombre. Sin embargo, aquel eunuco valía por veinte soldados.

Y la máxima de Apolodoro resultaba certera, como ella había comprobado para su desgracia. Su hermano se le había adelantado varias veces, primero aprovechando su viaje a Menfis para desterrarla y luego reforzando la guarnición de Pelusio antes de que ella pudiera tomarla.

En esta ocasión, sería ella quien tomase la iniciativa. Por muy insolente o soberbio que fuese César, Cleopatra se iba a ganar su alianza.

«Lo haré sea como sea», se dijo.

Y al repetírselo a sí misma, el estómago y el vientre se le encogieron.

«Sea como sea».

despacho y dormitorio.

—Te rogamos que nos acompañes a la sala de audiencias del ala norte, César.

—¿Han venido ya el rey o la reina?

Los dos se miraron, un tanto nerviosos.

—No exactamente, César —respondió Dioscórides.

Aquella sala de audiencias resultó ser mucho más pequeña que la del trono. Por el lado oeste no tenía pared, sino una terraza que se asomaba al puerto, de tal manera que César pudo ver sus barcos amarrados al espigón. Comprobó con satisfacción que, tal como había dispuesto, los vigilaban dos piquetes de legionarios.

Allí lo aguardaban, entre otros dignatarios y sirvientes, dos personajes que se presentaron como miembros del consejo real. «Al menos, ya que el rey no aparece, vamos ascendiendo», pensó César. Uno de ellos, el más entrado en carnes, le fue presentado como Potino, visir del reino. Tenía el rostro afeitado, usaba una peluca negra y vestía una túnica de púrpura de Tiro que seguramente costaba su peso en plata, ceñida a su oronda cintura por un fajín dorado. El otro, que llevaba túnica, manto y barba al estilo griego, se llamaba Teódoto. Su puesto oficial era preceptor del rey. Cuando César le preguntó si enseñaba alguna disciplina en particular, Teódoto contestó con voz impostada:

—Amplios son los saberes que domino, pero si hay algún saber al que más he consagrado y dedicado mis años es a la divina retórica, maestra de príncipes, consejera de reyes y consuelo en toda desgracia.

César pensó que tanto Potino como Teódoto debían albergar dudas sobre el protocolo apropiado para tratar con un cónsul de Roma, y por eso habían hecho retirar todos los asientos de la estancia. Él, por su parte, asistía a la reunión ataviado de nuevo como general. No estaba de más recordar a aquella gente que el poder de Roma se basaba en el bronce y el acero.

—¿Y bien? —preguntó, entrelazando las manos a la espalda—. ¿Por qué no ha venido vuestro rey?

Potino tomó la palabra. Según le habían contado a César, era un eunuco, y procedía de una familia en la que se mezclaban sangre griega y egipcia. No engolaba la voz como Teódoto y a primera vista parecía bastante más

inteligente.

—Noble César, su majestad está deseando conocerte, pero es posible que todavía tarde unos días en llegar a Alejandría. Como general, sabrás que los negocios de la guerra son muy exigentes.

—¿Qué guerra? Creo recordar que sugerí al rey y a su hermana que suspendieran las hostilidades y licenciaran a sus tropas.

—No es tan fácil. El rey no puede abandonar la guarnición de Pelusio hasta que verifique que el ejército de su hermana se ha disuelto. Y por el momento no parece que Cleopatra tenga intención de hacerlo.

«Es difícil si no le llegan mis mensajes», pensó César. Sospechaba que la segunda de las cartas se había perdido antes de alcanzar a su destinataria.

—No creo que la presencia del rey en Pelusio sea necesaria —dijo César—. Me han dicho que Aquilas es un general muy competente. Seguro que sabrá mantener esa guarnición en nombre de su rey.

—No es Aquilas el único general competente de este reino, César —intervino Teódoto—. Dentro del pecho de cada alejandrino se albergan el corazón y el alma de un guerrero.

—Y en su cabeza el cerebro de un estratega, seguro —le cortó César. Volviéndose a Potino, que de los dos era quien parecía poseer mayor influencia, dijo—: Te rogaría, noble Potino, que personalmente le hicieras llegar un mensaje al rey para manifestarle cuánto ardo en deseos de reunirme con él.

—Lo haré, noble César —respondió el eunuco—. Pero seré más convincente si le puedo detallar los motivos de tu visita a Alejandría. No me malinterpretes, por favor. Un cónsul del pueblo romano, de quien Egipto es amigo y aliado, siempre es bienvenido en Alejandría. Pero no deja de despertar mi curiosidad que hayas aparecido tan de repente, sin antes enviar heraldos que avisaran de tu llegada.

César se permitió una sonrisa.

—Encuentro que las visitas inesperadas son más interesantes. Uno descubre cómo son de verdad la casa y la familia de su anfitrión.

—¿Y cómo has encontrado esta, noble César?

—La casa, perfectamente aseada. La familia, extrañamente ausente. No he visto ni a uno solo de los cuatro hijos del difunto rey.

—Ptolomeo el menor no suele separarse de su hermano, de quien tanto tiene que aprender, por lo que lo ha acompañado a Pelusio. En cuanto a Arsínoe, el azar hizo que se encontrara con la traidora Cleopatra cuando fue desterrada. Ignoro si fue obligada o por propia voluntad, pero partió con ella al exilio. Sin embargo, desde hace unos días se encuentra felizmente de vuelta con nuestro rey.

—¡Sin duda fue obligada y a la fuerza! —dijo Teódoto en tono indignado—. La noble Arsínoe siempre ha demostrado una devoción inquebrantable y leal por su hermano el rey, a pesar de que Cleopatra intente constantemente y por todos los medios malquistarlos y enemistarlos a ambos.

—Qué familia más interesante —murmuró Claudio Nerón en latín.

César miró de reojo a su subordinado. Nerón compuso a toda prisa un gesto de seriedad, pero en las comisuras de su boca quedaban los restos de una sonrisa irónica.

—Como fuere —prosiguió César, dirigiéndose de nuevo a Potino—, no tengo inconveniente en explicarte los motivos de mi visita. Tal como ya manifesté en mi carta al rey, conservo en mi poder una copia del testamento del difunto monarca. En realidad, es la segunda vez que un rey de Egipto nombra albacea de sus últimas voluntades al pueblo romano al que represento.

Dejó flotar la insinuación, sin añadir más. Uno de los antecesores de Auletes, Ptolomeo Alejandro, había entregado al dictador Sila un testamento por el cual legaba a Roma el reino de Egipto. Era algo que habían hecho algunos otros reyes helenísticos. Por ejemplo, Nicomedes de Bitinia; en su caso, el senado aprovechó enseguida la ocasión para hacer efectivo el testamento y anexionarse Bitinia como provincia.

El recuerdo de Nicomedes hizo que César contrajera el rostro en un involuntario rictus de disgusto. No por el difunto monarca, con quien había trabado amistad cuando visitó su reino en misión diplomática, sino por los rumores que se extendieron después de su viaje y que todavía corrían por Roma. Según esas calumnias, César, que solo tenía veinte años, habría sido el amante pasivo del rey de Bitinia. Que un noble romano mantuviera escarceos al modo griego con bellos jóvenes de su sexo resultaba tolerable, e incluso se veía como una marca de buen gusto. Siempre, por supuesto, que su papel en

la relación fuera activo y masculino, no pasivo y femenino como se le atribuía a César.

Aquel asunto, y no el de su calvicie, era el que acarreaba verdadero peligro para quien se atreviera a mencionarlo en su presencia.

—Como bien sabes, César —respondió Potino, atacando directamente la cuestión—, nunca hemos aceptado ese supuesto primer testamento que legaba Egipto a Roma, pues ni existe copia de él en Alejandría ni tan siquiera consideramos que la persona que lo redactó...

—Ptolomeo Alejandro —intervino Teódoto. Potino lo miró con furia. Era obvio que no quería dignificar con un nombre a aquel antiguo rey.

—... que la persona que lo redactó, si se me permite continuar, fuera un rey legítimo. ¿Qué se puede decir de un sacrílego que se atrevió a fundir el sarcófago de oro del gran Alejandro para pagar a sus mercenarios?

«Interesante», pensó César. El visir y el preceptor del joven rey no simpatizaban demasiado. No es que fuera muy extraño. ¿Desde cuándo dos hombres que compartían la cima del poder podían llevarse bien?

Por otra parte, el comentario de Potino le recordó que todavía le faltaba visitar la tumba de Alejandro. Y, por supuesto, el Faro.

—Olvidemos ese primer testamento, pues —dijo César con un gesto conciliador—. Roma, os lo aseguro, no tiene ningún interés en modificar su excelente relación de amiga y aliada de Egipto.

—Discúlpame si mi pregunta te parece impertinente, noble César —dijo Potino—, pero ¿podemos dejar establecido que hablas en nombre de Roma?

César levantó el cetro con el águila ante los ojos del eunuco.

—Soy cónsul de Roma junto con Publio Servilio Vatia. Aquí y ahora soy yo quien habla en nombre de la República.

—Vuestra política es demasiado complicada para que gente sin doblez como nosotros capte sus sutilezas —dijo Potino. Si pretendía ser irónico, lo disimuló muy bien—. Sabemos que en los últimos meses has luchado contra otro general que también aseguraba hablar en nombre de la República.

—Pompeyo —dijo César—. Puesto que estáis informados de eso, sabréis también que los derroté a él y a sus secuaces en Farsalia hace dos meses. Y eso nos lleva a otra de las razones de mi visita a Alejandría.

El eunuco y Teódoto coincidieron por primera vez en una sonrisa untuosa

que le dio muy mala espina a César. «Eso significa que Pompeyo está en Pelusio con Ptolomeo», pensó. Mientras él perdía el tiempo de cháchara con esos dos lacayos, el viejo zorro de Pompeyo debía de estar derramando una mezcla de miel y veneno en las orejas del rey niño.

—Si has venido en pos de tu enemigo y adversario Pompeyo —dijo Teódoto—, tengo el honor y el placer de manifestarte que podrás irte tranquilo cuando partas de Alejandría.

—¿Qué quieres decir?

—Por favor, espero que nos disculpes y perdones la falta de educación que hemos demostrado como anfitriones. Te hemos preguntado la razón de tu visita sin agasajarte, cuando los feacios ni tan siquiera preguntaron a Odiseo su nombre hasta que lo hubieron saciado de comida y bebida y colmado de regalos.

—Si estás pensando en interrumpir nuestra reunión para celebrar un banquete, noble Teódoto, te diré que esta hora es demasiado temprana para nosotros los romanos. Estábamos hablando de Pompeyo...

César se volvió hacia Potino, pero el maestro de retórica, una vez que había conseguido tomar la palabra dos veces seguidas, no parecía dispuesto a renunciar a ella.

—Comprobarás que todo guarda relación, noble cónsul de Roma. Bien sé que Helios se halla demasiado alto para pensar en los placeres de la mesa, pero nunca es hora mala para ofrecer presentes a los huéspedes.

Teódoto dio un par de palmadas. Dos sirvientes, uno negro como la brea y otro de piel lechosa, se adelantaron del grupo de criados y funcionarios que observaban pegados a la pared de la derecha, tan inmóviles y silenciosos como los bajorrelieves pintados que tenían a su espalda.

El sirviente blanco se acercó a César y le tendió una cajita de oro repujado. «Demasiado pequeña para guardar una cobra o un escorpión», pensó él. Le habían advertido de que Egipto estaba plagado de animales venenosos, y él no dejaba de recordar a sus oficiales y soldados que antes de calzarse las botas debían voltearlas y hurgar en ellas con un palo por si se escondía dentro alguna sabandija.

Tomó la cajita y apretó el cierre. La tapa se levantó sola. Lo que había en su interior le sorprendió incluso más que si hubiera encontrado un alacrán.

Era un anillo de oro en el que se veía un minúsculo león con una espada entre las garras. Sobre él se leía:

CN·MAGNO

No era una falsificación. César había visto ese sello muchas veces de cerca en el dedo de Pompeyo. La última, cuando se entrevistaron la víspera de Farsalia.

Cerró la tapa de la caja, se volvió y se la entregó a Menéstor. Después preguntó a Teódoto:

—¿Cómo ha llegado esto a vuestro poder?

—Nuestro segundo regalo te brindará la respuesta y la solución del enigma, César —respondió el rétor.

El criado negro traía una urna cilíndrica de alabastro, cubierta por una gruesa tapa provista de un asa. Ahí dentro podía haber desde una serpiente hasta una comadreja.

—Ábrela tú —le ordenó César.

El criado levantó la tapa, pero se produjo un pequeño inconveniente: su mano izquierda estaba ocupada en sostener la urna y su derecha en agarrar la tapa, lo que le impedía extraer lo que había en el interior. César, por su parte, no tenía la menor intención de acercarse para asomar la nariz.

La dificultad la solventó Teódoto, que se aproximó al sirviente, metió la mano en la urna y, tras un par de segundos hurgando, sacó lo que había dentro.

Sus dedos sujetaban una cabellera entre rubia y plateada. Bajo ella, empolvado por fina sal de natrón, se veía un rostro redondo de ojos verdosos, con un hoyuelo en el mentón y una nariz respingona y rematada por un bulbo carnoso surcado de venillas.

Durante unos segundos, César casi esperó que aquella cabeza abriera la boca y empezara a hablar.

Después, apretando los dientes, dijo:

—Apartad eso de mi vista.

Potino movió la barbilla a los lados en el típico gesto de «ya lo decía yo». Teódoto, que mientras agarraba los cabellos de Pompeyo había puesto un

gesto más propio de matarife que de maestro de retórica, volvió a guardar la cabeza en la caja y, con expresión desolada, dijo:

—¿Qué ocurre, César? ¿Es que no te agrada y complace nuestro presente?

—¡¡NO!!

La ira con que restalló su voz lo sorprendió a él mismo, y sobresaltó a los demás. Cuchicheando en tono temeroso, Teódoto dijo que se llevaran la caja. Pero cuando el criado se disponía a salir de la sala, César ordenó:

—¡Alto! No, no te la lleves. Quién sabe a qué nueva indignidad sois capaces de someterlo.

El sirviente dio media vuelta y se acercó a César. Este le hizo una seña a Menéstor, que se adelantó y cogió la urna con mucho cuidado, como si temiera que fuese a romperse entre sus dedos.

—Llévatela, por favor, y no la pierdas de vista hasta que pueda rendirle los honores apropiados —le dijo César en latín, en tono más conmovido de lo que él mismo esperaba. Después se volvió hacia Potino y Teódoto—. ¿Qué habéis hecho con el cuerpo?

—César, por favor —dijo Teódoto, haciendo un gesto apaciguador con las manos—. Pensábamos que esto te complacería. Era tu enemigo...

—¡Maldito griego maestro de charlatanerías, Pompeyo era mi adversario en la guerra, pero fue mi amigo y estuvo casado con mi hija! —estalló César. Empezaba a notar una presión en la cabeza que conocía bien. Cuando perdía el control, las venas de las sienes se le hinchaban y adquirían una extraña forma de escalera.

—Teódoto no lo hizo con mala intención, noble César —intervino Potino—. Cuando Pompeyo nos envió un mensaje pidiendo hospitalidad en Pelusio y debatimos qué hacer, él argumentó que podía ser un gran peligro para la nación, y con su hábil retórica convenció al rey.

—¿Cómo? —exclamó Teódoto—. ¿Estás diciendo que fui yo el único que sugirió eliminar a Pompeyo? ¿Acaso Aquilas y tú sostuvisteis lo contrario?

—¿Niegas que fuiste tú quien dijo: «Los muertos no muerden»? Porque te sentías muy satisfecho de tu ingenio en ese momento.

—¡Basta! —exclamó César—. ¡Os he preguntado dónde está el cuerpo!

—No... No lo sabemos —respondió Teódoto—. Solo le dijimos a Septimio que le cortara la cabeza para que te sirviera como prueba de su muerte.

Las últimas palabras casi no se oyeron, porque el maestro de retórica fue perdiendo la confianza en su propia frase y su voz se debilitó mientras la pronunciaba. Potino, que pese a no poseer testículos parecía tener mucha más presencia de ánimo, dijo:

—Lamentamos si el procedimiento te ha parecido inconveniente, César. Pero tendrás que reconocer que te hemos solucionado un problema. Vuestra guerra civil ha terminado.

—¡Eso es lo que tú te crees! Durante dos meses he recorrido miles de kilómetros sin darme descanso ni otorgárselo a mis hombres para encontrar a Pompeyo. Pero no para asesinarlo como a un criminal de baja estofa, que es lo que habéis hecho vosotros. ¡Yo quería ofrecerle mi perdón y mi amistad! Le iba a proponer unos términos tan generosos que no habría podido rechazarlos. ¡Entonces sí que se habría terminado la guerra civil! Pero ahora, asesinándolo, lo habéis convertido en un símbolo. ¡Aún tendré que luchar años contra sus hijos y el resto de sus partidarios hasta que la República conozca la paz!

—César —dijo Potino—, ¿estás seguro de que Pompeyo habría...?

—¡Silencio! Si oigo salir una sola palabra más de las mismas bocas que le aconsejaron al rey esta infamia, no respondo de lo que puedo hacer. ¡Fuera de aquí!

—Pero, César, este es nuestro palacio —empezó Teódoto—. No puedes...

Potino, que veía el peligro mejor que el rétor, lo agarró de un pliegue del manto y tiró de él. Los dos consejeros y su séquito se apresuraron a abandonar la estancia.

—César... —dijo Claudio Nerón.

—Déjalo. Ahora no quiero hablar.

Sin volverse a mirar a sus compañeros, César salió a la terraza que se asomaba al mar y apoyó las manos en la balaustrada de bronce. En el puerto, los barcos seguían entrando y saliendo a decenas, escoltados por cortejos de ruidosas gaviotas. El mundo proseguía con su ritmo habitual para todos.

Salvo para Pompeyo.

¿Eso era todo? ¿En eso quedaba la gloria de un hombre? El conquistador de Oriente, Pompeyo el Grande, al final había sido lo bastante pequeño como para caber en una caja de dos palmos.

César miró al Faro. La muerte de Pompeyo, la altura de aquel desmesurado edificio y la magnitud de aquella inabarcable ciudad le hicieron sentir pequeño; tan pequeño y desvalido como cuando su padre lo llevó a hombros por la vía Sacra para ver el triunfo de Lucio Cornelio Dolabela, el primer recuerdo de su vida. Y, al mismo tiempo, tan viejo y cansado como aquel extraño país de Egipto en que los ríos corrían de norte a sur y crecían en verano y se secaban en invierno.

César lloró.

el difunto Crastino, Voreno o Pulón? Él quiso pensar que no.

—A los soldados que nos escoltaban los tiraron al agua, y se hundieron con sus armaduras —explicó Filipo. La debilidad y el miedo y el dolor evocados por el recuerdo hacían que su voz temblara tanto como las manos con que sujetaba la copa—. A mí no me hicieron nada. Solo se rieron de mí.

—¿Qué hicieron con Pompeyo?

—Le cortaron la cabeza allí mismo, señor, en el bote. ¡Fue ese traidor, Lucio Septimio, que las Furias lo maldigan! Después arrojaron su cuerpo al mar, y a mí me dijeron que, si quería vivir, volviera nadando hasta mi barco.

—¿Y no lo hiciste?

—A bordo de la Seleucia habían visto lo ocurrido y estaban virando para huir. No creo que hubiese llegado. Además, el cuerpo de mi señor se encontraba allí, flotando a mi lado. No podía dejar que se pudriese en el agua, así que tiré de él como pude hasta que hice pie. Allí hay muy poca profundidad.

—De modo que lo llevaste hasta la orilla.

—Sí, señor. Había por allí cerca unos pescadores, y les pedí un cuchillo para cortar ramas y fuego para encender una pira. Ellos me ayudaron y me dieron esta vasija vieja. Aquí están las cenizas de mi señor. Te las traigo porque sé que tú fuiste su amigo. ¡Ah, qué desgracia fue que los dioses se llevaran a tu amada hija Julia, señor!

Conmovero por la fidelidad de aquel hombre y por el recuerdo de Julia, César apartó la mirada para que ni él ni Menéstor viesen las lágrimas que bailaban en sus ojos. Ya había llorado demasiado ese día. ¿Qué demonios le pasaba? ¡César no podía llorar!

Aquella noche, Filipo se alojó en el mismo aposento que Menéstor. Al día siguiente, César hizo que le compraran pasaje en una nave que partía esa misma tarde a Roma. Le dio a Filipo quinientos sestercios como viático, el anillo de su señor y una urna de oro donde guardaron las cenizas del cuerpo y la cabeza de Pompeyo, de nuevo reunidos aunque fuera de aquella extraña forma. También le entregó una carta para Cornelia, su esposa, en la que le ofrecía sus condolencias, le explicaba que él jamás habría querido que las cosas acabaran así y terminaba diciéndole que acudiera a su casa en Roma para pedir a su esposa Calpurnia todo lo que pudiera necesitar.

Esa misma tarde, al tiempo que zarpaba la nave donde viajaban los restos de Pompeyo, César recibió otra visita. Era Dioscórides, que esta vez acudía sin su inseparable Serapión. A cambio lo acompañaba un hombre delgado, de rasgos afilados y ojos verdes como los de un gato. Aunque llevaba el rostro recién afeitado y olía a baño y aceites aromáticos, por la torpeza con la que andaba, impropia de su edad —no podía tener más de treinta y cinco años—, y por lo macilento de su rostro, César pensó que debía de haber padecido penalidades muy recientes.

Sin embargo, aquellas penalidades no tenían que ver con la vida militar. César sabía distinguir a un soldado a primera vista, y aquel hombre no lo era.

—César, me congratula traerte una buena noticia —dijo Dioscórides—. Este es Sosígenes, el astrónomo por el que me preguntaste.

—¿No estaba muerto? —preguntó César, enarcando una ceja.

El llamado Sosígenes sonrió. Pese a lo que hubiese podido sufrir, sus ojos chispearon divertidos.

—Se ve que los rumores sobre mi muerte fueron algo exagerados —dijo.

—Ha sido el visir Potino quien ha subsanado el error —explicó Dioscórides—. En realidad, este hombre no ha sido ejecutado. Tan solo lo habían encarcelado temporalmente por un malentendido.

—Mala conciencia —dijo César.

—Perdón, César. No te entiendo —dijo Dioscórides.

—Es fácil de entender —intervino Sosígenes, hablando a toda velocidad—. Si el noble César se interesó por mí y le dijiste que yo estaba muerto, eso lo contrarió. En qué medida, lo ignoro; pero lo contrarió. Potino y Teódoto intentaron ayer congraciarse con César ofreciéndole la cabeza de su enemigo Pompeyo. Una estupidez, porque a los cazadores natos no les gusta que nadie cace la presa por ellos. Cuando se dieron cuenta de que habían ofendido a César en lugar de halagarlo, para salvar su mala conciencia decidieron contentarlo de alguna forma, por pequeña que fuese. Al saber que César preguntó por mí, han decidido sacarme de esa lóbrega cisterna donde me habían encerrado a modo de mazmorra.

César escuchó fascinado el torrente verbal de aquel hombre, que apenas parpadeaba mientras hablaba. Hacía mucho tiempo que nadie que no fuese al menos de sangre real se permitía hablar delante de él con tanta libertad.

«Es muy brillante, aunque su carácter resulte insoportable a veces», había dicho de él Posidonio.

Tal vez pudiera ser insoportable. Pero a César le cayó bien desde el primer momento, y supo que en él acababa de encontrar un amigo.

Algo que, en un nido de arañas como Alejandría, le hacía mucha falta.

VI

germanos— entró, plantó las fascas en el suelo de ónice y se cuadró ante César. Era el más veterano de todos, un cincuentón llamado Caucilio.

—César, ahí fuera hay un hombre que dice traerte un regalo.

—¿Un regalo? ¿De quién?

—Según él, de la diosa Isis.

—¿De una diosa nada menos? Vivimos en una ciudad de milagros, sin duda.

—A lo mejor se refiere a los sacerdotes de Isis.

Caucilio resultaba tan inmune a la ironía como Mitrídates a los venenos. En cualquier caso, no se le había contratado como lictor por sus luces.

—Es muy posible, Caucilio. ¿Lleva armas encima?

—Las llevaba. Le hemos confiscado dos puñales y una espada. Trae una gran bolsa de cuero de las que se usan para llevar la ropa de cama a la lavandería. Cuando hemos querido abrirla, se ha negado diciendo que dentro estaba tu regalo. Nos ha pedido que te dijéramos que es Apolodoro, de Capua.

—¡Apolodoro, y con un regalo! Eso sí que ha despertado mi curiosidad. Dile que entre.

—No sabemos qué puede haber en la bolsa. Además, ese tipo tiene aspecto de ser peligroso.

—¡Oh, y lo es! El hombre más peligroso que puedas conocer en tu vida, mi buen Caucilio. Haz que pase y cierra la puerta.

—Pero César, nuestro deber...

César le puso las manos sobre los hombros y con gentil firmeza le hizo dar la vuelta y lo empujó hacia el vestíbulo.

—Haz lo que te digo.

Por fin, Apolodoro entró. La puerta se cerró detrás de él. ¿Cuánto hacía que César no lo veía, ocho o nueve años? Había engordado unos kilos, como suele ocurrir con los eunucos. Eso escondía todavía más su cuello de por sí corto, de tal modo que la cabeza parecía brotar directamente de aquellos hombros anchos y macizos. Tenía más canas y más entradas en el pelo; en el rostro no se advertían cicatrices nuevas. Bajo el sayo negro, conociendo su forma de pelear, tal vez escondiera alguna más.

Apolodoro era aquel luchador invencible que César mantuvo durante

unos años en su escuela de gladiadores de Capua. Se lo había comprado a Pompeyo, que lo apresó durante su campaña contra los piratas. Capturarlo no resultó fácil, pues Apolodoro se las arregló para matar a cinco hombres él solo. No pudieron derribarlo hasta que se quedó sin espada cuando, al atravesar el cuerpo de un soldado con ella, la clavó en el mástil con tal fuerza que ni él mismo fue capaz de arrancarla.

La idea de Pompeyo era exhibirlo en su desfile triunfal y después ejecutarlo. Pero cuando César se enteró de las cualidades de aquella bestia — hombre no parecía la palabra más adecuada para definirlo—, le pagó a Pompeyo un buen dinero por él y lo ingresó en el ludus gladiatorius que poseía en Capua.

Apolodoro no decepcionó a su nuevo amo, pues jamás perdió un combate. Pero no resultaba popular entre el público: no tenía el aspecto musculoso y definido de otros gladiadores, no exhibía el gracioso juego de piernas que tanto gustaba a los espectadores ni adornaba su esgrima con florituras. Lo suyo consistía en matar, simplemente matar. Si le plantaban un rival delante, el siciliano caminaba recto hacia él dispuesto a atravesarlo con su espada o con cualquier otra arma que le pusieran en las manos. A veces algunos de sus adversarios sobrevivían, aunque malheridos. Cuando César preguntó a uno de ellos qué había sentido cuando Apolodoro avanzaba hacia él, el hombre le respondió: «Fue como si las negras alas de las Keres aletearan sobre mi cabeza».

A cambio, Apolodoro también recibía bastantes heridas y los enfermeros del ludus tenían que remendarlo a menudo. La más grave le costó convertirse en eunuco: el tridente de un reciario se le clavó en la entrepierna y le causó tal estropicio que al cirujano no le quedó más remedio que extirparle la impedimenta completa, pene y testículos.

Cuando eso ocurrió, César pensó que Apolodoro se había acabado como gladiador. Era un hecho demostrado que muchos hombres capados, igual que los animales, perdían buena parte de su acometividad. Pero con Apolodoro no ocurrió eso, tal vez porque no se trataba de una persona realmente agresiva. César tenía comprobado que muchos agresivos lo eran como respuesta a su propio miedo y que sus actos violentos constituían una especie de huida adelante. Apolodoro no parecía conocer el temor, ni por tanto el odio.

Simplemente se le daba bien matar, y lo hacía con la fría eficiencia con que un buen albañil coloca hiladas de ladrillos en una pared. Dentro de los asesinos, ocupaba un puesto diferente y paralelo al de Casio Esceva.

Puesto que el público lo odiaba, los ediles y empresarios se negaban a contratarlo y a los demás gladiadores les temblaban las piernas de pensar en enfrentarse con él, César decidió que era mejor desprenderse de Apolodoro.

En aquella época, Auletes había venido a Rávena a visitarlo para convencerlo de que influyera a su favor ante el senado. Como el rey de Egipto le hizo valiosos obsequios, César pensó en corresponderle regalándole el mejor guardaespaldas posible. De paso protegía su inversión, ya que Auletes se había comprometido a pagarle tres mil talentos por sus gestiones. De modo que César ordenó que trajeran de Capua a Apolodoro, firmó su acta de manumisión y, antes de presentárselo a Auletes, le dijo que sirviera fielmente a su nuevo jefe y cumpliera sus mandatos.

—Pero cuando llegue el momento no olvides quién evitó que te estrangularan en el Tuliano —añadió, pues siempre procuraba tener en puestos clave personas que le debieran favores.

Después de aquello, las campañas galas y su rivalidad creciente con Pompeyo habían hecho que se desentendiera de los asuntos de Egipto. Aun así, a veces se preguntaba qué habría sido de Apolodoro, si habría muerto — como parecía lógico dada su forma de vida—, escapado o cambiado de señor.

Ahora tenía ante sí la respuesta. El siciliano avanzó hasta el centro de la estancia. Llevaba un gran saco de piel, tal como había explicado Caucilio, abrazado por delante del cuerpo como si contuviera algo rígido. ¿Una estatua? Conociendo la fuerza de aquel hombre, era capaz de cargar él solo con una escultura de bronce o de mármol.

—Apolodoro, qué inesperado... —César iba a añadir «placer», pero no parecía la palabra más adecuada.

El siciliano se dirigió a César como si lo acabara de ver la víspera.

—Te traigo un regalo. Es de la diosa Isis.

—¿De la diosa en persona?

—Así se me ha dicho que te diga.

Era una imprudencia quedarse a solas en la estancia con aquella máquina de matar, máxime sin saber qué contenía la bolsa. Pero César sabía por

experiencia que todos los humanos, incluso los más desalmados, tienen al menos una persona a la que respetan, una especie de referencia como las constelaciones para los marinos. A él mismo le había ocurrido con Craso, aunque el tiempo le había acabado demostrando que no era un modelo digno de sus ambiciones.

Apolodoro, por la razón que fuese, respetaba a César. Si su corazón albergaba la capacidad de experimentar algo parecido al aprecio, ese sentimiento lo reservaba para él.

Además, César no dejaba de ser un general. El general. Le complacía el desafío de sujetar con su diestra las riendas de un carro tirado por Espanto y Terror, los hijos de Marte, y ser capaz de domeñar a criaturas tan violentas.

—Está bien. Veamos ese regalo.

Apolodoro flexionó un poco las piernas y apoyó el saco en el suelo. Luego lo soltó para desatar las correas que lo cerraban. César observó que se sostenía por sí solo, lo que pareció confirmar su hipótesis de la escultura.

Apolodoro tiró con las manos para abrir bien la boca de la bolsa y se apartó. El saco de cuero resbaló y cayó al suelo, a los pies del regalo.

Que no era una estatua, sino una mujer. De carne y hueso, y viva.

César se quedó unos segundos sin saber qué decir ni qué hacer. Después, con las manos entrelazadas a la espalda, se acercó con paso elástico a la desconocida.

Era morena, con el pelo recogido en una coleta. Joven, pero no adolescente. Debía de medir algo menos de uno sesenta y era esbelta, casi atlética sin llegar a mostrar formas masculinas. Vestía una sencilla túnica parda ceñida con un cíngulo rojo y sandalias de cuero.

César se aproximó más y caminó alrededor de ella. Venteó discretamente. Si llevaba algún perfume, no había forma de distinguirlo, pues despedía un fuerte olor a pescado que no resultaba nada agradable. «Esto debe esconder una historia interesante», intuyó.

Al pasar otra vez por delante de ella se fijó en su rostro. Tenía los ojos almendrados, muy grandes y vivos, de un color que a la luz de las velas parecía entre ámbar y bronce. Su nariz afilada revelaba una personalidad decidida e incluso autoritaria, mientras que sus labios carnosos insinuaban sensualidad.

—De modo que Isis me envía como regalo a una prostituta —comentó César.

Ella mantuvo la mirada clavada en la pared del fondo, pero las aletas de la nariz se le dilataron.

—No es una prostituta —dijo Apolodoro.

—No, cierto. Una prostituta no. —César se inclinó un poco para examinar su pelo, cuidando de no respirar para evitar el olor a pescado. Sus cabellos eran negros, pero escondían reflejos de cobre que destellaban según la luz que recibieran—. Aunque la ropa es humilde, un cabello tan lustroso y un cutis tan fino solo pueden pertenecer a una cortesana de la más alta categoría, como la legendaria Tais a la que amó Ptolomeo y por la que Alejandro quemó Persépolis.

—Tace, Caesar. Bene scis quis ego sim.

Al oírla hablar en latín, César se apartó un poco, sorprendido. Ella giró la cabeza hacia él y lo miró por primera vez a los ojos.

Así que esa era Cleopatra. Reina de Alejandría y faraón del Alto y el Bajo Egipto, tal como le había explicado Sosígenes esa misma tarde. «Rey y faraón no es lo mismo, César. Ella es la primera de su dinastía que habla el idioma del país, y la primera que ha sido investida por el pueblo y los sacerdotes nativos con el título de faraón».

Desde luego, aquella mujer no tenía nada que ver con la idea que César se había hecho de ella. Ni estaba gorda ni su nariz era ganchuda, tan solo algo aguileña. De todos modos, ya había empezado a corregir esa imagen merced a su conversación con Sosígenes. Aunque parecía un hombre que controlaba mucho sus emociones, a César le dio la impresión de que el astrónomo estaba enamorado de su soberana y discípula, y también de que a ese amor lo recubría una pátina de melancolía.

Lógico. Él no era más que un profesor a sueldo y ella una reina.

César podía entender a Sosígenes. Había visto y también poseído a muchas mujeres dotadas de la clase de belleza deslumbrante que corta el aliento. Cleopatra no arrebatava de esa manera. Pero cuanto más la miraba más adivinaba encantos ocultos en ella, secretos insinuados como los que debían de contar los relieves y jeroglíficos que recubrían las paredes de su estancia y que él apenas alcanzaba a intuir.

—Te saludo, Cleopatra. Perdona mi pequeña broma. Ha sido de mal gusto.

—Yo te pido disculpas a ti —respondió ella—. Esta no es forma de presentarse para una reina.

La mirada de César recorrió la estancia, buscando asientos. Estaban su silla curul, varios sillones con respaldo y un par de triclinios. Decidió que lo más correcto dadas las circunstancias eran los sillones y le señaló uno a Cleopatra.

—¿Quieres sentarte, por favor?

—¿Me ofreces hospitalidad en mi propio palacio?

—Supongo que es parte de la broma. Y de lo extraño de esta situación.

César se volvió hacia Apolodoro.

—Creo que puedes dejarnos solos.

—¿Y además ahora despides a mi personal? —Resultaba difícil saber si la indignación de los ojos de Cleopatra era contenida o fingida—. Has de saber que no tengo costumbre de quedarme a solas con un hombre en una habitación si no se halla presente mi eunuco.

—Estará cerca, reina Cleopatra, por si quieres avisarle. Apolodoro, como te decía...

El siciliano se dio la vuelta y se dirigió hacia la puerta.

—¡Apolodoro! Te recuerdo que estás a mi servicio —dijo Cleopatra.

Apolodoro se detuvo un momento y se giró de nuevo.

—Señora, hace tiempo te dije: un hombre me liberó y me dijo que sirviera a tu padre.

—¿Ese hombre era César?

Apolodoro asintió sin mirarla a la cara, se volvió por última vez y salió de la estancia. César disfrutó un placer un tanto pueril por su pequeña victoria sobre la reina, y también por el gesto que traicionó su asombro.

Pero fue un instante nada más. Cleopatra recompuso enseguida su expresión y se sentó en un sillón, con las piernas juntas y las manos apoyadas en el respaldo. Después adoptó una inmovilidad tan completa como solo pueden hacerlo los reyes.

O los cónsules. César ocupó su silla curul frente a ella, adelantó el pie derecho y puso el izquierdo detrás y en línea recta. Durante un rato ninguno

de los dos dijo nada.

de un bárbaro romano.

Porque ese romano, se contestó a sí misma, había conseguido derrotar al legendario conquistador de tantos reinos de Oriente.

Y porque ese romano tenía un ejército en Alejandría y en él residía la única oportunidad de Cleopatra de recuperar su trono.

Volvió a examinar el rostro de César. Los ojos. ¿Qué les pasaba a sus ojos? Eran vivaces y sonreían a ratos incluso cuando los labios se quedaban apretados, como si les hiciera gracia alguna broma privada. Pero por debajo dejaban traslucir una tristeza indefinible, remota como la que podría sentir no Zeus, sino el viejo Cronos que gobernó el mundo en una era ya olvidada.

—Me han dicho que tu conversación es apasionante —dijo César por fin, derrotado en aquella especie de guerra de nervios—. Y ya compruebo que es cierto.

—¿Quién te lo ha dicho? Sin duda, ni Potino ni Teódoto habrán vertido miel sobre mí en tus oídos.

—No. Ha sido Sosígenes.

¡Sosígenes! A Cleopatra se le escapó un suspiro de alivio. Le había mandado dos cartas desde Ascalón a la Biblioteca, pero Onasandro se las devolvió las dos juntas sin abrir, añadiendo una nota en la que la informaba de que Sosígenes había desaparecido y nadie conocía su paradero. De paso, le solicitaba permiso para entrar en su estudio y repartir, vender o quemar sus cosas. A Cleopatra la consoló descubrir que el director de la Biblioteca pedía su autorización y no la de Ptolomeo; eso significaba que al menos conservaba algún partidario en Alejandría. Pero se había apresurado a contestar a Onasandro para ordenarle que mantuviera el estudio cerrado e intacto.

Se dio cuenta de que César estaba escrutando su rostro y de que podía malinterpretar su alivio, de modo que volvió a adoptar la pose de esfinge.

—Al parecer —prosiguió César—, tu hermano hizo que encarcelaran a Sosígenes durante tu ausencia.

—Espero que esté bien —dijo Cleopatra en tono neutral.

—He visto a hombres en peores condiciones. Con unos cuantos días de buena comida se recuperará.

César se adelantó un poco en el asiento y apoyó los codos en los muslos.

—Dime, reina Cleopatra. ¿Hay algún motivo particular que explique una

aparición tan... teatral?

—Era la única manera de entrar en Alejandría burlando la vigilancia de mi hermano. He venido hasta aquí en un barco de pesca, escondida en la bodega.

—Hmmm.

—¿Qué significa ese «hmmm», cónsul?

—Prefiero que me llames César. En cuanto a mi «hmmm», significaba lo que suelen significar todos los «hmmm». Nada en particular.

Los dedos de Cleopatra tabalearon sobre los reposabrazos de cedro.

—Yo diría que significa que te acabas de dar cuenta de por qué apesto a pescado. Pero has disimulado bien el desagrado que te produce. A mí misma me resulta repugnante este olor, te lo aseguro.

—El pescado siempre me ha parecido un manjar exquisito.

—Y a mí. Hasta ahora. Después de día y medio rodeada de peces muertos, mi concepto sobre él tardará en volver a ser el mismo.

César soltó una breve carcajada y se retrepó en el asiento.

—¿Ocurre algo, César?

—Nada. Simplemente que Sosígenes tiene razón. Resulta agradable conversar contigo. Y en un lugar como este, y perdona la crítica a tu palacio, es difícil encontrar a alguien con quien charlar sin tener la impresión de que te va a apuñalar en cuanto te des la vuelta o incluso antes.

—Conozco esa sensación, César. Pero Sosígenes también te habrá dicho que me gusta ir al grano. Estoy deseando que me bañen y restrieguen durante dos horas hasta que se me vaya este olor insoportable. Sin embargo, antes necesitaba hablar contigo.

—¿Por qué tanta premura?

—Porque ni siquiera me encuentro a salvo en mi propia morada. No puedo entrar en mis aposentos, ya que no confío en los guardias, ni tampoco en las criadas de palacio. Las únicas sirvientas de las que me fío se han quedado en el monte Casio, pues me parecía inútil que arriesgaran su vida conmigo.

—Entiendo. Desde este momento, tu seguridad está garantizada. Yo respondo de ella.

César se levantó, cogió una campanilla de plata y la sacudió. Segundos

después la puerta se abrió y entró uno de aquellos guardias tan peculiares armado con un hacha rodeada de ramas pintadas de rojo.

—Señor...

César se levantó y dijo:

—Haz que venga el oficial que esté de guardia en la puerta exterior.

El hombre asintió con la cabeza y salió. César volvió a sentarse con la mano en la barbilla, pensativo.

—Es curioso —dijo Cleopatra.

—¿El qué?

—Te has levantado para dirigirte a tu hombre y luego te has vuelto a sentar.

—¿Ah, sí? Casi no me he dado cuenta. Llevo demasiado tiempo de guerra en guerra.

—¿Qué relación hay entre una cosa y otra? —Era evidente que César poseía ascendiente entre los suyos. Cleopatra quería saber por qué, conocer sus secretos.

—Como cónsul suelo juzgar y presidir sentado. Como general sigo una norma que le escuché a mi tío Mario. Por aquella época se había vuelto medio loco y cometía todo tipo de atrocidades, pero cuando hablaba del ejército yo procuraba abrir bien los oídos. «Nunca des una orden estando sentado a no ser que sea encima de un caballo», me dijo.

—¿Por qué?

—No me lo explicó, pero luego comprobé que funcionaba. Es una cuestión de posición, energía y altura. —Los ojos de César la midieron de arriba abajo en una fracción de segundo, y se apresuró a añadir—: Pero lo que se aplica a un general no tiene por qué servir para una reina.

—¿Te dio algún otro consejo interesante tu tío Mario?

—¡Docenas! No te quiero aburrir con ellos.

—¿Porque mi linda cabecita no debería preocuparse con los asuntos de la guerra?

—¿Es eso lo que te decían tus consejeros?

—Sí. ¿Cómo lo has adivinado?

César sonrió. Cleopatra se dio cuenta de que le insinuaban dos hoyuelos en las mejillas que lo hacían parecer un chiquillo travieso. ¿Cómo había

podido pensar que tenía sesenta años? Serían cincuenta como mucho, y por su aspecto daba la impresión de que todavía podría vivir tres o cuatro décadas más.

—Una intuición, supongo —respondió César.

«No, intuición no», pensó Cleopatra. Aquel hombre era muy perceptivo, como Sosígenes. La diferencia era que este no habría resistido la tentación de demostrarlo explicándole: «Por la rapidez con que has saltado y la forma en que has levantado tu regia nariz, es evidente que estás convencida de que los militares te desdennan por ser mujer, y que eso te hiera». César, en cambio, se había callado.

—Buena intuición —dijo Cleopatra—. ¿Y esos consejos de tu tío? Los estoy esperando.

—Otra cosa que me dijo de ti Sosígenes es que absorbes conocimientos como una esponja absorbe agua. Espero que el símil no te parezca poco apropiado para una reina.

—No lo encuentro particularmente ofensivo.

Se oyeron pasos claveteados que se acercaban a la puerta. César se levantó de nuevo.

—Antes de que nos interrumpan, te regalaré dos máximas del gran Mario, y sin pedirte nada a cambio.

—¡Gracias, noble César!

—La primera: «El comandante debe tener claro que su función y su razón de ser es mandar».

—Eso es una tautología.

—Lo parece, pero dedica un poco de tiempo a pensar en ella.

En ese momento volvieron a llamar a la puerta. Cuando César dijo «Adelante», entró en la estancia un hombre armado que debía de ser el oficial de la guardia al que se refería. Era tan alto como su general y tenía los brazos muy largos y musculosos. Al entrar se quitó el yelmo, lo acomodó en la sangría del codo derecho y dio un taconazo que hizo tintinear los anillos de su cota de malla. Los dos soldados que venían tras él hicieron lo mismo. Uno de ellos llamó la atención de Cleopatra porque todo su equipo brillaba como si fuera de plata pulida.

—Se presenta el optio Tito Furio con los soldados Tiberio Rufino y Gayo

Pulquerio.

—Descanso, Furio. —El oficial adoptó una postura más relajada—. Cuando salgas, despierta al oficial de la tercera guardia para que te releve. Tú y tus hombres estáis desde ahora a disposición de la reina Cleopatra. Obedeced sus órdenes.

Cleopatra observó con satisfacción el pequeño respingo que dieron los militares romanos al enterarse de que aquella joven vestida como una criada era una reina. También le agradó que César no precisara instrucciones como «Escoltadla hasta sus habitaciones» o «Montad guardia en su puerta», sino que lo dejara todo en manos de ella, respetando su autoridad. Sin esperar más, se levantó y se dispuso a salir de la sala, segura de que el oficial y sus soldados la seguirían.

—¡Cleopatra!

Se dio la vuelta al oír la voz de César. El general dijo:

—Te debo una segunda máxima y es esta: «En caso de duda, ataca».

—Gracias, César. Muy interesante. Ahora, como tu anfitriona, te deseo buenas noches.

—Cosa que te agradezco —respondió César con una sonrisa irónica.

«En caso de duda, ataca», recordó Cleopatra mientras recorría el pasillo. Y vaya que si iba a atacar. En cuanto pudiera, mandaría un mensaje para ordenar a su ejército que levantara el campamento y regresara a Ascalón. Si jugaba bien sus bazas, sospechaba que no lo iba a necesitar. Como mujer, sabía que había agradado a César, y también cómo podía mejorar aún más esa primera impresión.

Sobre todo, conocía la impresión que recibiría César en cuanto conociera a su hermano Ptolomeo. Iba a ser definitiva y devastadora.

perder el tiempo ensoñando unos ojos de mujer, por muy sugerentes que fuesen.

Desde el inicio de la guerra civil César había mantenido relaciones sexuales de forma muy esporádica. Así debía ser: aunque en el Olimpo Marte y Venus compartieran lecho engañando a Vulcano, abajo en la tierra resultaban incompatibles. Durante sus dos breves estancias en Roma, César cumplió en sendas ocasiones su débito conyugal con Calpurnia, un placer un tanto insulso que le exigía pocas energías físicas y ningún recurso mental. Además de eso, en Lesbos se acostó con Andrónice, una bellísima cortesana cuyo nombre, «vencedora de varones», se ajustaba a ella como un guante, ya que la mitad de los hombres ricos de la isla estaban locos por ella.

El rato con Andrónice había sido agradable. Era divertida, ocurrente, hacía cosas en la cama que a la sosa Calpurnia ni se le habrían pasado por la cabeza y, cuando consultaba la hora en la clepsidra que tenía sobre la mesilla, procuraba que fuese con sutil disimulo. No obstante, se percibía algo de falso y artificioso en ella que impidió a César entregarse del todo al placer. A decir verdad, eso siempre ocurría con las cortesanas. Los hombres que se encaprichaban de ellas —y no eran pocos: Pompeyo mismo mantuvo en su juventud un romance con la famosa Flora, aunque al final entró en razón y se la cedió a su amigo Geminio— acababan convertidos en juguetes de sus antojos y se dejaban a sí mismos en ridículo delante de sus amigos y de su familia.

Según los ejemplos de la historia y del mito, incluso los hombres más poderosos acababan sucumbiendo a los encantos de alguna mujer. Aquiles se enamoró de Penthesilea en el mismo instante en que la mataba, Hércules se convirtió en esclavo de la antojadiza Onfale y Alejandro se encandiló por los ojos negros de Roxana. Pero César se sentía especial incluso en ese aspecto. Aunque se había acostado con más mujeres de las que podía recordar, jamás había permitido que la locura de Cupido tomase las riendas de sus actos. Las señales del enamoramiento —palpitaciones, langor, palidez, pérdida del apetito, tristeza y alegría extremas que se alternaban sin razón aparente— las conocía por poemas y canciones, no por propia experiencia. Quizá se debía a que las mujeres que le interesaban nunca llegaban a resistírsele el tiempo suficiente como para que se prendara por ellas.

«Qué estupidez, no me he enamorado de Cleopatra», se refutó a sí mismo. Pero sus pensamientos se empeñaban en contradecirlo y retornaban a ella una y otra vez.

Al recapacitar sobre su breve entrevista, César no sabría asegurar si la habría podido describir como agradable o interesante. Para ser exactos, en ella habían intercambiado más silencios que palabras y más pullas que cumplidos. Sin embargo, se sentía impaciente por volver a ver a la joven. Eso era justamente lo que más le preocupaba, pues según los estudiosos de tales cuestiones la clave del amor estribaba en el anhelo de pasar más tiempo con una persona y en la nostalgia que su ausencia despertaba.

Pero ¿cómo iba a sentirse nostálgico por alguien que acababa de conocer? «Simplemente me ha resultado interesante», alegó en aquel pleito interior. Llevaba demasiado tiempo viendo las mismas caras, escuchando idénticas expresiones cuartelarias de boca de los Escevas, los Saxnotos o los Furios y soportando la cháchara clasista y aburrida de los Claudios Nerones.

De eso se trataba, concluyó triunfante: ¡necesitaba estímulos intelectuales! Por eso le atraía Cleopatra, pero no era la única persona a la que había conocido aquel día y deseaba volver a encontrarse. Le ocurría algo parecido con Sosígenes. Ambos compartían ciertos rasgos. Eran inteligentes y mordaces, la presencia de César no les imponía temor y delante de él manifestaban abiertamente sus opiniones.

Sumido o más bien perdido en el laberinto de sus propias elucubraciones, tardó tanto en dormirse que, al igual que le había ocurrido antes de la batalla de Farsalia, lo despertó la trompeta que tocaba diana. Cuando se incorporó en la cama, Menéstor ya estaba abriendo las pesadas cortinas.

—¡Buenos días, señor! Hace una mañana espléndida.

Como siempre, pensó César incorporándose. En Alejandría las nubes eran tan escasas como el sol en Britania.

Las ventanas de la alcoba tenían cristales emplomados, un lujo extendido desde Palestina que había llegado también a Roma. Incluso su esposa Calpurnia las había instalado en el tablinum para darle una sorpresa. Aquellas hojas transparentes permitían que pasara la luz sin las molestias del frío en invierno, los mosquitos en verano o el ajeteo de la calle en cualquier estación. A pesar de todo, ahora César le pidió a Menéstor que las abriera

para ventilar la alcoba, pues era la hora en que el aire se notaba más fresco.

Tras visitar la letrina, que tenía asiento de mármol verde y un depósito que descargaba agua tirando de una anilla de bronce, César se sentó junto a la ventana para su afeitado matinal. Llevado por un impulso, le dijo a Menéstor:

—Córtame también el pelo.

El liberto tomó entre los dedos unos cuantos cabellos de sus sienes y dijo con aire crítico:

—Sí, están un poco largos. Te recortaré por los lados.

—También por arriba.

—Se te va a ver la calva, señor.

—La calva ya se me ve hace tiempo. ¿Crees que no he oído todos los chistes? «¡Alejandrinos, encerrad a vuestros maridos, que viene el conquistador Cabeza de Calabaza!». Eso cuando no comparan directamente mi cabeza con el glande de Príapo.

—Si tú lo dices, señor...

—Yo lo digo. Déjame medio dedo de longitud como mucho.

Cuando Menéstor terminó, le ofreció un espejo para que se mirara.

—La verdad es que estoy más calvo de lo que creía —reconoció César, observando cómo su frente se confundía con su cráneo.

—Ya te lo dije, señor —dijo Menéstor, y añadió con cierta zumba—: Podemos buscarte una peluca. Aquí las fabrican de todas las longitudes y colores.

César se imaginó con un postizo al estilo del eunuco Potino y reprimió un escalofrío.

—Ni hablar. Ayúdame a vestirme. Tengo que organizar muchas cosas antes de la audiencia con el rey.

Apenas había salido al patio donde solía reunirse con sus mandos por las mañanas cuando llegó un criado con un mensaje. Se convocaba a César a una audiencia con el rey no a la hora cuarta, sino en ese mismo instante.

—Ese jovenzuelo ha hecho esto para pillarme por sorpresa —les dijo a sus legados.

—Es lo que sueles hacer tú, ¿no? —respondió Claudio Nerón—. Adelantarte. ¿Qué es lo que sueles decir?

—«Más vale llegar antes con la mitad de hombres que después con el

doble» —citó Fufio Caleno.

César se quedó pensativo.

—Creo que esto no es cosa de Ptolomeo, sino de otra persona. Vamos, acompañadme a la sala de audiencias.

—Os resbalaréis con eso —comentó Cleopatra.

—En este suelo sí, majestad. Pero en el campo de batalla estos clavos se afianzan en el suelo y nos dan mucha más firmeza.

El apuesto Furio contestaba a sus preguntas despacio, en un latín muy correcto y pronunciando con claridad la terminación de cada palabra. En cambio, cuando se dirigía a sus subordinados hablaba a toda velocidad y usaba el acusativo prácticamente para todo. Aun así, Cleopatra, que poseía un oído casi perfecto tanto para la música como para los idiomas, no tenía demasiados problemas para seguir sus conversaciones.

Por supuesto, no se lo había dicho a Furio ni a sus soldados, y mientras charlaban en su jerga ella fingía la mirada ausente de quien no se entera de nada. Aunque su tío Horemhotep hubiese intentado asesinarla, sus consejos conservaban la misma vigencia: «La información que se recibe es más valiosa que la que se ofrece, y lo que se esconde más útil que lo que se muestra».

Al llegar a unos cuatro metros del estrado, César se detuvo. Detrás de él lo hicieron sus hombres, y los lictores apoyaron las fasces en el suelo. Dejar de oír esa reverberante marea metálica fue un gran alivio para los oídos de Cleopatra.

—Caballeros —dijo César—, os presento a Cleopatra Filopátor, reina de Egipto.

Tras las palabras del general, todos los presentes salvo él inclinaron la cabeza hasta tocarse la barbilla en el pecho durante un par de segundos. «Para ser romanos, no puedo quejarme», pensó Cleopatra, sin mover ni una ceja.

A ratos le venía a la nariz un olor a pescado que, estaba segura, únicamente existía en su imaginación. Se había bañado y lavado el pelo a conciencia, y sabía que Apolodoro también se había restregado y embadurnado de aceite aromático, porque ella misma le pasó revista antes de salir de sus aposentos. Por lo demás, era consciente de que ofrecía un aspecto demasiado sencillo para una reina de Egipto. Vestía una túnica doble de lino blanco y sobre ella un manto, azul como la diadema que ceñía sus cabellos. Las únicas piezas de pedrería que llevaba encima eran sus seis anillos y el de su abuela, de los que nunca se separaba. De las demás joyas que poseía, unas se habían quedado en Ascalón y otras, las que dejó en Alejandría cuando

huyó del país, habían desaparecido.

César, por su parte, parecía incluso más alto hoy con sus botas militares, la coraza plateada y esa capa roja que se movía tras él aleteando como una presencia propia.

«Por muy imponente que parezca, la iniciativa es mía ahora», pensó. Se la había arrebatado a César al presentarse de improviso en el salón del trono y convocarlo horas antes de la audiencia con Ptolomeo.

Pero si esperaba que César se quedara desconcertado, no tardó en desengañarse.

—Caucilio, mi silla curul —dijo él.

Uno de sus lictores llevaba bajo el brazo un objeto de bronce que parecía bastante pesado. Obedeciendo la orden de su cónsul, el hombre se acercó al estrado, saludó a Cleopatra con una reverencia y después, sin pedir permiso, subió los cuatro peldaños de basalto y abrió aquel objeto, revelando que eran las patas plegables de una silla. Un segundo lictor se aproximó para colocar sobre las dos patas abiertas en forma de X una sencilla tabla de madera sin cojín. Después ambos bajaron andando hacia atrás para no dar la espalda a Cleopatra, lo que hizo que uno de ellos diera un traspies y estuviera a punto de propinarse una costalada.

A continuación, fue César quien se plantó arriba en dos ágiles zancadas y se acomodó en la silla, a apenas metro y medio de Cleopatra.

—¿Qué se supone que estás haciendo? —cuchicheó ella sin apenas torcer el cuello.

—Yo diría que me he sentado —contestó César.

—No puedes hacer eso en presencia de la reina.

Para horror de Cleopatra, a la que le habían salido los dientes asistiendo a audiencias en aquella sala, César, sin apenas levantar el trasero, agarró ambos brazos de la silla y la arrastró para acercarse más. Las patas de bronce arrancaron un estridente chirrido de la gran losa de piedra.

—No puedo presentarme delante de ti como un simple peticionario —dijo César en griego—. Soy un cónsul de Roma.

—¡Pero no un rey!

—Los cónsules somos los herederos de nuestros antiguos reyes. Por eso llevamos doce lictores, mandamos al ejército en la guerra y tomamos los

auspicios en nombre de la ciudad.

—¿Qué es eso de tomar los...? —Cleopatra se dio cuenta de que César la estaba llevando a su terreno y se interrumpió—. ¡Por Perséfone, me da igual! ¡No puedes sentarte aquí arriba a mi lado!

Él parecía estar pasárselo en grande para irritación de Cleopatra, que veía cómo había contrarrestado su táctica.

—Tenemos que estar a la misma altura —dijo César—. De pie o sentados, como tú prefieras. Pero un cónsul de Roma jamás puede dar la impresión de que se encuentra por debajo de nadie, por muy rey que sea.

—¿Quiénes os habéis creído que sois los romanos?

César giró la silla en ángulo recto, de modo que quedó sentado en perpendicular a Cleopatra, que tenía que torcer el cuello para mirarlo. Por lo que podía observar, los oficiales y soldados de César también estaban disfrutando. Una de las cosas que más parecía divertir a aquellos romanos era saltarse impunemente el protocolo de un pueblo extranjero.

—¿Que quiénes nos creemos que somos? Te contaré una cosa, mi joven Cleopatra. ¿Conoces la historia de Popilio Lenas?

—Tengo cosas mucho más interesantes que estudiar que la historia de los pueblos bárbaros —respondió ella.

«Qué guapa se pone cuando se enfada», pensó César, observando cómo se dilataban las aletas de la nariz de Cleopatra y sus mejillas se teñían de rubor bajo el maquillaje. Por supuesto, no se le ocurrió decírselo; una frase así solo conseguía multiplicar la furia de una mujer por cien.

—En realidad, tiene que ver con vuestra historia tanto como con la nuestra —dijo César—. Ocurrió cuando Antíoco Epifanes, rey del imperio seléucida, le declaró la guerra a vuestro rey Ptolomeo, el sexto o el séptimo de la dinastía, e invadió Egipto.

Ella había enderezado el cuello y miraba hacia el fondo de la sala, o acaso hacia el infinito, fingiendo no prestarle atención. Pero César sabía que le estaba escuchando.

—Roma decidió mediar en el conflicto y mandó como embajador a Gayo Popilio Lenas —prosiguió—. Para esas misiones siempre elegimos a senadores consulares, y Popilio había desempeñado el cargo de cónsul cuatro o cinco años antes. Antíoco ya había conseguido que se le sometiera Menfis y

estaba a punto de entrar en Alejandría.

»Entonces, en los suburbios que llamáis Eleusis, Antíoco se encontró con la embajada romana. Cuando tendió la mano para saludar a Popilio, este, en lugar de estrechársela, le puso en ella unas tablillas con el decreto del senado por el que se conminaba a Antíoco a abandonar Egipto inmediatamente. Antíoco le dijo que estudiaría ese decreto con sus consejeros antes de tomar una decisión. ¿Sabes lo que hizo Popilio?

—No, pero seguro que tú me lo vas a contar —dijo Cleopatra en tono neutro y con la mirada vacía.

—Con su bastón, Popilio trazó un círculo alrededor de Antíoco. Después le dijo: «No saldrás de este círculo sin darme una respuesta que pueda llevar al senado. Paz o guerra, tú eliges».

—Yo habría hecho que ejecutaran a ese insolente.

—¿Lo habrías hecho de verdad? Es cierto, no se trataba más que de un viejo vestido con una toga de lana que venía con otros viejos tan ridículos como él y, sin embargo, ¡se atrevía a encerrar en un círculo al poderoso rey del imperio seléucida! Pero Antíoco no solo no mandó a sus soldados que mataran a Popilio, y eso que tenía miles, sino que contestó balando como un corderito: «Haré lo que al senado le parezca oportuno». Y solo entonces Popilio le estrechó la mano y le permitió salir del círculo.

Cleopatra miró a César a los ojos, parpadeó despacio y volvió a apartar la mirada. Pero el desdén era simulado: sus labios delataban que estaba rechinando los dientes.

—¿Sabes por qué Antíoco se tragó su orgullo, reina Cleopatra? Porque sabía que, detrás de ese viejo vestido con una toga que probablemente olía a lana sudada, se escondía el inmenso poder de la República. Y ese poder había aplastado a su padre, el que se hacía llamar Antíoco el Grande, en la batalla de Magnesia, del mismo modo que había sometido ya a Macedonia y a Cartago. Si Antíoco se hubiera atrevido tan solo a rozar la toga de Popilio, no digo ya ejecutarlo, la venganza de Roma habría llegado más temprano que tarde.

—¿Me estás amenazando? ¿Qué pretendes con ello?

¿La estaba amenazando? «¡No!», se contestó a sí mismo César, apartando un poco la silla.

¡Por Venus Genetrix, se acababa de dar cuenta de que lo que pretendía era impresionarla como si fuera el pavo real que luce en su cola los mil ojos del gigante Argos para cortejar a las hembras! Se estaba comportando de forma tan inmadura como Pompeyo cuando se empeñó en celebrar su triunfo con cuatro elefantes.

—No ha sido mi intención —se disculpó César—. Te aseguro que te respeto por quien eres y también por la audacia que has demostrado.

—Pues entonces demuéstreme ese respeto delante de tus hombres —contestó ella sin apenas levantar la voz.

César respiró hondo.

—Lo haré. Pero tú también debes respetarme a mí y a lo que represento. No cometas el error de subestimarnos porque no tengamos reyes sentados en trono.

Cleopatra se volvió hacia él.

—Créeme, César. Nadie en Egipto comete el error de subestimar a los romanos. Conocemos bien la estela de destrucción que dejáis a vuestro paso cuando alguien os contraría en vuestros caprichos.

—¿Crees que somos solo eso, niños caprichosos que destrozan pueblos y ciudades como si fueran sus juguetes?

—Lo has expresado mucho mejor que yo.

—¡¿Qué demonios está pasando aquí?!

Cleopatra hacía esfuerzos por contener su indignación. No alcanzaba a comprender por qué el mismo hombre que la víspera se había mostrado amable y correcto con una desconocida que olía a pescado e iba vestida con un vulgar sayo al día siguiente actuaba con tal prepotencia delante de una reina. ¿Por qué se empeñaba en intimidarla de aquella manera tan ridícula?

Pero cuando oyó la aguda voz de su hermano quebrándose en un gallo, se le olvidó de golpe todo su enojo y volvió la mirada hacia la izquierda.

La puerta plateada se había abierto sin un solo chirrido, activada por el mecanismo hidráulico oculto bajo el suelo. Pero la comitiva que entraba por ella era cualquier cosa menos silenciosa. En ella venían Teódoto y Potino, apresurándose para seguir el paso de Ptolomeo, que se dirigía hacia el trono casi corriendo. Detrás de ellos tres seguía una larga hilera de cortesanos y también soldados de los dos cuerpos de guardia, griegos de blancas corazas y

nubios de rojas túnicas.

Entre los guardias entró también Arsínoe, vestida con una espectacular túnica violeta que se ceñía a su cuerpo como un guante. Agarrado de su mano venía Maidión, que caminaba bamboleándose y despatarrado para evitar que un muslo tropezara con el otro. Aunque pareciera imposible, estaba incluso más gordo que la última vez que Cleopatra lo vio.

—¡Bájate de ahí ahora mismo, usurpadora! —gritó Ptolomeo con ojos desorbitados—. ¡Guardias, sacadla de ahí y ponedla de rodillas!

Los soldados de su hermano terciaron las lanzas y se dispusieron a cumplir la orden, mientras que Furio y sus hombres se volvieron hacia ellos preparando también sus jabalinas para atacar. Cleopatra engarfió los dedos en las cabezas de león de los apoyabrazos, dispuesta a morir en el trono si era preciso.

César se levantó con una agilidad sorprendente en un hombre de su edad, bajó del estrado prácticamente de un salto y se dirigió hacia la comitiva de Ptolomeo a grandes zancadas, la capa ondeando tras él.

—¡Deteneos! —exclamó en tono penetrante y metálico.

Los guardias se quedaron clavados en el sitio y el mismo Ptolomeo se paró en seco. Cleopatra se dio cuenta de que llevaba un rato sin respirar y exhaló el aire por fin. A su pesar, se sentía impresionada. Tal vez después de todo la historia de Popilio fuese cierta: algo había en esos romanos, quizá el aliento de sus dioses, que les infundía una seguridad que irradiaba un halo a su alrededor.

Frente al trono, los lictores, soldados y germanos de César, que se habían girado hacia los recién llegados y se disponían a atacarlos, también se quedaron inmóviles. Con Ptolomeo debían de venir al menos cincuenta hombres armados. ¿Qué habría ocurrido de librarse una batalla en el salón del trono? Cleopatra prefería no saberlo. Nunca había visto derramarse sangre en aquel lugar, aunque sabía que antes de que ella naciera había rodado más de una cabeza sobre las losas de mármol ahora impolutas.

Aprovechando aquellos segundos de tenso silencio, César se volvió hacia Cleopatra y le hizo un gesto con la mano para que se acercara. Ella, de momento, se quedó sentada, pensando que no se apearía del trono tan fácilmente.

—Reina Cleopatra, rey Ptolomeo —dijo César—. En nombre de Roma y como garante del testamento de vuestro padre, me satisface comprobar que os habéis avenido a reuniros para arreglar vuestras diferencias.

Cleopatra se esperaba algún exabrupto de su hermano. Pero Ptolomeo tomó aire y, en un tono muy comedido para él, contestó:

—No hay diferencias que arreglar entre esa mujer y yo. Es una traidora a la que desterré por un decreto real.

—Y ese decreto establecía la pena de muerte para ella si osaba y se atrevía a regresar —puntualizó Teódoto.

—Un rey no puede deponer a otro, del mismo modo que un cónsul no puede privar del cargo a su colega —dijo César—. Por tanto, ese decreto carece de validez.

Cleopatra se preguntó qué tendrían que ver las leyes romanas con las de Egipto, pero se abstuvo de decir nada porque el argumento le convenía.

—Disiento y discrepo de ti, noble César —empezó Teódoto—. La validez de cualquier...

—Y yo te pido y te ruego que calles, sabio Teódoto —respondió César con patente sarcasmo.

El maestro de retórica se encogió y retrocedió al ver que el romano se acercaba a él. Cleopatra, que detestaba a Teódoto incluso más que a Potino, apenas pudo reprimir una sonrisa.

César se volvió hacia sus hombres e hizo un gesto con la mano. Obedeciendo aquella orden muda, uno de sus subordinados, el único del séquito que no vestía como lictor ni como soldado, se apresuró a acercarse para entregarle un tubo de cuero. César lo abrió y sacó un rollo de papiro envuelto. Después lo levantó en el aire de forma teatral y dijo:

—Este es el testamento de Ptolomeo Filopátor, difunto rey de Alejandría y Egipto y amigo y aliado del pueblo romano. —César se volvió hacia Cleopatra—. Ahora, deseo reunirme en un sitio más privado para leérselo a sus dos hijos, Cleopatra y Ptolomeo.

—¿Quién te crees que eres, César, por muy cónsul del pueblo romano que seas? —preguntó Potino con voz aflautada.

—Tú lo has dicho, eunuco —contestó César—. Cónsul y, sobre todo, César. No quieras averiguar lo que eso significa como lo averiguaron antes

hombres de verdad como Ariovisto, Vercingetórix o el mismísimo Pompeyo.

Al ver cómo Potino enrojecía de cólera pero no se atrevía a rechistar, Cleopatra contuvo las ganas de aplaudir. Cuando César le pidió por segunda vez que bajara del trono, la joven lo hizo sonriendo por dentro. «Que siga siendo prepotente —pensó—, siempre que me favorezca a mí».

Aquel larguísimo protocolo habría bastado para convencer a Cleopatra de que no se trataba de una falsificación pergeñada por los romanos. Además, en el texto central reconoció la caligrafía temblona de los últimos años de su padre, ya que aquella parte no era obra de un escriba, sino de la propia mano de Auletes.

Es mi voluntad que a mi muerte gobiernen Alejandría y las Dos Tierras de Egipto el mayor de mis dos hijos varones, Ptolomeo Filopátor, y la mayor de mis hijas, Cleopatra Filopátor, y que lo hagan conjuntamente y en armonía como hermanos y como esposos siguiendo la larga tradición de nuestra casa.

Pongo como albaceas de este testamento al senado y al pueblo romanos, que me acogieron en momentos de tribulación y que mantienen una relación de amistad y alianza con el reino de Egipto. Por esa misma amistad y alianza, y poniendo por testigos a todos los dioses suyos y nuestros, encomiendo al senado y al pueblo romanos, y en su nombre a mis amigos Gneo Pompeyo Magno y Gayo Julio César que verifiquen el cumplimiento de mis últimas voluntades y, si es menester, tutelen a mis hijos, los antedichos Ptolomeo Filopátor y Cleopatra Filopátor.

Después venían la fecha, datada en el mes macedonio de artemisio y el egipcio de famenot, y la firma. Más abajo se añadían las rúbricas de Menecio, antecesor de Potino en el cargo de visir, del general Aquilas y de otros testigos.

Tras examinarlo, Cleopatra se lo devolvió a César, quien a su vez se lo dio a Ptolomeo. Su hermano lo leyó con los ruiditos que se le escapaban siempre al vocalizar en voz baja las líneas de texto. Obviamente, se limitó al texto griego, ya que el hierático era un arcano insondable para él. Cuando terminó, en el doble de tiempo que Cleopatra, enrolló el papiro y se lo entregó a César.

Durante un rato ninguno de los tres dijo nada. Después, César les enseñó el cetro de marfil rematado por un águila dorada.

—Este es uno de los símbolos de mi imperium como cónsul.

—¿Imperium? —preguntó Ptolomeo.

—Significa que tengo capacidad de impartir órdenes y exigir que se cumplan en nombre de Roma. En este momento, el senado y el pueblo de Roma están aquí, encarnados en mi persona. Eso quiere decir que, según el

testamento que os he enseñado, como cónsul y como amigo de vuestro padre estoy autorizado para arbitrar en vuestras disputas.

Cleopatra observó que Ptolomeo tenía los puños tan apretados que sus nudillos habían empalidecido. Conociéndolo, debía de estar haciendo un esfuerzo notable para contener su soberbia. Pero no era más que un crío de catorce años al que le bailaban el agua todas las personas de su entorno. Por primera vez en mucho tiempo se encontraba con alguien que ni le reía las gracias ni le tenía miedo alguno.

—¿Puedo preguntarte qué resolución vas a tomar, noble César? —preguntó con un hilo de voz.

«Qué típico de él», pensó Cleopatra, que se había puesto las manos delante de la boca como un tejado a dos aguas para evitar que se le escapase ninguna palabra indeseada. Su hermano era incapaz de tratar a los demás como iguales: o se creía superior y lo demostraba humillándolos de palabra y hechos, o se sentía inferior y casi sin querer se le escapaba el tono lacayuno que esperaba de los demás.

—Voy a pedirlos a los dos que licenciéis a vuestras tropas —respondió César.

—¿Quieres que el reino de Egipto se quede sin ejército? —preguntó Ptolomeo.

—Por supuesto que ni se me ocurriría sugerir algo así, majestad —respondió César. Si había algo de retintín en el título, Cleopatra no lo detectó—. No me refiero a las tropas regulares que defienden el país, sino a las que habéis reclutado expresamente para esta guerra y se encuentran ahora en Pelusio y Ascalón. Sería la primera muestra de buena voluntad.

Cleopatra miró de soslayo a su hermano y dijo:

—Estoy de acuerdo si lo hacemos ambos.

Ptolomeo le devolvió la mirada, entrecerrando los párpados como un cocodrilo. Por más que ante César quisiera disimular su verdadera naturaleza, con ella no conseguía camuflar el odio que albergaba su alma.

—Es natural que mi hermana esté de acuerdo —dijo—. Su ejército lo componen mercenarios que sirven al mejor postor, así que al licenciarlo se ahorrará el dinero que ha robado en Egipto.

—Ese no parece un lenguaje amistoso, majestad, ni es la mejor forma de

reconciliarte con tu hermana.

—¡Pero lo que digo es verdad! —protestó Ptolomeo. Se le había escapado un tono quejumbroso más propio de un crío que de un rey. Enseguida se dio cuenta y se controló—. La única que saldría ganando con ese acuerdo sería ella.

—Mercenarios o no, todos los soldados cobran, o por lo menos comen —dijo César—. Lo sé por propia experiencia. Además, majestad, tendríamos que resolver ese asunto de los gabinianos.

—Ahora son soldados de la corona.

César acalló la objeción con un gesto. Cleopatra observaba fascinada cómo aquel hombre parecía dominar a su hermano. Quizá si alguien así hubiese sido su tutor a tiempo...

No, la naturaleza de su hermano no se podía cambiar. Ptolomeo era como el escorpión de la fábula de Esopo, que mientras cruzaba el río sobre la espalda de una rana la picó con el aguijón. «¿Por qué has hecho eso? —preguntó la rana—. Ahora ambos moriremos». «Qué le voy a hacer, soy así», fueron las últimas palabras del escorpión.

Ptolomeo podía disimular, pero solo durante un rato. Cleopatra sabía que tarde o temprano, incluso quizá en esta misma reunión, su temperamento ponzoñoso brotaría a la luz.

—Ya trataremos la cuestión de los gabinianos en otro momento —dijo César—. Ahora quiero que ambos os comprometáis a lo que os pido. Licenciar las tropas que han sido reclutadas especialmente para esta guerra y hacer las paces.

Los ojos de César se volvieron hacia Cleopatra por primera vez en mucho rato. Por la razón que fuere, le estaba rehuyendo la mirada.

—Majestad. —Era la primera vez que la llamaba así—. ¿Estás de acuerdo con lo que digo?

—Ya he dicho que sí —respondió Cleopatra en tono impaciente—. Si mi hermano licencia sus tropas, yo haré lo mismo.

—El compromiso que pido tiene dos partes. ¿Harás las paces con tu hermano?

—No fui yo quien firmó un decreto desterrándolo a él.

—Ese decreto será derogado —dijo César, mirando de nuevo a Ptolomeo.

—Lo derogaré.

—Tendrás que hacerlo antes de salir de esta sala. El decreto tendrá fecha de hoy y vigencia inmediata.

Cleopatra observó fascinada los puños de su hermano. Por la fuerza con que los apretaba, las uñas debían estar haciéndole sangre en las palmas. Pero Ptolomeo logró contener su ira y dijo:

—Así será. Estoy dispuesto a lo que sea por reconciliarme con mi hermana y cumplir la voluntad de nuestro padre. —Ptolomeo miró a Cleopatra con un rictus que pretendía parecerse a una sonrisa. La luz que entraba por la ventana arrancó un destello al puente de oro de su diente falso —. Lo que sea.

Cleopatra se mordió la punta de la lengua. Literalmente, hasta hacerse daño. No pensaba contarle a César que se había salvado de que Ptolomeo la violara gracias a la intervención de Apolodoro. Si su hermano estaba encubriendo el odio que sentía, bien podía ella hacer lo mismo. Recordó la cantinela de Iras: «Debes ser más intrigante».

—Yo también estoy dispuesta a reconciliarme con mi hermano —dijo.

—¡Perfecto! —exclamó César, dando una palmada—. Entonces que vengan los escribas.

—Con una salvedad. Yo no estoy dispuesta a «lo que sea» —prosiguió Cleopatra, clavando los ojos en Ptolomeo—. Compartiré el trono con mi hermano y seré su consorte en los rituales que lo exigen, tal como hice en vida de nuestro padre.

—Me alegra ver que te muestras razonable, majestad —dijo César.

—Pero no compartiré su lecho. Nunca. Solo habrá reconciliación si esa condición queda clara: no me acostaré con él.

Ptolomeo hizo un gesto de desdén.

—Si crees que sueño por las noches en hacer el amor contigo, te equivocas de medio a medio. ¡Renuncio a eso gustoso!

«En lo que sueñas es en violarme y torturarme. Seguro que Arsínoe te está entregando todo lo que yo me niego a darte», pensó Cleopatra, y dijo en voz alta:

—Debes renunciar por escrito.

Ptolomeo levantó las cejas en un gesto casi histriónico.

—¿Quieres que publiquemos un decreto para contar a nuestros súbditos que no vamos a copular?

—Quiero que firmes un documento comprometiéndote a no ponerme jamás un dedo encima, ni siquiera rozarme, y que dicho escrito quede en poder de César.

Ptolomeo se volvió hacia César con cara de virgen escandalizada.

—¿Ves cómo me aborrece? Yo hago todo lo que puedo para que nos llevemos bien, pero ella me odia.

—Los sentimientos personales no son relevantes en este momento —dijo César. Cleopatra observó que su rostro se veía más pálido que antes, como si aquella cuestión lo afectara de algún modo. El romano añadió—: Acepto servir de testigo público de vuestra reconciliación, y también seré testigo privado del compromiso que sugiere la reina Cleopatra.

«Parece que él también prefiere que no me acueste con mi hermano», pensó Cleopatra al estudiar su actitud. Pero no podía estar segura de si estaba viendo lo que en realidad sucedía o lo que ella misma quería ver. Le habría venido de perlas Sosígenes con sus dotes de observador.

César abrió la puerta para reclamar la presencia del visir Potino más dos escribas y cuatro testigos. Cleopatra se relajó un poco en la silla. Llevaba un rato tan tensa que la espalda y la nuca le dolían como si la hubieran golpeado con un palo.

Cuando una hora después le presentaron dos documentos por duplicado para que los firmara, lo hizo sin titubear. Como estrategia, no tenía la menor intención de gobernar con su hermano; pero como táctica inmediata le convenía ceder. Era ella la desterrada, la que se había plantado en palacio dentro de un saco de cuero y acompañada tan solo por Apolodoro. Salir del despacho convertida de nuevo en reina suponía un gran avance, aunque por el momento se viese obligada a compartir el salón del trono con Ptolomeo.

—Me alegro de que todo haya sido tan fácil. Siempre es un placer negociar con personas razonables —dijo César, guardándose los cuatro papiros ya lacrados. Después, mirando a Potino con gesto serio, añadió—: Ahora, noble visir del reino, me gustaría tratar contigo cierto asunto con el que no me gustaría molestar a los reyes.

Con un gesto de resignación, el eunuco se dispuso a seguir a César.

Cleopatra, que no quería permanecer un segundo más en la misma estancia que su hermano, se apresuró a salir y los alcanzó en la puerta.

—César —susurró, poniéndole la mano en el hombro—. Yo también tengo que tratar contigo ciertos asuntos. A solas.

De nuevo, había decidido que tenía que actuar rápido y anticiparse a su hermano. Ella estaba prácticamente sola y aislada en la corte, pero poseía algo que a Ptolomeo le faltaba. Por lo que Cleopatra había entreoído en las conversaciones entre Furio y sus soldados, César gozaba de fama de mujeriego impenitente. «El conquistador Cabeza de Calabaza», lo llamaban. Tendría que encandilarlo ella de tal manera que pareciese lo contrario.

Imaginándose aquel desafío, unos dedos invisibles correataron por su vientre encogiéndolo de miedo y excitación. Pero el gesto inexpresivo de César cuando se volvió hacia ella fue un jarro de agua gélida.

—Majestad, lo que digo vale para ti y para tu hermano —dijo en voz bien alta para que se le oyera dentro del despacho—. A partir de ahora no me entrevistaré con ninguno de vosotros por separado.

—Pero no es por lo...

César cortó sus palabras con un gesto tajante.

—No quiero que ninguno de los dos piense que intrigo con el otro. Si os parece bien, mañana por la noche sellaremos vuestra reconciliación con un banquete que demuestre a vuestros súbditos cómo la armonía reina entre los hijos del difunto rey. Puedo contribuir con vino de Rodas que hemos traído en nuestras naves, pero la verdad es que es mediocre y no os lo recomiendo. Ahora, majestades, si me disculpáis...

Sin añadir más, se dio la vuelta, tomó del codo a Potino y se lo llevó de allí a paso vivo. Cleopatra se quedó en el umbral. Solo pasados unos segundos se dio cuenta de que tenía la boca entreabierto y la cerró.

Unos dedos le rozaron el antebrazo. Supo sin verlo que eran los de su hermano, porque la piel se le había erizado como si le correatara por ella una araña peluda.

—Sé que andas pensando en abrir tus virginales piernas para él, hermanita —dijo Ptolomeo. Ahora que no estaba César, su tono volvía a ser tan venenoso como de costumbre—. ¡Qué lástima que no le gustes!

«¿Cómo que no le gusto, estúpido? —pensó Cleopatra—. ¿No has visto

lo rápido que ha aceptado garantizar como testigo que no te acerques a mí?».

Pero se abstuvo de expresar en voz alta lo que pensaba y apartó el brazo.

—Estás incumpliendo tu compromiso. Es la primera y última vez que me tocas.

Ptolomeo abrió las manos y reculó.

—Tranquila, tranquila. Ya tengo alguien de la familia que me calienta la cama, y vale cien veces más que tú. —Miró a su espalda y, bajando la voz para que los funcionarios no lo oyeran, añadió—: ¿Sabes una cosa? Le voy a enviar a César un regalo especial.

—Conociendo tu buen gusto, será otra cabeza humana.

—Sí, pero pegada a un cuerpo de diosa. Ya que no quiere vernos a ninguno de nosotros por separado, me encargaré de que vea a Arsínoe. Cuando ella se desnude y susurre en sus oídos mientras él le besa los pechos, César acabará comiendo en mi mano.

—¿Crees que hará lo que tú le digas? Arsínoe tiene sus propios planes.

—¡Pues claro que los tiene! Convertirse en mi reina consorte y dar a luz a mis hijos. —Ptolomeo soltó una carcajada tan aguda que sonó casi histérica—. Pero no me importa compartirla con César. Cuando le haya sorbido el seso, será él quien me regale a mí una cabeza. ¡La tuya, hermanita!

Con esas palabras, cerró de un portazo para evitar la posible réplica de Cleopatra. Aunque no lo hubiese hecho, ella no habría sabido qué contestar.

Con desánimo, se dio cuenta de que, pese a ser la hermana mayor, Ptolomeo y Arsínoe sabían darle mil lecciones sobre intriga. Y era esa ciencia, y no la del buen gobierno, la única que servía para sobrevivir en aquel palacio.

financiero que presidía Gayo Rabirio Póstumo. ¿Recuerdas a ese personaje?

—Vuestros nombres son muy complicados para nosotros. Espero que me disculpes.

—Yo te refrescaré la memoria. Durante un tiempo, y de eso no han pasado ni diez años, Rabirio desempeñó uno de los cargos que tú ostentas ahora, el de administrador de finanzas del reino.

—¿Un extranjero en mi puesto? —preguntó el eunuco, atiplando exageradamente la voz—. ¡Eso es imposible!

—Pues extranjero era, mi querido Potino, aunque para no parecerlo tanto renunció a su toga romana y se vistió con ropas alejandrinas.

—Ahora que lo dices, la historia empieza a sonarme. Aquel hombre era muy corrupto...

—Eso es falso, y además ambos teníamos una gran amistad, así que te sugiero que midas lo que dices.

—No pretendía ofenderte.

—Vuestro rey lo nombró para que pusiera en orden las finanzas y de paso pudiera cobrar la deuda. Pero luego no cumplió su palabra. Cuando Rabirio consiguió cobrar todos los impuestos atrasados de los últimos años, Auletes le expulsó del país sin pagarle ni un mísero cobre.

—Supongo que te refieres a nuestro bienamado Ptolomeo Filadelfo...

—Me refiero al borracho que se empeñaba en tocar la flauta en todos los banquetes —repuso César en tono impaciente, dispuesto a apretarle las clavijas al eunuco—. Por su culpa Rabirio se quedó en la ruina, así que yo, como amigo suyo, le compré la deuda. Eso significa que, entre unas cosas y otras, ahora mismo tengo en mi poder títulos de pago de la corona de Egipto por setenta millones de sestercios.

—Lamento decirte que no sé de qué me estás hablando.

—Si te refieres a que no conoces el sistema monetario romano, te lo aclararé. Me debéis diecisiete millones y medio de dracmas, o unos tres mil talentos.

—¡Pero eso supondría la mitad de los ingresos anuales de la corona! —se escandalizó Potino—. Lejos de mí tildarte de mentiroso, César, pero es imposible que el reino esté en deuda contigo ni con nadie por una cantidad tan grande.

Sin molestarse en contraargumentar, César dijo:

—Estoy dispuesto a retrasar parte del pago y a no cobraros intereses. Pero quiero recibir de inmediato cuarenta millones de sestercios, o si lo prefieres diez millones de dracmas. —César se detuvo para dar la vuelta en su paseo, y al hacerlo se quedó mirando de frente al eunuco—. En el momento en que me los entregues, y puesto que ya he cumplido mi misión de reconciliar al rey y la reina, se acabará esta visita que tan molesta os está resultando.

Mientras regresaban al palacio Potino protestó de mil maneras, alegando por un lado que la visita de César no suponía ninguna molestia, aunque sería menos gravosa si enviaba fuera de la ciudad al menos a la mitad de sus tropas; que en los archivos de palacio no constaba nada sobre esa deuda de la que hablaba César; y que, en cualquier caso, con lo desastrosas que habían sido las últimas cosechas el erario se encontraba tan seco como los mismos campos de Egipto.

Discutir con aquel medio hombre de cualquier asunto, y más de dinero, era como sacarse una muela. César comprendió que cobrarle aquella deuda iba a resultar una tarea tan penosa como limpiar los establos de Augías. «Debería tratar esto directamente con Cleopatra», pensó.

Pero sentía una extraña renuencia a verla a solas. No era solo por no dar la impresión de que conspiraba con ella, tal como había alegado al salir de la reunión con su hermano. Había algo más.

Cuando se levantó de la cama por la mañana, César, más despejado, se había convencido a sí mismo de que la obsesión por Cleopatra que lo desveló de noche no era más que fruto del cansancio y la impresión momentánea producida por la teatral aparición de la joven.

Sin embargo, al entrar en el salón de audiencias y verla sentada en el trono, y más incluso cuando se sentó cerca de ella y aspiró su perfume, había notado en el pecho un extraño vacío, como si su corazón hubiera perdido el compás y palpitara fuera de ritmo. Por la razón que fuere, sus encantos naturales o el hechizo de alguna oscura magia egipcia, aquella mujer ejercía sobre él un influjo invisible y tan poderoso como el que según Posidonio obraba la luna sobre el mar.

Fuera amor, deseo o simple capricho pasajero, lo que sentía por Cleopatra era un lujo que él, César, no se podía permitir.

mostraba de un arrogante insufrible, pero también podía resultar una compañía divertida. Cuando viajó a Rodas para conocer a Posidonio, él y León se habían corrido buenas juergas que solían acabar en la mansión de Caligenia, la meretriz más famosa de la isla.

Puesto que César ya estaba familiarizado con los muelles, decidió dirigirse al Heptastadion no atravesando el puerto, sino por la calle situada al sur del Emporio. La parte trasera de este era una sucesión de dos pisos de arcos de ladrillo tras los que se veían los almacenes interiores, protegidos por rejas de metal, y mercados y lonjas repartidos alrededor de dos enormes patios. En el extremo oeste, ya al final del edificio, Sosígenes señaló los tres últimos arcos.

—Este es el almacén de libros. Aquí se guardan los que la Biblioteca compra fuera de Alejandría antes de catalogarlos, y también los que se exportan.

Un par de hombres cruzaban la calle cargados con cajas llenas de rollos de papiro que, a juzgar por sus resoplidos, debían de pesar bastante. Al otro lado de la amplia avenida se hallaba el ala norte del Museo, cerrada por una verja de hierro y mucho menos llamativa que la fachada principal.

—¿También exportáis libros? —le preguntó León a Sosígenes—. Tenía entendido que la sed de conocimiento de los miembros de la Biblioteca es tan insaciable que solo traen libros y nunca se desprenden de ellos.

—Antes el Museo se mantenía solamente de los fondos que le destinaban los reyes —respondió Sosígenes—, y los eruditos que trabajaban en él podían vivir con cierto desahogo sin molestarse tan siquiera en impartir clases. Pero desde la infausta época de Fiscón esos fondos se redujeron a la cuarta parte. Por eso muchos de los estudiosos trabajan también como copistas, y las obras que reproducen se venden a otras bibliotecas o a coleccionistas particulares. Uno de los que más volúmenes nos compra es amigo tuyo, César.

—¿Quién? —preguntó el aludido.

—Marco Tulio Cicerón.

César soltó un bufido.

—Mejor no hablemos de él ahora. No he conocido jamás a hombre tan inteligente que se comporte con menos inteligencia.

Tras dejar atrás el Emporio y el Museo volvieron a ver el mar y los

muelles. A esas alturas, ya se había congregado el habitual grupo de curiosos y desocupados que increpaba a los romanos. Pero como César llevaba consigo más de doscientos hombres armados, se limitaban a los insultos y no se atrevían a acercarse a menos de veinte pasos.

No tardaron en llegar al Heptastadion. Por su centro corrían dos vías paralelas pavimentadas con adoquines de granito por donde iban y venían carros y bestias de carga que llevaban y traían provisiones y mercancías. Pero César insistió en caminar por el borde del terraplén, y no dejaba de mirar hacia abajo como si sus ojos quisieran penetrar hasta el fondo del agua.

—Luego volveremos por el otro lado del Heptastadion —dijo.

«Esto no es una simple excursión», pensó León. Su padre lo expresó con más claridad:

—¡Cualquiera diría que estás pensando en apoderarte del puerto entero, César!

—Nunca hay que desechar posibilidades.

Por fin llegaron a la isla. Tras dejar atrás el templo de Isis, un edificio que mezclaba arquitectura griega con relieves egipcios, vieron una línea de casas tan apretadas pared contra pared que más parecían una muralla. Entre ellas sobresalían atalayas a modo de torres de vigilancia. Esos edificios eran muy típicos de Alejandría. Había tantos comerciantes y mercaderes en la ciudad que cada vez que arribaba un barco se entablaba una carrera entre ellos por llegar los primeros y comprar sus productos al mejor precio. Por eso muchos levantaban en sus casas miraderos de tres y hasta cuatro pisos para tener a la vista el puerto y ver cuándo entraban las naves.

—Más allá de esas casas, en la parte norte de la isla, hay una rada sembrada de escollos —explicó Sosígenes—. La llaman «el puerto de los piratas».

—¿Por qué? —preguntó César.

—Antes los habitantes de Faros encendían hogueras de noche para atraer a los barcos. Cuando se estrellaban contra los rompientes, se apoderaban de sus cargamentos y asesinaban o vendían como esclavos a los supervivientes.

—¡Qué bastardos! —dijo Eufanor. Como rodio y como mercader, aborrecía a los piratas, fuesen de mar o de tierra firme. Sin embargo, León sabía que, cuando era joven y no tan rico, su padre se había apoderado de

algún que otro cargamento ajeno por medios no demasiado éticos.

Del extremo este de la isla partía una rampa de cien metros sostenida sobre pilastras de granito que salvaba las aguas hasta el peñasco donde se levantaba la gran torre. Aquel puente era relativamente estrecho, por lo que los soldados tuvieron que cruzarlo en fila de cuatro.

Al final de la rampa, ya en el islote, se abría una explanada donde montaban guardia diez centinelas con sarisas. Advertidos de la visita, se separaron para dejarlos pasar por el arco principal del pórtico que rodeaba el Faro. La mitad de los soldados de César se quedaron en la explanada y la otra mitad en el patio interior que rodeaba el edificio.

Justo antes de entrar al edificio, León torció el cuello para mirar hacia arriba. Al hacerlo conoció un vértigo nuevo, la sensación de contemplar una mole inmensa cerniéndose sobre su cabeza, tan cerca que parecía que fuese a derrumbarse de un momento a otro.

Dentro de la gran torre hacía más fresco, lo cual se agradecía después del paseo bajo el sol. El jefe del Faro, un hombre de unos cuarenta años llamado Plistarco, les dio la bienvenida e invitó a subir al grupo formado por César, Sosígenes, los dos rodios, Saxnot, Hrodulf y seis oficiales romanos.

—Tomaos con calma la ascensión, señores —les advirtió—. Incluso los más jóvenes llegan arriba jadeando.

Subieron por una empinada rampa dividida en más de treinta tramos rectos. En cada uno de ellos había siete ventanas que ofrecían vistas cada vez más amplias conforme aumentaba la altura.

León observó que César ascendía con un paso muy vivo, y pensó que no lo aguantaría. Sin embargo, el general no se frenó en ningún momento, mientras que él, mucho más joven, empezó a resoplar y a notar pinchazos en los muslos pasada la décima rampa. César no se paraba para asomarse por las ventanas; al parecer, quería disfrutar la vista de golpe cuando llegara arriba. Cuando culminaron el último tramo, ni siquiera salió al exterior para contemplar Alejandría desde ochenta metros de altura tal como hicieron los demás. Sin detenerse a tomar aliento, emprendió la subida por las escaleras que caracoleaban en el interior de la torre octogonal que constituía el segundo nivel.

—Ese hombre es incansable —dijo Sosígenes, resoplando. Tras unos

segundos, siguió a César diciendo—: Pero que no se diga que los científicos solo tenemos cabeza y no pulmones.

«Pues yo tampoco me voy a quedar atrás», pensó León, testarudo, y emprendió la subida tras Sosígenes.

Cuarenta metros más arriba salieron a la segunda terraza. Los dos resollaban como fuelles y tuvieron que inclinarse apoyando las manos en los muslos para recobrar el aliento. Al darse cuenta de que lo hacían al mismo tiempo, rompieron a reír con carcajadas que se entremezclaron con toses. Por su parte, César se había acodado en la balaustrada de mármol y respiraba con tanta calma como si viniera de pasear por la playa.

—*Mirificus!* —dijo.

León encontró fuerzas para enderezarse y asomarse por fin. No pudo evitar que se le escapara una exclamación de asombro.

—Impresionante, ¿verdad? —dijo Sosígenes con tanto orgullo como si el Faro lo hubiera construido él.

Desde aquel punto, situado en la cara norte del Faro, se divisaba un vasto mar que se extendía hasta un horizonte nítido y cortante como el filo de una espada, pues el día había amanecido muy claro. A la izquierda, la línea ocre de la costa se fundía con el interminable desierto de Libia, mientras que a la derecha las tierras oscuras y fértiles del Delta se internaban en el Mediterráneo en una inmensa curva.

—Curioso —observó César.

—¿Curioso nada más? —se extrañó León.

—Me refiero a eso —respondió César, señalando con el dedo.

A más de ciento veinte metros bajo sus pies, una nave de guerra estaba a punto de entrar en el puerto de Eunosto. Más a su derecha había otra que se aproximaba a la isla de Faros moviendo los remos sobre el agua como un enorme ciempiés.

—¿Tirreme o quinquereme, León? —preguntó César.

—Quinquereme.

Unos toldos ocultaban la mayor parte de la cubierta; pero por la forma de moverse y lo baja que se veía la línea de flotación, a León le dio la impresión de que el barco iba muy cargado.

Lo más llamativo era que a unos tres o cuatro kilómetros hacia el este

venía un tercer quinquerreme, y más lejos aún se intuía la silueta de un cuarto. Las naves de combate solían navegar juntas para protegerse unas a otras. ¿Por qué estas viajaban tan separadas?

Eso mismo debía de estar preguntándose César, que dijo:

—Normalmente los barcos de guerra amarran en el Arsenal, dentro del Puerto Grande, ¿no?

—Sí —respondió León—. Aunque puede ser que sus capitanes hayan decidido ir a las atarazanas del Ciboto para secarlos o calafatearlos.

César se limitó a asentir con gesto grave. León se preguntó qué tramaba dentro de aquella cabeza incansable.

Rodearon la torre cilíndrica para asomarse al puerto y a la ciudad. León se quedó extasiado. De pronto descubría infinidad de rincones desconocidos y parajes nuevos, especialmente en el sector de los palacios, donde se podían contemplar patios, jardines y estanques rodeados de muros y columnatas que al nivel del suelo eran invisibles.

Desde allí, Alejandría dibujaba una retícula perfecta y los distritos se distinguían con toda nitidez. En el Alfa y el Beta predominaba el color blanco del mármol, mezclado con brillos dorados y con el refrescante verde de los parques y arboledas. En los demás se veían edificios más desiguales, techos de tejas rojas y calles más estrechas que desde arriba se intuían como sombras. Más al oeste, el barrio de Racotis se fundía con los suburbios. Allí desaparecía cualquier planificación urbanística y las avenidas rectas y las casas de varios pisos daban paso a masas indistintas de chozas que casi no se distinguían del suelo.

César no dejaba de interrogar a Sosígenes, que señalaba con el dedo los lugares y le iba explicando. A la izquierda del Museo había un recinto de techos dorados en el que también se alzaban dos pequeñas pirámides; era el Sema, donde los alejandrinos enterraban a sus reyes.

—¿Cuál de esos edificios es la tumba de Alejandro? —preguntó César.

—Ninguno —respondió Sosígenes—. Su sarcófago se encuentra debajo, en una bóveda subterránea.

Al oír hablar del rey macedonio, León recordó algo, y dijo:

—Durante la travesía, oí a algunos de tus hombres hacer apuestas sobre lo que habría pasado si Alejandro se hubiese enfrentado a Roma, o incluso a ti.

La mayoría aseguraban que Roma habría vencido. ¿Tú qué opinas?

—No lo creo —respondió César—. Los romanos todavía no éramos lo que hemos llegado a ser. Fue Aníbal quien nos hizo grandes de verdad, exigiéndonos que diéramos el máximo de nosotros mismos para derrotarlo.

—¿Y Aníbal? ¿No crees que era más grande que Alejandro? —preguntó León. Debido a que era descendiente de Memnón de Rodas, el general que hasta su muerte por enfermedad puso en grandes apuros a Alejandro, tenía tendencia a rebajar los méritos del macedonio.

César se encogió de hombros.

—Alejandro era único e irrepetible —dijo—. Pero cometió un grave error.

—¿Cuál? —intervino Sosígenes.

—No dejar un heredero que continuara su obra. De poco sirve ser un gran hombre si tu legado muere contigo. A Filipo lo engrandeció dejar como sucesor a Alejandro. A Alejandro lo empequeñeció no dejar tras de sí más que caos y guerras entre sus generales.

César pronunció aquellas palabras en tono ausente, casi soñador, mientras contemplaba la ciudad. Al mismo tiempo, Sosígenes lo miraba a él con el mismo gesto con que Posidonio estudiaba los ejemplares de mariposa que León cazaba para él cuando era niño.

En Rodas León había observado que una de las aficiones favoritas del astrónomo era extraer deducciones sobre las personas a partir de comentarios sueltos o de pequeños detalles de su físico y su indumentaria. «¿Qué estará pensando ahora?», se preguntó al ver que la mirada de Sosígenes se posaba, o más bien se clavaba, en un papiro enrollado que César llevaba bajo el cinturón.

Para entonces, el resto de la comitiva, incluido el director, había llegado ya a la terraza. César se volvió hacia Plistarco y le dijo:

—No dispongo de mucho tiempo, pero me gustaría ver cómo funciona la luz del Faro.

—La mayoría de los dignatarios que nos visitan se conforman con las vistas —contestó Plistarco—. Es una sorpresa agradable que un militar como tú se interese por estas cosas.

—Homo sum et humani nihil a me alienum puto —respondió César.

—¿Perdona?

—«Soy hombre, y nada de lo humano me es ajeno» —tradujo Sosígenes—. De El torturador de sí mismo de Terencio, ¿no es así?

—Cierto —respondió César, sorprendido—. ¿Conoces el teatro romano?

—A Terencio sí, porque aquí representan muchas de sus obras traducidas al griego. Esas mismas palabras que acabas de pronunciar se las dije yo hace años a un sabio egipcio que, por desgracia, resultó ser un asesino.

Guiados por Plistarco, entraron al último de los tres niveles, una torre cilíndrica que medía tanto como un edificio de cinco o seis pisos, pero que, comparada con el resto del Faro, parecía poco más que la punta de una lanza. Subieron por una escalera de caracol. En el centro, al otro lado de la balaustrada de bronce, se abría un vasto pozo. León apoyó las manos y se asomó. Muy abajo se veía el suelo del nivel inferior del Faro, y en él grandes ánforas de barro. Unas gruesas cuerdas colgaban desde las alturas. Al mirar hacia arriba para seguir las, León vio cómo la parte inferior de una de las ánforas desaparecía por una gran claraboya.

—¿Qué es eso? —preguntó César—. ¿Tanto vino bebe el farero?

—¡No! —contestó Plistarco con una carcajada—. Esas vasijas van cargadas de combustible para la luz del Faro.

—¿Y qué usan?

Sosígenes, que parecía empeñado en monopolizar la conversación con César, se adelantó a contestar.

—Al principio se utilizaba leña, pero producía más humo que luz, el calor era insoportable y había que traer la madera de muy lejos, pues por estos parajes los árboles escasean. Por aquel entonces se cargaba la leña en acémilas que subían por la rampa, y luego la acarreaban esclavos por estas escaleras. Ahora se usa aceite de lino y las ánforas se suben con poleas, como habéis visto.

Al final de la escalera se abría una sala semicircular, separada del pozo central por una pared de ladrillo y una puerta cerrada. Allí los aguardaba el farero, un hombre de piel muy oscura, mulato de nubio y griego a juzgar por sus rasgos. Plistarco lo presentó como Dorisco y les explicó que vivía allí arriba con su esposa y sus dos hijos, que ahora mismo se encontraban en su pequeña vivienda al otro lado de la torre. El farero, que solía dormir de día,

tenía los ojos hinchados como si se acabara de despertar.

—Acompañadme, señores —dijo con voz ronca.

Una última escalera subía hasta una trampilla en el techo. Dorisco la abrió con una llave que llevaba atada a la muñeca. Le siguieron y entraron por fin en el corazón del Faro.

Se hallaban en una estancia circular de unos siete metros de diámetro, rodeada por ventanales cubiertos con cristales. Antes, les explicó Plistarco, allí había una celosía de ladrillo. Los cristales, una innovación reciente, protegían la luminaria de los elementos. En la pared se abrían algunas troneras de ventilación; pese a ellas, la atmósfera era sofocante.

—¿Por qué hace tanto calor si el Faro no está encendido? —preguntó César.

—Por los cristales —respondió Sosígenes—. Dejan que el calor del sol entre, pero no puede escapar.

César se acarició la barbilla.

—Sería interesante utilizar un sistema así para cultivar frutas y verduras en pleno invierno.

—Vosotros los romanos, siempre tan prácticos —dijo Sosígenes.

En el centro de la sala había treinta grandes lámparas, construidas según un diseño que León no había visto en su vida. Cada una de ellas tenía una larga mecha enroscada de tal manera que formaba una especie de cilindro hueco protegido por un tubo de vidrio soplado.

El farero encendió una de las lámparas. Mientras lo hacía, les contó que bajo el suelo de la sala se hallaban los depósitos que contenían el aceite que empapaba las mechas. León comprobó que, incluso de día, la luz de una sola era bastante potente, ¡y había treinta!

Acercó la mano a la lámpara y, sin llegar a tocarla, percibió el calor que emanaba de ella.

—La llama transforma las partículas de aire en corpúsculos ígneos, que son mucho más finos y escapan por los poros invisibles del cristal en forma de calor —explicó Sosígenes—. Pero al hacerlo gasta el aire. Por eso Filón de Bizancio ingenió este tipo de mecha que tiene aire por dentro y por fuera para que la llama arda más viva.

—Sorprendente —dijo César—. Espero subir una noche para ver todas

las lámparas encendidas a la vez.

El farero apagó la mecha con un matacandelas. Después les enseñó el dispositivo que creaba el haz de luz: un enorme escudo cóncavo de cobre pulido que se desplazaba sobre un carril circular que rodeaba las lámparas. De noche, él y su familia se turnaban para dar vueltas a una manivela que, mediante un sistema de poleas y engranajes, hacía girar el escudo por el carril.

Satisfecha la curiosidad de César, emprendieron la bajada; León lo agradeció, porque notaba la túnica empapada de sudor.

Cuando llegaron a la segunda terraza, César volvió a asomarse. El tercer quinquerreme que habían visto a lo lejos estaba entrando ya en el Eunosto.

—Contaste sesenta naves de guerra el otro día, ¿no, León?

—Sí, César.

—Pues ya deben de ser cerca de setenta.

León entendió la conclusión implícita. Ellos tan solo tenían veintidós. Si llegaba la hora de combatir, iban a encontrarse en un serio apuro.

Pero era de suponer que César ya habría ideado algún plan para remediar aquella desventaja.

según se dice.

—¿Y dónde se encuentra ese jardín de delicias?

—Muy cerca de la muralla del distrito Beta.

—Pero sospecho que por el lado exterior, en el Gamma.

Esceva carraspeó.

—Así es, César.

—Juraría que mis órdenes eran no pisar fuera de los distritos Alfa y Beta, pero tal vez la memoria me falla.

—No, César, no te falla. Así lo ordenaste.

César respiró hondo y trató de contener su enojo. Podía entender que Esceva se saltara las normas; siempre lo había hecho. Pero ¿por qué diantre tenía que reconocerlo delante de Claudio Nerón y del oficial de guardia? Ahora a César no le quedaría más remedio que castigar en público al mismo hombre al que había condecorado y gratificado con una pequeña fortuna.

—¿Y por qué te has presentado en taparrabos, primipilo? —preguntó en tono mordaz—. ¿Tan caro era ese lupanar que has tenido que empeñar la ropa para pagar?

—No, César. Sufrimos un ataque a traición. Nos tendieron una emboscada cuando estábamos...

—No es necesario que me expliques lo que estabais haciendo, soy capaz de deducirlo. ¿Había más hombres contigo?

—Sí, César. Éramos ocho. Solo hemos escapado yo y otro centurión, Marso, que ahora está en la enfermería.

—¿Y los demás?

—Muertos, heridos o prisioneros. Lo ignoro.

César cruzó una mirada con Claudio Nerón. Esperaba que le dijera «ya te advertí sobre Esceva» o un comentario de similar jaez, pero el legado se limitó a hacer un gesto para animarlo a proseguir con el interrogatorio.

—Sospecho que tú eras el oficial de más alta graduación del grupo —dijo César.

—Lo era, sí —respondió Esceva.

—Por eso mismo tu culpa es mayor. No solo eres responsable de tu infracción, sino de la de esos siete hombres. ¿Tienes algo que alegar en tu descargo?

—Sí, César. En la guerra el espionaje es tan importante como el combate.

—¿Llamas espiar a comprobar personalmente cómo son las putas de Alejandría?

Esceva negó con la cabeza. Admirado a pesar de su enfado, César pensó que a aquel hombre no lo intimidaba nada; ni siquiera defenderse ante su general cubierto tan solo por un exiguo taparrabos.

—No —contestó el primipilo—. Llamo espiar a atrapar a agentes del enemigo.

—¿De qué estás hablando?

—Por favor, César, acompáñame —intervino Claudio Nerón—. Todavía hay algo más que deberías ver.

El legado cruzó la puerta que llevaba a la sala de guardia, y César lo siguió. Allí habían instalado un armero. Apoyados en una pared reposaban decenas de escudos en sus fundas de cuero, y en otra más de cien pila colgaban de astilleros de madera.

En el centro de la estancia había un hombre de rodillas, desnudo y con las manos atadas a la espalda. Al percatarse de que lucía un tatuaje en el hombro izquierdo, César se acercó. Las letras grabadas en tinta negra bajo la piel decían «GABIN».

—¿Un gabiniano? —preguntó César.

—Así es —respondió Claudio Nerón.

César puso el cetro bajo el mentón de aquel hombre y le obligó a levantar la mirada. Tenía el torso y las piernas sembrados de moratones, el rostro tumefacto, la ceja izquierda partida y los párpados de ese lado tan hinchados que el ojo apenas era una rendija. César miró de reojo los nudillos de Esceva. Como sospechaba, se veían despellejados y manchados de sangre.

Sangre que, estaba seguro, no pertenecía tan solo a ese gabiniano.

—¿Cómo te llamas, soldado? —preguntó César.

—Quinto Barbacio, señor.

—¿Eres de Italia?

—Sí, señor. De Ancona.

César asintió. Ancona era una población situada en la parte norte del Piceno, la región donde había nacido Pompeyo. También era la primera ciudad que había caído en manos de César después de cruzar el Rubicón.

—¿Por qué llevas un tatuaje? Es propio de gladiadores y de esclavos fugitivos, no de soldados de Roma.

Barbacio bajó la barbilla de nuevo.

—¡Contesta a todo lo que se te pregunte o te dejamos solo con Esceva! — le ordenó Claudio Nerón.

La amenaza surtió efecto. El prisionero volvió a mirar a César y dijo:

—Nos hicimos ese tatuaje después de matar a los hijos de Bíbulo, cuando nos juramentamos para no entregarnos ni marcharnos de Alejandría. Bíbulo era tu enemigo, ¿no?

—No eres tú quien hace las preguntas.

No obstante, aquel hombre estaba en lo cierto. Bíbulo y César habían sido adversarios políticos y personales durante muchos años. Coetáneos, ambos habían competido en el *cursus honorum* y compartido diversos cargos hasta que los eligieron cónsules el mismo año, de lo cual había transcurrido ya una década.

Bíbulo siempre había sido para César un guijarro en el zapato. Obsesionado con oponerse a él y vetar sus medidas, había llegado al extremo de declarar nefastos todos los días de reunión de los *comitia centuriata*, la asamblea con más poder del pueblo romano. Como César ignoró su veto y convocó a los comicios, Bíbulo se retiró a su casa para «buscar augurios en los astros». Eso dejó a su rival campo libre para actuar, hasta tal punto que los más guasones llamaron a aquel año «el del consulado de Julio y César».

Como era de esperar, cuando estalló la guerra civil, Bíbulo eligió el bando de Pompeyo. Este lo recompensó entregándole el mando de la flota del Adriático, un cargo que Bíbulo desempeñó con tanta dedicación como crueldad: fue él quien ordenó incendiar con sus tripulaciones a bordo las naves capturadas en el estrecho de Otranto; entre ellas, varias de León y Eufranor. Empeñado en no darse descanso por acosar a César, Bíbulo había enfermado y muerto de puro agotamiento ese mismo invierno.

Pese al poco cariño que le profesaba a su antiguo rival, César no podía dejar de indignarse por la conducta de los gabinianos que habían asesinado a sus hijos. Cuando se aclarara la situación en Egipto, su intención era alistarlos de nuevo a todos y llevarlos al peor punto de la frontera con Partia, castigados como las legiones malditas que sobrevivieron al desastre de

Cannas.

—Cuéntale al cónsul lo que me has contado a mí —dijo Claudio Nerón, arrancando a César de sus recuerdos.

—Habla, Barbacio —dijo César—. Si me resultas útil, no te pasará nada.

El gabiniano explicó que hasta esa misma mañana había estado en Pelusio, como parte del ejército de Aquilas, pero que de repente todos habían recibido la orden de trasladarse a Alejandría.

—¿Licenciados o de permiso? —preguntó César.

—No, señor, con nuestras armas.

—¡Qué bastardos! —se le escapó a Claudio Nerón.

—¿Has venido en un quinquerreme? —preguntó César.

—Sí, señor.

Era lo que sospechaba César desde el principio, y lo que había empezado a confirmar esa misma mañana al ver aquellos barcos al pie del Faro. En lugar de desmovilizar a sus hombres, Ptolomeo, Potino o el propio Aquilas habían decidido enviarlos poco a poco a Alejandría en trirremes y quinquerremes que atracaban en Eunosto para que César no los viera. Según le contó el prisionero, los estaban acuartelando en diversos puntos de la ciudad de modo que pasaran desapercibidos.

—¿Qué hacías en el burdel de Deyanira?

—En Pelusio no había más que putas piojosas. Quería estar con una mujer de verdad.

César miró a Esceva. Al primipilo se le caían los párpados como si fuera a quedarse dormido de un momento a otro.

—Primipilo, vete a descansar y después date un buen baño para despejarte. Al anochecer te quiero fresco como una rosa.

—¡Sí, César! —contestó Esceva, repentinamente espabilado, y se marchó. Al observar unos surcos rojos en sus masivos músculos dorsales, César sospechó que eran huellas de uñas femeninas.

Devolvió su atención al prisionero.

—Dime, Barbacio, ¿dónde se encuentra Aquilas? ¿Sigue en Pelusio?

—No, señor. Está en Alejandría.

—¿Estás seguro?

—Sí, señor. Lo sé porque ha venido en el mismo barco que yo.

Tras hacer unas cuantas preguntas más, César ordenó que encerraran a Barbacio en un lugar seguro y le dieran una túnica y algo de comer. Después mandó a buscar a León. Cuando el joven rodio se presentó ante él, le dijo:

—Quiero que me traigas ahora mismo a Zenódoto, el supervisor de aguas.

—No quiero fisgonear tus planes, César, pero me temo que Zenódoto me preguntará para qué requieres su presencia —dijo León.

César le tendió una bolsa llena de monedas.

—Creo que con esta explicación le bastará. Así y todo, si se niega, tráelo a la fuerza. Sin hacerle daño, no creo que sea necesario con ese hombrecillo.

—Enseguida te lo traigo —dijo León, y partió a cumplir el encargo. César no pudo evitar una sonrisa: antes de irse, el rodio había dado un taconazo tan enérgico como un legionario más.

segundos y al ver el gesto de César salió y cerró para dejarlos a solas.

Ahora que no tenía que repartir su atención y se la podía dedicar íntegramente a Arsínoe, César comprobó que su belleza era incluso más espectacular de lo que creía recordar. La joven vestía una túnica roja de finos tirantes que dejaba al descubierto los brazos, los hombros y buena parte de los pechos. Cuando caminó para acercarse a él, los movimientos de sus senos revelaron que bajo la túnica no llevaba nada que los sujetara; sin embargo, se mantenían enhiestos en un equilibrio que, considerando su volumen, resultaba asombroso.

César, que se había levantado para recibirla, la saludó inclinando la barbilla.

—Princesa Arsínoe, tu visita es un honor para mí. Aunque esperaba verte más tarde, en el banquete.

—Necesitaba hablar contigo a solas.

—¿Por qué?

—Durante la cena no podría haberte entregado esta carta. Mi padre me la confió antes de morir para que os la diera a ti o a Pompeyo.

Arsínoe llevaba un papiro en cada mano; uno de ellos venía lacrado, el otro no. Primero le tendió el que estaba sellado.

—¿Sabes lo que escribió aquí tu padre? —preguntó César.

—Sí. Pero antes de decirte nada, preferiría que lo leyeras —respondió ella.

La joven hablaba con voz afectadamente grave, al terminar cada frase dejaba los labios entreabiertos y miraba a los ojos sin apenas pestañear. Viéndola, resultaba imposible pensar en otra cosa más que en sexo. Lo desprendía por todos los poros: del mismo modo que según Sosígenes el cristal de las lámparas irradiaba minúsculas partículas de fuego, Arsínoe debía de exudar corpúsculos de deseo que flotaban en el aire a su alrededor. A ello colaboraba su perfume. La fina nariz de César captó el olor del nardo con un suave toque de mirra. Pero por debajo se ocultaba la propia transpiración de Arsínoe, un aroma indescriptible, entre dulce y almizclado, que bajaba directo a los ijares.

Se apartó un poco de ella para concentrarse en la carta. Conocía el sello, pues lo había visto en el dedo de Auletes en más de una ocasión. Por

supuesto, imitar un sello no era ninguna tarea imposible, y menos el de una persona muerta. ¿Quién se habría quedado con el de Auletes? Cleopatra no; César se había fijado bien en sus anillos y estaba más que seguro.

Rasgó el lacre y abrió la carta. La caligrafía parecía la misma que la de la parte autógrafa del testamento de Auletes, aunque más picuda e imprecisa. César había observado rasgos similares en la letra de otras personas que en sus últimos años empezaban a sufrir temblores incontrolables en las manos.

Para mis amigos Gneo Pompeyo Magno y Gayo Julio César, que espero gocen de buena salud y prosperidad.

Escribo esto a sabiendas de que apenas me quedan unos días de vida. Me siento tan enfermo que incluso estas líneas me suponen un terrible esfuerzo.

Mi testamento habla de mi hija mayor como heredera. Lo escribí así por temor a Cleopatra, pero no ha servido de nada. Sé que ella me está envenenando poco a poco. No debí nombrarla reina consorte.

Quiero que sepáis que Cleopatra no es mi verdadera hija. Cuando desposé a su madre Sepuntep, esta vino a Alejandría acompañada de su hermano Horemhotep.

Se suponía que Horemhotep venía únicamente como consejero, pero en realidad fue amante de su propia hermana durante los primeros años de nuestro matrimonio, y fue él y no yo quien engendró a Cleopatra. Cuando me enteré de lo que ocurría entre ambos lo expulsé de Alejandría.

Desde entonces hice vigilar a mi mujer a todas horas. Por eso sé que mis otros tres vástagos son legítimos. Puesto que Arsínoe es la mayor, es ella quien debe convertirse en reina de Egipto junto con su hermano Ptolomeo.

Cuidaos de Cleopatra y sus venenos. Es tan pérfida como Mitrídates.

La caligrafía era cada vez más ilegible, hasta tal punto que César tuvo que deletrear muy despacio las últimas líneas para interpretarlas.

—¿Conocías el contenido de esta carta, Arsínoe?

Ella asintió. Los ojos se le habían empañado de suerte que parecían dos lagos de aguas cristalinas y tan puras como para beber en ellas. ¿Qué habría dicho de aquellos iris increíbles un poeta del talento de Catulo o de Licinio Calvo?

—¿Por qué lo conocías si venía lacrada?

—Mi padre me lo contó todo cuando me entregó la carta. Me dijo que

tarde o temprano Pompeyo o tú vendrías a Alejandría, y que solo entonces podría saberse la verdad. —Arsínoe sollozó—. ¡Por la madre Hera, no puedes imaginarte qué miedo he pasado hasta ahora!

La joven se acercó tanto que César hizo lo único posible en una situación así, ponerle las manos sobre los hombros para consolarla. La piel de Arsínoe era tan suave como prometía su aspecto y se notaba caliente al tacto, como si por debajo ardieran minúsculas llamas en combustión constante.

En lugar de abrazarla, lo que habría supuesto su perdición, la llevó hasta un diván y le indicó que se sentara en el borde. Después se alejó un poco, pensando que más le convenía poner distancia entre ambos y que ella permaneciera sentada para que no se le pudiera acercar.

—Y ese otro documento que traes, ¿qué contiene? —preguntó, mientras le ofrecía una copa de vino.

—Júzgalo tú mismo, César.

Aquel papiro no había sido lacrado, solo atado con una cinta de seda verde. Al abrirlo César lo vio en blanco, pero conforme lo fue desenvolviendo encontró columnas de texto. La persona que lo estaba escribiendo actuaba como él mismo con su diario de campaña: lo había enrollado al revés para que lo primero que encontrase fuese lo último que había escrito.

El idioma era griego, salpicado de palabras o líneas enteras escritas con signos egipcios, arameos o hebreos que a César le resultaban familiares, aunque no sabía leerlos. La caligrafía recta y cuidada hablaba de una persona cuidadosa, metódica y paciente.

La víspera, cuando Ptolomeo y Cleopatra plasmaron por escrito su reconciliación más el compromiso de que Ptolomeo no tocaría el cuerpo de su hermana, César se había fijado en cómo escribían los dos. El muchacho tenía una letra picuda, torcía los renglones y cometía faltas de ortografía incluso en palabras sencillas. Cleopatra, en cambio, empuñaba la pluma con el cuidado del artesano a quien le gustan las cosas bien hechas, casi con el amor del jardinero que cuida sus flores.

Y esa era su letra, no cabía duda.

Echó un vistazo al texto. Al pronto le pareció un tratado de botánica, con la peculiaridad de que todas las plantas que describía poseían propiedades

tóxicas: beleño, mandrágora, belladona, dedalera, cicuta, estramonio, nuez vómica. Luego descubrió que también había apartados para setas venenosas y para las ponzoñas de serpientes, escorpiones y otras alimañas. En cada caso, se detallaba cómo conseguir la toxina, cómo prepararla y administrarla, qué efectos se conseguían y los posibles antídotos.

Sin duda, Cleopatra era toda una experta en venenos.

—¿Has visto esos anillos que lleva? —preguntó Arsínoe.

—Sí —respondió César, enrollando y atando el papiro.

—¿Qué crees que oculta en ellos?

—¿Veneno?

—Sí. Debajo de cada gema guarda un tóxico distinto según el color de la piedra. Lleva años practicando con animales y con esclavos de palacio. ¡No creería tanta perfidia si no hubiera alardeado de ello delante de mí para amenazarme y hacerme callar!

—A mí también me resulta sorprendente. No me ha dado la impresión de ser una persona cruel.

—Porque es una actriz consumada. ¡Podría ganarse la vida en el teatro! Su inspiración es Mitrídates. ¿Sabes que desde que tenía quince años se ha dedicado a ingerir todo tipo de venenos en pequeñas dosis para volverse inmune a ellos? Ni siquiera compartiendo la copa o la comida con ella estarías a salvo.

César empezaba a sentirse inquieto. Pese a las pruebas que le presentaba Arsínoe, le costaba mucho creer que Cleopatra fuese una envenenadora, asesina de su propio padre. Pero ¿no lo creía porque ella le parecía una persona íntegra y por eso le había gustado, o como le había gustado se engañaba a sí mismo y la creía íntegra?

En realidad, no la conocía lo suficiente para juzgarla. Cleopatra era una mujer bella, y César sabía bien que la mayoría de los varones, incluido él, tendían a equiparar hermosura física con bondad y pureza.

Aunque hablando de belleza, César había visto a muy pocas mujeres que pudieran parangonarse con Arsínoe. Ni siquiera Andrónice la cortesana dispersaba a su alrededor esa nube de sensualidad, tan poderosa que se antojaba obra del cinturón mágico de la mismísima Venus.

«No te fíes de ella», se advirtió a sí mismo. Por más pucheros que hiciera

Arsínoe con los ojos lacrimosos, seguro que no tenía nada de inocente. Así lo indicaba la forma en que estaba sentada ahora, apretando los brazos para que se le marcara el canal del escote y al mismo tiempo inclinando la espalda de modo que le ofrecía a la vista un triángulo de lunares en el pecho izquierdo que no debían andar muy lejos del borde de la areola.

La joven contemplaba la copa. Todavía no había probado el vino.

—Espero que no pienses que yo te voy a envenenar —dijo César—. No es algo propio de un romano.

Ella sonrió con timidez, fingida o no, y bebió por fin. Mientras lo hacía, miró a César por encima de la copa y por debajo de las largas pestañas. Después se levantó, se acercó a él y le tendió la copa dándole la vuelta. Por si no hubiera quedado bastante claro lo que pretendía, deslizó el dedo índice sobre el borde, allí donde había posado los labios, para indicarle por dónde beber.

—Sé que no me envenenarías, César —dijo—. Pero si tú también bebes, me sentiré más tranquila y más protegida.

Él se mojó apenas los labios con el vino y le devolvió la copa. Arsínoe la dejó en la mesa que había detrás de César, excusa que le sirvió para acercarse más y rozarse con él.

—¿Qué has venido a pedirme, Arsínoe?

—Que ejecutes el testamento tal como era la intención de mi padre. Cleopatra no es su hija, y además fue su asesina.

—¿Quieres convertirte en reina?

—Esa fue la voluntad de mi padre y también es la voluntad de los dioses. Yo no actuaré como mi hermana. Mi deber como reina es casarme con mi hermano y engendrar hijos, y lo haré.

Aunque César había retrocedido, ella avanzó un paso más, prácticamente acorralándolo contra el borde del escritorio. Para sorpresa de César, que no se esperaba una ofensiva tan directa, Arsínoe le echó mano a la entrepierna. Si albergaba dudas sobre su inocencia, terminaron de disiparse en ese instante. Desde luego, Calpurnia no le habría agarrado así. A través de la ropa, el dedo índice y el anular de Arsínoe le rodearon el miembro mientras el corazón se movía en una experta caricia desde la base hasta la punta.

César sintió cómo la sangre le afluía de golpe al glande. Mientras Arsínoe

le acariciaba con la derecha, usó la izquierda para soltar el broche que sujetaba el tirante del lado contrario. La seda resbaló, descubriendo un seno perfecto con un pezón rosado y tan enhiesto como la punta de un pilum.

Desde que era muy joven, César se había sometido a una disciplina estricta para reprimir sus impulsos y dominar su cuerpo. A veces metía un dedo en agua casi hirviendo, agarraba unas ascuas o se clavaba una aguja en la palma de la mano y aguantaba el dolor hasta el límite durante unos segundos para conseguir que fuera su mente y no sus instintos quien gobernara sus actos.

De haberse dejado arrastrar ahora, César habría estrujado ese pecho desnudo entre los dedos y habría enterrado su boca en la de Arsínoe, cuyos labios estaban entreabiertos y húmedos. Lo que hizo, en cambio, le exigió un esfuerzo de voluntad mucho mayor que resistir con la mano sobre las brasas. Tomó la muñeca de Arsínoe, la apartó de sí, la obligó a darse la vuelta y la empujó suavemente.

—¿Qué haces? —preguntó ella, incrédula.

—Si crees que tu causa es justa, ¿por qué tienes que ofrecerte a ti misma como soborno?

Arsínoe no se rendía fácilmente. Se giró de nuevo hacia César, soltó el otro broche y tiró del vestido hasta los pies. No llevaba nada debajo, y su cuerpo de marfil se veía perfectamente depilado. Por más que quiso evitarlo, César no pudo sino recorrerla con una mirada. Sus formas eran mucho más voluptuosas que las de Andrónice. Ni el propio Paris en el juicio de las tres diosas debió de sufrir una tentación como aquella.

César cerró los ojos un par de segundos y se concentró en imágenes de batallas, recordando heridos eviscerados a los que había sostenido la mano mientras agonizaban y que le habían esputado sangre negra en la cara. Solo así consiguió reprimir su reacción física. Después abrió de nuevo los párpados, tomó la campanilla de plata y dijo:

—Vístete ahora mismo o haré que mis lictores te saquen de aquí y te lleven a rastras desnuda por todo el palacio.

Como si no quisiera privarle del espectáculo de sus nalgas —«Madre Venus, no te enojas conmigo por desperdiciar tu bendición», rezó César mentalmente—, ella se giró en redondo y se agachó a recoger la ropa.

Mientras se ponía la túnica sin ninguna prisa, contoneándose al pasarla por la cadera de tal manera que sus pechos pendularon de una forma irresistible, Arsínoe lo miró con una sonrisa de la que se había desvanecido cualquier rastro de candor.

—Sería divertido, César, siempre que tú me llevaras de la mano.

Por fin, la joven se cubrió los pechos. ¡Condenada criatura! Lo único que había salvado a César de caer en su lazo era que, quizá por ser demasiado joven y entusiasta, se había excedido en su actuación.

—Me halaga que ofrezcas tu belleza a quien empieza ya a ser un viejo provento, pero no puedo aceptarla —dijo César.

—¡No digas eso, César! Muchos jóvenes envidiarían tu prestancia.

—Sea como sea, no quiero que los ardores de la pasión me ofusquen ahora que debo reflexionar sobre el mejor modo de favorecer tu legítima causa. Si me disculpas, estudiaré estos documentos que me has dado —añadió, dejando claro que no se los iba a devolver—. Espero gozar de tu compañía más adelante.

Ella seguía sonriendo, pero algo se había quebrado dentro de ella. Con ese cuerpo y ese rostro, César habría apostado una de sus dos legiones a que era la primera vez que alguien la rechazaba. «Todos tenemos que aprender a conocer la derrota, princesa Arsínoe», se dijo.

—Mira mi coleta —dijo ella dándose la vuelta—. Ves pelo en ella, ¿verdad?

—Verdad.

—Pues piensa que en realidad soy como Kairós el Momento, hermano de Tique la Fortuna, y que mi nuca es tan calva como tu frente. Si vuelves a dejar pasar la ocasión, no se te presentará una vez más. ¡Adiós, gran conquistador!

Cuando Arsínoe salió de la estancia, César se desplomó en su silla curul. Le temblaban las piernas como si se hubiera enfrentado a todas las tribus de Germania juntas. Contra su costumbre, bebió un larguísimo trago de vino. De haberse encontrado en la tienda de mando de Pompeyo, se habría metido de cabeza en una cisterna frigidaria para enterrarse en hielo y enfriar el ardor que lo consumía. ¡Por los perros de Hécate, qué momento había pasado!

Cuando se calmó un poco, examinó de nuevo el documento firmado por

Auletes. Imitar una caligrafía no resultaba tan complicado; quizá la propia Arsínoe supiera hacerlo. «Y si no, solo le hace falta enseñarle las tetas a cualquier falsificador para que trabaje gratis para ella», pensó.

En cuanto al tratado de venenos escrito por Cleopatra, sí tenía visos de ser auténtico; tal minuciosidad y nivel de conocimientos no podían ser improvisación del momento. Pero escribir sobre tóxicos no parecía la mejor forma de pasar desapercibida como envenenadora, a no ser que uno fuese como Mitrídates, que llevaba tantos años reinando y batallando que ya le daba igual disimular que no.

¿Creía en la inocencia de Cleopatra o quería creer? La diferencia era más que apreciable, y vital para él en ese momento.

No le quedaba más remedio que confiar en su instinto para orientarse en aquel lugar. Allí no había más que serpientes como Teódoto —«Los muertos no muerden»—, el eunuco Potino o incluso Aquilas, que en vez de plantear batalla en campo abierto estaba introduciendo a sus hombres subrepticamente en Alejandría. El joven Ptolomeo era un mal bicho, por mucha humildad que hubiese intentado aparentar durante su entrevista. En cuanto a Arsínoe, le acababa de demostrar que no sentía reparo ninguno en explotar sus encantos para manipular a los demás.

¿Y Cleopatra? ¿Era igual de pérfida que todos los demás? Evidentemente, no se trataba de una doncella débil e indefensa, como había demostrado reclutando un ejército para invadir su propio país. Pero parecía más proclive al enfrentamiento directo que a la intriga y a la traición.

Todo aquello solo había servido para agravar su dolor de cabeza. César miró la clepsidra. Si no quería retrasarse, tenía que bañarse ya. Aunque sabía que al final de la noche olería a sudor, a humo y probablemente a sangre, ahora necesitaba sentirse limpio.

Recordó que también le había recomendado un baño a Esceva y sonrió. Gracias a la indisciplina del primipilo había obtenido una información muy valiosa. César ya tenía casi decidido su plan de acción desde la víspera, pero lo que había contemplado desde la terraza del Faro y lo que le había contado el prisionero gabiniano habían terminado de decidirlo.



72

Acompañada por su pequeña escolta, Cleopatra se dirigió hacia los aposentos de César. Después de lo que le había dicho su hermano la víspera —«Le voy a enviar a César un regalo especial»—, era consciente de que tenía que actuar cuanto antes.

Durante la noche anterior no había dejado de cavilar preguntándose cuál podría ser el asunto que César quería abordar con Potino en privado. Al final había llegado a la conclusión de que únicamente podía tratarse de la deuda que su padre había contraído con Rabirio y otros banqueros romanos. A diferencia de su hermano, ella conocía a la perfección las finanzas de su reino. Por eso sabía que el débito pendiente ascendía a tres mil talentos, la mitad de los ingresos anuales que recibía la corona merced a impuestos y aranceles.

Una suma enorme con la que César podría proseguir su guerra contra los hijos y partidarios de Pompeyo, que tal como le había explicado Sexto no pensaban rendirse. Por la mañana Cleopatra se había reunido con varios banqueros judíos y fenicios del sector Delta de la ciudad, y tras varias horas de regateo consiguió que le prometieran un préstamo para pagar íntegra la deuda. Con los intereses, los tres mil talentos se acabarían convirtiendo en casi cuatro mil; pero Cleopatra estaba convencida de que reinando en solitario iba a devolver la prosperidad al reino y conseguiría reunir esa suma en poco tiempo.

Pues eso era lo que le iba a exigir a César a cambio de aquella fabulosa suma de dinero: que eliminase o desterrase a Ptolomeo y Arsínoe, y de paso a toda su camarilla. Seguro que el romano, hombre práctico, no se iba a negar. Si hacía falta, Cleopatra se ofrecería personalmente como rúbrica para aquel pacto. «Pero solo si no hay otro remedio», se insistía a sí misma, con los nervios cosquilleándole el estómago.

A unos pasos de la puerta de César montaban guardia sus lictores, reforzados por un pelotón de germanos. El jefe de los lictores se acercó a Cleopatra, la saludó con una inclinación y luego se dirigió a Furio en latín.

—Habla conmigo directamente —dijo Cleopatra—. Entiendo tu idioma y soy la reina de este palacio.

—Perdóname, señora —contestó el lictor, ruborizándose un poco—. Siento tener que decirte esto, pero el cónsul me ha dado órdenes expresas de que no os deje pasar ni a ti ni a tu hermano.

—Cuando le digas al cónsul qué negocio voy a proponerle, seguro que cambia de opinión.

—Te escucho, señora.

En ese momento se abrió la puerta y salió Arsínoe, colocándose el vestido sin ningún disimulo. El modelo carmesí que llevaba era de por sí muy poco recatado; con aquel escote tan exagerado, cualquier movimiento de más podía dejar a la vista sus pechos.

«La muy ramera se me ha adelantado», pensó Cleopatra con desaliento, y sintió que el suelo se abría bajo sus pies para tragarla en las aguas de la Estigia.

Arsínoe y ella no se habían vuelto a hablar. A decir verdad, Cleopatra no parecía existir para el resto de sus hermanos; ni siquiera para Maidión, que al verla había agachado la cabeza como un buey castrado.

Pero ahora Arsínoe le sonrió y levantó la barbilla. Su gesto era palmario y decía: «He ganado, hermana».

¡Cuánta razón llevaba Apolodoro! Mejor llegar antes con la mitad de hombres que después con el doble. Para colmo, si en lugar de soldados se trataba de guerrear recurriendo a encantos femeninos, su hermana ya partía con mucha ventaja sobre ella.

Sin decir nada más, Cleopatra se dio la vuelta y se alejó taconeando

furiosa por el corredor. Tras ella oyó las botas claveteadas de Furio y sus soldados, que se apresuraban a seguirla. El rostro le ardía de vergüenza. Su hermana era tan impúdica y resultaba tan evidente lo que César y ella habían hecho en aquella habitación que ahora todos esos hombres pensarían que Cleopatra había venido a lo mismo y el rumor no tardaría en propagarse por el palacio.

«Malditos hombres, todos piensan con la entrepierna». Cleopatra acarició el escarabeo casi sin querer. ¡Pensar que había concebido fantasías en las que César se convertía en el elegido que profetizó su abuela! ¡Qué decepción! Alguien incapaz de resistirse a los coqueteos de una zorra tan descarada como Arsínoe no podía ser considerado el hombre más poderoso del mundo, y mucho menos un dios entre los humanos.

Los aposentos de Cleopatra estaban situados en un ábside que sobresalía del extremo norte del palacio. Tenía en ellos una terraza desde la que se dominaba todo el promontorio de Loquias. Apoyada en la barandilla de bronce, Cleopatra contemplaba cómo los carpinteros trabajaban en la Anfítrite, el barco que se suponía iba a ser el orgullo de su reinado y el símbolo del renacer de Egipto.

Trató de animarse pensando: «Todavía no me han derrotado ni Ptolomeo ni Arsínoe». Fue en vano. En ese momento, mientras el sol se dejaba caer lánguidamente hacia el horizonte, Cleopatra no se sentía capaz de pensar en más intrigas. Se sentía agotada. Demasiados esfuerzos, demasiados sinsabores y traiciones. Quería dejar de ser reina y sentirse tan solo una mujer, incluso una niña por un rato. Dejarse abrazar y proteger por alguien que no escondiera en la mano una daga para acuchillarla.

César no podía ser. ¿Cómo había llegado a pensarlo? Era arrogante, violento, lujurioso. Un romano, en suma. Primero la había humillado en público plantando esa absurda silla plegable al lado de su trono y después se había negado a recibirla. ¡En su propio palacio! En cambio, le había faltado tiempo para fornicar con Arsínoe.

Solo se le ocurría una persona con quien podría sentirse únicamente Cleopatra, sin epítetos ni apellidos, sin nombres de Horus ni de las Dos Diosas.

Salió a la puerta que daba al patio. Furio, que estaba charlando con sus

hombres —Cleopatra habría apostado a que gastaban bromas obscenas sobre su general y Arsínoe—, se acercó solícito y se cuadró ante ella.

—¿Qué deseas, señora?

—La cena empezará dentro de poco —dijo Cleopatra—. Pero yo no acudiré hasta que hayan pasado al menos tres horas.

—Mi señora, César nos ha dicho que nos aseguremos de tu asistencia.

—Eso da igual, Furio. —Cleopatra le tomó la mano entre las suyas y lo miró a los ojos—. Se trata de una cuestión de protocolo. La forma de quedar por encima de mi hermano es hacer que él llegue mucho antes y me espere, ¿entiendes?

—Sí, señora —contestó él, ruborizándose un poco y apartando la mirada.

Saltaba a la vista que Furio no sentía ninguna simpatía por Ptolomeo. Lo mismo les sucedía a sus soldados. En apenas dos días, todos ellos habían sufrido una peculiar transformación. César les había encomendado protegerla, ciertamente; pero ellos, por su cuenta, se habían tomado tan a pecho su papel de escoltas de la reina que ahora contemplaban a sus demás camaradas por encima del hombro.

Cleopatra, incluso, sospechaba que Furio se había enamorado un poco de ella. Una ventaja como esa había que aprovecharla.

—¿Te avisamos a la hora segunda de la noche, señora? —preguntó el optio.

—No será necesario, Furio. A esa hora me verás aquí y nos presentaremos en el banquete. Tu general no tendrá ninguna queja de ti.

—Como tú ordenes, señora.

Cleopatra entró de nuevo en sus aposentos. Antes de cerrar la puerta, puesto que ya estaba vestida, maquillada y peinada, despidió a las criadas enviándolas a los cuartos que había al otro lado del patio interior. Después echó la llave y se volvió hacia Apolodoro, que aguardaba en silencio en el centro de la estancia.

—Vamos a salir de palacio.

—¿Por esa puerta, señora?

—Evidentemente no, Apolodoro.

—Es arriesgado salir a la calle sin escolta, señora.

—Por eso te llevo a ti. Además, no llegaremos a pisar las calles.

—Pero el banquete va a empezar enseguida.

—No tengo la menor intención de asistir.

—Señora, César dijo que debías ir.

Cleopatra se acercó al eunuco y tiró de su barbilla para obligarle a desenterrarla del pecho y mirarla a los ojos.

—¿A quién eres leal, Apolodoro? ¿A César o a mí?

Él no dijo nada durante unos segundos. Como solía ocurrirle con aquel hombre, Cleopatra se preguntó qué pensamientos albergaría su cerebro y qué sentimientos su corazón. Su rostro, como siempre, semejaba una esfinge tallada en granito. Por fin respondió.

—Serví a César, señora. Ahora te sirvo a ti.

Eso era lo que quería oír Cleopatra. Sonrió al escucharlo, y su gesto debió de ser tan cálido que se contagió a los labios de Apolodoro, que se curvaron ligeramente.

—Está bien, Apolodoro. Necesitaremos un par de antorchas y algo para encender fuego.

dedos y luego la levantó sin apenas esfuerzo. Debajo había una tapa de metal con un asa. Aunque pesaba bastante, Cleopatra se había asegurado de que pudiera moverla ella sola con ambas manos. Apolodoro necesitó una nada más para levantarla.

Desde allí bajaba un pozo. En la pared había varias barras de bronce clavadas a modo de peldaños. Cuando Cleopatra se disponía a bajar primero, Apolodoro insistió en hacerlo él por si había algún peligro.

Tres metros más abajo llegaron al suelo de una angosta galería que descendía en una suave pendiente. Era únicamente una salida de emergencia, de modo que Cleopatra no había insistido en que pulieran las paredes y en la roca caliza se apreciaban las marcas de los picos.

Aquel tosco pasadizo no tardó en desembocar en un túnel igualmente estrecho y de paredes más lisas. Se trataba de uno de los conductos que utilizaban los inspectores de aguas para revisar el sistema de tuberías y cisternas de la ciudad.

Cleopatra consultó el mapa que le había copiado Zenódoto años antes. Bajaron por otro pozo con escala de metal y llegaron a una gran cisterna que abastecía de agua al palacio. La antorcha de Apolodoro se reflejaba en el agua, a dos metros bajo sus pies. Pese a que su superficie se veía oscura como la noche, Cleopatra sabía que el fondo se hallaba a quince metros de profundidad.

Caminaban por la parte superior de un arco lo bastante ancho para no tener que hacer equilibrios. Cada vez que se encontraban con las pilastras que sostenían el techo, las rodeaban agarrándolas con los brazos para no resbalar y caer al agua. Cuando llegara la inundación y la canalizaran desde la boca Canópica, las cisternas se llenarían más o menos dependiendo de lo abundante de la crecida. Mientras tanto, Cleopatra confiaba en que podrían llegar a su destino sin necesidad de mojarse.

Siguieron avanzando entre túneles, escaleras y grandes depósitos subterráneos. Pese a que se trataba del sistema de aguas potables y no residuales, de cuando en cuando se cruzaban con alguna rata; en otra ocasión en que Cleopatra visitó aquel laberinto, Rom había cazado una casi tan grande como él.

Cuando llegaron a una nueva cisterna que, según el plano, se encontraba

bajo el templo de Poseidón, oyeron voces ahogadas y pisadas.

—Apaga la antorcha y agáchate —susurró Cleopatra.

El siciliano sumergió la tea en el agua y se tumbó sobre la parte superior del arco. Cleopatra lo imitó.

Poco después presenciaron a dos arcadas de distancia el paso de una procesión fantasmal. Eran decenas de hombres vestidos con mantos oscuros que caminaban en fila de uno, alumbrados por antorchas. Hablaban entre sí en susurros, y de vez en cuando alguien chistaba para conminar a los demás a callar.

El desfile se hizo interminable. ¿Cuántos podían haber pasado ya? ¿Doscientos, trescientos hombres? ¿Tal vez más? Cleopatra notó un inoportuno picor en la nariz que amenazaba convertirse en estornudo, pero logró contenerlo.

«Deben de ser tropas de Aquilas infiltrándose en la ciudad», pensó. De modo que no era ella la única que recurría al laberinto de túneles y cisternas para pasar desapercibida. ¿Hacia dónde se dirigían? Si hubiesen pretendido entrar en el palacio, lo lógico habría sido que caminaran en sentido contrario.

Se dijo que debería desandar el camino para avisar a César. Luego se arrepintió. Todavía ignoraba si se trataba de un aliado o de un enemigo. Después de haberse acostado con Arsínoe, lo más probable era que César se hubiese convertido en lo segundo.

Por fin, el último miembro de aquel espectral cortejo se perdió de vista. Se habían quedado a oscuras, en medio de una negrura tan espesa que Cleopatra no intuía ni siquiera la sombra de su propia mano agitándola delante de la cara. Después oyó el golpe del hierro contra el pedernal y vio la chispa del yesquero. Apolodoro no tardó en encender la antorcha de repuesto y ayudó a Cleopatra a levantarse.

—Vayamos con cuidado —dijo ella—. No sabemos si podemos encontrarnos con alguien más.

—Lo más prudente sería darnos la vuelta —repuso él.

—Ahora mismo no sabría qué decirte. ¡Continuemos!

Un rato después Cleopatra volvió a consultar el mapa. Si no se habían desorientado, debían de encontrarse debajo del Museo, su destino.

—Vamos por aquí —le dijo a Apolodoro.

Subieron otra escala de metal hasta toparse con una tapa de bronce que les cerraba el paso. Cleopatra se alegró de haber llevado al eunuco, porque ella seguramente no habría sido capaz de levantarla.

Salieron al aire libre justo donde ella quería, en el jardín semioculto junto al estudio de Sosígenes. Allí había una tapa de registro para el trabajo de los inspectores de aguas en la que Cleopatra se había fijado en anteriores ocasiones. Felicitándose por su buena suerte, levantó la mirada al cielo y comprobó que ya se había hecho de noche. A esas alturas, la cena ya estaría más que empezada y su hermano, considerando el gusto que le había tomado al vino pese a su edad, andaría borracho y metiendo mano a Arsínoe o a alguna esclava.

Cleopatra acercó la mano a la aldaba, pero antes de llamar vaciló un instante. «¿Estás segura de lo que vas a hacer?». «Sí», se contestó a sí misma.

Usó de nuevo la contraseña del coriambo, toque, pausa, dos toques rápidos, pausa y toque. No había vuelto a hacerlo desde aquel día infausto en que su hermano apareció por allí. Cleopatra confiaba en que Sosígenes, que vivía en el estudio, no estuviera dormido, pues sabía que si podía elegir prefería trabajar hasta muy entrada la noche y levantarse tarde. «Soy más búho que gallo mañanero», solía decir de sí mismo.

Al cabo de un rato se oyeron unos pasos y un cerrojo que se descorría. La puerta se entornó y el rostro de Sosígenes apareció en el umbral, perfilándose contra el tenue resplandor de las lámparas que alumbraban el interior.

—Mi señora, tenía entendido que esta noche cenabas con tu amado hermano para celebrar vuestra reconciliación.

—Jamás me reconciliaré con él, y no creo que haga falta que te explique por qué.

—Ciertamente no.

—¿Qué te hizo durante mi ausencia? ¿Te torturó?

—He tenido anfitriones mejores que el joven Ptolomeo, pero eso ya quedó atrás. ¿Quieres pasar?

Mientras él terminaba de abrir la puerta, Cleopatra se volvió hacia Apolodoro. Esta vez no se le ocurriría mandarlo de paseo hasta el Sema.

—Puedes dormirte si quieres —le dijo, señalándole un banco de granito bajo un árbol.

El siciliano la miró tan inexpresivo como siempre y asintió. Cleopatra pasó al estudio, que seguía tal como lo recordaba. Si Ptolomeo había tomado represalias contra Sosígenes, debía de haber sido en su persona y no en sus propiedades. Conociendo al astrónomo, seguramente agradecía que así fuese. Los libros, los artefactos, los frascos de cristal y los mapas estaban más o menos como la última vez que los había visto.

—¿Una infusión, mi señora?

Cleopatra tragó saliva y tiró del vestido para alisárselo. Después de haberse tumbado y agachado con él varias veces se veía un poco arrugado. Aunque no se había ataviado de reina, tampoco venía exactamente de incógnito: para entrevistarse con César había elegido una túnica verde pálido con hojas otoñales bordadas en hilos de cobre y una estola de color bronce que resaltaba el color de sus ojos.

—Prefiero beber vino.

Sosígenes asintió. Cleopatra sabía que le gustaba el vino y que a veces bebía hasta amodorrarse, bien fuera visitando tabernas del barrio de Racotis o incluso a solas en el estudio. Él mismo se lo había explicado. «A veces necesito embrutecerme. Ni yo mismo soporto el sonido de mi mente funcionando todo el tiempo».

Únicamente había dos lámparas encendidas, lo que dejaba buena parte de la estancia sumida en sombras. En el claroscuro, el rostro de Sosígenes se recortaba más afilado y ascético que nunca.

—Toma, mi señora.

Cleopatra cogió la copa y la olisqueó por la fuerza de la costumbre. Su fino olfato la informó de que se trataba de un caldo de Quíos, el favorito del astrónomo. Aunque aquel vino merecía una degustación más lenta, Cleopatra lo apuró de dos tragos y volvió a tenderle la copa a Sosígenes. Este enarcó una ceja, pero no dijo nada y la rellenó.

La joven miró hacia el fondo del estudio. Allí seguía la mesa tapada con la manta. Sosígenes había tardado en abrir, como en la anterior visita de Cleopatra, y por su rostro no daba la impresión de que se encontrase durmiendo, sino trabajando. ¿En qué le había interrumpido? ¿Qué quería ocultarle?

—¿Qué guardas debajo de esa manta? —preguntó Cleopatra tras dar otro

sorbo de vino, en esta ocasión más breve.

—Nada importante.

—Quiero verlo. Es una orden de tu reina.

Cleopatra había empleado un tono más juguetón que autoritario. El astrónomo suspiró, tomó una de las lámparas y se dirigió hacia la mesa. Ella lo siguió contoneándose un poco. ¿Era posible que se le hubiese subido tan pronto el vino o se trataba de simple sugestión?

Sosígenes retiró por fin la manta misteriosa. Debajo había un extraño artefacto dorado en forma de caja rectangular.

—Preferiría habértelo enseñado cuando estuviese terminado del todo.

—¿Qué es?

—Una máquina diseñada para calcular las posiciones de los astros.

En una de las caras más anchas había dos series de círculos concéntricos. No, se corrigió Cleopatra: eran espirales con caracteres diminutos grabados a su alrededor. En cada una de ellas había una aguja que se desplazaba a su propio ritmo conforme Sosígenes daba vueltas a la manivela situada en uno de los lados estrechos.

—¿Qué representan esas espirales? —preguntó Cleopatra.

—Es el marcador calendárico. Si te acercas, puedes ver los nombres de los meses macedónicos y egipcios. También está el ciclo metónico.

Gracias a las lecciones de Sosígenes, Cleopatra estaba familiarizada con muchos conceptos astronómicos. Por eso sabía que las fases de la luna no coincidían con las mismas fechas todos los años. Por ejemplo, el día de su decimoquinto cumpleaños, se había bañado en el Nilo bajo la luna llena. No obstante, al año siguiente su cumpleaños había caído en cuarto menguante. Solo cuando se cumpliera el ciclo metónico de diecinueve años volverían a coincidir la luna llena y el día de su nacimiento.

«Para entonces tendré treinta y cuatro años y seré una vieja», pensó.

—Sin embargo, el ciclo metónico no es del todo preciso —le explicó Sosígenes—. Metón lo calculó tomando en cuenta un año solar de trescientos sesenta y cinco días. Pero, como ya te conté en una ocasión, los astrónomos egipcios descubrieron hace mucho que el año dura...

—Trescientos sesenta y cinco días más un cuarto de día —respondió Cleopatra, bebiendo otro sorbo de vino. Ya tenía la copa casi vacía—. Como

ves, soy una alumna muy aplicada.

—Así es. Eso hace que el calendario se adelante seis horas cada año. Si fuéramos racionales, cada cuatro años volveríamos a ponerlo en su sitio añadiéndole un día más. A veces me pregunto por qué no habrá un único calendario en todos los lugares del mundo. Cuando uno lee una crónica, es imposible saber cuándo ocurrió de verdad algo.

«Si los romanos siguen apoderándose de las tierras de la oikoumene, al final tendremos todos un calendario: el suyo», pensó Cleopatra.

—¿Y esta máquina arregla ese desfase? —preguntó Cleopatra.

—Arreglarlo no, pero lo predice. Esta otra espiral nos da el ciclo calípico, llamado así por Calipo, el astrónomo que lo descubrió. Se obtiene multiplicando los diecinueve años del metónico por cuatro, lo que nos da setenta y seis. Solo cuando pasa ese número de años vuelven a coincidir exactamente las fases de la luna y las fechas.

O sea, que para que la luna brillara exactamente como brilló sobre su cabeza cuando se bañó en el Nilo, Cleopatra tendría que tener... ¡noventa y un años! Eso sí que era ser una anciana, mayor incluso que Neferptah cuando murió.

—El otro lado es todavía más interesante —dijo Sosígenes, dando la vuelta a la máquina.

En la plancha de oro que cerraba la máquina por la parte contraria había un círculo graduado. Sosígenes accionó de nuevo la manivela, y diversas agujas empezaron a girar sobre un eje común, cada una a un ritmo distinto, algunas muy rápido y otras de forma mucho más cadenciosa. Cleopatra observó que en algunas de ellas aparecían símbolos que representaban a los planetas, y que en la escala graduada que rodeaba el círculo se veían los nombres de diversas constelaciones.

—Aún faltan algunas piezas, pero casi está terminada —explicó Sosígenes—. Estas dos agujas representan al Sol y la Luna, ¿ves? Conforme se mueven, nos indican en qué constelación del Zodiaco se encuentran a lo largo del año.

Cleopatra observó que en la aguja de la Luna había una bolita formada por una semiesfera de marfil y otra de ébano que, a la par que se movía, giraba sobre sí misma para mostrarse más o menos blanca o negra según las

fases.

—Tengo que encajar todavía los signos de Zeus y Cronos^[12]. En realidad, ya casi había terminado. Pensaba darte la máquina mañana.

—¿Dármela? —Cleopatra se llevó una mano al pecho, sorprendida—. ¿Esto es para mí?

—Sí, mi señora. Es la tercera máquina de este tipo que fabrico. Las otras dos las construí en cobre y las vendí. Con el dinero obtenido compré el oro para fabricar esta, porque pensé que no te merecías menos.

—Sosígenes, no sé qué decir...

Él se encogió de hombros. A Cleopatra le dio la impresión de que, por una vez, se sentía algo azarado.

—No tienes que decir nada, señora.

Los dedos del astrónomo, afilados como punzones, acariciaron la manivela, una pequeña palanca rematada por una bola de marfil.

—Cuando acciones esto —dijo—, todo el mecanismo astral se pondrá en marcha. Será como si te convirtieses en la reina de los cielos.

—¡Reina de los cielos! Eso suena incluso mejor que reina de Egipto —respondió Cleopatra. Después pensó que lo que acababa de decir podía ofender a los dioses y murmuró entre dientes una breve jaculatoria egipcia que le había enseñado su abuela de niña.

—No hace falta que pidas perdón a las divinidades —dijo Sosígenes, que tenía el oído tan fino como la vista—. Lo de «reina de los cielos» era nada más una forma de hablar. Los astros seguirán su camino hagas lo que hagas tú. Esta máquina tan solo permite predecir cómo se verá el cielo en una fecha futura o cómo se vio en el pasado.

Obedeciendo a un impulso súbito, Cleopatra lo agarró por los hombros y le dio un beso en la mejilla. El cuerpo de él se tensó de repente, tan duro e inerte como si se hubiera convertido en una estatua. Cleopatra se preguntó si se debía a que aquella efusión tan poco habitual en ella, y seguramente debida al vino, no le había gustado o, por el contrario, le había gustado demasiado.

Durante un rato se produjo un silencio incómodo. Cleopatra estuvo a punto de rellenarlo echándose más vino en la copa, pero se lo pensó mejor. «¿A qué he venido exactamente?», se preguntó. ¿Quería tan solo desahogarse

con Sosígenes o había algo más? Observó de reojo al astrónomo, que se había concentrado ensamblando unas piezas minúsculas en su máquina. A su manera, con aquellos rasgos delicados, casi andróginos, resultaba atractivo.

«¿En serio has llegado a pensar en entregarte a él?», se preguntó. Se alisó el vestido, como si de pronto quisiera hacerlo todavía más largo de lo que era, y dijo:

—Creo que me voy a ir. —Se dio cuenta de que su voz había sonado muy seca y añadió en tono más suave—: Así podrás terminar esa maravilla que has fabricado.

Sosígenes, que ahora estaba brillantando la máquina con un paño, levantó la mirada enarcando una ceja y dijo:

—¿Te vas a ir sin decirme lo que ha pasado hoy con César?

Cleopatra se ruborizó.

—¿Por qué crees que tiene que haberme pasado algo con César?

—Vamos, mi señora. Todo lo que ocurre ahora en Alejandría tiene que ver con César. Es el protagonista de un gran drama en el que participamos todos. Tú no ibas a ser la excepción.

Pasado su momento de turbación, volvía a ser el científico inquisitivo de siempre. Curiosamente, a Cleopatra le resultaba más fácil confiarse con ese Sosígenes.

«Qué demonios», se dijo Cleopatra. Le tendió la copa a Sosígenes para que se la rellenara él, dio un sorbo de vino y le contó todo de carrerilla: la reunión con su hermano y con César, sus planes para pagar la deuda y cómo había visto salir a Arsínoe de su despacho colocándose la ropa.

—Eso es lo que demuestra que no se han acostado —dijo Sosígenes cuando ella terminó.

—¿Cómo?

—Arsínoe es de natural ocultadora. Todos estos años ha fingido ser tu hermana del alma, tu confidente perfecta, mientras llevaba a cabo un doble juego con Ptolomeo.

—Es cierto —dijo Cleopatra—. Empecé a sospecharlo hace un tiempo. Ptolomeo me ha reconocido que ahora se acuesta con Arsínoe, pero creo que llevan haciéndolo al menos un año.

—¡Un año! —Sosígenes soltó una carcajada seca. Enseguida añadió—:

Perdona, mi señora, no quería tomármelo a risa. Pensé que te habrías dado cuenta, y además no me parecía decoroso comentártelo. Pero cuando os conocí en Menfis, observé indicios de que Arsínoe ya había iniciado sexualmente a tu hermano.

—¡Eso es imposible! ¡Si él no tenía más que siete años!

Sosígenes se encogió de hombros.

—Evidentemente no podrían consumar relaciones completas, pero hay maneras de dar placer incluso a un niño para conseguir manipularlo.

Cleopatra recordó la noche de su fuga del templo de Ptah. Ptolomeo se negaba a bajar por el túnel. Arsínoe lo abrazó, empezó a susurrarle cosas al oído y Cleopatra tan solo captó el final: «Y será muy divertido». En aquel momento ni se le había pasado por la cabeza que su hermana pudiera referirse a... aquello.

¿Cómo había podido estar tan ciega? Al fin y a la postre, pertenecían a la dinastía de los Lágidas, donde toda perversión estaba inventada desde hacía mucho tiempo.

—Pero sigo sin entender por qué dices que no se ha acostado con César —dijo, tratando de olvidarse de Ptolomeo y retornando al inicio del razonamiento.

—Muy sencillo, mi señora. Si se hubieran acostado, ella lo guardaría en secreto. Los hombres se vuelven muy locuaces en la cama, ¿sabes?

—No, no lo sabía —respondió Cleopatra en tono cortante. Se había percatado de que Sosígenes se excluía de aquella afirmación.

—Pues así es. Al compartir lecho con César, también compartiría información. Todo lo que tú o cualquier otra persona pudiese tratar con él acabaría llegando a oídos de Arsínoe sin que tú lo supieras. Una gran ventaja a la que una mujer astuta como ella no renunciaría.

—Entonces, ¿por qué tantas alharacas colocándose el vestido y mirándome con cara de furcia?

—Por lo que te he dicho, porque no se ha acostado con él. De haberlo hecho, lo guardaría en secreto para mantener esa ventaja táctica que te mencionaba. Como no lo ha hecho, juega a lo contrario, a hacerte creer que goza de la intimidad de César. ¿Acaso no ha conseguido lo que pretendía, causar desazón en ti?

Cleopatra se quedó pensando. Lo que decía Sosígenes parecía razonable. En ese momento llamaron a la puerta.

—Qué interrupción más oportuna —murmuró Sosígenes en tono irónico mientras se dirigía hacia la entrada.

Al otro lado de la puerta estaba Apolodoro, con la mano en alto en ademán de llamar de nuevo.

—¿Qué ocurre, buen amigo? —preguntó Sosígenes.

—Mirad ahí —contestó Apolodoro, señalando al cielo.

Por encima de la pared que cerraba el patio por la parte norte se vislumbraba un intenso resplandor rojizo que no era el de la luna. Si les hubiera cabido alguna duda de la causa, no tardó en despejarse, pues unas lenguas de fuego asomaron sobre los tejados.

—Es el Emporio —dijo Sosígenes sin apenas alterarse—. Está ardiendo.

De pronto, Cleopatra comprendió la razón de la extraña procesión que habían visto en los subterráneos, y se dio cuenta de que aquellos hombres con antorchas no podían ser soldados de Aquilas.

—César —musitó.

—¿Cómo, señora? —preguntó Sosígenes.

—Es César. Ha decidido quemar nuestros barcos, y quién sabe si la ciudad entera.

—Esa mujer no deja de echarnos el ojo —susurró Claudio Nerón.

—Tu indudable apostura la habrá seducido —respondió César.

—No me importaría que así fuese, pero sospecho que es a ti a quien quiere dirigir sus dardos.

César observó de reojo por encima de Claudio Nerón, a quien había puesto por medio para alejarse lo más posible de Arsínoe. Tal como había dicho su legado, la joven lo tenía tan enfilado que ni siquiera la breve mirada de soslayo que le lanzó César le pasó desapercibida. Con una sonrisa, Arsínoe se giró un poco en el diván para quedarse boca abajo y levantó las piernas de tal modo que sus glúteos se contrajeron, haciendo que su trasero pareciese aún más respingón y apetecible.

César meneó la cabeza y apartó la mirada. «Condenada criatura», musitó para sí, y no por primera vez. La imagen del cuerpo desnudo de la princesa no dejaba de asaltarle tenaz como un ariete de asedio, y con la misma persistencia él se esforzaba por ahuyentarla. Necesitaba tener la mente despejada. Al menos, el masaje que Menéstor le dio en los hombros después del baño le había aliviado mucho el dolor de cabeza.

—El muchacho se está agarrando una buena melopea —comentó Claudio Nerón.

—Ya me he percatado —respondió César.

Prefería no volver a mirar al triclinio que ocupaban los dos hermanos — César sospechaba que no era el único lugar donde se tumbaban juntos—, pero ya había comprobado antes que Ptolomeo no hacía más que levantar la copa reclamando que se la rellenaran. Si se emborrachaba así con catorce años, ¿qué dejaría para cuando cumpliera treinta o cuarenta? Más allá, en otro diván que compartía con una prima sumamente fea, el Ptolomeo más joven se aplicaba a las viandas con tanto entusiasmo como su hermano al vino. Tendido de costado, a César le recordaba a una enorme ballena que había encontrado varada y agonizante en una playa de Britania.

En Egipto quizá estuviesen pasando hambre, pero en la cena no faltaba de nada. En la mesa dispuesta ante el triclinio de César los criados no paraban de plantar y retirar bandejas con todo tipo de pescados, mariscos y carnes tanto de ganado como de aves de caza. Él apenas probaba bocado. En más de una ocasión le recordó a Claudio Nerón que contuviera su gula y, sobre todo, que

catara el vino lo menos posible.

—Aunque toda esta gente no se dé cuenta —le recordó—, nosotros estamos de servicio.

Los invitados habían llegado perfectamente arreglados, con trajes y vestidos immaculados en los que abundaban la seda india, la púrpura de Tiro y las lentejuelas y recamados de oro. Pero a estas alturas del convite, entre los giros y revolcones en los triclinios, las carcajadas y los bailes, las túnicas empezaban a verse arrugadas y en algunos casos tan arremangadas que mostraban hasta las rodillas y los muslos de algún comensal. Conforme el vino corría, las coronas de mirto y laurel que adornaban las cabezas se torcían cada vez más y aparecían manchas de vino e incluso de vómito en aquellas prendas tan lujosas y elegantes.

«Cuanto más borrachos estén, mejor para nosotros», pensó César.

—¿Qué está ocurriendo allí?

Al oír la aguda voz de Teódoto, que señalaba con gesto de pasmo hacia el puerto, César miró en esa dirección.

—Ya ha empezado —murmuró, y tirando de la túnica de Claudio Nerón le dijo—: Vamos, levántate.

Mientras se incorporaba, dirigió otra mirada al triclinio vacío de Cleopatra. ¿Por qué demonios no aparecía? No había contado con su ausencia. «De todos modos, si se ha quedado en sus aposentos no tiene por qué correr peligro», quiso tranquilizarse.

Se acercó a la puerta oeste de la carpa. Los sirvientes habían separado más los faldones para que los curiosos que se habían levantado como César pudieran ver mejor lo que ocurría.

—¡Es un incendio! —exclamó Teódoto.

El fuego que había llamado la atención del maestro de retórica se había producido a unos doscientos metros de allí, en los muelles del Arsenal.

—¡Los barcos! —exclamó alguien—. ¡Están ardiendo los barcos!

Alumbradas por las llamas crecientes, decenas de siluetas oscuras corrían por los embarcaderos y arrojaban sobre las naves amarradas antorchas que de lejos parecían diminutas luciérnagas revoloteando por el aire. César esbozó una sonrisa, satisfecho por la coordinación que estaban demostrando sus hombres. Recurriendo a los planos y las instrucciones de Zenódoto, había

enviado a tres cohortes de la VI legión en secreto por los conductos que recorrían el subsuelo de la ciudad. Sus instrucciones eran dividirse, salir por las bocas de registro repartidas entre el Arsenal y el Emporio y prender fuego a todos los barcos de guerra atracados al este del Heptastadion.

—¿Y si el incendio se propaga también a las naves de carga? —le había preguntado Esceva.

—Que se propague —respondió César—. Cuanto más caos y destrucción creéis, mejor.

Las llamaradas subían cada vez más altas, enroscándose sobre mástiles, cordajes y velas. El viento, que llevaba soplando con fuerza todo el día, colaboraba con los hombres de César en su tarea incendiaria, prolongando las lenguas de fuego y haciendo saltar chispas y brasas de un barco a otro. Pronto toda la línea de muelles hasta el Heptastadion se convirtió en una enorme serpiente de llamas que alumbraba la noche y se reflejaba en las oscuras aguas del puerto.

—¿Qué está pasando aquí?

César se volvió. Detrás de él, Potino lo miraba con gesto indignado.

—No me lo preguntes a mí. Es vuestro puerto —respondió César con tono sarcástico—. ¿Una ciudad tan avanzada como esta no tiene un cuerpo de extinción de incendios?

—Claro que lo tiene. Pero esto no es un accidente, sino algo provocado. ¡Por ti! ¡Eres un vil traidor!

César, que no soportaba a aquel personaje, decidió dejarse de fingimientos y lo agarró del cuello de la túnica.

—¿Y lo dices tú, medio hombre? En lugar de licenciar al ejército de Aquilas, os lo habéis traído a la ciudad. ¿Cuándo pensabais atacarme?

—¡No sé de qué me estás hablando!

—Y tú no sabes con quién estás hablando.

César lo empujó, asqueado, y el eunuco chocó contra un diván donde una pareja muy borracha se dedicaba a hacerse arrumacos, ajena al incendio. Mientras tanto, la mayoría de los invitados habían salido de la tienda para contemplar mejor lo que ocurría.

Al ver que entre ellos se acercaba Ptolomeo, agarrado del brazo de su hermana para no caerse en sus tambaleos, César hizo una seña a sus hombres,

que habían levantado los faldones de la carpa para entrar por el lado sur. Los legionarios desenvainaron sus espadas y atravesaron la tienda corriendo, derribando a su paso triclinios, mesas y pebeteros y empujando por igual a sirvientes e invitados.

Antes de que nadie pudiera reaccionar, Ptolomeo y Arsínoe se vieron rodeados por un corro de soldados romanos. Al otro lado de la tienda, los guardias reales se dieron cuenta de lo que pasaba y trataron de acudir en auxilio de ambos hermanos.

Durante unos instantes pareció que iba a producirse un combate parejo entre legionarios y guardias, cincuenta contra cincuenta. Pero entonces se oyó en el exterior de la tienda la aguda llamada de una trompeta, seguida por gritos de guerra y tamboreo de pasos a la carrera.

—¡Una coordinación perfecta! —exclamó Claudio Nerón.

Por la tarde, César había escondido a quinientos legionarios de la XXVII en el muelle donde reparaban la Anfítrite. Ahora esos hombres surgieron de entre las sombras, atravesando el palmeral que delimitaba el jardín de Apolo por el norte. Ellos venían en la oscuridad, mientras que los guardias reales apostados junto a las antorchas les ofrecían un blanco fácil. Una andanada de jabalinas voló por el aire. Apenas un segundo después César oyó el sordo impacto de las puntas de acero clavándose en las corazas de lino, acompañado por gritos y gruñidos de rabia y dolor.

La mayoría de los guardias que seguían fuera de la tienda cayeron abatidos por esa primera descarga. Los que ya se encontraban dentro dispuestos a romper el círculo de legionarios que rodeaba a su rey se detuvieron, desconcertados.

—¡Ptolomeo! —exclamó César—. ¡Ordena a tus guardias que tiren las armas ahora mismo si no quieres verlos masacrados!

El joven miraba a todas partes, sin comprender. Teniendo en cuenta su estatura, lo único que debía ver a su alrededor eran cotas de malla y yelmos romanos, y para colmo estaba demasiado bebido para reaccionar. Fue Potino quien, captando la situación, gritó con voz chillona:

—¡Tirad las armas!

Al ver que por la entrada de la tienda aparecían nuevos enemigos, los guardias supervivientes comprendieron que se hallaban acorralados y en

inferioridad numérica, tiraron las armas al suelo y levantaron los brazos. César ordenó a sus hombres que los capturaran y los encerraran sin causarles daño.

—¿Qué va a pasar con nosotros? —preguntó Arsínoe, que había dejado de sonreír hacía un buen rato.

—Os vamos a confinar en palacio por vuestra propia seguridad —respondió César—. No te preocupes, princesa. No os ocurrirá nada malo.

Un soldado la agarró del codo para llevársela de allí. Ella sacudió el brazo con violencia para zafarse, se acercó a César y le susurró al oído:

—¿Qué has hecho, insensato? Te has dejado engañar por Cleopatra.

César se limitó a sonreír, e incluso se permitió tomarle la mano y besársela. Después le encomendó a Claudio Nerón que se encargara personalmente de llevarlos a ella y sus hermanos al palacio.

—Pero no se te ocurra quedarte a solas con Arsínoe —añadió en voz baja—. Esa mujer es más peligrosa que la esfinge de Tebas y las sirenas de Antemusa juntas.

Mientras el incendio seguía devastando los muelles, César regresó al palacio, donde se apresuró a ponerse la armadura. Aparte de los treinta guardias supervivientes, llevaban prisioneros a los invitados que no habían sabido aprovechar los primeros momentos de confusión para escapar. Puesto que todos pertenecían a familias importantes de la ciudad, César esperaba utilizarlos como rehenes.

César comprobó con satisfacción que el resto de los guardias reales habían sido desarmados y apresados. En aquel momento, todos sus soldados estaban en acción, unos incendiando los barcos y otros afianzando el control del palacio y apoderándose de los accesos al distrito Alfa. Al mismo tiempo, doscientos jinetes germanos al mando de Saxnot debían de estar a punto de llegar mientras los demás se quedaban en el campamento despiertos y con las armas prestas por lo que pudiera suceder. Pero no solo habían entrado en liza los cuatro mil hombres de guerra. También las tripulaciones de los barcos habían recibido órdenes y, si todo marchaba según lo previsto, ya estarían llevándolas a cabo.

Antes de verificarlo, César se dirigió al ala norte del palacio, donde se encontraban los aposentos de Cleopatra. En el patio, delante de su puerta,

montaban guardia Furio y sus hombres. El optio se cuadró ante César.

—¡A tus órdenes, César! ¡Sin novedad!

—¿Sin novedad? —repitió César, irónico—. La reina no ha asistido al banquete. ¿No te parece eso digno de novedad?

—Yo...

—Déjalo, optio. Ya sé que es la forma de hablar castrense.

Llamó con los nudillos, primero con suavidad y después más fuerte. Al no obtener respuesta, acabó aporreando la puerta con el puño cerrado.

—¿Estás seguro de que la reina sigue dentro? —le preguntó a Furio.

—Sí, César. Llevamos aquí horas sin movernos. Ella nos dijo que pensaba asistir al banquete, pero que iba a llegar tarde porque...

—Eso da igual. Lo que quiero ahora es que abráis.

Rufino, uno de los soldados de Furio, derribó la puerta a golpes de pilum. Una vez dentro, César registró todas las estancias mientras llamaba a Cleopatra a grandes voces.

Al llegar a la alcoba, comprobó que alguien había movido la cama y vio un agujero que conducía a un pasadizo subterráneo.

—Señor, ¿cómo iba a saber que ella pretendía escapar de su propio palacio? —se disculpó Furio, ruborizado hasta las cejas.

—Tranquilo, optio. A mí tampoco se me habría ocurrido.

¿Adónde habría ido Cleopatra? ¿Pretendía huir para no volver o únicamente quería salir en secreto del palacio para encontrarse con alguien? Solo se le ocurría una persona en la que ella pareciera confiar lo bastante como para obrar de esa manera: Sosígenes.

Al salir al patio de nuevo, César casi se topó de manos a boca con un soldado que venía corriendo.

—¡César, las llamas han saltado al puerto comercial! ¡El Emporio está ardiendo!

Acompañado por Furio y sus hombres, César siguió al soldado a través de un pequeño laberinto de galerías y patios hasta llegar al ala oeste. Una vez allí, subieron a un terrado, y desde este treparon por una escalera que llevaba a lo alto de uno de los pilonos que dominaban la entrada occidental del palacio.

Desde allí pudo contemplar todo el puerto con cierta perspectiva. Las

luces que se movían por la bahía eran los fanales de sus propias naves. Todas ellas habían soltado amarras con dos objetivos: evitar que las llamas las alcanzaran y apoderarse de los tres pasos que daban acceso al Puerto Grande.

En cuanto a los transportes, aunque desde allí no alcanzaba a distinguirlos, ya debían de estar junto al Heptastadion. César había encomendado a León personalmente aquella misión. El rodio tenía que llegar hasta los arcos situados en los extremos del terraplén y hundir dos barcos en cada uno de ellos cargándolos de piedras y abriendo vías de agua a hachazos. De este modo, las naves de guerra atracadas en el Ciboto, entre quince y veinte según sus informes, no podrían entrar en el Puerto Grande.

En la orilla, el incendio no dejaba de crecer. El viento soplaba cada vez más fuerte desde el mar; aunque César no hubiera sentido cómo azotaba su rostro y hacía flamear su capa, le habría bastado ver cómo las lenguas de fuego que se levantaban de los barcos y las grúas de los muelles parecían doblarse tierra adentro.

Tal como le había informado aquel soldado, las llamas habían alcanzado el Emporio. Pese a que las paredes de ladrillo no ardían, a través de los arcos se veía el resplandor del fuego en su interior, que debía de haber prendido en las vigas de madera y, sobre todo, en las mercancías inflamables. Por más que el edificio fuese de piedra, si la temperatura subía lo suficiente, acabaría viniéndose abajo. César lo lamentó, pues no era su intención quemar el Emporio; las riquezas que contenía seguramente valían más que los tres mil talentos que la corona egipcia le adeudaba.

Una trompa de guerra resonó en la noche. César volvió la mirada a su izquierda. Saxnot y sus germanos venían cabalgando por el final de la avenida de Argeo, y no tardarían en llegar.

César se volvió hacia Furio.

—Optio, ordena que ensillen a mi caballo y lo lleven allí abajo. ¡Rápido!

Su primera intención había sido dirigir las operaciones desde el palacio, pero acababa de cambiar de planes. Solo una calle separaba el Emporio del Museo. Si sus sospechas eran ciertas, Cleopatra estaba allí con Sosígenes, y eso significaba que ambos se hallaban en peligro.

llevaba prendida en un hombro debía de ser el jefe del grupo, y lo detuvo agarrándolo de un brazo.

—¿Qué haces, mujer? —dijo el hombre, manoteando para zafarse de ella. Apolodoro lo agarró por la túnica y le dijo con voz ronca:

—Esta que llamas «mujer» es tu reina Cleopatra —respondió Apolodoro, plantándole la manaza encima.

El hombre se quedó un instante sin saber qué decir. Luego, al reconocer a Cleopatra, hizo tal reverencia que casi tocó el suelo con la cabeza. Sus acompañantes, que eran diez o doce, se detuvieron en su huida para formar un corro alrededor de la reina y empezaron a ofrecerle explicaciones atropelladas todos a la vez.

—¡Basta! —exclamó ella, levantando las manos para imponer silencio. Después se dirigió al jefe y le dijo—: Habla tú solo. ¿Cómo te llamas?

—Nición, señora.

—Pues bien, Nición. Cálmate y, en lugar de huir, cumple con tu deber. ¿Es que nunca has visto un incendio en tu vida?

—No como este, majestad. Lo normal es que se prenda fuego en algún barco o en algún puesto del almacén y logremos apagarlo antes de que se extienda demasiado. ¡Pero este incendio ha empezado en más de diez sitios separados al mismo tiempo!

—¿Cómo puede ser eso?

—Elemental —intervino Sosígenes—. Lo han provocado.

—Eso ya lo sé, Sosígenes —respondió Cleopatra—. Deja que se explique Nición. ¿Qué has visto?

—¡Han sido los romanos, majestad! Han aparecido de la nada y se están dedicando a arrojar antorchas a las naves del Arsenal. Si alguien intenta apagarlas o soltar las amarras de los barcos para apartarlos de los embarcaderos, lo matan.

«¡César!», pensó Cleopatra. Así pues, tenía razón en sus sospechas. El general romano había sacado a sus hombres del palacio por los subterráneos para acabar de un solo golpe de mano con la flota de guerra de Alejandría.

Por lo que contaba Nición, los barcos ya no tenían salvación posible. El Emporio tampoco. Dentro se veían furiosos remolinos de chispas y llamaradas que se alzaban ya hasta el segundo piso. Cada poco rato sonaba

un estallido y el resplandor que asomaba por los arcos se intensificaba cuando el fuego reventaba ánforas y barriles que debían de almacenar aceites y otros productos combustibles.

—Por el lado este del Emporio el templo de Poseidón se encuentra en llamas, majestad —siguió explicando Nicón—. Por el lado oeste hay un entrante del puerto que también está ardiendo, pero no hay más edificios que se puedan incendiar.

Cleopatra asintió. El peligro, así pues, estribaba en que el fuego se extendiera hacia el sur cruzando la calle donde se encontraban. Levantó la mirada. El viento arrastraba chispas y pavesas que sobrevolaban sus cabezas. Si prendían en los árboles que poblaban los jardines del Museo, podrían propagarse a los edificios.

Las mercancías almacenadas en el Emporio costaban miles de talentos, una fortuna perdida entre las llamas. Pero los libros almacenados en la Biblioteca valían mucho más, pues su precio no se tasaba en monedas, sino en las vidas de los hombres que los habían escrito, en las memorias de tantos sabios del pasado que se perderían para siempre si esos volúmenes ardían.

Como si le hubiera leído la mente, Sosígenes señaló al extremo oeste del Emporio. Allí había miles de libros que llevaban meses o incluso años esperando a cruzar la calle debido a la lentitud de la burocracia del puerto y la natural cachaza del director Onasandro, y que ahora se estaban convirtiendo en cenizas. Al ver unas pavesas incandescentes flotando sobre su cabeza, Cleopatra se preguntó qué palabras irrecuperables contendrían.

No pensaba permitir que les ocurriera lo mismo a los cientos de miles de volúmenes guardados en los anaqueles de la Biblioteca.

—Nición —dijo, tratando de pensar a toda velocidad—, quiero que tú y tus hombres reunáis ahora mismo a todos los miembros de vuestra brigada que encontréis y vengáis aquí con vuestros equipos de extinción.

—Sí, señora —respondió Nicón.

—Sosígenes, tú organiza a todos los miembros del Museo para que vigilen que el incendio no se propague. Me da igual si son ancianos venerables como Onasandro: quiero que cojan mantas, cubos y escobas, todo lo que pueda servir para apagar cualquier foco de llamas. ¡Rápido!

Contagiados por la decisión de su joven reina, todos partieron a cumplir

sus órdenes a la carrera. Durante unos minutos, Cleopatra permaneció junto a la verja, cruzada de brazos y observando impotente cómo el incendio seguía devorando insaciable el Emporio y unas enormes columnas de humo negro se elevaban hacia el cielo alumbradas por el resplandor sangriento de las llamas. El calor era tan intenso que notaba el rostro enrojecido, y la ropa empapada de sudor se le pegaba al cuerpo como si se hubiera bañado con ella puesta. El crepitar de las llamas se había convertido en un ensordecedor rugido, punteado por explosiones esporádicas y por el estrépito de paredes y tejados que se desplomaban.

Por fin, fueron apareciendo los funcionarios de la brigada antiincendios en grupos de diez y de quince. Lo más importante era que traían consigo sus herramientas. Los mandaba un hombre de unos sesenta años llamado Demetrio. En cuanto Cleopatra lo oyó hablar y lo vio actuar comprendió que era demasiado parsimonioso para una urgencia así y lo destituyó con efecto inmediato. En su lugar nombró a Nicón que, quizá avergonzado por su anterior momento de pánico, ahora se comportaba con la mezcla de serenidad y rapidez de decisión que hacía falta en aquellas circunstancias.

La brigada estaba organizada en diversos equipos. Los sifonarios traían consigo diez bombas de agua fabricadas en bronce según los diseños de Ctesibio. Los ayudaban los hydristái, que se encargaron de levantar las tapas de registro y bajar con larguísimas mangueras de cuero hasta la cisterna que surtía de agua al Museo. Una vez que avisaron a sus compañeros sifonarios, estos empezaron a bombear agua y a lanzar sus chorros contra las llamas.

Pero a esas alturas apagar el incendio del Emporio era una tarea tan inútil como la que realizaba el desdichado Sísifo en el infierno. Por eso, Nicón ordenó concentrar los esfuerzos en derribar el edificio, pues cuanto antes se redujera a escombros antes se extinguirían las llamas. Los catapaltistái cargaron grandes bolas de piedra en sus balistas y las lanzaron contra las paredes. Los ayudaban en su tarea los ankistritái, provistos de arietes y garfios de demolición; algunos de ellos se acercaron tanto al fuego que las llamas prendieron en sus ropas y sus compañeros los petasmistái tuvieron que apagarlas golpeándolos con alfombras y mantas de lana empapadas en agua.

Poco a poco, el fuego y las brigadas antiincendios colaboraron para convertir el enorme edificio en una ruina humeante. La altura de las

llamaradas, sin presa que devorar, empezó a reducirse. Mientras tanto, en el recinto del Museo todos acarreaban cubos de agua de acá para allá y extinguían los fuegos que se prendían entre los árboles y los arbustos de los jardines, a veces sofocándolos con sus propios mantos y túnicas.

—Vamos a salvar la Biblioteca —mascullaba entre dientes Cleopatra, que acudía de un lado a otro para animar y dar órdenes—. No mataréis a los muertos, romanos. ¡No quemaréis mis libros!

Ahora que el rugido de las llamas se mitigaba paulatinamente, Cleopatra captó un sonido nuevo, el golpeteo de cascos sobre adoquines de piedra. Al mirar a su izquierda, descubrió que desde la zona del Heptastadion venía una tropa de caballería a un trote tan vivo que era casi galope.

—¡Apartaos! ¡Dejad paso libre! —gritó uno de los jinetes.

Aquellos soldados, unos cuarenta, no eran romanos sino del ejército egipcio. Los miembros de la brigada de incendios se apartaron a toda prisa, pero los jinetes arrollaron a dos de ellos y, sin apenas refrenar el paso, derribaron al pasar varias bombas de Ctesibio.

—Mal asunto —murmuró Cleopatra.

—¿Qué ocurre? —preguntó Sosígenes, que se había acercado curioso al ver pasar a aquella pequeña hueste.

Cleopatra había reconocido al hombre que cabalgaba al frente de aquel escuadrón. El fénix rojo y dorado de su peto resultaba inconfundible: era Aquilas.

—Creo que es mejor que nos vayamos de aquí —dijo Cleopatra—. Estos hombres ya tienen casi controladas las llamas.

—Me parece una excelente idea —asintió Sosígenes.

Por desgracia, del mismo modo que Cleopatra había reconocido a Aquilas, el general también había reparado en ella. Durante unos segundos no reaccionó, tal vez porque no se esperaba encontrar a la reina en aquel lugar, tan cerca del incendio. Sin embargo, no tardó en asimilar la información y tiró de las riendas de su caballo con tanta fuerza que el animal se frenó casi en seco levantando los remos delanteros en el aire.

—¡Alto! —ordenó a sus hombres.

Al ver que Aquilas se dirigía hacia ella sin vacilar, Cleopatra intentó huir hacia la verja. Pero había un grupo de personas obstaculizando el paso que, al

ver que un jinete armado con lanza cargaba en su dirección, apartaron a Cleopatra a empujones pensando que al alejar a la presa desviarían también al cazador.

Uno de esos empujones fue tan violento que la joven trastabilló y cayó de rodillas sobre el empedrado de la calle. Al levantar la mirada vio que tenía casi encima a Aquilas. Las intenciones de este saltaban a la vista, pues había puesto la lanza en posición horizontal apuntando hacia ella sobre las orejas de su caballo.

—¡Que alguien me ayude! —gritó Cleopatra.

Nadie acudió en su auxilio. Los hombres de la brigada de incendios poseían un gran coraje para luchar contra las llamas, pero no dejaban de ser civiles que sentían un temor cerval por los soldados, y fueron incapaces de moverse.

Tan solo hubo un hombre que no mostró miedo. Cuando el caballo se hallaba a menos de cinco metros de Cleopatra, Apolodoro se plantó delante de él levantando las manos.

—¡Detente! —exclamó.

Como era de esperar, Aquilas no obedeció su consejo y siguió adelante. La lanza se clavó en el cuerpo de Apolodoro. Desde donde se encontraba, Cleopatra vio cómo la punta lo traspasaba y asomaba ensangrentada por su espalda. El eunuco cayó derribado, mas no sin antes agarrar el arma con ambas manos y arrancarla de las de Aquilas.

El general, frustrado, frenó a su montura, señaló a Cleopatra con un gesto obscuro del dedo corazón y volvió grupas.

—¿A qué esperáis? —gritó a sus hombres—. ¡Dadme otra lanza!

Los jinetes de Aquilas se habían detenido, ocupando prácticamente toda la anchura de la calle. Uno de ellos arrojó al aire su lanza y el general la agarró al vuelo por el centro del asta.

Aunque Cleopatra podría haber huido en aquel momento, ni se le pasó por la cabeza. Al ver a Apolodoro en el suelo corrió a su lado y se agachó junto a él. La punta de hierro lo había atravesado por debajo de la clavícula derecha. El eunuco se arrodilló en el suelo, agarró el astil con ambas manos y, gruñendo de dolor, lo partió con un chasquido seco justo al borde de la moharra.

—Señora —dijo jadeando—. Huye.

—No sin ti, Apolodoro —respondió ella. Intentó levantarlo, pero no lo consiguió. ¿Cuánto pesaba ese hombre, ciento treinta kilos?

—Yo te echo una mano, Cleopatra —dijo Sosígenes, que se apresuró a ayudarla y agarró a Apolodoro por el otro brazo.

«Mis dos más fieles amigos», pensó Cleopatra. Tan solo fue una idea fugaz, pues los cascos del caballo de Aquilas reclamaron su atención. El general se acercaba de nuevo a ella enarbolando su segunda lanza.

Si Aquilas estaba pensando que Cleopatra se arrodillara o le pidiera clemencia, iba a llevarse una decepción. Dejando que Sosígenes hiciera de báculo para Apolodoro, se adelantó hasta el centro de la avenida y se plantó frente al caballo.

—¡Soy tu reina! —exclamó—. ¡Te ordeno que apartes ahora mismo esa lanza!

Aquilas tiró de las riendas y el caballo clavó los cascos en el suelo. Se hallaba tan cerca que Cleopatra podía sentir el aliento del corcel brotando de sus ollares. El general levantó la lanza y dirigió la punta hacia el pecho de la joven, a menos de un metro.

Por un instante, Cleopatra creyó ver en Aquilas la sombra de una duda, y pensó que tal vez cumpliría su orden. Pero al momento asomó una sonrisa cruel a su semblante que la hizo comprender que no era así. El hombre que le había traído la salvación hacía siete años en Menfis iba a convertirse en su verdugo.

—Ahora le debo lealtad a una reina nueva —dijo—. Y es Arsínoe, no tú.

—No hay reina nueva mientras la legítima siga viva.

—Eso tiene remedio. Es una lástima que no seas más alta ni más gruesa, Cleopatra, porque tus hermanos me pagarán tu peso en oro.

OOOOOUUUUMMMMM.

La grave nota de una trompa resonó en el aire. Aquilas y Cleopatra volvieron la mirada hacia el este a la vez. Allí una espesa nube de humo y polvo cubría casi toda la calle y tapaba la visión.

El tiempo pareció congelarse. Un corcel enorme y blanco como el mármol surgió de entre el humo. Detrás del jinete que lo cabalgaba ondeaba una larga capa carmesí, flameando en el aire como las llamas del incendio. Le

seguían más caballos, montados por enormes guerreros con los rostros pintados con colores de guerra. Uno de ellos, el más alto de todos, soplabá un cuerno que sostenía con la mano izquierda, y en la derecha empuñaba un estandarte que Cleopatra había aprendido a reconocer.

César había llegado.

Pasada esa ilusión de quietud momentánea, todo recuperó su ritmo normal e incluso se aceleró como en una frenética pesadilla. Al ver que los tan temidos germanos se abalanzaban sobre ellos, los jinetes de Aquilas clavaron los talones en los ijares de sus caballos, les hicieron volver grupas y huyeron sin el menor pudor por donde habían venido. En su retirada pasaron a ambos lados de Cleopatra, tan cerca que uno de ellos la rozó con un pie y la derribó.

La joven trató de levantarse cuanto antes, pero al arrodillarse y apoyar las manos en el suelo para incorporarse vio la punta de la lanza de Aquilas a menos de un palmo de su cara.

—¡No te atrevas a tocarla!

La voz de César sonó tan imperiosa que Aquilas no pudo resistirse a ella. El general apartó el arma e hizo girar a su montura para enfrentarse a la amenaza que se le venía encima.

Al ver que César llevaba en la mano una lanza ridículamente corta, Cleopatra pensó que no tenía nada que hacer en un duelo contra Aquilas. Pero la forma de actuar del romano la sorprendió. En lugar de embestir de frente contra su adversario, cuando estaba a menos de cinco metros César maniobró con las rodillas y obligó a su caballo a desviarse a la izquierda en un rapidísimo quiebro. Al pasar a la altura de Aquilas arrojó su lanza, que en realidad era un pilum, uno de aquellos extraños venablos que utilizaban sus legionarios.

El arma golpeó a Aquilas tan fuerte que atravesó la coraza de lino con un crujido seco y se clavó en su pecho. El general, con gesto de incredulidad, soltó su propia lanza, resbaló lentamente sobre el lomo de su caballo y cayó de espaldas al suelo con un sonoro impacto.

César tiró de las riendas para refrenar el paso de su montura. Sin molestarse en comprobar si su enemigo estaba muerto o vivo, se acercó a Cleopatra, le tendió la mano izquierda y pronunció una sola palabra.

—Ven.

Ella se aferró a su muñeca. César se inclinó sobre el caballo y, sin perder el equilibrio, la enlazó por la cintura con el brazo derecho, tiró de ella hacia arriba con una fuerza sorprendente y la encaramó sobre la parte delantera de la silla sentándola de lado. Pese a que toda la calle olía a humazo, brasas y cenizas, la nariz de Cleopatra captó la mezcla de cuero, metal y sudor que emanaba de aquel hombre. Sin saber muy bien por qué, se le encogió el vientre, presa de un extraño miedo que no había tenido tiempo de experimentar mientras Aquilas la amenazaba con su lanza.

—¿Adónde me llevas? —preguntó, temblando como la hoja de un álamo.

—Pronto lo sabrás —se limitó a responder César, y taloneó a su montura.

«Madre Isis, pase lo que pase protege a tu hija», rezó Cleopatra mientras cabalgaban hacia el oeste, alejándose del incendio.

la isla de Faros. Cleopatra, preocupada por su ciudad, torció el cuello para ver si el incendio había llegado a Eunosto. Aquel puerto parecía intacto, como también el Ciboto, de donde salían naves de guerra para intentar pasar por los arcos que se abrían bajo el gran terraplén.

—No lo conseguirán —dijo César.

—¿Por qué?

Él no se molestó en explicárselo. Siguieron cabalgando por la playa de la isla, derechos hacia la gran torre, la séptima de las maravillas.

Al atravesar la rampa que unía Faros con el islote, Cleopatra pudo contemplar en conjunto el lado opuesto de la bahía. Exceptuando los embarcaderos de Loquias, todos los demás muelles eran pasto de las llamas, cuyas luces se reflejaban en las aguas como si bajo su oscura superficie ardiera otra monstruosa conflagración.

El islote del Faro estaba tomado por legionarios que habían desembarcado en tres quinquerremes amarrados al malecón. Mas, para sorpresa de Cleopatra, César no descabalgó, ni tan siquiera detuvo a su montura, sino que pasó entre sus hombres y entró en el patio interior del basamento que rodeaba la torre. Después atravesó la puerta y con una simple presión de la rodilla hizo que su corcel girara casi en ángulo recto para entrar por el primer tramo de la rampa.

Por eso sabía Cleopatra que aquello tenía que ser un sueño, porque la imagen que recordaba era imposible. Un corcel blanco cabalgando sin descanso por la empinada pendiente que subía a las alturas del Faro, devorando rampa tras rampa bajo sus cascos. Las ventanas desfilando una tras otra ante ella, ofreciéndole ora una visión del mar oscuro, ora del puerto en llamas. La capa roja de César ondeando tras la grupa del caballo a la luz de las lámparas encastradas en las paredes.

Ochenta metros más arriba, cuando salieron a la primera terraza y el cansancio empezaba a aminorar el paso de su montura, César tiró de las riendas por fin y dijo: «¡Sooo, Ascanio!». Entonces desmontó en un solo movimiento fluido como el agua y bajó del caballo a su pasajera con tanta facilidad como la había subido.

«Ha sido un sueño, solo un sueño», pensó y deseó Cleopatra sin atreverse a abrir los ojos todavía.

Tenía que ser así. Cuando despertara se encontraría en la alcoba de su palacio y al asomarse a la terraza vería el puerto como todos los días, rebosante de barcos que entraban y salían, y no convertido en una masa de escombros y cenizas.

Sobre todo, seguiría siendo la misma Cleopatra de siempre, la reina virgen, esperando el momento de cumplir la promesa que le había hecho a Neferptah; un momento que quizá no llegaría nunca.

Porque aquello que temía recordar no podía haber pasado.

No obstante, incluso con los ojos cerrados era consciente de que no se hallaba en su lecho. Bajo la manta que la envolvía, su espalda sentía la dureza de la piedra y no la muelle blandura de un colchón. Además, no llevaba puesta la túnica inconsútil que solía usar para dormir.

A decir verdad, no llevaba nada encima, ni tan siquiera el perizoma. Estaba tan desnuda como aquella noche en que se bañó en el Nilo. Pero ahora se sentía mucho más desprotegida e indefensa.

Aunque la idea de abrir los ojos le daba pavor, se resignó a hacerlo.

Lo primero que vio fue una gaviota posada sobre una balaustrada de bronce. El ave le devolvió la mirada un instante y después echó a volar con un estridente chillido.

Después comprobó que, tal como se temía, la manta no era tal, sino un manto. La capa roja de César. Cleopatra se envolvió en ella, apretándosela bien por debajo de las axilas, y se puso de pie.

Se asomó a la barandilla. A apenas unos pasos, uno de los grandes tritones de bronce que decoraban el Faro soplaba su cuerno mirando hacia el puerto.

Aunque el sol todavía no había asomado por el este, la luz entre cárdena y gris de la aurora bastaba para contemplar el panorama.

Que resultaba desolador.

Los únicos barcos que se movían en el Puerto Grande eran los de César. En el centro de la bahía, atados a las boyas rojas como todos los días, flotaban plácidamente decenas de buques mercantes. Seguramente sus capitanes, que la víspera habrían maldecido a los oficiales del puerto por no asignarles muelle, ahora andarían bendiciendo su suerte. Pues en los embarcaderos a lo largo de más de un kilómetro no se veían más que ruinas

humeantes, rescoldos que en algunos casos todavía llameaban. El Emporio y el templo de Poseidón eran montones de escombros de los que se levantaban volutas negras.

Al menos, Cleopatra comprobó con alivio que la pesadilla no era completa. El Museo se había salvado: el negro rastro de devastación terminaba en la calle que lo separaba del Emporio.

De todas formas, comprendió que la destrucción no había terminado; a decir verdad, acababa de empezar. Incluso a esa distancia se escuchaban gritos lejanos, toques de trompeta y el estrépito de paredes que se desmoronaban en los distritos Alfa y Beta. Al sur del palacio real se levantaban nubes de polvo, y muchos parques que desde el Faro deberían contemplarse verdes y arbolados se habían convertido en descampados pelados de vegetación.

—César está creando una franja de tierra de nadie a su alrededor para protegerse.

Cleopatra se volvió al oír la voz de Sosígenes. El astrónomo acababa de entrar en la terraza. Tenía el pelo y la ropa llenos de hollín y se le veía más demacrado que de costumbre. Pero sus ojos brillaban con la misma inteligencia de siempre y una chispa de diversión.

«¡Madre Isis, qué vergüenza! —pensó Cleopatra—. Estoy completamente desnuda debajo de la capa».

Como si le hubiera leído el pensamiento, Sosígenes le dijo:

—No te preocupes, mi señora. El tejido de ese manto es lo bastante tupido como para que no se transparente nada.

—¿Qué te hace pensar que...?

Sosígenes señaló al suelo de la terraza. Cleopatra se dio la vuelta y vio los restos de su vestido convertidos en un gurrño.

—Para tu tranquilidad, César me ha encargado que te diga que ha hecho venir criadas desde el palacio con ropa, y también una tina para bañarte si lo deseas. También debo informarte de que tu criado Apolodoro se encuentra bien, aunque tiene un nuevo remiendo para embellecer su cuerpo de Adonis.

Cleopatra asintió, aliviada. Pero enseguida preguntó:

—¿Dónde está César?

—Organizando la demolición de tu ciudad, me temo.

Apretando una vez más la capa alrededor de su cuerpo, Cleopatra se acuclilló y examinó los jirones de su vestido.

Los recuerdos se apelotonaban en su cabeza.

Él había empezado de forma casi brutal, arrancándole la ropa sin miramientos, con tanta impaciencia que le rompió los broches de la túnica. Después se quitó la capa, la estiró en el suelo y la tendió a ella encima. Pero cuando la abrazó y se dio cuenta de que Cleopatra temblaba de miedo, toda aquella violencia se convirtió de repente en suavidad.

—Nunca lo has hecho —dijo él. No era una pregunta, sino una afirmación.

Después la besó. Los labios y la lengua de él se sentían sorprendentemente suaves, como también su piel cuando, sin apartarse de ella, se fue quitando la armadura y la ropa usando tan solo una mano. «Debe de tener mucha práctica en estas cosas», había pensado Cleopatra recordando los comentarios de los legionarios.

Ciertamente, César había demostrado tener experiencia. Ella estaba asustada, y de repente pensaba que su virginidad no suponía ninguna carga como llevaba lamentando tantos años, sino un don que debía mantener. ¿Por qué no permanecer así para siempre, como una Atenea o una Ártemis reencarnadas?

Sin embargo, César empezó a recorrer su piel con besos y caricias tan sutiles que poco a poco despertaron el deseo de su cuerpo pese a que su mente se negara a aceptarlo. Cuando quiso darse cuenta, la mano de Cleopatra, desobedeciendo a su voluntad, tomó el miembro de él para guiarlo hasta su interior, y lo sintió duro, cálido y seco entre sus dedos. El dolor de la primera vez no fue tan intenso ni largo como temía, pero tampoco el placer la llevó a las alturas de éxtasis que, según los tratados de amor, podía alcanzar una mujer.

«¿Y esto ha sido todo?», pensó cuando él se retiró de ella. Mas, para su sorpresa, él no se separó del todo, sino que siguió besándola y susurrándole que la odiaba porque ella lo había embrujado con su magia. «Te odio. Te odio, Cleopatra», insistía César. Aquellas palabras cosquilleando en sus oídos la enardecieron sin saber por qué, y volvió a rodearlo con los dedos y descubrió con sorpresa que aquel veterano guerrero estaba de nuevo listo para

el combate.

La segunda vez resultó muy diferente. Algo inesperado estalló de repente en su interior, una explosión de calor húmedo que la pilló por sorpresa, y gritó sin poder controlarse mientras enlazaba las caderas de César con sus piernas y le clavaba las uñas en la espalda.

No recordaba en qué momento la había vencido el sueño. Su última memoria, que había querido creer una visión onírica más, era la de aquel momento de éxtasis tan intenso que casi se transformó en dolor y que la había asustado mucho; pues ella, siempre tan serena y controlada, se había sentido fuera de sí, poseída por algún dios.

«Un dios entre los hombres», repitió para sí abriendo los ojos y saliendo de aquella ensoñación momentánea.

Al oír un estrépito distante, se incorporó y se asomó de nuevo sobre la balaustrada. No muy lejos de su palacio, donde hasta entonces se levantaba un bellissimo edificio circular conocido como la mansión de Calíroe, ahora se alzaba al cielo una columna de polvo blanco.

«Un dios, sí, pero de la destrucción».

Sosígenes se acodó a su lado.

—No te preocupes, mi señora. Los reyes de Egipto siempre se han gloriado de ser grandes constructores. Gracias a César, tú podrás superarlos a todos.

—Agradecería que te guardaras para ti tus ironías, Sosígenes.

—No pretendía ser irónico. Creo que la llegada de César supone una bendición para ti.

—¿De veras? —preguntó Cleopatra, volviendo la mirada hacia él. Quería creer que Sosígenes estaba en lo cierto.

—Es un auténtico dios de la guerra.

«Un dios», repitió para sí Cleopatra, tomando aquellas palabras como un signo.

Sosígenes prosiguió:

—Tu hermano y su camarilla han cometido un terrible error. Han traicionado a César trayendo en secreto a su ejército para intentar destruirlo. Con eso lo único que han logrado es enfadarlo. Ahora no descansará hasta acabar con ellos. Lo cual te beneficiará a ti, convirtiéndote en reina única de

Egipto.

—¡Pero el pueblo de Alejandría no lo aceptará! Si César elimina a mi hermano, se rebelarán contra él y de paso contra mí. Hay casi medio millón de habitantes en esta ciudad. Ni siquiera él podrá contra todos con solo cuatro mil hombres.

—Y no olvides los veinte mil soldados de tu hermano.

—¿Ves cómo te estás burlando de mí?

—¡No! Justo lo contrario. César es extraordinariamente inteligente, y como todos los genios ofrece lo mejor de sí cuando se encuentra en situaciones extremas.

—¿Piensas eso de veras?

—Creo que César es la tercera persona más inteligente que conozco. La buena noticia es que tú eres la segunda, así que podrás manejarlo.

—¿Y puede saberse quién es la primera?

En el rostro de Sosígenes se dibujó una de esas sonrisas que a Cleopatra, por alguna razón, le recordaban a su gato.

—Si me haces esas preguntas, mi señora, me temo que voy a tener que bajarte en mi clasificación.

Cleopatra soltó una carcajada. Pero fue solo un instante; al volver la mirada hacia la ciudad, divisó una nueva nube de polvo. Adiós al templo de Tot-Hermes. ¿Es que César no iba a respetar nada?

—Aunque logre vencer contra mi hermano, el pueblo de Alejandría me odiará por esto —dijo en tono lúgubre.

—No, mi señora. Solo tienes que ganar esta guerra y esperar. La memoria de los humanos es muy corta. Si vences, al final los que se te oponen acudirán en tu auxilio. Y si reconstruyes la ciudad más hermosa de lo que era antes, algo que seguro que sabrás hacer, las lanzas se tornarán palmas y ramos de olivo.

«Como las rosas se volvieron piedras en su momento», pensó Cleopatra. Sosígenes llevaba razón, la multitud era voluble por naturaleza.

De repente notó una aguda punzada entre las ingles, un dolor hasta entonces desconocido que, sospechaba, tenía que ver con la pérdida de su virginidad. Eso hizo que su pensamiento regresara a César. Se mordió los labios para no proferir un gruñido de dolor y, cuando se le pasaron los

pinchazos, dijo:

—Tú aseguras que podré manejar a César. Pero ¿cómo? Él tiene treinta años más que yo y mucha más experiencia en todo.

—Precisamente posees lo que a él le falta: juventud.

—¿Y con eso bastará?

—Si hubieses oído cómo pronuncia tu nombre, lo comprenderías.

A Cleopatra se le aceleró el corazón.

—Dime, tú que eres tan observador, ¿qué siente él por mí?

—Lo importante no es lo que sienta, sino qué haces tú con sus sentimientos —respondió Sosígenes—. Yo creo que él está encandilado por ti. Alimenta ese fuego. Pero debes tener cuidado.

—¿De qué?

—Si quieres dominar la situación y ser la dueña del hombre más poderoso del mundo, tienes que evitar enamorarte de él. Quiérole si así lo deseas, pero no te dejes llevar por la pasión.

—Nunca habría pensado que mi maestro de astronomía y matemáticas se convertiría también en mi maestro de sentimientos.

—Se me da bien interpretar los de los demás —respondió Sosígenes, ignorando la ironía de Cleopatra—. Una cosa más. ¿Has observado que suele llevar una carta en el cinturón?

—Sí.

—Está atada con una cinta amarilla, un doble lazo que solo pueden haber atado unos dedos de mujer.

—¿Una carta de su amante? —se alarmó Cleopatra.

—No. Yo apostaría a que se trata de una carta de su hija.

—¿No era la esposa de Pompeyo?

—Sí. Y murió. César no tiene más descendientes. No quiere irse del mundo sin dejar huella de su sangre como le ocurrió a Alejandro. Pero en estos años no ha tenido tiempo de engendrar un hijo o no ha encontrado a la mujer que le pareciese adecuada.

—¿Qué me quieres decir con eso?

—Que tendrás que darle un hijo. Con eso y con tu juventud, conseguirás que crea que ha venido a Egipto a renacer, algo a lo que un varón de su edad no podrá resistirse. A partir de ese momento, el hombre más poderoso del

mundo estará a tus pies.

—El hombre más poderoso del mundo... —murmuró Cleopatra.

Abajo, en la explanada al pie del Faro, se oyó una trompeta, seguida por el redoble de cientos de botas claveteadas marchando al compás. «Es el relevo de la guardia», comprendió Cleopatra.

Otras botas sonaron mucho más cerca, a su espalda. La joven se dio la vuelta, arrebuñándose una vez más en la capa. El recién llegado era Furio. A juzgar por el polvo que cubría sus cabellos y su cota de malla, debía de haber estado participando en alguna brigada de demolición.

—Disculpa la interrupción, señora. César me envía para traerte una noticia que dice que te interesará.

—Dímela pues, Furio.

—No sé muy bien lo que significa, señora, así que te la repito de memoria: «Ha llegado un mensajero de Elefantina. Las aguas llegaron después de lo esperado, pero subieron veinticinco codos».

—¿Eso es todo?

—Eso es todo, señora. —Ruborizándose un poco, el optio añadió—: ¿Es una buena noticia?

—Es excelente, Furio. Puedes retirarte.

El optio salió de la terraza y los dejó solos. Cleopatra calculó que veinticinco codos en Elefantina equivalían a catorce codos en Menfis. Eso significaba que al año siguiente no habría hambruna.

—Estás sonriendo, Cleopatra.

—¿Lo estoy?

—Sí.

—Ahora tú me dirás que la inundación no puede tener nada que ver con lo que ha ocurrido esta noche, porque las lluvias que traen la crecida cayeron en Etiopía hace más de un mes.

Él sonrió débilmente y negó con la cabeza.

—No, mi señora, no te diré eso. Incluso los incrédulos deben rendirse cuando los cielos envían señales de grandes cambios.

Tal vez Sosígenes se lo decía porque estaba convencido, o quizá lo hacía por el cariño que sentía por ella.

A Cleopatra le dio igual.

Que la crecida hubiese alcanzado el nilómetro de Elefantina muchos días antes no importaba. Lo significativo para Cleopatra era que la noticia le había llegado a ella justo después de entregar su virginidad a César.

Para ella, la relación entre causa y efecto no ofrecía dudas: Isis, Khnum y las demás divinidades, y sobre todo Hapi, el padre Nilo, bendecían la unión de su hija Cleopatra con aquel general romano, el hombre más poderoso sobre la faz de la tierra, el dios entre los hombres.

Se llevó el escarabeo a los labios y lo besó, musitando: «Gracias, abuela». Mientras lo hacía, cerró los ojos y se imaginó cómo el ka de Nefertah sonreía en la otra vida.

Plasencia, abril de 2012

se las arregló para que su nombre figurase solo en los decretos, sin su hermano. Después, Cleopatra entra por fin en los textos de cronistas griegos y romanos como Plutarco, Apiano o Dión Casio. Gracias a ellos consta que sufrió destierro, que organizó un ejército en Siria para invadir Egipto y que acampó en el monte Casio mientras su hermano lo hacía en Pelusio. La localización del monte Casio es controvertida, ya que no hay montañas por las inmediaciones. Para lectores que quieran consultar Google Earth, lo he situado en 31°12'N y 33°04'E, sobre el lago Bardawil, la antigua ciénaga Serbonia.

Todo el mundo ha leído o visto en películas cómo Cleopatra se presentó ante César dentro de una alfombra enrollada. Sin embargo, la fuente de la anécdota, Plutarco, utiliza el término *stromatódésmon*, que se refiere a un saco de piel para guardar ropa de cama.

De Apolodoro solo se sabe que era de Sicilia. Del mismo modo, Sosígenes, Iras o Carmión son poco más que nombres, esqueletos a los que he añadido carne y piel en esta novela. Las hazañas de Esceva las narra César en *De bello civile* y las comentan también Lucano y Valerio Máximo. Furio es un personaje ficticio, y asimismo lo es León el rodio; en cambio, Eufranor, el padre de este, aparece mencionado en *De bello Alexandrino* — continuación de *De bello civile*, escrita por un colaborador de César, tal vez Aulo Hircio—.

En cuanto a las campañas de César contra Pompeyo, se trata de una materia mucho más conocida gracias a los textos del mismo César, las biografías de Plutarco, Los doce césares de Suetonio, las Cartas de Cicerón, Las guerras civiles de Apiano, la Historia de Roma de Dión Casio o incluso la *Farsalia*, el poema de Lucano.

La antigua Alejandría es una ciudad prácticamente perdida. Han colaborado en ello diversos terremotos, el avance de la línea costera y la costumbre de reutilizar las piedras para construir nuevos edificios. La Alejandría de la novela se basa en las descripciones de autores como Estrabón, César o el autor de *De bello Alexandrino*, en los dibujos del explorador y astrónomo Mahmoud-Bey en 1866 y, sobre todo, en la obra de Judith McKenzie que cito más abajo. Por ahora, el emplazamiento de lugares como el Museo o el Sema no deja de ser conjetural. En cuanto al Faro, hoy

día tampoco quedan apenas restos. Aparte de los comentarios de los autores antiguos, existen descripciones de varios autores árabes hasta el siglo XIV, cuando fue destruido por varios terremotos.

En la época helenística se lograron avances científicos y tecnológicos que no se igualaron o superaron hasta el siglo XVII o más adelante. Por desgracia, casi todos los restos materiales se han perdido por una mezcla de tiempo, codicia, ignorancia y barbarie. Una triste muestra de esta última la tenemos en el destino que sufrieron los magníficos barcos hallados en el lago Nemi, no muy lejos de Roma, que fueron destruidos por los nazis.

El sistema de iluminación que describo en el Faro también es una conjetura. Se decía que su luz era visible a unos cincuenta kilómetros, por lo que pensé en un desarrollo anticipado del sistema de los faros del XIX basado en la lámpara Argand, que no habría estado muy lejos de las posibilidades técnicas de la época. Que existiera el astrolabio o una herramienta muy similar es más que probable, ya que los científicos helenísticos medían con precisión la latitud. Por otra parte, está atestiguado que Posidonio midió la circunferencia de la Tierra con el procedimiento que describo, distinto del que había usado Eratóstenes en el siglo III a. C.

El barco gigante que restaura Cleopatra lo describe Ateneo en El banquete de los eruditos. Lo construyó Ptolomeo IV a finales del siglo III a. C., pero no llegó a navegar en aguas abiertas. La teoría de que fuera un catamarán de doble casco es de Lionel Casson, experto en barcos de la Antigüedad. No se conoce su nombre; yo lo he bautizado Anfítrite, como hice en Alejandro Magno y las águilas de Roma.

Los términos que utilizo para la brigada de extinción de incendios son adaptaciones al griego de los siphonarii, falciarii, unciarii, centonarii y otros cuerpos especializados que actuaban en Roma. Es una extrapolación que me parece verosímil considerando que Alejandría era una urbe casi tan grande como Roma.

La máquina astronómica que construye Sosígenes no es más que otro posible ejemplar de la máquina de Anticitera, un artefacto recuperado del fondo del mar a principios del siglo XX y construido con minúsculos engranajes en una época en la que se creía que no se conocían los engranajes. En YouTube se pueden ver simulaciones de su funcionamiento.

La idea que me gustaría dejar clara es que la época de La hija del Nilo era mucho más adelantada de lo que imaginamos, con una espléndida civilización que conocía muchísimos avances y refinamientos que después se perdieron. La triste moraleja es que la historia de la humanidad no dibuja siempre la línea ascendente del progreso.

La teoría de César sobre la violencia se basa en *Violence: A Writer's Guide*, de Rory Miller. Si algún aficionado a la historia militar cree reconocer en algunas frases de César ideas del general Patton —gran estudioso de la Antigüedad—, habrá acertado.

- , *Caesar's Civil War 49-44 BC*, Routledge, Londres, 2005.
- , *The Complete Roman Army*, Thames & Hudson, Londres, 2003.
- GRIFFIN, M. (ed.), *A Companion to Julius Caesar*, Blackwell, Oxford, 2009.
- JAMES, P. — THORPE, N., *Ancient Inventions*, Ballantine Books, Nueva York, 1994.
- JONES, P. J., *Cleopatra: A Sourcebook*, University of Oklahoma Press, Norman, 2006.
- KERISEL, J., *The Nile and its Masters: Past, Present, Future*, A. A. Balke ma, Rotterdam, 2001.
- KLEINER, D. E. E., *Cleopatra and Rome*, Belknap Press, Cambridge, Massachusetts, 2005.
- MARCHANT, J., *Decoding the Heavens*, DaCapo Press, Cambridge, Massachusetts, 2009.
- MCKENZIE, J., *The Architecture of Alexandria and Egypt 300 BC-AD 700*, Yale University Press, New Haven, 2010.
- MERTZ, B., *Red Land, Black Land: Daily Life in Ancient Egypt*, Harper Collins, Nueva York, 2009.
- PARRA, J. M., *La historia empieza en Egipto*, Crítica, Barcelona, 2011.
- POLLARD, J. — REID, H., *The Rise and Fall of Alexandria*, Penguin, Baltimore, 2006.
- POMEROY, S., *Women in Hellenistic Egypt from Alexander to Cleopatra*, Schocken Books, Nueva York, 1984.
- QUESADA SANZ, F., *Armas de Grecia y Roma*, La Esfera de los Libros, Madrid, 2008.
- ROLLER, D. W., *Cleopatra: A Biography*, Oxford University Press, Oxford, 2010.
- RUSSO, L., *The Forgotten Revolution*, Springer, Berlín, 2004 (trad. del italiano por S. Levy).
- SCHIFF, S., *Cleopatra*, Random House, Londres, 2010.
- SEAGER, R., *Pompey the Great*, Blackwell, Oxford, 2002.
- SHEPPARD, S., *Pharsalus 48 BC. Caesar and Pompey*, Osprey, Oxford, 2006.
- SUMNER, G., *Roman Military Clothing (1) 100 BC-AD 200*, Osprey,

Oxford, 2002.

THUBRON, C., *The Ancient Mariners*, Time Life, Richmond, 1981.

TYLDESLEY, J., *Cleopatra: Last Queen of Egypt*, Profile Books, Londres, 2008.

—, *Daughters of Isis: Women of Ancient Egypt*, Penguin, Londres, 1995.

—, *The Penguin Book of Myths and Legends of Ancient Egypt*, Penguin, Londres, 2010.

WALTER, G., *Julio César*, Planeta DeAgostini, Barcelona, 1995.

Notas

[1] 55 a. C. <<

[2] Como los diversos pueblos que aparecen en la novela utilizaban sistemas de medidas diferentes —millas, estadios, pies, brazas, codos, talentos—, los hemos unificado todos traduciéndolos al sistema métrico para evitar confusiones. También hemos modernizado ciertos nombres geográficos como mar Negro en lugar de Ponto Euxino o mar Rojo en vez de Eritreo. <<

[3] Del diminutivo Ptolemaidión, «pequeño Ptolomeo». <<

[4] Damnum en latín. <<

[5] Quintil y sextil eran los nombres que recibían en aquel tiempo julio y agosto. <<

[6] «Fortuna, emperatriz del mundo». <<

[7] «¡Ahora! ¡Ahora!». <<

[8] Actualmente Meteora, famosa por sus monasterios. <<

[9] «Venus, portadora de victoria». <<

[10] En latín, deus ex machina. <<

[11] Algo más de 42 000 kilómetros si tomamos el estadio olímpico, que medía unos 176 metros. La circunferencia real de la Tierra es de 40 000 kilómetros. <<

[12] Júpiter y Saturno. <<